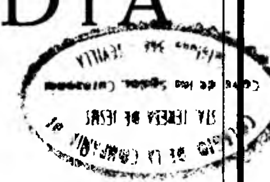
EL SANTO DE CADA DIA

POR

EDELVIVES





II

MARZO - ABRIL

EDITORIAL LUIS VIVES, S. A.
ZARAGOZA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR
DR. VICENTE TENA

HUESCA, 11 DE FEBRERO DE 1947

IMPRÍMASE
LINO, *Obispo de Huesca*

Por mandato de S. E. Rvdma.
el Obispo, mi Señor,
DR. FRANCISCO PERALTA
CAN. SECR.

MISIÓN DE LOS SANTOS

LOS Santos, como dijo Jesucristo a los que representaban los primeros modelos de la santidad del Evangelio, son la sal de la tierra *y* la luz del mundo, *porque como la luz ilumina fuera de sí y la sal libra de la corrupción, así la misión del Santo es una gracia interna destinada a dar frutos externos. Los Santos son imágenes de Dios tan perfectas como pueden serlo las criaturas y, si bien no puede faltarles ninguna virtud fundamental, porque la Iglesia exige para darles ese título que, tras maduro y contradictorio examen, sea probado jurídicamente que han practicado las virtudes cristianas en grado heroico, ostentan todos, individualmente considerados, algunos rasgos particulares de la grandeza y santidad divinas.*

Y así, mientras en algunos aparecen extraordinarias manifestaciones del poder de Dios Padre, otros ostentan sorprendentes esplendores de la sabiduría de Dios Hijo, y muchos son como destellos encendidos de Dios Espíritu Santo.

SANTOS TAUMATURGOS

LOS primeros forman el grupo de taumaturgos u obradores de milagros; los segundos, el de los doctores, apologistas o doctrinantes; y los terceros, el de los misericordiosos, benéficos, milagros vivos de caridad. Los prodigios que obra Dios por medio de sus Santos, detienen el vuelo del orgullo humano y lo confunden, pues mientras se endiosa contemplando las conquistas que realiza en la naturaleza, Dios le demuestra que existe un poder que está sobre ella, poder sobrenatural y divino, del que los milagros son palpable manifestación.

En el milagro ven los hombres el dominio de Dios, material y positivamente ostentado.

De ahí que los incrédulos, los laicistas y los racionalistas hagan tanto por negar o desacreditar los milagros, los cuales demuestran, no sólo un conocimiento de las leyes naturales, sino un dominio absoluto sobre ellas. Por eso la Iglesia los considera inherentes a la santidad y exige que todos los siervos de Dios que reciben tal aureola hayan obrado varios milagros, debidamente examinados y minuciosamente comprobados.

SANTOS DOCTORES

ASÍ como los actos de los taumaturgos son iluminaciones del poder omnipotente de Dios, en orden a los hechos materiales, así la sabiduría de los santos doctores es un milagro de iluminación. Por ellos se ha mantenido permanentemente iluminado el firmamento social con resplandores de verdad divina y, gracias a ellos, se ha impedido que en las regiones humanas fuera completa la noche de la ignorancia y del error.

Los más ilustres sabios en el orden humano se han convencido de que las exposiciones de la sabiduría cristiana revelan una doctrina infinitamente superior a la ciencia del hombre y que, al igual que los milagros, son demostración de la superioridad del poder divino sobre los más admirables experimentos e invenciones humanos. La ciencia de los Santos es incomparablemente superior a la ciencia de los hombres.

SANTOS, MILAGROS VIVOS DE CARIDAD

JUNTO a los testimonios vivos del poder y de la sabiduría de Dios, están los de su inefable amor, los que pudiéramos llamar agentes especiales del Espíritu Santo. Forman ellos el grupo más considerable de los Santos, los cuales son los fundadores y sustentadores de las instituciones benéficas, centros vivos de caridad tanto en el orden es-

piritual como en el corporal, verdadero compendio de todas las obras de misericordia.

Esa bondad, que conquista a las almas, tiene fuerza incontrastable para apartarlas del mal y encariñarlas con el bien, y su fundamento es la humildad y la gracia que por ella obtienen del Señor. Esa gracia y esa bondad que los Santos reciben de Dios, la comunican ellos a los cristianos, hermanos y devotos suyos, que los invocan y en ellos confían. Hay, pues, un comercio continuo entre Dios y los Santos, y entre los Santos y los hombres.

ACCIÓN SOCIAL DE LOS SANTOS

SÓLO Dios sabe la acción que los Santos ejercen en todas las clases de la sociedad humana, en la que sostienen la doctrina y la moral de la santidad. En las manos de los Santos se halla, pues, un gran poder que el Altísimo les confiere. El buen sentido de la sociedad cristiana lo ha comprendido así, y, por eso, desde los primitivos tiempos los Santos han sido invocados para obtener remedio en las enfermedades, auxilio en los apuros, consuelo en las tribulaciones. El valimiento de los Santos ha despertado en el pueblo una confianza innata, y su culto ha sido fervorosamente practicado en todos los tiempos. Las fiestas a ellos dedicadas han revestido y revisten aún, a pesar de la miseria y maldad de los tiempos presentes, una expansión y una cordialidad características, y rebosan sentimientos efusivos de familiar poesía.

La fiesta del santo patrón del pueblo, de la nación, por ejemplo, es fiesta de tradicionales alegrías y recuerdos; en ella renace la Historia Patria, es su fe de vida, *y en ellas el pueblo se confirma en sus creencias, en sus esperanzas, y en la fidelidad de sus destinos y de los de su raza.*

MARZO



Moneda de Childeberto — Báculo, estola y mitra episcopal

DÍA 1.º DE MARZO

SAN ALBINO

ABAD Y OBISPO (470 - 550)

HACIA el año 469, ó el 470, nació este glorioso Santo en Languidic de Bretaña, de padres ricos materialmente, pero mucho más espiritualmente, por lo cual, sin duda, Dios bendijo tan santo hogar haciendo germinar en su seno esta bella flor, que perfumó su casa y el mundo entero con el aroma exquisito de su encumbrada santidad.

Siendo aún niño dejó de lado los juegos y pasatiempos propios de la infancia y comenzó a mortificar su cuerpo privándole de comodidades y aun de sustento. Nada quería, nada anhelaba fuera de Dios, único digno de sus amores y complacencias.

Asistido con gracias especiales de lo Alto, se vió libre de las ligerezas e imperfecciones de la niñez. Apenas supo andar y juntar sus manecitas en actitud orante, se le vió acudir al Señor con gran asiduidad y contento, y a Él se ofreció generosamente.

Gustaba de retirarse a un lugar escondido para entregarse a la oración, libre de las miradas de los demás. Cuando los compañeros le hacían burla por esta piedad, él se mostraba agradecido y satisfecho, considerándose feliz y dichoso al poder sufrir algo por Dios.

ALBINO SE HACE MONJE

TALES ejemplos de virtud mostraban bien a las claras que Albino no había nacido para vivir en el siglo. Sentía tal inclinación a las cosas del divino servicio, que ya desde niño desapegó su corazón de todo afecto y afición a las riquezas y dignidades de este mundo, que tanto podían solicitarle y atraerle a causa de la ventajosa posición de sus padres.

No se contentó con menospreciar los bienes terrenales, sino que quiso renunciar completamente a todos ellos, y, a pesar de la viva oposición de sus padres, profesó en el monasterio de Cincillac, situado cerca de Angers.

Aun viviendo en el claustro, la nobleza de su origen era un peligro para su virtud, pues le permitía disfrutar de algunos privilegios o exenciones; pero él supo evitar este escollo con suma prudencia y humildad, y someterse a todas las observancias regulares.

A la renuncia de los bienes terrenales y de su brillante porvenir en el mundo, siguióse muy pronto el ejercicio de las más heroicas virtudes, y como la humildad es la base de todas ellas, procuró adquirirla en grado sumo, ejercitándose en todos aquellos actos que redundasen en el desprecio de sí mismo y en la mortificación del orgullo y vanidad.

Teníase por el último de los monjes y buscaba con santo afán ocasiones de humillarse, dedicándose a los oficios más bajos y penosos del convento. Ejercitábase en continuos ayunos, vigilias y oraciones, subiendo con ello, en breve tiempo, a tan alto grado de perfección, que aventajó en mucho a los más antiguos y santos religiosos.

Causaba admiración, más que otra cosa, su porte grave y recogido; levantaba los ojos sólo para mirar al cielo y contemplar las maravillas creadas por el Señor. En ese libro incomparable de la naturaleza veía Albino un reflejo de las bellezas de Dios y estudiaba las divinas perfecciones, inflamándose más y más su corazón en santas dilecciones. Dentro del monasterio desconocía cuanto le rodeaba. Si tenía que salir de él por razón de obediencia, procuraba custodiar solícito la entrada de su corazón, dentro del cual proseguía sus tiernos coloquios con el Señor.

Mas plugo a Dios poner de manifiesto lo mucho que el joven novicio le agradaba y complacía, y así, cierto día en que Albino y otros religiosos salieron de viaje por mandato del abad, sobrevino recia tempestad con tan copiosa lluvia, que debieron guarecerse en una casa medio arruinada que hallaron en el camino. Pero sucedió que, debido a la violencia del huracán, vínose abajo el tejado que los cobijaba y quedáronse sin abrigo. Mas, ¡oh maravilla!, el agua, que caló a los compañeros de Albino, respetó a éste sin que ni una sola gota cayera sobre él.

SAN ALBINO, ABAD Y OBISPO

LOS monjes, admirados de la virtud y santidad del humilde religioso, le eligieron abad del monasterio en el año de 504. Tenía Albino, a la sazón, treinta y cinco años, y gobernó a los monjes por espacio de veinticinco con mucha sabiduría y acierto, logrando que bajo su dirección floreciesen en el convento el fervor y la disciplina.

Era muy áspero y riguroso consigo mismo, pero sumamento blando y suave con los demás, a quienes levantó presto a gran perfección. Su fama de santidad se extendió por toda la comarca y muchas personas acudieron a él en demanda de luminosos consejos.

Mas era ya hora de que brillase ante los hombres aquella resplandeciente antorcha escondida en el retiro del claustro. El Señor teníale destinado a llevar la pesada carga del episcopado, a la cual le preparó con cincuenta años de vida de silencio y oración.

En 529, estando vacante la silla de Angers, pueblo y clero, inspirados sin duda del cielo, eligieron obispo, por aclamación, al santo abad Albino.

Asombróse él con la noticia de su elección, y procuró quedara sin efecto, porque, a causa de su poca experiencia de las cosas del siglo, se juzgaba incapaz de desempeñar con acierto tan alto ministerio; pero al fin, viendo que era voluntad del Señor que lo aceptase, bajó la cabeza y sometióse humildemente al divino beneplácito.

De allí en adelante se entregó totalmente al cuidado espiritual y corporal del rebaño confiado a su custodia. No se contentó con dispensar a los fieles el pan de la divina palabra los domingos y fiestas de guardar, sino que se propuso hacerlo todos los días, «porque el alma —decía— no necesita menos de su diario sustento, que el cuerpo del pan de cada día». Con eso, presto se echó de ver el copiosísimo fruto espiritual logrado por Albino, porque, merced a su ardiente celo, mudó la faz de la ciudad de Angers y de toda su diócesis, la cual estaba gozosísima con tan santo prelado.

Al celo por el bien de las almas, juntábase en el corazón del Santo encendida caridad, que le animaba a remediar las necesidades corporales de sus diocesanos. Mostrábase con todos padre cariñosísimo y se apiadaba de los trabajos y padecimientos de su amada grey, sin que se hallara necesidad que no intentase remediar, ni dolor que no probase mitigar o que, a lo menos, no compartiese.

Para redimir a los presos, socorrer a los pobres y ayudar a las viudas, daba con pródiga mano todo lo propio. Cuando nada tenía o le salía al paso alguna necesidad que no podía remediar con los auxilios naturales, sirviéndose de la viva y ardiente fe de su alma, suplicaba al Señor que se dignase enviar desde el cielo el oportuno remedio.

MILAGROS DE SAN ALBINO

COMPLACÍASE Dios nuestro Señor en la vida caritativa y santa de su amante siervo, al que dió muestras de su agrado favoreciéndole con el don de milagros, y otorgándole poder casi ilimitado sobre la vida y la muerte.

Una señora, llamada Eteria, de excelente familia y de elevada alcurnia, venida a menos por vicisitudes de la suerte, fué encarcelada por no pagar algunas deudas y estaba custodiada por soldados brutales y disolutos. Súpolo el Santo, fuése a la cárcel, y, prevaliéndose de la grande autoridad que le daban la prelacía y la fama de santidad de que gozaba, sacó de allí a la infeliz encarcelada. Quiso oponerse a ello con extremada audacia uno de los soldados, profiriendo mil injurias contra el siervo de Dios; mas con sólo soplarle el Santo al rostro, lo derribó, dejándolo muerto a sus pies. Pagó Albino todas las deudas de aquella mujer, la cual salió de la cárcel deshaciéndose en alabanzas y acciones de gracias a su bondadoso libertador.

Así como un solo soplo de su boca bastaba para dejar sin vida a quien de ella se hacía indigno, así también una sola palabra suya tenía virtud suficiente para dar vida a quien santamente había de emplearla. Sucedió que un joven, llamado Malabrando, murió de edad temprana, quedando sus padres sumamente afligidos y desconsolados. Al tener noticia de ello el santo obispo, sintió gran compasión de los desventurados consortes y los fué a visitar; los consoló y exhortó a que conformasen su voluntad con la divina y esperasen en la misericordia del Señor, el cual es dueño de la vida y de la muerte, y de ellas dispone según su beneplácito. Entró luego en el aposento donde yacía el cadáver, mandó a los presentes que se arrodillasen y, postrándose él mismo junto al lecho del difunto, permaneció buen rato recogido, orando con fervor.

De pronto, todos los pechos prorrumpieron en gritos de alborozo y admiración, viendo que el pálido rostro del cadáver iba, por momentos, cobrando color y que el mancebo muerto volvía a levantarse lleno de vida. Entretanto, el santo prelado Albino salió del aposento a toda prisa, pues quería sustraerse a las alabanzas y aplausos, los cuales tan fácilmente lastiman la humildad.

Había en Angers una señora que tenía paralizado el brazo derecho; llena de confianza en el valimiento del santo prelado, fuéle a visitar, suplicándole que «por caridad» la curase. En oyendo Albino la palabra «caridad», conmoviéronsele las entrañas y, haciendo la señal de la cruz sobre el brazo enfermo, devolvió al punto calor y vida a aquel miembro hasta entonces frío y muerto.



SORPRENDIDOS *por recia lluvia, San Albino y sus compañeros se refugian en una casa arruinada. «Aconteció —dice su biógrafo— que mientras sus compañeros quedaron calados, Albino quedó enjuto, pues el agua no se atrevió a tocarle por respeto al ardor de la fe que inflamaba su corazón».*

Tres ciegos cobraron la vista y muchos paralíticos el uso de sus miembros con sólo hacer el Santo sobre ellos la señal de la cruz.

Otorgó el Señor a su siervo maravillosa virtud para redimir a los encarcelados y lanzar los demonios del cuerpo de los posesos.

Los presos de una cárcel de Angers suplicaron un día al virtuoso y caritativo prelado que intercediese por ellos ante el juez para que los soltase, prometiéndole que, si lograban libertad, luego se arrepentirían de sus culpas y harían penitencia de sus delitos.

El santo varón se llenó de gozo considerando aquellos buenos propósitos y nobles sentimientos de los presos, y a toda prisa fué a hablar con el magistrado e imploró para ellos clemencia y perdón. Era el juez hombre de muy malas entrañas y duro en extremo, y ni con ser persona de tan alta categoría y virtud la que pedía gracia, quiso atenderla, no teniendo para nada en cuenta las súplicas del bondadoso pastor.

No insistió Albino en su demanda, contentándose con decirle:

—Pues bien, ya que vuestro corazón no se inclina a perdonar a los presos, acudiré al Señor, seguro de hallarle más compasivo que vos.

Con esto, despidióse del juez y partió. Entrando luego en una iglesia cercana, permaneció en oración hasta ya muy entrada la noche. Cosa maravillosa; mientras estaba suplicando al Señor que hiciese brillar su misericordia en favor de los detenidos, desprendióse una enorme piedra de una pared de la cárcel, con lo cual hallaron los presos franca salida.

Maravillados a la vista del prodigio y tomando por los cabellos tan oportuna ocasión, huyeron todos y fueron a la iglesia a dar gracias a Dios que había obrado tan gran milagro para salvarlos.

Hallaron en ella al santo obispo, hincadas las rodillas en el suelo y absorto en fervorosa oración, y, reconociéndole, arrojáronse a sus pies y se los besaron. Llamándole su verdadero salvador, diéronle gracias y le prometieron llevar en lo sucesivo vida más arreglada y cristiana.

Otro día, una infame mujerzuela, llevada del maligno espíritu, fué a visitar al Santo y, llegándose a él, comenzó con grandes voces a injuriarle; tanto creció la rabia del demonio con la vista de aquel virtuosísimo y santísimo varón, que, no pudiendo nada contra él, lastimó a la desdichada mujer, haciendo que uno de sus ojos se le hinchase de repente, en forma que más que un ojo, aquello parecía una bola llena de sangre.

El Santo compadecióse mucho de la desgraciada y se indignó sobremanera, viendo con qué saña se cebaba en ella el maligno espíritu; a éste amonestó Albino con estas palabras:

—Dime, espíritu inmundo, ¿quién te ha dado licencia para atormentar así a una criatura del Señor. En nombre de Jesucristo, mándote que dejes en paz a esta sierva de Dios.

Al decir estas palabras, hizo la señal de la cruz sobre el ojo hinchado, el cual se reventó y quedó sano al instante, sin que la mujer sintiese dolor alguno.

SAN ALBINO Y EL REY

LAS eminentes virtudes de San Albino y las maravillas y milagros sin cuento que el Señor obraba por su intercesión, extendieron su nombre y la fama de su santidad hasta los más remotos lugares del reino. Aun los mismos príncipes quisieron conocer a varón tan excelente y perfecto y tratar con él para aprovecharse de sus sabios y santos consejos.

El rey Childeberto I le llamó a la corte, y el santo obispo, teniendo cuenta con las buenas disposiciones del monarca, y previendo sin duda el gran bien que aquel viaje podía traer al reino, partió sin demora, a pesar de la grave enfermedad que padecía.

Noticioso el rey de que el santo obispo Albino había emprendido el viaje, quiso ir a su encuentro por el gran respeto que le tenía, y así, ensillando su caballo, partió con tanta prisa que ni pensó siquiera en informarse por qué camino venía el Santo.

Sucedióle, pues, que, al llegar a un cruce de tres caminos, guió a su caballo por el opuesto al que traía Albino; pero, cosa maravillosa, después de dar unos pocos pasos, paróse el animal de repente, como si hubiese topado con una pared. Childeberto le espoleaba, pero el caballo permanecía quieto; cambió de cabalgadura, mas en balde. Viendo entonces en aquel suceso un aviso celestial, dejó al caballo que eligiese camino, y de por sí tomó el bueno, con lo cual muy presto pudo el rey abrazar al santo prelado.

Por divina disposición, ejerció Albino grande influencia sobre el príncipe, y de ella se aprovechó para intentar la corrección de los abusos que cundían en el clero y el pueblo, siendo el incesto uno de los más principales y más extendidos.

Para extirpar tan deplorable vicio, el segundo concilio de Orleáns había dictado ya, en 533, un canon especial. Albino mandó publicarlo y exigió con mucho rigor su cumplimiento, sin tener en cuenta las dificultades ni la categoría de las personas y menos aun los peligros a que se exponía por su inflexibilidad.

Sólo en una ocasión dejó de mostrar el necesario rigor, prueba de lo arraigado que estaba el mal en la sociedad del siglo VI. Sucedió que un rico y poderoso señor cometió incesto, con lo cual quedaba excomulgado. Algunos prelados sobrado indulgentes, suplicaron a Albino que le absolviese y le enviase *eulogias,* que eran panecillos benditos que se distribuían en las iglesias y se mandaban a los ausentes en prueba de amistad y unidad de fe. El siervo de Dios les respondió:

—Con vuestra súplica me obligáis a que suscriba esta absolución, porque, a la verdad, no me atrevo a negaros este favor; pero el Señor es poderosísimo y saldrá en defensa de la causa que vosotros no queréis sostener.

Envió las eulogias al incestuoso; pero, cumpliéndose su predicción, no pudo el culpable recibirlas, porque murió antes de que llegasen con ellas los mensajeros del obispo. Temiendo, con todo, haberse mostrado demasiado blando en aquel negocio, sintió muy vivo pesar de ello y fué en persona a consultar con San Cesáreo, obispo de Arlés, sobre qué debía hacer para expiar aquella falta. Emprendió con tal fin un viaje de trescientas leguas.

Ignoramos qué consejos recibiría de San Cesáreo, pero es lo cierto que el referido suceso fué causa de que en adelante se mostrara inflexible con los incestuosos y defendiera enérgicamente la intolerancia en esa materia, en el tercer sínodo de obispos, celebrado en Orleáns.

Presidieron la mencionada asamblea los metropolitanos de Lyón y de Viena, y Albino tuvo en ella mucha parte, instándole sin duda a ello el obispo de Arlés, San Cesáreo, el cual no participó en el sínodo. Treinta y tres cánones fueron promulgados en este concilio referentes, entre otras cosas, al ejercicio de las atribuciones episcopales fuera de la jurisdicción regular, a los casos de clérigos irregulares, a la reprensible conducta de algunos ministros de la Iglesia, a la obligación de los judíos de permanecer en adelante en sus casas desde el Jueves Santo hasta el lunes de Pascua para evitar desórdenes, y, finalmente, al matrimonio entre parientes, declarándolo nulo, y fulminando anatema contra los contrayentes. Estos decretos fueron luego sancionados por el monarca y pasaron a ser leyes del Estado.

MUERTE DE SAN ALBINO

MURIÓ este santísimo prelado en la ciudad de Angers, en 550, a los ochenta años de edad. Su sagrado cuerpo fué sepultado con gran solemnidad en una capilla de la iglesia de San Maurilio; pero muy presto edificaron los fieles otra iglesia en su honor y a ella trasladaron sus preciosas reliquias. Esta primera traslación se verificó el día 30 de junio del año 556, con asistencia de todos los obispos de la provincia, de San Germán, obispo de París, que se hallaba de paso en Angers, y de gran muchedumbre de fieles. Procesionalmente y con grande pompa y devoción pasearon el santo cuerpo por toda la ciudad, y en el trayecto glorificó el Señor a su siervo, obrando por su intercesión innumerables y portentosos milagros. Los de Angers perpetuaron tan fausto acontecimiento con una fiesta especial muy solemne.

Pasado algún tiempo, edificóse un monasterio cerca de la iglesia, pero sólo queda de él una torre muy alta llamada de San Albino, que ha sido transformada en museo y es digna de ser visitada.

Andando los siglos, hiciéronse otras tres traslaciones del cuerpo del santo obispo, con extraordinaria pompa y grande alborozo de los fieles; pero ignóranse las fechas de esos traspasos y el lugar donde fueron depositadas las preciosas reliquias, de suerte que actualmente nadie sabe dónde se hallan.

Fué este santo prelado espejo de virtud en vida, y después de muerto obró tales maravillas, que su fama se extendió presto a diversos lugares de la cristiandad. Pocos Santos hay que hayan obrado tantos milagros como él, permitiéndolo así el Señor para gloria y premio de su fiel siervo, cuyo nombre es hoy día conocido, venerado y aclamado en toda la Iglesia.

Antes de la revolución francesa, muchas iglesias hacían conmemoración solemne de este Santo a lo menos dos veces al año, los días 1.º de marzo y 1.º de julio, y su nombre se halla en la liturgia protestante de la Iglesia Anglicana en el día 17 de junio.

Muchas son las parroquias que llevan la advocación de San Albino. A mediados del siglo IX, la ciudad de Guerande, en Bretaña, fué librada de la invasión normanda merced a la intercesión de San Albino, y desde ese día le eligió solemnemente por patrón principal.

Hay en la parroquia de Moeslains un dedo de la mano del Santo, que pudo salvarse de los desastres de la revolución, y tres veces al año, el día primero de marzo, el lunes de Pascua y el de Pentecostés, innumerables peregrinos acuden a venerar tan preciosa reliquia.

SANTORAL

El Santo Ángel de la Guarda; Santos **Albino, obispo;** *Rosendo, obispo;* León, Donato, Nicéforo, Adrián y compañeros, mártires; David, obispo en Gran Bretaña; Monán, presbítero y mártir; Sevardo, presbítero; León Lucas, abad; León, obispo de Bayona y apóstol de Vizcaya, mártir; Suitberto, obispo y apóstol de Frisia; Evermer, mártir; Senán, irlandés, confesor; Herculano, obispo de Perusa; doscientos sesenta mártires en Roma, en tiempo de Claudio II; Masilano, abad de Celanova y sucesor de San Rosendo; Hesiquio, Hiscio o Hesicio, obispo y mártir, en Tarifa. Santas Melaria, penitente; Domnina, virgen; Antonina, mártir; *Eudoxia, penitente.*

EL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA. — ¡Un ángel!, ¡qué tierno y bello! ¡Sin cuerpo, puro espíritu, siempre contemplando el rostro de Dios, cuyo ministro es! Y este ángel está junto a nosotros vigilando nuestros pasos día y noche para que no tropecemos en el mal; se alegra con nosotros cuando obramos el bien y queda afligido cuando cometemos el pecado; es nuestro compañero en las

fatigas y en el descanso, en las horas felices como en las adversas, en las alegrías como en las tristezas. Es nuestro ángel tutelar, nuestro Ángel de la Guarda. Él abre nuestros ojos a la luz del día, y despliega nuestros labios para que oren, y mueve nuestras manos para que trabajen, y guía nuestros pies para que no yerren; y alumbra nuestra inteligencia, y fortalece nuestra voluntad, y excita nuestro corazón; él, con sus alas, nos cobija, con sus manos nos guía y con sus inspiraciones nos orienta. Devoción y gratitud hemos de tener a nuestro Ángel Custodio, porque él es nuestra luz, nuestro maestro y nuestro mejor amigo, y porque nos inspira, nos aconseja, nos amonesta, nos salva. «Bendito sea el Señor —dice el profeta Daniel—, porque se dignó darme un ángel para que cuide de mí».

SAN ROSENDO, obispo. — En Valdesalas, pueblo de la bella y fértil región de Galicia, nació esta criatura, a quien Dios concedió una inteligencia privilegiada y una santidad nada común. Sus padres eran los condes de Celanova; el conde pasó a Portugal para luchar contra los agarenos; la condesa, Beata Ilduara, era sumamente piadosa y se preocupó hondamente de dar a conocer a su hijo Rosendo las verdades religiosas y la práctica de las virtudes. Desde muy joven entró en el monasterio de Cabeiro. En sus estudios aventajaba a todos sus condiscípulos. A los diez y ocho años fué nombrado obispo, interviniendo el cielo en esta designación; ocupó la sede episcopal de Dumio y de Compostela, siendo siempre una antorcha colocada en el candelero. Construyó el monasterio de Celanova, en donde vivió después de renunciar al obispado. Logró hacer huir de Galicia a los normandos, que la acababan de invadir. El día primero de marzo del año 977, exhaló Rosendo el último suspiro y voló su alma a la eterna mansión de la gloria, después de haber llevado una vida de santidad por espacio de sesenta años.

SANTA EUDOXIA, penitente. — Natural de Samaria, vivió en Heliópolis, apartada de la vigilancia de sus padres, para entregarse más libremente a la vida licenciosa y obscena; con su genio alegre y vivo conseguía atraer y aprisionar en sus redes a los libertinos y pecadores. Pero Dios derramó sobre ella el rocío de la gracia, como a nueva samaritana, y la iluminó con los rayos de su luz. Un día, por curiosidad, se detuvo a escuchar a un religioso que vivía junto a su casa, y le hizo impresión lo que leía acerca del infierno de los pecadores. Al día siguiente fué a consultarle, y allí mismo renunció a su vida de placeres para asegurar la salvación. Repartió sus bienes entre los pobres y se encerró en un monasterio, donde se entregó a las más austeras penitencias. Dios se sirvió de ella para realizar numerosos milagros. Sufrió el martirio bajo el emperador Trajano, el primero de marzo del año 114.


Incómoda cabaña y frágil barquichuela del esforzado misionero

DÍA 2 DE MARZO

BEATO PEDRO DE ZUÑIGA

MISIONERO Y MÁRTIR DEL JAPÓN (1580 - 1622)

PEDRO de Zúñiga fué natural de la ciudad de Sevilla, donde nació por los años de 1580. Su señor padre, don Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique, tan ilustre por sus prendas naturales como por su nobleza, llegó a ser sexto virrey de Méjico. Sería Pedro como de cinco o seis años de edad, cuando el rey don Felipe II encargó al marqués de Villamanrique el gobierno de Méjico. No le pareció bien al virrey llevar consigo a América a un muchacho de aquella edad, y así lo dejó en España al cuidado de sus allegados los duques de Medina Sidonia, los cuales le educaron con mucho esmero y solicitud.

De la primera edad de este futuro mártir se tienen poquísimos pormenores, sabiéndose solamente que, terminados los estudios, el devoto joven dió de mano a todas las esperanzas, por cierto muy lisonjeras, que le brindaba el siglo y a las riquezas todas de la familia, y profesó en el convento de Ermitaños de San Agustín de Sevilla, ligándose a esta sagrada Orden con votos perpetuos el día 24 de octubre del año 1604.

Terminó con feliz éxito los estudios de Teología y en el mismo convento de Sevilla fué ordenado de sacerdote. Allí tuvo oportunidad de conocer y tratar al padre Diego Guebara, misionero agustino del Japón y luego obispo

de Nueva Cáceres, en Filipinas, el cual, venido a España en busca de otros misioneros, había hallado ya algunos religiosos de la Orden, que estaban dispuestos a seguirle. Pedro sintió en su corazón grandes anhelos de imitarlos, y más cuando oyó al padre Guebara contar el martirio de algunos misioneros. No pudiendo contener en su corazón tales deseos, los manifestó a sus superiores, quienes le dieron licencia para ir al Japón.

Hubiera querido guardar secreta esta determinación hasta la hora de la partida, pero la noticia se divulgó muy presto, siendo causa de que le salieran al paso toda suerte de dificultades. Tanto su familia como sus amigos y deudos instáronle vivamente a que renunciara al viaje, y aun buscaron trazas y dieron pasos para que no lo llevara a cabo. Mas todo fué en vano, porque sólo consiguieron que resplandeciese con luz meridiana la firmeza del misionero y el deseo ardiente que sentía de dar su vida, si preciso fuera, por la salvación de los infieles.

SE EMBARCA PARA EL JAPÓN

PARTIÓ, pues, para esa misión, siguiendo el camino que solían los españoles en aquel tiempo, los cuales, en vez de doblar el África por el Cabo de Buena Esperanza, iban a desembarcar en las costas de Méjico y atravesaban aquel reino para ir a embarcarse otra vez en aguas del Pacífico.

Detuviéronse una temporada en Méjico, del que ya no era virrey el marqués de Villamanrique, pues había muerto.

Tras larga aunque feliz travesía del Pacífico, llegaron a Manila los misioneros Agustinos el día 4 de junio de 1610. Eran diecisiete y fueron recibidos con grandes demostraciones de júbilo por los demás religiosos de la Orden.

Fueron los padres Agustinos los primeros misioneros del archipiélago filipino, y cuando llegó el padre Zúñiga eran ya muchos los que residían en aquellas islas. Quisieron luego los nuevos apóstoles proseguir el viaje hasta el Japón, blanco de sus deseos, pero hallaron resistencia por parte de los naturales, que vigilaban cuidadosamente los fuertes para impedir la entrada de los misioneros, particularmente españoles, por lo que el padre Pedro de Zúñiga se quedó en Filipinas.

Enviáronle sus superiores a la provincia de Pampanga, confiándole las cristiandades de Porac y Sesmoán. Allí trabajó por espacio de ocho años con admirable celo y aprovechamiento de la misión, y en el año de 1618 fué enviado al Japón, entrando disfrazado de comerciante y arrostrando muchos y grandes peligros; llevaba por compañero al padre Bartolomé Gutiérrez.

Pero no tardó en llegar a oídos del gobernador de Nagasaki la noticia de la entrada de los dos misioneros, e inmediatamente ordenó que fueran detenidos y traídos a su presencia. El mismo emperador, no bien hubo sabido que acababan de llegar nuevos misioneros, envió a Nagasaki un comisario especial, llamado Gonrocú, con orden de que activase la persecución, prohibiese a los cristianos celebrar juntas y guardar medallas o rosarios, y fulminase pena de muerte y confiscación de bienes contra quienes admitiesen o tuvieren oculto en su casa algún misionero.

Fácilmente se echa de ver con cuántas dificultades tropezaban los Padres para ejercer su sagrado ministerio estando así las cosas. El Beato Pedro pudo, con todo, vivir oculto en casa de unos cristianos japoneses, mudando de cuando en cuando de domicilio y de disfraz para burlar el cuidado de sus perseguidores, y dispensando a los fieles los Santos Sacramentos en medio de privaciones y fatigas sin cuento.

En el mes de diciembre de dicho año de 1618, el apóstata Feyzo denunció a dos misioneros, los cuales fueron detenidos junto con los naturales que los tenían ocultos en su casa. El padre Zúñiga fué también descubierto; pero, al enterarse el comisario de que pertenecía a muy noble familia, quiso salvarle la vida y, habiéndole avisado secretamente que iba a ser detenido, le dió facilidades para embarcarse y regresar a Filipinas.

Mucho sentimiento tuvieron los cristinos de Nagasaki con su partida y, pasado algún tempo, le escribieron muy afligidos refiriéndole los trabajos que padecían y suplicándole que volviese al Japón para animarlos con su presencia. También escribieron al padre provincial, que residía en Manila, prometiéndole nada menos que el cuerpo del beato misionero mártir Fernando de San José, si les enviaba al padre Zúñiga, y al mismo tiempo le señalaban el puerto al que sería más fácil abordar.

Promesas e instancias fueron éstas que determinaron al padre provincial a dar licencia a Pedro de Zúñiga para volver al Japón. Embarcóse el día 13 de junio de 1620, junto con el dominico padre Luis Flores, en una nave mercante japonesa, cuyo capitán, Joaquín Firayama o Díaz, era ferviente cristiano.

APRESADOS POR LOS PIRATAS

LA travesía fué un continuo pelear contra toda suerte de peligros y dificultades. Tempestades violentísimas los pusieron más de una vez en inminente riesgo de naufragar; vientos contrarios empujaron la nave hacia las costas de Cochinchina, con lo cual, al cabo de veinte días de navegación, se hallaban tan lejos del Japón como a la salida de Filipinas. El agua y los víveres que llevaban estaban ya casi agotados, de manera

que varios días sólo comieron lo necesario para no morir de hambre. Felizmente, estando en tales aprietos, abordaron al puerto de Macao, donde se abastecieron de alimentos, y el día 22 de julio a la isla de Formosa, proveyéndose de agua y leña.

Acababan de dejar esta isla y navegaban a velas llenas con rumbo al Japón, cuando su navío fué asaltado y apresado por unos corsarios protestantes ingleses que, junto con algunos calvinistas holandeses, pirateaban en aquellos mares. Estos herejes habían sido los causantes de que el Japón decretara la persecución contra los cristianos. Para asegurarse ellos el monopolio comercial con el imperio japonés y por odio al catolicismo, acusaron a los misioneros de ser agentes secretos del rey de España y los encargados de tramar la conquista del Japón por los españoles. Tan detestable y soez calumnia bastó para que se desencadenase la tempestad de odio del gobierno japonés contra los padres misioneros.

No tuvieron ninguna cuenta los piratas con que el navío era japonés y navegaba con patente del mismo emperador, y así pillaron cuanto llevaba a bordo, repartiendo luego el botín con los holandeses. Seguros estaban los dos misioneros de que los discípulos de Enrique VIII y de Calvino los tratarían sin compasión, y en cuanto supieron que los piratas se acercaban, corrieron a esconderse en el fondo del navío, bajo un montón de pieles nauseabundas. Allí aguantaron un día entero sin tomar bocado, pero al fin fueron descubiertos por un marino pagano.

Alegráronse sobremanera los corsarios con aquella presa, pues confiaban captarse la gracia del gobierno japonés denunciando a los dos padres; con todo, no tenían seguridad de que fuesen religiosos misioneros, y así, antes de delatarlos, los maltrataron cuanto pudieron para obligarles a declarar su condición. Trasladaron los presos a la factoría holandesa de Firando y encerraron a los dos misioneros católicos en estrecho y lóbrego calabozo.

Como era de esperar, el gobierno japonés mostró gran descontento al saber que los corsarios habían apresado un navío nacional, pero los holandeses se justificaron de aquel atropello, diciendo que no habían hecho más que ejecutar las órdenes del emperador, ya que éstas prohibían traer al Japón misioneros católicos. No quiso el emperador creer sin más ni más que aquellos dos presos eran realmente dos sacerdotes católicos y exigió pruebas de ello. No pudo llegar a más con esa noticia el recrudecimiento de crueldad de los piratas contra los dos padres. Trece días los dejaron abandonados y casi desnudos en aquel infecto calabozo, con sólo un puñado de arroz cocido por comida y sin que les fuera posible salir de allí un momento. Un día les colgaron en los pies unos morteros llenos de pólvora, amenazándolos con pegarles fuego si no declaraban que eran religiosos.

Otro día atáronles a un barco por los pies, manos y cuello, y poco a poco hiciéronles tragar tal cantidad de agua que el padre Zúñiga enfermó



RELEGADO *en una isla desierta y estéril, pasa el Beato Zúñiga nueve meses en una cabaña que no le libraba ni de la lluvia ni de los vientos fríos de un invierno rigurosísimo. Allí va a buscarle un día el arrogante emisario del gobierno japonés, que poco después le condena a muerte.*

gravemente. El padre Gutiérrez, que por entonces era provincial de la misión, se entendió con algunos cristianos japoneses y probó todos los medios de sacar a los dos cautivos de tan estrechas prisiones, mas no logró su intento, y lo único que consiguió fué que les diesen ropa y los aposentaran en otro calabozo, en el que había una ventanilla por donde entraban unos pocos rayos de luz.

Dos japoneses, dependientes de una factoría holandesa, se apiadaron de los misioneros y les llevaron ropa y alimentos, y aun las cartas y noticias; pero, no bien lo supieron los protestantes, acusáronlos al gobernador de ser cristianos y fueron degollados.

EN UNA ISLA DESIERTA

ESCRIBIÓ por entonces el padre Zúñiga al provincial de Manila; diciéndole entre otras cosas:

—Hannos llevado esta gente a muchos tribunales, donde hemos sido preguntados sobre muchas cosas, y nosotros respondido lo que Nuestro Señor nos ha dictado: nos han puesto a cuestión de tormentos, mandándonos desnudar... Llevados a la villa, nos pasearon por las calles (y parecíamos unos dominguillos con los vestidos, por no habernos dejado que nos pusiéramos sino algunas ropas viejas que nos dieron por amor de Dios), con guardias y soldados. Y, llegados que fuimos al juzgado, estuvimos de pie, aguardando a los pesquisidores y personas que el Rey de Firando enviaba para preguntarnos, y a muchos del pueblo que se hallaron presentes... y amenazándonos que nos darían luego tormento de agua: dijimos que podían proceder a su gusto, que dispuestos estábamos a padecer los tormentos...

Estamos aguardando la sentencia muy contentos, aunque en ásperas prisiones, entendiendo que lo que fuere, será la voluntad de Dios; y si me cortasen la cabeza o quemasen vivo por su santo Nombre, dichoso yo mil veces; pues claro está que quien permite que se me dé tal castigo por ser yo quien soy, me dará fuerzas y fortaleza para los trabajos. Yo lo ofrezco todo por su amor, pues la preciosa obediencia así lo quiso; y en todo se cumpla —como espero— su santa voluntad. A mis amados Hermanos pido oraciones, y a todos perdón de mis faltas y mal ejemplo; que como malo *no habré cumplido la Regla y Constituciones como debía; y a mi* Dios su santo amor y gracia. De esta prisión y octubre 10 de 1620.

Pasados quince meses, el padre Zúñiga fué reconocido por dos paganos que le habían visto decir misa en el Japón y en Manila. Aconsejáronle entonces los demás misioneros detenidos en Nagasaki que se declarase, juzgando ya inútil el empeño de ocultar lo que era, y así lo hizo el Beato Pedro con no poco asombro de los japoneses, quienes se admiraban de ver

Pedro con no poco asombro de los japoneses, quienes se admiraban de ver

que el misionero se declaraba de por sí, manifestando un secreto que ningún tormento le había podido arrancar.

Con suma alegría de su corazón vistió el padre Zúñiga su hábito religioso y partió de Nagasaki, siendo relegado a una isla desierta llamada Ikinoxima. Allí vivió nueve meses recluído en una cabaña expuesta a la intemperie, comiendo escasamente lo suficiente para no morirse de hambre y padeciendo muchísimo en el invierno.

QUINCE CRISTIANOS CONDENADOS A MUERTE

EN el mes de agosto siguiente, volvió a Nagasaki para comparecer ante un tribunal, junto con el padre Flores, el capitán Joaquín y todos los marinos de su nave.

El juez Gonrocú, no insistió para lograr que los dos misioneros renunciasen a la fe, porque bien sabía que sería en balde; pero sí multiplicó promesas y amenazas para hacer apostatar a Joaquín y a los marinos. Vanos fueron sus esfuerzos, pues todos ellos declararon que estaban dispuesto a morir por Dios.

Los dos misioneros y Joaquín fueron condenados a ser quemados vivos, y los doce marinos a ser degollados. Joaquín dijo entonces al juez: —Todos estos hombres son inocentes, pues no han tenido ninguna parte en este negocio. Ni sabían que hubiese misioneros en mi nave. Sólo a mí manifestaron los padres que eran sacerdotes y lo hicieron en castellano, idioma que no entienden los marinos; de modo que yo solo soy responsable y vuestra ley no puede castigarlos.

Oída esta declaración, dijo el magistrado a los marinos que de buena gana consentiría con dejarles en libertad si renunciaban a la religión cristiana, pero cuál no fué su estupor al oír que todos ellos a una voz gritaron que querían ser cristianos aun a costa de su vida. Fuera de sí, los llenó de injurias tratándolos de locos e insolentes y confirmó la primera sentencia.

La ejecución debía verificarse sobre una colina situada a corta distancia del mar. Una muchedumbre inmensa, compuesta de más de cien mil personas, acudió al lugar del martirio, unos a pie, otros por mar, amontonados en centenares de barcas. Los cristianos allí presentes eran muy numerosos. Los mártires podían apenas adelantar en medio de tanta gente y, para abrir paso, los soldados repartían bastonazos a diestro y siniestro. Con todo, los cristianos arrostraban los golpes, acercándose a porfía a los mártires para hablarles, abrazarlos y pedirles su bendición.

EL MARTIRIO

EL lugar de la ejecución estaba rodeado de un cerco de cañas de bambú fijas en el suelo para que no se acercase la muchedumbre. Sólo una puerta daba entrada al cercado en cuyo centro se alzaban tres grandes postes rodeados de una pira. Un batallón de soldados armados con lanzas y arcabuces custodiaba los alrededores, y los jueces, ostentando las insignias de su dignidad, presidían desde un sitio algo prominente.

Entró el primero el padre Luis Flores; al ir a entrar el padre Zúñiga, algunos españoles se le acercaron para hablarle y abrazarle por útima vez y suplicarle que les dejase algún recordativo; y él, no teniendo otra cosa, les dió su capilla, y entró seguido de los demás mártires.

Ya todos dentro, los soldados cerraron la puerta y soltaron las manos de los presos, los cuales, al verse libres, empezaron a abrazarse con grandes muestras de ternura, alentándose mutuamente a padecer por Cristo y citándose todos para el cielo.

Los tres que habían de ser quemados vivos se acercaron a los postes, los besaron con amor y dieron gracias al Señor. Entretanto, los verdugos, armados con sus espadas, se llegaron a los doce marinos que estaban de rodillas y, a una señal de los jueces, los degollaron.

Quedaban los tres que habían de ser quemados. Cuando vieron que se acercaban los verdugos, abrazáronse por última vez y, puestos de rodillas, rezaron juntos el *Credo* y luego permanecieron unos instantes orando y suplicando al Señor que fortaleciese su ánimo.

Terminada su oración se levantaron y presentaron las manos a los verdugos, los cuales ataron a los mártires en los postes, estando en medio el padre Zúñiga y distantes uno de otro como nueve pies. Llegando al último extremo de crueldad, los japoneses colocaron el montón de leña para la hoguera a unos doce pies de distancia de los postes, para que los mártires fuesen quemados lentamente y padeciesen largo rato. Además, contentáronse con sujetarles las manos con cuerdas de paja, para darse el gusto de verlos luchar contra la muerte y aun escaparse al sentir las primeras quemaduras, confiando con eso poder burlarse de ellos tratándolos de cobardes.

Pero quien burló las trazas de tan inicuos jueces fué el Señor, llenando a sus siervos y mártires de fortaleza y constancia sobrehumanas. Apenas los sujetaron a los postes, Joaquín empezó a predicar a la muchedumbre en idioma japonés lo que en castellano le iba dictando el padre Zúñiga. Los jueces le mandaron callar y aun le hicieron dar algunos bastonazos, pero él gritaba más y sus palabras impresionaron vivamente a paganos y cristianos.

Pegaron fuego a la leña, pero estaba tan húmeda que tardó mucho en encenderse y levantó una humareda densa que ahogaba a los tres mártires.

—¡Glorioso San Agustín, ayudadme! —exclamó el Beato Pedro.

—¿Qué decís? —repuso el padre Flores—. ¿No lo veis que está aquí con nosotros?

Cuando empezaron a levantarse grandes llamaradas, sintieron inmenso gozo que se reflejaba en sus rostros.

—Desde hoy seréis capitán del reino de los cielos —dijo el Padre Zúñiga a Joaquín.

—Eso espero de la misericordia del Señor —repuso éste—; y ¡cuánto se lo agradezco!

Y así los tres se alentaban, con santas palabras, a morir gozosos por Cristo.

Con la primera acometida de las llamas, quemáronse las ataduras de paja que los tenían sujetos a los postes; pero los tres mártires permanecieron de pie, quietos como si fueran estatuas. El padre Luis murió el primero y luego Joaquín. El Beato Pedro de Zúñiga, por estar algo protegido por sus compañeros, recibía la llama en la espalda y expiró el último en medio de atroces dolores.

Llenáronse de consuelo los cristianos al ver que los tres esforzados confesores habían logrado el triunfo, y en medio de gozosas lágrimas y gritos de alborozo cantaron el *Te Deum* y otros cánticos. Los mismos paganos quedaron atónitos y confesaron que jamás habían visto morir con aquel gozo y valor. Sucedió este glorioso martirio a los 19 de agosto del año 1622.

Los cuerpos de los mártires permanecieron cuatro días de hinojos al pie de los postes con el rostro vuelto al cielo, y cuando se hubieron retirado los soldados que los custodiaban, entraron los cristianos en el lugar del martirio, y se llevaron como reliquias no sólo los cuerpos de los mártires, sino hasta los postes, los restos de la hoguera y la tierra embebida en la sangre de los doce marinos degollados.

Hoy día, los preciosos restos del Beato Pedro de Zúñiga se veneran en la iglesia de los padres Agustinos de Manila.

Estos y otros muchos mártires del Japón fueron beatificados por la Santidad de Pío IX el día 7 de mayo del año 1867. La Orden agustiniana celebra su fiesta el 2 de marzo.

SANTORAL

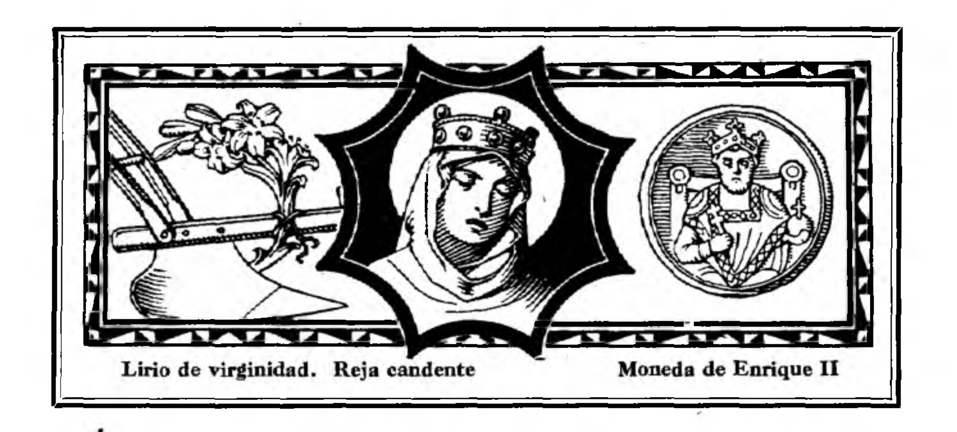
Santos *Simplicio, papa;* Lucio, obispo; Jovino y Basileo, mártires; Quinto, taumaturgo; *Ceadas, obispo;* Trado, mártir en Asia; *Lucas Casalio, abad;* Jovino, abad. Conmemoración de ochenta mártires en Campania, muertos por los lombardos, en 579, y otros muchos santos mártires en Roma en 224. Beatos **Pedro de Zúñiga, mártir,** y Carlos el Bueno, conde de Flandes, mártir. Santas *Nona, princesa y penitente;* Jenara y Secundila, mártires.

SAN SIMPLICIO, papa. — Sucedió a San Hilario, en 468, en el gobierno general de la Iglesia, ocupando la silla de San Pedro cerca de 16 años. Eran aquéllos unos días muy turbulentos, debido al incremento de la herejía de Arrio y a la actitud de los pueblos bárbaros: suevos, alanos, hérulos y godos, que sacudieron el yugo de la subordinación. Simplicio vió, además, con pena, los disturbios ocasionados por la intrusión de Pedro el Batanero y de Pedro Monje en las sedes de Antioquía y Alejandría, a los que tuvo que condenar a causa de sus herejías. Murió Simplicio en 483; su cuerpo fué enterrado en la Iglesia de San Pedro. Fué uno de los hombres más ilustres de su época.

SAN CEADAS, obispo. — Nació en Northumberland y fué educado en la llamada Isla de los Santos. Hizo grandes progresos en los estudios de la Sagrada Escritura y en la Patrística. Ejerció los cargos de abad y obispo; vivió siempre con gran vigilancia, humildad, castidad y, sobre todo, con un vivo temor de Dios, según lo acreditó en toda ocasión. Unos días antes de su muerte llenaron su habitación los dulces ecos de un coro de ángeles, los cuales le anunciaron que volverían, pasados siete días, para llevar su alma al cielo. Tal como lo anunciaron, así lo cumplieron. Era el día 2 de marzo del año 672.

SAN LUCAS CASALIO, abad. — Sicilia fué la patria de este Santo, que a los doce años ingresó en el convento de San Felipe de Argirome. Fué ordenado de sacerdote, y más tarde elegido abad del monasterio, cargo que sólo aceptó por indicación de la Santa Sede. Por una enfermedad que le atacó la vista, quedóse ciego; pero siguió gobernando con la misma rectitud y prudencia que antes. Se distinguió en la predicación, con la que consiguió numerosas conversiones. Un día, dando un paseo por el campo, sus monjes, ávidos de escucharle, le hicieron predicar, después de haberle dicho que le escuchaba gran multitud. Cuando, al acabar, dijo: «Per omnia sæcula sæculorum», de las piedras que le sirvieron de púlpito salieron unas voces que le contestaron: «Amen». Todos quedaron maravillados de este hecho. Su larga vida en la tierra fué un continuo motivo de edificación para el prójimo. Dejó este mundo a principios del siglo IX. El papa Benedicto XIV hizo de él grandes elogios.

SANTA NONA, princesa y penitente. — Vivió en Inglaterra durante el siglo VI. Aunque criada entre esplendideces de corte y atractivos de nobleza, Nona abandonó el mundo, que no le podía hacer feliz, y se retiró a la soledad, cuyo techo era la azul concavidad de los cielos, y sus cortesanos los ángeles, embajadores del Rey de la Gloria, a la cual suspiraba. Para mejor lograr la salvación se entregó a una vida de austeridad y penitencia, que fué luego imitada por otras ilustres viudas. Hijo suyo fué San David, a quien honra como patrón el País de Gales. Murió Nona en olor de santidad y su fiesta es celebrada con gran esplendor el 2 de marzo en muchos pueblos de la Gran Bretaña.



DÍA 3 DE MARZO

SANTA CUNEGUNDA

EMPERATRIZ Y VIRGEN (✝ 1040)

SANTA Cunegunda, hija de los condes Sigfredo y Eduvigis de Luxemburgo, nació a fines del siglo X y fué educada desde muy niña en el santo temor de Dios, a quien consagró su alma, su cuerpo y su virginidad.

Acababa de ser elegido emperador de Alemania San Enrique, duque de Baviera, el cual fué coronado en Maguncia el 7 de junio del año 1002. Luego pensó en tomar esposa, no porque ello fuera de su agrado, pues había hecho voto de continencia, sino para evitar disturbios en la nación, que amenazaba sublevarse si el emperador no se casaba.

Estando en tales aprietos, Enrique respondió a los delegados:

—No quiero contrarrestrar más tiempo vuestra voluntad y deseo; pero en modo alguno me desposaré con mujer que no sea digna, por sus prendas naturales y morales, de compartir conmigo el trono; a vosotros mismos os dejo el cuidado de escogerla con esa condición.

Los delegados pusieron los ojos en Cunegunda, princesa de muy alta sangre y piadosísima, y la propusieron a su señor como la única esposa digna de él. En esto vinieron a morir los padres de Cunegunda y, así, el negocio de su casamiento hubo de tratarse con sus tutores.

Llenóse de pena el corazón de la casta joven con la noticia de su boda; mas sus deudos, ufanos con una unión que tanto lustre daría a su familia, combatieron cuanto pudieron los escrúpulos de Cunegunda y multiplicaron las instancias y las súplicas para que aceptara. Ella resistió con empeño, rogando al Señor le diera a conocer su voluntad y, a poco, tuvo presentimiento de haber sido oídas sus súplicas, entendiendo le sería otorgada gracia para permanecer fiel a Jesucristo aun dentro del matrimonio.

Aceptó, pues, y la boda con el emperador se celebró en medio de ferventísimas aclamaciones. Los hombres se regocijaban puesta la mira en humanos fines; pero los ángeles, testigos de la virginal unión, entonaron en los cielos cánticos de santa alegría.

Cuando los obispos hubieron dado la bendición a los nobles desposados y éstos se hallaron solos, díjole Enrique a Cunegunda:

—Queridísima esposa: no quiero que ignores que he jurado al Señor consagrarle mi alma y cuerpo, guardando por su amor continencia perfecta.

Al oír tales palabras, el rostro de la joven desposada se inundó de celestial alegría.

—Señor y rey mío —exclamó—; más suaves que el aroma de la miel son para mi corazón estas palabras. Yo también tengo hecho voto de perpetua castidad, y antes renunciaría a las coronas de la tierra que consentir en quebrantarlo.

Tomando entonces Enrique la mano derecha de Cunegunda, le dijo:

—Ahora sí que en verdad puedo llamaros amiga mía y esposa mía inmaculada. El Señor está con nosotros, pues Él ha inspirado a nuestros corazones la misma voluntad y los mismos deseos. Jurémosle permaner fieles a su amor. Por lo que a mí toca, por la fe de Jesucristo, a quien pongo aquí como testigo, te prometo honrarte como a la más gloriosa de las esposas, amarte en cuerpo y alma como a mí mismo y preferirte a todo sobre la tierra.

LA TERRIBLE PRUEBA DE LAS CANDENTES REJAS DE ARADO

VIVÍAN estos dos santos casados con gran pureza y conformidad, cuando la calumnia vino a sembrar discordia donde había tanta unión. Cobardes cortesanos, aprovechando una expedición militar mandada por el emperador, acusaron a Cunegunda de no guardarle la fe que le había prometido. Pronto cundió la falsa sospecha entre la gente, siendo causa de que todos a una trataran de hipócrita a la santa emperatriz.

Luego llegó a oídos de Enrique noticia de lo que pasaba y, si bien al principio no dió fe a las falsas sospechas, al cabo, viendo que eran tantos los que se lo aseguraban, juzgó que aquellos testimonios debían tener algún

fundamento. Determinó, pues, romper todo trato con ella, hasta tanto que un concilio de los obispos de Alemania dictaminase sobre el asunto.

La emperatriz, por su parte, estaba al tanto de las odiosas calumnias que contra ella se propalaban. Hízose un día encontradiza con su esposo y, al llegarse a él serena y confiada para hablarle, Enrique desdeñó su saludo y ni aun quiso mirarla.

—Muy apenado señor —dijo ella sollozando—, ¿por qué no queréis hablarme y apartáis de mí vuestro rostro?

—A mí no me toca decíroslo —repuso el emperador con voz severa y bajando la cabeza—. Interrogad a vuestra propia conciencia y ella os dará cumplida respuesta.

—Mi conciencia está sin mancilla —replicó Cunegunda—; el Señor que todo lo ve, es testigo de ello. No cometí ningún delito de los que se me acusa. ¡Oh rey y señor mío! Mostrad en este asunto, os lo suplico, heroísmo semejante al que mostrasteis en los combates y tened paciencia. Ahora parece que yo he menospreciado la honra del reino; pero con la gracia de Dios, la restableceré en breve si consentís poner en práctica los medios que yo os sugiera.

Apaciguóse un tanto el ánimo del monarca oyendo esas palabras y Cunegunda prosiguió de esta manera:

—Juntad, señor, a todos los príncipes, obispos y cortesanos en esta real ciudad de Bamberg, y examínese este asunto en su presencia conforme a las normas jurídicas; luego la asamblea decidirá. Por mi parte tengo firme esperanza de que la divina misericordia nos sacará de este abismo de vergüenza y de falsas sospechas.

Tras madura reflexión, aceptó el rey la propuesta y juntó la asamblea que presidió él en persona; mas, llegada la hora de dar fallo definitivo, tanto los príncipes como los cortesanos prorrumpieron en amargo llanto, no pudiendo determinarse a condenar a quien hasta entonces les había admirado tanto con el ejemplo de todas las virtudes.

Advirtiólo Cunegunda y, armándose de varonil valor y levantándose en medio del mayor silencio de la asamblea, protestó ser inocente y haber guardado inviolada la fe prometida a su esposo. Con angelical mansedumbre propúsoles luego ella misma la prueba a que se sujetaría para justificar su inocencia.

—Traigan doce rejas de arado candentes, y sobre ellas caminaré con los pies descalzos.

Esas pruebas llamadas «juicios de Dios» eran frecuentes en el siglo XI; pero sería tentar al Señor emplearlas sin particular inspiración del cielo, por lo cual justamente los Papas las prohibieron.

Trajeron las doce rejas candentes, y la asamblea se trasladó a la basí-

lica. Cunegunda iba entre dos obispos y detrás venían el emperador y su séquito.

Conmovióse sobremanera Enrique al ver en el suelo las rejas que, hechas ascuas, chisporroteaban.

—No os empeñéis en vuestro horrible propósito —dijo a Cunegunda—; creo ya que sois inocente.

Mas ella repuso con mansedumbre:

—Cuanto más dolorosa sea la prueba, tanto más logrará convenceros de mi inocencia.

Alzando los ojos al cielo, comenzó a andar con los pies descalzos sobre los hierros candentes. Todos los ojos estaban clavados en la casta emperatriz. En cada reja ponía los dos pies, repitiendo la oración: «¡Oh Señor y Dios mío, apiadaos de vuestra humilde sierva!» Y al llegar a la duodécima, permaneció en ella de pie como en trono de honor.

La muchedumbre conmovida se precipitó entonces sobre la Santa para venerarla, admirando su heroico valor, y el emperador se echó confuso a sus pies y le dijo:

—Perdonadme, serenísima reina, y honradme otra vez con vuestro amor. Confieso que he pecado ultrajándoos con falsas sospechas; mas ya mi dolor y arrepentimiento son grandes como la admiración y estima que por vos siento. Quede mi lengua pegada a mis labios, si hasta el postrero de mis días no procuro reparar mi culpa.

—¡Oh rey y señor mío! —respondió ella—, sólo a Dios habéis de amar y no a mí. El respeto y afecto que os guardo son sin medida; así lo fueron desde que tuve el honor de desposarme con vos, y así lo serán hasta mi postrer suspiro.

Entretanto, la asamblea prorrumpió en cánticos de alabanzas, bendiciendo al Dios todopoderoso que sabe ensalzar a sus elegidos.

Enrique y Cunegunda permanecieron toda la vida fieles a tan santa resolución, y de allí en adelante se amaron y respetaron más y más, viviendo en completa paz y concordia.

FUNDA IGLESIAS Y MONASTERIOS

EN el año de 1014, Cunegunda, en compañía del emperador, fué a Roma para recibir con él la corona imperial de manos del papa Benedicto VIII. Ambos santos esposos, animados de igual celo y devoción, diéronse a extender el culto del Señor y edificar muchas iglesias y monasterios, donde Él fuese adorado y servido. Para esto, primeramente mandaron fabricar un templo al príncipe de los Apóstoles San Pedro, y a San Jorge, mártir, y un monasterio bajo la regla de San Benito, a la honra de San



CUANDO *Santa Cunegunda despierta sobresaltada y se ve rodeada de llamas, invoca a Dios con confianza: hace la señal de la cruz sobre la cama y el fuego se apaga al instante. Con admiración observan las monjas que el voraz elemento ha respetado los vestidos de la Santa.*

Miguel Arcángel, y otro de canónigos, con título de San Esteban, protomártir, dando a estas iglesias muchas posesiones y rentas.

También fundó el emperador la iglesia catedral de Bamberg, la cual consagró el papa Benedicto VIII, venido a Alemania a ruegos del mismo emperador. Y para que las mujeres que deseaban servir a Dios en toda perfección también tuviesen lugar cómodo para poderlo hacer, la santa emperatriz levantó un monasterio de monjas de San Benito, en honra de nuestro Salvador Jesucristo y de su cruz, y lo enriqueció y adornó con imperial magnificencia, poniendo en el altar mayor una imagen riquísima de oro y piedras preciosas, y dando para el servicio de la iglesia cálices, jarros y fuentes de oro y de plata y ornamentos riquísimos, y todo lo demás necesario para el culto divino, con tanta abundancia y magnificencia, que bien mostraban la devoción de quien lo daba.

Y no se contentaron estos santos emperadores con fundar los templos y monasterios que hemos dicho, y proveerlos de heredades, rentas y ornamentos, sino que también repararon las iglesias caídas y renovaron las antiguas, de manera que apenas había iglesia que no recibiese de su mano algún don.

MODELO DE VIUDAS Y DE MONJAS

LLEGÓ para el santo emperador la hora de ir a recibir el galardón de sus virtudes y santas obras. Estando Cunegunda ocupada en fundar el monasterio de Santa Cruz, Enrique enfermó de grave dolencia y, a punto ya de expirar, juntó a los deudos de la emperatriz. En presencia de ellos y de cuantos rodeaban su lecho, tomando en sus manos la derecha de Cunegunda, díjoles:

—A mi guarda encomendasteis esta virgen de Jesucristo; y virgen la torno a este divino Señor y a vosotros.

Muy triste quedó la Santa por una parte, por haber perdido tan buena y dulce compañía, y por otra muy consolada, por ver que el emperador, su marido y espiritual hermano, libre ya de los cuidados de esta vida y de las tormentas del imperio que gobernaba, había llegado a puerto tranquilo de eterna bienandanza, y no menos por verse libre y desatada de los lazos y ataduras con que le parecía estar aprisionada y detenida para no poderse dar totalmente, como deseaba, al Señor.

Cunegunda, después que cumplió con el alma del emperador, haciendo grandes limosnas por ella, mandando decir muchas misas por todas partes y encomendándola a las oraciones de los siervos y siervas de Dios, determinó dar libelo de repudio al mundo y hollar su propia grandeza y majestad, tomando el hábito de religiosa en aquel monasterio de monjas que había edificado.

Para esto hizo llamar a algunos obispos y rogarles que viniesen a consagrar la iglesia de aquel monasterio y, habiendo ellos venido, asistió la santa emperatriz a la misa que se celebraba con grande acompañamiento. Vestida conforme a su imperial majestad, ofreció una cruz con reliquia del madero santo de nuestra redención, y, acabado el Evangelio de la misa, se desnudó de sus ropas imperiales y se vistió de otras humildes que ella misma había hecho con sus manos. Con la bendición del sacerdote, tomó el hábito de religiosa y se hizo cortar el cabello, que después se guardó por reliquia; muchos de los circunstantes lloraban; unos, porque perdían tan gran princesa y amorosa señora, y otros, de pura devoción, considerando el ejemplo que les daba la que menospreciaba con tanta alegría el cetro y la corona, y los arrojaba a los pies de Jesucristo.

VIRTUDES Y PRODIGIOS

CON esto, la esposa de un emperador vino a serlo de Jesucristo, y compañera de las que hasta entonces miraba como hijas. En el monasterio no se consideraba como señora, sino como sierva y hermana de las demás. Hacía labor con sus manos; era muy asidua a la oración y al coro; estaba siempre ocupada; leía y oía leer libros santos, visitaba a las enfermas, consolaba a las desconsoladas, y en su aspecto era gravemente suave y suavemente grave.

Diferentes veces quisieron elevarla a la dignidad abacial; pero Cunegunda se resistió tenazmente y se dedicó al servicio de las religiosas enfermas con una abnegación extraordinaria, sin que disminuyeran en lo más mínimo su ardiente solicitud por ellas, ni la repugnancia que produce toda enfermedad, ni lo molesto de la asistencia a los enfermos, por adornados que estén de resignación.

Y era de ver cómo toda una poderosa emperatriz, acostumbrada desde su nacimiento a recibir los homenajes de los más grandes y poderosos señores, asistía a aquellas pobres religiosas, haciendo sus camas, limpiándolas, curando sus llagas, preparando sus alimentos y haciendo, en una palabra, todos los menesteres de la más humilde enfermera. Y todo ello con angelical dulzura, con verdadero amor de madre, privándose del corto descanso que la comunidad se tomaba durante la noche, pues Cunegunda, al solicitar y obtener que corriera a su cargo la enfermería del convento, no se creyó por eso dispensada de las obligaciones que la regla monástica imponía a las demás religiosas; antes al contrario, era la más fiel observante de todas ellas, y aun se excedía en su cumplimiento, sobre todo en los ejercicios de oración y de penitencia.

Dióse de tal manera al menosprecio de sí misma, al estudio de la perfección y al amor y servicio del Señor, que fué espejo de religión, dechado de santidad y un vivo retrato del cielo. Dios nuestro Señor la ilustró con algunos milagros.

Una noche en que, a causa del cansancio, se hallaba recostada en su camilla y cubierta de cilicio, una monja, entretenida en piadosas lecturas, la estaba velando junto a su lecho. Al dormirse la lectora, la vela que tenía encendida en sus manos se cayó y produjo un gran fuego, a cuyo chisporroteo la emperatriz despertó y con la señal de la cruz apagó las llamas.

Un día asistía al santo sacrificio de la misa; al ir a presentar su ofrenda, según costumbre de la época, se quitó el guante de la mano derecha y, no encontrando a quien entregarlo para que se lo guardara, abrió la mano para dejarlo caer al suelo. Pero, ¡oh prodigio!, en aquel mismo instante penetró en la iglesia un rayo de sol, y en él quedó suspendido el guante hasta que volvió a tomarlo Cunegunda al regresar de hacer su ofrenda.

MUERTE DE SANTA CUNEGUNDA

DESPUÉS de quince años vividos en el monasterio y haber sido la admiración de todos y la edificación de las monjas por la humildad, paciencia, mansedumbre, abnegación y penitente vida, quebrantóse mucho su salud, debido a sus grandes austeridades, y le dió una enfermedad tan recia, que ella misma conoció que se le acercaba el término de su vida.

Estando ya al fin de ella y preparándose las cosas necesarias para su entierro, vió que sobre las andas ponían un rico paño de brocado y, volviéndose a los circunstantes, les dijo:

—Quitad ese paño, que no es mío. Cuando me desposé con un hombre mortal, me adorné con ricos y lujosos atavíos, mas el pobre hábito que ahora visto es el de una esposa de Jesucristo. Cubrid, pues, mi cuerpo con un vestido vil, y ponedle en una sepultura junto a mi señor y hermano Enrique, que me está llamando.

Y con esto dió su espíritu al Señor a los tres días de marzo del año 1040. Su sagrado cuerpo fué trasladado con gran concurso de fieles a la iglesia de Bamberg, donde hacía dieciséis años descansaban los preciosos y venerados restos de su santo esposo. En el trayecto recobraron la salud innumerables enfermos, con sólo tocar las reliquias de la santa emperatriz.

A tantas y tan extraordinarias curaciones con las que plugo al Señor manifestar la gloria que en el cielo goza su fiel sierva, añadióse un prodigio no menos admirable, que trae el antiguo biógrafo de la Santa. Al abrir el sepul-

cro de San Enrique para colocar en él el cuerpo de su esposa virgen, conforme al deseo expreso de la emperatriz, ocurrió un hecho maravilloso. Oyóse una voz que decía: «¡Oh virgen, haz lugar a una virgen!». Movióse al punto el cuerpo del emperador corriéndose a un lado, con gran admiración de los presentes, y dejando el espacio necesario para colocar el de su angelical consorte.

CULTO Y MILAGROS

SANTA Cunegunda fué canonizada el día 3 de abril del año 1200 por el papa Inocencio III, y su principal festividad se celebra el día 3 de marzo. La mayor parte de sus reliquias se hallan en Bamberg; también hay algunas en Viena, Colonia y Lisboa, y en el monasterio de Audeck, en Baviera.

Los innumerables milagros que obró en vida y después de muerta, hicieron su devoción popularísima en Alemania. Tres muertos resucitaron merced a su intercesión. Uno de ellos volvió a la vida de esta manera: Cayó un niño de tres años a un estanque, donde murió. Allí permaneció todo el día sepultado bajo unos haces de lino que se remojaban en las aguas. Al caer de la tarde, vieron el cadáver unas mujeres que por allí pasaban; sacáronle y lleváronle a casa de sus padres, los cuales quedaron afligidísimos, lamentándose toda la noche.

Al día siguiente tuviéronse los funerales, a los que acudió el párroco con gran muchedumbre de fieles. Tema de todas las conversaciones eran por entonces las maravillas y prodigios obrados por la santa emperatriz Cunegunda, y así todos a una voz comenzaron a invocar a su celestial protectora. Al punto movió el niño los dedos de las manos y, al cabo de una hora, ante la muchedumbre atónita, se levantó lleno de vida. «Este prodigio —añade el biógrafo— me lo refirió el mismo sacerdote que presidía los funerales, y ya antes, cuando el niño resucitado estaba todavía entre la muchedumbre, vinieron a contármelo algunos soldados, jurando que decían verdad.»

SANTORAL

Santos *Emeterio y Celedonio, mártires en Calahorra;* Marino, centurión, y Asterio, senador, mártires; Ticiano, obispo de Brescia; Luciolo y compañeros, mártires en África; Anselmo, duque y penitente; Calupano, presbítero; Gervino y Guenolé, abades; *Basilisco, Cleónico y Eutropio, soldados mártires; Medín* o *Emeterio, mártir de San Cugat del Vallés (Barcelona).* Beato Pedro Renato Rogue, mártir en la Revolución francesa; Beato Jacobino, hermano lego carmelita. Santas **Cunegunda, emperatriz y virgen;** Camila y sus tres hermanas, vírgenes; Artelaida, virgen; Casia, mártir en Tesalónica.

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO, mártires. — Nacidos en León, en el siglo III, constituyen una honra para Calahorra y un orgullo para España. Eran hermanos y, ambos, soldados pertenecientes a la legión VII, enviada a España por el emperador Trajano. Confesaban la fe de Cristo con gran entereza y ansiaban sufrir el martirio. Para esto se trasladaron a Calahorra, por parecerles que allí tendrían mejor ocasión de lograr sus intentos. Durante el camino, Emeterio, que era el mayor, dijo a su hermano: «Ya ha muchos años que servimos en esta guerra del mundo, donde el trabajo arriesga la vida y el ocio gasta la honra. Ahora se mueve otra al Rey de los cielos, Jesucristo: vamos a ganar su sueldo, que no es menos que la gloria sin fin». Celedonio accedió gustoso a los deseos de su hermano.

En Calahorra sufrieron una cárcel tan larga que, según el poeta Prudencio, el cabello tuvo tiempo de crecerles mucho. San Isidoro advierte que fueron tantos y tan brutales los tormentos a que sometieron a estos dos Santos, que los jueces se avergonzaron de ellos y prohibieron que se escribieran y publicaran. Algunos opinan que ya los llevaron presos desde León. Lo cierto es que su martirio tuvo lugar en Calahorra, en cuya Catedral descansan los restos de estos héroes de la fe. Esta ciudad los honra por patronos.

SANTOS BASILISCO, CLEÓNICO Y EUTROPIO, soldados mártires. — Capadocia fué la patria de estos tres Santos que, sin ser hermanos por la sangre, lo fueron por el amor y el martirio. Acusados de ser cristianos, fueron detenidos por orden del prefecto, delante del cual no sólo confesaron con valor su creencia religiosa, sino que le echaron en cara su crueldad y tiranía. Los azotaron brutalmente y echaron sobre ellos gran cantidad de pez y plomo derretidos; finalmente fueron crucificados y expiraron en la cruz el 3 de marzo del año 308, en la misma ciudad de su origen.

SAN MEDÍN, mártir. — No lejos de Barcelona hay una parroquia dedicada a este Santo, nacido en sus cercanías. Era labrador y tenía su campo próximo al camino. San Severo, obispo de la Ciudad Condal, escapando de la persecución de Eurico, rey de España, pasó por allí en dirección a San Cugat del Vallés. Medín sembraba habas en aquel preciso momento, mas se detuvo para escuchar al obispo, quien le expuso su plan y le indicó el lugar donde le encontrarían sus perseguidores. En el mismo momento, por milagro de Dios, crecieron y florecieron aquellas habas que sembraba. Poco después pasaron los satélites de Eurico y preguntaron a Medín si había pasado por allí Severo; y contestando que lo había hecho cuando él sembraba aquellas habas, creyeron que se burlaba de ellos, le cogieron prisionero y le llevaron a donde estaba Severo. Ambos fueron martirizados; al obispo le clavaron un grueso clavo en la frente, y Medín fué degollado. Esto ocurrió hacia el año 480.


Armas reales y ducales. Emblema de su realeza. Castidad y devoción mariana

DÍA 4 DE MARZO

SAN CASIMIRO

PRÍNCIPE POLACO Y DUQUE DE LITUANIA (1458 - 1483)

ES la virginidad flor sumamente delicada, que no suele hallarse en los palacios de los príncipes, donde tan fácilmente se deslizan el vicio y la corrupción; con todo, no es tan rara que no se vean de ella ejemplos en la historia de los Santos; y así, en San Casimiro podremos admirar cómo el brillo de la pureza se junta en él al fausto y esplendor de las humanas grandezas.

LOS JAGELLONES

CUANDO nació San Casimiro, hacía ya setenta y dos años que Polonia vivía bajo el glorioso cetro de los Jagellones. El fundador de dicha dinastía, llamado Jagellón (o Jagelón), duque de Lituania, prometió abrazar el cristianismo y convertir a su pueblo idólatra, si lograba aba
desposarse con Eduvigis, que era reina de Polonia desde el año 1382. Obligóse además a dar libertad a todos los cristianos esclavos en sus Estados, a unir al reino de Polonia, Lituania, Samogitia y otros dominios suyos, y, finalmente, a reconquistar Pomerania, Silesia y las demás provincias que

en otro tiempo pertenecían a Polonia. Fué bautizado el día 14 de febrero de 1386 y subió al trono con el nombre de Ladislao V, teniendo muy glorioso reinado.

Para ayudar más eficazmente al establecimiento del cristianismo, logró que se crease el obispado de Vilna, rechazó a los tártaros de Tamerlán y venció a los caballeros de la Orden teutónica, los cuales pretendían extender sus conquistas a los países situados a orillas del mar Báltico.

Sucedióle en 1434 su hijo Ladislado VI, que sólo tenía once años; pero a los diez de su reinado fué vencido y muerto por los turcos en la batalla de Varna. Con esto pasó a ocupar el trono su hermano Casimiro, cuarto de este nombre, que casó con Isabel de Austria, hija del emperador Alberto II, y a la que un cronista de aquella época, Martín Chromer, obispo de Warnalland, llama «santísima y devotísima princesa». De este matrimonio nacieron trece hijos, seis de ellos varones.

LA FAMILIA DE SAN CASIMIRO

EN esta numerosa familia, era nuestro Santo el tercer hijo, y nació a los cinco días del mes de octubre del año 1458, manifestando desde su niñez fuerte inclinación a la virtud y resplandeciendo entre los demás como un sol entre estrellas.

Tuvieron sus padres particular cuidado de su crianza; su madre, que creía ver en él señales inequívocas de santidad, procuró instruirle y educarle en el santo temor del Señor dándole excelentes preceptores. A los nueve años le confió a Duglosz, llamado Longinos, canónigo de Cracovia e historiador de Polonia, varón de mucha fama, piedad y letras y que, por humildad, había rehusado varios obispados a los que se había hecho acreedor por sus admirables prendas y extraordinarios méritos. Probablemente intervino también en su educación el toscano Buonacorsi, llamado Calímaco.

Las hermanas de San Casimiro contrajeron matrimonio con los príncipes de Sajonia, Baviera y Brandeburgo. Su hermano mayor fué rey de Hungría y Bohemia; otros tres fueron sucesivamente reyes de Polonia, y el último llegó a ser cardenal arzobispo de Gniezno y obispo de Cracovia.

En cuanto a Casimiro, renunció de buena gana a los honores y dignidades de la tierra y se hizo pequeño ante los hombres, puestos sus pensamientos en el reino de los cielos, al que quería llegar por la senda del amor y servicio divino.

SUS ADELANTOS EN LA CIENCIA Y LA VIRTUD

EL buen natural del joven príncipe ayudó en gran manera a su educación, y como era de excelente ingenio, buenas inclinaciones y mejores costumbres, adelantó mucho en las letras humanas y más aún en las virtudes cristianas. Desde niño dió muestras de lo que había de ser; causaba admiración a cuantos le veían y trataban, de los cuales era muy querido.

Difícilmente se pueden hermanar en un joven príncipe más inocencia de vida, modestia y méritos, que en San Casimiro, el cual movía con su ejemplo a los caballeros del reino a imitar su compostura y santas costumbres.

Prevenido de la gracia y bendiciones del Señor, no conoció en toda su vida ni aun el nombre del vicio. Lejos de vanagloriarse de pertenecer a una de las más ilustres familias de Europa, no tuvo con ello ninguna cuenta, y no obstante ser hijo y hermano de reyes y haber sido elegido rey de Hungría, nunca se vió que estimase más dignidad que la de ser ciudadano de la corte celestial.

Ya desde sus tiernos años supo despreciar los placeres, diversiones y bagatelas que los niños suelen buscar con afán, y así, no gustaba de vestidos ricos ni de regalos de palacio. En cambio, toda su dicha consistía en pasar largas horas postrado al pie de los altares, haciendo la corte a su Señor y Rey Jesucristo, y, si sus preceptores le incitaban a que se divirtiese, respondíales mansamente que en la iglesia, cabe el divino Maestro, hallaba él las diversiones del paseo, juego y caza.

Castigábase con rigurosas disciplinas, procurando afligir su carne de todas maneras, así por estar más lejos de todo vicio, como por imitar a nuestro Redentor Jesús en sus dolores y trabajos. A las horas de comer era menester buscarle; pero le hallaban en oración. No cuidaba él de cosa de este mundo, porque, embebido en Dios, no se acordaba de comida ni bebida, y, si le dejaran, se pasara todo el día orando.

De noche se levantaba a escondidas y, con los pies descalzos, íbase a orar a alguna iglesia, en cuyos umbrales se postraba, derramando lágrimas de devoción, perseverando muchas veces en tal actitud hasta la mañana siguiente.

No aflojaba nada en el rigor de su penitente vida por estar enfermo, y así, aunque cayese malo, guardaba los preceptos de la Iglesia, no faltando a la abstinencia de carne y lacticinios en los días prohibidos. Premióle Dios esta obediencia y fineza para con los preceptos eclesiásticos, concediéndole una singular gracia en sus enfermedades: que ni el rigor de la penitencia aumentase la enfermedad de su cuerpo, ni la flaqueza del cuerpo le impidiese la prontitud y devoción del ánimo y deseo de una suma perfección.

Tuvo revelación de que ni las enfermedades habían de dañar a su espíritu, ni los remedios habían de aprovechar a las enfermedades; y así, puesto en las manos de Dios, sin ceder en las asperezas de su tratamiento, llevaba, con increíble paciencia y gran conformidad con la voluntad divina, los dolores e incomodidades del cuerpo.

REY ELECTO DE HUNGRÍA

DESCONTENTOS los húngaros con el rey Matías, quisieron poner en su lugar a Casimiro. Para tratar del asunto, enviaron delegados al padre del Santo. Casimiro, que a la sazón tenía doce años, se negó al principio a aceptar la corona; pero luego, acatando la voluntad de su señor padre, partió al frente de un ejército para defender el derecho de su legítima elección. Llegado a la frontera de Hungría, supo que Matías se había granjeado otra vez la estimación de sus súbditos, y que además el papa Sixto IV se había declarado partidario del monarca destronado y había enviado mensajeros al rey de Polonia aconsejándole que no llevara adelante su empresa.

De todo ello se alegró sobremanera el joven príncipe, y al punto pidió a su señor padre licencia para desandar lo andado en aquel negocio. El anciano rey consintió en ello, aunque muy a disgusto, por lo cual, y para no aumentar el pesar de su padre, no quiso el Santo volverse directamente a Cracovia, donde residía el viejo monarca, y se retiró a Dolzki, que está a corta distancia, permaneciendo allí tres meses entregado a rigurosa penitencia.

Supo más adelante que aquella expedición que le obligaron a emprender contra el rey de Hungría había sido injusta, y así otra vez que los húngaros pretendieron darle la corona, se negó resueltamente a aceptarla, a pesar de las súplicas y reiteradas órdenes del rey su padre.

SU DEVOCIÓN A LA PASIÓN Y A LA VIRGEN MARÍA

ERA San Casimiro muy devoto de la Pasión de Cristo y, cuando oía hablar de los dolores y tormentos que el Salvador padeció en el huerto de los Olivos y en el Calvario, o meditaba el gran amor de Jesús, Señor nuestro, al hacerse víctima por nuestros pecados, su corazón se afligía y dolía tanto, que muchas veces caía desmayado. Sólo con ver un crucifijo le saltaban las lágrimas y quedaba arrobado en éxtasis.

Estaba más tiempo en la iglesia que en palacio; trataba más con los religiosos y gente santa que con los grandes y príncipes del reino. Muchas



S AN *Casimiro se levantaba a escondidas durante la noche y, con los pies descalzos muchas veces, se iba a orar a alguna iglesia de su devoción. Por estar cerrada se quedaba en sus umbrales arrodillado y derramando lágrimas de devoción. Con frecuencia, el sol de la mañana siguiente le encontraba en tal actitud.*

veces permanecía en larga oración, enajenado de los sentidos del cuerpo, y, cuando asistía a misa, con frecuencia quedaba fuera de sí y con el alma unida con Dios.

Fué notablemente devoto de la Virgen Santísima y ternísimo hijo suyo, llamándola su buena Madre y hablando de ella con muchísimo afecto, respeto y ardiente amor. Saludábala cada día de rodillas y con mucha devoción con unos versos latinos que él mismo había compuesto con grande artificio y elegancia. Es el himno *Omni die, dic Mariæ,* que tiene sesenta estrofas de seis versos, todas ellas embebidas en los piadosos sentimientos que llenaban su alma, como se verá por las que aquí traducimos:

«Alma mía: bendice a la Virgen cada día; solemniza sus fiestas, celebra sus grandes virtudes.

Admira su grandeza y su encumbramiento sobre todas las criaturas; no dejes de publicar la gloria que le cupo de ser Madre de Dios, sin dejar de ser virgen.

Hónrala para que te alcance perdón de tus culpas; invócala para que no seas arrastrado por el impetuoso torrente de tus pasiones.

Aunque sé muy bien que María es superior a toda alabanza, sé también que es locura el no alabarla.

Todos hemos de alabarla y ensalzarla, y jamás debiéramos cesar de venerarla e invocarla.

¡Oh María!, ornato y gloria de tu sexo y bendita entre todas las mujeres; tú que eres reverenciada en toda la tierra y ocupas tan elevado puesto en los cielos,

Dígnate oír las súplicas de quienes se honran cantando tus alabanzas; alcánzanos perdón de nuestros pecados y haznos dignos de la eterna felicidad.

Dios te salve, santísima Virgen, pues por ti se nos abrieron las puertas del cielo a nosotros, miserables; a ti no te pudo engañar ni seducir la infernal serpiente.

¡Oh tú, la reparadora! ¡Oh tú, la consoladora de las almas desesperadas! ¡Líbranos de la infeliz suerte de los réprobos!

Líbrame de aquel estanque de fuego donde se padecen todos los tormentos, y consígueme, por tu intercesión, un lugar en la gloria.

Alcánzame el ser casto, modesto, manso, bueno, sobrio, piadoso, prudente, recto y enemigo de toda mentira y artificio.

Alcánzame la mansedumbre y el amor a la concordia y a la pureza, y gracia para ser fiel y constante en el camino del bien.»

No contento con rezar este himno todos los días en forma de súplica, quiso que lo pusieran en su sepulcro y en él fué hallado, bajo su cabeza, a los ciento veinte años de su muerte.

Hay diversidad de opiniones respecto a quién sea el autor de este himno. Un autor moderno de autoridad, al editar una colección de poemas marianos de San Anselmo de Cantorbery, tráelo en lugar preferente, atribuyéndolo al gran arzobispo inglés. Pero esto es sólo cuestión histórica que en nada merma la gloria de estos dos Santos, devotísimos de la Virgen María.

SU PUREZA VIRGINAL Y OTRAS VIRTUDES

LA pureza y castidad de este fiel siervo de la Virgen María fueron virginales y angélicas desde su temprana edad, trasluciéndose tan maravillosamente en todas sus obras, que movía a castidad a cuantos le trataban y, merced al cuidado sumo que tuvo de evitar todo peligro de perderlas, guardólas invioladas toda su vida.

No solamente los jóvenes, sino también los sabios y virtuosos le miraban como espejo de santísimas costumbres. Su alma purísima y sin mancilla estaba desposada con Jesucristo, y hacia este divino Esposo enderezaba todos sus amores.

Quísole casar el rey su padre, así por la sucesión que esperaba, como porque, a juicio de los médicos, corría evidente peligro de la vida si no se casaba; pero el santo y purísimo mancebo quiso antes estar sin salud, y aun sin vida, que violar la flor de su virginidad, la cual guardó entera y pura, respondiendo que no conocía la vida eterna quien, con algún menoscabo de la pureza, quiere alargar la vida temporal.

Fué modestísimo en el hablar; siempre era su conversación de cosas santas y espirituales, de edificación y provecho para otros. Nunca permitió hablar delante de sí cosa que pudiera desdorar a tercero.

Cuando oía a alguno murmurar, le corregía amigablemente; mas si, a pesar de ello, perseveraba, le reprendía con palabras graves y severas y, si lo tenía de costumbre, hacía que el rey su padre le despidiese de su servicio y echase de palacio.

Hablaba con frecuencia de la belleza de la virtud y del feliz estado del alma que vive en paz y amistad con Dios nuestro Señor, y ponía en sus palabras tal energía y piedad, que inflamaba en el amor divino a cuantos le escuchaban.

—¡Oh qué hermosa vida —exclamaba— la de un alma que está en gracia de Dios! Por la divina misericordia, podemos llevar en la tierra la vida que los ángeles y los bienaventurados llevan en el cielo; si así lo hacemos y cuidadosamente la conservamos, merecemos la eternidad feliz. ¡Cuán insensatos son los hombres que viven entregados a las alegrías y aficiones terrenales! El remordimiento y la duda los atormentan de continuo, y los suplicios que les aguardan serán eternos.

La casa en que residía Casimiro era como un templo donde se oraba sin cesar al Señor; en ella se practicaba el ejercicio de la oración como en los monasterios y casas religiosas. Todos sus criados seguían el ejemplo de tan santo príncipe.

Tenía gran celo por la fe y aumento de la santa Iglesia, y procuraba la conversión de los herejes y reducción de los cismáticos a la obediencia de la silla romana. Para esto hizo que el rey mandase por un riguroso decreto que ninguna iglesia de los que no eran católicos y obedientes al pontífice romano se edificase de nuevo, ni las antiguas se reparasen. En otras muchas cosas fué grande la vigilancia de San Casimiro contra los herejes, a los que sometió de forma tal, que entonces nadie osó levantar cabeza.

Coronaba estas y otras muchas virtudes con la caridad, que es reina de todas las demás. Daba a los pobres grandes limosnas, consolaba a los afligidos, libraba a los oprimidos, era amparo de las viudas, padre de los huérfanos, tutor de los desamparados, y no sólo favorecía a los que venían a él, sino que él mismo iba a buscar a los necesitados y se informaba de los más desvalidos para ayudar a todos.

MUERTE DE SAN CASIMIRO

TRAS una vida tan pura, virtuosa e inocente, no es maravilla fuese ya Casimiro fruto maduro para el cielo. Envióle el Señor una calentura lenta, dándole sobrado tiempo para prepararse a la muerte, que veía llegar y aguardaba con ánimo sosegado y gran paz de su corazón.

Con eso, y con una revelación que había tenido ya del día de su muerte, se preparó para aquella hora tan deseada; y, habiendo recibido los Sacramentos, fijó los ojos en un crucifijo que tenía en las manos, puso en las del Señor su purísimo espíritu, y se fué a ser compañero de los ángeles en el cielo, aquel que lo había sido en la tierra.

Murió en Vilna el año 1483, a 4 del mes de marzo, habiendo vivido sólo veinticuatro años y cinco meses. Muchas personas santas vieron cómo aquella alma santísima, al punto que murió, era llevada al cielo por los ángeles, llena de claridad y hermosura deslumbrantes.

Fué sepultado con gran sentimiento de todos y con magnificencia real en la iglesia catedral de Vilna, en una capilla de Nuestra Señora, escogida por el mismo San Casimiro para sepultura suya.

Tras un portentoso milagro que luego referiremos, instó con grande ardor el rey de Polonia por la canonización de San Casimiro. El papa León X envió un legado a Polonia para hacer las informaciones, y, hecho todo lo necesario, le canonizó en el año de 1521.

Clemente IX concedió que se celebrase su fiesta con oficio de doble en Polonia y Lituania, y Paulo V lo extendió a toda la Iglesia.

El día 16 de agosto de 1604 fué abierto el sepulcro del Santo y hallóse su cuerpo entero e incorrupto después de ciento veinte años de enterrado.

Más adelante, en el año de 1636, trasladáronse sus preciosas reliquias solemnemente a una suntuosa iglesia dedicada al Santo, y hoy día descansan en un sepulcro colocado sobre el altar de la capilla de San Casimiro en la catedral de Vilna.

Fueron innumerables los milagros que hizo Nuestro Señor por la intercesión de su siervo, para honrarle y manifestar cada día más su santidad. En 1654 el duque de Moscovia acometió, con un poderosísimo ejército, a Lituania, destruyendo y asolando cuanto topaban; talando, abrasando, matando o cautivando a cuantos hombres encontraban. Viendo el miserable estado de su patria, se movieron algunos mancebos nobles a hacer rostro al enemigo con el favor de San Casimiro, a quien prometieron que procurarían su canonización si les daba la victoria. Acometiéronlos con grande ánimo, porque, en tocando alarma, se apareció San Casimiro en el aire e hizo para los lituanos oficio de capitán. Apoderóse el pavor de los moscovitas, que volvieron las espaldas, y quedaron muchos muertos de ellos, mientras que de los de Lituania no murió ninguno.

Falleció en Vilna una doncella que se llamaba Úrsula, y sus padres, muy afligidos, fueron al sepulcro del santo príncipe y con lágrimas y gemidos le pidieron restituyese la vida a su hija. Oyólos el Santo, y por su intercesión resucitó el Señor a la doncella, con lo que los padres quedaron muy gozosos y agradecidos, y todos admirados y muy devotos de San Casimiro. Invócasele contra la peste y los peligros de los viajes y, sobre todo, como protector de la castidad.

SANTORAL

Santos **Casimiro, confesor;** *Lucio, papa y mártir; Elpidio y otros nueve obispos, mártires en Peñíscola;* Pedro, obispo de Policasto y abad de la Cava; Basino, obispo de Tréveris; Adrián, obispo y mártir en Escocia; *Víctor, religioso;* Novecientos mártires en la vía Apia, en tiempo del emperador Valeriano; Cayo Palatino, y 27 compañeros, mártires; Antígono, padre de la virgen Santa Eufrasia (Véase el 13 de marzo). Beato Romeo, hermano lego carmelita. Santa Heraida, mártir en Alejandría.

SAN ELPIDIO y compañeros, mártires. — Vivía retirado en las faldas pintorescas del Monte Carmelo, cuando llegó la hora de predicar el Evangelio de Cristo por los cuatro ámbitos de la tierra y prolongar así por el mundo entero el eco amoroso de la voz de Cristo, que aun parecía resonar en aquellos aromatizados campos de Palestina. Elpidio vino a España en compañía de nuestro glorioso Patrón Santiago y con él y con otros varones apostólicos recorrió el suelo patrio, sembró por doquier la salvadora semilla de la verdad y caldeó muchos corazones en el amor de Cristo. Fué el primer obispo de Toledo, en cuya imperial ciudad levantó un templo en honor de Nuestra Señora, el segundo de España dedicado a la Virgen. En nombre de los católicos españoles se dirigió a Roma para visitar a San Pablo y, a la vuelta, convocó un Concilio en la ciudad que hoy día llamamos Peñíscola; pero los obispos que a él asistieron fueron martirizados con el suplicio de la hoguera. Este glorioso triunfo tuvo lugar el 4 de marzo del año 60 de la Era cristiana.

Compañeros de San Elpidio, en el martirio, fueron San Basilio, obispo de Cartagena; San Eugenio, de Valencia; San Efrén, de Astorga; San Eterio, de Barcelona; San Pío, de Sevilla; San Agatodoro, de Tarragona; San Néstor, de Palencia; San Capitón, de Lugo; y San Arcadio, de Tuliobriga.

Se hallaban reunidos para tratar de distintos asuntos de la Iglesia, pero no pudieron acabar sus deliberaciones, ya que fueron apresados por orden del prefecto. Todos ellos derramaron su sangre por la causa de Dios, de quien recibieron la corona de la gloria. Regía los destinos del Imperio el sanguinario Nerón, cuya corona rodó por los suelos hecha pedazos, mientras que sus víctimas seguirán poseyéndola eternamente.

SAN LUCIO, papa y mártir. — Era natural de Roma, ocupó la silla de San Pedro en el año 253, después de la muerte de su antecesor San Cornelio. Los emperadores Galo y Volusiano le desterraron, pero por voluntad de Dios fué restituído a su Iglesia. Eran tan fieramente perseguidos los cristianos en aquellos tiempos, que Dios, en castigo, suscitó una epidemia, que tuvo su origen en Etiopía y se propagó por toda la tierra. San Cipriano elogió grandemente a San Lucio; éste terminó sus días, consiguiendo la palma del martirio, el 4 de marzo del año 254. Le sucedió San Esteban I.

SAN VÍCTOR DE MOUSÓN. — Religioso en una abadía próxima a Reims, perdió la vida al pretender conquistar un alma para la gracia de Dios. Un joven desalmado, al verse defraudado en las esperanzas de conseguir la hermana de Víctor, se echó sobre ella y le arrancó los ojos. Después mató también al hermano de ella por haberle querido razonar acerca de la enormidad de su crimen. Este suceso consta en los manuscritos de la abadía de Nuestra Señora de Mousón, en donde moraba nuestro Santo.



Fruta milagrosa — Enamorado de la cruz y de la observancia

DÍA 5 DE MARZO

SAN JUAN JOSE DE LA CRUZ

FRANCISCANO (1654 - 1734)

NACIÓ San Juan José de la Cruz el día de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora del año 1654 en el volcánico islote de Isquia, situado a la entrada del golfo de Nápoles, de suelo muy rico y fértil. En el bautismo recibió los nombres de Carlos Cayetano. Su familia era noble y piadosísima; sus padres, José Calosinto y Laura Garguilo, vieron, con santo consuelo, que cinco hijos suyos se consagraron al Señor. A todos aventajó Carlos en virtud y santidad de vida.

Ya en sus tiernos años gustaba sobremanera del retiro, silencio y oración; apartábase de los juegos y entretenimientos de sus hermanos y consagraba el tiempo de los recreos a visitar iglesias, orando en ellas con angelical devoción.

Tenía especial cariño y amor a la Virgen nuestra Señora, y cada día rezaba el Oficio Parvo y otras preces marianas, como el rosario y las letanías, ante un altarcito que él mismo había aderezado en su aposento a la gloriosa Reina del cielo. Los sábados y vigilias de sus fiestas solía ayunar a pan y agua.

Amaba a los pobres con singular ternura, recordando que el bien que a ellos se hace lo tiene Jesucristo como hecho a Él mismo. Aunque de muy

noble y opulenta familia, gustaba de llevar vestidos humildes y ordinarios. Trabajaba con sus manos y distribuía entre los pobres el fruto de su trabajo.

Ya pequeñito sabía mortificarse y practicar algunas penitencias, y cierto día en que uno de sus hermanos le dió de bofetadas, él, en vez de vengarse, se arrodilló a sus pies pidiéndole perdón, y luego rezó por él un Padrenuestro.

CARLOS CAYETANO, RELIGIOSO

CUANDO tenía apenas diecisiete años, determinó consagrarse enteramente al servicio divino, abrazando alguna religión de vida rigurosa y austera; pero no sabía cuál elegir entre las tres severas Órdenes de los Cartujos, Mínimos y Frailes Menores o Franciscanos.

Hizo una fervorosa novena al Espíritu Santo, en la que pidió luz para conocer su camino. Al terminarla ocurrió que Juan de San Bernardo, franciscano descalzo de la reforma de San Pedro de Alcántara, llegado de España a Italia para establecer allí esta nueva rama de la Orden de San Francisco, llegó a Isquia llevado de la providencia del Señor. Las eminentes virtudes de Juan, su vida santísima y su hábito austero y humilde, llenaron de admiración a Carlos Cayetano, el cual desde ese día ya no titubeó más en la elección. Dejó a su familia y pasó a Nápoles, al convento de Santa Lucía del Monte, pidiendo con insistencia ser admitido en él.

Pasados nueve meses de prueba, comenzó los santos ejercicios del noviciado, y poco después tomó el hábito religioso, trocando su nombre por el de Juan José de la Cruz, en honra de San Juan Bautista, cuya fiesta se celebraba el día siguiente; del glorioso San José, de quien era devotísimo, y de la sagrada Cruz, por la gran devoción que tenía a la Pasión de nuestro divino Salvador. Fué el primero en Italia en ingresar en la Reforma de Observantes Descalzos, y luego el principal promotor de la Orden en las provincias napolitanas.

El tiempo de su noviciado lo pasó entregado a las mayores austeridades, no excediéndole ningún novicio en la exactitud de la observancia regular. Ayunaba cada día a pan y agua, dormía breves horas, y consigo llevaba, como dice San Pablo, la mortificación de Cristo en su espíritu y corazón. San Francisco de Asís y San Pedro de Alcántara fueron los modelos que trató de imitar, llegando en breve a ser dechado de novicio perfecto.

Tres años permaneció en Nápoles después de su profesión, adelantando a grandes pasos por la senda de la virtud.

En el año de 1674 y cumplidos los veinte de su edad, viendo sus superiores que, aunque mozo en los años, era eminente en virtud y santidad, enviáronle a fundar un convento en Piedimonte de Afila, al pie de los mon-

tes Apeninos, y, con ser ese cargo de difícil desempeño, ejerciólo perfectamente ayudándose de la gracia del Señor. Dió fuerte impulso a la edificación del convento, ayudando él mismo a los albañiles y llevando sobre sus hombros piedras y otros materiales necesarios.

Juntándose con eso las muchas fatigas y trabajos a sus grandes austeridades, viniéronle recios vómitos de sangre que le dejaron extenuado, y aun hubiera muerto a no ser por la protección visible de la Virgen María, merced a la cual cobró en breve la salud.

Concluída la fábrica material del convento, dedicóse a hacer reinar entre los religiosos profundo silencio y recogimiento, y la observancia exacta y rigurosa de la santa regla. Quería que aquella casa, primera de la Orden en Italia, no sólo rivalizara con la de Pedroso, fundada en Extremadura por el mismo San Pedro de Alcántara, sino que la excediera en el rigor de la observancia regular. Como si quisiera el Señor premiar el celo de su siervo, tuvo aquí fray Juan José el primer arrobamiento, viéndole los demás religiosos levantado en el aire durante un oficio que celebraba en la capilla.

Siendo de edad de veintitrés años, fué ordenádo de sacerdote, mandándoselo sus superiores, pues no quería él aceptar esta dignidad por juzgarse indigno de ella. También por obediencia consintió en dedicarse al cargo de confesor. Descubrió en el ejercicio de este santo ministerio su admirable ciencia teológica, que había aprendido, como Santo Tomás y Santa Teresa, más en la meditación del crucifijo que en el estudio de los libros. Con el fin de darse de lleno a la oración y penitencia, se retiró a una pequeña ermita próxima al convento, y muy en breve se le juntaron algunos religiosos, que bajo su dirección aventajáronse en perfección y santidad.

MAESTRO DE NOVICIOS Y PROVINCIAL

A los veintisiete años cumplidos, nombráronle los superiores maestro de novicios. En su nuevo cargo nunca se tomó licencia para dispensarse de la observancia regular; asistía puntualmente al coro y a los ejercicios de comunidad, siendo fidelísimo a la oración y espejo de virtudes religiosas para sus novicios. Áspero y riguroso consigo mismo, era muy blando y bondadoso con los demás. Ponía todo su afán en abrasar en el fuego del divino amor y traer a la imitación de Cristo y de su santísima Madre a cuantos tenía bajo su dirección.

Nombrado luego «guardián» del convento de Piedimonte, desempeñó con mucho acierto este cargo; pero, como su humildad prefería la obediencia al mando, hizo tales instancias a los superiores, que a poco le relevaron del empleo; mas no disfrutó largo tiempo de esa libertad tan deseada, pues en 1684, el Capítulo provincial volvió a nombrarle guardián.

Probóle el Señor por entonces con grandes desolaciones interiores, pues se vió atormentada su alma con tinieblas y dudas que le hicieron padecer sobremanera. Sufrió esta prueba con mucha paciencia y el Señor se dignó premiarle con una visión en la que se le apareció el alma de un religioso muerto hacía poco, asegurándole que ninguno de los religiosos de San Pedro de Alcántara venidos a Nápoles se había condenado. Tan consolado quedó con esta revelación, que de muy buen grado aceptó las obligaciones que su nuevo cargo le imponía.

También por este tiempo plugo al Señor manifestar la santidad de su siervo con muchos y portentosos milagros, multiplicando el pan del monasterio y haciendo crecer en una noche legumbres recogidas la víspera para darlas a los pobres.

Libre ya otra vez del cargo de guardián, fué elegido en 1690 definidor de la Orden y al mismo tiempo repuesto en el cargo de maestro de novicios, cargo que desempeñó por espacio de cuatro años en Nápoles y en Piedimonte. Habiendo enfermado gravemente su anciana madre, acudió a su lado para asistirla en su agonía y muerte, siendo recibido por los de Isquia con grandes honores y muchas muestras de veneración y respeto.

En el año de 1702, los religiosos españoles fundadores de la Reforma de los Observantes Descalzos en Italia, juzgaron haber cumplido su cometido y regresaron a su patria. Con este motivo, los religiosos italianos suplicaron al padre Juan José que se encargara de llevar adelante la constitución de la provincia italiana. Después de vencer muchas y grandes dificultades, logró el apetecido intento, y el Capítulo de la nueva provincia le nombró ministro provincial a pesar de sus ruegos y lágrimas. En verdad fué acertada esta elección, pues él era el más apto para ocupar y asegurar la prosperidad de la naciente provincia, mantener el rigor de la observancia de San Pedro de Alcántara y hacer florecer las virtudes del patriarca San Francisco.

Cumplido el tiempo de su mandato y habiendo desempeñado con acierto tan preeminente cargo, volvió a la obediencia y vida común con gran consuelo y gozo de su alma, recogiéndose en el convento de Santa Lucía, para consagrar lo que le quedase de vida a la dirección y salvación de los prójimos.

VIRTUDES Y PRODIGIOS

TENÍA Juan José ilimitada confianza en el Señor, y Dios se la premiaba con multitud de milagros y prodigios extraordinarios, como el que obró ocho años antes de su muerte, sucedido de la manera que aquí declaramos.

Al entrar cierto día del mes de febrero en el convento, acercósele un comerciante napolitano y le rogó intercediera por su mujer gravemente en-



EN *la noche de Navidad, el Niño Jesús viene a alegrar con su presencia a su queridísimo siervo Juan José de la Cruz. Se le aparece amabilísimo y acompañado de encantadores angelitos. Así le regala con las delicias de Belén y del Tabor, porque de continuo medita en el Calvario.*

ferma, la cual deseaba ardientemente comerse unos melocotones, cosa imposible de darle en aquella época del año.

Díjole el Santo que tuviese confianza y que, al día siguiente, el Señor, San Pedro de Alcántara y San Pascual atenderían sus súplicas; y, como viera allí cerca unas ramas secas de castaño, dijo a fray Miguel que le acompañaba:

—Hermano Miguel, tome tres ramas de ésas y plántelas; si así lo hace, el Señor, San Pedro de Alcántara y San Pascual remediarán la necesidad de esa pobre mujer.

Fray Miguel repuso extrañado:

—Pero, Padre, ¿cómo van a dar melocotones estas ramas de castaño?

—Eso lo harán el Señor y San Pedro de Alcántara — le respondió Juan José.

Obedeció fray Miguel plantando las tres ramas secas de castaño en una maceta que estaba cerca de la ventana del Santo, y, cosa maravillosa, al día siguiente aparecieron todas cubiertas de hojas verdes, y vieron todos que de cada rama colgaba un hermoso melocotón; al comerlos la mujer enferma, quedó sana.

Los resplandores del divino amor que inflamaba su alma iluminaban su rostro y daban a sus palabras singular blandura y piedad. «Aunque no hubiese cielo ni infierno —decía—, quisiera yo amar a Dios por toda la eternidad.»

El amor a Dios suele ir acompañado de grande amor a los prójimos y sobre todo a los pobres y necesitados, y así el padre Juan José miraba como obligación suya socorrer y alimentar a los menesterosos, no consintiendo nunca que se despidiese del monasterio a un solo mendigo sin darle limosna. En cierta época de gran escasez, guardaba su propia comida y la de la comunidad para sustentar con ella a los necesitados, dejando en manos de la divina Providencia el cuidado de proveer a las necesidades del convento.

Su caridad para con los enfermos le llevaba a desear padecer los achaques y enfermedades que ellos padecían, y así lo pedía al Señor, siendo muchas veces oídas sus súplicas. Gustábale asimismo hacer grandes penitencias para que el Señor perdonase a los pecadores que con él se confesaban, y a los cuales no imponía sino una leve satisfacción.

Tanto a sus penitentes como a los enfermos que visitaba, les infundía tierna y filial devoción a la Virgen María, a quien amaba con singular ternura y cariño.

—Acudid a la Virgen Santísima —les decía—; ella os ayudará, os consolará y os librará de vuestras penas y congojas.

—Dale el dulcísimo nombre de madre —dijo un día a un joven estudiante de su comunidad; dile: «¡Mamá, mamá, mi dulce y querida madre

María!», y tenle grande y filial devoción y amor, pues ella es tu tierna madre.

Tenía en su celda un precioso cuadro de la Virgen que le regaló el famoso pintor Mattœis, y no apartaba de él sus ojos, consultando con su Madre celestial todas las dificultades. Aseguran algunos que esta santa imagen le habló repetidas veces.

Poseía en grado eminente las virtudes que son propias del estado religioso. Su obediencia a los mandatos de sus superiores era perfectísima; su amor a la pobreza era intenso.

Durante toda su vida guardó íntegra la flor de la virginidad; y la humildad, que es fundamento de todas las virtudes cristianas, le hizo cumplir con alegría los oficios más bajos del convento.

Guardaba riguroso silencio y, si alguna vez se veía precisado a hablar, hacíalo en voz baja. Iba siempre con la cabeza descubierta y bajo su hábito llevaba cilicios y cadenas que mudaba con frecuencia para aumentar sus dolores. Disciplinábase duramente y, cuando sus superiores le obligaron a llevar sandalias, que fué a los cuarenta años, ponía en ellas clavos y piedrecitas.

Pero el más doloroso instrumento de penitencia que inventó para atormentar su cuerpo, fué una cruz larga como de un pie y guarnecida con puntas agudísimas. Hizo dos iguales y las ponía una en la espalda y otra en el pecho, apretándolas y sujetándolas con tal fuerza, que le causaron dos llagas que tardaron muchos días en curarse.

Daba brevísimo tiempo al sueño, y en los últimos treinta años de su vida no probó vino, agua, ni otra bebida; y, como en su vejez le aconsejaran moderar un tanto sus rigores a la vista de las enfermedades que padecía, él respondió:

—No padezco ninguna dolencia que me impida trabajar en la salvación de las almas; y aun cuando la padeciera, ¿acaso no tendría que sacrificarme con Jesús crucificado por estas almas tan desgraciadas?

ÉXTASIS Y OTROS FAVORES CELESTIALES

EL divino Maestro suele complacerse en regalar con las celestiales delicias del Tabor a cuantos le aman lo bastante para seguirle valerosamente hasta el Calvario.

El padre Juan José de la Cruz tuvo frecuentes éxtasis, mereciendo además el insigne favor de tener al Niño Jesús en sus brazos en varias ocasiones, y señaladamente en la noche de Navidad. La Virgen María le apareció y habló muchas veces, como él mismo lo declaró en ratos de esparcimiento.

Tuvo asimismo el don de bilocación. Vino un día al convento el criado de una duquesa, suplicando al Santo que fuese a visitarla, pues estaba gravemente enferma y quería confesarse; pero Juan José se hallaba también acostado sin poder moverse. Volvióse el criado muy afligido y fuése a su dueña para contarle la triste noticia. Mas, ¿cuál no fué su asombro, cuando al entrar en el cuarto donde yacía la enferma, halló en él al padre Juan José? Fuera de sí de gozo, prorrumpió en gritos de admiración, no pudiendo creer lo que veían sus ojos.

—Eres muy cándido —le dijo el Santo, cuya humildad se vió comprometida—; he pasado a tu lado y no me has visto.

Favorecióle el Señor con el don de profecía. Así, predijo un día su destino a tres jóvenes que fueron a consultarle. Al primero le dijo: «Hijo mío, tu vocación no es la vida religiosa; tienes cara de tener que morir ahorcado». Al segundo le dió este consejo: «Ten cuidado y está alerta, hijo, pues te amenaza un grave peligro». Al tercero díjole: «Ruega a la Virgen con fervor, cumple fielmente todas tus obligaciones y el Señor te protegerá». Estas predicciones se verificaron a la letra, pues el tercero se hizo religioso franciscano descalzo, y, pasando cerca de Puzzuoli, supo que el segundo había sido asesinado y ferozmente acuchillado en un monte cercano. Poco después halló al primero armado como un bandido, el cual le contó cómo se había escapado de la cárcel para evitar la muerte a que le condenaron por asesinato, y que ahora le perseguían por un homicidio.

Llamado otra vez el Santo para asistir a una religiosa moribunda, acudió al instante y, mirando a una jovencita, sobrina de la monja que estaba junto a su cama, dijo: «Me habéis llamado para asistir a la muerte de la tía que aun vivirá largos años; pero la sobrina sí que está al borde de la eternidad.» Poco después sanó la religiosa, y la joven murió repentinamente de apoplejía.

Finalmente, tuvo el don de leer en los corazones y gran poderío sobre los demonios y la naturaleza.

SU MUERTE

LOS señalados premios y favores otorgados por el Señor a nuestro Santo, sólo consiguieron desprenderle más y más de las cosas de este mundo y acrecentar el deseo que tenía de las eternas. Por eso se llenó de santa alegría con la noticia de su próxima muerte. Una semana antes, que fué a fines del mes de febrero del año 1734, rogó a su hermano que le encomendase al Señor en sus oraciones del viernes siguiente, y cabalmente fué ese día el postrero de su vida.

Administráronle la Extremaunción hallándose presente la comunidad y algunas personas honorables de la ciudad. Pasó la noche entretenido en fervorosos afectos de contrición, amor, agradecimiento y resignación, y al amanecer dijo al Hermano que le asistía:

—Ya sólo me quedan breves momentos de vida.

Corrió el Hermano a decírselo al superior, y toda la Comunidad acudió cabe su lecho, y entre gemidos y lágrimas le leyeron la recomendación del alma. Cuando el Padre Guardián advirtió en el enfermo señales de agonía, dióle la absolución, y el Santo bajó la cabeza en prueba de agradecimiento. Levantándola luego, miró con inefable ternura a la imagen de María y, sonriendo plácidamente, cerró los ojos del cuerpo a las cosas visibles y expiró con grande tranquilidad. Su gloriosa alma voló al cielo para gozar eternamente de la bienaventurada presencia del Señor. Sucedió tan dichoso tránsito a los cinco días del mes de marzo del año 1734, cuando Juan José tenía ochenta de edad.

En el instante en que el espíritu del siervo de Dios voló al cielo, Diego Pignatelli, duque de Monte León, vió aparecer, de repente, delante de sí al Padre Juan José aureolado con luz sobrenatural y muy sano y robusto. Admiróse de lo que veía, pues unos días antes le había dejado enfermo en Nápoles, y así le dijo:

—Pero, ¿qué pasa, Padre Juan José? ¿De dónde que haya cobrado tan presto salud y fuerzas?

—Ya estoy bueno y soy feliz — le contestó el Santo.

Y en diciendo estas palabras, desapareció. También apareció a Inocencia Vabetta, que estaba durmiendo cuando murió el Santo, y a otros muchos, entre ellos al Padre Bruno, que era religioso en la misma comunidad que Juan José.

Este admirable y santísimo siervo de Dios fué canonizado por Gregorio XVI junto con San Alfonso María de Ligorio, San Francisco de Jerónimo, San Pacífico y Santa Verónica de Juliani. Sus sagradas reliquias están en la ciudad de Nápoles, en la iglesia del convento de Sta. Lucía del Monte.

SANTORAL

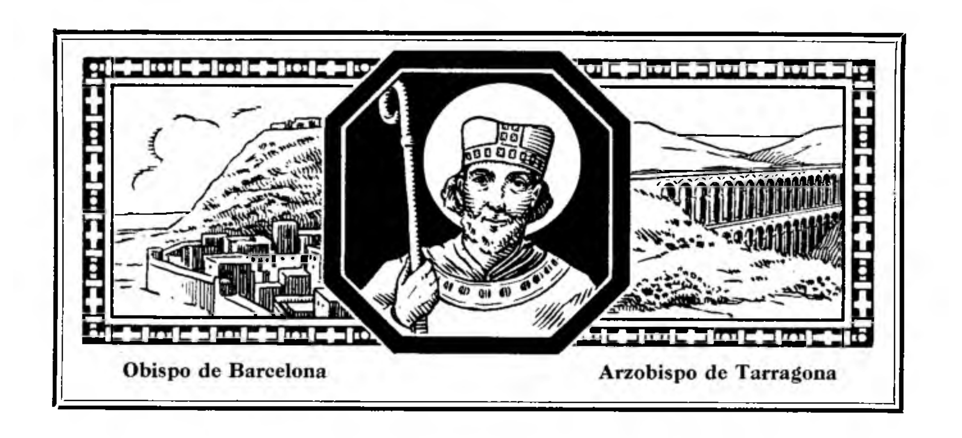
Santos **Juan José de la Cruz, confesor;** *Adrián, mártir;* Gerásimo, anacoreta en el valle del Jordán; *Focas, mártir;* Pedro, mártir africano; Teófilo, obispo de Cesarea de Palestina; Eusebio de Cremona, abad; Virgilio, obispo de Arlés; Kierano o Kirano, apóstol de Irlanda; Drausio, obispo; Lupérculo, obispo y mártir; Sigirano, abad; Conón, hortelano y mártir; *Beato Nicolás Factor, de Valencia.* El Venerable Pedro Cerbuna, religioso agustino, fundador de la Universidad de Zaragoza y obispo de Tarazona. Santa Oliva, virgen y mártir, en Brescia.

SAN ADRIÁN, mártir. — Cuando este Santo supo que en Cesarea de Palestina había muchos cristianos que yacían presos en inmundas cárceles, quiso ir a consolarlos; pero fué detenido, y, al preguntarle quién era y qué buscaba en la ciudad, contestó que era cristiano; por lo cual fué preso por orden del gobernador Firmiliano. Sufrió el martirio siendo azotado con varas de juncos puntiagudos, y luego echado a los leones, los cuales, perdiendo su natural fiereza, le besaron los pies; pero, finalmente, fué decapitado, rodando su cabeza por el suelo mientras su alma era elevada al cielo para recibir el premio de la vida eterna.

SAN FOCAS, hortelano y mártir. — Era un sencillo labrador de la Morea. El rápido incremento que tomaba la Iglesia Católica en las comarcas de Grecia hicieron despertar en los gobernantes ansias de derramar sangre cristiana. Licinio ordenó, pues, una nueva persecución. Los alguaciles que buscaban a Focas, a quien no conocían personalmente, llegaron a casa de este santo labrador preguntándole si conocía a Focas, a quien convenía prender para la salud del pueblo. Focas les dió de cenar opíparamente, les dispensó toda clase de agasajos, y les hizo dormir en su casa, prometiéndoles que el día siguiente tendrían en sus manos la presa que buscaban, pues él sabía muy bien dónde estaba. Luego se fué a cavar su sepultura. Al día siguiente preguntáronle dónde se hallaba Focas, a lo cual contestó: «No está lejos; está tan cerca de vosotros como yo, pues yo soy el mismo a quien buscáis...» Los guardias admirados, no se atrevían a prender a quien tan liberalmente les había agasajado; pero ante sus reiteradas instancias le cortaron la cabeza; su alma voló a Dios el día 5 de marzo del año 320. Es abogado particular contra las mordeduras de serpientes o reptiles venenosos.

EL BEATO NICOLÁS FACTOR, franciscano.—Nació en Valencia el 29 de junio de 1520. Ya desde pequeño se distinguió por la seriedad con que hacía todas las cosas. Apenas frisaba en los cinco abriles, cuando se impuso el deber de ayunar tres veces por semana. En la persona de los pobres y enfermos veía a Jesucristo, y si besaba las llagas purulentas de los leprosos era porque creía besar las de Jesús. Nunca estaba ocioso, pues, en los momentos que le dejaban libre sus tareas ordinarias, se dedicaba a la oración o al estudio. Con frecuencia pintaba imágenes de Cristo y de la Virgen o tañía algunos instrumentos de música, pues tenía gran afición al arte. En 1537 vistió el santo hábito religioso en la Orden de los Franciscanos. Fué excelente predicador; su inmediata preparación era la oración más que el estudio: «Hablad, Señor —decía—, que vuestro siervo os escucha». Predicaba lo que el Señor le inspiraba; a veces durante el sermón quedaba extático y no volvía en sí aunque le pincharan con agudos alfileres. Llevó siempre una vida muy austera; ceñía su cuerpo con asperísimo cilicio, se daba diariamente sangrientas disciplinas y echaba sal y vinagre sobre las llagas que aquellas hacían. Dios le favoreció con el don de milagros y de profecía. Muchas veces durante la Misa vió a Jesucristo en la Sagrada Hostia.

Finalmente, el 23 de diciembre de 1583, después de mirar fija y amorosamente a un crucifijo y recibido el Santo Óleo, cerró los ojos en el preciso momento en que sus labios pronunciaban este acto de fe: «Jesús, creo», con cuyas palabras exhaló su último suspiro.



DÍA 6 DE MARZO

SAN OLEGARIO

OBISPO DE BARCELONA (1060 - 1137)

EN el incesante correr de los tiempos, no han faltado en el límpido cielo de la Iglesia y de España, densos nubarrones de presagiadora tempestad que, cerniéndose sobre los ámbitos de nuestra Patria, amenazaron inundarla con las aguas demoníacas del error para que en ellas se anegaron las almas seguidoras de la Ley de Cristo.

Pero Dios en su generosa bondad para con los españoles, almas amantes de su Cruz redentora, ha suscitado siempre intrépidos guerreros y atletas decididos de la fe que, a modo de potentes focos de luz inextinguible, han iluminado con sus intensos rayos la ruta imperial de España, deshaciendo en jirones los compactos nubarrones del mal, con los admirables destellos de su sabia doctrina y con el afilado corte de su espada, siempre limpia ante Dios, por cuya causa han luchado en innúmeras batallas.

En el siglo XI, las huestes de Mahoma ensanchaban sus conquistas por los campos levantinos de la Península Ibérica. A hierro y sangre lograban su dominación. El cielo tarraconense aparecía encapotado y religiosamente triste. Mas no había de tardar en hacer su aparición un sol prodigioso, cuyos destellos se irían extendiendo, y a cuyo influjo se disiparían las nubes del error. Este sol fué San Olegario, orgullo de Cataluña y honor de España.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

ENTRE las muchas glorias de que puede ufanarse la ciudad de Barcelona, que baña sus pies en las olas azules del Mediterráneo y reclina su cabeza en el festejante Tibidabo, cabe destacar la figura excelsa de San Olegario, su preclaro hijo, que vió la luz primera entre sus históricas murallas el año 1060, cuando regía el timón de la Iglesia el papa Nicolás II.

El padre de nuestro Santo, llamado también Olegario, pertenecía al orden ecuestre de la ciudad y era valido del conde de Barcelona, Ramón Berenguer I. Su madre, Guilia, nobilísima matrona descendiente de los godos, fué mujer muy virtuosa, que supo criar a su hijo Olegario en el santo temor de Dios y el respeto a su santa religión. Le inculcó la práctica de puras y santas costumbres.

El niño Olegario era un modelo para todo el pueblo; mayores y chicos admirábanse de su modestia y recogimiento. La piedad fué siempre virtud primordial en él. Cuando rezaba, era tan piadosito, y oía la misa con tanta devoción, que cautivaba a cuantos le veían. Conservó siempre la pureza de un ángel. A ello contribuyó grandemente la práctica del ayuno a que se entregaba para mejor mortificar su cuerpo, pues le consideraba como enemigo del espíritu.

Olegario iba creciendo en sabiduría y virtud al mismo tiempo que adelantaba en años. Cursó sus estudios en compañía de los tres hijos del conde don Ramón Berenguer, el cual deseaba que aquellos tres pedazos de su corazón se aprovecharan de la prudencia y buenos ejemplos de Olegario. Salió muy aventajado en las disciplinas del espíritu y muy docto en Gramática, Retórica y Filosofía, que tan poderosamente habían de servirle luego en el cumplimiento de su apostólica misión.

Frisaba Olegario en los diez años cuando sus padres quisieron que sirviese a Dios perpetuamente en el templo. Con este motivo regalaron a la catedral de Barcelona una propiedad que tenían en la Manresana, situada en el lugar conocido con el nombre de San Armengol. A pesar de sus pocos años, Olegario fué inscrito entre los canónigos de aquella catedral y obtuvo varios cargos catedralicios.

Sus estudios fueron profundos y largos; se asimiló admirablemente la doctrina de los Santos Padres y la Sagrada Teología. De aquí sacó aquel sólido fundamento que le sirvió de base doctrinal en sus elocuentes discursos y sermones, y en los sabios consejos a los hombres de Estado que le consultaban.

EJEMPLARIDAD DE VIDA

OLEGARIO sintió el atractivo de la carrera eclesiástica; mostróse siempre dócil a la voz de Dios, que le llamaba a vida de santidad mediante el ejercicio del ministerio sacerdotal. ¡Qué dicha tan inmensa tuvo el día de su ordenación! ¡Qué feliz se sentía al poder consagrar el cuerpo de Cristo y tocarlo con sus dedos puros y blancos como lirios de los valles! ¡Con qué amor celebraba el santo sacrificio de la misa! Ello le enardecía más y más en sus fervores amorosos para con Dios; cada día se unía más íntimamente con Jesús. El mundo le parecía vil y despreciable; anhelaba vivir apartado de la región escabrosa del siglo donde tanto peligraban la pureza de su corazón y la salvación de su alma.

Impulsado por estos nobles deseos, ingresó en la Orden de Canónigos Regulares de San Agustín. No lejos de Barcelona, en la llanura de San Adrián, regada por las corrientes aguas del Besós, tenía dicha Orden un Monasterio recién fundado por D. Beltrán, obispo de la Ciudad Condal. En él fué recibido Olegario con gran satisfacción de los monjes, que ya conocían la valía y santidad del ilustre canónigo.

Renunció virilmente a las prebendas y dignidades de que disfrutaba en el siglo y se abrazó amorosamente a las penitencias del claustro, en el que se sentía inmensamente más feliz que en el ambiente catedralicio, no exento de peligros y de males. Las paredes del convento le elevaban a Dios más que las bóvedas de la suntuosa catedral; el tosco sayal religioso le parecía de mayor valor que los matizados vestidos de coro que tanto realzaban su presencia entre los fieles.

Se entregó a una vida tal de penitencia, que sus rigores excedían a los practicados por los Padres del yermo. Junto a este espíritu de mortificación, poseía Olegario el de oración y una humildad profunda; virtudes por las cuales se atrajo la admiración de los demás monjes.

En él se cumplió plenamente la sentencia evangélica de que el que se humilla será ensalzado; porque, conociendo todos sus heroicas virtudes, le eligieron prior del monasterio poco después de su profesión religiosa. Pero no se avenía bien su humildad con el honor del cargo y, por esto, decidió abandonar aquella santa mansión, como, en efecto, lo hizo.

Atravesó los Pirineos y llegó a la apacible región de Provenza, saturada de los perfumes de sus flores y bañada por el sol hermoso del mediodía, inspiradores de trovas y alentadores de poetas. En medio de aquellos vergeles erguíase, majestuoso y austero, el convento de San Rufo, perteneciente a la misma Orden en que había profesado Olegario.

Aquí se le abrieron las puertas de par en par y pasó por ellas el Santo

sin manifestar sus prendas. Vivió en el nuevo convento como violeta escondida que crecía junto al arroyo de las cristalinas aguas de la gracia que, con inmensa abundancia, le daban vida y crecimiento. Mas, presto se percibió el olor de sus virtudes; la violeta embriaga pronto con sus delicados perfumes y no puede permanecer oculta mucho tiempo. Así le pasó a Olegario: su persona vivía escondida, pero el aroma de su santidad perfumó pronto el ambiente monacal y reveló a todos la valía extraordinaria que atesoraba aquella flor religiosa que la sustentaba.

Hallándose el Monasterio sin abad, fué elegido, por aclamación unánime, Olegario, quien desempeñó el cargo a plena satisfacción de todos, que encontraron en él a un verdadero padre y a un verdadero santo, modelo de todas las virtudes religiosas. Deseaban los monjes escuchar sus elocuentes pláticas, llenas de santa unción y de sabia doctrina salvadora, a las que prestaban eficacia la oración y mortificación con que las acompañaba el Santo. Vivía íntimamente unido con Dios, a quien encomendaba la perfección y santificación de sus amados súbditos.

OLEGARIO, OBISPO

EL conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, no podía vivir privado de los sabios consejos y prudentes orientaciones que antes recibiera del monje Olegario para la mejor gobernación del Estado; y así, mandó llamarle para que volviera nuevamente a su ciudad nativa, en lo cual insistió poderosamente doña Dulce, mujer del conde, en cuyo nombre gobernaba el condado de Provenza.

Corría el año del Señor de 1115 cuando Olegario abandonó el retiro de San Rufo para regresar a su patria, ávido de conocer los triunfos recientemente conseguidos por el conde en tierras de Mallorca luchando contra los hijos de la Media Luna. Doña Dulce, en su viaje a Barcelona, seguida de gran acompañamiento, traía a su lado a Olegario, cuya sabia doctrina gustaba de oír.

Cuando ambos personajes llegaron a la ciudad de los Condes, fueron recibidos apoteóticamente y con inmensa alegría de todos. La sede episcopal de la ciudad estaba vacante, por muerte de su obispo Ramón Guillén en la jornada gloriosa de Mallorca. Clero y pueblo eligieron por sucesor de don Ramón al santo abad Olegario, cuya humildad se rebelaba contra todo lo que era ostentación y vanagloria. No pudiendo avenirse con esta distinción, huyó secretamente de la ciudad al amparo de las sombras de la noche, emprendiendo la larga caminata que debía conducirle nuevamente a su querido cenobio de San Rufo.

Honda pena tuvieron por ello el pueblo, el clero y el mismo conde don



OLEGARIO, *después de visitar al papa Gelasio II en Gaeta, regresa a Barcelona investido de la dignidad de arzobispo de Tarragona. En ambas ciudades es recibido con apoteótico entusiasmo por los Condes y el pueblo.*

Ramón; pero éste mandó legados al Papa para que confirmara la elección de Olegario y le obligara a tomar a su cargo el obispado. Así lo hizo el Pontífice, y el propio conde pasó a San Rufo para intimar a Olegario el mandato del Papa. El santo abad inclinó la cabeza y aceptó la mitra, sujetándose de buen grado a la orden pontificia. Su consagración episcopal se realizó con inusitado esplendor en la catedral de Magalona, no muy distante de Mompeller, en la misma región de Provenza.

Ya estaba la luz sobre el candelero iluminando las inteligencias de los fieles, y la violeta perfumaba ya todo el ambiente de su diócesis, y aún más allá, con el aroma de su santidad. Olegario se dió por entero a la obra de su ministerio: restauró iglesias y monasterios, levantó nuevos templos para el culto de Dios, dió cuantiosas limosnas a los pobres y entregóse de lleno a la predicación y al ejercicio de la oración. El pueblo estaba satisfecho de su Pastor y se sentía orgulloso de la eminente dignidad de su hijo.

ARZOBISPO DE TARRAGONA

PASCUAL II, que había elegido obispo a Olegario, murió poco después y fué sustituído por el papa Gelasio II, a quien tuvo que visitar el nuevo obispo de Barcelona para prestarle el juramento de fidelidad que entonces se acostumbraba. Antes de partir para Roma convocó al clero y pueblo y les hizo una exhortación tan tierna, que los ojos de la mayoría se trocaron en fuentes de lágrimas.

Ciertamente no fué un viaje de curiosidad, sino de penitencia, pues mientras duró, Olegario no dió tregua al ayuno ni al cilicio. Es de suponer con cuánta devoción y piedad visitaría las iglesias de aquella ciudad, capital del orbe cristiano. De Roma se trasladó a Gaeta para besar los pies del Papa, que ya tenía noticias de su saber y virtud.

Fué recibido con grandes muestras de honor y deferencia por el Jefe de la Iglesia, lo mismo que por los Cardenales, que tuvieron inmenso júbilo y admiración en verle y oírle.

El conde Berenguer III andaba muy solícito en procurar la restauración de la ilustre y antiquísima ciudad de Tarragona, destrozada por los moros. El papa Gelasio II entregó a Olegario una bula en que le creaba arzobispo de Tarragona, a 21 de marzo de 1118; con ella le concedía el palio con todos los honores de poder consagrar obispos, reunir concilios y poseer todos los derechos pertenecientes a los metropolitanos.

Regresó Olegario a España, y fué recibido con gran alborozo lo mismo en Barcelona que en Tarragona. Fué reconocido metropolitano por los obispos sufragáneos, los cuales ya no volvieron a depender del arzobispo de Narbona, sino de Olegario y de los que le sucedieron en la sede tarraco-

nense. Puso todo su afán en restaurar la metrópoli, y logró que los obispos provinciales le ayudaran en su empresa y que Inocencio II, en 1131, exhortara a todos los fieles a que hicieran lo mismo.

SU ACTUACIÓN EN LOS CONCILIOS

LA fama de sabio que los Pontífices tenían de Olegario, fué causa de que le invitaran a asistir a varios concilios; y así se le vió, en 1119, asistiendo al de Tolosa, presidido por el papa Calixto II; a los tres meses asistió al de Reims, «donde —como dice Flórez— tuvo el honor de predicar con suma aceptación, porque aunque lo corporal no era abultado y su vida austera le traía macilento, prevalecía el espíritu, y su elegancia en las palabras, su erudición y religión arrebataron a los oyentes».

El mismo papa Calixto II le llamó a Roma en 1123 para que asistiera al primer Concilio de Letrán, por tenerle en opinión de hombre insigne. En este mismo año fué creado legado *a látere* en España, para que hiciera las veces del Pontífice en lo referente a la guerra contra los infieles. Asistió, con el conde mismo, a las expediciones de Tortosa y Lérida, y reedificó la iglesia de Tarragona.

Luego determinó visitar a Tierra Santa. Antes de partir convocó al cabildo y al pueblo, les prodigó toda clase de consuelos, pues estaban desconsolados ante una ausencia tan larga, y les rogó que le encomendasen a Dios. A pesar de sus sesenta años emprendió el viaje a pie, después de encomendarse a sus predecesores Santos Severo y Paciano y a Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Su camino fué una predicación continua, verificándose, según dicen los autores, el prodigio de que todos le oían en su lengua respectiva a pesar de que él no hablaba más que una. Predicó en España, Francia, Italia, Jerusalén, Siria, Alejandría, Antioquía, Trípoli y en otras muchas partes, en provecho de las almas.

Al entrar en Tierra Santa, postróse en tierra y la besó con lágrimas. Al descubrir la ciudad de Jerusalén, volvió a postrarse, y empezó a entonar aquel piadoso himno: «Urbs Jerúsalem beata — dicta pacis visio, — quæ construítur in cœlis — vivis ex lapídibus», etc. Y de su ejemplo aprendieron los peregrinos a cantar este himno al descubrir la santa ciudad. Fué recibido con muestras de gran regocijo por el patriarca Guarimando y multitud de cristianos, a los que no cesaba de exhortar. Visitó a Nazaret, Belén, el Jordán, el Tabor, Caná, el Cenáculo, Getsemaní, Betania, etc.

A su regreso pasó por Alejandría, Siria, Antioquía y Trípoli, siendo en todas partes festejado y hospedado por los prelados, que le reconocían como a un santo. Después de visitar su antigua abadía de San Rufo, llegó secretamente a Barcelona una tarde después del ocaso. Le hallaron de rodillas

ante las puertas de la catedral, que ya estaba cerrada. Al hacerse pública su llegada, acudieron en tropel el clero y el pueblo transportados de júbilo y, dada la acción de gracias, le acompañaron a su palacio, llevándole como en triunfo.

Al día siguiente dió cuenta de su viaje a los Condes, a quienes regaló algunas reliquias de Tierra Santa, del sepulcro, del pesebre, etc. En adelante continuó sus funciones episcopales con mucho mayor fruto que antes, de suerte que todos le aclamaron como a un gran santo; todo ello era para mayor provecho de las almas, pues muchas eran las que se convertían a Dios. También logró cortar enemistades y pleitos, ya que fué muy amigo de la paz.

A su instancia, muchas veces se celebraron Cortes en favor de las inmunidades eclesiásticas; el conde y los caballeros renunciaron en manos del Santo todas las iglesias y cementerios, con sus rentas y ofrendas, y todo lo que hasta entonces habían poseído y poseían, y por cualquier título pudiesen pretender, dando entera libertad a los ministros de las iglesias, sin reservarse jurisdicción alguna sobre ellas.

También procuró la concordia entre el conde don Ramón Berenguer III y la república de Génova. En diciembre de 1124 murió Calixto II y le sucedió Honorio II, a quien no pudo visitar Olegario a causa de su vejez y de hallarse muy ocupado en la legación de la santa cruzada. En 1130 murió a su vez Honorio II y le sucedió Inocencio II. Pocos meses después entregó también su alma a Dios el conde, que nombró a Olegario el primero de sus albaceas.

En este mismo año de 1130 hallábase en Francia el papa Inocencio II, huyendo del furor del antipapa Anacleto, que se había apoderado de la Silla de San Pedro, y, acordándose Inocencio del valor, doctrina y virtudes de Olegario, pues siendo cardenal le había visto y oído en Gaeta, le escribió por sí mismo, para anunciarle que había convocado un Concilio general en Clermont, y que gustaría se hallase en él, como se había hallado en el Lateranense de Calixto II, en el cual tanto valor se dió a su parecer y a su voto, añadiéndole que el concilio que iba a celebrarse era de tanta importancia como aquél, si no más. Avisado el cabildo y el nuevo conde Ramón Berenguer IV, partió para el Concilio Claramontano, donde le recibieron el Papa y los Cardenales con el mayor entusiasmo. Pusieron en sus manos los documentos para que examinase la elección de Inocencio II, en competencia con la de Anacleto. Después de pesarlas en la balanza del derecho, dió por nula la de Anacleto y por justa y canónica la de Inocencio. Anacleto fué excomulgado y declarado antipapa y cismático. Fué Olegario el único obispo español que asistió a este Concilio, pues los demás estaban ocupados en la guerra contra los musulmanes.

Después Olegario estuvo en Zaragoza para terminar las contiendas que por cuestión de límites se habían suscitado entre don Ramiro II de Aragón y don Alfonso VII de Castilla. Medió también el Santo para que se terminasen los funestos disturbios que había hacía tiempo entre los condes de Barcelona y los de Tolosa.

SU MUERTE

EL Señor quiso favorecer a Olegario muy particularmente revelándole el tiempo en que había de morir. Efectivamente, unos seis meses antes de que ocurriera su tránsito, reunió un sínodo, celebrado en noviembre de 1135, que duró varios días. Dijo que era aquella la última reunión sinodal a que asisitía. Predicó a los obispos asistentes con tanta unción y ternura, y con tal abundancia de lágrimas, que derretía el corazón de sus oyentes, a los que exhortaba a que ejerciesen con amor y celo el oficio pastoral.

Quiso morir enteramente desprendido de todo, y por esto cedió al cabildo de Barcelona una granja que poseía en Mollet y otra en Grañola. En todos los templos de Barcelona se hacían rogativas por el santo Prelado, según él había ordenado. Recibió los últimos Sacramentos con santa devoción y, juntas las manos delante de un crucifijo, oraba y comunicaba con Dios, entre los fervores de la más elevada contemplación. Y después de haber pronunciado aquellas palabras: «En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu», cerró suavemente los ojos y entregó su alma al Criador. Era el 6 de marzo del año 1137, a la hora en que se escondía el sol. Contaba a la sazón 76 años de edad. Su muerte produjo duelo general, aunque los fieles se consolaban diciendo: «Ha muerto el Santo». Muchos cortaban como reliquias pedacitos de sus vestidos. Su cuerpo se conserva en la catedral de Barcelona entero, incorrupto y flexible. La mitra que usaba el Santo se conserva milagrosamente. Por su intercesión Dios ha obrado innumerables milagros.

SANTORAL

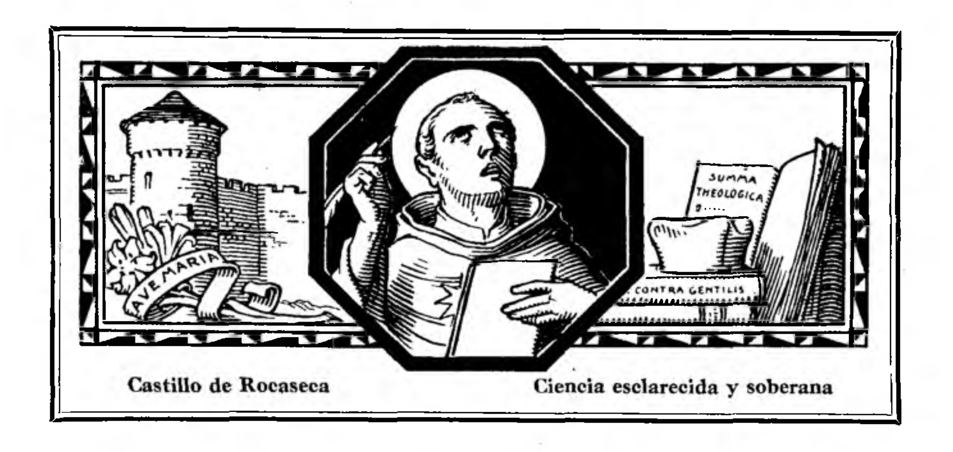
Santos **Olegario, obispo de Barcelona;** *Cirilo, General de los Carmelitas;* Marciano, obispo y mártir, en Tortona; Basilio, obispo de Bolonia; Crodegando, obispo de Metz; Claudiano, penitente español; Gradulfo, Fridolino y Cadroas, abades; Baldredo, obispo de Glasgow; Evagrio, pariarca de Constantinopla; Víctor y Victorino, mártires en Nicomedia; Eufrosino, mártir en Oriente; Conón, mártir en Chipre; Goberto y Agliberto, obispos de Angers. Santas *Perpetua y Felícitas, mártires; Coleta, monja clarisa;* Rosa de Viterbo, virgen, cuya fiesta celebra la Iglesia el 4 de septiembre.

SAN CIRILO, General de la Orden del Carmelo. — La ciudad de Constantinopla vió nacer, en 1136, a este ilustre varón, ejemplar y celoso sacerdote, primero; y religioso santo, después. Hacia el año 1169, sucedió que la madre del sultán turco de Konia se sentía desfallecer y quiso morir como cristiana, cuya fe profesaba a espaldas de su hijo. Hizo llamar a Cirilo; éste acudió presuroso al lado de la enferma y logró la muerte dichosa de la madre y la conversión y bautizo del hijo. Después se hizo religioso por indicación de la Santísima Virgen, la cual se le apareció envuelta en suave resplandor mientras le decía: «Hijo mío; si quieres santificarte busca un refugio en el Monte Carmelo». Cirilo obedeció y asombró a todos por sus penitencias y virtudes. En compañía de otro monje del Carmelo fué a predicar a los armenios y logró la conversión del rey y de su pueblo. Durante veintisiete años ejerció el cargo de Superior General de la Orden Carmelitana. Fundó varios conventos en Siria y Palestina, continuando así el impulso dado a la Orden por sus dos inmediatos predecesores San Bertoldo y San Brocardo. Se le conoce con el sobrenombre de «Doctor del Espíritu Santo», por el celo con que sostuvo en contra de Teodosio, patriarca de Constantinopla, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, como pretendía aquel heresiarca.

SANTAS PERPETUA Y FELÍCITAS, mártires. — Sufrieron el martirio en la región de Mauritania, de donde eran oriundas, en tiempo del emperador Septimio Severo, hacia el año 205. Fueron encarceladas en inmunda prisión en compañía de otros cuatro cristianos, parientes lejanos suyos, cuyos nombres son: Sátiro, Saturnino, Revocato y Secundolo.

Estando en la cárcel tuvo Perpetua la siguiente visión: Parecióle ver una larga escalera de oro que desde la tierra llegaba hasta el cielo, pero muy estrechita, pues sólo una persona podía ascender por ella; a ambos lados tenía agudas lanzas y afiladas espadas y, al pie de ella, un formidable dragón que le sirvió de escabel y le facilitó la subida. Cuando llegó a lo alto encontró un espacioso jardín, en el cual había un pastor de venerable aspecto que, al verla, le dijo: «Hija mía, bien venida seas». Refirió esta visión a sus compañeros de prisión, y todos entendieron que aquello significaba el martirio que los aguardaba, el cual, aunque doloroso, les proporcionaría la felicidad del cielo. Así fué, en efecto. Los seis cristianos fueron arrojados a las fieras y no cesaban de alabar al Señor. Mientras los tigres y panteras desgarraban aquellos cuerpos, sus almas volaban al cielo.

SANTA COLETA, monja. — La ciudad de Corbia, en Picardía, fué la cuna de Coleta, cuyos padres eran cristianos muy honrados y virtuosos. Coleta sentía marcada inclinación a la piedad y caridad para con los pobres. A pesar de su precaria salud se entregaba a rudas penitencias. Era el encanto de todo el pueblo por su prudencia y santidad. Cuando murieron sus padres, ya octogenarios, quiso hacerse religiosa; ingresó primero en un convento de benedictinas, pero no le probó; luego pasó a las monjas franciscanas, pero las dejó a causa del poco rigor de vida que llevaban. Finalmente, después de siete años de rigurosa penitencia, el Señor le manifestó que emprendiese la reforma de las clarisas y procurara que en aquella Orden se observasen la austeridad y la pobreza de Santa Clara y de San Francisco. Con ayuda de las más influyentes personas de su país, algo emparentadas con ella, pudo Coleta extender su obra y ver levantadas numerosas casas de su Orden en Saboya, Borgoña, Holanda, Bélgica y otras regiones. Después de 66 años de vida santa murió llena de méritos el 6 de marzo del año 1447.



Castillo de Rocaseca — Ciencia esclarecida y soberana

DÍA 7 DE MARZO

SANTO TOMAS DE AQUINO

DOMINICO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1225 - 1274)

SANTO Tomás de Aquino, luz de la Iglesia católica, ornamento y gloria de la sagrada Orden de Predicadores o Dominicos, doctor y guía de las escuelas, nació en marzo de 1225. Su padre Landulfo era de la casa de los ilustrísimos condes de Aquino, entroncada con los reyes de Sicilia y Aragón, y vivía en el castillo de Rocaseca, poco distante de la ciudad de Aquino, frente a la célebre abadía de Monte Casino. Su madre Teodora de Aquino fué hija del conde Chieli, que descendía de los príncipes normandos, conquistadores en otro tiempo de los reinos de Nápoles y Sicilia.

Ya antes que naciese Tomás, se presentó a su madre un ermitaño, varón santísimo, y le dijo que el niño que daría a luz vestiría el hábito de Santo Domingo, y sería honra de su linaje y lumbrera del mundo; oído lo cual, respondió Teodora: «Hágase la voluntad del Señor».

Llamáronle Tomás en el bautismo, por su abuelo paterno, que fué el conde Tomás de Samacolla, muy amigo del emperador Federico II y su capitán general en muchas empresas.

Siendo de sólo cinco años, le enviaron sus padres al insigne monasterio de Monte Casino, para que desde aquella edad aprendiese entre los santos

monjes el amor y temor santo del Señor. Con piadosa curiosidad solía preguntar muchas veces a los monjes: «¿Qué cosa es Dios?» Buscar adecuada respuesta a esa pregunta fué luego toda su vida la más vehemente afición de su entendimiento. El hacerla ya a los ocho años de edad, descubre su peculiar ingenio, pues no pregunta: ¿Quién es Dios?, como lo hubiera hecho cualquier niño de su edad, sino: «¿Qué cosa es Dios?» En esa pregunta se halla como en germen toda la admirable sabiduría y doctrina de esta esplendente lumbrera de la Iglesia. Mostró, pues, desde sus tiernos años encendidos deseos de conocer a Dios.

Huía siempre de los otros niños traviesos e inquietos, no gustando de conversaciones mundanas, antes, al contrario, esmerábase en la mansedumbre, en el silencio y quietud, en la obediencia al maestro que le enseñaba y en la modestia y piedad, gastando cada día dos horas en la oración. Tuvo este espíritu toda su vida, andando muy absorto en los negocios que trataba, y quedando muchas veces suspenso y sin sentido, aunque fuese estando con grandes prelados. Y así le aconteció que, estando comiendo con el rey San Luis, y sin mirar lo que hacía, por estar embebecido pensando en lo que escribió contra los maniqueos, alzó la mano y dió una palmada en la mesa, diciendo: «A esta razón sí que no podrá responder el maniqueo».

Cuando tuvo diez años de edad, fué a Nápoles para estudiar Gramática, Retórica, Dialéctica y Filosofía, y, con el grande y vivo ingenio que tenía, aprendió de tal manera estas disciplinas, que dejó muy atrás a todos sus condiscípulos y dió muestras de lo que con el tiempo había de ser. Todos ponían los ojos en él por su nobleza, por su ingenio y mucho más por su ejemplo.

Vino de Monte Casino tocado ya del Señor e inclinado al menosprecio de las cosas de la tierra y al aprecio y estima de las del cielo. Para esto comenzó a tratar con los Dominicos, que pocos años antes habían fundado casa en Nápoles y florecían con gran fama de santidad.

ES PROBADA SU VOCACIÓN. — GLORIOSO TRIUNFO

PARA desviar al santo joven del camino de la vocación religiosa, echó mano el demonio de un medio que muchas veces le dió el triunfo en casos semejantes, y fué la ternura maternal mal entendida. La condesa Teodora fué a Nápoles para despedirse de su amado hijo, pero con la encubierta intención de hacerle mudar de propósito; porque el despecho le hizo olvidar aquella disposición de conformidad a la divina voluntad que anteriormente abrigaba en su corazón respecto de la vocación de Tomás. Temeroso de tales propósitos, el prior hizo salir secretamente para Roma

al joven religioso; la madre se determinó a seguirle hasta allí, donde tampoco le halló, porque el prior le había ya enviado a París para que estudiase.

Sintiólo por extremo la condesa y, segura de lograr con la violencia lo que no había podido por la ternura, escribió a sus dos hijos, Landulfo y Arnoldo, que eran soldados valerosos del ejército del emperador Federico II, encargándoles que cogiesen a su hermano Tomás a su paso por los Alpes y por fuerza se lo enviasen. Hiciéronlo así y, estando Tomás y sus compañeros descansando a orillas de un arroyuelo, le prendieron y le enviaron a Rocaseca.

Desde el mes de septiembre de 1243 quedó prisionero de su madre Teodora, pero supo burlar las ternuras maternales, y allí en su estrecha celda se dió al estudio y oración cual si estuviese en el convento. Hizo que le llevasen algunos manuscritos: la Biblia y varios tratados de Teología; y allí leyó y aprendió toda la Sagrada Escritura, de manera que al salir de la cárcel, había ya hecho luz sobre casi todos los puntos oscuros y difíciles de las Sagradas Letras. También se aprendió de memoria las *Sentencias,* de Pedro Lombardo, y estudió el tratado de los *Sofismas,* de Aristóteles.

En vano intentó Teodora vencer la resistencia de su santo hijo encomendando a sus dos hermanas el cuidado de apartarlo del pensamiento de seguir en la religión. Diéronle muchos asaltos y cruel batería, mas él resistió a todos los golpes como una roca firme y deshizo sus mañas y arterías, y aun rindió a sus hermana Marozia, la cual tomó estado de religión en el monasterio benedictino de Capua, del que andando el tiempo fué abadesa con grande ejemplo de santidad.

Sus dos hermanos, vueltos ya de la guerra, le apretaron con medios más perniciosos, parecidos a los que solían emplear los emperadores romanos para vencer la resistencia de las castas doncellas cristianas; porque, pareciéndoles que quedarían vencedores si lograban hacerle perder la preciosa joya de la castidad, le enviaron una mujer hermosa y lasciva, que le trajese a mal con sus halagos y blandas palabras. Pero Tomás, armándose de valor, echó mano de un tizón del fuego que estaba en la chimenea de su aposento, y con él persiguió a aquella mujer perversa, que huyó llena de vergüenza; satisfecho el Santo con el triunfo logrado, con el mismo tizón que tenía en la mano, como victorioso capitán con su espada, hizo en la pared una gran cruz.

Quedóse luego dormido como en suavísimo éxtasis y, viniendo dos ángeles del cielo, le aseguraron que Dios habíale concedido lo que pedía y le enviaba aquel cíngulo de perpetua castidad; y, diciendo esto, le pusieron en la cintura un cordón, apretándoselo a las carnes tan reciamente y con tan grandes dolores, que despertó dando gritos. Ese cordón se venera en la iglesia de los padres Dominicos de Chieri, cerca de la ciudad de Turín, en preciosísimo relicario. Mide casi metro y medio de longitud, con quince

nudos equidistantes en una de sus mitades; es estrecho y aplastado como un cordón de zapato y de color oro mate.

En memoria de este hecho, gozan los Padres Dominicos del privilegio de imponer lo que llaman «cordón de Santo Tomás», preciosa salvaguardia de la castidad, principalmente para los jóvenes.

Finalmente, después de un año de cautiverio, los condes de Aquino hicieron la vista gorda sobre la evasión de su hijo, el cual fué descolgado de noche por una ventana del castillo. Llegado al pie de la fortaleza montó en uno de los caballos que aguardaban ya ensillados, y así, libre para volver a su familia religiosa, partió a toda prisa para el convento de Nápoles. Tenía por entonces diecinueve años.

DISCÍPULO DE SAN ALBERTO MAGNO

DESPUÉS de tan trabajoso noviciado, enviáronle a la ciudad de Colonia para que siguiese los cursos de Teología de los años 1244 y 1245, siendo su maestro el sapientísimo doctor Alberto Magno, de la misma Orden de Santo Domingo, más tarde obispo de Ratisbona.

Los frailes alemanes, sus condiscípulos, quedaron admirados tanto de la gentil disposición de su cuerpo, que era alto y bien proporcionado, cuanto del riguroso y obstinado silencio que guardaba, y, echando aquel recogimiento a dureza y falta de ingenio, le llamaron con donaire. «el buey mudo de Sicilia».

Por entonces comentaba Alberto Magno el difícil tratado de San Dionisio sobre los *Nombres divinos*. Uno de los estudiantes, compadeciéndose de Tomás que, a su juicio, no entendía aquellas lecciones, se ofreció para repetírselas, pero, habiéndose extraviado totalmente en sus explicaciones, el Santo acudió en su ayuda haciendo de maestro y repitiéndole la lección y comentándola con tal ingenio, que el compañero quedó maravillado y le suplicó que en adelante trocasen los oficios, haciendo él de alumno y Tomás de repetidor. Consintió en ello el santo mancebo y obligó al otro al secreto; prometióselo éste, pero no pudo guardarlo y presto todos tuvieron noticia del raro ingenio del taciturno estudiante.

Otro día perdió Tomás la redacción que había escrito sobre un punto dificilísimo. El estudiante que la halló, llevóla a Alberto Magno, el cual, no bien hubo leído aquel trabajo, quedó a su vez maravillado de la profunda sabiduría de Tomás, y le mandó que al día siguiente tratase ante sus condiscípulos una tesis muy dificultosa. Tratóla el Santo admirablemente, desatando las dificultades con tanta soltura y agudeza de ingenio, que Alberto Magno, maravillado, exclamó: «¿A éste le llamáis buey mudo? Pues, si vive, dará tales bramidos que se oirán por todo el mundo.»



CUENTA *la tradición que Urbano IV había encargado el Oficio de la Fiesta del Corpus Christi a Santo Tomás de Aquino y a otro Santo, no menos ilustre: a San Buenaventura. Ambos se presentan a la vez y, mientras Santo Tomás lee su manuscrito, el otro, admirado, desgarra el suyo.*

SANTO TOMÁS, DOCTOR. — SUS ESCRITOS

TERMINADOS los cursos de Teología le enviaron a París, donde tuvo otra vez por maestro a Alberto Magno, y luego volvió a Colonia, no ya de estudiante, sino de maestro. Allí fué lector y comentador de la Biblia por espacio de cuatro años. Escribió por ese tiempo sus tratados del *Ser* y de la *Esencia,* de los *Principios de la Naturaleza* y algunos opúsculos más, que aun en nuestros días honrarían a los metafísicos encanecidos en el estudio de la Filosofía.

Tenía entonces Tomás veinticinco años. Por orden de Alberto Magno y de sus superiores tornó a París, y allí se graduó de bachiller en Teología y luego de maestro o doctor, con extraordinaria admiración de toda la escuela. Pasó al convento de Santiago, donde leyó al Maestro de las Sentencias con grande claridad y sutileza, y redactó sus doctos *Comentarios a Pedro Lombardo.*

Escribió luego multitud de obras, las cuales pueden agruparse en tres categorías: obras de polémica, de apologética y de exégesis. En las obras polémicas sale al encuentro de Guillermo de Saint-Amour, que escribió contra las Órdenes de Santo Domingo y San Francisco; deshace los errores de los Fraticelli, estableciendo que el Evangelio de Jesucristo es definitivo, y el estado actual de la Iglesia, preparación inmediata y completa para la gloria del cielo. Al grupo de obras apologéticas destinadas a refutar los errores de los paganos, mahometanos y cismáticos, pertenecen los cuatro libros de la *Suma contra los Gentiles,* que es como un prefacio incomparable de la *Suma Teológica.*

Entre las obras exegéticas merece especial mención la famosa *Cadena de oro,* que es una joya de ciencia bíblica y piedad, cuyos innumerables anillos, formados con los más hermosos textos de los Santos Padres y otros escritores eclesiásticos, arrojan luz sobre los cuatro Evangelios y las Epístolas de San Pablo.

Urbano IV determinó extender a toda la Iglesia la hermosa fiesta del Corpus, y encargó el oficio correspondiente a Santo Tomás, el cual, juntando de modo maravilloso el ingenio artístico al teológico, escribió un oficio admirable y sin par, en el que las figuras del Antiguo Testamento y las realidades del Nuevo se hallan como engastadas en forma sencilla pero solemnísima, irradiando devoción, fuerza y refulgente luz de doctrina; porque, aun orando, Santo Tomás esparce lumbre de doctor y divinas enseñanzas.

A propósito de este Oficio, cuéntase una edificante anécdota. Dícese que el Papa confió el mismo trabajo a otro doctor no menos ilustre, el francis-

cano San Buenaventura. Los dos religiosos se presentaron juntos ante Urbano IV llevando los manuscritos, y mientras fray Tomás leía el suyo, fray Buenaventura, maravillado de lo que oía, y tan lleno de humildad como de admiración, iba rompiendo su trabajo con disimulo.

Pero la obra maestra de Santo Tomás es su inmortal *Suma Teológica,* que viene a ser una exposición científica del cristianismo y un vasto compendio de toda la Teología.

La *Suma Teológica,* dice el Padre Ráulica, es la más grande obra salida de manos de hombre, porque la Sagrada Escritura salió de manos de Dios. Jamás teólogo alguno se elevó tanto, pero nunca tampoco filósofo alguno permaneció más constante en lo verdadero, ni se mostró más grande, más luminoso ni más firme.

La sabiduría de Santo Tomás fué tan esclarecida, soberana y divina que causa honda admiración a todos los grandes ingenios. No hay extremo, en la Teología y Filosofía, tan dificultoso que no lo allane, tan oscuro que no lo aclare, tan recóndito que no lo descubra, tratándolo con brevedad tan precisa, que en pocos renglones dice, en sustancia, lo que otros doctores escribieron en muchos. De aquí es que todos los santos y sabios católicos la alaban y ensalzan como columna inexpugnable de la Iglesia. Juan XXII, que le canonizó, dijo que no necesitaba milagros para canonizarle, porque había hecho tantos cuantas cuestiones había escrito, y Pío V dice que este santo doctor ha alumbrado a la Iglesia y destruído infinitas herejías, y que las que después de él han nacido, como el Protestantismo, se han desbaratado y vencido con la luz y fuerza de su doctrina. El Concilio de Trento dió grande autoridad a dicha doctrina siguiéndola en sus cánones y definiciones. León XIII quiso poner dique a los funestos errores del pensamiento moderno y, para lograrlo, no vió mejor medio que restaurar la doctrina de Santo Tomás, ponderando su necesidad.

En estudios teológicos es maestro en grado sumo. En sus escritos, como en otras tantas aromosas flores, libaron las mieles de sus mejores ideas y sana doctrina cuantos teólogos escribieron después del angélico Doctor; y, en cambio, hanse extraviado del camino de la verdad o han sido sospechosos de ella, cuantos de él se han querido apartar.

«Santo Tomás es, no el honor de un siglo, sino de todos los siglos; no el orgullo de una raza, sino de todas las razas; pertenece a la Humanidad entera.»

EL HOMBRE Y EL SANTO

FUÉ Santo Tomás alto de cuerpo y de complexión gruesa y abultada, hermoso de rostro y de color trigueño, de buenas fuerzas antes que las gastase con las grandes penitencias y muchos trabajos. Tenía la cabeza grande, la frente redonda y algo calva, y muchas veces padecía recios dolores de estómago. Por tener una fístula en la pierna solía caminar en un macho.

Estaba dotado de un espíritu tan amplio y profundo que, además de entregarse a una vida de continua oración y meditación, ahondaba los más arduos problemas filosóficos y teológicos, iluminados por la luz de su clara inteligencia.

Pero su raro ingenio en materias de por sí tan arduas y dificultosas, no fué únicamente don de la naturaleza, antes tuvo su origen en un principio muy superior y de orden sobrenatural: Santo Tomás es, a la verdad, Doctor Angélico.

Fué angélico por su pureza; ya sabemos cuánto tuvo que pelear para guardarla. Es creencia general que conservó lozana toda la vida la azucena de su virginidad, y, a juzgar por los testimonios presentados en el proceso de su canonización, la confesión general que hizo antes de morir, fué semejante a la que haría un niño de cinco años, porque nunca cometió un solo pecado mortal. Dice un testigo, que parecía que la virginal inocencia de Santo Tomás se pegaba a cuantos le miraban y trataban; y otro depuso que le había bastado encomendarse al Santo, para verse libre de graves tentaciones.

También merece el dictado de Angélico con que le ha honrado la Iglesia, porque recibió del mismo Dios, como de fuente divina y purísima, la sabiduría y la ciencia de los ángeles; y, así, son sus obras más de entendimiento que de argumentación, más de intuición que de raciocinio; es, en suma, más ángel que hombre. Si hallaba dificultades en algún paso, acogíase a la oración, que hacía ante el altar con muchas lágrimas, y luego volvía a su celda y proseguía sin dificultad sus escritos sublimes.

Pero aquella profunda ciencia en nada alteraba el natural manso y afable del Santo, el cual, en bajando de las alturas de la contemplación, era con sus prójimos de trato dulce y un tanto jovial. Sus corteses modales descubrían la nobleza de su linaje, pero en todo su porte exterior mostrábase digno y reservado, evitando las relaciones con los de fuera, las palabras ociosas y el entremeterse en negocios temporales sin necesidad.

Preocupábale muy poco, estando a la mesa, la buena o mala condimentación de los alimentos y si éstos eran exquisitos u ordinarios; sólo comía una vez al día y muy poco, de suerte que su ayuno era perpetuo.

Dormía poquísimo y, en lugar de ir a descansar como los demás después de Completas, permanecía orando en la iglesia, y, cuando veía que iban a tocar a Maitines, corría disimuladamente a su celda para así poder bajar con la comunidad.

SU MUERTE

ENTRANDO en los cincuenta años de su edad, dió cima a los grandes trabajos que el Señor le había encomendado para su mayor honra y gloria. Hallándose en Nápoles escribiendo la tercera parte de su *Summa* y estando una noche en oración en la capilla, le habló el Crucifijo en voz alta e inteligible, y le dijo:

—Bien has escrito de mí, Tomás; ¿qué quieres que te dé por tu trabajo?

Y él, amorosamente y muy en sí, respondió:

—Ninguna cosa quiero, Señor, sino a Vos.

Mandóle el papa Gregorio X que fuese al concilio de Lyón, pero, al llegar a un monasterio de bernardos, que se llamaba Fossanuova, en la provincia Romana, cayó gravemente enfermo. Al entrar por las puertas, entendió que había de acabar en él y dijo aquel verso del salmo: «Aquí será mi reposo hasta el siglo de los siglos». Fué servido y regalado de aquellos santos monjes con grandísimo cuidado y, habiendo recibido con extraordinaria devoción los Sacramentos, puestos los ojos en el cielo y juntas las manos, con semblante alegre dió su espíritu al Señor a los 7 de marzo, el año de nuestra salud de 1274.

Con la autoridad del papa Urbano V, se entregó el sagrado cuerpo a la Orden de Santo Domingo y se traspasó a la ciudad de Tolosa de Francia, donde fué tenido en grandísima veneración. Diversas veces que para pasarle de un lugar a otro le descubrieron, le hallaron entero, fresco, oloroso y despidiendo de sí una fragancia del cielo. Fué canonizado por el papa Juan XXII en 1323; San Pío V le proclamó Doctor de la Iglesia llamándole «Doctor Angélico», en el año 1567, y León XIII le nombró patrono de las escuelas católicas.

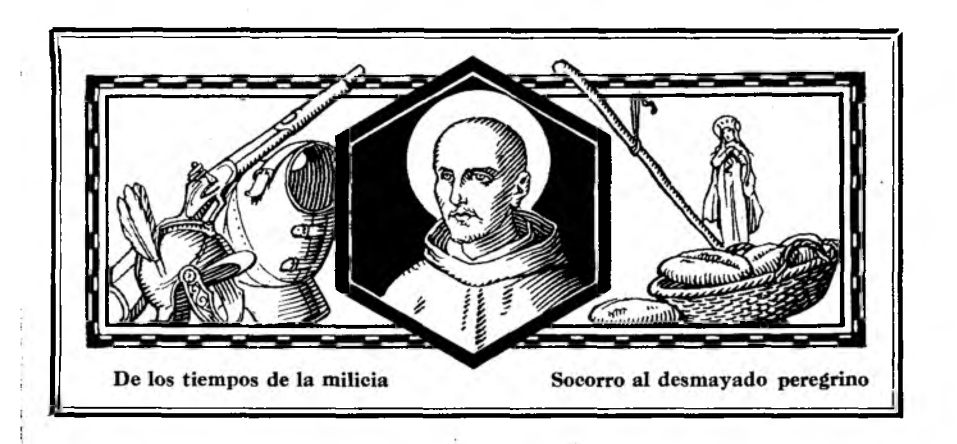
SANTORAL

Santos **Tomás de Aquino, confesor y doctor;** *Teófilo, obispo de Nicomedia,* Pablo, de Damieta, y Gaudioso, de Brescia; Eubulo, mártir en Cesarea de Palestina; Pablo el Simple, anacoreta y discípulo de San Antonio, abad; Equicio, Vileico y Ardón Esmaragdo, abades; Donato, abad en Valencia; Saturio, mártir en África. Santa Judena, virgen y mártir y la Venerable María Clotilde, reina de Cerdeña. *En Daroca se celebra la fiesta de los Santos Corporales.*

SAN TEÓFILO, obispo de Nicomedia. — Vivió en tiempos de León Isáurico, precisamente cuando los secuaces del demonio luchaban denodadamente para aniquilar la religión cristiana y extirparla de la faz de la tierra. Sabían muy bien los enemigos de Cristo que la visión de las sagradas Imágenes favorecía el culto del verdadero Dios y afianzaba la fe en los pechos cristianos. Por esto suscitaron la herejía de los iconoclastas, que destrozaba imágenes y mataba a los que las veneraban. Contra ella se levantó la voz de Teófilo, que fustigaba a los herejes principalmente desde el púlpito. Mientras estaba predicando al pueblo en favor del culto a los Santos, fué preso y enviado al destierro. Este ilustre prelado, acabó sus días alejado de su amada grey. Se vió favorecido con el don de milagros y el de profecía.

LOS SANTOS CORPORALES DE DAROCA. — En una alegre, estrecha y feracísima vega regada por el Jiloca, se levanta la vetusta ciudad de Daroca, estuche secular de una sagrada reliquia, objeto de culto espléndido y veneración profunda por parte de los darocenses, que se enorgullecen con ella y la custodian como joya de gran valor. Nos referimos a los Santos Corporales, cuya historia reseñamos a continuación, según consta en el libro «Verdad y Vida» del P. Muñana.

«Cuando don Jaime el Conquistador se apoderó de Valencia, los soldados de Daroca fueron los primeros en colocar la bandera de Jesucristo sobre la misma puerta de Serranos. Intentaron después apoderarse del Castillo de Chío, que poseían los sarracenos, pero los infieles se defendieron con tal denuedo que pronto rodearon a los cristianos, poniéndolos en grave aprieto. Se hallaba ausente don Jaime, y el capitán de la empresa propuso a los cristianos que recibiesen la Sagrada Comunión, para pelear con denuedo. El sacerdote Mateo Martínez, púsose al punto a celebrar la Santa Misa y, poco después de la consagración, oyen los gritos de la morisma, que obliga a los cristianos a tomar las armas y entrar precipitadamente en batalla. El sacerdote consumió la Hostia de la Misa y, envolviendo las otras pequeñas en los corporales, corrió a esconderlas en una cueva apartada. Después de tres horas de lucha, los cristianos rompieron el cerco y los moros huyeron despavoridos. Al momento fué el sacerdote en busca de las Formas, y, al desplegar los corporales en presencia de los cinco jefes que estaban de rodillas para comulgar, vió con asombro que las Sagradas Formas estaban destilando sangre y enrojeciendo los corporales. Pronto se divulgó la noticia por todo el ejército, y los soldados corrían a presenciar el prodigio. De nuevo se vieron acometidos por el enemigo con terrible furia. Entonces el sacerdote, tomando los sangrientos corporales y enarbolándolos sobre un palo, exhortaba a los cristianos desde el sitio más elevado de la fortaleza. Todos, llenos de ardor, a la vista de aquella preciosa bandera, hicieron un terrible escarmiento en los infieles. Varias ciudades se disputaron el honor de poseer los corporales; pero, siguiendo las costumbres de aquella época, los colocaron sobre un arca preciosa, que pusieron en una mula enemiga, y la dejaron caminar después de haber convenido que quedarían los corporales donde la mula parase o muriese. Después de andar cincuenta leguas, llegó la mula a Daroca el 7 de marzo de 1223, y cayó sin vida frente a la iglesia de San Marcos».


De los tiempos de la milicia — Socorro al desmayado peregrino

DÍA 8 DE MARZO

SAN JUAN DE DIOS

FUNDADOR DE LA ORDEN HOSPITALARIA (1495 - 1550)

EL visitante que recorre un asilo de niños pobres e incurables como el de San Rafael de Madrid o el de la Malvarrosa de Valencia, dirigidos por los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, presencia un sorprendente espectáculo. Aparece ante sus ojos lo que pudiéramos llamar «el patio de los milagros». Parvulicos estropeados, pequeñines ciegos que juegan a San Miguel y el diablo, montados en sus compañeros; pobres cuerpos dislocados y lacerados que no pueden moverse sin ayuda ajena del lecho donde sus dolencias los tienen clavados: he ahí lo que de momento le sorprende y oprime el corazón.

Y, sin embargo, por encima de esa precoz miseria, flota un soplo de alegría. La veréis en esos juegos para los que no son obstáculo ni la ceguera ni la parálisis. Adviértese limpieza en la persona y en los vestidos de esos pequeñuelos; los vendajes que llevan, declaran el esmero con que se los cuida y renueva; resplandece por doquier la mayor pulcritud. ¿Cuál es la causa de ese milagro? ¿Qué providencia meticulosa ha derramado su calor benéfico en ese refugio del sufrimiento inocente? Esa es obra de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios y de su popularísimo fundador, cuya vida vamos a bosquejar.

INFANCIA. — PASTOR Y SOLDADO

NACIÓ Juan el 8 de marzo de 1495 en Montemayor, pequeña ciudad de la diócesis de Évora, en Portugal. Eran sus padres de condición humilde, pero de todos estimados. Tendría ocho años cuando oyó el relato que cierto viajero hacía de las maravillas de Madrid. Entusiasmaron al muchacho las palabras del viajero y, sin decir nada a sus padres, partió en compañía del desconocido en dirección a la capital del reino.

Cuantas pesquisas se hicieron para averiguar el paradero del precoz aventurero resultaron inútiles. Su desgraciada madre murió de pena a los veinte días y su padre buscó lenitivo a tan hondo pesar en un convento de religiosos franciscanos, donde terminó sus días en olor de santidad.

Abandonado el pobre Juan por su compañero en las cercanías de Oropesa, tuvo la suerte de ser recogido por un labrador rico, que le confió la guarda del rebaño. Cumplió tan bien éste y otros cuidados que le encomendó su amo, que mereció su confianza y cariño; le nombró mayoral y le ofreció la mano de su hija, pero Juan, creyéndose indigno de tal felicidad por la falta cometida abandonando a sus padres, se separó de aquel su segundo padre. Tenía a la sazón veintidós años.

Alistóse entonces en los ejércitos de Carlos V, en la compañía enviada por el conde de Oropesa para combatir contra los franceses en Fuenterrabía; más tarde fué también a luchar contra los turcos en Hungría (1522).

Conservóse bueno durante algún tiempo, a pesar de los malos ejemplos e incitaciones de sus camaradas; pero el respeto humano y el haber descuidado sus prácticas piadosas, debilitaron su voluntad y sucumbió a las tentaciones.

Un accidente le abrió los ojos. Cierto día que iba a forrajear, cayó del caballo y quedó gravemente herido con gran peligro de ser hecho prisionero. El peligro despertó su fe, se acordó de la Virgen y acudió a ella con confianza y humildad. La Virgen atendió su plegaria y le asistió visiblemente. «Juan —le dijo—, ya no rezas el rosario, por eso te ha venido esta desgracia.»

A los pocos días se vió en otro peligro mayor, porque Dios le quería sembrar de espinas y abrojos los caminos anchos del mundo, para que siguiese la senda estrecha de la perfección a que le llamaba. La buena opinión que se tenía de su fidelidad le ocasionó su riesgo, porque movido por ella un capitán, le encargó que guardase una presa que había quitado al enemigo. Robáronsela al Santo otros soldados, y el capitán, enojado contra él, sospechando engaño, mandó que le ahorcaran de un árbol, sin valerle su misma inocencia ni los ruegos e intercesiones de sus compañeros. Acudió

Juan a su antiguo asilo, la Reina del cielo, la cual le sacó de aquel riesgo, porque al llevarle al suplicio, un caballero que acaso errando el camino pasó por aquel campo, viendo que querían ajusticiar al soldado y entendiendo la causa, suplicó al capitán que le perdonase la muerte, y él se la conmutó en destierro del campo, no sin particular providencia de Dios, que de este modo le quiso sacar del peligroso estado de la milicia. Tomó Juan el camino de Castilla para volver a Oropesa, de donde había salido, y, llegado a un lugar donde había una cruz, se hincó de rodillas delante de ella y se puso a orar, dando gracias a Dios por los beneficios recibidos, pidiendo perdón de los pecados pasados, y proponiendo la enmienda en lo porvenir.

Como le faltasen las fuerzas —por llevar dos días sin probar bocado—, cayó desmayado en tierra, mas al volver del desmayo vió cerca de sí tres panes y un vaso de vino, y, no presumiendo que podría ser cosa sobrenatural, ni sabiendo quién lo había puesto allí, atemorizado con el peligro pasado, no se atrevió a tocarlo hasta que, levantando las manos y los ojos al cielo, y empezando a decir el Padrenuestro, al llegar a aquellas palabras: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy», oyó una voz que le dijo: «Come y bebe, que para ti se ha traído este pan y vino.» Confortado con el pan y vino, prosiguió su ruta y llegó a Oropesa, donde, llegado a la casa de sus amos, volvió a tomar el oficio de pastor que había dejado por el de soldado.

PENITENCIA Y REPARACIÓN

VINIÉRONLE grandes deseos de volver a su patria, y regresó a Portugal para obtener perdón de sus padres, antes de emprender la vida de penitencia a que se había resuelto. Sólo un tío suyo muy viejo le reconoció después de tantos años de ausencia, y por él supo el fallecimiento de sus progenitores.

Lleno de angustia y ansiando llorar sus extravíos, volvió de nuevo a España y pasó a Andalucía, donde, tras corta estancia en un hospital, otra vez se dedicó al pastoreo. Corría entonces el año 1535 y contaba Juan, por lo tanto, cuarenta años de edad.

El apartamiento y el silencio de los campos son propicios para que Dios hable al corazón. Mientras las mansas ovejas pacían, repasaba el pastor su azarosa vida; angustiaba su corazón el recuerdo del abandono de su casa, y el haber causado la muerte de su madre, de aquella madre que tanto hizo para preservar su alma del pecado; llenaba su pecho de congoja la memoria de tantos extravíos y sus ojos se convertían en fuentes de lágrimas. De esas consideraciones nació el deseo ardiente de desagraviar a la Justicia Divina y creyó que el mejor modo de lograrlo era dedicarse por

completo al servicio de los desgraciados. Para poner en práctica su resolución, encaminóse al África con la intención de servir a los esclavos cristianos y aun libertarlos si le fuera posible.

Alentábale también la esperanza del martirio. Pero en Gibraltar se halló con la familia de un gentilhombre portugués que, despojado de sus bienes por el rey don Juan III de Portugal, se encaminaba a Ceuta. Compadecido de su estado, ofrecióse a servirle gratuitamente, vendió lo poco que tenía para socorrerlo y se hizo peón de albañil para remediar su propia indigencia.

El gozo que experimentó en el ejercicio de la caridad fué tan grande que, renunciando a la esperanza del martirio y aconsejado por su confesor, se reintegró nuevamente a España para ser, ya en ella, definitivamente un pobre al servicio de otros pobres.

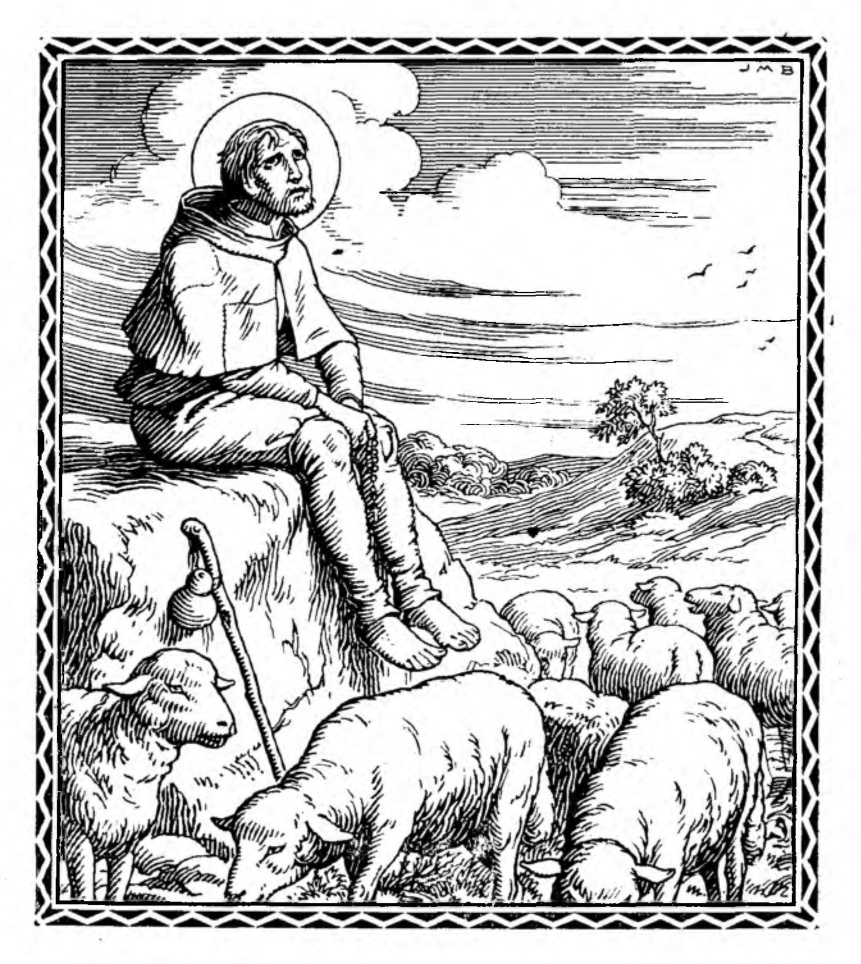
Cuéntase que durante la travesía se levantó violentísima tempestad y, creyéndose Juan que era él la causa de aquella tormenta, díjolo a los marineros y les mandó que le arrojasen por la borda. Dieron fe los sencillos marineros a aquellas manifestaciones de Juan y ya se disponían a ejecutar su deseo, cuando éste pidió unos momentos para rezar. Hincóse de rodillas y al instante se apaciguó el mar y pudieron terminar la travesía con la mayor bonanza.

En Gibraltar se hizo buhonero con intención de practicar noblemente la caridad con la venta de objetos piadosos a módico precio y dando a los pobres las ganancias. De allí pasó a Granada, donde puso una pequeña librería con la intención ya dicha. Eso ocurría en 1538.

El gran apóstol de Andalucía, el Beato Juan de Ávila, predicaba en aquella ciudad y Juan asistía a sus sermones, Hizo un día el panegírico de San Sebastián. Las saetas que, como se entendía en el emocionante relato del predicador, laceraron las carnes del santo mártir, hirieron más profundamente aún el corazón de Juan, y le conmovieron de tal modo que prorrumpió en sollozos estruendosos, y, confesando públicamente sus pecados, se golpeaba el pecho y se revolcaba en el suelo gritando: «¡Misericordia! ¡Misericordia!». Y exclamando así salió del templo y corrió por las calles de Granada seguido por los chiquillos y por el populacho, que decía: «¡Al loco! ¡Al loco!».

Suelen tener los santos sorprendentes originalidades. No extrañemos, pues, ese dolor tumultuoso de Juan. El recuerdo de sus pasadas culpas, puesto muy al vivo, sin duda, por el relato del martirio del santo cuyo panegírico oía, fué causa de aquella explosión de dolor y de aquel como punto de desespero.

Compadecidas de su estado, algunas buenas personas pensaron que valdría más llevarle al manicomio y, viendo Juan en ello un medio de hacer



MIENTRAS *tranquilamente pace el rebaño, discurre San Juan de Dios, con hondo dolor y abundantes lágrimas, sobre las andanzas de su vida pasada. Determina irse al África para libertar a los cristianos esclavos de los moros y servir en los hospitales a los enfermos y necesitados.*

penitencia, siguió haciendo el loco. El trato que se daba entonces a aquellos desgraciados no era sobradamente caritativo; era más bien cruelmente bárbaro. El antiguo soldado convertido recibía diariamente una tanda de azotes hasta derramar sangre. Ser despreciado y sufrir era todo su deseo, pero su confesor juzgó que sobrepasaba los límites de una justa discreción y le mandó cesar. Obediente a sus prudentes consejos cesó de hacer el loco, dejando atónitos a sus guardianes por tan súbita curación.

Ya en libertad sólo pensó Juan en los medios de realizar el designio que se había formado de aliviar a los pobres. Púsose bajo la protección de la Santísima Virgen e hizo con tal motivo la peregrinación al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en Extremadura.

De regreso a Granada, se dedicó a vender leña, y repartía entre los pobres la ganancia que sacaba. Alquiló después una casita para los pobres enfermos, proveyó a todas sus necesidades, y los cuidó con tal celo y abnegación que era la admiración de toda la ciudad. Esa fué la primera semilla de la futura Orden de la Caridad, cuyo fundamento fué la pobreza y que es, en nuestros días, el sostén de la misma al cabo de cuatro centurias de existencia. Era el 1540.

SAN JUAN DE DIOS Y LOS POBRES

JUAN se pasaba los días junto a los enfermos. Por la noche recorría las calles en busca de aquellos desgraciados y los llevaba a cuestas a su hospital improvisado. Tenía además que pedir limosna y comprar lo necesario para el alivio de sus protegidos. ¡Cuántas veces le vieron los granadinos atravesar sus calles con un atado de ropas viejas al hombro, o con una cesta al brazo llena del pan que las gentes caritativas le daban para sus pobres!

El amor que les profesaba le hacía ingenioso. Un día se puso a gritar con todas sus fuerzas en medio de la plaza pública: «¡Haceos bien, hermanos, por amor de Dios; haceos bien a vosotros mismos!» Todos le entendieron y llovieron limosnas en abundancia.

El obispo de Túy, que era Presidente de la Audiencia de Granada, le apreciaba extraordinariamente. Un día le dijo: «Te llamarás en adelante Juan de Dios», y así fué. Quiso también que llevase un hábito religioso, aunque Juan no había tenido idea de fundar una Orden religiosa. La que lleva su nombre no se constituyó hasta después de su muerte.

Cierto día, sin saber cómo, se produjo un violento incendio en el hospital. Desafiando las llamas avivadas por el viento, Juan salvó uno tras otro a todos sus enfermos, transportándolos a lugar seguro. No satisfecho con ello quiso salvar también muebles y camas arrojándolos por las ven-

tanas, pero de improviso un torbellino de llamas le rodea y nadie cree haya salvación para él. Todos le tienen por perdido y la triste nueva corre de boca en boca cuando, por un prodigio de la Providencia, se le ve salir sano y salvo de entre las llamas, sin más que sacar chamuscadas las cejas, como testimonio del milagro que en su favor ha obrado el Señor. Como si las llamas que le rodeaban nada pudiesen con el fuego ardentísimo del amor de Dios y del prójimo que en su pecho ardía. En el decreto de su canonización hizo constar la Iglesia tan sorprendente milagro.

Era demasiado activa la caridad de Juan para contentarse con el cuidado de los enfermos recogidos. Socorría también a los obreros parados, a los estudiantes sin recursos, y aun a los monasterios necesitados; pero siempre con el secreto designio de llegar a las almas a través de los cuerpos.

Tal es, en efecto, la ley fundamental que preside su obra. Las pobres gentes extraviadas eran objeto de cuidados especiales y muchísimas llegó a sacar del atolladero. Un día, una de esas desgraciadas mujeres le injurió al pasar llamándole santurrón, hipócrita y otras lindezas por el estilo. Juan le dió dinero y le dijo: «Toma; vete a gritar en la plaza pública todas esas injurias que me has dicho aquí.» Tan feliz se sentía este hombre generoso que, superior a todos los oprobios como el Apóstol, gozaba al ser despreciado por Jesucristo. Bien llevaba el nombre de Juan de Dios, que el obispo de Túy le había dado.

A esa inalterable paciencia unía el mayor desinterés. Citaremos un caso. En cierta ocasión halló al marqués de Tarifa, don Enrique, jugando con otros señores, y entre todos le dieron de limosna hasta veinticinco ducados. Por la tarde de aquel día se disfrazó el marqués y, fingiendo ser un gentilhombre desgraciado, acudió a Juan diciéndole: «Padre mío, vea mi triste situación; me ha abandonado la fortuna y de gran señor he quedado reducido a la triste situación de mendigo. Tenga la caridad de socorrerme.» «No desconfíe de Aquel que a nadie abandona —respondió Juan—; aquí tiene lo que acaban de darme», y le entregó los veinticinco ducados. Muy edificado de aquel acto de generosidad, refirió el marqués a sus amigos lo ocurrido, devolvió después la limosna al hombre de Dios y en adelante le socorrió en todas sus necesidades.

SE LE APARECE NUESTRO SEÑOR. — SU ÚLTIMA ENFERMEDAD

PUEDE presumirse que el Señor no le escatimó pruebas ni tentaciones. Para animarle y confortarle apareciósele Jesucristo en varias ocasiones.

Mientras se hallaba un día rezando ante el crucifijo, presentósele el Señor en compañía de su Santísima Madre. Tenía la Virgen una corona de espi-

nas en la mano y, acercándosele, se la puso con cariño en la cabeza, diciéndole al mismo tiempo: «Juan, por las espinas y los sufrimientos has de merecer la corona que mi hijo te prepara en el cielo.» Los dolores que entonces sintió fueron acerbísimos, pero abrasado en amor contestó: «Madre mía; vuestras espinas son mis rosas, y esos sufrimientos mi paraíso.»

En otra ocasión halló a un enfermo casi moribundo. Cargóselo a cuestas, lo llevó al hospital, lo acostó y le lavó los pies. Al ir a besárselos vió con sorpresa que estaban taladrados como los de Jesucristo, y, levantando los ojos hacia el enfermo, reconoció en él a Nuestro Señor que, complaciente, le miraba. Al cruzarse sus miradas con las de Juan, le dijo Jesús: «Juan, todo lo que haces a los pobres a Mí me lo haces. Sus llagas son mis llagas, y a Mí me lavas los pies cuando a ellos se los lavas.»

Trece años de continuado y abnegado servicio a los pobres, con un régimen de vida agotador, con poca o mala alimentación de cebollas cocidas, con ayunos continuos y prolongadas vigilias, acabaron por rendir a aquel valiente atleta de la caridad.

Acudió a visitarle la piadosa y compasiva dama doña Ana Osorio y conoció al instante que estaba próximo a su fin. Hallábase el moribundo en lamentabilísimo estado. Acostado sin desnudarse los hábitos, en una estrecha celda, cubierto sólo con una capa vieja y teniendo por almohada la cesta en que recogía las limosnas, y que había puesto en vez de la piedra que siempre había tenido. La caritativa señora hízole llevar a su casa para poder cuidarle. El moribundo pidió le leyesen la pasión de Nuestro Señor Jesucristo escrita por San Juan. Cuando terminaron la lectura, suplicó acudiese uno de sus colaboradores llamado Antonio Martín, para recomendarle todos sus protegidos, es decir, los enfermos, los pobres, las viudas y los huérfanos, y, satisfecho ese impulso de caridad, pidió que le dejasen solo. Entonces se levantó, se puso el hábito religioso y postrándose de rodillas estuvo largo rato en oración. Acudieron a él al oírle exclamar: *Jesús, Jesús, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Y de tal forma, con el crucifijo en las manos expiró. Era el 8 de marzo de 1550. Sus funerales, según testimonio de un escritor contemporáneo, fueron un verdadero triunfo.

Beatificóle Urbano VIII en 1630, y le canonizó Alejandro VIII el 16 de octubre de 1670, pero la bula de su canonización fué promulgada por Inocencio XII el 15 de julio del siguiente año 1671. Clemente XI fijó su fiesta el 4 de mayo de 1714 con rito de semidoble. Inocencio XIII elevó dicha fiesta a rito de doble el 24 de abril de 1722. Fué declarado patrono universal de los enfermos, hospitales y enfermeros por León XIII el 15 de mayo de 1886, y el mismo sumo pontífice mandó incluir su nombre en las letanías de los agonizantes.

ORDEN HOSPITALARIA

SIN DUDA ninguna vió San Juan de Dios con luz profética los aumentos de su Orden, que han sido maravillosos y propios de la mano del Señor, que ha echado su bendición a la obra de su siervo. También parece que previó el santo pontífice Pío V con luz soberana los frutos que había de dar esta religión plantada en el paraíso de la Iglesia como árbol de vida y de salud, cuando teniendo noticia de su Instituto dijo: «Bendito sea Dios que vemos en nuestros tiempos una religión tan necesaria en la Iglesia, y que tanto provecho ha de hacer en ella». Confirmóla por bula despachada el primero de enero de 1572, dándole la regla de San Agustín y concediéndole muchos privilegios que han aprobado y confirmado después otros Sumos Pontífices.

Tiene esta Orden gran número de casas en muchas naciones y en todas partes se curan innumerables enfermos de diversas enfermedades, con increíble solicitud de los hijos de San Juan de Dios; por lo cual les espera gran premio y particular honra el día del juicio, cuando Cristo dé el galardón a sus escogidos, porque si ha de decir a los buenos: «Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino, que os tengo preparado porque tuve hambre... tuve sed... estuve enfermo...». ¿A quién toca más esta bendición y esta honra, que a los que, por instituto y profesión, no sólo visitan a los enfermos, sino que los tienen en su casa para curarlos, servirlos y regalarlos con mayor amor que si fueran padres de cada uno, y con mayor solicitud que si fueran sus siervos, porque lo son de Cristo, a quien sirven en los pobres?

Si el que diere un vaso de agua por amor de Dios obtendrá recompensa, ¡qué cantidad de méritos adquirirán los que consagran su vida entera a la práctica de todas las obras de misericordia, y qué consuelo han de sentir los que con sus limosnas cooperan a esa obra divina tantas veces ensalzada en las páginas del Evangelio!

SANTORAL

Santos **Juan de Dios, confesor y fundador;** *Julián, arzobispo de Toledo; Veremundo, abad de Irache;* Poncio, diácono de Cartago; Provino, Teofilacto, Litfredo, Senanno, Hunfrido y Félix, obispos; Salmodio, anacoreta; *Apolonio y Filemón, mártires;* Esteban, abad; Ariano y compañeros, mártires en Egipto; Cataldo, irlandés célebre por sus milagros; Cástor, mártir. Santa Cleopatronia, virgen, en Grecia. En Burgos, la Beata Berenguela, cisterciense, hija del rey San Fernando.

SAN JULIÁN, arzobispo de Toledo. — Julián vió la luz primera en la imperial ciudad de Toledo, en cuyo Seminario se educó con gran aprovechamiento. Dotado de cualidades poco comunes, el arzobispo San Eugenio III le tomó a su cargo para prepararle a los elevados puestos que luego debía ocupar. Aunque Julián deseaba retirarse a la soledad, desistió de sus planes en vista de las solicitudes del metropolitano. Fué ordenado de sacerdote y, más tarde, consagrado obispo; ocupó la sede toledana recientemente santificada por San Ildefonso, sucesor de San Eugenio III.

En la oración y trato familiar con Dios, adquiría Julián la ciencia de la salvación, que luego derramaba en provecho de los fieles. En su cargo se portó siempre como verdadero pastor y padre de sus ovejas, a las que edificó con la santidad de su vida. Además de santo, fué sabio y faro esplendoroso que iluminó a muchos pueblos, aun a los de allende los límites de su diócesis. Son célebres sus «Pronósticos» y otras obras doctas que salieron de su pluma. Por medio del rey Ervigio reunió y presidió tres concilios nacionales en Toledo, en los cuales se dictaron sabias leyes para el buen gobierno de la Iglesia y bien de los fieles. Murió el 6 de marzo del año 690, aunque Toledo celebra la fiesta el día 8.

SAN VEREMUNDO, abad de Irache. — En Arellano o Villatuerta, pueblos de la católica Navarra, nació Veremundo en el seno de una familia cristianísima que le educó en el santo temor de Dios. Ingresó en el monasterio benedictino de Irache, cuyo superior era, a la sazón, un tío suyo. Sus oraciones, ayunos, vigilias y penitencias le valían la admiración de todos. Hizo rápidos progresos en el camino de la santidad. Sustituyó a su tío Nuño en la dirección del monasterio, cargo que ejerció con gran edificación y provecho de las almas.

El Señor quiso manifestar la santidad de su siervo concediéndole el don de milagros: Expulsaba a los demonios del cuerpo de los posesos; curaba a los enfermos, y obtenía el beneficio de la lluvia en tiempos de sequía. El ardiente amor que profesaba a Jesús y la sólida devoción a la Santísima Virgen, fueron siempre la norma de su conducta. La fama de su santidad llegó hasta el trono de los Reyes, los cuales concedieron al monasterio ciertos privilegios y le hicieron espléndidas donaciones. En 1072 fué a recibir el premio de su santa vida.

SANTOS APOLONIO Y FILEMÓN, *mártires*. — Apolonio se dedicó a extender entre los cristianos el santo entusiasmo por la causa de Dios; los exhortaba sin cesar a que no temieran las iras de los perseguidores de Cristo y que, aun a trueque de perder la vida entre los más atroces tormentos, perseveraran hasta el fin en la fe que habían abrazado. Después se retiró al desierto de la Tebaida, donde llevó durante muchos años una vida de austerísima penitencia. Fué sacado de su retiro por los paganos, enemigos suyos, que le acusaron de su proselitismo cristiano. Consecuente con lo que había predicado tantas veces, supo mantenerse firme en sus creencias cuando estaba delante del tribunal. Entre los que con más saña combatían al héroe cristiano, figuraba un tocador de flauta, por nombre Filemón, que se convirtió al decirle Apolonio: «Dios querrá tener misericordia de vos»; y así fué, pues en aquel mismo momento se declaró cristiano. Después de ser arrojados a las llamas, Apolonio y Filemón, fueron echados al mar en compañía de sus guardianes, convertidos también por aquél.


Palomita sacramental. Manzanas de abril   Racimos de enero

DÍA 9 DE MARZO

SANTA FRANCISCA ROMANA

VIUDA, FUNDADORA DE LAS OBLATAS DE SANTA MARÍA
(1384 - 1440)

CÁNDIDA virgen, esposa abnegada, amabilísima hermana, madre tierna a durísimas pruebas sometida, Santa Francisca Romana llevó vida santa en todos esos estados y llegó a ser la fundadora de una familia religiosa que perdura desde hace siglos, aunque sus miembros no se hallen ligados por los votos de religión.

Ejerció su apostolado entre las mujeres del gran mundo y ofreció asilo a las patricias de Roma que no sabían dónde defender su virtud en el turbulento siglo XV. Toda su vida y toda su actividad se desenvolvieron en la Ciudad Eterna; es «Romana» por excelencia y lleva bien su nombre.

Francisca nació en Roma en 1384, en el pontificado de Urbano VI. Su padre, de familia patricia, se llamaba Pablo Bussi, y su madre, Jacobita Rofredeschi. Bautizáronla luego de nacida en la iglesia de Santa Inés de la plaza Navona.

Desde su más tierna infancia notáronse en ella indicios de su futura santidad. Había aprendido en los brazos de su madre el Oficio Parvo de la Santísima Virgen y desde entonces lo rezó cada día.

Mansa y humilde de carácter, Francisca no manifestaba gusto ninguno por las novedades y curiosidades del mundo; todas sus preferencias iban hacia la soledad y expiaba las menores faltas con severas penitencias. Fre-

cuentaba la iglesia de los benedictinos Olivetanos en el Foro, donde vivía el Padre Antonello, su director espiritual, que lo había sido de su madre.

Doce años había cumplido, cuando se postró ante el altar de la Virgen Santísima, y ofreció su castidad a Jesús, con el corazón henchido de amor.

MATRIMONIO OBLIGADO. — CURACIÓN MILAGROSA

UNA infancia como la suya, pasada en el mayor recogimiento, en la unión con Dios, y en la práctica de la mortificación cristiana, era la mejor disposición para consagrarse a Dios y entregarse a los divinos desposorios con Jesucristo. Con el consentimiento de su confesor manifestó a sus padres los anhelos de su corazón. Pero el señor Bussi declaró que no la dejaría jamás entrar en un monasterio y le notificó que ya le tenía elegido esposo. Lágrimas y súplicas fueron inútiles. Francisca tuvo que someterse e hizo de su aceptación un acto de virtud. Lorenzo Ponziani, joven virtuoso y de noble familia, debía hallar en ella una esposa modelo.

Dejó Francisca la casa paterna situada en el centro de Roma, para seguir a su marido al Transtévere, donde los Ponziani tenían su palacio. La Providencia le deparó una dulcísima alegría. Bajo el mismo techo, halló Francisca en la persona de su cuñada Vannozza, la más cariñosa de las hermanas, la más abnegada de las amigas y la más discreta de las confidentes. Su intimidad debía durar más de treinta años.

Poco tiempo después de su matrimonio, Francisca enfermó. Ya llevaba un año entero clavada en el lecho del dolor sin que su paciencia se hubiese desmentido un solo instante, cuando una noche se llenó su cuarto de extraordinario resplandor y se le apareció un joven de incomparable belleza. «Soy Alejo —le dijo—, y Dios me envía a ti, fiel sierva de Jesucristo, para devolverte la salud.» Extendió sobre la cama de la enferma una túnica de tisú de oro y desapareció. Al instante Francisca se levantó curada, corrió a la habitación de su cuñada Vannozza, la despertó sobresaltada y le contó el milagro: «Démonos prisa —añadió— y vayamos a dar gracias al Santo», y ambas se encaminaron a la iglesia de San Alejo, donde dieron rienda suelta a la gratitud de sus almas.

Desde aquel momento llevó Francisca una vida más santa todavía, y Vannozza llegó a ser la compañera de todas sus obras de piedad y misericordia. Las dos jóvenes se construyeron un retiro en el fondo del jardín. Allí pasaban todos los momentos de libertad que les dejaban los deberes de su estado. Hallándose un día en la ermita a solas con Dios, terminados los primeros puntos de la oración, recreábase con piadosos coloquios. Vannozza dijo a Francisca: «Si Dios nos concediese la gracia de ser un día

ermitañas, ¿cómo nos las compondríamos, hermana mía? ¿Dónde hallaríamos con qué alimentarnos?» Francisca respondió: «Cuando estemos en el desierto, iremos en busca de frutas y raíces, y Dios hará que hallemos las que hayamos menester para nuestro sustento.» Apenas acababa de pronunciar Francisca estas palabras, de un árbol cercano cayeron al suelo dos hermosas manzanas, sin ser el tiempo de ellas, puesto que se hallaban en abril. Así les daba a entender el Señor cuán agradable le era su piedad y que nunca abandona a los que le sirven con amor y confianza. Pero no las llamaba Dios a la vida eremítica.

SANTA FRANCISCA, AMA Y SEÑORA DE CASA. — LA COMPAÑÍA DE UN ARCÁNGEL

EN 1401 murió su suegra Cecilia, y Francisca, no obstante su extrema juventud, se tuvo que encargar del cuidado de la casa. Ocupábase de los sirvientes, y exhortábalos a vivir en el temor de Dios; sus palabras producían en aquellas almas frutos de vida eterna.

Quitaba a su marido todos los malos libros y se los quemaba; más de una vez oyeron los criados el ruido que en tales ocasiones hacían los demonios, irritados.

Vannozza cayó enferma y Francisca la cuidó con toda la ternura que unía a aquellas dos almas ligadas por el más puro amor de Dios. Manifestó Vannozza el deseo de comer cierto pescado y Francisca estaba desconsolada por no poder complacerla. De repente cayó a sus pies aquel pescado tan deseado y, cuando Vannozza comió de él, quedó curada.

Los criados de Francisca tenían orden de no despedir jamás a ningún pobre sin socorrerlo, pero un año en que la escasez era extrema, temiendo Lorenzo que la caridad de su mujer acabase por reducirlo a él mismo a la mendicidad, le quitó las llaves del granero, retiró lo necesario para el sustento de la familia y vendió lo restante. Algunos días después, halló en el mismo granero cuarenta medidas de trigo candeal. Iluminado por tal prodigio, dejó desde entonces a su mujer completa libertad de distribuir limosnas con largueza. En otra ocasión volvió a hallar completamente lleno un tonel de vino añejo que había vaciado para aliviar a los enfermos.

Francisca tuvo dos hijos: Juan Bautista, que nació en 1400, y Evangelista, en 1403, y una hija, Inés, que nació en 1408. Juan Bautista se casó y transmitió a su posteridad el honor y la bendición de una santa. Evangelista vivió como un ángel. No pensaba más que en el cielo y no hablaba más que de Dios. Sus deseos no tardaron en verse cumplidos, porque murió de la peste en 1411, a la edad de 9 años.

A fe que nuestra Santa cumplió perfectamente la primera obligación de toda madre crstiana: cuidar ella misma de sus hijos. Si todas las madres la imitasen no tendríamos que deplorar tantos males en la sociedad actual, ebria de materialismo y de placeres. ¡Feliz la mujer que, como Francisca, tiene fijo el pensamiento en Dios, en su alma y en su hogar!

Además del ángel de la guarda que todos tenemos y a quien Dios ha confiado el cuidado de guiarnos, había dado a Francisca un ángel encargado de reprenderla. Era ese ángel muy severo, y a la menor falta, la pegaba, aun delante de otros, El ángel permanecía invisible, pero todos los presentes oían los cachetes.

Iba a cumplir Inés cinco años. Una noche, mientras dormía profundamente, su madre vió aparecer una paloma que llevaba en el pico una vela encendida; acercóla a cada uno de los sentidos de la niña como para darle la Extremaunción y la palomita desapareció. A la noche siguiente iluminó el cuarto una luz resplandeciente y el tierno Evangelista se apareció a su madre. Junto a él se hallaba un joven más resplandeciente aún. La dichosa madre, no pudiendo contenerse, quiso estrechar a su hijo contra su corazón, pero era impalpable y tuvo que contentarse con verle y oír su voz. «Nuestra única ocupación —le dijo el niño— es contemplar el abismo infinito de la bondad de Dios, alabarle y bendecirle. No podemos tener dolor alguno y gozamos de paz y dicha eternas. Éste —añadió mostrando al joven que le acompañaba— es un arcángel. Os lo envía Dios para que sea vuestro consuelo durante el resto de vuestra peregrinación en la tierra. Mi hermana Inés morirá pronto, pero consolaos, porque vendrá a juntarse conmigo en la gloria.»

Inés murió, en efecto, poco después. Desde entonces, su santa madre gozó constantemente de la presencia del arcángel. Le rodeaba una luz celestial tan intensa y resplandeciente, que las pupilas de Francisca apenas podían soportarla.

HUMILDAD Y AUSTERIDAD. — PRUEBAS

LORENZO Ponziani, testigo constante de las virtudes de su esposa, y de las gracias extraordinarias con que el cielo la favorecía, quiso que esta mujer privilegiada perteneciese sólo a Dios. La consideró en adelante como su hermana y le suplicó solamente que no le abandonara y continuase gobernando la casa. Francisca, muy feliz en apartarse enteramente del mundo, se despojó de sus ricos vestidos, los vendió y empleó el dinero en socorrer a los indigentes. Después se hizo ropa de tela tan ordinaria, que sus criadas se hubieran avergonzado de llevarla; pero, si las valiosas piedras no adornaban su traje, como el de las damas romanas,



SIENDO *distinguidísima y noble, Santa Francisca Romana va a la iglesia de San Pablo en un día de Cuaresma, y, con ademán, vestido y continente de pobre, pónese a mendigar confundida entre los que están en la puerta, consolada y gozosa al ver pasar a gente principal que de tal guisa la ve.*

las inapreciables joyas de sus virtudes despedían vivos destellos de hermosa luz. Edificaba con ellas, y varias señoras y jóvenes de la nobleza italiana siguieron su laudable ejemplo, labrando así la felicidad de sus familias.

Para más humillarse, iba todas las mañanas a las viñas que tenía en las afueras de la ciudad, recogía un haz de sarmientos y, poniéndoselo en la cabeza, lo llevaba a alguno de los muchos pobres que socorría en Roma.

Un año azotó el hambre horriblemente: Francisca, en compañía de Vannozza, fué de puerta en puerta pidiendo limosna para los pobres. Recibíanlas de ordinario harto mal; llenábanlas, a veces, de injurias y aun llegaron a maltratarlas de hecho; pero ellas se consideraban dichosas en sufrir por Jesucristo.

Dirigíase un día el clero de Roma a la basílica de San Pablo, y seguían los fieles formando numerosos grupos. Vió Francisca a la puerta de la Iglesia y sentados en un madero, una larga fila de pobres que pedían limosna. Púsose entre ellos y tendió la mano, implorando como ellos; sintióse llena de gozo al pensar que habría ciertamente entre los asistentes muchas personas principales de Roma ante las cuales así hollaba el respeto humano.

A tantas humillaciones unía Francisca numerosas mortificaciones. No bebía vino y hacía una sola comida al día. Nunca comía carne, ni huevos, ni pescado, ni lacticinios. Llevaba un cilicio sobre su carne. Ceñía su cuerpo con un aro de hierro que le causaba sangrientas heridas. Tenía unas disciplinas armadas de puntas y se servía de ellas sin miramiento ni contemplación.

La pasión de Nuestro Señor era el objeto constante de sus meditaciones y causa de su inconsolable dolor. Lloraba sus faltas y las de los pecadores con toda la amargura de su alma, y Dios, por una gracia singularísima, de tal modo le hizo sentir los sufrimientos de la cruz, que experimentó con frecuencia violentísimos dolores en su mismo cuerpo. Hasta llegó a formarse sobre su corazón una llaga milagrosa de la que fluía abundante agua.

Empleó treinta años de su vida en servir a los pobres: iba casi todos los días a visitarlos en los hospitales, curaba sus llagas, lavaba y remendaba sus ropas y ayudó con dinero a un sacerdote para que pudiera asistir a los moribundos.

Por entonces, la miseria, el hambre, la peste, consecuencias de la guerra civil, desolaban a Roma. Lorenzo Ponziani, oficial de las tropas pontificias, tuvo en dos ocasiones parte activa en la defensa de Roma contra las tropas del rey de Nápoles. En 1408, quedó gravemente herido; en 1413, tuvo que huir al destierro. En ambas circunstancias vió su casa saqueada, confiscados sus bienes, maltratados sus criados, y su hijo, el tierno Juan Bautista, tomado en rehenes. Francisca aceptó esas dolorosas pruebas con paciencia y resignación heroicas, muy segura de que la Madona de Ara Cœli protegería a sus seres queridos. Poco después tuvo el grandísimo dolor de perder a su querida Vannozza y al Padre Antonello, su director espiritual.

LAS OBLATAS DE SANTA MARÍA

FRANCISCA arreglaba las disensiones, combatía la vanidad de las mujeres, predicaba el amor a Dios y a los pobres, y con sus palabras persuasivas, convertía increíble número de almas. Con el deseo de aumentar este bien y ganar más almas para Dios, propuso a unas amigas suyas formar una cofradía. «Creo —les dijo— que haríamos una obra muy agradable a Dios, si nos consagrásemos todas a su Madre Santísima, fundando una cofradía en honor suyo.»

Esta cofradía dió su fruto, y, sin que Francisca se lo hubiese propuesto, fué el origen de la Congregación de Oblatas, llamadas así porque hacen oblación u ofrenda de sí mismas a Dios. Tomaron el título de Santa María la Nueva, de la iglesia elegida como centro de su devoción.

Al principio sólo fué una asociación de mujeres piadosas dedicadas al culto de la Santísima Virgen y al trabajo de la propia perfección. Pero más tarde dió Dios a su fiel sierva luces para el establecimiento de una Congregación que siguiera la regla de San Benito.

La víspera de Navidad de 1433, el Niño Jesús descendió a los brazos de su fiel sierva y la acarició tiernamente. Vino luego San Pedro, acompañado de San Pablo y San Benito, y le dió avisos y consejos muy por menudo para la fundación de su Congregación religiosa.

Así, sobrenaturalmente instruída y guiada, Francisca, a pesar de todos los obstáculos suscitados por el demonio, estableció en 1434 la Congregación de las Oblatas, que se instaló en el monasterio de la Torre de los Espejos, del que les viene su nombre, y puso al frente de ella una superiora digna de tal empresa.

En 1436 Francisca quedó viuda; tenía entonces cincuenta y dos años. El 21 de marzo, fiesta de San Benito, salió de su casa, se fué al monasterio y, presentándose con los pies descalzos ante sus hijas, se prosternó con los brazos en cruz y dijo con voz entrecortada por los sollozos: «Os suplico, hermanas mías, y os conjuro que me recibáis como pecadora miserable, que después de haber dado al mundo los más bellos años de su vida, viene a ofrecer a Dios las pobres sobras.»

Las Oblatas, llenas de alegría, abrieron a su Madre el monasterio, y la superiora quiso al instante abdicar su autoridad para someterse a la de la fundadora. Pero ésta había ido sólo para obedecer y no quiso condescender a los deseos de sus hijas; quedó, pues, el gobierno en manos de la primera superiora.

La pobreza era extremada, porque Francisca había dejado toda su fortuna a su hijo Juan Bautista. Llegó un día en que la hermana encargada

del refectorio no halló pan más que para tres, y se sentaban quince a la mesa. Quiso la fundadora ir a mendigar a la ciudad, pero le negó el permiso la superiora. Obediente Francisca, se dirigió al refectorio y dividió el pan en quince pedazos. Plugo a Dios renovar el milagro de la multiplicación de los panes, porque en el monasterio de las Oblatas como en el milagro del Evangelio, todas tomaron el sustento necesario y recogieron de sobras lo bastante para comer al día siguiente. ¡Cuánto consigue la verdadera fe! Por eso decía el divino Maestro a sus discípulos: *Si tuviereis fe tan grande como un granito de mostaza, diréis a ese moral: Arráncate de raíz y trasplántate en el mar, y os obedecerá* (Luc. XVII, 6).

Por obediencia a su confesor aceptó Francisca el cargo de superiora y Dios bendijo su sacrificio, porque le dió por compañero otro ángel del coro de las Potestades, cuya gloria era mucho más esplendorosa aun que la del arcángel. Era también mucho mayor su poder contra los demonios, y con sola su mirada los ahuyentaba. Revelaba a Francisca lo presente y lo futuro, de modo que la dirección de esta santa mujer era verdaderamente luminosa y segura, y el celo de las almas que la devoraba no reconocía límites.

Fué cierto día con sus hijas a unos viñedos para recoger sarmientos secos. Pidióle una de ellas autorización para ir a beber a una fuente cercana.

—Tenga un poco de paciencia, hija mía — le dijo Francisca.

Otra de las monjas, llamada Perna, vió a la Madre ponerse de rodillas y le oyó decir: «Señor Jesús, vuestras siervas no tienen qué comer ni qué beber; tened la bondad de socorrerlas.»

—Mejor haría —pensó Perna— en hacernos volver al monasterio.

Conoció Francisca el pensamiento de Perna y le dijo:

—Levanta los ojos, hija de poca fe.

Obedeció Perna y vió unos hermosísimos racimos maduros que colgaban de la parra. Con ellos se refrigeraron todas las religiosas y aumentaron la confianza en Dios y la veneración a su santa Madre. Este prodigio ocurrió en el mes de enero.

COMBATES CONTRA SATANÁS

EL demonio, que no descansa un momento para tentar a las almas, valiéndose de mil artimañas para que caigan en los terribles lazos, cuando tropieza con una virtud inflexible, la combate por todos lados, ansiando la victoria, como el general que acomete a un fuerte invencible, más encarnizado lucha por vencerle y reducirle. Inmenso daño le hacía Francisca, la cual, con sus virtudes, le quitaba a todas horas codiciadas presas, y las conquistaba para Dios. Por eso, mientras la santa fundadora

descubría a sus Hermanas las tentaciones más secretas y les daba los medios más eficaces para combatir al espíritu del mal, ella misma era víctima de las más terribles asechanzas del maligno, que se ensañaba en su persona con los más crueles tratos, haciéndola verdaderamente digna de compasión. Se le aparecía en figuras horrorosas, la maltrataba arrojándola contra el suelo y golpeábala hasta el extremo de derramar sangre.

Hallándose un día de rodillas al pie del lecho de una religiosa enferma, cogióla el demonio con furia y, produciendo gran estrépito, la arrojó al suelo y la arrastró violentamente hasta la puerta. Levantóse Francisca sosegada, púsose en oración y luego dijo a la enferma, muda de asombro:

—No es nada, hermana mía, quédese tranquila y rece con fervor, porque el diablo no puede hacer más que lo que Dios le permita.

Una noche, cuando estaba en oración, la tomó el diablo por los cabellos, la llevó a la terraza y la dejó colgada encima de la vía pública. Encomendóse Francisca a la bondad de Dios y vióse luego sana y salva en su celda.

En otra ocasión en que había encendido una vela bendita, se la tomó Satanás, la tiró al suelo con rabia y escupió encima. Preguntóle la sierva de Dios por qué profanaba así una cosa santa:

—Porque las bendiciones de la Iglesia me desagradan soberanamente— replicó el diablo.

Durante un éxtasis fué conducida por el arcángel San Rafael ante una puerta en cuyo dintel se veían escritas una palabras que decían: «Este es el infierno, donde no hay descanso, ni consuelo, ni esperanza.» Y vió los tormentos espantosos de los condenados. Pasó luego al limbo y después al cielo, en donde los ángeles y los santos la invitaron a compartir sus alegrías y bienandanzas.

Llegó para Francisca la hora de aprovechar aquella invitación a la eterna felicidad, pues el 9 de marzo de 1440 su alma bienaventurada dejó este valle de miserias para volar al cielo. Su cuerpo descansa en la iglesia de Santa María la Nueva, que también lleva el nombre de Santa Francisca Romana. La canonizó el papa Paulo V el 29 de mayo de 1608. Inocencio X elevó su fiesta al rito de doble.

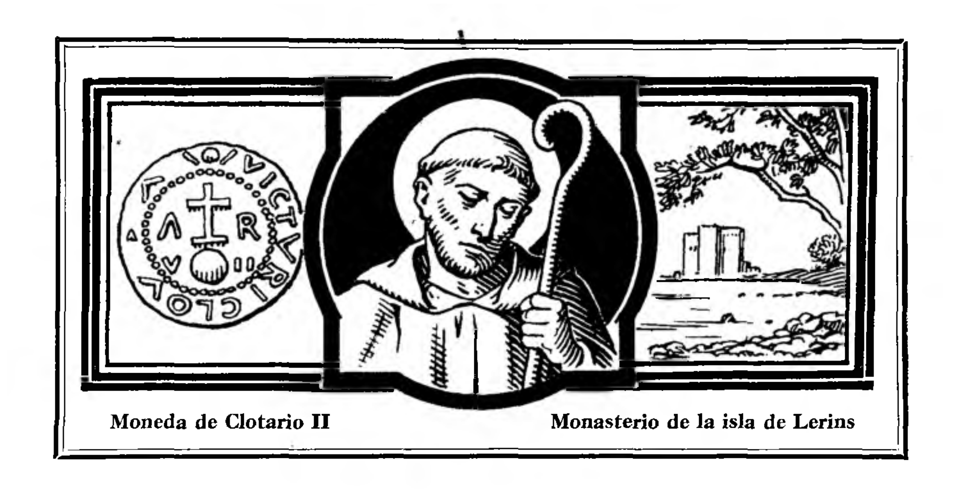
SANTORAL

Santos *Paciano, obispo de Barcelona; Gregorio Niseno, obispo y confesor;* Botulfo, abad inglés; Vaudricio y Félix, abades; Celsas, religioso dominico, venerado en Praga; Dionateo, venerado en Etiopía; Vital, eremita siciliano; Alejandrino, confesor en Clermont; Hagiodulo, abad en Palestina; Cándido, mártir. El Beato Bosa, obispo de York, en Inglaterra. Santas **Francisca Romana, viuda;** *Catalina de Bolonia* y Alvera, vírgenes; Mella, viuda y abadesa, en Irlanda.

SAN PACIANO, obispo de Barcelona. — En la gran urbe barcelonesa, orgullo de España, vió la luz primera este astro del saber y de la virtud. Su vida larga y fructífera en obras de santidad estuvo siempre al servicio de la causa católica. Fué uno de los mayores escritores del siglo IV, autor de numerosas y sabias obras, que sobresalen por la solidez de doctrina, elegancia de estilo, energía de sentimiento, elocuencia de lenguaje y dialéctica segura e inflexible. Son admirables: La *Exhortación a la Penitencia*, el *Tratado del Bautismo*, y *Cartas a Semproniano*. Atacó a los novacianos y maniqueos. Ocupó la sede episcopal de Barcelona durante treinta años y supo captarse siempre la admiración y el cariño de los barceloneses. Antes de ser obispo, estuvo casado y tuvo un hijo llamado Dextro, muy amigo de San Jerónimo y hombre de mucha erudición. Murió San Paciano de avanzada edad a fines del siglo IV (año 392). Su entereza de ánimo está expresada en esta frase: «Cristiano es mi nombre y católico mi apellido; el uno me distingue, el otro me designa.».

SAN GREGORIO NISENO, obispo y confesor. — Nació en Capadocia el año 330. Sus abuelos, padres y hermanos fueron santos; de modo que su casa fué una verdadera escuela de santidad. Casó con una piadosa y humilde mujer, llamada Teodosia, a la que San Gregorio Nacianceno aplica el dictado de «ornamento de la Iglesia». Gregorio Niseno era catedrático de Retórica, varón de grande ingenio, rara doctrina y admirable elocuencia. Luchó denodadamente contra los arrianos, lo cual le valió su enemiga y, finalmente, el destierro. Fué obispo de Nisa, y asistió al concilio de Antioquía celebrado en 379, y al de Constantinopla el año 381; en éste, que fué el segundo de los ecuménicos, se distinguió por sus magníficos discursos. Entre su obras merecen citarse: *Hexaemeron, Tratado de la formación del hombre, Vida de Moisés, Tratados sobre la inscripción de los Salmos*, doce *Libros contra Eunomio*, diez *Silogismos* contra los maniqueos, varias *Vidas de Santos, Discursos, Homilías* y *Cartas*. Por su sabiduría, profundidad de doctrina y elegancia de estilo no cede en nada a los célebres oradores de la antigüedad. Es uno de los grandes Doctores de la Iglesia. Hacia el año 390, cargado de méritos, dejó la tierra y voló su espíritu al cielo para gozar eternamente de las divinas dulzuras de la gloria.

SANTA CATALINA DE BOLONIA, virgen. — Nació en esta ciudad el 8 de septiembre de 1413. Era de noble familia italiana y fué llevada como doncella de honor al lado de la princesa Margarita, hija del Marqués de Ferrara. El oropel del siglo no disminuyó lo más mínimo sus ansias de unirse a Dios en la vida religiosa. La boda de Margarita le brindó la ocasión para ello. Ingresó en un convento de religiosas franciscanas, y llegó a ser abadesa de una casa de dicha Orden; su talento y santidad le ayudaron en esta misión, que cumplió perfectamente, con gran edificación y aprovechamiento espiritual de las religiosas a sus órdenes. Escribió una obra que lleva por título «Siete armas espirituales»; además dejó escritos varios tratados piadosos. Frecuentemente se vió recreada con visiones celestiales. Por revelación supo el día y la hora de su muerte, ocurrida el 9 de marzo de 1463. Muchas personas acuden a su sepultura para obtener favores del cielo.



Moneda de Clotario II — Monasterio de la isla de Lerins

DÍA 10 DE MARZO

SAN ATALO

MONJE DE LUXEUIL Y ABAD DE BOBBIO († 627)

TRES célebres monasterios tienen a gloria contar entre sus abades a San Atalo, cuyos altos ejemplos de virtuosa vida conservan con imperecedero recuerdo: Lerins, en las islas de su nombre; Luxeuil, en el Franco Condado, y Bobbio, en el Milanesado, donde murió. De sus primeros años nada nos cuentan los hagiógrafos. Ni siquiera se conoce el nombre de sus padres. Únicamente se sabe de ellos que eran nobles y ejemplarísimos por su piedad. Desde la más tierna infancia manifestó Atalo grandes deseos de perfección, y su cristiano padre, juzgando de su deber el favorecer aquellas aspiraciones de su hijo, lo confió a los solícitos cuidados del obispo San Aredio, el cual supo no solamente darle la educación intelectual y moral convenientes, sino además desarrollar en él todas las virtudes cristianas de las que tan magníficos ejemplos daba aquel santo prelado.

Hermanadas en Atalo la inteligencia penetrante y clara con la piedad angélica y la inclinación al estudio, era natural que en tal escuela adelantara es las divinas y humanas ciencias de prodigiosa manera. Correspondía así a las lisonjeras esperanzas de brillante porvenir que le auguraban sus

deudos y amigos. Pero los designios de Dios eran muy distintos: su voz resonaba suave, persistente en aquella alma escogida, y Atalo iba madurando su decisión de consagrarse por completo al Señor en la vida del claustro.

Mas antes de tomar una determinación definitiva en el importantísimo problema que le traía preocupado, lo encomendó a Dios largamente, meditó sobre el modo de realizarlo y vencer las dificultades que para ello se le ofrecerían y, plenamente convencido ya del llamamiento divino, dejó secretamente la casa paterna acompañado de dos criados, y fué a llamar a las puertas de un monasterio para pedir le permitiesen el logro de sus deseos.

SAN ATALO EN LERINS Y LUXEUIL

LA elección de Atalo recayó en el monasterio de Lerins. El renombre de aquella antiquísima abadía, ilustrada desde hacía más de dos siglos por tantos santos y sabios abades, atraía poderosamente a un alma tan ávida de perfección. El abad Conón gobernaba por entonces aquel cenobio y a él pidió humildemente el fervoroso postulante el favor de ser admitido entre sus monjes. No les era desconocida la virtud del pretendiente, por lo que el abad acogió al nuevo hijo que el cielo le enviaba con el gozo y la esperanza que es de suponer. En aquel santo recinto gustó el nuevo monje durante bastantes años el placer de servir a Dios y gozó del inefable beneficio de la vida religiosa.

Pero desgraciadamente, aquellos monjes decayeron del fervor religioso, y Atalo, con el alma lacerada, lamentándose de aquel estado de cosas que no le era dable remediar, decidió buscar otro asilo donde reinase el fervor y donde hallase un estimulante a su piedad, devoción y austeridades.

La abadía de Luxeuil, recién fundada por el monje irlandés San Columbano, tenía fama de ser ardiente foco del más puro fervor religioso. No pudo Atalo resistir al atractivo que sentía de ir a ponerse bajo la dirección de aquel gran maestro de santidad. Fué acogido por el fundador con vivo cariño, porque el Señor le había dado a conocer la humildad, caridad y obediencia del solicitante, y su corazón generoso y magnánimo.

No quedaron fallidas las esperanzas de San Columbano, porque su nuevo discípulo abrazó las prácticas del monasterio con tanto mayor ardor cuanto por más tiempo había suspirado por ellas. En breve dejó atrás a los monjes más antiguos y fervorosos, a quienes el santo abad les pudo presentar como modelo. Llenábase de gozo el santo Fundador, y daba gracias al cielo al contemplar las virtudes y el fervor de aquel hijo de dilección: la obediencia a prueba de heroísmo, la inalterable paz de su alma, aquella mansedumbre y dulzura imperturbables, y especialmente la humildad, que le llevaba a

buscar y solicitar los más humildes empleos y las más desagradables y penosas ocupaciones.

Por eso, lejos de ocultar bajo el celemín aquella luz que el Señor le había otorgado, impúsose el deber de avivarla y difundirla, tomándole por auxiliar de su ministerio sin dejar de atender con amor de padre y celo de maestro a su adelantamiento en la cienia de la santidad.

Esa virtud de humildad debía manifestarse en múltiples ocasiones durante los años de su peregrinación en la tierra. Sufrió la primera prueba cuando San Columbano se vió en la necesidad de separarse de Luxeuil para volver a su patria. Debido a las excitaciones de Brunequilda, que temía atraer los anatemas del monje irlandés sobre el rey Teodorico II (Thierry II), su nieto, por los escándolos de su licenciosa vida, este monarca le obligó a salir de sus Estados. El santo abad no tuvo más remedio que ceder a la tormenta y alejarse. Sus monjes le despidieron con lágrimas en los ojos y hondo sentimiento en el alma. Al llegar a Nantes escribió a sus hijos para indicarles quién debía sucederle: el elegido era Atalo.

En la citada carta excitaba a su predilecto discípulo a separar del monasterio a cuantos se negasen a acatar su autoridad y a mantener en la comunidad la paz y la concordia. Pero, no queriendo obligarle a asumir una carga que tal vez repugnaría a su humildad, le dejaba en la alternativa de aceptar las funciones abaciales o de juntarse con él en su nueva residencia. En este último caso encomendaba a Waldoleno la dirección del monasterio.

En uso de la facultad que se le concedía, declinó Atalo el honor de la superioridad, y, creyéndose con el mismo derecho Waldoleno, cuya gran virtud recomendaba para tan alto y delicado cargo, se negó también a aceptarlo. En consecuencia, fué elegido por sucesor de San Columbano el monje San Eustasio, el cual confirmó con sus virtudes y altos ejemplos el acierto de la elección y que era digno de suceder a aquel gran maestro de cenobitas.

La humilde actitud de los dos santos religiosos ya citados queda explicada por la difícil situación de la abadía tras la partida del ilustre Fundador y por la perturbación que forzosamente tuvo que causar en el monasterio la expulsión de tan santo abad decretada por el rey. Debemos ver en ello la mano de Dios, que de ese modo conducía a Atalo al lugar que en sus inescrutables designios le tenía señalado al hacerle preferir a la dignidad abacial la obediencia y austera dirección de San Columbano.

SAN ATALO, ABAD DE BOBBIO

PROSCRITO y perseguido por la rencorosa Brunequilda, a causa de la entereza con que reprendía y condenaba los desórdenes del rey, había recorrido San Columbano las ciudades de la Galia, Suiza y norte de Italia en busca de un asilo donde continuar la vida religiosa. Llegado a Lombardía, se presentó al rey Agilulfo, cuya virtud y celo por la defensa de la fe católica le eran conocidas. Tanto el rey como su esposa Teodolinda le acogieron con las mayores muestras de deferencia y respeto. Vieron en él al enviado del cielo, al auxiliar poderoso que combatiría con firmeza y tenacidad de apóstol contra la herejía arriana que por entonces causaba grandes estragos en sus Estados. No quedaron frustradas las esperanzas de los piadosos monarcas, porque el nuevo misionero prodigó sus predicaciones y trabajó con tanto celo y perseverancia, que los copiosísimos frutos obtenidos llenaron de consuelo a los reyes y a la Iglesia. Mas el desterrado de Luxeuil suspiraba constantemente por su amado retiro, al que sin tregua le impulsaban los anhelos de su corazón.

No tardó en presentarse favorable coyuntura. En las riberas del Trebia, separado completamente de los ruidos del mundo e inquietudes de sus ciudades por espesos bosques y pintorescas montañas, existía un retiro eminentemente propicio para la vida de oración y contemplación. Aquella soledad eligió San Columbano para fundar un monasterio, y a ella le siguieron los monjes que compartían las penalidades del destierro, y entre ellos Atalo.

Gracias a la poderosa ayuda de Agilulfo, muy pronto vió San Columbano cumplidos sus anhelos, y la soledad de Bobbio quedó poblada por multitud de monjes que allí afluían atraídos por la fama de santidad del Fundador y de sus hijos. A los dos años murió San Columbano lleno de días y de méritos, y en aquella última fundación suya descansaron sus restos. Designó para sucederle a Atalo, quien, no pudiendo sustraerse a aquel último mandato de su abad, asumió en Bobbio la carga que anteriormente había soslayado.

TRABAJOS DE SAN ATALO EN BOBBIO

CUANDO Dios confió a Atalo la sucesión de San Columbano, no le destinó al descanso y tranquilidad, sino a la lucha y al sufrimiento. A las virtudes características suyas ya indicadas de humildad, mansedumbre y caridad, de las que había sido constante modelo y ejemplar, se propuso añadir las que había visto resplandecer en su santo y llorado Padre. Fiel a las recomendaciones que le hiciera al confiarle aquel monasterio por

Fiel a las recomendaciones que le hiciera al confiarle aquel monasterio por



EN *Milán, un señor ruega al Santo que vaya a salvar a un hijo suyo que se está muriendo. El Santo va a encomendar el asunto al Señor en las principales basílicas de la ciudad y acude luego al lecho del moribundo. Hace la señal de la cruz sobre el pobre enfermo, y éste queda sano.*

él fundado, de mantener en todo su rigor la disciplina regular, hizo cuanto pudo para lograrlo, aunque algunos no quisieron someterse y persistieron obstinadamente en la rebeldía.

A tan deplorable actitud, opuso Atalo el silencio y la oración; y Dios, que no abandona a los que le sirven con fidelidad, se encargó de vengar los ultrajes inferidos a su siervo. El cabecilla de la rebelión, Recoleno, se vió atacado súbitamente de ardiente fiebre. Con gritos de dolor manifestó el deseo de solicitar el perdón de Atalo. ¿Procedía ese deseo de sincero arrepentimiento? Sólo Dios lo sabe, pero el desgraciado rebelde no logró verlo satisfecho, porque perdió el uso de la palabra y murió sin tiempo para alcanzarlo. Tal muerte impresionó vivamente a la mayor parte de los otros culpables, los cuales vieron en ella un castigo del cielo, y, temerosos y arrepentidos, recabaron el perdón de Atalo e hicieron acto de sumisión plena a su autoridad. Atalo, sin acordarse de los ultrajes recibidos, los acogió con los brazos abiertos, como a hijos pródigos que volvían maltrechos y contritos al hogar paterno que en mala hora abandonaron. Tres de ellos persistieron en su desvarío y murieron de muerte violenta. Tan tremendo escarmiento determinó a todos los demás a humillarse y acogerse a la clemencia de su superior, y todos hallaron en él al buen pastor que se regocija al hallar la oveja perdida.

MILAGROS DE SAN ATALO

LOS hechos que vamos a narrar justifican debidamente el elogio que de San Atalo hace el Martirologio romano al llamarle «ilustre por sus milagros».

Considerablemente engrosado por las copiosas lluvias, descendía con ímpetu arrollador el torrente de Bobbio en cuyas riberas se hallaba el monasterio. Ya recibía sus embates el molino que servía a los monjes, cuando el diácono Sinoaldo, dándose cuenta del peligro, acudió al abad para notificárselo. No se inmutó Atalo por la nueva y se contentó con entregar a su discípulo un cayado que usaba y decirle: «Toma, hijo mío, este cayado y vete al borde del Bobbio; haz la señal de la cruz y manda al agua que no se lleve la tierra de la orilla que nos corresponde, intimándole, en nombre de Dios, que se vaya por el otro lado.» Obedeció con prontitud y fidelidad el discípulo la orden de su maestro, y al momento se replegó el torrente como obedeciendo a una fuerza irresistible, dejando seco su cauce. Con la estupefacción consiguiente, volvió presuroso el monje a contar a su abad el milagro, y éste, sin la menor muestra de extrañeza ni de vanagloria, ordenó a su discípulo que nada contase de lo ocurrido hasta después de su muerte.

Dijéronle en otra ocasión que uno de los monjes se había cortado el pulgar cuando arreglaba un arado. Mandó que se lo presentasen, tomó el dedo seccionado, lo humedeció con saliva y, poniéndoselo en su lugar, quedó curado.

Y no era el monasterio el único favorecido con los milagros del abad Atalo. Hallándose en Milán, acudió a él un buen hombre suplicándole con las más vivas y apremiantes instancias que rogase por su hijo, que estaba agonizante, y que le obtuviese la salud. Resistióse al principio Atalo, porque nada le era tan odioso como la vanidad, pero ante la aflicción de la familia y sus reiteradas súplicas, se rindió. Recorrió las principales basílicas de la ciudad rezando fervorosamente y se dirigió luego a casa del moribundo. Lo tocó con la mano y lo devolvió sano a su padre.

No puede negarse que los santos ejercen benéfica influencia entre los hombres de su tiempo, ya por los beneficios que Dios obra por su mediación y que a la vez atestiguan la santidad y verdad de la doctrina que enseñan y de las virtudes que practican, y el poder del Señor a quien sirven, ya por los dones naturales y sobrenaturales que en ellos resplandecen y por los altos ejemplos de virtud con que estimulan a imitarlos. Atalo, retirado del mundo, recibía incesantes visitas de los que acudían para consultarle, y eran sus palabras acogidas como oráculos porque llevaban el sello de la divina sabiduría de quien él recibía luces e inspiraciones.

SAN ATALO COMBATE AL ARRIANISMO

YA hemos visto cómo luchó San Columbano contra el arrianismo que infestaba a Italia. También San Atalo hubo de sostener ruda lucha contra esa pérfida herejía. Siguiendo los ejemplos de su valiente y animoso predecesor, supo abandonar la tranquilidad de su monasterio para presentarse como adalid de la fe católica. Ariowaldo, rey de Lombardía, apoyaba abiertamente a los seguidores de Arrio y, viendo en Atalo un decidido adversario, le persiguió con el mayor encono, y con él a todos los monjes de Bobbio adictos por entero a la persona y a la causa de su denodado abad. Sólo buscaba el rey ocasión favorable o un pretexto que diese pie para desencadenar su furor contra los monjes. Pronto lo halló. Envió Atalo cierto día a la ciudad de Pavía al monje Blidulfo, quien, encontrándose con el rey, no se dignó saludarle. Tal era el uso de aquellos tiempos que, apoyándose en las palabras de San Juan: «No concedáis a un excomulgado el honor de vuestro saludo», negaban esa muestra de deferencia a quienes incurrían en los anatemas de la Iglesia. Lleno de cólera por aquel desprecio, gritó el rey:

—«Ved cómo son los monjes de Atalo, que nos niegan el saludo.»

—«Gustoso os tributaría esa muestra de respeto y deferencia si no fueseis esclavo del error y de sus partidarios» — replicó Blidulfo.

«—¿No habrá aquí nadie —exclamó exasperado Ariowaldo— que sepa aprovechar el regreso de ese hombre para matarlo durante la noche?»

Un cortesano prometió cumplir los deseos del monarca y, habiéndose apostado por la noche en el camino, se arrojó sobre el monje cuando pasaba y lo dejó muerto. Pero un sacerdote que esperaba al religioso, notando que tardaba, salió en su busca y lo halló tendido e inanimado. Tocólo para cerciorarse de la triste realidad y, como movido por un resorte, púsose en pie Blidulfo completamente sano. Entretanto se había apoderado del asesino el demonio, y le causaba horribles torturas. Asustado el rey, ordenó que fuese conducido a la presencia de Atalo para que le perdonase y le curase. Olvidando el abad los ofensas recibidas, púsose en oración y obtuvo la liberación del poseso. Pero ese miserable declaró algún tiempo después, que estaba dispuesto a repetir su crimen si se le presentaba ocasión, y volvió a ser presa del demonio y murió en medio de los más atroces tormentos.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DE SAN ATALO

CONSERVABA Atalo el más dulce recuerdo de su querido monasterio de Luxeuil, donde había entrado plenamente, bajo la sabia dirección de San Columbano, en la vía de la perfección religiosa. Entre él y San Eustasio, digno sucesor de San Columbano, persistían rela- rela- ciones de pura y santa amistad. Antes de morir quiso volver a ver a su querida abadía y a su santo abad. Con tal motivo hubo intercambio de religiosos entre ambos monasterios. En el pensamiento de los abades esa reciprocidad tenía por objeto hacer de las dos abadías como una sola y misma familia fundada por el mismo padre. Entre los monjes que pasaron de Luxeuil a Bobbio hallábase San Bertulfo, que debía ser el sucesor de Atalo en la dignidad abacial.

Próxima se hallaba la hora en que el siervo de Dios iba a trocar los días de esta vida por la eternidad sin fin y dichosa. Fuéle revelada con cincuenta días de anticipación por una visión celestial que le anunció largo y dilatado viaje.

De momento no supo Atalo de qué viaje se trataba; pero deseoso de no dejar nada en el monasterio que no estuviese en su punto, mientras durase su anunciada ausencia, mandó hacer en él todas las reparaciones precisas. Ordenó se hiciese el balance y recuento de cuanto había en la casa y de todo el mobiliario, y proveyó a todos los monjes de hábito y calzado nuevos.

Ese cuidado minucioso de las cosas materiales no le apartaba lo más

mínimo del de la práctica de la virtudes, a las que se entregó con más ardor que nunca, persuadido ya de que el viaje que iba a emprender era el de la eternidad. Redobló sus vigilias, ayunos y penitencias, hasta que una fiebre violenta le obligó a guardar cama. Hízose llevar ante una cruz de madera que él había hecho levantar, y al retirarse los religiosos exclamó: «Yo te saludo, cruz augusta, que llevaste el rescate del mundo. Tú fuiste regada con la sangre del que bajó del cielo a este valle de lágrimas para salvarnos y lavó en ese baño saludable la doble prevaricación de nuestros primeros padres.» Volviendo después los ojos al cielo, permaneció extático por espacio de varias horas, y con suspiros y gemidos que de su pecho se escapaban mostraba el exceso de felicidad de que se hallaba inundada su alma. Vuelto a la realidad hízose llevar de nuevo a su celda. Allí reunió a los religiosos, les dió consejos llenos de bondad y sabiduría, y entregó su alma al Señor el 10 de marzo del año 626 ó 627. Dejó a sus hijos con el sentimiento de su pérdida, pero con la seguridad de contar con su protección en el cielo. Había gobernado la abadía durante doce años. San Bertulfo, que le sucedió, lo hizo enterrar cerca del cuerpo de San Columbano.

A su vez también San Bertulfo fué enterrado junto a sus dos predecesores, y así aquellos tres santos tan identificados en vida quedaron igualmente unidos en el sepulcro y tuvieron igual culto, recibiendo sus reliquias los mismos honores.

SANTORAL

San Atalo, abad; *Los Cuarenta Mártires de Sebaste;* Santos *Macario, obispo de Jerusalén;* Anecto, Codrato, Cipriano, Dionisio, Pablo y Crescencio, mártires en Corinto; *Droctoveo, abad;* Cayo y Alejandro, mártires de Frigia; Himelino de Escocia; Emiliano, abad; cuarenta y dos santos mártires en Persia; Pedro, obispo de Sebaste, que dió sepultura a los restos de los cuarenta mártires; Melitón, mártir en Venecia; Gorgonio, oficial palatino y mártir, en Nicea; Palatino, Firmiano y Rústico, mártires en Nicomedia; Kessogo, príncipe irlandés y obispo de Escocia. Santas Disciola, religiosa de Santa Radegunda; Teosebia, esposa de San Gregorio Niseno; Agapa y Mariana o Marina, vírgenes y mártires, en Antioquía; Anastasia, que se negó a casarse con el emperador Justiniano por consagrarse a Dios. En Illescas (Toledo), fiesta en honor de Nuestra Señora de la Caridad, a causa de un milagro obrado en dicho lugar en 1562 por su poderosa intercesión.

LOS CUARENTA MÁRTIRES DE SEBASTE. — Procedían todos ellos de la provincia de Capadocia y formaban una escuadra del ejército imperial. Siempre se distinguieron por su valor en las batallas y su lealtad al emperador. Pero cuando Licinio abusó del poder y violentó la legalidad y la justicia, estos bravos soldados, que no quisieron hacerse solidarios de la corrupción y de la tiranía, se rebelaron contra las leyes opresoras de sus conciencias y prefirieron obedecer a Dios antes que a los hombres.

Licinio dió un edicto en que se mandaba a todos los cristianos, so pena de la vida, que dejasen la fe de cristo. Estos cuarenta soldados supieron conservar sus creencias a pesar de las alabanzas, amenazas, castigos y torturas; nada fué capaz de debilitar su fe. Supieron despreciar los honores, ascensos y dignidades y prefirieron el tormento y aun el martirio. Éste no se hizo esperar. En lo más crudo del invierno fueron arrojados, desnudos, a una laguna de las afueras de la ciudad. Se afligía su carne, pero su espíritu recreábase con la esperanza del premio. Sólo uno de los cuarenta, vencido por el dolor intenso que padecía, salió de la laguna y entró en el baño caliente que allí junto habían preparado a modo de cebo tentador, pero murió cuando apenas había rozado su cuerpo el agua caliente; así perdió el mérito y la corona; ésta pasó a uno de los guardas, que ocupó el lugar de aquel desventurado. En medio de una claridad inmensa descendieron unos ángeles con coronas, que colocaron sobre cada uno de los héroes de Cristo. Sus almas ascendieron a la dicha inmortal, donde gozan de las delicias sin par de la bienaventuranza eterna.

SAN MACARIO, obispo de Jerusalén. — Nació Macario en la hermosa Judea, de feliz memoria para el cristianismo; fué educado en la doctrina de Cristo, cuyas sabias máximas constituyeron la norma de su vida, que fué ejemplar en todo y por todo. Se ordenó de sacerdote y, más tarde, fué consagrado obispo. Desde su sede de Jerusalén no cesó de luchar ardorosamente contra el arrianismo, que negaba la divinidad de Jesucristo. Asistió al concilio de Nicea, en el que desplegó su celo infatigable por la fe católica. Buscó con afán los instrumentos de la Pasión del Señor, y cuando se halló la Cruz, al mismo tiempo que las de los dos ladrones, fué él quien propuso que se aplicaran sobre una señora enferma para conocer cuál era la de Jesús. A los ocho años de este acontecimiento, murió santamente (331).

SAN DROCTOVEO, abad. — Los primeros pasos en el camino de la virtud los dió Droctoveo bajo la sabia dirección de San Germán, en la abadía de San Sinforiano de Autún. Siguió a este santo obispo a París, y desempeñó el cargo de abad en el monasterio fundado cerca de esta capital por el rey Childeberto I para guardar la estola del mártir San Vicente, prenda sagrada que se llevó de Zaragoza al regresar de su excursión por España. A los ruegos de este Santo debió Zaragoza que Childeberto la respetase. Los sabios y reyes procuraban la amistad del santo abad para que el cielo les fuera propicio. Droctoveo durmióse en la paz del Señor el año 576, según unos, o en 580, según otros.



Escritor y mártir. Instrumentos de suplicio. Lirio de virginidad

DÍA 11 DE MARZO

SAN EULOGIO DE CORDOBA

PRESBÍTERO Y MÁRTIR († 859)

A principios del siglo VIII, el imperio de los visigodos quedó derrumbado por los musulmanes o moros de África, pues, entregados aquéllos a la molicie que les venía de las pasadas costumbres arrianas, y gobernados por una dinastía ya decadente y corrompida, no supieron ni pudieron oponer resistencia eficaz a los invasores africanos.

Unos pocos se refugiaron en las montañas de Asturias y de los Pirineos; otros se quedaron con los pueblos victoriosos, practicando su religión más o menos abiertamente, pues hasta mediados del siglo IX les toleraron el ejercicio público de la religión en las iglesias y monasterios, mediante un tributo determinado.

En 822 Abderramán II empezó a perseguir a los cristianos. Inducido por un miserable renegado, por nombre Bodo, quiso obligar a todos los de España, bajo pena de muerte, a tornarse judíos o musulmanes.

En 847 envió Abderramán embajadores para pedir la paz al rey de Francia Carlos el Calvo, al propio tiempo que los cristianos de España solicitaban su protección; mas ello no impidió la persecución que llegó a ser general en 850. Entonces padecieron por la fe un sacerdote llamado Perfecto, de Córdoba; el monje Isaac, del monasterio de Tábanos, cerca de Córdoba;

otro monje llamado también Isaac; multitud de cristianos y, con particularidad, dos vírgenes llamadas Flora y María, de las que hablaremos en el transcurso de esta vida.

MONJE Y PRESBÍTERO EN CÓRDOBA

EULOGIO nació en la ciudad de Córdoba —donde los moros tenían su principal asiento—, de padres nobles y ricos, descendientes de la primera nobleza hispanorromana. Educado en las máximas del Evangelio, quedaron éstas fuertemente impresas en su corazón desde sus primeros años; sus costumbres se conformaron en todo con la ley santa de Dios. Gustaba ir a la iglesia de San Zoilo, mártir, tratar con los clérigos y aprender de ellos santas costumbres y buenas letras. Después, creciendo en edad, se dió con gran cuidado al estudio de la Sagrada Escritura y buscaba los maestros que se la pudiesen enseñar. Entre éstos tomó particular amistad con Speraindeo —el santo abad del monasterio de Cuteclara, al noroeste de Córdoba—, por ser hombre de vida edificante y muy versado en las divinas letras.

Con la ayuda de este abad y con su gran ingenio y diligencia, vino Eulogio a ser eminente y famoso varón en las ciencias. Allí encontró entre sus condiscípulos a un eclesiástico llamado Álvaro, con quien trabó estrecha y sincera amistad, y que fué su biógrafo.

Volvió Eulogio a Córdoba, donde enseñó durante algún tiempo las letras, dando a cuantos le conocían brillante ejemplo de todas las virtudes y llenándolos de admiración por la extensión de sus conocimientos. Fué luego ordenado de diácono y poco después de sacerdote y alcanzó grado y nombre de maestro, por lo que recibió el encargo de enseñar las santas verdades a los fieles de la Iglesia de Córdoba.

Desde entonces quiso llevar vida de sacrificio y mortificación; maceraba su cuerpo con frecuentes ayunos y penitencias, sin dejar de aplicarse continuamente al estudio, sobre todo de la Sagrada Escritura. Dábase mucho a la oración, era caritativo con los prójimos, visitaba los hospitales y los monasterios de los monjes, de los que tomaba lo mejor que hallaba en las reglas y constituciones.

A su regreso a Córdoba vivía entre el clero como religioso, trazando reglas para cuantos servían a Dios en comunidades y conventos.

Terminada la visita de los monasterios que había en las inmediaciones de Córdoba, aprovechó la ocasión de un viaje que por necesidad tuvo que hacer a Francia en 844, para visitar los conventos que había en las cercanías de Pamplona, de donde llevó algunas obras literarias hasta entonces poco conocidas en Córdoba, entre otras la *Eneida* de Virgilio, la *Ciudad de Dios* de San Agustín y varios himnos cristianos.

PERSECUCIÓN MUSULMANA

EN 850 —el año vigésimo octavo del reinado del emir Abderramán II— levantóse en Córdoba una recia persecución contra los clérigos, debido a que el metropolitano de Sevilla, Recafredo, ya fuera por temor del rey moro, por lisonjearle, o por otros vanos respetos indignos de su persona y dignidad, dejó meterse el lobo en el redil. Por fea denuncia suya fué encarcelado el obispo de Córdoba con otros varios sacerdotes de la capital, entre ellos Eulogio, acusado de dar ánimos y fortaleza a los mártires con sus pláticas e instrucciones.

Mas no por eso dejó de ejercer su misión el Santo, y en el mismo calabozo se ocupaba de continuo en la oración y lectura de la Sagrada Escritura con sus compañeros de cautiverio, a quienes alentaba a guardar constante fidelidad a Dios. Entonces escribió un bello y emocionante tratado, al cual puso el título de *Documento martirial,* que es una exhortación al martirio, dedicada a las vírgenes Flora y María.

—Os ha amenazado el juez con sacaros al mercado y venderos como esclavas —les decía el Santo—; mas habéis de saber que no pueden mancillar la pureza de vuestra alma, cualquiera que sea la infamia que os hagan sufrir contra vuestra voluntad. En cuanto a nosotros —añade—, aunque indignos, también participamos de la gracia celestial del sufrimiento: las cárceles están llenas de clérigos; la Iglesia se ha quedado sin ministros; ha cesado la himnodia divina; la araña teje su tela en los templos, silenciosos y vacíos; el cantor no hace oír sus cantares: ha cesado la voz del salmista en el coro; el lector ya no lee en el púlpito la palabra de Dios, ni el diácono predica el Evangelio, ni el sacerdote derrama el incienso en torno a los altares: para hacernos ceder, hay cristianos cobardes que nos hacen ver esta soledad de las iglesias, atribuyéndolo a nuestra obstinación, añadiendo que, si queremos doblegarnos por algún tiempo, recobraremos el libre ejercicio de nuestra santa religión. Mas tened entendido que para vosotras el sacrificio más agradable a Dios es la contrición de corazón y que ya no podéis retroceder ni renunciar a la verdad que habéis confesado.

Alentadas y fortalecidas de este modo, estas dos vírgenes fuertes y prudentes se presentaron sin temor ante el juez y se dejaron inmolar por Jesucristo el 24 de noviembre de 851. Cuando Eulogio y sus compañeros recibieron la noticia de su muerte, dieron gracias a Dios en su prisión y celebraron en honra de las mártires las vísperas, los maitines y la misa, encomendándose en sus oraciones. Antes de salir para el cadalso, las dos jóvenes habían prometido que en cuanto llegaran a presencia de Cristo le pedirían la libertad de los sacerdotes. A los cinco días, el metropolitano soltó a los presos.

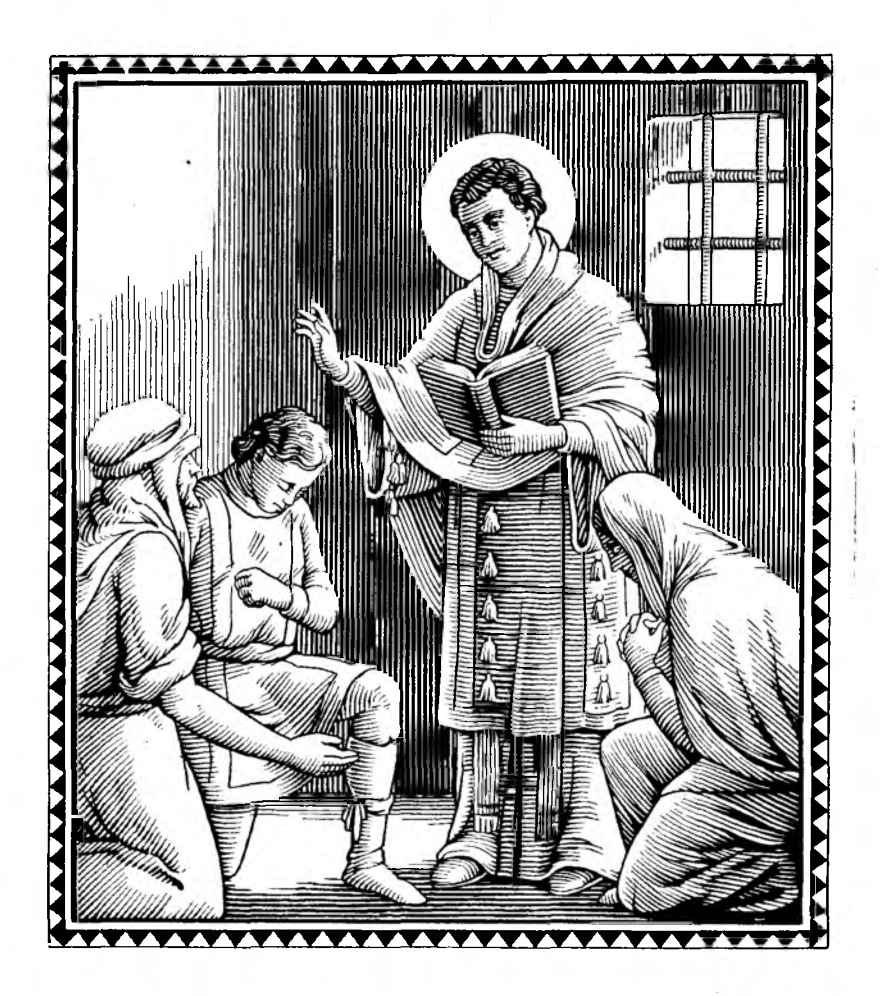
San Eulogio escribió entonces mismo el relato de este glorioso martirio, para animar a los demás cristianos a recibir también la misma corona, si Dios los llamaba a idéntico combate. Empleó su libertad para instruir y fortalecer a sus hermanos en la fe, ya con sus palabras, ya con sus escritos; y gracias a sus exhortaciones hubo muchos que, antes que hacerse mahometanos, padecieron terribles tormentos con tanta constancia, que hasta los mismos infieles estaban conmovidos.

Asombrados los musulmanes al ver que tantos cristianos acudían espontáneamente al martirio, temieron que sobreviniera una revolución. Abderramán tomó severas providencias contra los cristianos y mandó condenar a muerte y decapitar en el acto a cuantos se atreviesen a hablar con desprecio de Mahoma. Entonces se ocultaron los cristianos: la mayor parte se disfrazaron y huyeron por la noche, cambiando muchas veces de residencia para no ser sorprendidos. Otros, no queriendo huir, o no atreviéndose a afrontar los tormentos, renunciaron a Jesucristo.

Tanto sacerdotes como seglares y aun aquellos que anteriormente habían alabado el valor y la constancia de los mártires, cambiaron de idea y los llamaron indiscretos. Unos y otros afirmaban que convenía ceder a las circunstancias, bajar la cabeza por el momento y no aumentar el enojo de los perseguidores negándose a obedecerles; y no faltaron quienes alegaron textos de la Escritura, para condenar la conducta de los cristianos esforzados. Los que desde el principio habían reprobado el celo de los mártires se declararon entonces enemigos acérrimos de San Eulogio y demás sacerdotes a quienes culpaban de haber causado la persecución con sus exhortaciones al martirio.

Con el fin de calmar un poco la irritación del pueblo musulmán, mandó Abderramán congregar en Córdoba un concilio compuesto de los metropolitanos de diferentes provincias. El objeto era reunirlos, no para deliberar, sino para prohibir a los cristianos que se presentasen al martirio. Actuaba de escribano y representante del emir un cristiano de Córdoba, empleado en la administración, «hombre inicuo, orgulloso, cruel, tan rico en vicios como en dinero, que no era cristiano más que de nombre y que se había declarado desde el principio detractor y enemigo encarnizado de los mártires». Mostróse implacable contra Eulogio, que estaba en la asamblea, e instó a los obispos a que pronunciasen su anatema contra los que quisiesen imitar a los mártires.

Por fin, el concilio dió un decreto prohibiendo que nadie se ofreciese al martirio; pero este decreto estaba redactado en términos ambiguos y alegóricos, según el estilo de aquella época; de suerte que, al parecer, debía contentar al monarca y al pueblo musulmán, sin reprobar el martirio, cuando se penetraba bien el sentido de los palabras. San Eulogio no pudo callar



ENCARCELADO *con otros cristianos mozárabes, por los musulmanes de Córdoba, San Eulogio los instruye y anima a pelear por Cristo en aquella dura lucha. Lee y comenta la Sagrada Escritura, y les infunde invencible fortaleza para dar la batalla y conquistar la corona del martirio.*

que desaprobaba enteramente este disimulo, porque le parecía contrario al espíritu de verdad y franca libertad, que debe caracterizar a los hijos de Dios.

Este nuevo remedio sólo sirvió para dar nuevas armas a los defensores de los mártires. La persecución seguía encarnizada. De nuevo fué preciso buscar disfraces, andar de casa en casa y esconderse en lugares seguros. El obispo de Córdoba cayó en manos de la policía y bajó de nuevo al calabozo. Eulogio sufría horrorosamente. Las tergiversaciones y reticencias no habían logrado calmar el furor de los muslimes, antes la rabia había llegado al paroxismo contra los mismos cristianos cuya influencia habían temido por un momento.

NUEVOS MÁRTIRES. — SAN EULOGIO, ESCRITOR

ANTES de terminar el mes de septiembre de aquel año de 852, Abderramán subió un día a la azotea del alcázar para admirar la hermosura de la campiña. Por el río atravesaban las barquichuelas de los pescadores. A uno y otro lado, magníficas quintas, casas de recreo y alquerías. El emir contemplaba los maravillosos progresos de su capital en los últimos años y pensaba en un porvenir lleno de venturas.

De repente, su mirada tropezó con las horcas, de las cuales pendían los cadáveres de los últimos mártires y, no pudiendo soportar esta vista que le reprochaba su crueldad, mandó que los arrojasen a una hoguera y los quemasen. En el mismo momento «aquella boca que mandó quemar a los santos de Dios —escribe el mismo Eulogio—, herida por un ángel, quedó al punto cerrada, y la lengua no pudo emitir más sonidos. Llevado de este modo a su lecho, entregó su espíritu aquella misma noche, antes de que se consumiesen los cuerpos de los Santos.»

Sucedióle en el trono su hijo Mohamed. El nuevo emir era tan enemigo de los cristianos como su padre; y desde el principio de su reinado despidió de palacio a todos los que profesaban la religión cristiana y aun ocupaban cargos, y mandó castigar con rigor a los que hablasen mal del Profeta.

Prefiriendo algunos ser perjuros a su Dios antes que renunciar a sus cargos y beneficios, apostataron y fueron colmados de honores. La corte esperaba pervertir a otros muchos; pero en este nuevo peligro el celo de Eulogio hizo prodigios; impidió que una infinidad de cristianos débiles o muy apegados a los bienes terrenales renunciasen a Jesucristo, y se vió una nueva y magnífica eflorescencia de víctimas inmoladas por la fe, flores perfumadas que llenaron de aroma el jardín de la Iglesia y fueron más tarde para España un manantial de grandes bendiciones. En aquel tiempo padecieron con valor un monje llamado Fandila, Anastasio y Félix, ambos sacerdotes y monjes; las santas Digna y Columba del monasterio de Tábanos;

otra religiosa, Santa Pomposa, y otros muchos de todas las condiciones: eclesiásticos, religiosos y casados.

Estos martirios llenaron de alegría a los partidarios de Eulogio, el cual tuvo buen cuidado de recoger las actas de todos estos mártires, cuya historia nos ha dejado en tres libros con el título de *Memorial de los Mártires.*

A las objeciones de los que no querían reconocer a éstos como verdaderos mártires, respondió San Eulogio en su *Apologético,* demostrando que los milagros no eran señales infalibles de santidad y que no eran necesarios entonces como lo habían sido en los primeros siglos de la Iglesia; que los tormentos de diferentes géneros no eran indispensables a los mártires, que no era cosa de considerar la duración ni la forma del combate, sino la perseverancia y la victoria; que los muslimes perseguían a los cristianos por odio a la religión y a Jesucristo cuya divinidad negaban. En cuanto a la última objeción que les acusaba de haberse presentado ellos mismos al martirio, la rebatía con el ejemplo de otros muchos que en tiempos anteriores se habían presentado también espontáneamente, y a quienes honra la Iglesia como a santos y verdaderos mártires. Al defender San Eulogio a los mártires contra todas las acusaciones que imputaban a un celo que juzgaban inoportuno, se justificaba a sí mismo. Muy pronto iba a aumentar él mismo el número de estos gloriosos atletas que había sostenido y defendido.

ÚLTIMOS COMBATES. — LA VICTORIA Y LA CORONA

HABIENDO muerto el anciano Wistremiro, arzobispo de Toledo, el clero y el pueblo de esta ciudad convocaron a todos los obispos de la provincia y sus limítrofes para tratar de su sucesor, y todos, de común acuerdo, pusieron los ojos en el santo presbítero Eulogio, a quien ya consideraban como la joya más preciosa de la Iglesia española, tanto por su ciencia y virtudes como por el valeroso testimonio que había dado de la fe de Jesucristo durante su prisión y la persecución. Empero, Dios quiso concederle la corona de la gloria aun antes de que fuese consagrado.

Vivía entonces en Córdoba una virgen llamada Leocricia o Lucrecia, nacida de una doble y rica familia musulmana, que vino a nuestra santa fe y se bautizó por persuasión de otra mujer cristiana de su misma familia. Los padres de la doncella, con palabras blandas y con todo género de castigos, pretendieron apartarla de su santo intento; pero ella huyó de la casa paterna y encontró desde el primer momento refugio y cariño en la casa de Eulogio, el cual vivía ahora sólo con su hermana Anulona, virgen consagrada a Dios, cerca de la iglesia de San Zoilo. Leocricia vió en Eulogio un padre, y en Anulona, una hermana.

Mientras tanto, sus padres removían cielo y tierra para hallar a la que los

tenía desesperados con su desaparición, y fueron a quejarse al gobernador de la ciudad, el cual mandó apresar y castigar a muchos cristianos, y también a religiosas y sacerdotes. San Eulogio, sin perder la serenidad, velaba continuamente por Lucrecia, y buscaba un día tras otro, en las casas de sus amigos, algún rincón donde ocultarla. De cuando en cuando iba él a verla, a instruirla y a infundirle valor.

El santo presbítero pasaba las noches rezando en la glesia de San Zoilo, con la frente pegada en tierra, mientras ella, por su parte, velaba, ayunaba y maceraba su cuerpo.

Una noche, habiendo ido Leocricia a ver al Santo para recibir ánimos e instrucciones, fué denunciada por personas que la conocieron. El gobernador mandó al momento rodear la casa por soldados, que apresaron a Eulogio y a Lucrecia, y los llevaron a la cárcel.

Eulogio compareció ante el tribunal de los musulmanes y el juez le preguntó por qué había dado asilo a la joven. El Santo le contestó que los sacerdotes no podían negar la instrucción a los que se la pedían y le dió razones para explicarle por qué le hacía preferir a Dios antes que a sus padres, siguiendo en esto la opinión de los mismos que perseguían a los cristianos. Al mismo tiempo se ofreció a enseñarle el verdadero camino del cielo como a Lucrecia, y comenzó a impugnar con denuedo las imposturas y errores del falso profeta Mahoma, a demostrar la divinidad de Jesucristo y a probar que la religón del Salvador era el único camino de salvación.

Furioso el juez al ver tanta audacia, mandó que le azotaran hasta que expirase.

—Si quieres entregar mi alma a Aquel que me la dió, mejor será que afiles la espada —replicó Eulogio—. Mira, soy cristiano y lo he sido siempre. Confieso que Cristo, hijo de María, es verdadero hijo de Dios, y vuestro Profeta un impostor, un adúltero, un endemoniado, que os lleva por el camino de la perdición y os aparta de los santos senderos de la vida.

El juez mandó entonces que le llevasen al palacio del emir, donde se improvisó un tribunal formado por los más altos personajes del gobierno. Uno de los consejeros que le conocía particularmente, llenóse de compasión al verle, le llevó aparte y le dijo:

—Comprendo que los idiotas y los tontos vayan a entregar inútilmente su cabeza al verdugo; pero tú, que eres respetado y admirado por todos por tu virtud y tu sabiduría, ¿es posible que te decidas a seguir su ejemplo? Créeme; cede un solo momento a la necesidad irremediable, pronuncia una sola palabra, y después sigue la religión que más te convenga; nosotros te prometemos dejarte en paz.

—¡Oh, si supieses lo que nos espera a los adoradores de Cristo! —respondió Eulogio sonriéndose—. A buen seguro que no me hablarías así y renunciarías a tu dignidad temporal.

Y cuando estuvo en presencia del real consejo, el santo presbítero comenzó a predicar con esforzado valor el santo Evangelio y propuso a los musulmanes las verdades de la fe con tanto ardor que, para no oírle más, le condenaron en el acto a ser decapitado.

Al llevarle al lugar del suplicio, un eunuco le dió una bofetada, y el mártir, acordándose de las palabras del divino Maestro, presentó con inalterable paciencia la otra mejilla en lugar de quejarse, y el infiel tuvo la insolencia de darle otra bofetada.

Cuando el Santo, rebosando de gozo por sufrir en unión de Nuestro Señor Jesucristo, llegó al cadalso, se arrodilló, levantó las manos al cielo, pronunció en voz baja una breve oración e hizo la señal de la cruz en todo su cuerpo para hacerle invencible con este divino escudo de salvación y unir sus padecimientos y martirios a la pasión y muerte de Jesús en la cruz. Presentó luego tranquilamente la cabeza al verdugo y consumó así su glorioso martirio. Eran las tres de la tarde de un sábado, día 11 de marzo de 859.

SANTORAL

Santos **Eulogio de Córdoba;** *Vicente, Ramiro y compañeros, mártires; Eutimio, obispo de Sardes;* Engo, obispo irlandés; Vindiciano, obispo de Cambray y de Arrás; Constantino II, rey de Escocia y mártir (s. IX); otro Constantino, rey de los bretones (s. VI); Benito, obispo de Milán; Pedro de Bauco o Babuco, caballero andaluz entregado a una vida de dura penitencia en Italia; Eberardo, abad y fundador de la famosa abadía de Einsiedeln (Suiza); Heraclio y Zósimo, mártires en Cartago; Cándido, Valerio y otros veinte mártires, en Alejandría; Sofronio, obispo de Jerusalén; Fermín, abad, en Amiens. Santas *Teresa Margarita Redi, virgen carmelita; Aurea* o *Auria, virgen;* Atrasesa, mártir, venerada en Etiopía; Alberta, virgen; Beata Engelberta, esposa del emperador Luis II de Germania (s. IX).

SANTOS VICENTE, RAMIRO Y COMPAÑEROS, mártires. — Entre las muchas víctimas que por doquier ha hecho el arrianismo, figuran estos santos españoles, que no se intimidaron ante el peligro de perder la vida por Dios. Vicente era abad del monasterio de San Claudio, en Galicia, y fué requerido por los herejes arrianos para que se adhiriese a su secta, lo cual le exigieron en un conciliábulo convocado en León a este fin. Pero Vicente confesó con entereza la fe definida en el Concilio de Nicea. Esta actitud enfureció los ánimos de sus enemigos, quienes, arrojándose sobre él, le quitaron la vida a fuerza de golpes. Ramiro fué su sucesor en el cargo y en la enemiga a los arrianos; éstos asaltaron el convento y pasaron a cuchillo a todos sus moradores. Las almas de estos santos monjes volaron al cielo entre las armonías del «Credo», cantado con gran fe y entusiasmo por los valientes defensores de la doctrina de Cristo. Esto tuvo lugar en el año 630. Las diócesis de León y Oviedo celebran su fiesta con gran solemnidad.

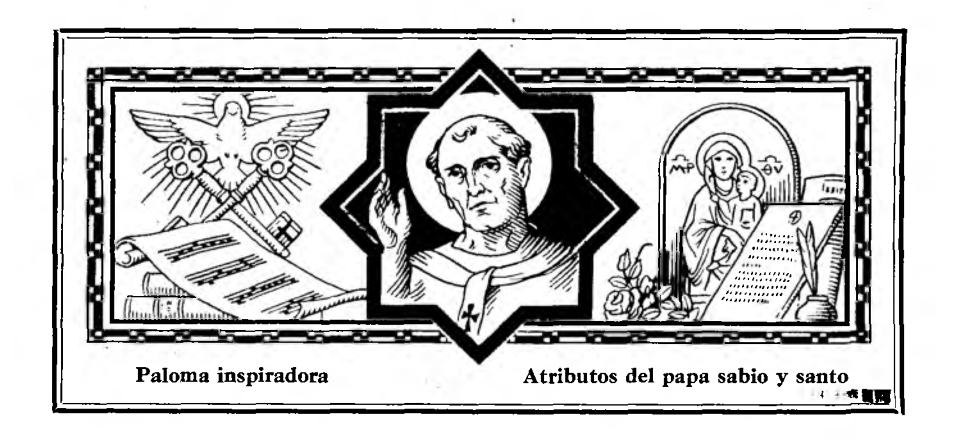
SANTA ÁUREA o AURIA, virgen. — Delicada flor del jardín ameno de la Iglesia española, Áurea vió la primera luz en la Rioja, pueblo de Villavelayo, situado a corta distancia del famoso monasterio de San Millán de la Gogulla. Sus padres García Nuño y Amuna, fueron los diligentes jardineros que cuidaron con esmero exquisito esta flor delicada, cuyo aroma de santidad se extendió pronto entre aquella sociedad, que admiraba su virtud. Ingresó en un convento de monjas próximo a San Millán, y allí se entregó a la lectura de vidas de Santos, extraordinaria penitencia y a profunda e intensa vida de oración. Dios quiso recompensarle esta santidad de vida haciéndole pregustar las delicias del cielo, cuyo premio eterno le anunciaron las Santas Eulalia, Águeda y Cecilia, durante un sueño en que se le aparecieron estas tres santas vírgenes. Este anuncio fué confirmado por la Virgen Santísima, quien la visitó entre coros de ángeles y vírgenes, y le dijo: «Hija; ya es justo que se temple el vigor de tu penitente vida, y que recibas el premio a que son acreedores tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo». Después de larga y penosa enfermedad, consumida en divinos incendios, fué trasplantada por el Divino Jardinero a las Hespérides de la gloria interminable, el 11 de marzo de 1090.

SAN EUTIMIO, obispo y mártir. — Fué hombre de vida austera, conciencia recta y virtud acrisolada. Se entregó a Dios en la soledad del claustro, del que fué sacado para ocupar la sede episcopal de Sardes, en Lidia. En 787 asistió al segundo Concilio general de Nicea, donde defendió con gran elocuencia la doctrina de la Iglesia Católica acerca del culto de las imágenes. Después fué desterrado de su Iglesia por los iconoclastas. Restituído a ella por Miguel II, fué desterrado segunda vez y murió mártir, en tiempo de Teófilo, por defender el culto de las santas imágenes (s. IX).

SANTA TERESA MARGARITA REDI, virgen carmelita. — Nació esta Santa en Arezzo (Italia) en 1747 y fué bautizada al día siguiente, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, recibiendo el nombre de Ana María. Formada en cristianísima familia, desde niña concibió el amor a la virtud y el horror al pecado, los cuales conservó toda su vida.

Durante sus estudios en el Colegio de Benedictinas de Florencia se sintió llamada a la vocación de Carmelita. Ingresó, en efecto, en el convento de las Descalzas de dicha ciudad y vistió el hábito en marzo de 1765, tomando el nombre de Teresa Margarita, con propósito de imitar a la gran Santa Teresa de Jesús. Al año siguiente se ligó a perpetuidad al Señor por medio de la profesión religiosa.

Su carrera en este mundo fué veloz, pues murió cuatro años después, a los veintidós de edad; pero fué intensa, viviendo en todo este tiempo la vida carmelitana lo más perfectamente posible. Era humilde, obediente, pobre, jovial, pura, sufrida, mortificada, laboriosa y, en su oficio de enfermera, de una caridad sin límites. Vivía desprendida y despreocupada de cuanto la rodeaba y atendía solamente a su perfección. Sus lemas eran: «Dios es amor» y «Padecer y callar por Dios». Fué canonizada por Pío XI en 1934.


Paloma inspiradora — Atributos del papa sabio y santo

DÍA 12 DE MARZO

SAN GREGORIO MAGNO

PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (540 - 604)

EN el siglo VI, cuando parece que la desolación invade a Roma, Italia y Europa entera y que los bárbaros y paganos se han vuelto a adueñar de la sociedad, dispone la Divina Providencia que surja un Papa que, sin pretender gobernar al mundo, goce de una extraordinaria autoridad y prestigio durante toda su vida y cuya memoria perdure de generación en generación.

Gregorio, tan justamente llamado el Grande o Magno, nació en Roma hacia el año 540. Su padre, Gordiano, era senador y varón riquísimo, que se dió por completo al servicio de los pobres; y su madre, Silvia, no menos santa que ilustre, pasó también los últimos años de su vida en la contemplación, en un pequeño oratorio al que se había retirado. Fué biznieto de San Félix II, († 492), sumo pontífice y santísimo varón, y sobrino de las bienaventuradas vírgenes Tarsila y Emiliana, la primera de las cuales, en la hora de la muerte, mereció oír la música del cielo y ver a Cristo nuestro Señor que venía a recibir su santa alma.

Gregorio aprendió con facilidad las letras divinas y humanas; en vida de su padre se ocupó en negocios de la república, y fué prefecto de la ciudad de Roma; pero toda su aspiración era retirarse a la soledad y vivir entregado a la oración.

MONJE, DIÁCONO Y NUNCIO

CUANDO murió Gordiano, pudo Gregorio cumplir sus vehementes deseos; edificó seis monasterios y otro en su misma casa de Roma. En éste edificó una iglesia con título de San Andrés y se ofreció él mismo en holocausto al Señor, tomando el hábito religioso a la edad de treinta y un años, después de repartir a los pobres lo que le quedaba de su amplísimo patrimonio.

En este monasterio llevó Gregorio vida perfectísima, y tal, que en ella, como en un espejo, se miraban todos los religosos, y así andando el tiempo le eligieron por su abad y prelado, aunque con gran repugnancia del Santo, que deseaba más obedecer que mandar. Su obediencia era extraordinaria y sus ayunos y oraciones continuos.

De todos sus bienes sólo conservaba Gregorio una taza de plata, en la que su madre le enviaba todos los días algunas legumbres cocidas, pero sin sazonar; esto era todo su alimento.

Cierto día presentóse a Gregorio un mercader, que había perdido toda su fortuna en un naufragio. Púsosele delante y pidióle limosna, y el Santo mandó darle seis ducados. Volvió luego y díjole que lo que había perdido era mucho y lo que había recibido muy poco para remediarse; Gregorio mandó darle otros seis ducados. A los dos días tornó por tercera vez muy lloroso y angustiado, y pidió nuevo socorro alegando su extrema miseria. Ordenó Gregorio al mayordomo que le diese otros seis ducados, y, como no los hubiese en casa y no quisiese despedirle con las manos vacías, le dió la taza de plata. De allí adelante fueron tantos los milagros que Gregorio hizo, que claramente se entendió que aquel pobre había sido un ángel del Señor, y que le había sido muy agradable la limosna que, sin enojarse, le había dado, según se verá más adelante.

Uno de los primeros actos de Pelagio II, elegido Papa en 578, fué nombrar a Gregorio cardenal diácono, que según la costumbre de los primeros siglos le investía de considerable distinción, y enviarle a Constantinopla por legado y embajador suyo al emperador Tiberio, para tratar algunos negocios graves e importantes, para los cuales fué de mucho peso la gran santidad, doctrina y prudencia de Gregorio.

En Constantinopla fué muy bien recibido del emperador, y despachó los negocios a que iba muy a su gusto y contento. Allí trabó amistad con San Leandro, arzobispo de Sevilla, el cual había ido a pedir socorro al emperador Tiberio en nombre del príncipe de España, Hermenegildo, y de los católicos del reino, contra su padre Leovigildo y los herejes arrianos, de los cuales eran oprimidos. Su estancia en Oriente debió durar hasta el año 586.

SAN GREGORIO ES ELEGIDO PAPA. — LA PESTE EN ROMA

AL morir Pelagio II, víctima de la peste que se cebaba en Roma —enero de 590—, la voz unánime del pueblo, del clero y del Senado, propuso a Gregorio como sucesor. Mas el Santo, como era tan humilde, no quiso consentir en su elección; viendo empero tan determinada a la ciudad, dió a entender que lo aceptaría si el emperador daba su consentimiento. Porque en aquel tiempo los emperadores habían usurpado la potestad de aprobar la elección que el clero y el pueblo hacían de los sumos pontífices, y éstos lo consentían pensando en la necesidad de su ayuda para la defensa de la Iglesia. Gregorio, confiado en su amistad con el emperador escribió a éste para que no aceptase su nombramiento. Y entretanto se consagró por entero a aliviar a los desgraciados y a conjurar el azote de la peste, prescribiendo procesiones expiatorias durante tres días seguidos; pero el primer día murieron ochenta personas en una hora, antes de llegar la procesión a Santa María la Mayor. En tal coyuntura, determinó hacer violencia al cielo, tomó el Santo en sus manos la imagen milagrosa de la Madre de Dios pintada por San Lucas, y recorrió toda la ciudad, descalzo y en hábito de penitencia, hasta llegar a la basílica de San Pedro. El pueblo le seguía llorando.

Cuenta la tradición que, al llegar al puente que está frente al mausoleo de Adriano, oyéronse coros angélicos que cantaban estas palabras: *Regina cæli lætare.* Alégrate, Reina del cielo, *aleluya;* porque Aquel que mereciste llevar, *aleluya,* resucitó como dijo, *aleluya.*

El pueblo se arrodilló enajenado de alegría y gratitud, y Gregorio exclamó, fijando los ojos en el cielo: *Ora pro nobis Deum,* ruega a Dios por nosotros *aleluya,* y en el mismo instante se apareció un ángel en la cúspide del mausoleo, envainando la espada que tenía desnuda. Desde ese momento cesó la peste.

Este milagroso acontecimiento acrecentó sobremanera la autoridad de Gregorio, el cual no sólo escribió al emperador para que no ratificase su elección, sino que huyó de Roma disfrazado. Pronto notó el pueblo su ausencia y quedó sumido en profunda pena. Todos los habitantes ayunaron tres días seguidos y llenaron las iglesias para alcanzar de Dios el retorno de su amado pastor.

En esto llegaron de Constantinopla las cartas de ratificación. Aquella misma noche se desparramó la gente por los alrededores de la ciudad en busca del fugitivo, que se había refugiado en una caverna. Pero Dios denunció su escondite por medio de una columna luminosa que se cernía sobre él y le acompañaba por donde iba.

Gregorio fué llevado en triunfo a la basílica vaticana y al día siguiente, 3 de septiembre de 590, coronado Papa entre lágrimas de alegría y general emoción.

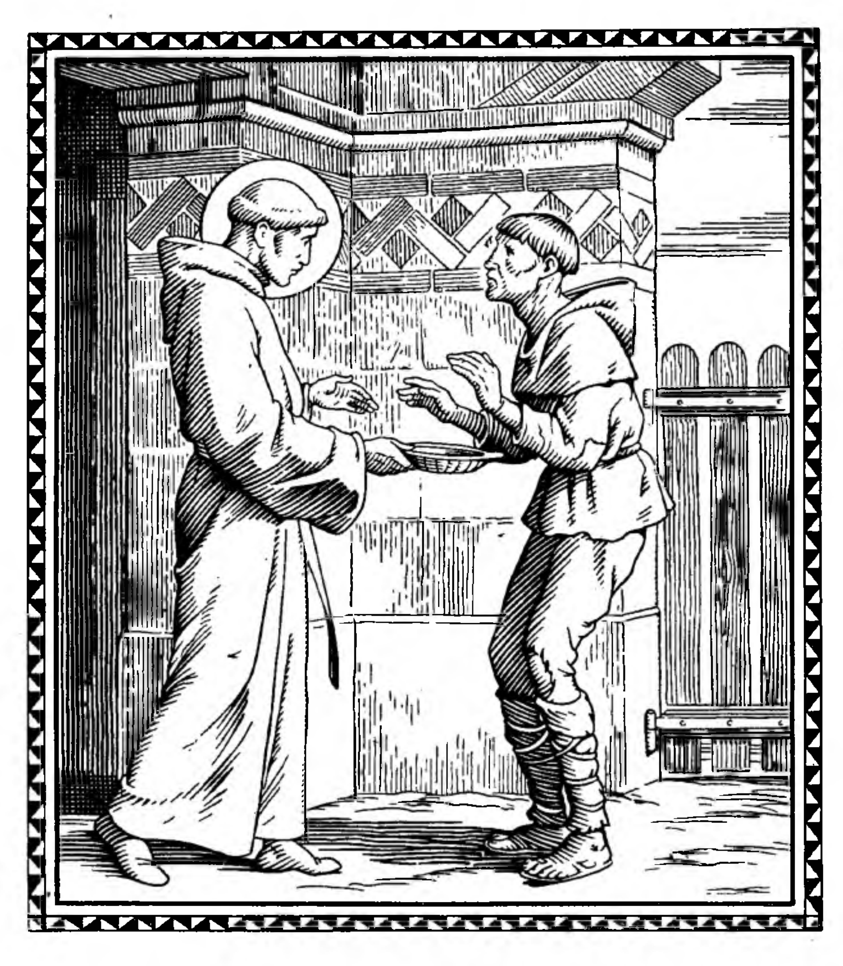
APÓSTOL DE INGLATERRA

LA tradición nos refiere que cuando Gregorio era aún monje en el convento de San Andrés de Roma, pidió licencia al papa Benedicto I para ir a predicar el Evangelio a Inglaterra; pero el pueblo no le dejó salir de Roma. Vínole este deseo al contemplar cierto día que pasaba por una plaza, a unos jóvenes paganos, oriundos de dicho país, puestos a la venta en el mercado de esclavos, y cuyo franco continente y despejada mirada le movieron a exclamar: «*Non angli sed ángeli;* no son anglos sino ángeles».

Sea lo que fuere de la autenticidad de este hecho, lo cierto es que el papa Gregorio ofreció a Inglaterra el tesoro de la fe. Por la primavera del año 596, envió a aquel país al prior del monasterio de San Andrés, llamado Agustín, con cuarenta monjes. Bien es verdad que al concilio de Arlés, en 314, habían asistido ya tres obispos de la Gran Bretaña, pero el país se había sumergido nuevamente en el paganismo cuando la invasión anglosajona en 428.

Los misioneros se detuvieron en Provenza; cansados y desmayados se determinaban a volver a Roma; asustábales la empresa de ir a tierra tan remota y tratar con gente infiel y bárbara, cuyas costumbres no podían sufrir, cuya lengua ignoraban y a la que no podían hablar ni entender. Enviaron, pues, al propio Agustín ante el santo pontífice, suplicándole que les diese licencia para dejar aquella peregrinación tan larga, trabajosa y peligrosa, de la cual tan poco fruto se podía esperar. Pero el Papa no quiso darles la licencia que pedían, antes les escribió una carta en la que les manifestaba con entereza la voluntad de Dios y los animaba a perseverar en lo empezado.

Con esta carta se animaron los monjes a proseguir su camino, y por las oraciones y merecimientos de Gregorio, desembarcaron felizmente en el reino de Kent por Pascua de 597. Allí fueron muy bien recibidos, y convirtieron a Etelberto, rey de Cantorbery, y a gran multitud de pueblo. Explicaron a Gregorio la mies extensa y valiosa que habían hallado, y los pocos obreros que eran. El Santo se regocijó en extremo y les envió nuevos ministros y predicadores y cuanto era menester para el ornato de las iglesias; mandó que Agustín fuese consagrado arzobispo y que en su metrópoli consagrase a doce obispos. Por esta labor mereció el glorioso título de apóstol de Inglaterra.



POR *tercera vez se presenta un mercader arruinado solicitando dinero. No habiéndolo en el convento, San Gregorio, su abad, entrega al pobre una taza de plata que estimaba en mucho, porque todos los días su madre le mandaba en ella algunas legumbres cocidas, pero sin sazonar, que constituían su único alimento.*

REFORMA DE LA LITURGIA Y DEL CANTO ECLESIÁSTICO

LA acción incesante que el Pontífice ejercía sobre los imperios y los reinos de la cristiandad, no absorbían tanto sus días que no hallara tiempo para dedicarse a la reforma de la liturgia, a codificar el canto eclesiástico y a escribir numerosas obras, que con justicia le han valido el título de doctor.

A este Papa, el primero que vino del claustro, se debe la costumbre de cantar el *Kyrie, eleison,* en la misa, la introducción del *Pater noster,* antes de la fracción de la hostia, y el *Alleluia,* en los oficios divinos, aun fuera del tiempo pascual. Y no se concretó únicamente a santificar y completar las fórmulas litúrgicas, sino que puso también gran empeño en celebrar las ceremonias del culto con una pompa exterior que las tornase más eficaces aún para la instrucción y edificación del pueblo.

En el *Sacramentario* dispuso Gregorio el conjunto del oficio divino, añadiendo a la liturgia varias oraciones admirables, que son aún su mejor florón; pero no paró aquí su obra, sino que a las palabras les aplicó el canto, completando así su sentido. San Gregorio consideraba que la música sagrada no es un accesorio destinado a ensalzar el esplendor del culto, sino parte integrante que debe ir unida a las palabras para formar con ellas una expresión más completa de la oración.

Otros pontífices, como San Dámaso y San Gelasio, animados de los mismos sentimientos, habían hecho ya trabajos considerables en esta parte de la liturgia, pero a San Gregorio le estaba reservado el perfeccionamiento de su obra. Con este fin publicó su *Antifonario,* en el que reunió las admirables melodías compuestas por sus predecesores, y agregó otras muchas para completar el ciclo litúrgico, legando este trabajo a la tradición, que lo ha conservado largos años con el respeto debido a semejante compositor.

Estas melodías, designadas comúnmente con el nombre de «canto gregoriano», fueron admiración de la Edad Media y más tarde encanto de los maestros de música más eminentes, como Palestrina, Baini y otros.

Para perpetuar el canto, que tan acertadamente había organizado, el gran pontífice hizo construir dos casas, una junto a San Juan de Letrán, y otra cerca de San Pedro, para que en ellas aprendiesen a cantar los clérigos y ministros que servían en la iglesia. Y era tanta su humildad y devoción, que él mismo, estando malo de la gota, se hacía llevar a donde cantaban los muchachos y tendido en una camilla los enseñaba y corregía. De esta escuela salieron los cantores que más tarde enseñaron a los clérigos y al pueblo medieval las celestiales melodías gregorianas.

Estimando, empero, el pontífice, que los sacerdotes y diáconos que ejercían el oficio de cantores se preocupaban a veces más de la música que del

ministerio de la predicación, decretó que el cargo de «cantor» se reservase a clérigos de orden inferior.

Cuando en 1903 fué elegido Pío X, una de sus primeras disposiciones fué restablecer «las santas melodías, cuya composición atribuyó siempre la tradición eclesiástica de varios siglos a San Gregorio Magno», y el mismo Papa declaraba que el canto gregoriano es el peculiar de la «Iglesia romana».

SAN GREGORIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

LA ciencia y las muchas obras de Gregorio, así como su ardiente celo para defender la doctrina católica, justifican ampliamente el título de doctor de la Iglesia.

Durante su misión en Constantinopla, refutó los errores del patriarca Eutiquio tocante a la resurrección de los cuerpos, el cual se declaró convencido ante el emperador Tiberio II, y quedó tan persuadido de esta verdad, que, cayendo luego en una enfermedad, tomando con la mano la piel de su brazo, decía a los asistentes: «Yo confieso que todos resucitaremos en esta carne». Y con estos sentimientos expiró.

Elegido papa, Gregorio atrajo del arrianismo a la sana doctrina a multitud de lombardos y visigodos. Restableció la jurisdicción en la Iglesia de África y dió el golpe de gracia a los donatistas. Impugnó con dureza a los simoníacos de la Galia y convirtió a los cismáticos de Istria; finalmente, dió vida a las artes y las ciencias, e hízolas servir para gloria de la Iglesia de Jesucristo.

Gregorio predicaba personalmente a su pueblo, pues daba gran importancia a esta parte de su ministerio pastoral. Cuando la enfermedad le privaba de este consuelo, mandaba que otro clérigo leyese en público los sermones y homilías que él mismo había compuesto. Los que han llegado hasta nosotros son de una sencillez vedaderamente paternal, de estilo familiar y propios para ser entendidos por todos.

En fin, era Gregorio tan vigilante e incansable en el cumplimiento de su cargo de buen pastor, que parece imposible que un hombre solo haya podido realizar tantas empresas a la vez: procurar la paz por su mediación; tratar con Dios en la oración y con los hombres en la conversación; dedicarse al gobierno espiritual y temporal de la Iglesia; predicar con frecuencia; dictar cartas admirables a infinidad de personas de diferentes condiciones y componer las magníficas obras que de él nos quedan.

Entre las obras de este santo pontífice sobresalen los *Comentarios sobre el libro de Job, el Cantar de los Cantares, el Profeta Ezequiel y los Evan-*

gelios; una *Pastoral,* que trata de los deberes de todo Prelado; un *Sacramentario,* citado ya anteriormente; y cuatro libros de *Diálogos,* en los que refiere el Santo los milagros sucedidos en su tiempo.

APARICIONES Y MILAGROS

LA caridad de Gregorio con los pobres fué maravillosa y por ella recibió grandes dones de Dios. Convidábalos a comer en su mesa y, queriendo una vez, por humildad, lavar los pies a un pobre peregrino, desapareció mientras el Santo tomaba el jarro y el lebrillo. La noche siguiente, Cristo nuestro Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Otras veces me has recibido en mis miembros, mas ayer me recibiste en mi persona.»

En cierta ocasión mandó a su limosnero que llamase a comer a doce pobres y, entrando el Santo a verlos, notó que eran trece. Preguntado el limosnero por qué había llamado a trece, respondió que a doce había llamado, y que doce eran y no más, porque verdaderamente él no veía sino doce. Pero San Gregorio veía trece y, pareciéndole que no era sin misterio, puso los ojos en el décimotercero, y vió que mudaba el color y el semblante del rostro, pareciéndole unas veces mozo y otras viejo.

Acabada la comida, le tomó aparte y le conjuró que le dijese quién era y cómo se llamaba:

—¿Por qué quieres saber mi nombre que es admirable? —le respondió el misterioso personaje—. Yo soy aquel infeliz mercader a quien tú diste los doce escudos de limosna y la escudilla de plata de tu madre. Ten entendido que por aquella obra quiso Dios que tú fueses sucesor de San Pedro, a quien tan perfectamente imitas por tu caridad con los pobres.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque soy un ángel, el mismo que Dios envió para probarte. Pero no temas, Gregorio, que el Señor me ha enviado a ti para que te asista y te guarde hasta la muerte, y para otorgarte por mi mano cuanto pidas.

Un día que Gregorio celebraba misa en la iglesia de San Pedro, al dar la comunión a los asistentes se acercó a comulgar una mujer. Echóse ésta a reír con aire de incredulidad cuando el santo pontífice pronunció estas palabras: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna.»

Gregorio retiró a la incrédula el pan eucarístico y se lo entregó al diácono para que lo llevase al altar hasta que se hubiese concluído la comunión de los fieles. Luego, dirigiéndose a aquella mujer le preguntó:

—Dime, ¿por qué te reíste al tiempo de comulgar?

—Porque vos dijisteis —respondió— que el pan que yo había hecho con mis manos y presentado a la oblación era el Cuerpo del Señor.

Volviéndose entonces el santo pontífice al pueblo, suplicóle que uniese sus oraciones a las del clero para pedir al Señor que abriese los ojos del alma a aquella pobre mujer, y se volvió al altar:

En este momento la hostia consagrada se convirtió en carne; todos los asistentes pudieron contemplar el Cuerpo radiante de Jesucristo, y la mujer, a vista de tan gran prodigio, depuso su incredulidad. El Santo se puso nuevamente en oración y la hostia volvió a tomar la especie de pan que antes tenía.

MUERTE DE SAN GREGORIO

YA antes de ser elegido Papa había pasado Gregorio por agudas crisis de gota y gastralgia que le duraban meses enteros, sirviéndole de prolijo aprendizaje de la muerte, por la que suspiraba como si hubiera de ser ella su verdadero remedio.

—Ya ha casi dos años cumplidos —escribe de sí el mismo Santo— que estoy en cama con tan grandes dolores de gota, que apenas los días de fiesta me puedo levantar para celebrar; y luego, con la fuerza del dolor me vuelvo a acostar, porque me aprieta tan fuertemente que me hace gemir y suspirar; y este dolor algunas veces es más remiso y otras más riguroso, mas nunca es tan flojo que me deje ni tan intenso que me mate; y así, muriendo cada día, nunca acabo de morir, y no es maravilla que, siendo tan grande pecador, Dios me tenga tanto tiempo en esta cárcel.

El augusto anciano murió el 12 de marzo de 604. El mismo día su cuerpo fué llevado de Letrán a la basílica de San Pedro, donde fué inhumado bajo el pórtico, hasta que Gregorio IV ordenó que se trasladasen sus restos al interior de la basílica.

El primero de septiembre de 1831, Gregorio XVI instituyó una Orden civil y militar en honor de San Gregorio Magno.

SANTORAL

Santos **Gregorio I Magno, papa y doctor de la Iglesia;** *Pedro, Eugenio y compañeros, mártires; Teófanes, abad;* Rolando, obispo de Dol, en Bretaña; Egdunio, presbítero y mártir en Nicomedia; Bernardo de Capua, obispo; Elfego, obispo de Winchester; Pedro, diácono y discípulo de San Gregorio Magno; Mamiliano, mártir venerado en Roma; Maximiliano, mártir en Numidia, bajo Diocleciano; Muro o Murano, abad, de la noble familia irlandesa de los Onell. Santas *Justina, virgen;* Fina o Josefina, virgen torcana; Sancha, virgen, cuñada de Alfonso IX de León.

SANTOS PEDRO, EUGENIO Y COMPAÑEROS, mártires. — Estos Santos estaban al servicio directo del emperador Diocleciano. Pedro era su camarero, y Eugenio, con sus compañeros: Quirino, Migdonio, Mario, Esmaragdo, Maseas y Rugino, sus pajes. Pedro, testigo de los cruelísimos tormentos que se hacían sufrir a los cristianos, sintió reavivarse en su corazón la llama de la compasión para con aquellos desgraciados que, sin haber cometido ningún delito, tenían que sufrir muertes tan espantosas. La compasión le alumbró el corazón y le procuró la fe; se declaró cristiano públicamente, sin ambages ni eufemismos. Noticioso el emperador de esta conversión, condenó a muerte a Pedro, el cual fué colgado y azotado bárbaramente, cubiertas sus llagas con sal y vinagre y, finalmente, puesto en las parrillas, quemado a fuego lento, soportándolo todo valerosamente el Santo, cuya alma subió a la gloria el 12 de marzo del año 303.

Por su parte, los pajes, que ya eran cristianos, se arrojaron a los pies de Diocleciano pidiéndole les concediera la gracia del martirio, pues también ellos adoraban al Dios de los cristianos. Su ruego fué escuchado, y en aquel mismo día ciñeron la corona de la gloria.

SAN TEÓFANES, abad. — Nacido en Constantinopla, de familia noble y virtuosa, fué educado por sus padres en el santo temor de Dios. Renunció al mundo, con todas sus pompas y vanidades, y se retiró a la soledad del claustro. Fué hombre de mucha virtud y ciencia, de las que dió muestra palpable en el segundo Concilio de Nicea, en el que intervino causando la admiración de los Padres que asistían a la asamblea. Luchó contra los iconoclastas y ello le valió la cárcel por espacio de dos años y luego el destierro a la isla de Samotracia, en 818, donde murió a los pocos días de su llegada. Dejó varias obras escritas, entre ellas una «Cronografía», que abarca más de cinco siglos de historia.

SANTA JUSTINA, virgen. — Vió la luz en la italiana ciudad de Arezzo cuando mediaba el siglo XIII. Amante de la virtud y deseosa de perfección, ingresó en el monasterio benedictino de San Marcos, donde vivió cuatro años, pasando luego con todas las demás monjas al monasterio de Todos los Santos. Algunos años después pidió permiso para retirarse a la soledad y llevar vida de más rigurosa penitencia. Mientras permaneció en la cueva que la albergaba, no cesó el demonio de tentarla con apariciones diabólicas en forma de lobos hambrientos. Privada más tarde de la vista corporal a consecuencia de una infección, conservó más viva que nunca la luz de la fe y la llama de su amor a Dios; y aun tuvo el poder milagroso de volver la vista a una muchacha que había contraído su misma enfermedad; rasgo asombroso de caridad, pues dió al prójimo la vista de que ella carecía y tanto necesitaba. En 1319, se durmió en el Señor.



Moneda de Teodosio II — Moheda de Inocencio I, papa

DÍA 13 DE MARZO

SANTA EUFRASIA

VIRGEN (380 - 410)

EN el reinado del emperador Teodosio el Grande distinguíase en la corte de Constantinopla un senador de elevada alcurnia, llamado Antígono, conocido por su bondad y liberalidad para con los pobres. Su esposa, Eufrasia, de sangre real como él, señalábase por su piedad, mansedumbre y sencillez, cualidades harto raras entre los grandes. Ambos se hicieron agradables al Señor por sus obras y, en premio de su fidelidad, concediόles el cielo una hija hacia el año 380, quien, como su madre, recibió el nombre de Eufrasia, palabra griega que significa alegría.

Esta niña debía ser el único fruto de su matrimonio, ya que algunos días después de su nacimiento, los dos esposos, cediendo a los impulsos de la gracia, resolvieron, de común acuerdo, renunciar a los placeres mundanos y vivir en perfecta castidad.

Al cabo de un año de tan santa vida murió Antígono. El emperador lloró en él a un pariente y a un amigo servicial; la corte, a un consejero fiel, y los pobres, a un verdadero padre. La Iglesia le cuenta en el número de sus Santos, y celebra su fiesta el 4 de marzo.

El gran cariño que el emperador profesaba a Antígono, lo pasó a su viuda, que se vió rodeada de honores, y a su hija, a la que desposó desde la edad de cinco años, según costumbre corriente en aquella época, con un

joven senador principalísimo. Mientras que la joven viuda, no pensaba en otra cosa que en velar por la suerte de su hija, ella misma era pretendida por otro senador. Éste dió conocimiento de su proyecto a la emperatriz, que con gusto se encargó de favorecer su propósito; pero la viuda de Antígono, fiel a su voto, rechazó enérgicamente el partido que se le ofrecía, y para superar toda clase de dificultades, se retiró a Egipto con su hija, a las propiedades de su marido, hacia el año 386.

Durante el viaje socorrió copiosamente con limosnas a los monasterios pobres y a los indigentes, pidiendo en retorno que rezasen por el alma de su marido y por su hija.

En una ciudad de Tebaida, encontró Eufrasia un monasterio de mujeres, que gozaba de gran fama. Las religiosas eran unas ciento treinta; comían solamente legumbres cocidas en agua, y no tomaban nunca vino, ni aceite, ni frutas; su ayuno era continuo y no hacían más que una comida después de puesto el sol; más aún, algunas ayunaban a pan y agua dos o tres días a la semana. La abadesa, por vencer molestas tentaciones, pasó una vez cuarenta días sin tomar ningún alimento, sostenida milagrosamente por el auxilio de Dios.

Semejante centro de piedad, hizo las delicias de la ferviente Eufrasia, que fijó su residencia a corta distancia de él. Visitábalo con frecuencia, gustando conversar acerca de las dulzuras de la vida contemplativa, y sobre todo, ponía especial empeño en que su hija se aprovechase de aquellas piadosas pláticas, para formar sólidamente su corazón en el amor y práctica de la virtud. Pretendió Eufrasia conceder rentas al monasterio, pero la abadesa lo rehusó, prefiriendo vivir pobremente a nadar en la abundancia.

VOCACIÓN DE SANTA EUFRASIA

CIERTO día tuvo la abadesa del convento un pequeño desahogo con la joven, a modo de broma o pasatiempo:

—Eufrasia —le dijo—, ¿quién te gusta más: las monjas con quienes vives o tu prometido?

—Yo no conozco prometido alguno —contestó la inocente niña—, pero a ustedes las conozco bien y las quiero de veras.

—Si tanto nos quieres —dijo la Madre en chanzas—, quédate con nosotras.

—Con mucho gusto, si mi mamá me deja.

—¿Nos quieres más que al esposo que te tienen destinado? —reiteró la abadesa.

—No conozco a ese esposo —respondió cándidamente Eufrasia—, mientras que a vos y a vuestras religiosas, os conozco y os tengo cariño. Y vosotras, ¿me queréis a mí?

. —Te queremos tiernamente, hija mía, y queremos también a Jesucristo con todo corazón.

La madre, que oía en silencio este diálogo, accedió sonriente a su pretensión sin por eso tomar la cosa en serio y, como declinase el día, cortó la conversación, diciendo:

—Vámonos, hija mía, que ya es tarde.

—Madre, yo quiero quedarme aquí —respondió con viveza Eufrasia.

—No puede ser —le dijo entonces la abadesa, que lo tomaba por capricho de niña—, nadie puede quedarse aquí sin consagrarse por completo al servicio de Jesucristo.

—¿Y dónde está Jesucristo?

La abadesa le mostró la imagen del divino crucificado, y la niña, besándolo con amor, exclamó resueltamente:

—¡Oh Señor! Vos sois mi único dueño y mi exclusivo Esposo. A Vos me consagro para siempre.

Creyendo la abadesa que el relato de las austeridades de la vida religiosa darían al traste con su resolución, le dijo:

—Pero tendrás que aprenderte el Salterio, ayunar todos los días, guardar vigilias y otras muchas obras de mortificación.

—Nada de eso me asusta —replicó la niña—, confío cumplirlo fielmente.

Y era verdad; nada fué capaz de quebrantar aquella voluntad fortalecida en un instante por la gracia de Dios. Comprendiendo entonces que su hija obedecía a la voz de Dios, la cristiana madre, cayendo de hinojos ante la imagen de Jesús Crucificado y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—Recibid, oh Jesús mío, a esta niña, que no desea ni busca más que a Vos, y sed su única recompensa. En cuanto a ti, hija mía, el que ha criado las montañas inconmovibles en su base te confirme en el temor de su santo nombre.

Por fin, dejando a la niña en manos de la abadesa, la virtuosa madre se retiró derramando lágrimas, pero lleno el corazón de ese gozo que Jesucristo se complace en derramar en las almas de los que saben imponerse generosos sacrificios.

Pocos días después la tierna novicia vestía el tosco sayal de religiosa.

VIRTUDES RELIGIOSAS DE SANTA EUFRASIA

UNA desgracia muy sensible vino a entristecer a nuestra Santa: la muerte de su madre, que abandonó este mundo en 390; su cuerpo fué inhumado en el monasterio. Venérase a esta santa viuda el 4 de marzo, juntamente con San Antígono, su esposo. Quedó, pues, la pequeña Eufrasia huérfana a los diez años, y a pesar de su corta edad, soportó con

resignación perfecta aquella nueva prueba. Pero tan pronto como el emperador Teodosio supo la muerte de la esposa de Antígono, escribió a la joven Eufrasia, rogándole que fuese a la corte para casarse con el senador, prometido suyo.

La santa joven le dirigió esta hermosa respuesta: «Sabiendo, oh invicto emperador, que he prometido a Jesucristo vivir en perpetua castidad, espero que no pretenderás que viole mi promesa desposándome con un esposo mortal, cuyo cuerpo será dentro de pocos años pasto de gusanos.

»No insistas pues, oh emperador, y por aquella bondad con que honraste a mis amados padres, te suplico dispongas de los bienes que me legaron distribuyéndolos entre los pobres, los huérfanos y las iglesias más necesitadas, para que se acuerden, ante Dios, de Antígono, de su esposa y de su hija.»

Admirado el emperador exclamó: ¡Digno vástago de un árbol santo!

Desde aquel momento, Eufrasia abrazó con ardoroso celo la vida religiosa y, a pesar de su juventud y de su débil complexión, veíasela siempre la primera en los trabajos manuales, eligiendo con preferencia los que a su parecer la humillaban más. Celosa de la observancia de la regla, llegó a ser en poco tiempo modelo de regularidad y de edificación para todo el convento. El ayuno, que tanto asusta a las almas en el siglo, no parecía arredrarla; con frecuencia pasaba dos y tres días sin comer, sin dejar por eso de cumplir todas sus obligaciones y de asistir al coro. De esta suerte domaba su cuerpo y daba más libertad al espíritu, a fin de que pudiese elevarse a las cumbres de la contemplación.

PRUEBAS DE LA SANTA

EL demonio, que no podía tolerar tanta piedad, dió a la joven religiosa terribles asaltos; pero era tal la virtud de aquella alma escogida y tal su obediencia, que el espíritu maligno no pudo nada contra ella. Eufrasia dió cuenta a la abadesa de todo lo que le pasaba, y el espíritu de tinieblas, que nada teme tanto como la sincera manifestación de las tentaciones a una persona ilustrada, se retiró avergonzado. Sin embargo, para triunfar con más facilidad en lo porvenir, la Santa añadió un día más de ayuno a los tres que ya practicaba.

Para probar el espíritu de obediencia de las almas religiosas suelen los Superiores imponer algo que parece rebasar el límite de lo razonable. Y así fué que cierto día le mandó la abadesa que trasladara de un sitio a otro del jardín unas peñas enormes, que apenas hubieran podido mover dos hermanas juntas. Cualquiera otra hubiera vacilado ante orden tan extraña, pero Eufrasia obedeció al punto. «Ha hablado la abadesa —dijo—, punto



ORDENÓ *la abadesa a Santa Eufrasia que arrojase al demonio de una posesa terrible y fiera. La Santa, confiada en la virtud de la obediencia, después de ruda pelea, rinde y vence al demonio, el cual deja a la mujer sin mal alguno y huye dando grandes aullidos y echando espumarajos por la boca.*

en boca.» Cogió, pues, las piedras y sin dificultad las trasladó al lugar señalado. Al día siguiente, tuvo que volverlas al mismo sitio donde antes estaban. Treinta días consecutivos la ocuparon en el mismo trabajo, sin que pudiese observarse en su rostro el más insignificante indicio de descontento o de impaciencia.

Vivía unida a Dios con oración continua aun en medio de las faenas más duras, de suerte que no pudiendo el demonio vencerla de día resolvió intentarlo de noche. La tierna virgen, recurrió al remedio tan poderoso como ordinario de declarárselo a la abadesa, la cual la animó con saludables consejos, y le permitió, a petición suya, ayunar en adelante la semana completa.

La valerosa virgen observó fielmente tan riguroso ayuno sin por eso omitir ninguna de sus obligaciones ordinarias. Su vida era un milagro continuo, porque a pesar de su austeridad y de sus numerosas obligaciones, nunca estuvo enferma; jamás se sentaba, ni aun para comer y no tomaba otro descanso que las breves horas que pasaba de noche echada en el suelo.

Sin embargo, el demonio no se cansaba de atormentarla. De nuevo volvió a turbar su sueño representándole las vanidades y placeres del mundo, pero Jesucristo velaba por su fiel esposa, la cual, abandonando inmediatamente su cama, salió del convento y se fué a hacer oración al aire libre, a pesar del frío de la noche y, levantando sus manos al cielo, imploró el auxilio del Omnipotente.

Diez días hacía que se hallaba sumida en oración cuando las hermanas, movidas de lástima, pidieron a la abadesa que la hiciera cesar, pero ésta prohibió que la estorbasen. De esta suerte transcurrieron treinta días y la valerosa virgen proseguía su oración, sin tomar alimento ni descanso. Por último, el cuadragésimo quinto día, agotadas sus fuerzas por la fatiga, cayó en tierra sin conocimiento. Lleváronla al monasterio; tal era la rigidez de sus miembros, que hubiérase dicho que llevaban un cadáver. La abadesa se acercó y, haciendo la señal de la cruz, le dijo, dándole un poco de caldo caliente: —Eufrasia, en nombre de Jesucristo, toma este alimento.

Eufrasia, recobrando en seguida el conocimiento, bebió lo que le presentaban y no tardó en recobrar las fuerzas.

SATANÁS INTENTA QUITARLE LA VIDA

NO es raro en la vida de los santos encontrar casos aflictivos de intervención diabólica y huellas dolorosas de la lucha con el espíritu del mal. ¡Cuántos directores de espíritu saben de estos combates! Un día que Eufrasia sacaba agua del pozo para la cocina y que, según su costumbre, oraba trabajando, el espíritu maligno la cogió con violencia y la precipitó de cabeza al fondo. Tan pronto como se sintió caer, la sierva

de Cristo exclamó: «¡Oh Jesús, asistidme en este trance!» Al oír este grito acudieron las religiosas apresuradamente y la sacaron del pozo con gran trabajo.

Luego que se vió fuera de peligro, Eufrasia hizo la señal de la cruz y exclamó llena de regocijo: «¡Viva Jesús!», y sin perder momento cogió sus dos cántaros llenos de agua y los llevó tranquilamente a la cocina.

Otra vez la arrojó el demonio desde lo alto de una torre elevada, pero la Santa no se hizo daño alguno. Apenas tocó el suelo, corrió al encuentro de las Hermanas, que creían no encontrar sino un cadáver. La abadesa consideró este prodigio como la mayor prueba de la protección de Dios sobre la Santa y dispuso preces en acción de gracias.

Vencido tantas veces, hizo Satanás la última tentativa. Hallábase Eufrasia preparando la comida de las Hermanas, cuando he aquí que el espíritu del mal, aprovechando el momento en que llevaba una olla llena de agua hirviendo, la hizo dar un traspiés con la perversa idea de escaldar su rostro. Las Hermanas testigos del accidente no pudieron contener un grito de espanto y se miraron consternadas; pero, cuál no fué su sorpresa, cuando vieron a Eufrasia levantarse al instante y decirles con rostro radiante de alegría: «¿Por qué os asustáis de este modo, hermanas mías?»

Y, sin embargo, el agua que quedaba en la olla seguía hirviendo.

Este descalabro fué el postrero que aguantó el príncipe de las tinieblas en sus luchas con Eufrasia.

MILAGROS DE SANTA EUFRASIA

DIOS, que había probado a su fiel sierva, y mostrado con obras cuán grata le era, obró por su intercesión estupendos milagros.

Aconteció que cierto día trajeron al monasterio un pequeñito, que era a la vez sordomudo y paralítico. La abadesa mandó a Eufrasia que fuera a tomarlo de manos de su madre.

La Santa obedeció al momento pero, cuando vió en sus brazos a una criatura tan raquítica, se sintió movida a compasión y, haciéndole la señal de la cruz en la frente, le dijo: «Cúrete el que te ha creado». Cuando lo llevaba a la abadesa, el niño lanzó unos gritos e hizo tales esfuerzos que la Santa hubo de ponerlo en el suelo y, no bien se halló en libertad, echó a correr en busca de su madre. Refirieron a la abadesa lo ocurrido y fácilmente comprendió que Dios glorificaba a su humilde sierva.

Por aquel tiempo había en el convento una mujer poseída del demonio desde su infancia, pues, no sabiendo sus padres lo que hacer de ella, la confiaron a las religiosas, que se veían obligadas a tenerla constantemente

confiaron a las religiosas, que se veían obligadas a tenerla constantemente

encadenada. A veces rechinaba los dientes, echaba espuma por la boca, o lanzaba terribles alaridos, y tal era el terror que infundía, que le daban de comer con un palo largo que llevaba en el extremo una escudilla en donde echaban la comida.

Durante largo tiempo pidieron a Dios su curación sin obtenerla; mas, conociendo la santidad de Eufrasia, la abadesa le confió aquella desgraciada. Un día, cuando le llevaba de comer, preguntóle la abadesa si sentía miedo. «Nada temo —dijo la Santa—, puesto que vos me mandáis.» Tomando un poco de comida, se presentó ante la posesa, que empezó a gritar y, lanzándose contra Eufrasia, trató de romper la vasija que llevaba; pero la Santa, cogiéndole inmediatamente las manos, dijo con voz resuelta al espíritu impuro: «¡Vivan Dios y sus ángeles!; si te rebelas, te arrojaré al suelo y te vapulearé duramente».

Apaciguóse el demonio y entonces la Santa dijo con bondad a la posesa: «no te maltrates hermana mía, y come». Viendo su poder sobre el demonio y la gran caridad con que cumplía tan penoso encargo, la abadesa mandó a Eufrasia que expulsase definitivamente al espíritu infernal.

Retírase Eufrasia al oratorio y, echándose de hinojos ante el Señor, con el rostro pegado al suelo, implora el auxilio del cielo para llevar a cabo la misión que le ha sido confiada; luego se levanta llena de fortaleza y a una señal de la abadesa se va derecha al demonio y trazando la señal de la cruz en la frente de la desgraciada, dice:

—Cúrete Nuestro Señor Jesucristo que te ha creado.

—¡Qué locura y qué audacia —replicó sarcásticamente el demonio—; hace mucho tiempo que estoy aquí sin que nadie haya podido arrojarme y quiere hacerlo hoy una muchacha perdida!

—No te arrojo yo, te arroja Cristo que es tu Dios.

—Tú no tienes poder para arrojarme y no me iré.

—Obedece a Cristo —dijo con firmeza Eufrasia, levantando su vara amenazadora sobre la cabeza de la endemoniada—, o te vapuleo duramente.

—Pero si me voy de aquí, ¿a dónde iré?

—¿Que a dónde? Al fuego eterno, preparado para tu padre Satanás y para los que le siguen.

El demonio se puso a forcejear desesperadamente; repitiéronse los gritos, y la desgraciada se retorcía echando espumarajos por la boca. Las religiosas oraban entretanto con fervor, y Eufrasia, alzando las manos al cielo, exclamó: «¡Señor mío Jesucristo, no humilles a tu sierva en este instante, antes bien confunde al enemigo del género humano!»

Oyó Jesús esta plegaria; el demonio martirizó por última vez a la desventurada, la arrastró por el suelo, pero huyó moviendo un espantoso ruido infernal.

Seguidamente fué la Comunidad al oratorio para dar gracias a Dios por tan señalada merced, y Santa Eufrasia acrecentó aún sus ayunos y mortificaciones, para así hacerse digna del favor con que Dios la distinguía.

MUERTE DE SANTA EUFRASIA

AÑOS después de estos acontecimientos supo la abadesa, por una visión, el día de la muerte de Eufrasia y la gloria que Dios le reservaba en la eternidad. Comunicóselo a la Santa, la cual al oír que su juicio estaba tan próximo se deshizo en lágrimas, y suplicó a la abadesa pidiese a Dios que le concediese un año más de vida para hacer penitencia de sus pecados. Pero, el fruto estaba ya maduro para el cielo; fué de pronto acometida de violenta fiebre.

Las monjas acudieron presurosas en derredor de su lecho, deshechas en llanto. También la pobre mujer que había sido librada del demonio quiso besarle las manos y una religiosa, que había sido siempre su compañera y amiga, le pidió en aquel momento supremo que no la dejase largo tiempo separada de ella. Y en efecto, tres días después fué a juntarse con ella al paraíso.

Poco antes de expirar, Eufrasia pidió perdón a las Hermanas por las molestias que hubiera podido causarles, se recomendó una vez más a sus oraciones y luego voló su alma al cielo a recibir la recompensa merecida. Era hacia el año 410, en el pontificado de Inocencio I. Tenía a la sazón treinta años.

Sus santos despojos fueron inhumados al lado de los de su madre y su sepulcro se hizo glorioso por los portentosos milagros que en él se obraron.

La veneración de los griegos a Santa Eufrasia se ha conservado a través de los siglos y los coptos celebran su fiesta el 8 de enero.

SANTORAL

Santos *Nicéforo, patriarca de Constantinopla; Rodrigo y Salomón, mártires;* Melanio, obispo de Troyes; Geraldo, obispo irlandés del siglo VIII; Agilolfo, obispo de Colonia; Heldrado, abad de Novalaise; Ansovino, obispo de Camerino; Pulquerio, ilustre abad irlandés; Máximo y compañeros, mártires, venerados en el Delfinado; Esteban, franciscano y mártir, en Tolosa; Sabino, mártir en Hermópolis (Egipto); *el Beato Santiago de Todi, poeta franciscano del siglo* XIII, *autor del «Stabat Mater»*. Santas Kennocha, virgen escocesa; **Eufrasia, virgen;** Cristina, virgen y mártir, en Persia; Patricia y su hija Modesta, mártires en Nicomedia en 303.

SAN NICÉFORO, patriarca de Constantinopla. — La aparición de esta figura en el escenario del mundo nos viene a patentizar la verdad de que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, pues surge en la época en que más encendida estaba la persecución suscitada por los iconoclastas y mayor era el número de los mártires, víctimas del odio satánico contra el culto de las sagradas imágenes. La vida de Nicéforo transcurre en un ambiente hostil a la Religión Católica. La educación familiar, netamente religiosa, le puso en posesión de la verdad y caldeó su corazón con un ardiente amor a Cristo. De esta verdad y de este amor surgió el celo infatigable con que luchó en contra de los herejes, particularmente en el séptimo concilio general. En el año 802 su virtud y saber le elevaron a la dignidad de obispo; más tarde ocupó la silla patriarcal de Constantinopla, que tuvo que dejar cumpliendo órdenes de destierro, surgidas de un conciliábulo y dictadas por el emperador León el Armenio. En 828 voló del destierro de este mundo a la dichosa mansión de la patria verdadera, que es el cielo.

EL BEATO SANTIAGO DE TODI, franciscano. — Jacobo o Santiago Benedetti era italiano nacido en Todi, población de la pintoresca Umbría, cuyos risueños parajes influyeron notablemente en el espíritu de Jacobo, artista por naturaleza y poeta por devoción. Dante, íntimo amigo suyo, le orientaba, le advertía y le corregía sus composiciones poéticas. El trato constante con el autor de la «Divina Comedia» produjo en Jacobo una ascensión espiritual a cuya altura pocos mortales llegan. Díganlo, si no, las estrofas admirables del «Stabat Mater», himno sagrado que la Iglesia canta emocionada en la liturgia de la Virgen de los Dolores.

Jacobo sintió el rugido del dolor en el fondo de su corazón cuando perdió a su amada esposa; pero pronto brilló en su espíritu la benéfica luz de la resignación cristiana, y al calor de ella dejó las vanidades del mundo y abrazó el estado religioso vistiendo el hábito de San Francisco, debajo del cual su alma adquirió la belleza sublime de la santidad. Hacia el año 1306, emprendió el vuelo al jardín de las Divinas Hespérides para embriagarse en los aromas de las esencias mismas de Dios.

SANTOS RODRIGO Y SALOMÓN, mártires. — ¡Cuán frecuente es que entre el trigo crezca también la cizaña! ¡Incluso en el mismo campo familiar no es raro encontrar algún elemento díscolo que perturba la buena paz y armonía del hogar. El ejemplo que referimos a continuación, corrobora nuestro aserto. Rodrigo era un sacerdote cordobés, inflamado en el amor a Dios y celoso de su santa causa. Tenía otros dos hermanos, uno creyente y otro renegado, que había abrazado la religión musulmana. Estos dos tenían frecuentes discusiones religiosas; una de éstas llegó a extremarse en proporciones alarmantes. Rodrigo, que se interpuso para establecer la paz, fué brutalmente golpeado por el musulmán fanático. El buen sacerdote, resentido por el proceder de su mal hermano, pasó un tiempo haciendo penitencia fuera de la ciudad; después volvió a Córdoba, donde, denunciado por su renegado hermano, fué encarcelado. Durante su prisión logró convencer a Solomón, prisionero cristiano; ambos sufrieron el martirio. Sus cuerpos, atados a grandes piedras, fueron arrojados al Betis, cuyas aguas los devolvieron a la orilla después de veinte días. Ciñeron sus frentes con la corona de los mártires el 13 de marzo del año 857.


Corona imperial de la humilde Santa　　Tesoro inagotable de los pobres

DÍA 14 DE MARZO

SANTA MATILDE

EMPERATRIZ DE ALEMANIA (872? - 968)

CONOCEMOS la vida de Santa Matilde por dos biografías, una de las cuales fué escrita quince años después de su muerte, y la otra un cuarto de siglo más tarde, a petición de su nieto, el emperador San Enrique.

El conde Thierry de Oldemburgo descendía en línea directa del famoso Witikindo, caudillo de los sajones, convertido por Carlomagno, que le venció. Su esposa, la noble condesa Reinhilda, era hija de un príncipe danés, y la religión de Cristo había hecho de esta hija de bárbaros, una de las damas más cumplidas de su tiempo. Para premiarla, el Señor le concedió, en 872, el ángel de dulzura que se llamó Matilde.

Desde la más tierna edad fué Matilde por sus gracias y virtudes el embeleso de su abuela paterna, hasta el punto que ésta —llamada también Matilde—, con anuencia de sus padres, se la llevó consigo al convento de Herford, no lejos de Minden, a donde se había retirado y del cual vino a ser abadesa.

Allí quiso que la joven se instruyera en las letras sagradas y se familiarizase con la labor de manos. Bajo la tutela de la piadosa abadesa, pronto

adquirió Matilde una ilustración nada común, que se armonizaba perfectamente con sus encantos personales.

Sucedió que el poderoso duque de Sajonia, Otón, oyendo alabar por doquier a la joven doncella de Herford, pensó en dársela por mujer a su hijo Enrique, su sucesor.

Por orden del duque, dirigióse a Herford, acompañado de su preceptor y de un séquito numeroso y brillante, e hizo alto cerca del monasterio. Sin darse a conocer, y pasando por simples peregrinos, entraron por pequeños grupos en la capilla, como para rezar; y así pudieron admirar, sin ser notados, la gracia y la hermosura, al par que la piedad y devoción de Matilde.

Enrique siente inflamarse en su corazón la llama del amor y decide presentarse en persona. En efecto, pasados unos días, volvió al monasterio, seguido de su escolta, con gran pompa y majestad, y solicitó audiencia con Reinhilda; terminada la cual, consiguió verse con Matilde, cuya mano pidió.

Al día siguiente partió Enrique a Sajonia en compañía de su futura esposa, donde le otorgó como dote el dominio absoluto de Walehuum —hoy Wallhausen, en los confines de Turingia y del condado de Mansfeld— con todas sus dependencias.

El duque Otón amó a su nuera como a su propia hija y la honró como a una santa, pero no gozó largo tiempo del consolador espectáculo de sus virtudes; murió dando gracias a Dios por haber concedido a su hijo semejante esposa.

SANTA MATILDE, EMPERATRIZ

YA duque de Sajonia, Enrique se hizo amar de sus súbditos por la prudencia y la bondad de su carácter y nuestra Santa aprovechaba su nueva situación para dar a los pobres abundantes limosnas. Habíanse granjeado los corazones de sus vasallos, cuando en 918 murió el emperador de Alemania, Conrado I de Franconia. El pueblo y los señores exclamaron a una: «Sea Enrique nuestro emperador». Y así fué, siendo el primero de este nombre. Por lo mismo era Matilde emperatriz. No por tener más honores dejó de servir y ayudar a los pobres ni esto pudo disminuir un punto el respeto que los pueblos tenían a su persona y dignidad.

A pesar de sus ocupaciones pasaba horas y horas postrada ante el tabernáculo en la capilla de palacio; de noche dejaba el lecho nupcial, y se iba a celebrar suaves coloquios con el divino Esposo de su alma.

El amor de Dios era en ella manantial de su amor al prójimo. ¡Cuántos prisioneros le debieron la libertad o la vida!; mas nunca se impacientó el emperador Enrique, a pesar de las gracias incontables que le pedía Matilde, pues ésta sabía ser misericordiosa sin faltar a la justicia.

Bendijo Dios aquella santa unión otorgándoles tres hijos que fueron: Otón, más tarde emperador, que mereció el título de Grande; Enrique, duque de Baviera, y a quien su madre quería como a su benjamín; y por último, Bruno, que andando el tiempo fué arzobispo de Colonia y a quien la Iglesia inscribió en el catálogo de los Santos. Tuvieron además dos hijas: Gerberga, que fué reina de Francia, y Eduvigis, madre de los reyes Capetos.

Gracias a su acción benéfica surgieron como por encanto en todos los punto del imperio multitud de monasterios y hospitales. Los monjes y los clérigos, suavemente obligados por la gratitud, oraban sin interrupción por la familia imperial y, con sus oraciones, apartaban del Estado los peligros que le amenazaba, al par que preparaban el reinado glorioso de Otón el Grande.

VIUDEZ DE SANTA MATILDE

EN medio de las más lisonjeras esperanzas llamó la muerte a las puertas del palacio imperial, donde la dicha y la santidad reinaban a porfía. Acometido de una enfermedad mortal, el piadoso soberano de Alemania se iba acabando poco a poco, a pesar de los desvelos y de los cuidados de sus más fieles servidores.

Matilde no se apartaba de la cabecera de su querido enfermo, haciéndose violencia para no llorar en su presencia y no entristecerlo. Con frecuencia tuvieron juntos largos coloquios acerca de la vida eterna, de las alegrías del paraíso y de la vanidad de las cosas mundanas.

El augusto moribundo daba gracias a su esposa por los consejos que le había dado, sobre todo en los asuntos de alta justicia, en que estaba expuesto a jugar con la vida de sus semejantes. Cuando se retiraba la reina, volvíase a los asistentes, les hablaba de ella con admiración y les refería muchos actos de virtud, de los que él sólo había sido testigo.

A los mismos pies de un Cristo agonizante, agotadas sus fuerzas por el dolor interior demasiado tiempo contenido, se enteró Matilde de la triste nueva de la muerte de su esposo muy amado, acaecida el 2 de julio de 936 en Memleben de Sajonia.

Cayó de rodillas y, con un esfuerzo heroico, que la dejó rendida, se entregó en manos de la Providencia, prorrumpiendo entonces en copioso llanto, tan violento y tan hondo que a cada momento estaba a punto de ahogarse.

Largo tiempo permaneció en esta forma como privada de sentido. Cuando pudo levantarse tomó de la mano a sus tres hijos y llevólos junto al lecho de su padre; allí les habló con unción de la vanidad de las cosas y grandezas de la tierra.

—Hijo mío —dijo mirando a Otón, el mayor—, si subes al trono de tu padre, acuérdate de que un día bajarás a su tumba.

Luego preguntó si había aún algún sacerdote que pudiera celebrar y, encontrando uno, le rogó que ofreciese el santo sacrificio por el alma de su esposo, y le dió por ello espléndida limosna.

Una vez trasladados los restos del emperador, según su deseo, a Quedlimburgo para ser allí inhumados, Alemania se dispuso a designarle sucesor; todas las miradas recayeron en Otón, y el joven príncipe fué elegido según los deseos de su padre.

Matilde experimentó por ello, según parece, una gran contrariedad, estimando que Enrique debía tener preferencia, puesto que había nacido después del advenimiento del duque de Sajonia al trono de Germania. El privilegio de antigüedad de que disfrutó Otón, acentuó la tirantez existente entre los dos hermanos, por lo que fueron menester bastantes años para que la concordia se restableciera, gracias a los buenos oficios de su madre.

Otón dió a su hermano Enrique el ducado de Baviera. Bruno, en cambio, escogió la mejor parte: ya que, renunciando al mundo, se hizo sacerdote y gobernó la Iglesia de Colonia, desde 953 a 965.

Tranquila ya en cuanto al porvenir de sus hijos, la Santa no se ocupó en adelante sino en servir al Señor. La oración, el ayuno, la limosna fueron sus ocupaciones ordinarias; y, como los días no eran tan largos como sus anhelos, pasaba las noches en coloquios amorosos con el Esposo de su alma. Tenía costumbre de rezar el salterio entero antes del canto del gallo.

Sus primeras y últimas visitas eran para los pobres. Su corazón sentía con su vista vivísima alegría, porque los consideraba como hijos suyos; tratábalos con tierna intimidad y bastaba que ella se presentase para que en todos los corazones reinase la más perfecta alegría.

PERSECUCIÓN Y DESTIERRO. — DIOS TOMA SU DEFENSA

GENTE mal intencionada declaró a Otón el Grande que su madre ocultaba tesoros y confiscaba las rentas de la corona para distribuirlas indiscretamente a una multitud de vagabundos y desconocidos. Esto bastó para que el emperador la llamase a dar cuenta de los bienes de la corona que había administrado; la privó de sus propias rentas, quiso saber los donativos que le hacían, la hizo espiar de un modo indigno y hasta colocó guardias en los barrios que ella frecuentaba. Enrique, duque de Baviera, su hijo predilecto, ayudó a su hermano a alejarla de la corte.

Todo lo sufrió ella sin la menor resistencia y, como alguien se permitiese un día hablar en forma desfavorable a sus dos perseguidores, le atajó diciendo:



SANTA *Matilde acoge y socorre a los pobres de Colonia como a hijos suyos muy queridos. Todos la llaman madre y la veneran como a santa. Siempre que sale va con ella una monja encargada especialmente de distribuir las limosnas. La emperatriz distribuye consuelos y bondades sin fin.*

—Es para mí motivo de consuelo ver que mis hijos, antes en desacuerdo, empiezan a entenderse, aunque sea para perseguirme. Sí —añadía—, ¡ojalá pudiesen continuar de esa forma sin ofensa de Dios, pues tendría siquiera la satisfacción de verlos unidos!

Al dejar la corte para ir confinada a Engern (Westfalia), hubo de entregar a Otón toda su fortuna, incluso la dote que le dió su difunto esposo. Con todo, Dios tomó la defensa de su causa; Enrique se vió acometido de una enfermedad muy dañina, en la que muchos vieron el castigo de su ingratitud; al propio tiempo sus Estados y los de su hermano, se veían desgarrados por continuas guerras intestinas y castigados con diversas plagas.

Los magnates dirigiéronse entonces a la emperatriz Edith, para que obtuviese de Otón reparación de su falta y levantase el destierro a su madre. Así lo hizo, en efecto: envió a Santa Matilde los primeros señores de la corte para declarar su arrepentimiento y suplicarla que volviese; al mismo tiempo le escribió una carta muy respetuosa pidiéndole humildemente perdón de su falta.

La Santa, que era incapaz de guardar resentimiento alguno, accedió en seguida a los deseos de su hijo y volvió a encontrar a sus queridos pobres, que la esperaban hacía tanto tiempo y la recibieron con los ojos arrasados en lágrimas de pura alegría.

Atendiólos con más ternura que antes; por todas partes la acompañaba una monja para distribuir sus limosnas. Durante el invierno mandaba encender grandes braseros en las plazas públicas para que se calentasen los menesterosos, y esto en todas las ciudades y villas donde podía.

EL CONVENTO DE NORDHAUSEN

DESDE el año 961 al 965 estuvo Otón en Italia por causa de expediciones militares, en el transcurso de las cuales recibió del papa Juan XII la corona imperial; entretanto, su santa madre redoblaba las oraciones y limosnas y mandaba celebrar todos los días misas por el feliz regreso de su hijo.

Por último, con la ayuda de su nieto Otón, levantó en Nordhausen, ciudad de Turingia, un dilatado monasterio que pronto se vió habitado por más de tres mil doncellas que alababan a Dios todas las horas del día. Para que pudiesen vivir tranquilas y ajenas a los cuidados materiales, asignó a dicho monasterio cuantiosas rentas.

Al regresar de Italia el emperador después de su coronación, avistóse con su madre en Colonia; la estrechó entre sus brazos con gran ternura y respeto, y juntos dieron gracias a Dios por los beneficios de que los había colmado.

Otón visitó después el monasterio de Nordhausen, acompañado de su corte, y quedó maravillado del orden admirable que allí reinaba, pues la prudencia de Matilde lo había dispuesto y arreglado todo hasta en sus menores detalles.

La santa fundadora sentía, sin embargo, que su hora estaba cercana, y no quería salir de este destierro sin hacer valer la obra de sus manos. Habló, pues, al emperador de su designio de retirarse al convento para disponerse a la muerte; Otón puso al principio muchas dificultades, mas por último consintió en la separación.

La viuda de Enrique I se dirigió inmediatamente a Nordhausen y pidió por favor que la admitiesen entre las más humildes religiosas. Su regularidad y sobre todo su caridad no tardaron en ser la admiración de las religiosas, quienes apenas podían creer lo que veían: una antigua emperatriz y madre del más grande de los emperadores, desempeñar con tanta alegría los más humildes oficios.

VUELVE AL MUNDO

NO tenemos documentos concretos acerca del género de vida de Matilde después de la última entrevista con el emperador Otón; pero del texto un tanto impreciso de sus biógrafos se puede colegir que, a pesar de sus achaques y de la enfermedad, no disminuyó su actividad y siguió preocupándose de las obras que había fundado, arrostrando si era preciso frecuentes viajes, muy penosos a veces, en aras de su caridad.

Herida ya por la enfermedad que debía muy en breve llevarla de este mundo —dice su biógrafo—, no daba importancia a las fatigas mientras le quedase alguna buena obra que realizar. En los primeros días de enero de 968, llegó a Quedlimburgo, sus dolores se acrecentaron y comprendió que iba a morir muy pronto; distribuyó, pues, sus bienes entre los obispos, sacerdotes y monasterios; su nieto Guillermo, arzobispo de Maguncia, acudió a su lado y al verle se sonrió con angelical semblante.

—La voluntad de Dios te trae a mi lado —le dijo—; ningún ministerio podía serme más agradable que el tuyo, puesto que plugo a Dios hacerme sobrevivir a mi amadísimo Bruno, arzobispo de Colonia; ante todo vas a oír mi confesión, para absolverme de mis pecados, en virtud del poder que has recibido de Dios y de San Pedro. Luego irás a celebrar misa para la remisión de mis culpas, por el descanso del alma de mi difunto esposo y señor Enrique, y por los fieles de Cristo, vivos y difuntos.

Una vez cumplido el deseo de su santa abuela, Guillermo volvió de nuevo a su lado, le dió otra vez la absolución y le administró la Extremaunción y el Viático. Antes de ausentarse el arzobispo, la piadosa reina

mandó llamar a la abadesa de Quedlimburgo y le encargó fuese a buscar los «palios», como llamaba a los lienzos mortuorios que había dispuesto para su sepultura. Luego añadió:

—Quiero ofrecérselos a mi nieto como prueba postrera de mi cariño, pues los necesitará para el difícil viaje que va a emprender; después de mi muerte, no me faltará con qué amortajarme, pues, como dice el refrán popular: «Los parientes dan siempre un vestido para casar y un sudario para enterrar.»

Trajo, pues, los palios la abadesa, y la reina los ofreció a Guillermo, diciéndole: «Acéptalos como última ofrenda *mía* y como advertencia suprema.»

El arzobispo le dió gracias por esta tierna muestra de cariño, le dió con lágrimas su bendición y se despidió de ella; era la última plática que habían de tener en este mundo.

Al alejarse, dijo en voz baja a las personas que cuidaban a la augusta enferma: «Me veo precisado a salir para Radulveroth, pero dejo aquí a uno de mis familiares con el encargo de avisarme si se agrava la enferma para regresar apresuradamente.»

Pronunció estas palabras en tono tan bajo que parecía imposible que la reina hubiese podido oírlas; sin embargo, Santa Matilde levantó la cabeza y dijo al arzobispo:

—Es inútil que dejes aquí a ese sacerdote, lo necesitarás en tu viaje. Vete con la paz de Cristo adonde su voluntad te llama.

Partió Guillermo para Radulveroth, pero algunos días después de su llegada murió repentinamente. Enviáronse mensajeros a Quedlimburgo con la triste nueva, no osando nadie anunciársela a la reina por temor de acelerar su muerte; pero la sierva de Cristo, sonriendo en medio de sus sollozos, dijo:

—¿Por qué ocultarme la triste nueva? Ya sé que el arzobispo Guillermo ha salido de este mundo; que toquen las campanas, que llamen a los pobres y les den limosnas, para que rueguen por el alma del difunto.

ÚLTIMAS PLÁTICAS. — CULTO DE SANTA MATILDE

MATILDE sobrevivió aún doce días a esta prueba tan cruel para su corazón.

El Sábado Santo —14 de marzo del 968—, al rayar el alba, la sierva de Dios mandó llamar a los sacerdotes y a las religiosas, que se congregaron junto a su lecho. Gran multitud del pueblo se juntó a ellos y la moribunda tuvo suficiente presencia de ánimo para darles saludables consejos.

Habló también confidencialmente a su nieta, la abadesa Matilde, y le entregó un necrologio en el que estaban inscritos los nombres de sus parientes difuntos y le recomendó sobre todo que orase por el alma del difunto rey Enrique y por la suya propia.

En aquel momento la abadesa de Richburgo, con los ojos arrasados en lágrimas, se arrodilló a los pies de la augusta reina y muy reverente dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Señora muy amada, ¿a quién dejáis el cuidado de esta Congregación desconsolada, a cuya cabeza me habéis puesto a pesar de mi indignidad? ¿Qué va a ser de nosotras sin vos?...

Santa Matilde le dijo tiernamente que les dejaba por protector al emperador y la consoló cuanto pudo. Luego, mandando entrar de nuevo a los sacerdotes y monjas, hizo confesión pública, recibió la absolución, oyó misa y comulgó.

Después permaneció con los ojos y las manos levantados al cielo hasta las tres de la tarde. Entonces mandó que la pusiesen sobre un cilicio cubierto de ceniza. «Así —dijo— debe morir una cristiana»; y, haciendo la señal de la cruz, expiró.

Las religiosas de Quedlimburgo lavaron piadosamente su cuerpo y lo depositaron en el féretro. A punto de llevarla a la iglesia, llegaron unos emisarios enviados a toda prisa por Gerberga, hija de la Santa, los cuales eran portadores de un palio magnífico, tejido de oro, para la augusta sepultura. De este modo se cumplía la profecía de la sierva de Dios relativa a los palios regalados al arzobispo Guillermo, y a la sábana que le había de servir a ella misma de mortaja. Su cuerpo fué depositado junto a la tumba del rey Enrique, en Quedlimburgo, como lo había solicitado ella misma.

Desde los primeros momentos de su muerte, cuantos conocieron a Matilde, de común acuerdo celebraban su santidad, pero, desgraciadamente, no tenemos textos auténticos sobre el culto tributado a la Santa en el curso de los siglos. Y fácilmente se explica si se tienen en cuenta los estragos causados por las guerras de religión, las revueltas y los múltiples desórdenes, que aniquilaron, por decirlo así, la fe en muchas comarcas de Alemania, antaño muy católicas.

Una iglesia le fué dedicada en Quedlimburgo en 1858, y desde 1884, el clero de la diócesis de Paderborn, de la cual forma parte Quedlimburgo, tiene inserta en el breviario y en el misal una conmemoración especial de Santa Matilde.

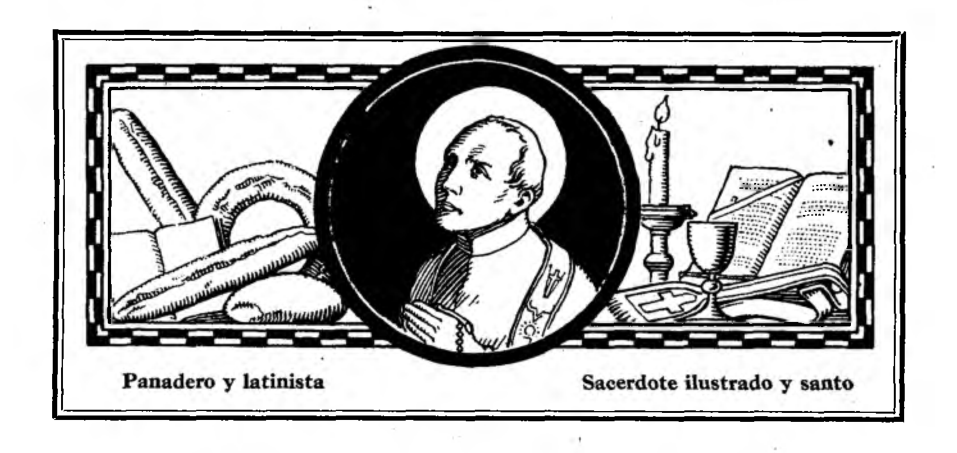
SANTORAL

Santos *Lubino, obispo de Chartres;* Eleuterio, obispo de Génova; Inocencio, obispo de Verona; Bonifacio, obispo de Ross, en Escocia; León, obispo y mártir; Eutiquio, Pedro y Afrodisio, mártires; los cuarenta y siete soldados mártires de la cárcel Mamertina, de Roma, bajo el imperio de Nerón; Juan II, abad de Monte Casino. Beatos Juan de Barastre, abad; Conrado de Ascolí, franciscano; Elías, enviado a Francia por San Francisco de Asís. Santas *Florentina, virgen,* cuya fiesta celebra la Iglesia española el 20 de junio; **Matilde, emperatriz y matrona;** Demetriada, virgen de Cartago, alabada por San Jerónimo y San Agustín. En el Abruzo ulterior (Italia) se celebra la fiesta de dos santos religiosos que fueron ahorcados de un árbol, en donde, después que habían muerto, les oyeron sus amigos cantar salmos.

SAN LUBINO, obispo de Chartres. — Nació en el seno de humilde familia en Poitiers, pero Dios le ensalzó hasta la dignidad episcopal. De jovencito, se ocupaba más en el cultivo de la tierra que en el de su propio espíritu; por esto crecía ignorante. Pero su trato con un piadoso ermitaño le facilitó el conocimiento de las primeras letras y, con ellas, un notable avance en la virtud. Llevado de su único afán, meditar en Dios, abandonó la casa paterna para ingresar en un monasterio. Recibió consejos y dirección de San Avito; permaneció un tiempo en la abadía de Leríns, y se estableció definitivamente en un monasterio de los alredores de Lyón. Después de la guerra entre francos y borgoñones, durante la cual la soldadesca despiadada le serró la cabeza con cuerdas, de cuyo mal le curó Dios, volvió a vivir con San Avito hasta la muerte de éste; luego fué a un desierto, pero el aroma de su santidad se difundió de tal manera, que no pudo librarse de aceptar la sede episcopal de Chartres. Dió ejemplo de todas las virtudes y durmióse en la paz del Señor en el transcurso del año 557.

SANTA FLORENTINA, virgen. — En Cartagena se meció la cuna risueña de esta santa doncella, que creció como planta hermosa y flor lozana en el hogar bendito donde germinaron las flores bellas de todas las virtudes, cultivadas con esmero por San Leandro, San Fulgencio y San Isidoro, tres luceros que alumbraron al mundo con destellos de sabiduría y reflejos de santidad.

Florentina recibió esmerada educación cristiana de sus padres; vió siempre admirables ejemplos de virtud en el hogar paterno; recibió sólida instrucción de su hermano mayor, Leandro; aprendió latín y entendió las Sagradas Escrituras. Nada de extraño, pues, que ella misma enseñara a su vez a Isidoro, el menor de los cuatro hermanos. Por su talento, cultura y virtud se atrajo las simpatías de cuantos la conocían. Muchos fueron los que la pretendían por esposa; pero Florentina había consagrado a Dios su virginidad y despreciaba todas las cosas de la tierra. Ingresó en el convento de Nuestra Señora del Valle, próximo a la ciudad de Écija, del cual pronto llegó a ser abadesa. Al olor de sus virtudes corrían muchas doncellas a ponerse a sus órdenes y recibir el influjo saludable de su dirección. Hubo necesidad de crear otros monasterios, en cuya empresa le ayudó notablemente su hermano San Fulgencio. San Leandro y San Isidoro le dedicaron varios de sus libros, para que con su lectura se perfeccionase más y más en la virtud. Después de dar a sus religiosas las últimas recomendaciones, voló a unirse con su divino Esposo, el 14 de marzo del año 633.


Panadero y latinista
Sacerdote ilustrado y santo

DÍA 15 DE MARZO

SAN CLEMENTE M.ª HOFBAUER

REDENTORISTA (1751 - 1820)

NACIÓ este heroico defensor de la Iglesia el 26 de diciembre de 1751, en Tasswitz (Checoeslovaquia). Recibió en el bautismo el nombre de Juan, que trocó más tarde por el de Clemente María.

Contaba sólo seis años cuando murió su padre, Pablo Hofbauer; su madre, María Steer, llamó al niño en aquella ocasión y, enseñándole un crucifijo de familia, le dijo: «Mira, hijo mío, en adelante éste será tu único padre; procura seguir sus pasos y llevar una vida conforme a su voluntad santísima». El niño se arrodilló, juntó las manos y levantó amorosamente sus ojos al crucifijo, como quien da conformidad absoluta a los deseos de su madre.

Desde aquel instante el niño Juan puso todas sus delicias en frecuentar las iglesias y practicar la caridad. Su placer más grato era distribuir a los niños pobres, vituallas y algunos dinerillos que se agenciaba.

Sólo el fuego del amor divino que inflamaba ya su alma puede explicarnos la sabiduría celestial de alguna de sus ocurrencias. Yendo cierto día el niño Juan en compañía de su madre, acertaron a encontrar en la calle a unos parientes suyos. «¿Qué hacéis aquí?» —les preguntó el niño—. Y le contestaron: «Estamos matando el tiempo».

Juan, que a la *sazón tenía* sólo ocho años, no alcanzó a entender lo que querían decir con aquello de «matar el tiempo», y cuando oyó de labios de su madre el verdadero sentido del modismo:

«¿Es posible? —exclamó, sorprendido por tan extraña respuesta—, ¿es posible?... Pero si no tienen que hacer nada, ¿por qué a lo menos no emplean el *tiempo* en *rezar?*» Respuesta, en verdad, digna de un santo y de un *apóstol.*

PANADERO Y LATINISTA. — VOCACIÓN PROVIDENCIAL

DESDE muy joven puso Dios en su corazón vivísimas ansias de llegar al sacerdocio, pero a sus encendidos deseos se oponía como obstáculo insuperable la pobreza de la familia; tuvo que resignarse a tomar un oficio manual: el de panadero.

Después de tres años entró a servir en la abadía premonstratense de Bruke. El hambre hacía estragos en Moravia y Bohemia; de todas partes acudían a la abadía turbas menesterosas y, a veces, hambrientas a pedir pan. Juan, en razón de su oficio de panadero, fué el encargado de amasar y cocer todo el pan necesario para alimentar a las muchedumbres; ya se comprenden los trabajos y desvelos que se impondría para cumplir. A su prodigiosa actividad, unía el sacrificio sin límites, imponiéndose las más duras privaciones para aumentar las limosnas.

Fray Jorge Lambreck, abad del monasterio, descubrió pronto la virtud y los secretos anhelos del panadero; ofrecióle manera de estudiar, a la vez que seguía en el oficio, y Juan pudo en cuatro años terminar los estudios de latinidad.

A la muerte del abad, Juan resolvió retirarse a la soledad y fué a vivir en una gruta, junto al santuario de Muhlfrauden, donde se veneraba una milagrosa imagen de Cristo atado a la columna; en este género de vida pasó sólo dos años, pues un decreto del emperador de Austria, José II, de tiránico recuerdo, abolió la vida eremítica en sus Estados. Juan se trasladó entonces a Viena, donde volvió a su antiguo oficio, en la panadería llamada la «Pera de hierro», situada frente al convento de las Ursulinas.

Peregrinó por dos veces a Roma en compañía de su virtuoso amigo Pedro Kunzman. Al fin llegaron a Tívoli, donde solicitaron del obispo Bernabé Chiaramonti, elevado más tarde al solio pontificio con el nombre de Pío VII, licencia para llevar vida eremítica en su diócesis. El discreto obispo los sometió a un riguroso examen y, convencido por sus respuestas, de que era el espíritu de Dios el que los guiaba, se determinó a satisfacer los deseos de ambos jóvenes: les dió su bendición y el hábito de ermitaños. En esta ocasión recibió el siervo de Dios el nombre de Clemente María.

Sin embargo, a medida que adelantaba en años, sentía irresistible inclinación al sacerdocio; parecíale que Dios le quería apóstol y no ermitaño; y, como esta idea le bullera de continuo en la mente, algunos meses después volvió a encaminarse hacia Viena, donde esperaba que la Providencia le deparase los medios necesarios para proseguir sus estudios teológicos y conseguir lo que tanto anhelaba.

Pero en la Universidad, nuestro Clemente no se sentía satisfecho; notó pronto que la doctrina de algunos profesores estaba plagada de los errores de Lutero y de Febronio, y con santa indignación interrumpió cierto día a uno de ellos, diciéndole:

—Señor, la doctrina que acaba usted de proponer, es contraria al dogma católico.

Y diciendo esto abandonó el aula en que con tanto descaro se maltrataba la doctrina de la Iglesia. Tan oportuna intervención tuvo un feliz resultado: el profesor que hablaba de aquella suerte, el célebre Jahn, reflexionó y mudó de vida, en forma que murió en 1816 siendo canónigo de Viena.

Así obra muchas veces Dios misericordioso: válese de una palabra para producir la chispa que ha de iluminar a una inteligencia y convertirla.

Volvió a Roma en compañía de su condiscípulo Tadeo Hubel; llegaron a la Ciudad Eterna a la caída de la tarde y se retiraron a descansar en una modesta posada, cerca de Santa María la Mayor. Convinieron que a la mañana siguiente irían a la iglesia cuyas campanas oyeran tocar primero.

Al romper el alba el esquiloncillo de la iglesia de San Julián, les envió antes que ningún otro campanario el sonido de su voz; levantáronse, pues, y se dirigieron a la iglesia para implorar la protección del Señor. Era la hora en que los religiosos que la servían tenían la hora de meditación. El aspecto de profunda piedad con que oraban impresionó tan hondamente el ánimo de Clemente que, al salir del templo, preguntó a un niño qué religiosos eran aquéllos.

—Son redentoristas —le contestó el niño; y luego, en tono profético, añadió: —Y no está lejano el día en que usted entre en esa Orden.

Esta inesperada salida del niño hizo no poca mella en el ánimo de Clemente, quien, sin aguardar al día siguiente, se va a encontrar al Superior y le pide respetuosamente informes sobre la regla y fin de la Congregación.

Impulsado por divina inspiración, el Superior ofrece a nuestro Santo admitirle en la Congregación; así fué cómo Clemente María dió con su verdadera vocación; vió claramente ser esta la voluntad de Dios. Con suma complacencia aceptó el ofrecimiento que se le hacía; tenía entonces 33 años.

El ilustre fundador de los Redentoristas, San Alfonso de Ligorio, que vivía aún, al enterarse de la admisión de Clemente, sintió gran alegría y predijo que por su ministerio «Dios manifestaría su gloria en los países del Norte».

NOVICIO. — SACERDOTE. — MISIONERO

CLEMENTE María fué desde el primer momento dechado y modelo de novicios, pero su estómago de moravo tuvo mucho que sufrir de la frugalidad italiana.

Tomó el hábito religioso el 24 de octubre de 1784, y al año siguiente, en la Solemnidad de San José, pronunció los votos religiosos en la Congregación del Santísimo Redentor.

Tanto progresó en santidad y ciencia que, un año después, fué juzgado digno de recibir las órdenes sagradas de manos del Obispo de Veroli. Ser sacerdote colmaba sus deseos; con ello veía ya realizados los ensueños de toda su vida y vislumbraba en lontananza los trabajos que podría emprender para mayor gloria de Dios. Poco tiempo después, en 1785, sus Superiores le enviaron con algunos compañeros a Varsovia donde, recomendado por el Nuncio, fué muy bien acogido por el rey Estanislao II. Desgraciadamente el estado social y religioso de Polonia era desastroso; los protestantes gozaban situación privilegiada por obra de Catalina II, emperatriz de Rusia. Con la fe católica habían desaparecido las buenas costumbres y la corrupción había llegado al colmo de la iniquidad.

—Temo mucho —decía nuestro Santo— que Dios descargue algún golpe terrible sobre esta nación que así desprecia sus gracias y favores; roguemos para que mis temores no se cumplan.

Estas palabras proféticas tuvieron pronto fiel cumplimiento. En 1793 comenzaba el desmembramiento de Polonia y dos años más tarde Rusia, Austria y Prusia se repartían este desventurado país. La nación polaca desaparecía como tal durante siglo y medio.

Sin embargo, a pesar de todos los obstáculos y contrariedades, el misionero no perdía el ánimo en su labor, seguro como estaba de hacer la voluntad de Dios al cumplir su ministerio apostólico. «Dios lo quiere», solía decir, y al decirlo se entregaba a su misión lleno de confianza en Aquel que todo lo puede.

En una circunstancia, como llegase a faltar el pan a sus religiosos, el Padre Hofbauer bajó a la iglesia y oró largo rato; de repente, con santa osadía, se acercó al sagrario y, llamando a la puertecilla, dijo: «Presto, Señor, venid a nuestra ayuda, que ya es tiempo».

Poco después un desconocido caballero se presentaba en la residencia y entregaba socorros para remediar aquella necesidad.

Varias otras veces le ayudó Dios de manera prodigiosa, todo lo cual sabía aprovechar admirablemente para extender y propagar sus obras apostólicas.



EL *niño dice a San Clemente María Hofbauer: «Estos religiosos tan piadosos son los sacerdotes que en Roma llamamos Redenristas. Sin tardar mucho, será usted como ellos, porque entrará en esa Congregación». El peregrino, impresionadísimo, tomó el aviso por llamamiento divino.*

CELO Y CARIDAD DEL SANTO. — FUNDA ESCUELAS

SU celo no reconocía límites y los pobres eran los que primero participaban de sus caridades. Después de la devastación de los arrabales de Varsovia por los rusos una multitud de niños, cuyos padres habían perecido, se encontraron sin pan y sin hogar. Clemente creó para las niñas huérfanas establecimientos de beneficencia que confió a vírgenes cristianas y él mismo se encargó de los niños, a los que cuidaba y prodigaba sus atenciones cual solícita madre.

Pedía limosna para ellos y nada le importaban las humillaciones más crueles con tal de poderles atender y alimentar. Habiéndose encontrado cierto día con un grupo de jugadores, les pidió limosna; uno de ellos se dió por ofendido y, fuera de sí, llegó a escupirle en la cara; el siervo de Dios se limpió con toda calma y, dirigiéndose con sosiego a su injuriador:

—Esto —le dijo— va para *mí*, pero ahora te suplico me des una limosna para mis huerfanitos.

Tanta mansedumbre y humildad desarmaron al furioso jugador, el cual le dió una crecida limosna, se convirtió y publicó por todas partes la heroica paciencia del Santo.

Pero no les basta a los niños el pan material; bien lo sabía el santo sacerdote; por eso fundó para sus huérfanos escuelas que puso en manos de maestros hábiles y virtuosos, formados bajo su inspección y vigilancia. Esas obras exigían grandes gastos y el administrador del convento se quejaba a menudo, pero el Santo le respondía sonriendo:

—Dad y se os dará: no os preocupéis del día de mañana.

Esta confianza en Dios no le salió nunca fallida.

La iglesia de San Bennón era una verdadera misión perpetua en la que el celo del padre Clemente lo animaba todo con su entusiasmo y fervor; en ella se distribuían al año más de 100.000 comuniones; cada grupo de fieles formaba una cofradía; una de ellas tenía por misión la difusión de buenos libros y combatía con todo entusiasmo la propaganda jansenista, la protestante y la de la naciente secta de los francmasones.

La vida íntima de nuestro Santo no era menos admirable que su vida de apóstol. A los pies del Santísimo Sacramento sacaba fortaleza y ecuanimidad admirables. Ofrecía el santo sacrificio de la Misa con amor de serafín; practicaba los votos de religión con la perfección y fervor de las almas escogidas. Sumamente austero consigo mismo, jamás se quejaba de nada ni de nadie. «Mirad —decía un día a uno de sus Hermanos—: para soportar la fatiga el misionero debe ser mortificado. Yo no he probado el vino hasta los cuarenta años».

Tampoco descuidaba la mortificación interior: «Las penitencias corporales —solía decir— no son ni absolutamente necesarias, ni muy difíciles; pero la renuncia de la propia voluntad y la represión de las malas inclinaciones son de necesidad absoluta para adquirir las virtudes; es éste un combate mucho más difícil».

Un alma tan bien templada alcanzó rápidamente la más alta perfección. Cual otro San Francisco de Sales, había logrado domar, mediante una lucha incesante, la vivacidad natural de su carácter; las injurias más atroces no conseguían turbar su tranquilidad ni alterar en lo más mínimo su semblante. Persona de tal condición era idónea para llevar la cruz a ejemplo de su divino Maestro; por otra parte, el Señor cuidó que no le faltara nunca durante toda su vida, purificando así más y más a su fiel siervo.

LOS REDENTORISTAS SON EXPULSADOS DE POLONIA

ENVIDIOSOS los sectarios, herejes y revolucionarios de la gran influencia de los Redentoristas en Varsovia, emplearon todas sus arterías hasta lograr la total extinción de su obra, y un decreto por el cual se los expulsaba no tan sólo de Varsovia, sino de toda Polonia.

Federico Augusto, rey de Sajonia, firmó con lágrimas en los ojos este decreto por orden de Napoleón, cuyas tropas ocupaban el país.

Nuestro desterrado Padre Clemente María permaneció algunas semanas detenido con sus Hermanos en la fortaleza de Custrin, y hacia fines del año 1808 hubo de salir para Viena.

En esta ciudad halló al principio oposiciones y penalidades, pues fué detenido como conspirador y enviado al calabozo; pero lejos de intimidarse el inocente perseguido, con estos rigores aumentaba su alegría, al entrever próximos consuelos. En efecto, su inocencia fué a todos manifiesta y por ello salió de la cárcel. El papa Pío VII le defendió tan bien contra la desconfianza de la corte de Viena, que el emperador de Austria, Francisco I, reconoció al fin a la Congregación del Santísimo Redentor. Entonces, el Padre Clemente María agrupó en torno suyo a todas las clases sociales de la ciudad.

APÓSTOL DE VIENA

MUY raros eran en aquella época en Viena los cristianos de entereza suficiente para declarar en público su afecto a las doctrinas de la Iglesia católica y su adhesión incondicional a la Santa Sede. Este valor, que a tantos faltaba, San Clemente María lo poseía en alto grado. Sin importarle lo que el público dijera, se estableció en el centro de la ca-

pital de Austria como sacerdote netamente católico, y como tal se dió a conocer en sus enseñanzas, en su proceder y en todas sus obras y empresas. Tan alto ejemplo de virilidad cristiana causó verdadera sensación en el ambiente social; y a poco el humilde Padre Clemente llegó a ser cual faro luminoso que atraía a todos los verdaderos hijos de la Iglesia católica.

Y es que este santo varón vivía de la vida de fe. «Una persona sin fe —solía decir— me da la impresión de un pez fuera del agua... Creo con más tesón y firmeza lo que la fe me enseña, que lo que veo a simple vista y, si con los ojos corporales me fuera dado presenciar los misterios de la fe, no los abriría para no perder el mérito de esta virtud».

Gracias a esa fe realizó numerosas obras de caridad. Apenas si puede compararse la ternura que tiene un padre con sus hijos con la que este apóstol tenía con los pobres: daba cuanto llegaba a sus manos. Cada día visitaba a los desheredados de la fortuna, escuchábalos, los animaba y se ponía a su disposición en el confesonario. Los pobres vergonzantes eran objeto de una caridad especial: sabía descubrirlos y socorrerlos con extremada delicadeza.

Difícil sería dar idea de la caridad y solicitud que prodigaba a los miembros dolientes de Jesucristo. Nunca retardaba el auxilio a los enfermos, ora fuese de día, ora de noche, con viento o con nieve, a corta o larga distancia. Si el enfermo era pobre, suministrábale socorros; si no había nadie para cuidarle, él hacía de enfermero; su abnegación, su amena charla, su amable familiaridad, le ofrecían esas brillantes victorias por las cuales arrancaba del infierno a tantas almas como la muerte pudiera precipitar en él.

Cierto día fueron a llamarle para confesar a un enfermo que hacía más de veinte años que no frecuentaba los Sacramentos, y a la hora de la muerte rechazaba los auxilios de la religión. Su anciana madre y su mujer recibieron al Padre Clemente María con lágrimas en los ojos y le introdujeron en la estancia del moribundo; apenas le vió el enfermo montó en cólera vomitando injurias y denuestos contra él.

—Amigo —le dijo el Santo—, cuando uno se dispone a emprender largo viaje, procura proveerse del necesario viático, ¿cómo puede ser que tú, cuando vas a emprender el de la eternidad, que es tan largo, desprecies los Sacramentos de la Iglesia, medios indispensables para llegar felizmente al término, que es la gloria?

El enfermo rechazó sus consejos.

—Márchate, sal pronto de aquí — exclamó.

El Padre Clemente hizo ademán de retirarse, pero se detuvo en el umbral de la puerta. El enfermo se dió cuenta y, juntando las pocas fuerzas que le quedaban, le increpó frenético:

—Márchate y déjame en paz.

Entonces el Padre se vuelve hacia el enfermo y, con voz resuelta y tono severo, le dice:

—No me iré, no; vas a morir pronto y quiero presenciar la muerte de un réprobo.

A estas palabras, que parecían inspiradas por el cielo, el moribundo prorrumpió en sollozos, se avino a reconciliarse con Dios y expiró como un predestinado en brazos del santo misionero.

MUERTE DEL SANTO. — EL TRIUNFO

TAN numerosos y continuados trabajos habían debilitado poco a poco la robusta complexión del Santo; sin embargo, no cesaba en sus apostólicas empresas y en el ejercicio de su ministerio, aun en medio de crueles sufrimientos.

Por fin el 15 de marzo de 1820, a eso de mediodía, en el momento en que rezaban el ***Angelus,*** **entregó su hermosa alma a Dios.**

Sin tardar empezaron los prodigios en su tumba; innumerables gracias espirituales y temporales fueron el fruto de su intercesión. Los hechos milagrosos se repetían con tanta frecuencia que los fieles solicitaron a Roma la introducción de su causa, lo cual tuvo lugar el 14 de febrero de 1867. Verificóse su Beatificación en el Pontificado de León XIII y, por fin, la Canonización solemne del Apóstol de Viena, por Pío X, el 20 de mayo de 1909, al mismo tiempo que la de San José Oriol, apóstol de Barcelona.

SANTORAL

Santos *Raimundo de Fitero, abad;* Zacarías, papa; **Clemente María Hofbauer, confesor;** Longinos, mártir, soldado que atravesó con una lanza el costado del Divino Redentor; Magoriano, uno de los primeros evangelizadores del Tirol; Probo, obispo de Rieti; Juan Sabas, natural de Nínive y monje, cerca del Tigris; Juan de Sapsas, que moró en una cueva, honrada con la presencia de Jesucristo cuando visitó al Precursor en el desierto; Juan de Choceba, que se alimentaba en el desierto con sólo frutas y raíces; Juan, anacoreta de la Laura de San Sabas; Aristóbulo, hermano de San Bernabé, discípulo de los Apóstoles y mártir; Menigno, batanero de oficio, mártir; Especioso, monje benedictino; Sisebuto, abad de Cardeña; Balustato, religioso en Ribagorza; Melitón, mártir, venerado en Granada; Silvio y Eutiquio, mártires en Nicomedia. Santas *Madrona, virgen y mártir, venerada en Barcelona; Leocricia* o *Lucrecia, mártir en Córdoba, por denuncia de sus mismos padres;* Columba, abadesa de Lamego, virgen y mártir; *Luisa de Marillac, cofundadora de las Hijas de la Caridad.*

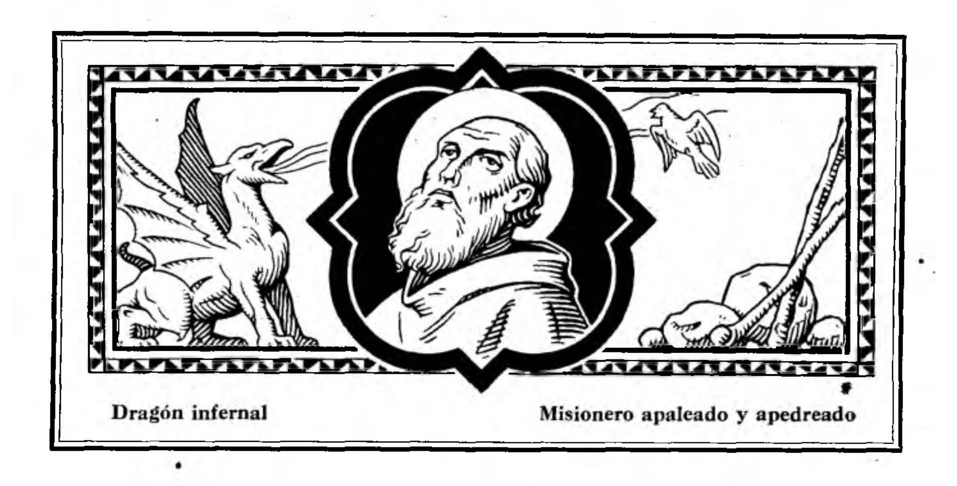
SAN RAIMUNDO, abad de Fitero y de Calatrava. — Este ilustre Santo, que ocupa un puesto de honor en la Historia de nuestra Patria, nació en Tarazona, sita en el reino de Aragón. Dios, que le destinaba a grandes empresas, le adornó de las disposiciones y gracias conducentes a sus fines providenciales. Ya de joven fué «ejemplar en las costumbres, moderado en el hablar, grave en las palabras, modesto en las acciones y extremado en todos los ejercicios de piedad» (Ribadeneira). Deseando atender con esmero al delicado negocio de su salvación, se hizo religioso del Cister, ingresando en el monasterio de Scala Dei, en Gascuña. De allí, en tiempos de Alfonso VII el Emperador, vino a fundar el monasterio de Fitero, del que llegó a ser abad. Se hizo célebre en la Historia de España por su valor e intrepidez en luchar contra los árabes, a quienes venció en la importante plaza de Calatrava, que los Templarios habían abandonado por el inminente peligro en que se hallaban ante las duras acometidas de sus enemigos. No pudiendo acudir Sancho a defender la plaza, la ofreció con todos sus términos, castillos y fortalezas a quien se comprometiera a libertarla del yugo sarraceno. Sólo se ofreció para esta empresa Raimundo, abad de Fitero. Reunió un ejército de veinte mil combatientes, y con ellos se fué a Calatrava y logró rechazar valerosamente a los árabes, arrojándolos hasta de sus más inexpugnables fortalezas. Pronto creció el interés de muchos personajes en luchar bajo la dirección de este nuevo y valeroso caudillo del Señor. Así se originó la Orden militar de Calatrava, compuesta de dos clases de cuerpos regulares: una de la reforma del Cister, y otra de militares con las insignias del mismo hábito de la Orden. Murió cerca de Aranjuez el 15 de marzo de 1163.

SANTA MADRONA, virgen y mártir. — Era una doncella de servicio en casa de una señora judía de Tesalónica, y estaba dotada de un carácter dulce y amable. Descubrió su dueña la religión católica que profesaba Madrona, y por esto la atormentaba de palabra y de obra para lograr que renunciase a su fe.

Pero la joven cristiana se mantuvo firme en sus creencias, por lo cual fué muerta a golpes por su cruel señora. Después de su martirio, los cristianos se llevaron su cuerpo; pero la Providencia dispuso que el barco que llevaba tan santa reliquia llegase, a causa del temporal, al puerto de Barcelona, en cuya ciudad es muy venerada en la parroquia que está bajo su patrocinio.

SANTA LEOCRICIA, virgen y mártir. — A mediados del siglo IX vivía en Córdoba, su ciudad natal. Fué catequizada por Liciosa, amiga suya. Huyó de casa de sus padres, musulmanes, porque con malos tratos la querían hacer abjurar de su fe. Se vió grandemente protegida por San Eulogio, cuya vida reseñamos el día 11. Con cuatro días de diferencia, Eulogio y Leocricia o Lucrecia sufrieron el martirio, vertiendo su sangre al filo de la espada, que segó sus gargantas arrebatándoles la vida corporal, pero introduciéndolos en la eterna. Día tan venturoso fué para Lucrecia el 15 de marzo del año 859.

SANTA LUISA DE MARILLAC, viuda y cofundadora. — Nació en París en 1591 de familia de noble abolengo. Huérfana de madre, su padre la puso presto como pensionista en el convento de Dominicas de Poissy. Muerto el padre, quedó Luisa bajo la tutela de un tío suyo, canciller del reino y hombre de gran piedad, que le sirvió de preceptor. En su escuela hizo grandes progresos en letras, artes y virtudes. A los veinte años manifestó deseos de entrar en el claustro, mas Dios lo dispuso de otro modo y Luisa contrajo matrimonio. Pronto se distinguió en París por su caridad para con los pobres. Púsose bajo la dirección de San Vicente de Paúl y habiendo ella enviudado, realizó con este Santo una obra fecundísima: la fundación de las Hijas de la Caridad. El 15 de marzo de 1660, murió santamente.



Dragón infernal — Misionero apaleado y apedreado

DÍA 16 DE MARZO

SAN ABRAHAN KIDUNAIA

ERMITAÑO († en 366)

LA vida y virtudes de este renombrado ermitaño sirio son harto conocidas gracias a los himnos compuestos en honra suya por el contemporáneo —y quizá pariente— San Efrén (373), y, sobre todo, por una extensa biografía escrita probablemente en el siglo V.

Abrahán Kidunaia o Kiduna vió la luz primera en la segunda mitad del siglo III, muy cerca de la ciudad de Edesa —la actual Orfa—, en Mesopotamia. Sus padres eran ricos y muy estimados. Fué una de sus preocupaciones procurar al joven Abrahán una alianza matrimonial digna de su fortuna y de su alcurnia. Desposáronle, en efecto, con una joven tan recomendable por sus virtudes como por su abolengo. Cuando más tarde llegó el momento de concertar el matrimonio, vióse Abrahán fuertemente obligado por las lágrimas y los ruegos de su madre y por el mandato expreso de su padre a aceptar, a pesar de su gran repugnancia, el partido que se le proponía, aparentemente, con visos de providencial. Las fiestas y diversiones que acompañaron a la ceremonia de la boda duraron, según costumbre, una semana; pero el séptimo día, horas antes de la conclusión del matrimonio propiamente dicho, el alma de Abrahán fué repentinamente iluminada por

una luz celestial y oyó la voz del Señor que le llamaba a bodas más castas y deleitables. El joven no titubeó un instante, dejó secretamente casa, padres y prometida esposa, y se retiró a una cabaña solitaria situada no lejos de la ciudad.

Una vez en refugio seguro, dió gracias a Dios por haberle separado del mundo y de sus seducciones, y se entregó por entero a glorificarle en la soledad mediante continuas austeridades y oración prolongada.

Esta repentina y nunca esperada fuga, sorprendió y afligió sobremanera a sus padres y parientes, quienes despacharon mensajeros a todas partes para inquirir noticias de él. Finalmente, al cabo de diecisiete días le encontraron en la cueva, con no poca admiración de unos y otros.

El padre, la madre, la esposa y todos los parientes, deshaciéndose en lágrimas, pusieron en práctica todos los medios que les sugirió la ternura para retirarle de aquella soledad; pero el santo mozo les supo demostrar que Dios acababa de otorgarle una merced señaladísima, sustrayéndole a las ocasiones de pecar e imponiéndole el yugo suavísimo de su divino servicio en el estado de perfección.

Sus padres comprendieron sin dificultad la gracia con que los distinguía el Señor y dejaron libre a su hijo para que siguiera su vocación. Abrahán, para mejor conseguir que respetasen su soledad y su vida de ermitaño, mandó tapiar las ventanas y no conservó en su celda más que un diminuto ventanillo por donde le pudiesen proveer de pan y agua, único alimento que tomaba.

VIDA DE ERMITAÑO

EL nuevo asceta se dió con extraordinario ardor a la práctica de las virtudes cristianas. No poseía más que los objetos indispensables, una túnica de pelos de cabra, una capa, una estera para el escaso reposo que tomaba y un cantarillo para el agua. Negaba a los sentidos hasta las satisfacciones más legítimas. Hace observar su biógrafo que, a pesar de las vigilias, penitencias y ayuno prolongado, conservó Abrahán su cuerpo sano y vigoroso, con todo y estar dotado de temperamento delicado; tanta era la alegría espiritual con que la suavidad de la gracia le fortalecía. Pobre en bienes temporales, hallábase ricamente provisto de los dones celestiales: lágrimas de compunción, humildad profunda, espíritu de oración, caridad inagotable.

Permitió el Señor que la acrisolada virtud de Abrahán tuviera extenso campo de acción. Su celda se trocó en breve en una especie de santuario que atrajo a muchos visitantes. Unos iban a buscar ejemplaridad o mayor fervor, otros dirección y oportunas enseñanzas, pues Dios le había otorgado con larga mano el don de sabiduría y de consejo; muchos anhelaban conse-

guir del cielo, por su mediación, algún favor particular. Sabía el buen ermitaño que tales visitas habían de procurar más gloria a Dios y a las almas más alientos en la práctica de la virtud, y por eso las recibía.

Era su humildad de las más profundas y arraigadas, por lo que tratába a sus visitantes con la mayor llaneza, sin mostrar preferencia alguna: idéntico celo e idéntica bondad sobrenatural para los pobres y los ricos. No reprendía a nadie con ira ni usaba jamás términos duros o altaneros; sus palabras —según nota su biógrafo más antiguo— iban impregnadas siempre de prudencia y mansedumbre, por lo que no se cansaban de oírle, y tanto su conversación como sus ejemplos movían las almas a una vida más cristiana.

Hacía más de diez años que Abrahán había dejado el mundo para vivir como ermitaño, cuando cierto día llegó a sus oídos la noticia del fallecimiento de sus padres, que le dejaban heredero de considerable fortuna. Tenía el corazón demasiado desprendido de los bienes de la tierra y demasiado deseoso de la pobreza evangélica para retener semejante herencia y cargarse con su administración. Rogó, pues, a un amigo suyo, de reconocida probidad, que repartiera a los pobres y huérfanos la mayor parte, reservándose lo demás para alguna necesidad imprevista y urgente. Con tales limosnas pensaba Abrahán librarse de cuidados importunos y peligrosos y cumplir además los deseos de sus difuntos padres y los deberes que le imponía la piedad filial. Su alma salió con ello ganando mucho, pues esta renuncia constituyó un paso más en el desprendimiento total de los bienes creados y, por lo tanto, la ocasión de enriquecerse más de los dones sobrenaturales.

RECIBE LA UNCIÓN SACERDOTAL

HABÍA en las cercanías de la ciudad de Edesa una villa importante llamada Beth-Kiduna. Sus moradores, gentiles aún, persistián rebeldes a las predicaciones y al celo de los sacerdotes, diáconos y monjes enviados para su conversión; no cosechando los misioneros más que odio y malos tratos. Sumamente afligido por tan pertinaz resistencia a la doctrina evangélica, el obispo de Edesa buscaba qué medio emplearía para librar a los habitantes de Kiduna de la idolatría. Ocurriósele cierto día valerse de Abrahán el ermitaño: su gran piedad, extraordinarias virtudes y crédito ante el Señor conseguirían, a no dudarlo, conversiones a la fe cristiana. El clero que asistía al prelado aprobó unánimemente la elección. Fué, pues, el obispo acompañado de algunos sacerdotes a la celda del ermitaño y le habló de los infieles de Beth-Kiduna, de su propósito de ordenarle de sacerdote y de encargarle de la evangelización de la villa pagana. Como Abrahán protestase de su indignidad y pidiese que le dejasen en paz llorando sus culpas en la soledad, respondióle el prelado que la gracia de Dios le

haría llevar a feliz término lo que su superior le ordenaba; pues, trabajar en la salvación de las almas de los demás a la vez que en la propia, era prueba de mayor amor a Dios y manantial más abundante de méritos propios.

—Cúmplase la voluntad de Dios —dijo entonces el solitario, rindiéndose a las razones del prelado—, dispuesto estoy a obedeceros y a ir adonde queráis mandarme.

Dejó con tristeza su retiro para seguir la voluntad de Dios, preparóse algún tiempo al ministerio sacerdotal y recibió el sacerdocio en una fecha que no podemos fijar con exactitud, pero que hubo de ser hacia el año 330.

EL MISIONERO

SACERDOTE ya, Abrahán encaminóse sin tardanza al campo de su apostolado. Allí reinaba el demonio como dueño y señor, y la lucha había de ser dura y prolongada. El nuevo apóstol conjuró al Señor que se apiadara de su debilidad, que le asistiera en aquella obra emprendida únicamente por su gloria y que librara de la tiranía de Satanás a aquellas almas creadas a su imagen y redimidas con la sangre de su Hijo.

Aprovechando los pocos recursos que providencialmente había reservado al distribuir su herencia paterna, y ayudado por la administración civil, edificó un templo modesto pero de bella ornamentación y decorado con buen gusto. Nuestro Santo pasaba gran parte de los días en oración, pues sabía que sólo las fervorosas plegarias, unidas a las austeridades y prolijos sufrimientos, conseguirían del Señor gracia para transformar aquellos corazones empedernidos y hostiles a la fe.

A los paganos que por curiosidad iban a visitar el nuevo templo, explicábales Abrahán que había un solo Dios verdadero y que los ídolos no eran más que deidades falsas y sus sacerdotes impostores o ministros de los demonios. Por inspiración de Dios y apoyándose en la legislación civil establecida por el emperador Constantino, el celoso misionero derribaba las estatuas de los dioses y juntamente sus altares. No hizo falta más para excitar el furor de aquellas gentes; los más fanáticos se echaron sobre él, le golpearon bárbaramente y le arrojaron de la villa. Pero el Santo volvió durante la noche y entró en su iglesia, suplicando al Señor que se apiadase de sus perseguidores.

No quedaron poco sorprendidos los paganos al encontrarlo allí al día siguiente. Exhortólos el Santo a renunciar a sus supersticiones, mas en vez de prestarle oído, llenos de furor echaron mano de él, sacáronle de la iglesia y le arrastraron por las calles hasta fuera de la villa. Arrojaron sobre él una nube de piedras y se retiraron al fin dándole por muerto. Al volver en sí el santo mártir, lo primero que hizo fué orar por la conversión de sus



SAN *Abrahán Kidunaia no deja en su cabaña más que un ventanillo por donde le puedan proveer de un poco de pan y agua para su sustento. Desde él adoctrina y consuela a los numerosos peregrinos que vienen en busca de consejos y gracias espirituales, las cuales obtienen del cielo por mediación del ermitaño.*

verdugos. Con la ayuda de Dios pudo llegar a la iglesia y emprender nuevamente su ministerio de oración y predicación. Al verle, sus enemigos quedaron más asombrados que nunca; pero redoblóse su encono y por espacio de tres años procuraron, por todos los medios posibles, hartarle de insultos, ultrajes, golpes, malos tratos, negativa de sustento, expulsión; en una palabra, de todo usaron para forzarle a que se retirara.

Mas todo fué en vano, pues Abrahán soportó tantos vejámenes sin manifestar la menor señal de cólera o de queja. Cuanto más le perseguían, más bondad demostraba a sus enemigos, tratando a los más ancianos como a padres, y a los jóvenes como a hijos suyos. Al fin, el odio y la crueldad de sus enemigos quedaron vencidos: todos admiraban ya la conducta de su víctima. A pesar de los malos tratos y de los insultos, el santo sacerdote a todo se había sobrepuesto; todo lo había soportado sin quejarse y hasta con alegría; jamás se le oyó una palabra de reproche contra nadie, siempre la misma caridad y la misma disposición de ánimo. Había derribado con suma facilidad todo los ídolos y los ídolos no habían podido vengarse de él. Evidentemente este hombre anunciaba la verdad y era prudente escucharle. Así se decían aquellos pobres extraviados.

Acabaron, pues, por ir a verle a la iglesia. ¡Qué grande fué la alegría de Abrahán cuando los vió acudir en masa a someterse al verdadero Dios! ¡Con qué acentos de reconocimiento y de júbilo dió gracias a Dios por haber oído sus plegarias!

Los nuevos catecúmenos fueron instruídos en las verdades de nuestra fe con todo esmero y preparados al santo bautismo. Casi toda la población, compuesta de unas mil personas, se bautizó y el Santo gastó un año en organizar la nueva parroquia.

INOPINADO RETORNO A LA VIDA EREMÍTICA

VIENDO Abrahán la decisión de los recién convertidos de permanecer fieles a la fe y a la religión de Cristo, juzgó terminada su misión; y tanto más cuanto que el afecto y veneración de que era objeto por parte de sus hijos espirituales, le hacían temer que tal vez su amor a Dios y el celo de su gloria fueran menos desinteresados. Por otra parte, el cuidado de tantas almas no le permitía orar y mortificarse como era su deseo. Por estos motivos resolvió Abrahán reanudar la vida eremítica y, temiendo que el obispo no se lo permitiera, se creyó con derecho a colocarle ante el hecho consumado, puesto que ya había dado fin a su mandato, que era la conversión de los paganos de Kiduna. Así, pues, cierta noche partió secretamente de la villa, no sin haberle dado antes por tres veces su bendición, se internó en el desierto y ocultóse lo mejor que pudo.

Con profundo dolor se dieron cuenta al día siguiente los fieles de la partida de su venerado padre; pero a pesar de todas las pesquisas el paradero de éste permanecía ignorado. Avisado el obispo, llegóse a Kiduna para consolar a sus moradores, y eligió de entre ellos a los varones más notables por su virtud; preparólos a la recepción de las diversas órdenes sagradas, los ordenó y les confió la dirección espiritual de sus paisanos.

No bien supo Abrahán lo que el prelado acababa de hacer, se holgó en extremo y dió gracias al Señor por ello. Con esto, seguro ya de que en lo sucesivo habían de dejarle tranquilo, volvióse a su antigua celda, edificó al lado otra, mejor dispuesta y más resguardada de las miradas de los visitantes, y se abrazó nuevamente con los ejercicios de la vida monástica.

Envidioso el demonio de las virtudes eminentes y del apostolado fecundo del santo recluso, hízole continua guerra para lograr que dejara la soledad o conseguir siquiera que atenuara el rigor de vida en el servicio de Dios. Unas veces, disfrazado de ángel de luz, le daba alabanzas y parabienes por su santidad; otras, presentábase como un hombre armado de un hacha en ademán de echar abajo la celda; o bien, le amenazaba de muerte, o aparecían fantasmas que con gritos pretendían distraer al ermitaño postrado en fervorosa oración. Mas el varón de Dios no se dejaba intimidar; antes bien, despreciaba a su enemigo, ahuyentábale invocando el santo nombre de Dios, redoblando sus austeridades, y sobre todo humillándose más y más ante el divino acatamiento.

Maravillosas fueron las victorias que tuvo Abrahán de la carne, del mundo, de los gentiles que convirtió, y de los mismos demonios; pero no fué la menos ilustre de todas la que sigue. Su primer biógrafo asegura que el ermitaño se dedicó en su soledad a la educación de una sobrina suya, por nombre María, huérfana de padre y madre. Algunos historiadores modernos ponen sus reparos a la autenticidad de esta parte de la biografía; sin entrar, pues, en discusión histórica, diremos que la niña —lo refieren las Actas—, por no haber querido encargarse de ella sus parientes, fué recogida por San Abrahán quien, habiendo hecho repartir entre los pobres los grandes bienes que sus padres la habían dejado, dispuso que viviera en una celda inmediata a la suya, y allí por una ventanilla la instruía y le enseñaba los salmos y otras oraciones. Hizo tan grandes progresos —dice San Efrén— bajo la disciplina de su tío, que fué perfecta imitadora de sus virtudes y modelo de pureza y de piedad.

Pero, ¡ay!, el demonio le armó un lazo para hacerla caer. Sirvióse al efecto de un joven que iba algunas veces a visitar a Abrahán, el cual la vió un día y se encariñó y, enredándolo todo el demonio, tuvieron ocasión, lugar y tiempo para perderse. Entró a la pobre joven ciega desesperación, y, en vez de declararse y pedir consejo a su tío, tuvo vergüenza y huyó secretamente.

Creyendo que su mal era sin remedio, se entregó a una vida disoluta en una población que había a dos jornadas de allí.

Luego que el enemigo de la salvación triunfó de su presa, vió San Abrahán en sueños que un espantoso dragón se estaba tragando a una inocente palomita cerca de su celda. Creyendo que esto significaba alguna grande persecución que amenazaba a la Iglesia, pasó todo el día siguiente en oración y en gemidos. La noche inmediata se le volvió a presentar en sueños el mismo dragón que, viniendo a reventar a sus pies, arrojaba del vientre la misma palomita, pero todavía con vida. No tardó mucho en comprender el verdadero sentido de la visión, porque, reparando que había dos días que no oía cantar a María los salmos que acostumbraba, y habiéndola llamado inútilmente, conoció que ella era la paloma que el dragón se había tragado. No se pueden explicar las lágrimas que derramó y las penitencias que hizo por espacio de dos años para alcanzar la conversión de aquella desgraciada.

Mientras derramaba lágrimas de sangre por aquella tan lamentable caída de su sobrina, iba en busca de ella, no como pariente iracundo, deseoso de vengar el ultraje hecho a sus venerables canas, sino como buen pastor que corre en busca de la oveja descarriada para volverla al redil de que en mala hora se apartara. Mas sus pesquisas resultaron durante bastante tiempo infructuosas, porque la pecadora sabía burlar la diligencia de su tío, a quien su hábito delataba por donde quiera que iba, mudando de residencia así que San Abrahán se presentaba en el lugar que ella se encontraba.

Inspiróle, por fin, el Señor la traza de disfrazarse de soldado; dejó su retiro y fué a la ciudad, donde sabía que su sobrina vivía, y se hospedó en el mismo mesón donde la joven estaba. Logró hablar con ella a solas, dióse a conocer y la rogó que se volviera a Dios que perdona al hijo pródigo. No pudo María resistir al espíritu divino que hablaba por su tío; así, pues, volvió a la soledad y se encerró en una de las celdas que había edificado Abrahán, María reparó sus extravíos con larga y austera penitencia, tuvo revelación de que el Señor se los había perdonado, e hizo muchos milagros sanando a los enfermos de diversas y peligrosas enfermedades, con grandísimo regocijo del santo viejo Abrahán.

MUERTE DEL ASCETA. — SOLEMNES HONRAS FÚNEBRES

DESPUÉS de estos sucesos, pasó todavía Abrahán veintitrés años en los ejercicios de la vida eremítica. Tenía más de setenta cuando murió, habiendo pasado cincuenta en la soledad. Su biógrafo dice que al salir de este mundo el solitario tenía el rostro tan risueño y hermoso cual si los ángeles hubieran venido a recibir su alma. Si hemos de dar fe

a una anotación cronológica inserta en una *Catena Patrum* (Cadena de los Padres) del siglo VIII, Abrahán murió el 14 de diciembre del año 366, Otros documentos históricos, tales como la Crónica de Edesa, la Crónica eclesiástica de Bar-Hebræus († 1286), dicen tan sólo que era contemporáneo del diácono Efrén, sin mencionar el año de su muerte.

Muchedumbre incontable de gente asistió a sus exequias, que fueron solemnísimas. En ellas se cantaron himnos que de intento compuso San Efrén en honra de Abrahán. El cuerpo del difunto fué colocado en el sepulcro en que más tarde descansó el del diácono de Edesa. Ya antes muchos fieles habían cuidado de hacerse con trocitos de la túnica y de la capa del santo monje; algunos enfermos se curaron al contacto de su cuerpo o de sus vestidos.

Del ermitaño sirio San Abrahán hace mención el Martirologio romano a los 16 de marzo, agregando que el diácono San Efrén escribió sus Actas.

SANTORAL

Santos **Abrahán, ermitaño;** *Heriberto, arzobispo de Colonia; Agapito, obispo de Ravena; Julián de Cilicia, mártir;* Maurilio, obispo de Cahors; Papas, mártir en Licaonia; Hilario, obispo de Aquilea, y compañeros, mártires; Dentelino, niño, cuyos padres y hermanas son también santos; Patricio, obispo de Málaga; Gregorio de Armenia, obispo y solitario; Valentín, obispo de Terracina, y su diácono San Damián, mártires; Hugo, abad en el Delfinado; Cástor, mártir en Nicomedia; Marcelo, legionario, mártir en Tánger; Florencio y Joviano, mártires en Grecia; Finiano el Leproso, irlandés de sangre real; los Mártires Canadienses, jesuítas. Beatos Juan de Sordi, abad de San Víctor y de San Lorenzo y obispo de Mantua y de Vicenza, sucesivamente (s. XII); Vicente Kadlubek, obispo de Cracovia; Bertoldo, abad de Engelberg (Suiza); Simón de Alne, hermano lego cisterciense; Torello, monje de Vallumbroso; Pedro de Sena, terciario franciscano; Diego Ortiz, agustino, protomártir del Perú. Santas Eusebia, abadesa en Flandes, hija de los santos Adalbaldo y Rictruda y nieta de Santa Gertrudis, abadesa de Hamage; Eufrasia, mártir en Grecia; Columba, virgen y mártir, en Inglaterra.

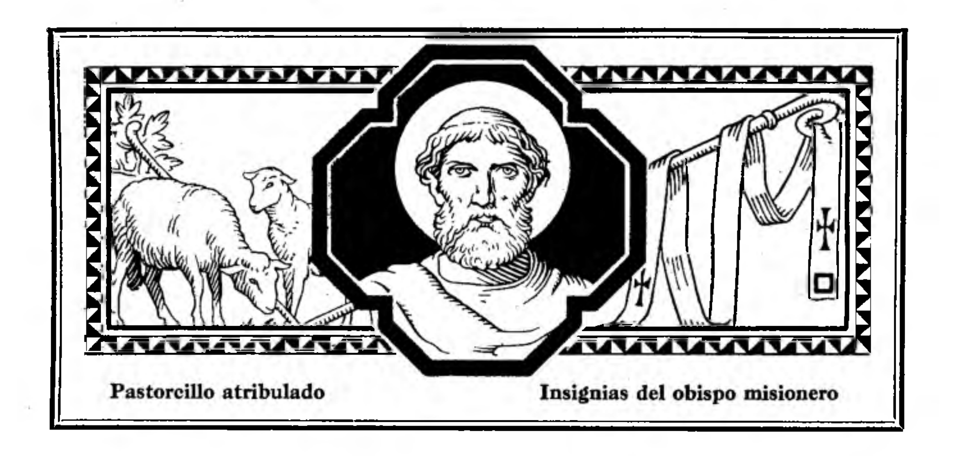
SAN HERIBERTO, arzobispo. — Nació en la ciudad de Worms, célebre por la dieta convocada por León X contra Lutero en el año 1521. A medida que las sublimidades del Dogma y el estudio de las Sagradas Escrituras iluminaban la mente de Heriberto, el amor a la vida religiosa iba acrecentándose en su corazón; pero la rotunda negativa de sus padres le impidieron entrar en religión. Sus grandes dotes de talento, prudencia, discreción y gobierno le granjearon la amistad del emperador Otón III, que le nombró Canciller. En dicho elevado cargo demostró ser un insigne estadista. Por dos veces rehusó el nombramiento de obispo, aunque, por aclamación popular y decisión del propio emperador, aceptó el arzobispado de Colonia. Poseía un talento singular para apaciguar los ánimos

cuando estaban exaltados por discordias civiles; entre otras ocasiones lo demostró solucionando el conflicto amenazador que había estallado en el exarcado de Ravena. Sabía simultanear sus funciones de Canciller y de Arzobispo, desempeñadas ambas con el acierto requerido. Expiró en una de sus visitas pastorales, el 16 de marzo de 1021.

SAN AGAPITO, obispo de Ravena. — Brilló a principios del siglo VI. Después de muerto Liberio, obispo de Ravena, la Providencia indicó, mediante un prodigio, que el sucesor debía ser Agapito. El pueblo entero lloraba la pérdida de su Pastor y elevaba al cielo fervientes y constantes preces para que le deparara un digno sucesor. Cuando pueblo y clero se hallaban reunidos en la iglesia para proceder a la elección, una paloma apareció en el aire y, después de revolotear en torno de Agapito, se posó al fin sobre su cabeza. Todos vieron en ello la señal inequívoca de la elección divina. Era Agapito hombre recto y sencillo y tan caritativo con los pobres, que éstos le llamaron su padre. En el Concilio reunido en Roma por el papa San Julio I, se distinguió por su firme actuación contra los arrianos, muchos de los cuales se convirtieron. Después de gobernar su diócesis por espacio de veintiséis años, murió santamente el 16 de marzo del año 341.

SAN JULIÁN DE CILICIA, mártir. — Escalofriante es el relato de los tormentos de este valeroso atleta de la fe, cuya paciencia en los continuados dolores y prolongado martirio sólo se explica por un milagro de la Divina Providencia. Eran los tiempos de la persecución decretada por Diocleciano. Un juez pagano, tan cruel como su emperador, no pudiendo vencer la constancia de Julián en la fe, mandó pasearlo con gran ignominia por toda la Cilicia; después ordenó que le desgarraran las carnes, lo cual hicieron aquellos bárbaros soldados hasta dejar descubiertos sus huesos y patentes sus entrañas; luego le infligieron violentos golpes, y aplicaron a sus carnes hierros candentes y encendidos carbones.

Y como si esto fuera poco, Julián fué encerrado en un saco lleno de víboras, serpientes y escorpiones y así arrojado al mar, con lo cual consiguió la palma del martirio. Su cuerpo fué devuelto por las aguas y llevado a Antioquía, donde es objeto de gran veneración.



DÍA 17 DE MARZO

SAN PATRICIO

APÓSTOL DE IRLANDA (372? - 463?)

La evangelización de Irlanda, que bien puede decirse que se confunde con la vida de San Patricio, es uno de los hechos más sorprendentes de la vida de la Iglesia en el siglo V. Gracias a la inteligente actividad de este hombre y a su rara prudencia, la conquista de toda una nación pagana a la fe cristiana se operó en pocos años sin choques, sin violencias y sin persecuciones.

Patricio nació en el último cuarto del siglo IV, en un pueblo marítimo de la Gran Bretaña llamado antiguamente Tabernia, donde sus padres poseían una granja. Su abuelo Potito era sacerdote, su padre Calpurnio, diácono y decurión, y su madre, de raza franca, pariente de San Martín de Tours.

Patricio tenía apenas dieciséis años cuando fué apresado por piratas irlandeses, como muchísimos compatriotas suyos. El santo mancebo vió en este acontecimiento un castigo del cielo, pues —refiere él mismo— «vivíamos alejados de Dios y no observábamos sus preceptos ni obedecíamos a los sacerdotes que nos amonestaban sobre nuestra salvación».

Vendiéronle a un amo que se lo llevó al oeste de la Isla para guardar sus rebaños. Patricio pasaba la vida por los montes como si fuera ermitaño, absorto en la divina contemplación. Él mismo nos dice que «cien veces al

día y otras tantas de noche se hincaba de rodillas a hacer oración». Seis años estuvo cautivo, llevando una vida santa y penitente; durante este tiempo aprendió la lengua irlandesa y conoció las costumbres y el espíritu del pueblo al que, andando el tiempo, había de evangelizar.

LLAMAMIENTO DE DIOS. — APOSTOLADO EN IRLANDA

AL cabo de estos seis años, avisado por una voz celestial y guiado como por mano invisible, emprendió la marcha hacia el oeste y llegó a un puerto desconocido, donde halló una nave dispuesta para hacerse a la vela con un raro cargamento de perros. Pasados tres días de navegación, abordaron a las Galias, y emprendieron una larga caminata a través de un país desierto para llevar a los mercados del sur de Francia y de Italia esos grandes perros lobos de Irlanda, que eran muy apreciados en estos países.

La caravana recibió auxilio milagrosamente varias veces y fué salvada gracias a las oraciones de Patricio; al fin, sin percances mayores, logró nuestro Patricio hurtar el cuerpo a la compañía con quien viajaba y emprendió el regreso a su tierra pasando por el monasterio de Lerins. En él permaneció por algún tiempo admirando el fervor de la vida monástica, y se reintegró a su familia que le hizo un caluroso recibimiento.

Rogábanle sus padres que no volviera a dejarlos, recordándole la gran tribulación que por él habían pasado; pero la gracia le instaba y las visiones se multiplicaban, siendo el ángel «Víctor» el mensajero habitual. Dios hablaba a su corazón cada vez con más vehemencia y le hacía oír las voces y gemidos de Irlanda, que imploraba su venida. Tras una crisis de ánimo muy violenta, Patricio se puso por completo en manos de Dios y se dejó conducir por su Providencia. Tenía a la sazón veinticinco años.

Pasó a las Galias para disponerse a su futuro apostolado y conseguir de Roma autorización para misionar, quedándose luego catorce años en Auxerre, donde estudió bajo la dirección de dos santos prelados: Amador, que le ordenó de diácono y Germán, que primero le ordenó de presbítero y más tarde le consagró obispo, para que fuese a predicar la buena nueva a Irlanda.

Hallábase este país dividido en multitud de tribus o clanes gobernados por un jefe más o menos poderoso y, por lo general, independiente de los reyezuelos vecinos. La conversión de un rey o jefe traía casi siempre consigo la del clan entero; por eso puso tanto empeño Patricio para convertir ante todo a los magnates de aquella tierra.

Pero tenía enfrente la influencia decisiva y omnímoda de los druidas o magos, a los que provocaba a verdaderas justas de milagros, de las que, con el auxilio divino, siempre salía vencedor, lo que daba como resultado que

muchos paganos acudiesen a él ansiosos de conversión. De ese modo recorrió, tribu tras tribu, las cinco provincias de Irlanda, destruyendo el culto idolátrico y fundando por doquier cristiandades fervorosas; ordenaba para cada lugar de diácono, sacerdote u obispo a algún discípulo suyo y les confiaba el cuidado de la naciente Iglesia.

MILAGROS DE SAN PATRICIO

ADMITIMOS de modo concluyente las maravillas que de San Patricio nos refieren sus contemporáneos o sus inmediatos sucesores, y no podríamos explicarnos la obra apostólica de este pastorcillo, si Dios no le otorgara poder para demostrar con obras portentosas la doctrina que predicaba.

Desde sus primeros años Patricio vióse asistido por el don de milagros. Siendo todavía niño, curó a una hermana suya de una herida muy grave que se hizo en una caída. Resucitó a su tío, que le acompañaba a una asamblea pública en la que cayó muerto de repente.

Durante el cautiverio de Patricio, su amo le vió en sueños acercarse a él rodeado de llamas; rechazólas el amo, pero consumieron a sus dos hijitas, que dormían en una misma cuna. Sus cenizas esparciéronse a lo lejos y las llamas, llevadas por el viento, llegaron a los confines de la isla. Al despertar, Milco —tal era el nombre del amo— rogó a su esclavo que le interpretase sueño tan extraño. Patricio respondió que la llama era la verdadera fe en que se abrasaban su inteligencia y su corazón, que sus dos hijas se harían cristianas y que sus reliquias, llevadas a lo lejos, servirían para mayor propaganda de la verdad, que Irlanda aceptaría en toda la extensión de su territorio.

Nunca, fuera de la ocupación de la Gran Bretaña por Agrícola, había pensado Roma en invadir a Irlanda. Ésta, por el contrario, invadía a Inglaterra por medio de sus colonias, que desde Escocia iban penetrando hasta los alrededores de Londres. Más tarde fueron rechazadas tales factorías, pero el temor de los irlandeses dominó largo tiempo a los bretones. Hallábase Irlanda sometida por aquel entonces a tres clases superiores: los druidas, los jueces y los bardos. Los druidas habían anunciado con mucha anticipación la llegada de San Patricio y descrito su traje, tonsura y costumbres. Así es que cuando arribó hacia el año 432 a la desembocadura del río Vartry, negáronle la entrada y tuvo que ir a desembarcar por la parte de Meath, donde transcurrió el cautiverio de su juventud. De los comienzos de su apostolado hemos de mencionar la historia del niño Benigno que, viendo al Santo dormido a orillas de un riachuelo, fué a coger las más bellas flores que halló por allí y, contra la voluntad de los compañeros de Patricio, que no que-

rían despertarle, se las puso en el seno. Despertóse, en efecto, el Santo, y predijo la futura grandeza del niño: «Éste será, les dijo, el heredero de mi reino».

Otro historiador añade que, habiendo pasadò Patricio la noche en casa de los padres de Benigno, el niño se empeñó en quedarse toda la noche a sus pies. Cuando al día siguiente iba el Santo a partir, conjuróle Benigno con tales instancias a que le permitiese acompañarle, que Patricio consintió en ello; desde entonces Benigno ya no se separó de él y fué su sucesor en la sede de Armagh.

Patricio hubiera querido convertir a su antiguo amo Milco. Envióle oro, pero el viejo avaro, furioso por la llegada de su antiguo esclavo, juntó sus tesoros y, pegando fuego a la casa, pereció con ellos.

Alejóse Patricio de Meath y se estableció en Strangford. La comarca estaba gobernada por Dichu, vasallo de Laegario, rey de Tara. Los druidas, que recelaban de la llegada del apóstol, no dejaron piedra por mover para rechazarle. Aquí dan principio los portentos de Patricio. Celebrábanse las fiestas de Pascua y se prohibió a los paganos que encendiesen fuego antes de la aparición del fuego real. Patricio no hizo caso de la prohibición y encendió el suyo. Avisado el rey, envió soldados para que prendieran a Patricio; él mismo quiso levantar su espada sobre la cabeza del Santo, pero no pudo, porque su mano quedó paralizada. Con orden de darle muerte enviaron emisarios a los caminos por donde había de pasar. Patricio bendijo a sus ocho compañeros y al niño Benigno; él, por su parte, se hizo invisible, y los esbirros sólo vieron pasar ocho gamos y un cervatillo. Al día siguiente, el rey daba un festín y, aunque las puertas de la sala se hallaban cerradas, Patricio se presentó en medio. Ofreciéronle una copa emponzoñada; Patricio hizo la señal de la cruz, volcó la copa y sólo se vertió el veneno.

Cuenta la tradición que había en Tara, corte del rey Laegario, un druida muy experto en artes mágicas, que teniendo noticia de los milagros de San Patricio y creyéndolos efectos de sortilegios, se propuso competir con él y, a este fin, logró que cayera repentinamente sobre la ciudad tan fuerte nevada, que el sol se oscureció, dejando la población sumida en las más espesas tinieblas y completamente obstruída por la nieve. Gozaba el druida con aquel triunfo y, al invitar a nuestro Santo a que hiciera otro portento igual, San Patricio respondió que para que el prodigio de su competidor fuera completo, debía hacer cesar aquel fenómeno meteorológico con la misma rapidez que lo había producido.

Comprometióse a ello el druida pero, por más apelaciones que hizo a sus artes mágicas, la nieve seguía cayendo, amenazando sepultar bajo su blanco y espeso sudario a toda la ciudad, con gran espanto de sus moradores, que no cesaban de pedir socorro a sus falsos dioses, para que los libraran de aquel horrendo peligro. Compadecido San Patricio de la aflicción de



SAN *Patricio encuentra a unos pobres leñadores, esclavos de un amo tan cruel que no les permite afilar las hachas, a fin de que el trabajo sea más duro. Al verlos el Santo con las manos ensangrentadas, apenado y compasivo, bendice las herramientas, las cuales quedan de forma que permiten sea más humano el trabajo.*

aquellos desventurados y después de haber hecho confesar al druida su impotencia para conjurar el riesgo en que había puesto al pueblo por su imprudente presunción, hincóse de rodillas y, pidiendo al Dios verdadero que cesara la imponente nevada, se rasgaron las nubes inmediatamente y un sol esplendoroso y refulgente fundió los témpanos de hielo, devolviendo a los atribulados habitantes de Tara el sosiego que les había hecho perder el maleficio del soberbio druida.

Muchos otros portentos obró el Santo, uno de los cuales costó la vida al druida. Convirtióse la reina, pero no el rey. Con todo, varios convertidos recibieron el bautismo; Laegario lo rehusó tenazmente, tal vez por diplomacia. Patricio le anunció que sus hijos morirían sin reinar, salvo el más joven, porque se haría cristiano; los acontecimientos justificaron la profecía.

Después del drama de Tara, se nos presenta Patricio como vencedor que ha conquistado el país con una sola victoria, recorriéndolo de oriente a occidente como triunfador. Encuéntrase con las dos hijas del rey Laegario y, tras un diálogo de encantadora sencillez, las bautiza, les impone el velo de las vírgenes y les hace partícipes de los sagrados misterios. Ellas, presas en ardiente deseo de contemplar a Dios cara a cara, quedaron sumidas en un sueño extático y al despertar se hallaron al pie del trono del Eterno. Pero un combate más empeñado aguardaba a Patricio. Al llegar al monte que lleva su nombre, entra en lucha con Dios mismo: quiere almas y dice al ángel enviado por el Todopoderoso cuántas han de ser; y cuanto más le deja hablar, más pide. Al principio el Señor parece rehusar, mas luego consigue el Santo cuanto deseaba. ¿Qué podía negar Dios a tan gran siervo suyo?

SAN PATRICIO Y LOS JEFES DE CLAN

IMPOSIBLE sería seguir al apóstol en sus peregrinaciones, que nada tenían de regular. Había pedido a un rey, por nombre Dairo, licencia para edificar una iglesia en una colina. El rey se la denegó y a los pocos días cayó enfermo. Patricio tomó agua, la bendijo y se la envió a Dairo, que curó al punto. Contentísimo el rey de verse bueno, tomó un caldero de cobre y se los envió al Santo, el cual respondió solamente: *Deo gratias*. Esta manera de dar las gracias no agradó a Dairo y mandó otra vez por el caldero. «¿Qué ha dicho Patricio cuando le habéis quitado el caldero? —preguntó el rey—. *Deo gratias*» —respondió aquél. Tal dominio de sí mismo conmovió al monarca, que fué en persona, acompañado de la reina, a devolverle el caldero y le concedió la colina que antes le había rehusado. Patricio y sus compañeros subieron a la cima y encontraron una cierva con su cervatillo. Los compañeros querían matar al cervatillo, pero Patricio se opuso a ello y

llevó a cuestas al cervatillo, cuya madre le seguía ansiosa. Conmovedora representación del buen Pastor.

La construcción de la iglesia parece el punto culminante de la vida de San Patricio. Un pagano, cuyo ídolo había derribado Patricio, juró vengarse. Fuése al bosque y esperó junto al camino a que pasara el viajero apostólico, pero hirió equivocadamente a su compañero, único mártir que tuvo Irlanda durante aquel maravilloso episcopado.

La fe iba, no obstante, difundiéndose por la futura «isla de los Santos», y era Patricio casi el único propagador; bautizaba a los convertidos, sanaba a los enfermos, predicaba sin descanso, visitaba a los reyes para que le auxiliasen en la obra de la conversión de los pueblos; no retrocedía ante ningún trabajo ni peligro, derramando por doquier raudales de amor y luz evangélica.

Lo más admirable de San Patricio es la fe. Ella le inspiró la confianza de que todo lo podía con el auxilio de Dios. Un capitán de bandoleros, Mac Kile, era el terror de la provincia de Úlster. Un día tuvo noticia de que Patricio estaba para llegar a los parajes infestados por él; su primer pensamiento fué huir, mas por no sé qué sentimiento de caballerosidad se decidió a resistir el poder del apóstol. Al efecto, ordenó a uno de la banda que se metiese en un ataúd y que sus compañeros le llevasen a Patricio, para implorar un milagro inútil y cubrir de confusión al Santo. Pero una luz divina se lo reveló todo al siervo de Dios, al que no abandonaba el auxilio de lo alto, pues al descubrir los portadores el rostro de su compañero lo hallaron muerto de verdad. Grande fué entonces su desolación: cayeron de rodillas a los pies de Patricio, el cual, movido a lástima, resucitó al desventurado. Este acontecimiento causó tal impresión en Mac Kile, que se entregó a espantosas austeridades y llegó a ser uno de los santos más ilustres de Irlanda.

CARIDAD Y MORTIFICACIONES

LA caridad de Patricio no tenía límites. Viajando un día por un bosque se encontró con unos leñadores que tenían las manos ensangrentadas. Preguntóles la causa, y ellos respondieron: «Somos esclavos de Trión, el cual es tan cruel que no nos permite afilar las hachas, para que la labor sea más penosa». Patricio bendice las hachas, con lo cual el trabajo no presenta dificultad; mas no para aquí su caridad, va ante Trión para implorar gracia en favor de aquellos infelices. Todo es en vano, incluso el ayuno que con tal fin se ha impuesto. Patricio se retira, prediciéndole una muerte desastrada en castigo de su dureza. Trión prosiguió sus malos tratos, pero

cierto día que bordeaba un lago, el caballo le lanzó al agua, pereciendo ahogado; desde entonces lleva el lago el nombre de Trión.

Convertida ya Irlanda, gozó Patricio de algunos años de quietud y pudo entregarse con más sosiego a la contemplación. Sus visiones eran constantes, sobre todo al celebrar el santo sacrifico o cuando leía el Apocalipsis. El ángel Víctor le visitaba a menudo. En la primera parte de la noche rezaba cien salmos, haciendo al mismo tiempo doscientas genuflexiones. En la segunda parte de ella se metía en agua helada, con los ojos y las manos levantados al cielo hasta terminar los cincuenta salmos restantes. Por último daba al sueño un tiempo muy corto, tendido sobre una roca cuya cabecera era una dura piedra. Aun entonces llevaba los lomos ceñidos con un áspero cilicio para macerar su cuerpo durante el sueño. ¿Es, pues, de admirar que a semejante austeridad concediese Dios dones sobrenaturales, como el de resucitar treinta y tres muertos en nombre de la Santísima Trinidad y el de obtener tan sorprendentes efectos con su predicación y sus ardientes oraciones?

Como San Elfín, Patricio renunció al episcopado, pero consagró más de trescientos obispos. Explícase que fueran tantos por el gran número de pontífices que renunciaron a sus sedes.

EL SUDARIO DE SANTA BRÍGIDA

DESPUÉS de haber conocido por revelación el porvenir de Irlanda, Patricio tuvo noticia de que se acercaba la hora de su muerte. Cierto día en que el varón de Dios se hallaba sentado con algunos compañeros, en un lugar inmediato a la ciudad de Down, se puso a hablar de la vida de los Santos. Mientras así hablaba brilló una gran luz en el camposanto próximo. Sus compañeros le hicieron notar el prodigio y él encargó a Santa Brígida que lo explicase. La virgen respondió que era el sitio en donde sería enterrado un gran siervo de Dios. Santa Etumbria, la primera virgen consagrada a Dios, preguntó a Santa Brígida que le dijese el nombre de tan gran siervo de Dios, y la Santa respondió que era el padre y apóstol de Irlanda.

Patricio se encaminó entonces hacia el monasterio de Saúl y al llegar se puso en cama, porque sabía que llegaba a su fin. Por su parte, Santa Brígida, en cuanto regresó a su monasterio de Curragh, tomó el sudario que desde hacía mucho tiempo tenía preparado para Patricio y volvió inmediatamente a Saúl acompañada de cuatro monjas; pero como iban en ayunas y estaban rendidas de cansancio, ni ella ni sus compañeros pudieron proseguir el camino. El Santo tuvo revelación, en su lecho de muerte, de la angustia en que se encontraban las caritativas viajeras; envió cinco carritos

a su encuentro y pudieron llegar a tiempo. Besaron sus pies y manos y recibieron por último su bendición. Iba acercándose la hora de su muerte; recibió el cuerpo de Cristo de manos del obispo de Tassach y poco después entregó su alma al Señor.

Envolviéronle en la sábana que Santa Brígida había preparado. En los funerales multiplicáronse los milagros. Muchos oyeron a los ángeles que cantaban delante del difunto, que exhalaba suavísimo olor. Los habitantes de Armagh y los de Ulidia tuvieron entre sí gran controversia, porque cada pueblo pretendía tener derecho a sus reliquias. Colocóse el cuerpo en un carro fúnebre tirado por dos bueyes. Los de Armagh seguían el carro, caminando —según creían— hacia su ciudad; pero al llegar al término vieron que habían sido víctimas de una ilusión, pues habían seguido a un fantasma, en tanto que los ulidianos, dueños del precioso depósito, lo llevaron a su pueblo y lo enterraron, como estaba predicho, entre los hijos de Dichu, en Down-Patrick.

Los irlandeses han profesado a San Patricio un culto extraordinario y lo han honrado y bendecido en todas las edades como jamás lo fué apóstol nacional alguno. La ciudad de Murcia se honra con la protección de San Patricio, a quien tomó como abogado, igualmente que la ciudad de Lorca, porque en 1452, por su intercesión fueron libradas ambas ciudadas de caer de nuevo en poder de los moros en la batalla de los Alporchones, que se dió de la mencionada fecha, y en la que los mahometanos fueron derrotados y sufrieron incalculables pérdidas. La fiesta de San Patricio, señalada para el 17 de marzo por Urbano VIII, fué mandada celebrar con rito de doble por Pío IX el 12 de mayo de 1859.

SANTORAL

Santos **Patricio, obispo y confesor;** *José de Arimatea, confesor;* Pablo, mártir en Constantinopla; Alejandro y Teodoro, mártires en Roma; *Agricola, obispo;* Ambrosio, diácono de Alejandría; Silvestre y Salonio, compañeros de San Paladio, apóstol de Irlanda; Víctor y compañeros, mártires en Nicomedia; gran número de mártires en Alejandría. Santas *Gertrudis de Nivela* y Vivencia, vírgenes.

SAN JOSÉ DE ARIMATEA, confesor. — Este nombre es de sobra conocido por el relato evangélico, según el cual era hombre rico y principal y miembro del Sanedrín. Había nacido en Arimatea, pero vivía en Jerusalén, y en ella se hallaba en los días cruentos de la Pasión del Señor. Aunque era uno de los discípulos del Divino Maestro, disimulaba y temía manifestarse como tal en público. No obstante, cuando el Sanedrín votó la muerte de Jesús, José se negó a ello, y, después de muerto el Señor, tuvo valor de presentarse a Pilatos y pedirle el

cuerpo del Divino Crucificado, al que envolvió en limpia sábana y enterró en un sepulcro nuevo de su propiedad. Acerca de la posibilidad de su viaje a Inglaterra llevando consigo la Sangre que manó del costado de Cristo abierto por la lanza, se han forjado muchas leyendas, suponiendo todas que los famosos caballeros de la Edad Media iban en busca del Santo Grial, vaso que contenía la sangre Redentora. Créese que murió a fines del siglo I, después de una vida muy piadosa.

SAN AGRÍCOLA, obispo. — Descendía de ilustre familia senatorial y fué alabado por San Gregorio como hombre urbano, prudente, humilde y virtuoso; además sobresalió por su elocuencia. Tuvo estrecha amistad con el poeta Fortunato, autor del *Vexilla Regis*, cuyas bellas estrofas hacen vibrar el más hondo sentimiento cristiano en las ceremonias del Viernes Santo. Ocupó la sede episcopal de Chalons-sur-Saône desde el año 532 hasta el 580, que fué el de su muerte. Llevó vida muy austera y se preocupó grandemente por el bien espiritual de su grey. Asistió a todos los Concilios celebrados en su tiempo, como el cuarto y quinto de Orleáns, el segundo de Auvernia, el de París en 555 y el de Lyón, dos años más tarde. Después de ochenta y tres años de vida santa, se durmió en el Señor el 17 de marzo del año 580.

SANTA GERTRUDIS DE NIVELA, virgen y abadesa. — Vino al mundo en el palacio de Landen, en 626, siendo su padre gran dignatario de la Corte y ministro de los reyes de Austrasia, región limitada por el Rin, el Mosa y la Champaña. Gertrudis encontró en la casa paterna un ambiente apropiado a la virtud, cuya práctica le fué familiar aun desde sus más tiernos años. No quiso aceptar otro esposo que a Jesucristo, a quien se había consagrado en cuerpo y alma desde su infancia. Fué confiada a la solicitud de San Amando, obispo de Maestricht. Muerto el padre de Gertrudis, el Beato Pipino, su madre, Santa Ida, erigió el monasterio de Nivela, en Brabante, en el que profesaron madre e hija. Gertrudis tuvo la dirección del monasterio, en cuyo cargo dió pruebas de gran discreción y prudencia, pues gobernó con celo, diligencia, suavidad y acierto. Era muy versada en las Sagradas Letras y, según algunos, sabía de memoria casi toda la Biblia. Llevó siempre una vida de austeridad, oración y penitencia. Esta delicada flor fué transportada al cielo el 17 de marzo del año 659, después de haber permanecido en la tierra treinta y tres años.



Cestos de panes milagrosos — Monasterio de San Salvador de Horta

DÍA 18 DE MARZO

SAN SALVADOR DE HORTA

HERMANO LEGO FRANCISCANO (1520 - 1567)

A principios del siglo XVI vivían en la aldea de Bruñola, de la diócesis de Gerona, dos esposos jóvenes, propietarios de una masía llamada Masdevall, y regularmente ricos y buenos cristianos. El porvenir se presentaba a sus ojos apacible y lleno de esperanzas; pero por circunstancias que ignoramos, los dos esposos se vieron completamente arruinados, y de allí a poco hubieron de ser admitidos por caridad, enfermos y sin recursos, en el hospicio de Santa Coloma de Farnés.

Empero, como dice el apóstol San Pablo, *a los que aman a Dios todo les viene a parar en bien;* las pruebas cristianamente sobrellevadas se convierten en un manantial de riquezas eternas para el cielo, y hasta pueden, si así lo permite el Señor, atraer bendiciones en esta tierra.

Habiendo recobrado la salud los dos enfermos, pidieron a las autoridades de Santa Coloma que les permitieran consagrarse al servicio del hospital. Concedióseles este favor y se dedicaron a ayudar a los pobres y a los enfermos con alegría y con ejemplar caridad cristiana. Por entonces, es decir, hacia 1520, les concedió el Señor un hijo de bendición, al que pusieron por nombre Salvador, el cual, andando el tiempo, obraría incontables milagros. Diéronle cristianísima educación y el niño se mostró desde su infancia modelo de obediencia y de piedad.

APRENDIZ DE ZAPATERO. — VOCACIÓN RELIGIOSA

LLEGADO a la edad de la adolescencia, Salvador fué enviado a Barcelona con su hermana Blasa y fué colocado como aprendiz de zapatero, pero ignoramos si llegó a aprender completamente el oficio. Sintiendo en el fondo de su corazón la voz de Dios que le inspiraba el deseo de dejar el mundo, fué a suplicar a los franciscanos del convento de Santa María que le recibiesen en la comunidad en calidad de hermano converso.

Con gran alegría suya fué recibido y revestido del hábito de San Francisco. Pusiéronle de ayudante del hermano cocinero, religioso de mucha virtud, que se encargó de formar al recién venido en los ejercicios de la obediencia. Su tarea era fácil. Con una docilidad incansable, fray Salvador se entregaba a los más humildes oficios, encendía el fuego, fregaba los platos, limpiaba las ollas y hacía todo lo que le mandaba el hermano cocinero. Amigo del silencio, no salían de sus labios otras palabras que los dulces nombres de Jesús y María, a quienes invocaba durante el trabajo.

Los padres franciscanos, al ver la virtud de este joven hermano, novicio aún, decían que había de ser sin duda más tarde, por su santidad, una de las glorias de su Orden.

Un día, sin embargo, cayó en falta, pero muy a pesar suyo. Ocurrió esto con motivo de una de las fiestas patronales del convento. El canciller del reino, excelente cristiano y muy devoto de los franciscanos, les había anunciado que iría a comer con ellos, acompañado de varios personajes notables, amigos suyos. Todo el mundo sabe que los hijos de San Francisco viven de limosnas; así es que el inteligente canciller había cuidado de enviar de antemano abundantes provisiones, de forma que el hermano cocinero tuviera con qué preparar un buen festín.

Desgraciadamente, durante la noche, este buen hermano fué acometido de una recia calentura y encargó a fray Salvador que avisase al padre guardián; pero después de la comunión quedó absorto en una larga acción de gracias, a modo de éxtasis que duró varias horas.

Llegaba entretanto la hora de la comida y el padre guardián fué a la cocina para ver si todo estaba preparado con arreglo a sus órdenes. ¡Qué sorpresa! Ni siquiera estaba abierta la puerta. Envió inmediatamente a buscar al hermano cocinero, a quien encontraron enfermo en la cama; el pobre hermano se excusó diciendo que desde el oficio de media noche había encargado a fray Salvador que avisase al padre guardián y le entregase las llaves.

El padre guardián indignado, corrió a la iglesia, hizo salir a Salvador, lo abrumó con los más humillantes reproches y declaró que semejante afrenta hecha a toda la comunidad y a sus nobles huéspedes merecía que lo

echasen del convento. Arrebatándole las llaves, fué él mismo a abrir la cocina. Apenas hubo entrado, se ofreció a sus ojos un maravilloso espectáculo. Todo lo que habían mandado la víspera estaba muy bien preparado, sin que hubiese nada que desear. Era seguro, sin embargo, que nadie había podido entrar en la cocina. Dios había querido revelar la santidad de su joven servidor y, guardándole para sí mismo toda aquella mañana, había suplido su ausencia por medio de los ángeles, o de otro modo milagroso.

Fray Salvador no fué, pues, despedido del convento y aprovechó admirablemente el caso para practicar más y más la obediencia y la humildad. Cumplido el año de noviciado, fué admitido a pronunciar los votos solemnes.

PORTERO Y HERMANO LIMOSNERO EN TORTOSA

EL padre provincial le envió a Tortosa, al convento de Santa María de Jesús, cuyos religiosos tenían fama por su observancia y austeridad. Fray Salvador continuó allí la vida de oración, penitencia y humildad que había empezado en Barcelona. Todas las noches azotaba cruelmente su cuerpo, quebrantado ya por el ayuno. Todas las mañanas se confesaba y comulgaba. Portero y limosnero sucesivamente, brillaron sus virtudes a los ojos de los habitantes de Tortosa, que pronto le conocieron y le veneraron como a un santo y se encomendaban en sus oraciones.

Por su cargo de portero había de recibir a los pobres que se presentaban y darles limosna. Su caridad era tan generosa que la comunidad llegó a asustarse y el padre guardián reprendió al Hermano. «Padre —respondió fray Salvador—, ¿por ventura no hay que dar limosna a los desventurados que nada tienen? Repare su reverencia que, con haber dado tanto, a nosotros no nos ha faltado nunca lo necesario».

Uno de los principales habitantes de la ciudad tenía un hijo gravemente enfermo. Viendo pasar a fray Salvador, que iba a pedir limosna, fué a echarse a sus pies, suplicándole que pidiese a Dios la curación de su hijo. Conmovido hasta derramar lágrimas, el buen Hermano entró en la casa, bendijo al niño, rezó por él un *Avemaría* y se retiró. Antes de que acabase el día observaron los padres que el niño estaba curado.

En la aldea de Galera —cerca de Tortosa— curó a una niña que padecía cuartanas, tocándola con su rosario y rezando un *Avemaría.*

La fama de santidad de fray Salvador y las gracias que se obtenían por sus oraciones, llevó muy pronto a la puerta del convento de los franciscanos tan gran número de personas que querían verle y encomendarse a él, que los Padres vieron en esta afluencia continua un peligro para la paz del claustro y para el mismo Hermano. En consecuencia, suplicaron al padre provincial que enviase a fray Salvador a otro convento.

EL SANTO FRAILE DE HORTA

A unas seis millas al norte de Tortosa, perdida entre los montes, se hallaba una aldea pobre y solitaria llamada Horta. En otro tiempo los Templarios, dueños del lugar, habían erigido allí una capilla en honor de la Santísima Virgen. Esta capilla había sido dada más tarde a los Hermanos Menores, y algunos vivían allí en un pequeño convento casi a modo de ermitaños. Aquel lugar parecía un retiro muy seguro para conservar a fray Salvador en la oscuridad y la soledad. Por orden del padre provincial, el Hermano dejó la ciudad de Tortosa y fué a ocultarse en Horta. Esto ocurría en 1559.

Pero Dios, que quiere servirse de instrumentos humildes para hacer resplandecer su gloria, no permitió que menguase ni en un punto el brillo de la santidad de su siervo ni aun a los ojos de los hombres; y esta aldea de Horta, oculta y desconocida hasta entonces, fué pronto célebre en toda España.

Un día las autoridades de la aldea tuvieron el pensamiento de pedir al humilde Hermano que rogase por ellos y por sus convecinos. Salvador, movido por una inspiración divina les respondió:

—Preparad una gran hospedería con muchos alojamientos y víveres en abundancia, porque Dios quiere glorificar a su Madre que se venera aquí y obrar maravillas por su intercesión. La afluencia de gente será muy grande.

Retiráronse las autoridades harto pensativas e indecisas sobre lo que habían de hacer; unos daban crédito a la profecía y otros no, de modo que no prepararon nada. Algún tiempo después, se vió llegar a una multitud de unas dos mil personas, entre las que había muchos cojos, sordos, jorobados, paralíticos y gran número de enfermos que allí llevaban a pesar de las dificultades del camino. «¿Dónde está —preguntaban— aquel hombre santo que hacía tantos milagros en Tortosa?»

Los habitantes les enseñaron el convento de Santa María, y los peregrinos fueron a llamar a la puerta, pidiendo a gritos por fray Salvador. Hubiera sido peligroso no acceder a su petición; fray Salvador se presentó, pues, ante la multitud y dijo a los peregrinos que se confesasen, que comulgasen y que invocasen a la Santísima Virgen María.

Cuando hubieron cumplido este mandato, el Hermano apareció de nuevo, bendijo a la multitud en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y todos los enfermos quedaron curados, excepto un paralítico.

—No olvidéis—añadió Salvador, al despedir a la multitud—, no ol-



EN *el pueblo de Galera, cercano a la ciudad de Tortosa, una joven padece de recias fiebres cuartanas que le hacen sufrir extraordinariamente y ponen en grave peligro su vida. Ante los padres, admirados, San Salvador de Horta la cura tocándola con su rosario y rezando el Avemaria.*

vidéis de mostraros agradecidos a Dios por los favores que acaba de concederos por intercesión de su Santísima Madre.

—Y yo—preguntó el paralítico—, ¿por qué no he sido curado como los demás?

—Porque no te has confesado ni tenías confianza como ellos —respondió Salvador.

—Quiero confesarme ahora—dijo el enfermo con humildad—, y pido perdón a Dios de todos mis pecados.

—Si así es, levántate—repuso el Franciscano—, levántate y ve a confesarte.

El enfermo obedeció, se levantó y fué por su pie a confesarse: estaba curado.

Los peregrinos se volvieron publicando por todas partes las maravillas de que habían sido testigos. A partir de aquel momento, y durante varios años, no pasó día en que no se viesen llegar a Horta centenares y aun millares de personas. El número de éstas aumentaba en la Semana Santa y en las festividades de la Santísima Virgen; un año en la fiesta de la Asunción llegaron a seis mil los peregrinos. Como la aldea no podía bastar para albergar a tantos forasteros, muchos acampaban bajo los árboles o en tiendas de campaña. Gracias a una providencia visible, nunca faltaron víveres a estas muchedumbres; los habitantes de la comarca llevaban de todas partes provisiones en tiempo útil y las vendían a los peregrinos.

Todos los días el santo religioso obtenía de la Santísima Virgen la curación de gran número de enfermos de toda especie. Las almas ganaban aún más, puesto que el Santo empezaba por pedir a los peregrinos que se confesasen y comulgasen.

EL INQUISIDOR DE ARAGÓN Y FRAY SALVADOR

HALLÁNDOSE en Alcañiz un dignatario de los principales de la Inquisición Real, había visto multitud de enfermos que partían para Horta, y quedó asombrado de verlos volver curados. En su calidad de Inquisidor resolvió abrir informe. Reuniendo a los que habían sido curados, les hizo prestar juramento de decir la verdad, y les ordenó que declarasen cómo habían obtenido la curación. Todos respondieron:

—El santo Fraile de Horta nos mandó que purificásemos nuestra alma de todo pecado por medio de la confesión y recibiésemos el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Después nos bendijo y quedamos sanos.

En virtud de esta declaración, el Inquisidor se decidió a ir a Horta para ver lo que allí pasaba. Salió secretamente, vestido de pobre cura de aldea.

A su llegada vió una multitud de peregrinos que le pareció no bajaría de dos mil. Púsose entre la multitud, observando todo con ojo atento; de esta suerte penetró en la iglesia del convento, se escondió en un rincón detrás de la gente y aguardó la entrada del «milagrero».

Al fin apareció el Santo e inmediatamente el pueblo se arrodilló para recibir su bendición. Pero Salvador, en lugar de bendecir a los peregrinos como de costumbre, les dijo:

—Levantaos y dejadme pasar.

Apartáronse y él fué derecho al rincón de la iglesia en donde se ocultaba el Inquisidor. Le saludó, le besó la mano doblando la rodilla y le dijo:

—¿Viene aquí su Señoría a ver los milagros que obra Dios por mediación de la Santísima Virgen?

—Equivocado está, Hermano, que no soy Señoría ni merezco tal honor —respondió el forastero—, ¿no ve que no soy más que un pobre cura de pueblo?

—No me equivoco—repuso fray Salvador—. Su Señoría es el Inquisidor de Aragón, venido aquí para ver lo que pasa y examinar los milagros que obra la Santísima Virgen. Su Señoría tiene derecho a un puesto más respetable.

Dicho esto le llevó al presbiterio muy cerca del altar mayor. Volviéndose en seguida al pueblo, dijo como de ordinario:

—Hermanos míos, arrepentíos de vuestros pecados y pedid perdón a Dios.

Después bendijo a los asistentes y todos los que estaban enfermos fueron curados. El Inquisidor quedó lleno de admiración y permaneció varios días en el convento de los Franciscanos.

EL SIERVO DE MARÍA. — HUMILLACIÓN

UN día los peregrinos, en número de unos dos mil, reclamaban en vano al santo lego; éste había huído a una empinada sierra de los alrededores, para hacer oración con más sosiego, lejos de la multitud.

—¡Santísima Virgen María, Soberana y Patrona nuestra, haced que encontremos a vuestro siervo!

De pronto se vió bajar del monte una nube muy densa, pero de extraordinaria blancura. Llegada a Horta, disipóse la nube y dejó ver a fray Salvador. Éste dió su bendición, y los enfermos quedaron sanos.

A veces era difícil al buen Hermano librarse del entusiasmo indiscreto de la multitud; arrancábanle jirones de su hábito, como reliquias, y en cierta ocasión, si los Padres no hubiesen acudido a tiempo, le hubieran dejado medio desnudo.

Libró a muchos posesos, en particular a una joven que le llevaron atada y encadenada. No pudiendo lograr los que la llevaban que entrase en la iglesia, fueron a suplicar al Santo que hiciese el favor de salir a donde se hallaba la endemoniada; ésta, llena de furia, rompió inmediatamente las cadenas y se escapó de las manos de sus guardianes, que no supieron dar con ella. Fray Salvador les dijo: «Id a tal sitio y la hallaréis bajo una pila de leña». Halláronla, en efecto, donde les dijo el Santo, y no podían explicarse cómo no había muerto bajo un peso semejante.

—Espíritus inmundos—dijo entonces Salvador—, en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os mando que salgáis de esa criatura.

—No saldremos—respondieron los demonios.

El fraile repitió la orden, y Dios obligó a los demonios a obedecerle y a dejar libre a la joven.

—Ya estás curada, hija mía —le dijo Salvador—; mira cómo sirves a Dios en adelante, y evita cuidadosamente el pecado, si no quieres que los enemigos recobren su imperio sobre ti.

Al cabo de algunos años, los Padres del convento de Horta, como los de Tortosa, acabaron por cansarse de la incesante afluencia de gente. El padre provincial, estando de visita, fué del mismo parecer, aparte de que quería estar seguro de si la santidad de fray Salvador era de buena ley, probándola en una piedra de toque que nunca falla: la de la obediencia y la humildad.

Habiendo, pues, reunido a la comunidad en capítulo, el padre provincial habló en los siguientes términos:

—Esperaba encontrar en este convento regularidad, silencio y paz, y ¿qué es lo que encuentro? Un mal religioso que trae aquí a las gentes del mundo y todo lo trastorna y desordena. A vos me refiero, fray Salvador. ¿De dónde os ha venido esa idea de hacer cosas tan extrañas y tan poco conformes con la humildad de un hermano lego? Y ¿cómo, sabiendo que sois tan mal religioso, podéis tolerar que la gente, os llame el *Santo* de Horta? Es preciso que en adelante no se oiga siquiera vuestro nombre: desde este momento lo cambio por el de fray Ambrosio; como penitencia recibiréis la disciplina y muy de madrugada partiréis con el mayor sigilo para el convento de Reus.

El buen fraile se sometió a todo sin replicar: a las censuras, a la disciplina y a la partida. El convento de Reus distaba bastante de allí, pues se hallaba a tres leguas de Tarragona.

UN MILAGRO A GRAN DISTANCIA. — SU MUERTE

EN los días que siguieron a la salida de San Salvador fué grande el dolor de los peregrinos. Un pobre paralítico, que se hacía llevar con gran trabajo desde Castilla, supo al llegar a Fuentes, villa de Aragón, que era inútil continuar el viaje, porque el santo religioso había salido de Horta. Desconsolado, mandó que lo llevasen a la iglesia del pueblo e hizo la siguiente oración:

—¡Oh santo hombre, Fray Salvador!, dondequiera que os halléis en este momento, tened piedad de mí y rogad a la Santísima Virgen que me cure.

Después se durmió y al despertar se encontró curado.

En Reus se renovaron las maravillas de Horta y empezaron a afluir peregrinos de todas las partes de España, contentos con haber descubierto la nueva residencia del santo lego. Salvador tuvo que ir a Barcelona para comparecer ante el tribunal de la Inquisición. Su viaje fué una serie no interrumpida de milagros, y la sencillez del buen lego acabó por conquistar el ánimo de los jueces, que se encomendaron a sus oraciones.

Por último, el Comisario general de los Franciscanos en España resolvió alejar a fray Salvador de este reino y se lo llevó a Cagliari, en la isla de Cerdeña. Los dos años que San Salvador vivió allí fueron de felicidad para aquella ciudad y murió en ella el día 18 de marzo del año 1567.

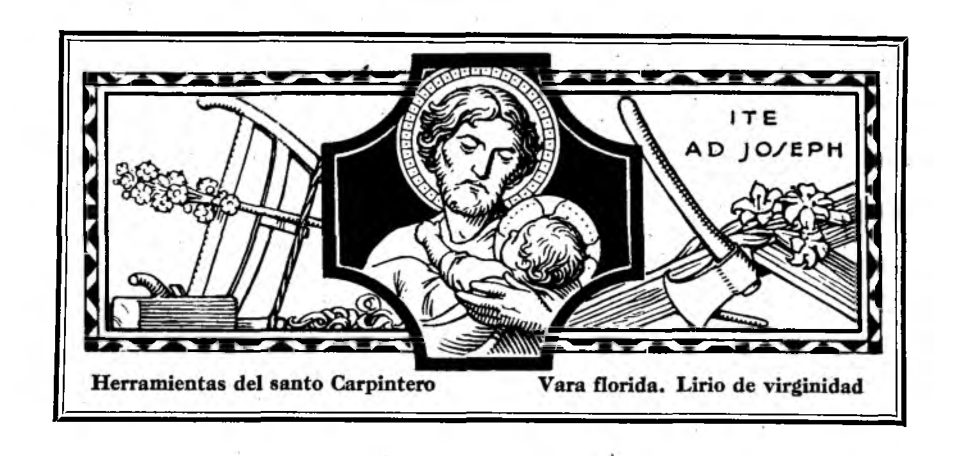
Los milagros continuaron en su sepulcro, y, cuando treinta y tres años después fué abierto con motivo del proceso de beatificación, se halló el cuerpo incorrupto. Fué beatificado por el papa Clemente XI el 29 de enero de 1711, y Benedicto XIII, el 15 de julio del año 1724, concedió que se celebrase su oficio con rito de doble en el día 18 de marzo, no sólo en toda la Orden franciscana, sino también en Cagliari, en Santa Coloma de Farnés y en Horta. La solemne ceremonia de su canonización tuvo lugar en Roma el 17 de abril de 1938, durante el pontificado de Pío XI.

SANTORAL

Santos **Salvador de Horta, confesor;** *Cirilo de Jerusalén, obispo, confesor y doctor; Eduardo II, rey de Inglaterra y mártir;* Alejandro, obispo de Jerusalén; Félix de Gerona, mártir; Narciso, obispo, cuya fiesta se celebra el 29 de octubre; Tétrico, obispo de Langres; Anselmo y Frigidiano, obispos de Luca. La conmemoración de diez mil santos mártires, en Nicomedia; Marcelino, tribuno militar y notario público, en Argel. Santas Anastasia, en Egipto; María y veinticinco compañeros, mártires en Nicomedia.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN, obispo, confesor y doctor. — Fué un hombre muy letrado y de gran virtud y prudencia. Ordenado de sacerdote en 345, se dedicó a la instrucción de los catecúmenos. Siendo obispo de Jerusalén, fué testigo de un gran prodigio: Una cruz más resplandeciente que el sol y de grandes proporciones, apareció en el Calvario, llegando sus brazos hasta el monte Olivete. El propio emperador Constancio y el pueblo entero fueron testigos de esta maravilla. Con esto los corazones estaban dispuestos a recibir la verdad y Cirilo aprovechó la ocasión para predicar con tesón la fe Jesucristo. Por esta causa el santo obispo fué desterrado de su sede. En su tiempo tuvo lugar el portento que se verificó cuando Juliano el Apóstata intentó levantar el templo de Jerusalén, sin que lo pudiera conseguir a causa de las llamas que impedían la construcción. En 381 asistió al Concilio general de Constantinopla. Murió en la paz del Señor en el año 386, a los setenta años de edad, después de haber prestado grandes beneficios a la Iglesia. Se distinguió como catequista, y escribió varias instrucciones doctrinales conocidas con el nombre de *Catequesis*.

SAN EDUARDO II, rey de Inglaterra y mártir. — Cuando ocupaba el trono inglés el rey anglosajón Edgardo, vino al mundo, en 962, el niño Eduardo, a quien no sedujeron ni los halagos del mundo ni el fausto de la corte. Apenas contaba trece abriles cuando murió su padre, a quien sucedió en el trono en el año 975. Se hizo amar entrañablemente de sus súbditos a causa de sus virtudes, especialmente de la piedad, modestia, integridad de costumbres y caridad para con los pobres. En ausencia de su padre, le dirigió y aconsejó en los negocios del estado San Dunstano, arzobispo de Cantorbery, que supo moldear su corazón para todas las virtudes. Los nobles y la misma Elfrida, madrastra de Eduardo, no querían reconocer a éste como rey y maquinaban contra él para quitarle la vida. Durante una cacería realizada por el joven monarca en las proximidades de la morada de su madrastra, hizo a ésta una visita para ofrendarle una vez más su cariño y su respeto. Mientras Eduardo disfrutaba de estas satisfacciones de íntima familiaridad, uno de los servidores de Elfrida se avalanzó violentamente sobre él y le quitó la vida (978). Dios obró por su medio portentosos milagros. La indigna mujer, arrepentida de su crimen, fundó un monasterio, donde se encerró para hacer penitencia.



Herramientas del santo Carpintero — Vara florida. Lirio de virginidad

DIA 19 DE MARZO

SAN JOSE

ESPOSO DE MARÍA. PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL (s. I)

SAN José, esposo de la Virgen María y padre adoptivo del Niño Jesús, ocupa un lugar preeminente en el plan de la Redención. Como último patriarca de la Ley antigua y primero de la Ley nueva, su figura y su persona llenan la historia del mundo desde el principio hasta el fin de los siglos.

Abrahán, padre de los creyentes, representaba ya a José cuando, yendo a Egipto, decía proféticamente de Sara, la esposa bella entre todas, que era su hermana.

El antiguo José, hijo de Jacob, desterrado a Egipto por la maldad de sus hermanos, figuraba al nuevo José huyendo del furor de Herodes. Ambos varones justos llevan el mismo nombre e idéntico título: *intendentes de la casa real,* y ambos merecieron tan honrosa distinción por haber guardado y conservado la pureza.

En la Ley antigua habíanse prometido los bienes de la tierra a los siervos de Dios, y el antiguo José, desterrado en Egipto, sacaba de aquella nación trigo para los pueblos castigados por el hambre. En la Ley nueva, el nuevo José trae de Egipto, país del pecado, un trigo muchos más maravilloso.

Entre los muchos personajes que han servido al Espíritu Santo para figurar a José, citemos al prudente Mardoqueo, guardián y protector de la reina Ester, salvadora de su pueblo. Mardoqueo «fué el intendente de palacio» y el ministro del rey. San José es el intendente de la casa de María, donde reina Jesús.

Anunciaban los profetas que el Mesías debía pertenecer a la raza de David, y su padre, aunque sólo era adoptivo, debía darle su filiación legal, así como su madre —madre virgen— le había de dar su descendencia según la sangre. Era, pues, necesario que José y María descendiesen de David. El Evangelio conserva ambas genealogías: San Mateo da la de José y San Lucas la de María. Después del Salvador la distinción de familias entre los judíos cayó en completa confusión, como si tal distinción no hubiese tenido otro objeto que señalar las genealogías de María y de José.

La opinión de muchos teólogos —y la más generalmente admitida— es que San José tuvo el privilegio, como Jeremías y San Juan Bautista, de ser santificado antes de su nacimiento. Cuando vino al mundo, su padre Jacob le puso, el día de la circuncisión, el misterioso nombre de *José,* que significa *acrecentamiento* y encierra la idea de la grandeza por excelencia.

Colmado de gracias desde el primer instante de su vida, San José estaba preparado para el sublime ministerio que debía ejercer cerca de Jesús, de María y de la Iglesia. Tal tesoro de gracias lo describe en pocas palabras la Sagrada Escritura al decir que «era justo», esto es, que poseía, según la definición de Santo Tomás, «esa rectitud completa del alma que consiste en la reunión de todas las virtudes». Es muy fundado pensar —dice Suárez— que San José ocupó el lugar preeminente en el estado de gracia entre todos los Santos.

Empero, si San José se vió colmado de riquezas espirituales, faltábanle las otras riquezas, pues, en Judea la abundancia de granos y la fecundidad de los rebaños eran la base de la jerarquía y de la fortuna, en tanto que la industria y el comercio, poco estimados entonces, eran patrimonio de los pobres, y ya sabemos que San José era artesano.

Su padre le formó y educó en las modestas labores del trabajo de la madera y del hierro, y le ejercitó en todo lo concerniente a su oficio de constructor de viviendas (San Agustín); José labró, con la ayuda de Jesús, yugos para uncir bueyes (San Justino) y era Maestro en otros trabajos, pero la tradición universal nos dice que ejerció principalmente el oficio de carpintero y que Jesús aprendió con él a trabajar la madera. Él, que debía consumar nuestra redención en el madero de la cruz (San Juan Crisóstomo).

¿Qué sentiría allá en su corazón el bendito San José al oír que el Hijo de Dios le llamaba con el dulcísimo nombre de padre? ¡Misterio sublime de sólo Dios conocido! Y en verdad que José era padre de Jesús, si no en cuanto a la sustancia, sí en cuanto a las funciones y prerrogativas.

DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ. — ENCARNACIÓN DEL SALVADOR

TOCANTE a las circunstancias de los desposorios de San José con María Santísima, podemos optar por la opinión más común, que sostiene que María debió perder a sus padres cuando aun estaba en el Templo, y que el Sumo Sacerdote en persona hubo de encargarse de colocar a la joven al cumplir los quince años. Hay que dar por seguro que San José no era ni anciano ni hombre ya maduro, sino antes un joven cuya edad estaba en relación con la de María Santísima.

Lleváronse a cabo estos desposorios por manifestaciones directas de la voluntad divina, y cada consorte guardó preciosamente los secretos del Rey de la gloria, que había acogido sus promesas de virginidad. Esta unión, bella a los ojos de los ángeles, debía —dice San Jerónimo— poner a cubierto el honor de María ante los hombres y ocultar a los demonios el parto virginal. Muy por encima de los demás desposorios, fué éste el prototipo de la unión mística de Jesucristo con la Iglesia, según hace notar San Ambrosio, y en ese día tomaba San José posesión del título de Patrono de la Iglesia universal.

San José esperaba al Mesías, y sabía que nacería de su estirpe, pues no ignoraba las profecías; pero era tal su humildad que no podía sospechar que su pobre casita había de ver al Salvador esperado.

A no mucho tardar se presentó el ángel Gabriel a María y le anunció el gran misterio de la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas. La morada de José trocóse entonces en el santuario más augusto del universo. José, empero, por divino beneplácito, ignoró entonces los misterios que allí se realizaron.

Entretanto, la Santísima Virgen fué a visitar a su prima Santa Isabel, porque el ángel le había revelado que había concebido en su vejez; San José, custodio de María, la acompañó sin demora y sin oponer el menor reparo. Ese viaje de veinticinco leguas era penosísimo en aquel tiempo y en aquellas circunstancias.

Según la costumbre de Oriente, mientras la Santísima Virgen fué recibida por Santa Isabel en la habitación de la casa reservada a las personas de su sexo, San José saludó a Zacarías, y no asistió al *Magníficat* ni a las íntimas expansiones de estas dos venturosas madres colmadas de bendiciones divinas; sus palabras le habrían revelado el misterio que debía ignorar aún.

A la vuelta de tan venturoso viaje, siendo ya el tercer mes de la Anunciación, sobrevínole a San José una turbación penosísima y violenta, la prueba más cruel de su vida. Consiguió dominarla, y, aunque no podía explicarse lo que veía, tampoco dudó de la santidad de su esposa; mas

para no difamarla, resolvió dejarla secretamente. Apiadóse el Señor de sus angustias, más crueles que las de Abrahán al ver a su hijo Isaac en la pira, y, apareciéndosele un ángel durante el sueño, le dijo: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús —esto es, Salvador—; pues Él es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados» (Mat. I, 20-21).

Sabía que María había advertido sus zozobras y angustias, y por eso la hizo partícipe de la comunicación celestial: aconteció entonces algo consolador y placentero como en la Visitación.

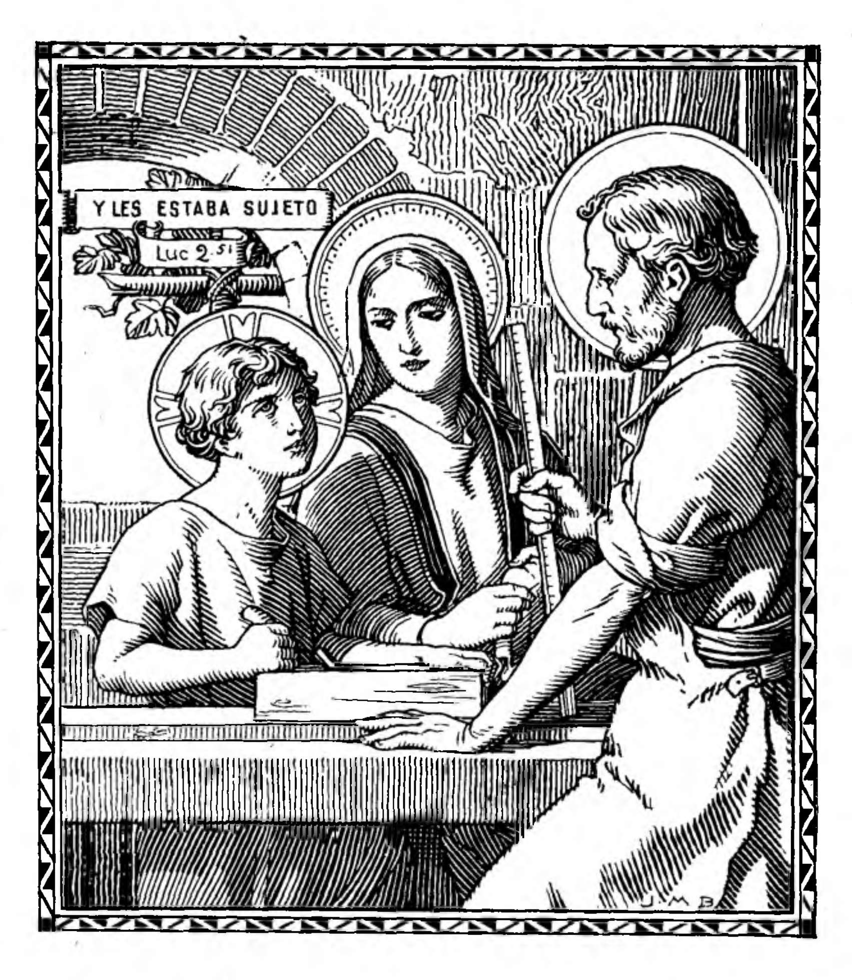
En la Visitación, María no había declarado el secreto del Señor a su prima, pero el Señor se dignó revelarlo mediante un milagro, e Isabel fué la primera que habló de ello; de igual manera, en esta ocasión, María guardó el secreto, pero el ángel lo reveló y José empezó a hablar, pronunciándose entonces otro *Magníficat,* cuyo texto el cielo ha guardado. ¡Dichosas las almas que dejan a Nuestro Señor el cuidado de manifestar su gloria! El período de felicidad y de alegría que precedió al nacimiento del Salvador, no fué de larga duración para los dos santos Esposos.

NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS

HABIENDO dado un edicto el César de Roma, para que se hiciese el empadronamiento de su pueblo, José, modelo pefecto de obediencia, se sometió al momento a las prescripciones imperiales y partió para Belén, de donde era originaria su familia, con María próxima ya a su alumbramiento. Iba la Virgen en un asnillo y José llevaba el buey. Nada tan modesto como esta caravana ni nada más grande. El asno que llevaba a la Madre y al Niño figuraba al pueblo judío; el buey, según las palabras de Isaías, iba a reconocer a su amo, *bos cognóvit possessórem suum.*

En las hospederías de Belén no hallaron sitio donde albergarse, «y los suyos no le recibieron». Así, pues, cumplidas las prescripciones del empadronamiento, que se hacía en la misma casa de la familia de David, anduvieron a la ventura por los contornos. Dios velaba, sin embargo, por su Hijo, como lo hace por cada uno de nosotros. A doscientos pasos de la ciudad, por el oriente, vieron una gruta bajo las rocas que sostienen las murallas del recinto: era una de tantas cuevas como hay en Judea, donde se albergan los pastores en las noches de invierno.

Era sábado, 24 de diciembre. José se durmió a la entrada de la cueva; María, allá en el fondo, aguardaba en éxtasis los acontecimientos que Dios preparaba. Era la medianoche cuando nació el Mesías, a quien saludaron los ángeles y adoraron los pastores, avisados por un emisario celestial. A éstos



SUBLIME *protector del Niño Jesús, guardián y protector también de la Santísima Virgen, San José es, asimismo, protector de las familias cristianas que en Él confían. Por su santo patrocinio será respetada la autoridad de los padres, y cristiana la educación de los hijos.*

los recibió José y los condujo a María, quien les mostró al Niño, acostado en un pesebre como espiga madura sobre la paja. No en vano el misterio se realizó en Belén, cuyo nombre significa «casa del pan».

Cuando se cumplieron los ocho días, Jesús fué circuncidado. José, según los privilegios del padre, fué el sacrificador que derramó las primicias de la sangre divina (San Efrén); y tuvo el honor insigne de poner al Niño el nombre de Jesús, revelado por el ángel.

Corría el mes de enero cuando se detuvo una estrella sobre el establo, y tres Reyes Magos, venidos del Oriente, solicitaron de José licencia para adorar al Niño. Lo que con tal ocasión refirieron excitó la admiración de la Sagrada Familia; obsequiáronla los Magos con ricos presentes, que José llevaría a Egipto o tal vez daría a los pobres. Sea como fuere, a los cuarenta días del nacimiento de Jesús, se presentó la Sagrada Familia en el Templo para cumplir la ley de la purificación. Para rescatar al que es Dueño del mundo sólo ofrecieron las tórtolas de los pobres y no el cordero de los ricos.

José asistió al *Nunc dimittis* del anciano Simeón y oyó las profecías, aunque su corazón no había de verse traspasado por la espada del dolor como el de María.

HUIDA A EGIPTO

PASADA la Purificación —2 de febrero—, la Sagrada Familia volvió a Nazaret, según refiere San Lucas; pero créese que este traslado no fué definitivo, sino que muy pronto volvieron a Belén, que tan dulces recuerdos evocaba en su mente y donde contarían ya con muchas simpatías. Poco después el ángel apareció de nuevo en sueños a José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle».

José despertó a María y partieron inmediatamente. Era tiempo. La noticia de los sucesos de la Purificación y el regreso de los Magos a su tierra por otro camino, habían excitado las sospechas de Herodes y estaba para dar el cruel edicto de degollar a todos los niños varones de Belén y su comarca. En el camino del destierro supo José el degüello de los niños asesinados por causa de Jesús, y estrechó al Salvador con más amor entre sus brazos.

Lo único que de este viaje sabemos con certeza, es su larga permanencia cerca de Heliópolis —la ciudad del sol—, donde se ve todavía el árbol de Jesús y de María; transcurrieron dos o tres años —siete dicen otros— antes que el ángel dijera a José: «Levántate y toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban a la vida del Niño».

EN NAZARET

LEVANTÓSE José y partió. Sin duda, durante esa larga permanencia en Egipto habían allegado recursos y organizado su casa; pero todo lo dejó al instante, cumpliendo la antigua profecía de Oseas que dice: «De Egipto llamé a mi Hijo». Supo José que Arquelao, heredero de la crueldad de Herodes, continuaba los degüellos, y el ángel le advirtió que no fuese a Jerusalén, sino que volviese a Nazaret de Galilea, donde encontró intacta su casita. En ella pasó Jesús los años de su vida oculta.

El que había de llamarse *Nazareno,* quiso pasar allí su vida oculta, retirado en el taller de San José. Con el tiempo edificóse una iglesia suntuosa en el taller en donde José trabajaba ayudado por el adolescente Jesús, y que estaba separado de la casa en donde tenían la habitación.

El Evangelio nos refiere que cuando Jesús cumplió los doce años, José, que iba solo a Jerusalén en las tres festividades más señaladas, llevó por primera vez, siguiendo la costumbre de los judíos, al Niño y a su Madre; asistieron durante ocho días a las ceremonias pascuales que figuraban la Pasión y se hospedaron en una casa próxima al Calvario.

Terminada la semana, los peregrinos de Jerusalén partieron de la Ciudad Santa por grupos, yendo, como se acostumbraba en Judea, las mujeres separadas de los hombres. Los adolescentes se juntaban indistintamente con el padre o con la madre, de forma que María creía que Jesús iba con José, en tanto que éste se figuraba que estaba con María.

Cuando al caer de la tarde se juntaron los padres en la hospedería, fué grande el dolor que ambos sintieron; el Niño Jesús se había perdido.

Preguntan a unos y a otros; vuelven a Jerusalén; le buscan por todas partes; entran en el Templo a implorar el auxilio de Dios, y allí fué donde al tercer día hallaron al que también al tercer día debía resucitar glorioso y triunfante. Jesús estaba sentado en medio de los doctores a quienes, ora escuchaba, ora preguntaba, dejándolos atónitos por su sabiduría.

—Hijo mío —dijo María, dominando su asombro—, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.

—¿Por qué me buscabais? —les respondió Él—. ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

Palabras que José y María meditarían durante muchos años. El Niño crecía en ciencia y en sabiduría y les estaba sumiso, *et erat súbditus illis.* Esto es cuanto sabemos de los dieciocho años que siguieron a este paso de la vida del Salvador, pues esta parte de la vida de San José, cuya gloria sólo en el cielo nos será revelada, mereció compartirse con la oscuridad de la vida de Jesús y como ella permaneció ignorada de los hombres.

VIRTUDES Y MUERTE DE SAN JOSÉ

CUÁNDO murió San José? No se sabe con certeza. Hay quienes suponen que fué poco antes del bautismo de Nuestro Señor por el Precursor y explican las exclamaciones de la muchedumbre que llama a Jesús: el hijo del carpintero, por el recuerdo vivo aún del santo Patriarca. Otros, apoyándose precisamente en las observaciones de los compatriotas de Jesús: «¿No es éste el hijo del carpintero?», referidas por San Mateo, ponen la muerte de San José mucho más tarde. Sin embargo, es indudable que San José murió antes de la Pasión del Señor.

La muerte del bendito Patriarca fué dulce y tranquila, expiró en los brazos de Jesús y de María, probablemente en Jerusalén, adonde había ido por última vez en peregrinación, con motivo de la Pascua, pues la tradición pretende que fué enterrado en el valle de Josafat.

Tuvo este santo Patriarca todas las virtudes en grado sumo: ardiente fe, grande esperanza y encendida caridad; virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara sencillez, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, solícita providencia, y un silencio tan extraño, que no leemos en todo el Evangelio que San José haya hablado palabra alguna. Porque no era hombre de palabras, sino de obras; y estaba tan absorto en la contemplación del sumo bien que tenía consigo, y tan transportado de aquella altísima admiración —dice San Lucas— que tenía al considerar y rumiar lo que veía en el Niño y oía de Él, que estaba como mudo, hablando con solos los sentimientos, afectos y obras, reverenciando con tanto silencio, aquello que le causaba tan inefable admiración.

«El ideal de San José fué someterse a la voluntad de Dios; bendecir al que da la pobreza o la abundancia; cerrar el corazón a todo sentimiento que no emanara del cielo; mirar con indiferencia los bienes tras los cuales corre el mundo desatentado; ver la tierra, no como patria definitiva, sino como lugar de tránsito donde el hombre, soldado del deber, conquista, a costa de su sangre, inmortales destinos. Podía San José llevar corona como sus abuelos...; pero a todo prefirió la oscuridad de su hogar, sabiendo hacer lo que es más difícil y meritorio: vivir oculto e ignorado.» (Calpena).

Finalmente, fué tan acabado y perfecto San José, que más se podía llamar varón divino que hombre mortal; y a la medida de su caridad y altos merecimientos, recibió el galardón y la corona de la gloria.

Una piadosa opinión, apoyada por varios Padres de la Iglesia, sostiene que San José resucitó a la muerte de Cristo, cuando se abrieron muchos sepulcros, y que el padre adoptivo de Jesús subió luego al cielo en cuerpo y alma con el Divino Salvador.

CULTO A SAN JOSÉ

El nombre de San José permaneció olvidado —digámoslo así— por mucho tiempo y su culto se ha extendido poco a poco en la Iglesia. A últimos del siglo XV, el papa Sixto IV incluyó la fiesta de San José en el Breviario y en el Misal romano, y Gregorio XV la declaró obligatoria para la Iglesia entera, con rito de doble menor, el 8 de mayo de 1621.

En nuestra España hizo mucho para propagar la devoción a San José la gloriosa Santa Teresa de Jesús, que escribió: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. A otros Santos parece que les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; de este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas» *(Libro de la Vida,* capítulo VI). Gran propulsor fué igualmente el padre Baltasar Álvarez, el cuál declaró que estando en Loreto orando a Nuestra Señora, le recomendó que fuera gran devoto del glorioso San José.

Los últimos Papas, especialmente, han contribuído en gran manera al florecimiento del culto a San José. Pío IX el 8 de diciembre de 1870 proclamó al santo Patriarca Patrono de la Iglesia universal y mandó celebrar su fiesta con rito doble de primera clase. León XIII exhorta repetidas veces al pueblo cristiano a que acuda a su poderosísima intercesión. Pío X aprueba el 18 de marzo de 1909 las letanías en honor del santo Patriarca y autoriza su rezo público. Benedicto XV, por decreto del 9 de abril de 1919, aprueba el Prefacio propio para las misas que se celebren en honor de San José. Finalmente, la costumbre de dedicar un mes del año —marzo— a honrarle, se halla difundida hoy por toda la cristiandad.

Su colosal figura se agranda y agiganta conforme se avanza en su estudio, y va apareciendo en todo su esplendor para consolar al triste, sanar los corazones ulcerados, alentar a los trabajadores, aliviar nuestras penas, apartar de nosotros envidias, egoísmos, rencores y venganzas, y extinguir nuestra sed de placeres.

SANTORAL

Santos **José, esposo de la Madre de Dios;** Apolonio y Leoncio, obispos de Braga; *Juan de Pinna o Pina, abad; Pancario, mártir;* Landoaldo, presbítero de Roma, y su discípulo Adrián, con Amancio, diácono, misioneros de los Países Bajos; *Andrés de Sena o Siena, solitario;* Bertulfo, abad de Bobbio; Siagrio, obispo; Auxiliano, obispo de Dol, en Bretaña; Cirilo, obispo de Tréveris; Corbasio, monje; Calocero y Alemundo, mártires; Quinto, Quintila, Cuartila, Marco y otros nueve, mártires, en Sorrento. Santa Magna, amparadora de huérfanos y pobres.

SAN JUAN DE PINA, abad. — Era Juan uno de aquellos hombres sabios de que supo rodearse el emperador Justiniano para llevar a cabo sus célebres reformas. Se trasladó de Siria a Italia cuando Narsés hubo arrancado a dicha nación del poder de los ostrogodos. Juan, admirable por su virtud y sabiduría, huyó del trato de las gentes y se retiró a una choza que él mismo se formó alrededor de un árbol que le servía de sostén. No obstante, pronto se divulgó la fama de su santidad. Entre las numerosas visitas que recibió se cuenta la del obispo de Spoleto, ante quien hizo el prodigio de cubrir la higuera de su choza con profusión de hojas y frutos, a pesar de ser el mes de enero. Con ello pudo obsequiar a su prelado. Éste le mandó levantar allí mismo un monasterio, que Juan gobernó por espacio de cuarenta y cuatro años con gran prudencia y sabiduría. Después de una vida llena de merecimientos obtuvo el descanso eterno el 19 de marzo del año 550.

SAN PANCARIO, mártir. — Nacido en Roma de padres nobilísimos, permaneció en el gentilismo a pesar de ser cristianos sus padres. Ni los consejos y exhortaciones del padre, ni las lágrimas y palabras fervorosas de la madre tuvieron eficacia para traer al buen camino al hijo extraviado. Pero lo que no se obtuvo con palabras se alcanzó con la oración. Ésta consiguió la gracia de la conversión. Dios tocó aquel corazón empedernido mediante una carta de la madre: «No permitas, hijo mío, que tu obstinación sea causa de tu ruina y del sentimiento en que tienes anegada la vida de tus padres. No consientas que tus padres desciendan a la tumba con la convicción de que nuestra separación ha de ser eterna y de que serán inútiles para ti todo nuestro cariño y todos nuestros sacrificios. Vuelve tu vista a la verdad; pide a Jesucristo que te ilumine y verás cómo una luz, que ahora desconoces, ilumina tu inteligencia, y un amor intenso, que jamás has experimentado, abrasa tu corazón.» La felicidad entró en aquella casa con la conversión del hijo. Pancario, que era tesorero de Diocleciano, fué desterrado a Nicomedia, y allí coronó sus días con el martirio, corriendo el año 310 de la Era del Señor.

SAN ANDRÉS DE SENA, solitario. — Era hijo de familia noble y de arraigadas costumbres católicas. Andrés creció en este ambiente religioso, destacándose sobre todo por su aversión a la blasfemia y a toda clase de palabras soeces y menos dignas. Poseía un temperamento enérgico y vigoroso, y por esto abrazó la carrera de las armas. Un día que oyó a un compañero suyo proferir una horrible blasfemia, sintió tan viva indignación que, sin dar tiempo a la reflexión, desenvainó su espada y atravesó con ella el corazón del blasfemo. Ello le valió el destierro, que él convirtió en tiempo de penitencia y mortificación para reparar sus crímenes. Dios le perdonó y aun le concedió el don de milagros, proporcionándole el consuelo de ser visitado por la Virgen en varias ocasiones. El 19 de abril de 1252 acabó sus días lleno de esperanza en la divina misericordia.



Moneda de Teodorico — Bonete, estola y báculo del obispo misionero

DÍA 20 DE MARZO

SAN WULFRANO

ARZOBISPO DE SENS († hacia 720)

TRASLADÉMONOS a mediados del siglo VII. Entre los valerosos caballeros que formaban la brillante corte de Dagoberto I, distinguíase uno llamado Fulberto, cuyo heroísmo había tenido ocasión de conocer el rey y a quien había confiado delicadas e importantes misiones.

El valiente cortesano contrajo matrimonio con una matrona digna de él por su nobleza y piedad. Dios los bendijo dándoles un vástago, que debía añadir a la gloria de su nombre la de una santidad poco común y dar celebridad a los distintos países en los que había de ejercer su ministerio apostólico.

Nació Wulfrano en el castillo de Milly, hacia el año 650. Parece se conservan aún hoy las ruinas de la antigua morada en que nació y de la que hizo donación al monasterio de Fontenelle, en el que debía acabar sus días.

Cuando el niño hubo cumplido la edad de poder aprovechar la brillante educación que querían darle sus padres, lo confiaron a personas tan doctas como virtuosas, que se aplicaron a desenvolver las cualidades de inteligencia

y piedad de que daba manifiestas señales cuando apenas despuntaba su razón.

Aunque Fulberto dejaba a aquellos prudentes maestros el cuidado de cultivar el espíritu del niño, no lo perdía de vista, y la actuación a que le obligaba su vida en la corte, no le distraía de lo que consideraba su deber primordial: el cuidado del alma de su hijo.

De tal manera supo el joven aprovechar las lecciones y ejemplos que recibía, que ni se dejó jamás deslumbrar por los resonantes éxitos alcanzados en los estudios, ni por las perspectivas del brillante porvenir que se le presentaba. Todo parecía conspirar para atraerle al mundo e iniciar en un ambiente de plena felicidad una carrera que tantos otros habrían envidiado.

Admitido a la corte de Neustria por la alta consideración de que gozaba su padre, fácil le habría sido atraerse el favor de los príncipes, que tenían en grande estima tanto su virtud como sus talentos naturales.

Pero el piadoso joven abrigaba otras ambiciones muy distintas de las de la tierra. Sentíase llamado al servicio del Rey del cielo y cultivaba cuidadosamente esa vocación divina en su corazón, aguardando la hora en que pluguiere al divino Maestro sacarle del mundo.

DE LA CORTE A LA SEDE EPISCOPAL

CONSÉRVANSE acerca del período de tiempo pasado por Wulfrano en la corte, diferentes relatos que no concuerdan del todo y hasta difieren bastante. Unos nos lo presentan formando parte del cortejo de jóvenes señores que los reyes francos gustaban de tener en su palacio, tanto para servirles de guardia de honor, como para formarlos en las costumbres guerreras, necesarias en aquellas épocas turbulentas.

Al finalizar los estudios, el hijo del leudo Fulberto, fué admitido a la corte. Inclinado Wulfrano al sacerdocio, recibió las Órdenes sagradas, y ejerció sus funciones en el palacio real.

Su reconocida piedad y el admirable ejemplo que de ella daba, le habían señalado desde largo tiempo, tanto a la atención de los obispos y de los fieles, como al afecto y estima de los reyes de Neustria y de la reina madre Santa Batilde.

De ahí que cuando murió Lamberto, arzobispo de Sens, hacia el año 690, la voz unánime del pueblo eligió a Wulfrano por sucesor del pontífice difunto. La entrada del nuevo elegido en su ciudad episcopal fué saludada entusiásticamente por el gozo unánime del pueblo. Únicamente el Santo, abrumado por el pensamiento de las responsabilidades que contraía, se abismaba en su humildad y suplicaba al Señor viniera en ayuda de su debilidad.

RENUNCIA AL OBISPADO PARA HACERSE APÓSTOL DE LOS FRISONES

SIETE años habían transcurrido desde su elevación al episcopado, durante los cuales Wulfrano había edificado a su diócesis con el espectáculo de sus virtudes y adoctrinado con sus admirables enseñanzas, cuando recibió de Dios la inspiración de ir a llevar a otras gentes los esfuerzos de su celo.

Esta determinación, cuyas circunstancias ignoramos, nos sorprenderá tal vez, pero obra divina debió ser, puesto que el cielo se encargó de bendecirla; los milagros que el apóstol iba a obrar en la nueva viña del Señor y las prodigiosas conversiones que obtuvo, lo prueban sobradamente.

En la parte noroeste de Alemania, a orillas del mar, vivía sumida en la idolatría y en la ignorancia, una nación que apenas conocía otro modo de vivir que el pillaje, perturbando constantemente las comarcas vecinas y en especial el país de los francos por sus bárbaras incursiones. Era el pueblo de los frisones, que ocupaba lo que hoy se llama Holanda. Carlos Martel los había vencido repetidas veces, pero jamás llegó a dominarlos. Por manera que, no habiendo podido conseguir su intento la fuerza de las armas y el valor de los guerreros, la Iglesia lo emprendió por los pacíficos medios del apostolado cristiano.

Al frente de estos apóstoles, plugo a la Providencia colocar al pontífice que ella había elegido para tal apostolado: el arzobispo de Sens. Pero antes de lanzarse a obra tan gigantesca y tan difícil, el hombre de Dios quiso ordenar los asuntos de la diócesis y preparar por medio de la oración las conversiones en que meditaba.

Para sustituirle nombró, a título de administrador, a San Gerico, monje del monasterio de San Pedro, de la misma ciudad de Sens. Cumplido este requisito, salió de la diócesis y se dirigió en primer lugar a Ruán para hablar sobre sus proyectos con San Ansberto, arzobispo de dicha ciudad.

Antes de ser nombrado para ocupar la silla episcopal de Ruán, Ansberto había sido abad de Fontenelle y conviene saber que esta abadía, fundada en 648 por San Wandrilo, había sido siempre para Wulfrano de singular predilección. Bien lo había demostrado entregándole, como antes se dijo, sus heredades de Milly. En ella quiso pasar algún tiempo consagrado al recogimiento y a la oración, antes de partir para Frisia.

Pidió a San Hiberto, que era por entonces abad del monasterio, doce religiosos como auxiliares de su apostolado. No era sobrado el número que pedía si se considera que Fontenelle albergaba por entonces más de trescientos monjes.

Esta selección evangélica, cuyo número recordaba el de los Apóstoles, se embarcó en el Sena con rumbo al puerto de Caudebec, para penetrar en Frisia.

Mientras duró el viaje, Wulfrano celebraba el santo sacrificio de la Misa cuantos días le era posible. Empero, sucedió una vez que, echada el áncora cerca de Therouanne, como estuviesen preparando la celebración, su diácono San Vandón, que andando el tiempo fué monje y abad de Fontenelle, se dejó caer al mar la patena en el momento de presentarla al celebrante. Confuso de su torpeza, se echó de rodillas ante Wulfrano. Púsose el santo obispo en oración y ordenó al diácono que alargara la mano en el lugar mismo en que había ocurrido el accidente. La patena volvió a subir por sí misma a la superficie del agua, y ella misma se puso en la mano de Vandón. Durante muchos años se conservaron en el monasterio la patena y el cáliz que sirvieron para la celebración de aquella Misa.

Este milagro contribuyó grandemente a manifestar la santidad del pontífice, excitar la admiración y aumentar la confianza de sus compañeros.

PRIMERAS PREDICACIONES. — MILAGROS

CUANDO los misioneros llegaron a Frisia, se presentaron al jefe de la nación, que era el duque Radbodo. Aunque pagano, al igual que todo su pueblo, Radbodo dió al obispo y a sus acompañantes benévola acogida y escuchó con interés la primera predicación del apóstol del Evangelio. Eran tan distintas las palabras que oía, de cuantas hasta entonces habían llegado a sus oídos, que se sintió conmovido hasta lo más íntimo de su alma, aunque no tanto sin embargo, que quisiera convertirse; dió, empero, licencia a Wulfrano para predicar y bautizar en toda la extensión de su reino. Su mismo hijo recibió el bautismo.

Los sorprendentes milagros que obraba Wulfrano confirmaban las verdades que anunciaba y determinaron buen número de conversiones; pero la mayor parte de los frisones resistieron a la gracia de Dios, y aunque manifestaban simpatía a los misioneros y aun prestaban oídos a sus palabras, permanecían en sus vanas supersticiones y seguían ofreciendo los bárbaros sacrificios de un culto abominable. Consistía uno de ellos en ofrecer a los dioses de la nación víctimas humanas, ordinariamente niños a quienes tocaba en suerte ser inmolados.

Un día recayó ésta en un joven llamado Ovón, a quien los bárbaros se preparaban a inmolar. Radbodo se puso al frente de aquel tropel de homicidas. El obispo misionero, que en aquellos momentos adoctrinaba al pueblo, al notar el triste cortejo que pasaba, se lanzó hacia él para suplicar al duque que perdonara a aquel inocente. «Es la ley del país» —respondió



SAN *Wulfrano arrebata al furor de los paganos y de las olas a dos inocentes niños que han sido ofrecidos como holocausto a los dioses. Lleno de confianza en Dios, el Santo camina por encima de las aguas a pie enjuto y lleva a los niños a la playa. Ante el prodigio, se convierten numerosos gentiles.*

Radbodo—; y, haciendo eco a la voz de su jefe, los que le acompañaban reclamaban que se cumpliera la ley. Cansados, al fin, de las interminables instancias del apóstol, exclamaron: «Si tu Cristo es lo bastante poderoso para arrancar de nuestras manos al que tú pretendes salvar, que lo haga, y el joven será tuyo».

Solo y sin armas entre aquellos energúmenos, Wulfrano dirigió a Dios una adiente plegaria, solicitando su omnipotente intervención. Sin embargo, la horrible ejecución se llevó a término. Ovón, estrangulado, se hallaba suspendido del patíbulo desde hacía dos horas, cuando, de repente, la fuerte atadura que lo aguantaba se rompió y el cuerpo del ahorcado cayó a tierra, pero levantóse inmediatamente sano y salvo. La oración de Wulfrano había sido oída.

Este milagro fué seguido de numerosas conversiones. En cuanto a Ovón, andando el tiempo fué ordenado de sacerdote y llegó a ser uno de los más ilustres monjes de San Wandrilo, sobresaliendo especialmente en el arte de transcribir libros.

A pesar de las predicaciones y portentosos milagros de los misioneros, no se habían podido desterrar de aquel suelo ingrato tan bárbaras prácticas de secular raigambre. En efecto, los suplicios más atrozmente variados eran sucesivamente puestos en juego por aquellos seres inhumanos, cuya barbarie parecía imposible extinguir.

Dos niños angelicales fueron arrebatados de los brazos de una pobre madre que no poseía otro tesoro, y condenados a perecer ahogados en las aguas, para satisfacer a las pretendidas divinidades. Los dos fueron expuestos en la playa a la furia de las olas en forma que no pudieran huir, sino que fueran arrastrados por las aguas en el momento en que subiese la marea. Radbodo y los suyos asistían desde cierta distancia al cruel suplicio. Durante ese tiempo, Wulfrano y sus fervorosos cristianos, que no habían podido obtener gracia para los inocentes, oraban con fervor esperando conseguir de Dios un milagro. Pronto principió a subir la marea. Las olas adelantaban rápidamente y llegaban ya a los dos niños, cuando de repente vióse que se separaban y seguían adentrándose en la ribera, formando como un islote en el que las dos tiernas víctimas quedaron en seco.

Entonces Wulfrano, lleno de fe y confianza en Dios omnipotente, se levantó y, caminando sobre las aguas como si estuviera en tierra firme, fué derecho hacia los niños, tomó al menor en brazos y al mayor por la mano y los condujo a la orilla. Este milagro deslumbrador produjo la conversión de la mayoría de los que lo presenciaron.

FURIA DEL DUQUE RADBODO. — CONVERSIÓN DE LOS FRISONES

PARECE natural que a la vista de testimonios tan numerosos del poder divino, Radbodo se sintiera vencido y diera ejemplo de fidelidad a la gracia. Tomó, en efecto, el camino de la penitencia, pero no lo siguió hasta el fin. En el momento en que iba a recibir el bautismo, le ocurrió preguntar al pontífice si en el cielo que le prometía volvería a encontrar a sus abuelos y a los duques sus antecesores, o si estaban en aquel infierno que Wulfrano quería hacerle evitar.

—Es cierto —contestó el obispo— que para entrar en el cielo se necesita haber sido regenerado por las aguas del bautismo.

—Pues entonces —exclamó Radbodo— prefiero ir al infierno para encontrar allí a mis ilustres antecesores, que estar en tu cielo con miserables pobretones cristianos.

Y se retiró del baptisterio, dejando para más tarde el cumplir su designio. Wulfrano logró más halagüeños resultados en el pueblo frisón. Aquellos corazones duros y rebeldes acabaron por ablandarse. Con todo, la obra apostólica emprendida por el santo misionero, no debía tener plena eficacia hasta después de su salida del país.

Como los frisones sostenían frecuentes guerras contra los francos, habían tratado a los primeros misioneros con cierta desconfianza, mas ésta iba a desaparecer ante la predicación evangélica llevada a cabo por misioneros de otra nación. Con prudencia divina, la Santa Sede envió a Frisia para cultivar el campo, tan laboriosamente roturado por Wulfrano y los monjes de Fontenelle, a doce misioneros ingleses a las órdenes de San Wilibrordo, a quien el Papa había consagrado previamente arzobispo de los frisones.

Quiso el duque Radbodo comprobar si la doctrina de este obispo misionero concordaba con la de Wulfrano y con tal propósito mandó llamar ante sí al nuevo apóstol. No permitió Dios, por altos designios de su justicia, que esta nueva tentativa tuviera el resultado que Radbodo esperaba, pues murió sin bautismo antes que Wilibrordo hubiera podido acudir a su llamamiento. Posiblemente quiso Dios mostrar así que rehusa al orgullo lo que concede superabundantemente a la humildad.

¡Ay del que, endureciendo su corazón, se hace sordo al divino llamamiento! Su mala voluntad le expone a tremendos castigos, aun en esta vida. Dios es paciente y está siempre dispuesto a perdonar y a recibir con bondad y misericordia al alma pecadora que a Él se llega sinceramente arrepentida y con propósito de servirle con fidelidad, pero confunde al que se opone reiteradamente a los movimientos de la gracia.

VUELVE A FRANCIA. — SU MUERTE

A los cinco años de apostólicas labores regresó Wulfrano a Francia para tomar nuevamente posesión de su Iglesia. Pero al llegar, halló la diócesis tan maravillosamente gobernada por Gerico, que en el acto resolvió dejarla a cargo del que tan bien había sabido dirigirla. Confirió, pues, la consagración episcopal a San Gerico, siendo éste desde aquel momento su sucesor en la sede de Sens.

Descargado ya de la misión de conducir su rebaño, el apóstol de los frisones, que tenía a la sazón setenta años, resolvió acabar sus días en el monasterio de Fontenelle, sin que ni la avanzada edad, ni los achaques, ni la dignidad episcopal, ni los duros trabajos de su apostolado en Frisia, le parecieran razones suficientes para dispensarse de la observancia minuciosa de la regla del monasterio, porque no era el descanso, que tan bien merecido tenía, lo que había venido a buscar a Fontenelle, sino las gracias y los méritos de la vida religiosa.

Habiendo hecho la profesión o por lo menos renovado los votos —no se sabe de cierto si había profesado con anterioridad— en manos del abad Hiberto, mostróse en todo el modelo de sus Hermanos, siendo sus virtudes predilectas la obediencia, la humildad y la mortificación.

El biógrafo de su vida nos cuenta cómo en una o dos ocasiones tuvo que volver aún a Frisia para asegurar la obra que había dejado principiada.

A pesar de su gran deseo de vivir oculto e ignorado, no pudo sustraerse al concurso de visitantes de todas las clases sociales que, ávidos de sus luces y consejos, acudían al monasterio. Los príncipes y los reyes mismos iban a su celda a pedirle consejo y dirección.

Esos ilustres personajes le ofrecían con frecuencia ricos presentes; mas nunca los aceptaba, a menos que fuera para aliviar a los pobres. El don de milagros que le había concedido el Señor para la conversión de los infieles, le acompañó hasta en su retiro. Un día curó instantáneamente a uno de los religiosos, atacado de parálisis completa, con sólo hacerle la unción con aceite que previamente había bendecido.

Por último, llegó el día en que Dios quiso llamar a sí a su fiel siervo. Recibió del cielo previo aviso de su fin y murió el 20 de marzo, hacia el año 720; siendo enterrado en Fontenelle, junto al sepulcro de San Wandrilo, fundador de la abadía.

Los milagros que habían hecho ilustre en vida a San Wulfrano continuaron sucediéndose después de su muerte. En el año 728 fué exhumado su cuerpo, que se halló intacto, lo mismo que los de San Ansberto y San Wandrilo.

Han opinado algunos historiadores que el cuerpo de San Wulfrano se volvió a encontrar en tiempo de Ricardo I, duque de Normandía (996), bajo las ruinas de la basílica de Fontenelle. Según tal opinión, las reliquias, guardadas en la abadía durante la Edad Media, estarían hoy en la iglesia parroquial de San Wandrilo. Pero, basándose en el testimonio del historiador de San Wulfrano, el monje Jonás, hagiógrafo de gran autoridad que vivía en Fontenelle hacia el año 729, se tiene por cierto que, a mediados del siglo XI, el cuerpo fué llevado a la iglesia de San Nicolás de Abeville, que llegó a ser colegiata con el nombre de San Wulfrano.

La convicción que tenían los canónigos de Sens de la autenticidad de las reliquias de su santo obispo, conservadas en la colegiata de Abeville, los determinó a solicitar algunas en 1641. Estas reliquias forman aún hoy parte del valioso tesoro de la catedral.

SANTORAL

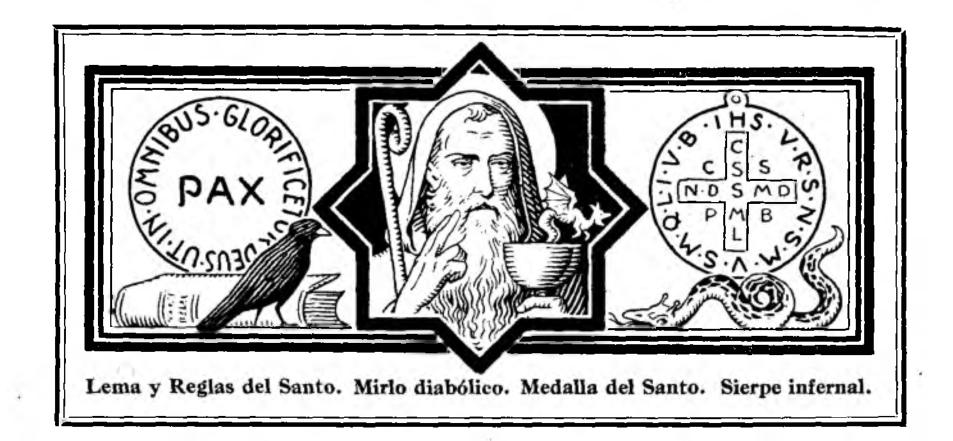
Santos *Martín Dumiense, obispo y confesor;* **Wulfrano, arzobispo de Sens;** *Nicetas o Niceto, obispo y mártir; Ambrosio de Siena, dominico y confesor;* Pablo. Cirilo, Eugenio, Anatolio y otros, mártires, en Siria; Arquipo, compañero de San Pablo; Urbicio, obispo de Metz; Goerico, obispo de Sens, sucesor de San Wulfrano; Nicasio, Máximo, Exuperio y Saturnino, obispos de Die; Benigno, abad; Grato, diácono, y Marcelo, subdiácono, venerados en Forli; Cutberto, obispo de Landisfarne (Inglaterra). Beato Bautista Mantuano, carmelita. Santas *Fotina, conocida con el nombre de «La Samaritana», mártir;* Alejandra y compañeras, mártires; Cándida, viuda, en Constantinopla; Protasia, virgen y mártir en Senlís.

SAN MARTÍN DUMIENSE, arzobispo de Braga. — Fué natural de Panonia (Hungría), y después de visitar los Lugares Santos de Jerusalén, vino a España, donde realizó un bien inmenso, pues logró la conversión de los suevos de Galicia, cuyo rey, Carrarico, abjuró los errores arrianos al ver a su hijo Teodomiro curado de la lepra por intercesión de San Martín Turonense. Era Martín uno de los hombres más sabios de su siglo. Cerca de Braga edificó un monasterio del que fué abad y obispo juntamente. Después, sin abandonar estos cargos, ocupó la sede arzobispal de aquella ciudad. Recorrió ciudades, villas y aldeas inculcando a todos la infalible verdad de la fe. Gracias a su celo e insinuaciones, se convocaron los concilios de Braga y Lugo, en los que se condenaron las herejías de Arrio y de Prisciliano. En todo momento dió pruebas de gran prudencia, extremada justicia y ardiente caridad. Escribió luminosas epístolas y admirables tratados de virtud, que revelan su vasta erudición y sólida piedad. Murió el 20 de marzo del año 580, aproximadamente treinta después de su consagración episcopal. El Concilio X de Toledo le llama «santo»; San Isidoro, «santísimo», y Venancio Fortunato, «el nuevo San Martín» y «apóstol de Galicia».

SAN NICETO, obispo. — Es una de las víctimas de la persecución de los iconoclastas, llevada a cabo por el emperador de Oriente León III Isáurico y continuada por su sucesor Constantino V Coprónimo. Los católicos que permanecían firmes en la ortodoxia se llamaron iconolatras; uno de sus defensores era Niceto, obispo de Apolonia, en Bitinia. Por su tesón en defender el culto de las imágenes, Niceto se vió depuesto de su sede episcopal y desterrado. Fué llevado de una parte a otra en medio de injurias y malos tratos, trabajos e incomodidades que quebrantaron su salud, produciéndole un martirio lento, que se consumó entregando su espíritu al Señor el 20 de marzo de 735. Los escritores dicen de él que fué: «Varón constante en la fe ortodoxa, acérrimo defensor de la religión cristiana, admirable en la piedad, liberal en favorecer a los pobres, esclarecido en el conocimiento de las cosas divinas, y de una elocuencia singular.»

SAN AMBROSIO DE SIENA dominico y confesor. — Vino al mundo en la ciudad de Siena (Italia) el 15 de abril de 1220. Nació deforme, contrahecho, negro y monstruoso, pero por un milagro de la Divina Providencia, al año de nacer quedó trocado en niño natural y hermoso, cuando se hallaba en el templo de la Orden de Predicadores en brazos de su nodriza. Fué grandemente inclinado a la virtud. Antes de los ocho años ya rezaba diariamente el Oficio de la Santísima Virgen y se levantaba durante la noche para vacar a sus oraciones. Ello le infundió fuerza para resistir al enemigo de la salvación que intentaba reiteradamente la perdición del piadoso joven. Su ardiente caridad para con los pobres causó la admiración de sus paisanos. En 1237 vistió el hábito religioso en la Orden de Santo Domingo. Se doctoró en la Universidad de París y fué celoso predicador de la palabra de Dios, que había aprendido de su Maestro San Alberto Magno. Con ella consiguió la conversión de innumerables pecadores, tanto en Alemania como en Hungría. Dios le honró con el don de milagros. Era tanto el entusiasmo con que predicaba, que un día, en Siena, se le rompió una vena del pecho, con lo cual se aceleró su muerte, acaecida el 20 de marzo de 1286, con la tranquilidad del justo.

SANTA FOTINA (LA SAMARITANA) Y COMPAÑEROS, mártires. — Esta Santa, conocida con el nombre de «Samaritana», es aquella mujer a quien Jesucristo declaró que era el Mesías, según el relato evangélico de San Juan en su capítulo IV. ¡Conversación admirable la de Cristo y aquella mujer pecadora! En ella bebió la Samaritana el agua de aquella fuente de vida que engendró en su corazón la felicidad verdadera que apagó la sed de la concupiscencia y reanimó su alma, salvándola. Deseosa de llevar esta verdad redentora a las regiones más apartadas, marchó al África con sus hijos Víctor y José y otros seis cristianos, donde, después de lograr numerosas conversiones, consiguieron la palma del martirio.



Lema y Reglas del Santo. Mirlo diabólico. Medalla del Santo. Sierpe infernal.

DIA 21 DE MARZO

SAN BENITO

ABAD Y FUNDADOR (480 - 543?)

SANTA Brígida, en sus *Revelaciones,* habla del patriarca de los monjes de Occidente, en estos términos: «San Benito hubiera podido santificarse en el mundo; pero el Señor lo llamó a la cima del monte, para que con su ejemplo se animaran otros a abrazar la perfección. La Providencia adjuntó a San Benito numerosos compañeros para que formasen un hogar; el Santo les trazó tal Regla de vida que pudiera guiar adecuadamente a cada uno por el camino de la santidad según la propia disposición: ora fuese confesor, ora ermitaño, ora doctor y aun mártir; de suerte que al observarla con fidelidad, numerosos monjes alcanzaron la perfección de su Padre Fundador».

Benito, cuyo nombre significa «Bendecido o bendito», nació hacia el año 480 en la ciudad de Nursia, situada en el centro de Italia. Las únicas referencias ciertas que de su infancia poseemos, nos las dan los *Diálogos* de San Gregorio Magno, quien al referirse en ellos a los padres del Santo, sólo dice que descendía de la antigua nobleza sabina. Pero su santidad precoz, y casi innata en él, y en su esclarecida hermana Santa Escolástica, nos dan a entender, bien a las claras, que uno y otra respiraron en el hogar familiar densa atmósfera de virtudes cristianas.

Hacia el año 497, Benito, gallardo y bien apuesto joven de 17 años, fué a terminar los estudios a Roma. El libertinaje y la inmoralidad de sus compañeros, produjeron en él verdadero espanto, y, en lugar de abandonarse a las nacientes pasiones de la edad, resolvió poner a cubierto la virtud huyendo de la gran urbe con el ama que le había criado. Pusieron en práctica su proyecto y, a instancias de algunos habitantes, ambos se detuvieron en Enfide, hacia las colinas de Tibur, y allí habrían fijado definitivamente su morada, si la reputación de santidad de Benito, que le ganara el milagro que hizo con una criba rota e instantáneamente reparada en virtud de una fervorosa plegaria, no hubiera determinado al estudiante a adentrarse solo en la espesura de un monte.

VIDA EREMÍTICA

AL llegar al desierto de Subiaco, a cincuenta millas al sureste de Roma, el joven encontró un cenobita llamado Román, cuyo monasterio estaba situado en la cúspide del monte Taleo. El aspirante a la vida eremítica, manifestó, bajo secreto, a aquel religioso varón sus deseos de perfección. El monje juró guardárselo y le indicó en las abruptas laderas de la roca una gruta inaccesible, en la que penetró con ánimo resuelto, Desde el fondo de ésta sólo se veía el cielo. En determinados días, desde lo alto del peñasco, le bajaba su maestro un pan colgado de una cuerda: al toque de campanilla advertía Román a Benito que era llegado el momento de dejar la oración y de tomar el frugal alimento.

Tres años permaneció el joven recluído en aquel retiro, hasta que unos pastores lo descubrieron, tomándolo al pronto por bestia montaraz; pero, oyéndole hablar, reconocieron en él a un gran siervo de Dios y escucharon dócilmente sus instrucciones.

Satanás quiso aniquilar desde los comienzos la acción sobrenatural de aquel a quien miraba ya como temible adversario. Tomando, pues, la apariencia de un mirlo se puso a revolotear tan cerca de él, que para lanzar al importuno volátil el solitario tuvo que acudir a la señal de la cruz. Vencido ya por este medio, representóle con toda viveza la imagen de una joven a quien había tratado en Roma, y surgió en el acto la sugestión diabólica: «¿Estoy bien cierto de que debo continuar llevando un género de vida que tan por encima de las fuerzas de la naturaleza está?» Pero en esta lucha que le redujo a terrible congoja, la gracia divina intervino oportunamente, y a su impulso el Santo se lanzó a unas zarzas de espinas que había en las cercanías de la gruta y se revolcó en ellas, desgarrando su cuerpo lastimosamente, hasta que el dolor ahogó en él la rebeldía de los

sentidos. Desde aquel momento nunca más los ardores de la concupiscencia hicieron mella en él.

Murió el abad de Vicovaro, cuyos solitarios fueron a suplicar al ermitaño de Subiaco que tomara el cargo que quedaba vacante; aunque resistió al principio, consintió al fin y se fué con ellos.

Empero, el gobierno del Santo les pareció pronto demasiado austero y llegó a tal punto su descontento que, para librarse de él, envenenaron el vino. Pero Dios velaba por su Siervo: antes de beberlo, el piadoso ermitaño lo bendijo según costumbre, y al instante el vaso se hizo pedazos en sus manos.

—Dios os perdone, Hermanos —dijo el abad levantándose de la mesa—, por lo que habéis querido hacer. ¿No os había dicho de antemano, cuando a toda fuerza quisisteis hacerme vuestro Superior, que entre mi vida y la vuestra no habría armonía? Buscad a otro Padre que os convenga, porque yo no viviré más con vosotros.

Y se volvió a su amada soledad de Subiaco.

SUBIACO, «ESCUELA DE VIDA»

LA reputación de santidad de Benito se había extendido por toda la comarca. Las familias de la alta aristocracia acudían a él para consultarle. El noble Equicio le confió su hijo Mauro para que lo educara y dirigiera, y el patricio Tértulo hizo otro tanto con su pequeñuelo Plácido, niño de corta edad. Pronto concurrieron discípulos de todas partes.

Así fué iniciándose y desenvolviéndose la llamada «Escuela de Vida» de Subiaco, que comprendía los doce monasterios esparcidos en las fragosidades de aquellas rocas, integrados por doce monjes cada uno con un abad al frente. Benito desempeñaba el cargo de Abad general, ya que por sus manos había pasado la formación religiosa de cada uno de los monjes. Reservóse, además, el derecho de continuarla con los nuevos aspirantes que ingresaban en sus monasterios.

Entre esos conventos había tres instalados en las partes más altas de aquellas rocas áridas. Los monjes que los habitaban veíanse obligados a bajar por agua al lago que había en el fondo del barranco, teniendo que seguir una bajada muy peligrosa a causa de lo resbaladizo de la pendiente. Al cabo de algún tiempo se cansaron de los esfuerzos que esa labor suponía. «Padre —dijeron a Benito—, ¿no podríamos construir nuestra vivienda en un lugar más cómodo? Es muy penoso subir el agua cada día.»

Benito los consoló paternalmente y les dijo que pensaría en ello. A la noche siguiente tomó consigo a Plácido y escaló silenciosamente la montaña, detúvose al llegar cerca de los monasterios de aquella cima, arrodillóse

sobre la dura roca y oró largo rato. Luego, señaló con tres piedras el lugar preciso en que había estado orando y bajó a su monasterio.

Al otro día acudieron los Hermanos a saber su decisión. «Volved —les dijo— a vuestros monasterios, hasta un sitio en que veréis tres piedras puestas sobre otras y cavad allí un poco; el Dios poderosísimo a quien servimos podría escucharos haciendo brotar el agua que tanto necesitáis.» Con absoluta y pronta obediencia los monjes tomaron el sendero que conducía al lugar indicado, y que se hallaba a las puertas mismas de sus monasterios; ¡cuál no sería su sorpresa cuando al llegar vieron que la roca, árida y seca hasta entonces, destilaba hilitos de agua que, en pocos momentos, formaron un riachuelo que llegó hasta el lago del valle!

Aconteció que por aquel entonces, Italia se hallaba en poder de los godos. Uno de aquellos bárbaros, hombre de extraordinaria talla y robustez, pero sin letras, se había convertido y fuése a solicitar el honor de servir a Dios entre los monjes. Benito lo recibió con gran bondad y lo destinó a ocupaciones en armonía con sus aptitudes. Un día le entregó un hacha y le encargó que limpiase de matorrales y arbustos las orillas del lago, para transformarlo en huerto; se puso al instante a la obra con ardor, y tan recios hachazos daba que acabó por saltar el hacha, que saliéndose del mango fué a parar al lago, precisamente a uno de los lugares más profundos, por lo que era imposible sacarla.

Grandemente apenado, el pobre novicio fué a contar su desventura a Mauro, que era el discípulo predilecto y brazo derecho de Benito, pidiéndole que le impusiera una penitencia. Mauro contó el caso a su santo maestro. Éste al oírlo dirigióse al lugar del accidente, tomó el mango del hacha, sumergió la punta en las aguas y al instante vióse que el hierro subía y que por sí mismo se metía en el mango. El godo, que contemplaba estupefacto lo que pasaba, recibió el instrumento de manos de Benito, quien le dijo paternalmente: «Sigue trabajando, hijo, y cesa ya de estar triste».

Otro milagro conmovedor tuvo lugar por aquellos días en Subiaco. Una vez que había ido Plácido a llenar un cántaro al lago, perdió el equilibrio y cayóse al agua. Benito, que se hallaba en su celda, sintió una voz interior que le advería de lo que sucedía.

—Hermano Mauro —exclamó dando fuertes voces—, corre al lago; el niño ha caído al agua y se lo lleva la corriente.

El Hermano al oírse llamar acude presuroso, recibe la bendición de su Padre y se dirige a todo correr a la orilla, desde donde ve al joven Plácido hundido en el agua y arrastrado por la corriente. Sin reparar en el peligro, llégase hasta él, lo coge por su larga cabellera y lo saca sano y salvo a la orilla. Solamente entonces se dió cuenta del milagro; el abad recibió al niño, cuyos vestidos chorreaban agua, mientras que Mauro no se había mojado lo más mínimo.



UN *novicio está cortando malezas junto al lago. Lo hace con tanto ardor, que se le escapa el hierro del hacha y cae en un sitio muy profundo. Sabedor San Benito del percance, va a consolar al apenado novicio; mete la punta del mango dentro del agua y el hierro sube a ponerse en su sitio.*

—Tu obediencia, Hermano Mauro, te ha merecido este prodigio —dijo Benito—; yo no tengo parte alguna en él.

—Menos la tengo yo —replicó el discípulo—, lo he hecho todo en estado de inconsciencia, sin darme cuenta de lo que hacía.

—Pues yo —exclamó Plácido— veía sobre mi cabeza el hábito de mi Padre abad y sentía que era él quien me sacaba del agua.

Para apagar el fulgor de aquella verdadera «escuela de vida» de Subiaco, Satanás suscitó el odio de un acólito suyo, llamado Florencio, que habitaba en el valle. El desventurado envió un pan emponzoñado a Benito, quien al recibirlo, aunque entendió lo que había en él, sin más alteración ordenó con naturalidad a un cuervo que fuera a arrojar aquel presente homicida a un lugar inaccesible. Viendo Florencio que no podía matar los cuerpos, trató de perder las almas; envió junto al jardín donde jugaban los jóvenes monjes, a siete muchachas de vida licenciosa para que a vista de ellos ejecutaran bailes lascivos.

Benito comprendió en el acto el peligro que corría la inocencia de sus discípulos. Y como el que se había declarado enemigo suyo mortal sólo odiaba a su persona, determinó ausentarse para siempre y asegurar a los suyos los bienes de la paz. Así que, despidiéndose de sus doce queridos monasterios, se puso en marcha con algunos Hermanos, en busca de otra soledad.

Florencio contemplaba el caso desde el terrado de su casa, gozándose en su triunfo al ver partir a Benito; pero de repente la casa se estremeció, se derrumbó y le sepultó entre sus escombros. El joven Mauro, que había salido más tarde y fué testigo del hecho, corrió jubiloso a llevar la noticia a Benito. El hombre de Dios afligióse profundamente, tanto por la muerte desventurada de su enemigo, como por la alegría de su discípulo, a quien castigó y dió grave penitencia; y sin más, continuó su viaje. Benito había pasado en Subiaco, según la tradición, cerca de treinta años.

MONTE CASINO. — LUCHAS CONTRA SATANÁS

SIGUIENDO hacia el sur la ruta que le señalaban los montes, Benito llegó al Monte Casino, en el que encontró las ruinas de la antiquísima ciudad romana *Cassinum*. Conservábanse aún los restos de un anfiteatro y el templo de Apolo.

Fué su primer cuidado levantar la cruz del Salvador sobre los escombros del ídolo; consagró el templo pagano para el culto del verdadero Dios y lo transformó en basílica del Monasterio, bajo el patrocinio de San Juan Bautista y de San Martín.

Corría el año 529 cuando el Patriarca de los monjes de Occidente llegaba al Monte Casino. Catorce años había de vivir en aquella altura destinada

a ser, en expresión del papa Víctor III, «el Sinaí de las Órdenes Monásticas». Benito levantó el monasterio con sus mismos discípulos, no sin la oposición del demonio. Cuéntase que un día, los monjes no podían mover una piedra que parecía estar fuertemente sujeta al suelo por invisibles raíces; pero la bendijo el Santo y se pudo entonces remover con la mayor facilidad.

El demonio rabiaba de coraje contra el santo patriarca que se instalaba, a pesar suyo, en un monte en que había reinado como soberana la más grotesca idolatría. A veces se le aparecía en pleno día en figura horribilísima, lanzando torbellinos de llamas por ojos, boca y narices, y le llamaba por su nombre: «¡Benito!, ¡Benito! (en latín: *Benedicte! Benedicte!)*. Este nombre, como es sabido, significa *Bendecido* o *Bendito;* por lo cual el demonio, como si quisiera retractarse de su palabra, repetía: «No, no *Bendito; ¡Maldito!, ¡Maldito!* ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Qué tienes tú que ver conmigo? ¿Por qué te gozas persiguiéndome?» Benito le dejaba gritar sin hacerle el menor caso y se entregaba con todo sosiego a sus ocupaciones.

Uno de los religiosos que, cediendo a ocultas sugestiones del tentador, se había disgustado de su vocación, se presentó al abad pidiéndole licencia para retirarse al siglo. Trató Benito de hacerle ver la locura de su proyecto, le recordó los días de su primitivo fervor y cuán razonable era la resolución tomada en tiempos anteriores de abrazar la vida religiosa. En su paternal amonestación le habló de la decisiva importancia de la salvación del alma y de la excelencia sin igual de la vida dedicada al amor y servicio de Dios. Aconsejóle finalmente que orara y esperara con paciencia el fin de aquella tentación. Pero el religioso nada quería oír ni saber de razones, pues ya su imaginación se hallaba en el mundo y no en el claustro. Como el abad difiriera concederle el permiso que el desventurado solicitaba, turbaba el orden general con escándalo de los Hermanos, hasta el punto que Benito se vió obligado a despacharle.

El pobre iluso salió contentísimo; pero estaba aún a corta distancia del convento, cuando vió que se le venía enfrente un furioso dragón con la boca abierta para devorarle. Horrorizado el fugitivo, principió a dar grandes voces, a cuyo eco acudieron presurosos los monjes. Éstos le hallaron temblando de pies a cabeza y, compadecidos de él, le volvieron al monasterio. El pobre apóstata, que se daba perfecta cuenta del peligro que había corrido, prometió ser fiel a su vocación y mantuvo íntegra su palabra, profesando toda su vida vivísima gratitud al santo abad, a cuyas oraciones se reconocía deudor de la gracia que le había obtenido de ver al dragón infernal que quería devorarle.

RESURRECCIÓN OBRADA POR SAN BENITO

Un día, Benito había salido al campo a trabajar con sus Hermanos. Entretanto, cierto campesino embargado por el dolor, llegó al monasterio con el cadáver de su hijo en los brazos, preguntando por el Padre Benito. Al decirle que el abad estaba trabajando en el campo, el infortunado padre dejó el cuerpo del hijo tendido delante de la puerta y se fué precipitadamente en busca del Santo. Dió con él en los precisos momentos en que volvía del trabajo y, sin más preámbulo, exclamó:

—¡Padre, devuélvame a mi hijo!

—Pero, ¿soy yo quien te lo he quitado?

—Ha muerto; venga en seguida a resucitarlo — insistió con viveza el pobre padre.

—¡Vamos, hombre! Eso no es asunto nuestro; lo que tú pides es cosa de los santos Apóstoles —le respondió Benito con aparente brusquedad—. ¿Cómo quieres tú imponernos lo que está sobre nuestras fuerzas?

El campesino, entretanto, reiteraba, embargado por el dolor, que no se iría mientras el Santo no le resucitase al hijo.

—¿Dónde está ese muerto? — preguntó el abad.

—Ahí tiene usted su cuerpo a la entrada del monasterio —le contestó el padre entre suspiros.

Llegado a él Benito con todos los religiosos, se puso en oración y luego se extendió sobre el cadáver, como en otro tiempo San Pablo cuando resucitó a Eutiquio. Poniéndose después en pie y elevando al cielo los brazos, exclamó: «Señor, no mires mis pecados, sino la fe de este hombre, y devuelve a este cuerpo el alma que le has quitado». Apenas hubo terminado esta oración, un fuerte temblor se apoderó del cadáver. Benito tomó al niño por la mano y lo devolvió a su padre rebosante de vida y salud.

TOTILA Y SAN BENITO

El rey godo Totila habíase apoderado de casi toda Italia, desde el norte hasta Nápoles. Como oyera hablar del abad de Monte Casino en tonos ponderativos y particularmente de su espíritu profético, quiso probar la verdad de lo que se decía, y, al efecto, hizo que su escudero Riggo se vistiera de las insignias reales, y así disfrazado le envió, con brillante séquito de oficiales, al Monte Casino.

—Hijo mío —exclamó Benito apenas lo divisó—, quítate esos vestidos e insignias, que no son tuyos.

Sobrecogido Riggo por lo inesperado del caso y espantado por haber pretendido engañar a tal hombre, se postró a sus pies. Sin tardanza se presentó Totila en persona y, sintiéndose acometido por un terror súbito, cayó humildemente a las plantas del Santo. El siervo de Dios, dirigiéndose a él, clamó por tres veces: «¡Levántate!», y a la tercera tuvo que levantarlo él mismo.

—Muchas malas obras haces —le dijo Benito—, muchas malas obras has hecho; cesa ya en la maldad. Tornarás a Roma, pasarás el mar, vivirás nueve años y al décimo morirás.

El rey, con muestras de visible espanto, se encomendó a sus oraciones y desde aquel instante se mostró menos cruel. Sucumbió efectivamente en 552, a consecuencia de una herida recibida en la batalla de Jagina, con lo que se cumplió exactamente la profecía del Santo.

MUERTE DE SAN BENITO. — SU CULTO

CUANDO Benito pasaba ya de los sesenta años, tuvo el dolor de perder a su hermana Santa Escolástica, a la que enterró en el Monte Casino, en el mismo sepulcro que tenía preparado para sí. Pocas semanas después cayó enfermo con fiebre muy elevada y ordenó se abriera nuevamente su sepulcro. Al sexto día hízose conducir a la iglesia de San Martín para recibir el Sagrado Viático. Luego, puesto en pie y apoyado en los monjes que sostenían sus miembros debilitados, entregado el espíritu a una oración suprema, exhaló el último suspiro en aquella reverente actitud. Créese que fué el 21 de marzo del año 543. En el momento mismo de su muerte, dos monjes que habitaban respectivamente en Monte Casino y en Subiaco, vieron por el lado de Oriente una deslumbradora ruta triunfal que, partiendo de la celda del siervo de Dios, se perdía en lo alto de los cielos, a la vez que lucían en ellos con esplendor inenarrable, multitud de brillantes lámparas. Mientras contemplaban embelesados aquel portento, un ángel, irradiando a su vez fulgurantes resplandores de luz, les dijo: «Esa es la vía por la cual Benito, el amadísimo del Señor, acaba de subir al cielo».

La *Regla* promulgada por Benito hacia el año 540, es aún hoy un monumento admirable que, a diferencia de la primitiva casa de Monte Casino donde nació, ha resistido a todos los embates y vicisitudes de los tiempos.

San Benito cuenta entre sus innumerables hijos espirituales con una multitud de santos, muchos papas y un inmenso número de obispos, celosísimos todos de la conservación del espíritu de su Fundador en el mundo.

León XIII elevó la fiesta de San Benito al rito de doble mayor el 5 de abril de 1883.

SANTORAL

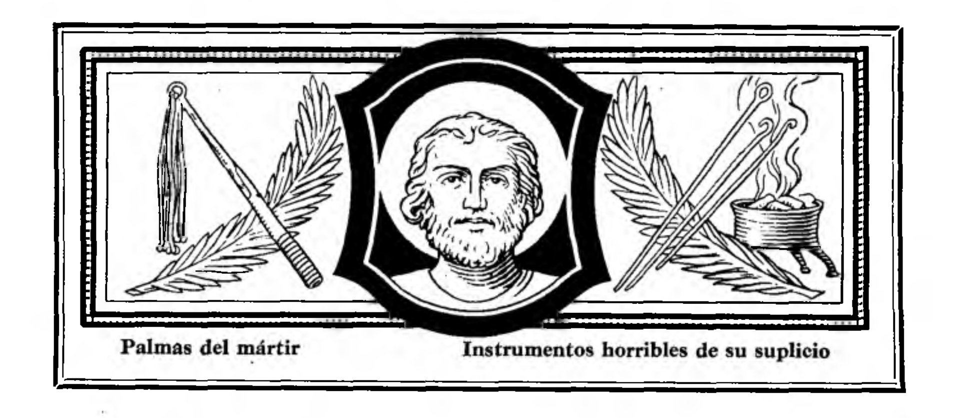
Santos **Benito, abad y fundador;** *Lupicino, abad; Filemón y Domnino, mártires; Birilo, obispo de Catania, en Sicilia; Serapión, el Sidonita;* conmemoración de muchos Santos Mártires de Alejandría; Serapión, obispo, compañero de San Atanasio; Serapión, abad de Arsinoe; Serapión, mártir en Alejandría; Elías, solitario y obispo, en Sión (Suiza); Roberto, abad de Molesme; Edeo, abad de Arania (Irlanda); Casiano, mártir con otros muchos, en Roma; el Beato Ugolino, agustino, que se distinguió por su pureza y devoción a María; el Beato Alfonso de Rojas, religioso. Santas Calicina, Basilia y tres compañeras, mártires; Matilde, hermana de Trajano.

SAN LUPICINO, abad. — Era hermano de San Román y, ambos, hijos de una familia muy cristiana. Lupicino casó con una mujer tan virtuosa como él. Al morir ésta, abandonó el mundo y se entregó a una vida de penitencia y mortificación en compañía de su hermano. La sabiduría y caridad de ambos fueron pronto conocidas y admiradas; por esto fueron muchos los jóvenes que se pusieron bajo su dirección. Lupicino edificó el monasterio de Lauconne, al que gobernó sabia y santamente. Para la manutención de los monjes se vió socorrido por el rey Chilperico. Se distinguió por su ardiente amor a Jesús crucificado y su tierna devoción a la Virgen de los Dolores. Después de una vida de oración y penitencia, descansó en la paz del Señor a los ochenta años de edad, hacia el 480.

SANTOS FILEMÓN Y DOMNINO, mártires. — Eran descendientes de una noble familia romana, que los educó en el santo temor de Dios. Abrazaron la carrera sacerdotal y, llenos de celo apostólico, recorrieron las provincias del imperio para salvar almas y convertir infieles. A las insinuaciones del prefecto para que apostatasen y ofreciesen sacrificios a los dioses, contestaron negativamente y prefirieron la muerte antes que la traición. En medio de los más atroces suplicios a que los sometieron, mostraban una celestial alegría que se trocaba en cánticos de gloria al Señor. Finalmente fueron degollados, consiguiendo así la corona de la gloria, hacia el año 300.

SAN BIRILO, obispo. — Natural de Antioquía de Siria, fué ordenado y consagrado por el Apóstol San Pedro el año 44 de nuestra Era. Desempeñó sus funciones de obispo de Catania con tanto acierto y edificación, que atrajo a la fe a muchos infieles y supo captarse el amor de todos sus súbditos. San Pedro le llevó consigo para predicar en Occidente; el éxito fué resonante. Murió santamente, llorando, incluso, por los mismos idólatras.

SAN SERAPIÓN, EL SIDONITA. — La vida admirable de este santo egipcio gira en torno de sus dos grandes amores: caridad para con los pobres y celo para la salvación de las almas. Se hizo criado de un actor pagano y logró atraerlo a la verdad de la fe junto con toda su familia. Sirvió a otro amo, que le regaló una túnica, un traje y un libro de los Evangelios. Las dos prendas y el precio del libro fueron dados por Serapión a sendos pobres, en quienes veía a miembros de Jesucristo. Después hizo con un maniqueo lo que antes había hecho con el comediante. Murió en el desierto a los sesenta años de edad, hacia el año 388.



DÍA 22 DE MARZO

SAN BASILIO DE ANCIRA

PRESBÍTERO Y MÁRTIR (✝ 362)

La ciudad de Ancira, hoy Angora o Ankara, es la ciudad más importante de Asia Menor. Este centro eminentemente industrial, asentado a orillas de un afluente del Sakaria, fué elegido en 1923 por capital de la República turca en sustitución de Constantiopla o Estambul.

Entre sus más puras e inmarcesibles glorías cuenta la de haber poseído en la persona del ilustre presbítero y mártir San Basilio, a un intrépido y celosísimo defensor de la religión cristiana. Desde luego, no hay que confundir a este paladín de la fe con su contemporáneo Basilio, obispo de Ancira, personaje desgraciadamente de sospechosa doctrina y jefe de los semiarrianos, contra los que tuvo que sostener nuestro Santo los más reñidos combates.

En un ambiente malsano de lamentables y numerosas defecciones, este valeroso sacerdote llevaba vida irreprochable y santísima. Exacto cumplidor de los deberes de su estado, mostróse particularmente asiduo al ministerio de la predicación; su palabra apostólica producía abundantes y maravillosos frutos en la Iglesia de Ancira.

No le inquietaban en lo más mínimo las revueltas que la herejía suscitaba en su derredor, ni la perversidad de los adversarios que le espiaban

deseosos de acusarle apenas hallaran en sus palabras o en su conducta el menor pretexto de qué valerse para sus dañados fines. Consciente de sus sagrados deberes sacerdotales, se entregaba a ellos por entero con calma y serenidad tan admirable, que nada era capaz de alterarle.

PERSECUCIÓN ARRIANA

PERMITIÓ la Providencia, para bien de muchos, que Basilio viviera en la época calamitosa en que el arrianismo hacía terribles estragos y conseguía los más deslumbradores triunfos. En íntima unión con los cristianos que estaban resueltos a todo trance a permanecer fieles a su fe, Basilio tuvo que luchar a brazo partido contra los autores de la herejía que, desgraciadamente, eran numerosos y poderosísimos en Ancira.

Ocupaba por entonces el trono imperial Constancio, tercer hijo de Constantino. Este mal aconsejado príncipe, presentándose como decidido y poderoso protector, hizo que en el sínodo arriano de Antioquía se condenara al ilustre San Atanasio, intrépido campeón de las doctrinas católicas contra los errores de Arrio; y en el año 342, prosiguiendo en su furia persecutoria, colocó en la sede de Constantinopla al intruso semiarriano Macedonio, a pesar de una sublevación popular que costó la vida a 3.150 personas, según refiere el historiador Sócrates.

Al amparo de tan poderoso protector, los arrianos de todas las ciudades de Oriente se sintieron amos. La persecución se dirigió contra los núcleos cristianos que habían permanecido fieles. Diéronse con tal motivo los espectáculos más lamentables: la sangre fué derramada sin piedad; los partidarios de la causa católica tuvieron el dolor de ver sus templos destruídos, y sus bienes confiscados; muchos de ellos fueron condenados al destierro o a los suplicios del martirio.

Algunos arrianos moderados pensaban conciliar y satisfacer a la vez a católicos y arrianos, al emperador Constancio y al obispo San Atanasio. Proyectaban devolver la paz a la Iglesia y acabar con la persecución mediante la inserción de una sola letra griega, la *i*, en el discutido vocablo *omoousios* (consustancial), que lo trocaba en *omoiousios*. Cambio en apariencia de poca importancia, pero en realidad de suma gravedad.

Así, al admitirlo, en vez de decir: Jesucristo es *una misma sustancia* con su Padre, un mismo Dios; los semiarrianos decían: Jesucristo es de *una sustancia semejante* a la de su Padre. Era pacto entendido con el enemigo, una conciliación a todas luces inadmisible para el catolicismo. Basilio vió inmediatamente el lazo que se tendía al pueblo fiel y, con el mismo celo con que había combatido ya al arrianismo formal, desenmascaró al semiarrianismo.

Viendo en él los arrianos al más temible adversario de su secta, le prohibieron, en el año 360, la celebración de asambleas en las que enseñase la verdad; pero apoyado por los obispos de Palestina, no hizo el menor caso de aquella injusta prohibición y continuó combatiendo el error, aun delante del mismo emperador Constancio.

JULIANO EL APÓSTATA Y EL RENACIMIENTO DEL PAGANISMO

AL hereje Constancio sucedió el emperador Juliano, llamado el Apóstata. A su advenimiento al trono imperial, el paganismo, que tan humillado se había visto en el cristiano gobierno de Constantino el Grande y de sus tres hijos, reaccionó y volvió a sentirse fuerte.

El degenerado Apóstata manifestaba sin ambages su vergonzosa adoración y culto al Sol, y apoyaba hasta las más degradantes funciones del culto idolátrico. Viósele en ocasiones, revestido de las insignias y ornamentos pontificios, acarrear en persona la leña para el sacrificio, soplar y mantener el fuego, meter las manos en la sangre de las víctimas, cayendo en ridículo ante los mismos paganos, que calificaban su celo de impropio e intempestivo.

A los pocos días de su entrada en Constantinopla, el nuevo César ordenó que se volvieran a abrir los templos paganos y se restaurara el culto oficial de los falsos dioses. Más aún: con tal de pasar por restaurador y protector de la idolatría, presentóse como el más fervoroso de sus pontífices. Hizo levantar un templo en su palacio y consagró los jardines a varias divinidades.

Alentados los gobernadores de las provincias con tal ejemplo, se envalentonaron y diéronse a reedificar templos, a celebrar los sacrificios, procesiones y demás fiestas del paganismo.

UN PROCÓNSUL CONFUNDIDO

TANTO en la lucha contra la religión pagana como en los combates contra la herejía, Basilio de Ancira fué hasta el fin el intrépido soldado de Cristo.

Lejos de acobardarse el celo del heroico presbítero ante los sacrílegos atentados de los triunfantes paganos, se elevó y encendió sobremanera.

Recorría la ciudad en todas direcciones y exhortaba a los fieles a luchar generosamente por la santa causa de Dios y a no contaminarse con las abominaciones y ceremonias de los idólatras.

Ello bastó para encender la cólera de los enemigos. Cierto día, mientras imploraba el auxilio del cielo con gemidos de dolor a vista de tantas iniqui-

dades y pedía a Nuestro Señor disipara a sus enemigos y aniquilara el imperio del demonio, un pagano llamado Macario que le oyó, lo denunció al procónsul Saturnino.

Pocas horas después, el acusado comparecía ante ese magistrado. «Señor —dijeron los delatores—, aquí tenéis al que derriba nuestros altares, excita públicamente a oponerse a la restauración de nuestros templos y desde ha mucho tiempo habla contra nuestro divino emperador y contra su religión».

La actitud de Basilio ante sus acusadores fué resuelta e independiente. La primera pregunta que le hizo el procónsul fué si consideraba y creía como verdadera la religión establecida por el príncipe?

—¿La crees tú tal? —replicó el valeroso confesor de la fe—. ¿Es posible que tu juicio admita como dioses a estatuas mudas?

Saturnino prolongó el interrogatorio, pero no pudo conseguir del acusado más que respuestas breves, firmes y humillantes para él.

—El emperador a quien tanto adulas y ensalzas como a divinidad —le dijo Basilio— es, como los demás, de barro y limo de la tierra, y ha de caer sin mucho tardar en manos del Rey Supremo, ante quien nada son los reyes terrenos. Ese mismo Dios omnipotente destruirá en breve la impiedad que has restaurado.

El procónsul, con halagadoras promesas al principio, con amenazas después, trató de conmover la constancia de Basilio. Desconcertado ante la inutilidad de sus tentativas y sintiéndose burlado por la resistencia de aquel débil sacerdote que despreciaba sus ofrecimientos, le condenó al tormento del potro; y, mientras el Santo sufría sus horrores, insultábale el procónsul diciendo:

—Aprende ahora lo que cuesta desobedecer al emperador. Otra vez te lo digo, obedece al príncipe y sacrifica a los dioses.

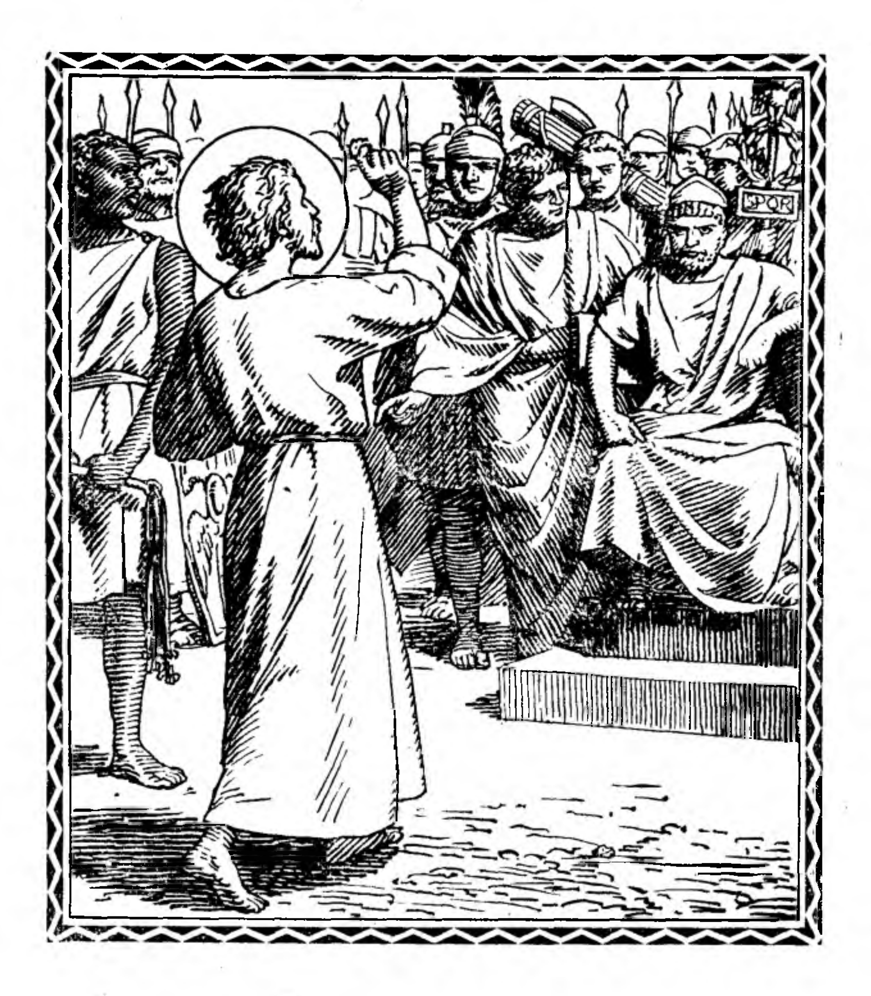
Como rehusara, fué conducido a la cárcel. Entretanto, se informó al emperador de cuanto había sucedido.

SAN BASILIO AFEA LA CONDUCTA DE UN APÓSTATA

JULIANO, desde su residencia de Constantinopla, envió a Ancira dos oficiales de alta graduación de su palacio, Elpidio y Pegasio, ambos apóstatas como él, recientemente afiliados al paganismo para complacer a su soberano.

Pegasio fué solo a la cárcel, esperando doblegar el ánimo de Basilio con seductoras promesas; pero éste ni se dignó siquiera responder a su saludo.

—¿Cómo puedo saludar yo —exclamó— al que traicionó a su Dios y a su fe, al que en otro tiempo bebía ampliamente en el manantial de aguas vivas, que es Cristo, y ahora sacia su sed en los charcos de la iniquidad,



SAN *Basilio se desabrocha, toma un pedazo de carne de sus terribles desgarraduras y lo lanza al rostro de Juliano, diciendo: «Toma: come mi carne, bebe mi sangre, pues que tan sediento estás de ella. Yo, en cambio, me alimento del Cuerpo y Sangre de mi Dios y Señor, Jesucristo»*.

al que en otro tiempo participaba de nuestros divinos misterios y ahora come en la mesa de Satanás; guía de las almas hacia la luz en otro tiempo, y hoy causa de su pérdida, caminando al frente de ellas hacia los tenebrosos abismos del error? ¡Desventurado!: ¿qué hiciste de los tesoros que te fueron impartidos? ¿Qué responderás al Señor en el día supremo de su visita?

Pegasio, confundido, no supo responder palabra. Volvióse avergonzado al procónsul y a su colega, a quienes contó su fracaso. Éstos, indignados, exigieron que en el acto compareciera ante ellos el preso; y Saturnino ordenó que así se hiciera inmediatamente.

Apenas lo tuvieron en su presencia, se le hizo extender nuevamente en el potro y fué sometido a mayores tormentos que la primera vez. Con la misma grandeza de alma que antes sobrellevólos el Santo, quien, cargado de cadenas, fué conducido de nuevo a la cárcel.

JULIANO EL APÓSTATA EN ANCIRA

ENTRETANTO, Juliano partió de Constantinopla para dirigirse a Antioquía, donde pensaba prepararse a la guerra contra los persas. Eran los primeros días de junio del año 362. La marcha fué en extremo lenta, debido a que en todas las poblaciones de cierta importancia en que habían sido reedificados los templos paganos, las gentes se presentaban al emperador para suplicarle que sacrificara a los dioses, sabiendo que con ello complacían al Apóstata. Los letrados de la localidad organizábanse en corporación para cumplimentar al príncipe, autor de numerosos escritos, cuya sabiduría ensalzaban exagerando la nota de la adulación. Juliano complacíase en hallar ocasión de hacerse admirar por la elegancia de sus discursos, cuantas veces se le ponía en trances de responderles.

Las distintas etapas del viaje fueron, pues, otras tantas escenas estudiadas, otras tantas arengas académicas, más largas, por cierto, de lo que hubiesen querido sus cortesanos, quienes tenían que escuchar las declamaciones aparatosas de su soberano siempre en pie, aunque fuera bajo un sol abrasador. Pero la característica vanidad de Juliano encontraba en ello plena satisfacción, y había que complacerle. En vez de seguir la vía más directa para llegar a Antioquía, Juliano se apartaba de ella con visible satisfacción cuando calculaba que podría recibir nuevos homenajes. Así se explica su paso por Nicomedia y Pesinonte.

Al fin llegó a Ancira, donde salieron a su encuentro los sacerdotes paganos, llevando en andas el ídolo de Hécate: piadosa oficiosidad que les mereció grandes e inmediatas recompensas y la promesa de fiestas y juegos públicos para el día siguiente.

Juliano hizo la más amable acogida a aquella simpática población. Su

tribunal quedaba abierto a todos y él escuchaba con la mayor benevolencia las quejas, reclamaciones y solicitudes de toda especie. Eran una mansedumbre y dulzura calculadas, que se alteraban hasta la grosería cuando se presentaba algún asunto relacionado con la religión cristiana.

SAN BASILIO HACE FRENTE AL EMPERADOR

EN estas circunstancias le fué presentado Basilio, como delicuente sacerdote cristiano que perturbaba al país entero y que pocos días antes había sido encadenado por el procónsul.
Los dos oficiales apóstatas, heridos en lo más vivo de su amor propio por el fracaso antes dicho, no habían parado hasta provocar una audiencia del prisionero con el emperador.

Basilio compareció en actitud santamente altiva y con semblante impasible.

—¿Quién eres tú —le preguntó Juliano— y cuál es tu nombre?

—¿Que quién soy? Pues óyelo bien —dijo Basilio—. Ante todo me llamo «cristiano», y éste es un nombre gloriosísimo, ya que el nombre de Cristo es eterno y jamás podrá perecer. También me llamo Basilio, y con este nombre se me conoce entre los hombres. Pero conservando el primero tendré por recompensa la inmortalidad feliz.

Juliano, al ver la valentía y libertad con que se expresaba su interlocutor, sintióse gozoso, saboreando de antemano el feliz éxito que para él preveía en una interesante discusión que la ocasión le deparaba, para ser admirado por la aduladora asamblea que estaba en su derredor; y, afectando como primera medida sentimientos de compasión, dijo amablemente a Basilio:

—Te engañas, Basilio. Tú no ignoras que conozco bastante vuestros misterios. Pues bien, puedo asegurarte que aquél en quien tanto confías, murió —y bien muerto está— en la época en que Pilato gobernaba la Judea.

—No me engaño —replicó Basilio—. El que se engaña eres tú, emperador. Eres tú el que renunciaste a Jesucristo en el momento mismo en que te daba el imperio; pero te advierto en nombre suyo, que muy presto te quitará este imperio juntamente con la vida, y por ello conocerás, aunque demasiado tarde, quién es Aquel a quien abandonaste. Él derribará tu trono del mismo modo que tú derribaste sus altares. Te has gloriado neciamente de pisotear su santa ley, esa ley bendita que tú mismo habías anunciado tantas veces a los pueblos; pues bien, de igual manera será pisoteado tu cuerpo, y tu cadáver quedará insepulto al serle arrancada el alma en medio de atroces dolores y de la más espantosa desesperación. — (Como, en efecto, sucedió en junio del año siguiente, estando en lucha contra los persas).

Toda la asamblea se sintió profundamente estremecida al oír estas amenazas que el acusado pronunció con sobrehumana seguridad y energía.

El emperador sintióse desconcertado y presa de incontenible furor. En el acto levantó la sesión y ordenó al capitán de la guardia, Frumencio, que castigase duramente a aquel insolente y le azotase sin compasión, si no sacrificaba prontamente a los dioses y no daba una satisfacción a la autoridad imperial ofendida.

SANGRIENTA INJURIA INFERIDA AL EMPERADOR

FRUMENCIO se sobrepasó en crueldad y aplicó al mártir la pena de flagelación con azotes más terribles, quizá, de lo que Juliano hubiese querido. Sin embargo, nada hizo éste para atemperar las órdenes dadas por su subalterno. El instrumento de tortura era de tal calidad, que a cada golpe desgarraba y hacía saltar un pedazo de carne. No había paciente que pudiera resistir más de seis o siete golpes por día sin perecer en el tormento.

Basilio soportó el primer desgarramiento de sus carnes con heroica paciencia. Al terminar pidió audiencia con el emperador. Frumencio, regocijado en extremo al ver el sorprendente efecto que su atroz castigo había producido y jactándose sobremanera de haber conseguido al fin doblegar el heroico valor de Basilio, quiso tener el gusto de informar personalmente al emperador de lo que pasaba.

Para hacer más solemne el triunfo que se prometían con ingenua anticipación, eligieron para sala de audiencia el templo de Esculapio, a fin de que el nuevo apóstata, dada su elevada calidad, pudiera sacrificar con el emperador y los sacerdotes.

—Pienso —dijo Juliano— que te has vuelto sensato y confío que habrás reconocido tu error y sacrificarás con nosotros.

—No lo creas —respondió Basilio—. He venido para enseñarte que tus pretendidos dioses no significan ni valen nada. Son simples estatuas de madera y, como tales, ídolos sordos, ciegos y mudos.

Luego, entreabriendo sus vestidos y arrancándose un pedazo de carne de sus terribles desgarraduras, lo lanzó al rostro de Juliano, diciendo: «Toma: aliméntate de mi carne; y bebe de mi sangre, pues que tan sediento estás de ella; por lo que a mí toca, me alimento del Cuerpo y Sangre de mi Dios y Señor, Jesucristo».

Al oír esto, lanzáronse sobre él los que le rodeaban y le arrastraron bárbaramente, mientras el emperador, pálido de cólera, lanzaba terribles miradas al torpe cortesano que le había expuesto a tan denigrante humillación, introduciendo a aquel audaz prisionero en el templo de Esculapio.

ÚLTIMO SUPLICIO

ESTREMECIDO Frumencio ante tan inesperado desenlace, comprendió que no había más que un medio para apaciguar a su soberano, irritado hasta el paroxismo. Temiendo se le hiciera responsable de lo que acababa de suceder, resolvió vengar de un modo ejemplar el ultraje hecho al emperador. Al día siguiente, sin esperar a que diera orden alguna el Apóstata, Basilio fué citado a presencia del verdugo. La crueldad ejercida con él fué horrorosa.

El capitán de la guardia hizo varios días repetidas tentativas para vencer al mártir, mientras le aplicaban nuevamente el suplicio de los azotes para dar pábulo a su furor. Pero Basilio permanecía inquebrantable en su firmeza: fué imposible alterar su constancia y heroicas disposiciones.

Finalmente, al despojarle de los vestidos para azotarle por última vez, se vió con asombro que todas las heridas precedentes habían desaparecido sin dejar huella alguna, y que el cuerpo aparecía sano, puro y hermoso, como pura y hermosa era su alma ante el Señor.

—Has de saber —dijo Basilio— que Jesucristo me ha sanado durante la noche. Anda, puedes ir a contárselo a tu amo Juliano para que sepa cuál es el poder del Dios de quien ha apostatado.

Furioso el verdugo, hizo extender a su víctima boca abajo con el fin de hincarle en la espalda puntas de hierro candentes. En medio de tan horribles tormentos, Basilio daba gracias a Dios: el amor que consumía su corazón le hacía sobrellevar con gozo las atroces quemaduras que padecía en su cuerpo por el nombre de Cristo. Pensaba sin duda en aquellas palabras del real profeta: «¿Qué tengo que desear yo en el cielo ni en la tierra sino a ti, Dios mío? Tú eres mi herencia por toda la eternidad.»

Con estos admirables sentimientos expiró el 29 de junio del año 362. Los griegos y latinos celebran su fiesta el 22 de marzo.

SANTORAL

Santos **Basilio de Ancira, presbítero y mártir;** *Deogracias, obispo y confesor; Bienvenido, obispo de Ósimo;* Pablo de Narbona y Afrodisio, obispos respectivos de Narbona y Beziers; *Avito, solitario;* Epafrodito, obispo de Terracina, discípulo de los Apóstoles; Octaviano y muchos millares de mártires, muertos por los vándalos en Cartago; Severino, en Sevilla; Rufo, en Aviñón; Camelino, obispo de Troyes. Santas Calínica y Basilisa, vírgenes y mártires, en Antioquía; Lea, viuda y abadesa.

SAN DEOGRACIAS, obispo y confesor. — Cuando los vándalos dominaban el Norte de África, su rey Genserico permitió que los cristianos eligieran un obispo para Cartago, y la elección recayó en Deogracias, sacerdote ejemplarísimo y popular por su talento y virtud. Genserico había ido a Roma en auxilio de Eudoxia, forzada a casarse con el asesino de su esposo, Valentiniano III, y volvió a Cartago con un rico botín y un sinnúmero de prisioneros, a los cuales procuró libertar Deogracias con sus propias riquezas y con el producto de la venta de objetos de valor y ornamentos sagrados, y aun pidiendo él mismo limosna públicamente. Tanto agradó esta conducta a los cristianos cuanto desagradó a los arrianos, los cuales tramaron una conspiración contra su vida. Pero una enfermedad le arrebató de este mundo y le abrió las puertas de la Gloria en el año **457.**

SAN BIENVENIDO, obispo de Ósimo. — Nació en Ancona y estuvo inclinado a la piedad desde su infancia. Fué ordenado de sacerdote, entró en la Orden de San Francisco y, más tarde, consagrado obispo de Ósimo, a pesar de lo cual nunca dejó el hábito de franciscano, conformando siempre su vida al espíritu de su santo Fundador. Se distinguió durante toda su vida por su gran celo, caridad ardiente y profunda humildad; y se convirtió en padre y enfermero de los pobres y desgraciados. Logró la conversión de muchísimos pecadores. Cargado de méritos y llorado de todos, se durmió en el Señor el día 22 de marzo del año **1276.**

SAN AVITO, solitario y monje. — Clodoveo, rey de los francos, después de su conversión al catolicismo en **496,** declaróse protector de los católicos del reino visigodo, perseguidos por Alarico, al que derrotó en la comarca de Poitiers en el 507. Entre los prisioneros hechos por Clodoveo hallábase un jefe llamado Avito, al que dió pronto libertad porque era católico. Viéndose libre, Avito determinó abrazar el camino de la perfección para asegurar la salvación de su alma. Vistió, al efecto, el hábito religioso y retiróse a vivir vida eremítica. Favorecido de Dios con dones celestiales e ignorado de los hombres, entregóse durante algún tiempo a rigurosos ayunos, cilicios y otras mortificaciones y penalidades. Después entró en un monasterio en el que prosiguió su vida penitente, sirviendo de modelo a los monjes por su gran humildad y excelentes virtudes. Murió santamente el 22 de marzo del año **518.**



DÍA 23 DE MARZO

SAN JOSE ORIOL

PRESBÍTERO Y CONFESOR (1650 - 1702)

NACIÓ José Oriol en Barcelona el 23 de noviembre de 1650. Fueron sus padres Juan Oriol, maestro terciopelero en las sederías de la localidad, y Gertrudis Buguñá, ambos honrados y laboriosos, aunque escasos en bienes de fortuna.

Sólo contaba el niño dieciocho meses cuando su padre falleció, víctima, sin duda, de la peste que hacía por entonces estragos en Barcelona. Poco después contrajo su madre nuevo matrimonio con un virtuoso zapatero llamado Domingo Pujolar, que profesó siempre vivísimo afecto al pequeñuelo. Cuando José llegó a la edad de los estudios, fué confiado a los clérigos de la iglesia de Santa María del Mar, en la que ayudaba a misa y se prestaba con singular agrado al aliño de los altares y otros menesteres de sacristía, a cambio de lo cual recibía lecciones de sus maestros en los diferentes ramos del saber humano.

Desde esa tierna edad, José daba ya pruebas de una piedad extraordinaria. Poco costó a los Beneficiados de Santa María del Mar reconocer en él las señales de vocación sacerdotal, por lo cual aconsejaron a sus padres lo enviaran a la Universidad de Barcelona, con el fin de poder ser un día admitido a las sagradas Órdenes.

ESTUDIANTE

A los catorce años y a punto de principiar los cursos en la Universidad, tuvo José que alejarse del hogar y pedir albergue y alimento a una señora que había sido su nodriza, excelente cristiana y mujer de un honrado obrero. Ambos trataron al pobre José como a hijo propio; ıpio; diéronle un cuartito del que únicamente salía para asistir a la iglesia o a las clases.

Los progresos que hacía en las ciencias teológicas, corrían parejas con los que lograba en la piedad. Tan extraordinarios eran aquéllos, que asombrados sus maestros le daban inequívocas muestras de la más alta estima, sus condiscípulos le envidiaban y sus padres adoptivos estaban santamente ufanos de su protegido.

Entretanto, los acrecentamientos de santidad de su vida virtuosísima principiaron a revelarse a todos por palpable intervención divina en su favor. Sucedió un día que su padre adoptivo, sospechando de él por fútiles apariencias, dió lugar en su espíritu a desfavorables juicios temerarios acerca de su virtud. José, que, penetrando los pensamientos, comprendió luego lo que acerca de él se pensaba, protestó de su inocencia; y en prueba de la veracidad de sus palabras se acercó al fuego, puso la mano por largo rato sobre las ardientes llamas y la retiró sin la menor quemadura. El buen obrero, atónito y cabizbajo ante tal prodigio, no acertó a proferir palabra, pero al llegar la noche, arrasados los ojos en lágrimas, pedía humildemente perdón a Oriol al ver cómo el cielo tomaba su defensa de modo tan admirable.

A los veintitrés años terminaba sus estudios y obtenía con brillantes pruebas el grado de Doctor. Provisto de un beneficio eclesiástico y de una modesta renta que le asignó el obispo de Gerona, fué ordenado de presbítero, eligiendo para celebrar su primera misa la iglesia parroquial de Canet de Mar, en atención a sus bienhechores, los señores de Miláns.

Tuvo lugar este mayor acto de su vida el 29 de junio de 1676.

PRECEPTOR. — DIOS LE LLAMA A GRANDES AUSTERIDADES

LA pobreza de su madre fué causa de que José entrara en calidad de preceptor en el hogar del rico y noble Tomás Gasnieri, que era maestre de campos y armadas del rey. Naturalmente, el nuevo género de vida era para él ocasión muy tentadora para hacerle abandonar las rigurosas austeridades a que se entregaba. No tardó el Señor en mostrar al joven sacerdote lo que esperaba de su generosidad.

Cierto día estaba sentado a la suntuosa mesa de su amo e iba a servirse un manjar exquisito, cuando sintió una fuerza irresistible que le incitaba a dejarlo. Tomó el fenómeno como advertencia del cielo, y ya no volvió a sentarse más a la mesa con sus señores, pues no decía bien con su vida de austeridades. Condenóse desde entonces a perpetuo ayuno, alimentándose únicamente de pan y agua.

A pesar del cuidado y trazas que se daba para ocultar sus mortificaciones, éstas no pudieron quedar ocultas mucho tiempo. Principió la gente a mofarse de él y a injuriarle. Cuando aparecía en las calles, el pueblo lo llamaba por burla «el Doctor pan y agua». Mas él aceptaba estos desprecios con apacible gozo, considerándose feliz al parecerse a Jesucristo tan humillado y escarnecido.

Se daba disciplinas frecuentes y con tal rigor que los golpes se oían en la casa. Luchó con tesón y energía para ir acortando el tiempo que daba al sueño, y consiguió habituarse a no dormir más de dos horas cada noche; hacíalo vestido y sentado en una silla; nunca en cama. Pasaba los días y las noches absorto en la meditación de la vida y pasión de nuestro divino Salvador. No teniendo otro ideal que el de ser imagen viviente de Jesucristo, cuidaba de su conciencia con estrecha rigidez y pasmosa minuciosidad.

VIAJE A ROMA. — EL PADRE DE LOS POBRES

LA virtuosa madre de José murió en el año 1686. Al verse huérfano y libre de la obligación de ayudar a ninguno de los suyos, salióse de la casa de Tomás Gasnieri y partió para la capital del orbe cristiano con el propósito de obtener un beneficio que librase a su obispo de la carga de asignarle renta. Nuestro Santo hizo a pie este largo viaje. Llegó a Roma después de tres meses de grandes fatigas y penalidades. Pero todo ello lo dió por bien empleado ante los consuelos que inundaron su alma al visitar los santuarios de la Ciudad Eterna. Por otra parte, sus gestiones fueron coronadas con el éxito más feliz: el papa Inocencio XI, sabedor de sus virtudes y relevantes prendas, concediόle en 1687 un beneficio eclesiástico en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, de Barcelona.

Los beneficiados de aquella parroquia vivían en comunidad. Al ver llegar a José para convivir con ellos, lo primero que hicieron fué nombrarle enfermero de la casa. El Santo condenóse voluntariamente a habitar en un estrecho desván, cuyo único mobiliario era un crucifijo, una mesita, una silla, algunos libros y un baúl en donde guardaba los vestidos. Vivía en él practicando la más extremada pobreza, lavando por sí mismo su ropa y ofreciendo a los indigentes cuanto tenía.

El último día del mes recibía sus haberes de beneficiado, y en el mismo día lo distribuía íntegro a los pobres. Éstos, que lo sabían muy bien, esperaban con ansia la ocasión y nunca faltaban a la puerta de la iglesia. José se lo daba siempre todo, sin guardar absolutamente nada para sí.

El Señor, magnánimo para con los que por su amor son pobres, le recompensó más de una vez multiplicando en sus manos el dinero, para poder hacer frente a los compromisos de caridad que se había creado. Y no se contentaba con socorrer a los menesterosos de la tierra; el alivio de las almas del purgatorio le interesaba de modo extraordinario y le impulsaba a hacerlas partícipes de sus santas liberalidades. Tan apenado se sentía por la indiferencia en que las dejan los hombres, que a menudo prorrumpía en llanto.

APÓSTOL. — CELO POR LAS ALMAS

EL tiempo que le dejaban libre las largas horas de coro y de oración, lo dedicaba José al apostolado. Su profundo conocimiento de las vías de Dios fué causa de que gran número de personas lo escogieran por guía de sus almas; pero no le faltaron angustiosas pruebas y dolorosas adversidades. Fué acusado de dar penitencias excesivamente rigurosas, y de que inducía a las almas a imprudentes mortificaciones. Estos rumores llegaron a oídos del señor obispo, que le retiró en absoluto las licencias para confesar. José recibió esta humilllación sin la menor turbación. A un amigo suyo que se lamentaba de tal injusticia, contentóse con responderle: «Eso durará poco, amigo»; y le predijo la próxima muerte del prelado, profecía que se cumplió al pie de la letra.

El nuevo obispo de Barcelona, mejor informado y conocedor de la verdad de todo, le devolvió nuevamente las licencias.

Al ministerio de la confesión unía el Santo el del apostolado de la infancia, al que se dedicaba con celo infatigable. Iba personalmente a buscar a los niños por calles y plazas, los llevaba a la iglesia y los instruía en la religión con palabras y prácticas adecuadas a su edad.

Pero nada bastaba al ardiente celo que consumía su corazón. Hubiese querido llevar las criaturas todas a Dios y que todas le amaran y cumplieran su santa Ley. Con tan apostólicos sentimientos, pensaba desde hacía mucho tiempo en los infieles y acariciaba la idea del martirio, ofreciendo de antemano su vida por la salvación de las almas.

Al fin, no pudiendo resistir por más tiempo al vivísimo anhelo de martirio, púsose en camino sin declarar su secreto a nadie, y anduvo sin rumbo fijo por espacio de varios días, resuelto a llegar hasta los países de infieles para anunciar el Evangelio. Pero algunos sacerdotes que le conocieron, le



SOSPECHAN *y casi acusan a San José Oriol de un pecado que no ha cometido. El joven pone la mano sobre las ascuas del hogar y la deja un rato sin sufrir la menor quemadura, como prueba de su inocencia. El acusador, sobrado crédulo, reconoce el prodigio y pide perdón de su mal proceder.*

invitaron a descansar con ellos; y, al contemplar su rostro como encendido por algo que le preocupaba apasionadamente, preguntáronle a dónde iba. «Voy a Jerusalén —les dijo— a convertir infieles». Trataron de persuadirle de mil modos para que no continuase el viaje en aquella forma, sin provisión alguna y sin haber madurado detenidamente las dificultades de tan importante empresa. Y tras prolija porfía lo condujeron a Barcelona.

VIAJE MARAVILLOSO

LA desolación fué general en Barcelona cuando se supo que había estado a punto de perder al Santo. De todas partes acudían a él para suplicarle con lágrimas en los ojos que no quisiera abandonar más una población en la que tan palpable era el bien que hacía. Pero José, lejos de renunciar a un proyecto que veía tan combatido, determinó ponerlo en práctica cuando se le presentara alguna propicia coyuntura. Entretanto repartió los pocos bienes que le quedaban entre los pobres, bienhechores y parientes, sin más reservas que una parte que dejó para oraciones y sufragios para su alma después de muerto.

Llegado el 2 de abril del año 1698, salió para Roma con el fin de ponerse incondicionalmente a disposición de la Propagación de la Fe para las misiones del Japón.

Puesto ya en camino y a poca distancia de la ciudad, dió a unos desgraciados que encontró el poco dinero que llevaba. Un joven avispado que le había acompañado durante dos leguas, en la seguridad de que al dar a los pobres aquellas monedas se habría reservado otras, como era natural, se hizo servir buena cena en el mesón de Fontfreda, convencido de que la pagaría el bondadoso sacerdote; pero al terminarla y comprobar que no había guardado ni un céntimo, se sintió avergonzado y presa de las mayores perplejidades. José, que se dió cuenta de lo que pasaba, vino en ayuda del joven del modo más insospechado: cortó un nabo en rodajas como monedas, y se obró en ellas el estupendo milagro de convertirse en tantos reales de vellón cuantos hacían falta para pagar al mesonero.

En aquel largo y azaroso viaje con frecuencia se encontraba ante ríos y torrentes que tenía que atravesar sin medios para ello. En tales trances poníase en profunda oración y, sin saber cómo, se hallaba en la orilla opuesta.

En Marsella fué uno de sus mayores anhelos lograr entrada en el hospital para cuidar a los enfermos, y lo consiguió; pero cayó enfermo a los pocos días con síntomas de gravedad, y no tardó en verse reducido al último extremo. Apareciósele la Reina del Cielo, que le anunció su curación y le advirtió que debía regresar a Barcelona. Todos los deseos de martirio que le habían hecho emprender aquel viaje, no habían sido sino una prueba,

y en premio de su fidelidad, Dios le concedía el don de curar a los enfermos, a cuyo alivio debía dedicarse desde entonces por entero.

Dócil, pues, al aviso de Nuestra Señora, a fines de mayo de 1698 el siervo de Dios embarcaba en un velero con rumbo a Barcelona. Ya en plena travesía desencadenóse tan deshecha tempestad, que el piloto y los marinos, perdida toda esperanza de salvación, daban por seguro el fatal naufragio. Pero llegó un momento en que José Oriol, imitando al Divino Maestro, puesto en pie extendió majestuosamente las manos sobre las olas y en el acto cesó la tempestad.

GRAN TAUMATURGO. — CURACIONES DE ENFERMOS

LA vuelta del santo capellán de Nuestra Señora del Pino a Barcelona, provocó una manifestación de simpatía en toda la ciudad. Las multitudes acudían a él de todas partes, como antes de su partida. Cierto día, hallándose en casa de un amigo suyo, presentóse el patrón del barco en el que había vuelto a Barcelona. Necesitado de dinero para ciertos negocios, venía a reclamar el precio del pasaje. José rogó al dueño de la casa que abriera una cajita que le señaló y pagara con las monedas de oro que allí encontraría. El buen amigo, que sabía bien lo que en la cajita tenía, se echó a reír de la ocurrencia de José, pero, como éste insistiera seriamente, abrióla al fin y, efectivamente, apareció oro en la cantidad que el naviero pedía.

Pero este poder maravilloso lo ejercía especialmente con los enfermos. La fama de los continuos milagros que obraba traspasó los límites de Barcelona; y de todos los puntos de Cataluña y aun de gran parte de España, principiaron a llevarle enfermos.

Cada tarde, a las tres, revestido de los hábitos de coro, se dirigía a la capilla del Santísimo. Pasados algunos instantes en oración, dirigía breve exhortación a los enfermos, animándolos a confiar en el Señor. El siervo de Dios les imponía las manos o les hacía por tres veces la señal de la cruz en honor de la Santísima Trinidad y les recomendaba que rezaran tres Padrenuestros, Avemarías y Gloriapatris cada día. Y si los enfermos estaban en pecado, cosa que él conocía, invitábalos secretamente a reconciliarse con Dios y a volver otro día.

No faltaban ocasiones en que José tenía que salir de la ciudad para visitar enfermos. Una vez viósele con asombro caminar sobre las aguas para atravesar el Besós; y oyendo tocar al *Angelus* en tal circunstancia, púsose de rodillas con la mayor naturalidad sobre el líquido elemento como si estuviera en tierra firme.

Habiéndose encontrado otro día en el camino con dos personajes muy ricos de Barcelona, invitáronle a que subiera al coche; pero él se negó y prefirió continuar el camino a pie. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos cuando, habiéndole dejado, como es natural, muy atrás por la velocidad que el vehículo llevaba, lo volvieron a encontrar más adelante arrodillado al pie de una cruz y rezando tranquilamente el Breviario!

HUMILDAD Y OBEDIENCIA. — DON DE PROFECÍA

A pesar de las frecuentes curaciones milagrosas que realizaba, José Oriol no se envanecía, sino que todo lo atribuía a Dios, de quien se consideraba ministro indigno. Cierto día, no pudiendo contener una mujer su admiración a vista de tantos prodigios, exclamó al verle pasar: «Bendita la madre que un día te amamantó». Pero un obrero se indignó y protestó de tantas alabanzas. No había acabado de proferir sus airadas palabras, cuando se le quedaron los brazos paralizados. Espantados los que le rodeaban, acudieron precipitadamente a José Oriol, suplicándole que fuera a curar al desgraciado: el siervo de Dios concedió en seguida la gracia solicitada.

La piedra de toque de la verdadera virtud es la obediencia. El confesor de nuestro Santo —que no estaba conforme con que curase a los enfermos dentro del templo, por el tumulto de gentes y el consiguiente desorden que ocasionaba— prohibió a su dirigido que curase a ninguno más en la casa del Señor. En el acto se sometió a ello José, considerando en su director al mismo Dios. Pero permitió la Providencia que el tal confesor, en un lamentable accidente se rompiera una pierna; en su angustia acudió a su santo penitente para que lo sanara —lo que hizo inmeditamente—, y la prohibición de obrar milagros en la iglesia fué derogada, continuando el Santo sus prodigios en favor de los que eran víctimas de toda suerte de dolencias.

Al portentoso don de milagros unía el Santo el de profecía. Anunció con toda precisión las grandes persecuciones que la Iglesia sufriría a fines del siglo XVIII, y predijo el día de su muerte.

ENFERMEDAD Y MUERTE

EL día 8 de marzo del año 1702, fecha en que había de enfermar por última vez, José Oriol asistió como siempre a los oficios de Nuestra Señora del Pino, y al terminarlos se fué a casa de un amigo suyo para pedirle que le preparara una cama. Hacía más de veinticinco años que nuestro Santo no usaba de tal mueble. Apenas hubo entrado en dicho domicilio, cuando se sintió repentinamente enfermo.

La noticia cundió rápidamente por toda la ciudad, quedando ésta sumida en extraordinaria y general consternación. De todas partes acudían gentes a informarse del curso de la enfermedad y ofrecían dinero para socorrer al Santo en la extremada pobreza a que se sometió durante la vida; pero nada quiso aceptar. Habiéndose presentado el síndico o administrador de la iglesia trayéndole lo que le correspondía cobrar por su prebenda, díjole que se quedara con aquel dinero, pues quería morir pobre.

El 20 de marzo aparecieron síntomas inequívocos de su próximo fin. Consoló con admirable calma y santas palabras a sus amigos, prometiendo ayudarles desde el cielo. Recibió con muestras de inefable gozo la Sagrada Comunión y desde aquel momento cesó de tomar todo alimento. El día 22 se le administró la Extremaunción.

Por la tarde pidió que cantaran ante él el *Stabat Mater.* **Acudieron en el acto los niños de la escolanía de la iglesia de Nuestra Señora del Pino, que rodearon el lecho y cantaron a media voz acompañados del arpa. José los interrumpía a menudo con ardientes exclamaciones de amor. Por fin, llegó un momento en que dió una última mirada al crucifijo y, con la vista fija en él, expiró suavemente sin la más leve agonía. Era el 23 de marzo de 1702. José Oriol contaba cincuenta y dos años de edad.**

Los restos preciosos del santo Presbítero fueron inhumados en la iglesia de Nuestra Señora del Pino y son incontables los prodigios que se han venido obrando en su sepulcro.

Este gran Santo fué beatificado por el papa Pío VII el 15 de mayo de 1806 y solemnemente canonizado por Pío X el 20 de mayo de 1909, fiesta fiesta de la Ascensión.

SANTORAL

Santos **José Oriol, confesor;** *Toribio, arzobispo de Lima,* cuya fiesta se celebra el 27 de abril; *Victoriano y compañeros, mártires; Liberato, Germana, su esposa, y compañeros, mártires;* Frumencio y Fidel, mártires; Eusebio II, obispo de San Pablo Tricastillo (Francia); Próculo, obispo de Verona; Benedicto, monje en la Campania; Félix y otros veinte, mártires; Teódulo, presbítero; Julián, confesor; Domicio, Pelagia, Áquila, Eparco y Teodosia, mártires; Beato Santiago, mártir. Santa Filotea, virgen, en Baviera.

SANTO TORIBIO, arzobispo de Lima. — El 16 de noviembre de 1538 vino al mundo en un pueblo de León, un niño cuyo destino debía ser el de propagar en tierras de allende los mares la doctrina del Divino Crucificado y ejercer la misión apostólica desde la sede episcopal de Lima. Cursó estudios en Valladolid, primero, y en Salamanca, después, con grandísimo aprovechamiento. Felipe II le nombró presidente de Granada, cuyo cargo desempeñó con la inteligencia e

integridad propias de un hombre tan sabio y tan santo como él. El mismo monarca le eligió para arzobispo de Lima, capital del Perú, que entonces dependía de España, de la que recibió la organización, las instituciones, la religión y el idioma. Toribio gobernó con celo, abnegación, caridad, entereza y dulzura, y por esto se granjeó la estima de sus súbditos, la cual se acrecentó hasta la veneración a causa de su santidad y de los numerosos milagros que obraba. Fué el padre, el pastor y el apóstol de aquellas tierras, visitadas por él en medio de dificultades, privaciones y sacrificios; reprendía a los avaros y animaba a los oprimidos; instruía a los indios, los catequizaba y los socorría. Cumpliendo su misión apostólica en el pueblo de Santa, a ciento diez leguas al norte de Lima, le sorprendió la muerte, que le abrió las puertas del cielo, el 23 de marzo de 1606.

SAN VICTORIANO Y COMPAÑEROS, mártires. — Hombre rico y principal, fué elegido procónsul de Cartago. Por entonces se levantó la persecución de Hunerico, rey de los vándalos, contra los cristianos. A las instancias de éste para que apostatase, Victoriano contestó: «Bien puedes, señor, hacerme quemar, arrojarme a las fieras, atormentarme con todo género de suplicios; pero jamás me obligarás a condescender con tus propósitos ni a titubear en mi fe. En vano habría yo recibido el bautismo en la Iglesia Católica y profesado su antigua, única y verdadera doctrina, si ahora desertase de ella. Y aunque no hubiera más vida que la presente, ni esperanza de la eterna, que es la única vida verdadera, nunca me resolvería, por una gloria mundana y pasajera, a faltar a la fidelidad que debo a Aquel que me confió el precioso depósito de la fe y me ha regalado con los más preciosos dones de su gracia.» Esta respuesta encolerizó al tirano, que ordenó sometieran a Victoriano a los más atroces tormentos, que le fueron aplicados con lentitud para mayor sufrimiento. La alegría y constancia del Santo hicieron convertir a muchos a la fe de Cristo. Con él lograron la palma del martirio otros cuatro Santos, entre ellos dos mercaderes de Cartago llamados Frumencio. El triunfo de estos Santos tuvo lugar el 23 de marzo del año 484.

SANTOS LIBERATO Y COMPAÑEROS, mártires. — Era Liberato un médico famoso de Cartago, admirado de todos por su ciencia y santidad de vida. Se afanaba por lograr la conversión de los infieles; su mujer, Germana, hacía lo mismo entre las mujeres. Ambos esposos sufrieron el martirio en tiempo de la persecución del vándalo Hunerico, que hizo más de cuatrocientos mil mártires.

En este día conmemora también la Iglesia de Cartago el martirio de doce niños cantores de la catedral, que durante varios días supieron resistir a todos los halagos, caricias y tormentos a que los sometieron; pero Dios protegió a estos tiernos confesores de la fe y no sucumbieron en las pruebas a que fueron sometidos. Pasada la tremenda persecución continuaron cantando las glorias del Señor y fueron muy respetados y honrados en Cartago. Por su parte, Dios castigó a Hunerico haciendo que el mismo año 484, su cuerpo se cubriera de gusanos y que muriera, arrojando las entrañas de su cuerpo.


Anillos resguardados por el lirio de la virginidad — Ciencia y santidad

DÍA 24 DE MARZO

SANTA CATALINA DE SUECIA

VIRGEN (1330 - 1381)

NACIÓ Catalina por los años de 1330 en rico palacio, y por su nacimiento parecía estar destinada a gozar toda su vida de los honores y grandezas del siglo; pero la piedad y la religiosidad de sus padres merecieron que su hija se hiciese digna de las inmortales grandezas del cielo. Fué su padre Ulfón, príncipe de Nericia, y su madre la ilustre Santa Brígida, tan conocida por sus revelaciones en la Iglesia del Señor.

Entrególa su santa madre a una abadesa muy religiosa para que la educase, y con su acertada dirección la iniciase en el amor y temor santo del Señor y en la práctica del bien y de toda virtud.

Furioso el demonio, declaróle dura guerra, y una noche, estando en maitines la abadesa, tomando el maligno figura de toro quiso matar a la niña, y con los cuernos la sacó de su camita y la arrojó en el suelo dejándola casi muerta. Sobresaltóse la abadesa con los gritos que daba la niña, acudió a toda prisa para ver lo que pasaba, y habiéndola tomado en sus brazos, se le apareció el demonio y dijo: «¡Oh, qué de buena gana acabara yo con ella si Dios me hubiera dado licencia!»

Nuestro Señor, que la destinaba a tan gran santidad, la apartó con amor

de los frívolos pasatiempos propios de la infancia y juventud, y así, una vez que siendo ya de siete años se entretuvo con las otras niñas jugando a cierto juego de muñecas, no quiso el Señor que aquella niñería pasase sin castigo, y la noche siguiente fué molestada de los demonios que le aparecieron en figura de muñecas, y azotaron, tan duramente, con los palillos del mismo juego, que su tierno cuerpecito quedó magullado, para que desde niña comenzase a dar de mano a las niñerías y juegos en que se suele entretener aquella tierna edad.

VOTO DE VIRGINIDAD EN EL MATRIMONIO

TENIENDO edad para casarse, su padre le mandó que tomase marido y ella lo aceptó, confiada en que con la bondad de Dios y el favor de la Santísima Virgen María, su Madre, podía casarse sin detrimento de su virginidad.

Así sucedió, porque, habiéndose casado con un caballero nobilísimo llamado Etgardo de Kurner, de eminente piedad y grandes virtudes, de tal manera le habló que los dos hicieron voto de castidad y la guardaron toda su vida.

Dábanse mucho a la oración, a la aspereza de vida y a todas las obras de caridad; a los ojos de los hombres parecían y se trataban como señores; pero a los ojos de Dios eran santos.

Ponían todo su contento en apartarse de lo que halaga a los sentidos y en sujetar constantemente la carne al espíritu, porque no ignoraban que la azucena de la castidad sólo florece y guarda su fragancia y lozanía, cercada de espinas de penitencia y mortificación.

INFLUENCIA SOBRE SU CUÑADA

TENÍA Catalina un hermano llamado Carlos, mozo brioso y muy dado a la vanidad, que no podía sufrir que su hermana y su cuñado llevasen aquella vida tan santa con la que parecían echarle en rostro sus vanidades y licenciosas costumbres.

Enojóse mucho con su hermana cuando vió la llaneza que usaba en su vestido y que no se conformaba con el traje que llevaban las otras señoras y mujeres de su calidad. Era que a la vista del desenfrenado lujo que ostentaban las personas del siglo, Catalina se había despojado de sus ricas galas de princesa, sin temor de mostrar al mundo que las virtudes cristianas son ornato más bello que los atavíos de la vanidad. Con su ejemplo arrastró a no pocas damas nobles.

Catalina, lejos de turbarse por las burlas y aun los denuestos que su hermano le dirigía, persistía en su vida ejemplar y penitente siguiendo el ejemplo que de continuo le daba su madre Santa Brígida. Empero, su hermano no tardó mucho en apreciar los ejemplos de virtud de nuestra Santa.

Un día, su cuñada Gilda, esposa del príncipe Carlos, se hallaba con ella orando en la iglesia ante una imagen de María. Durmióse Gilda y en sueños le pareció ver que la Virgen la miraba con rostro severo por ser amiga de lujos y vanidades, siendo así que a Catalina le sonreía muy dulcemente. Esta visión fué para ella la gracia salvadora, porque refirió luego a Catalina lo que había visto, y la Santa, con sus palabras y con su ejemplo, la persuadió a que dejase las galas y atavíos superfluos y la imitase, como lo hizo, renunciando de allí en adelante a sus lujosos trajes y vistiéndose con modestia y sencillez cristianas.

No fué eso del agrado de Carlos, el cual, fuera de sí, mandó llamar a su hermana Catalina y, después de haberle dicho palabras duras e injuriosas, añadió: «¿Quieres acaso que mi esposa sea blanco de las burlas y risas de las gentes?» Catalina lo escuchaba con gran paciencia y alegría, gozosa de seguir así, más de cerca por la senda del sacrificio, a su divino Esposo y modelo Jesucristo.

VIAJE A ROMA. — ASECHANZAS DEL DEMONIO

LOS piadosos padres de nuestra Santa emprendieron una peregrinación a Santiago de Compostela, durante la cual murió Ulfón santamente en el monasterio español de Alvastra. Santa Brígida volvió sola a Suecia, donde fundó el convento de monjas de San Salvador, en Nadstena, diócesis de Lincopen, y cinco años después se partió para Roma, en la cual levantó una hospedería para peregrinos y estudiantes suecos.

Cuando Brígida llevaba ya varios años en Roma, su hija Catalina fué a visitarla, con permiso de su esposo Etgardo, acompañada de varias personas. Pero al llegar Catalina a la Ciudad Eterna, Brígida se hallaba en Bolonia, y aquí recibió la visita de su hija. Ésta volvió a Roma y, después de visitar los santuarios y sepulcros de los mártires, regresó al lado de su madre para ayudarla y servirla, según disposición del cielo.

No le faltaron a Santa Catalina en Roma grandes trabajos y dificultades, porque el demonio la tentó para que se tornase a su tierra, donde viviría con más quietud, regalo y descanso. Además, como era señora de tanta calidad y de extremada hermosura, algunos caballeros principales, sabiendo que ya era muerto su marido, la pretendieron por mujer, y viendo que los medios blandos y amorosos no bastaban, quisieron hacerle fuerza y arrebatarla. Habiéndose escondido en cierta parte con gente armada, para

más seguramente arrebatarla un día que con otras matronas iba a la iglesia de San Sebastián, al tiempo que entraban en la celada, apareció de repente un ciervo y, dando ellos tras él, pasó en aquel mismo tiempo Catalina y se escapó de sus manos.

Otra vez, yendo con su santa madre a la iglesia de San Lorenzo, un caballero que la aguardaba con gente, al tiempo que la quiso acometer quedó ciego y, conociendo su culpa, se echó a sus pies; les pidió perdón y, rogando por él las santas madre e hija, recobró la vista; el milagro se contó después al papa Urbano VI y a sus cardenales.

Estas y otras muchas molestias tuvo que padecer Catalina, tanto en Roma como fuera de ella. En cierta ocasión, yendo, por divina revelación, en compañía de su santa madre a visitar la ciudad de Asís y a orar a Santa María de la Porciúncula, les sobrevino un temporal de agua y nieve que las obligó a guarecerse en una pobre casilla para pasar la noche.

En ella penetraron unos salteadores de caminos, que hicieron a las Santas objeto de sus burlas e insultos, llevados de sus torpes instintos.

Pero Catalina y su madre imploraron el favor divino, que no tardó en serles propicio, pues al mismo tiempo los bandidos huyeron precipitadamente para escapar de las manos de un grupo de gente armada que venía en su busca para prenderlos.

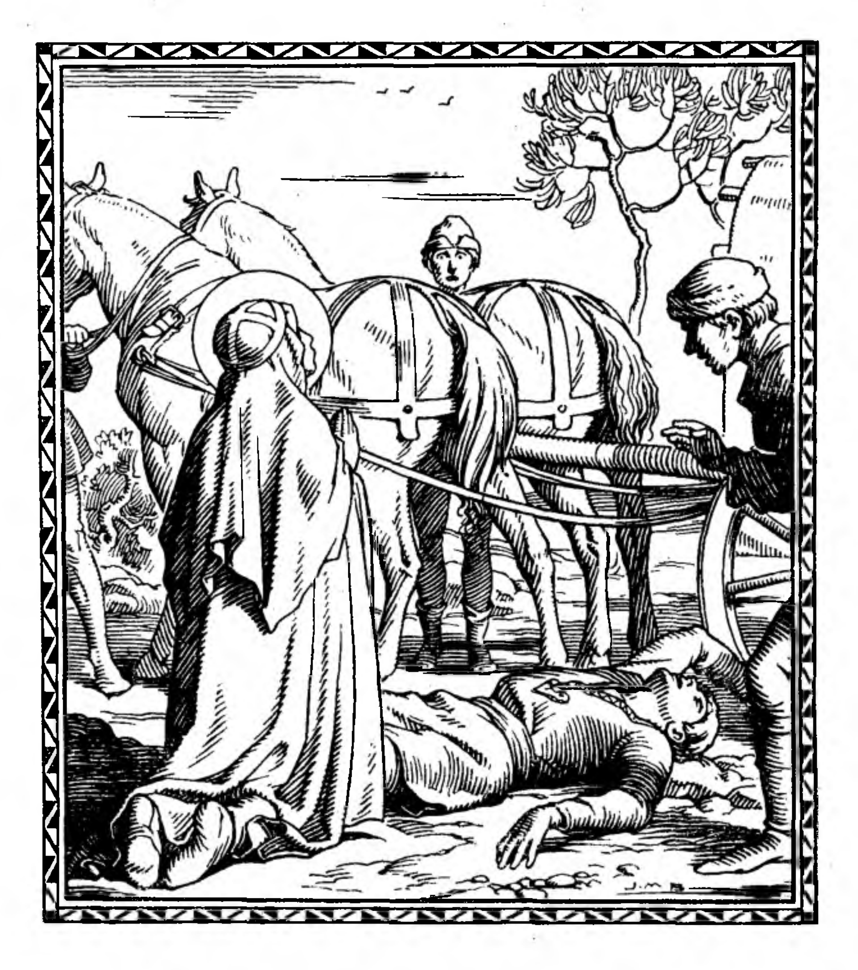
Al día siguiente, ante una nueva acometida contra las dos Santas, los bandidos perdieron la vista, con lo cual ellas pudieron proseguir tranquilamente su viaje.

VIRTUDES DE SANTA CATALINA

CON tan manifiesta protección del Señor, Catalina crecía cada día en su amor y se daba con mayor cuidado al ejercicio de todas las virtudes, especialmente de la humildad, que es madre y guarda de todas ellas. Pesábale mucho verse alabada y se holgaba de verse menospreciada y tenida por gran pecadora.

Era muy devota y dada desde niña a la oración y al rezo de las horas de Nuestra Señora, salmos penitenciales y otras oraciones. Cada día gastaba cuatro horas en llorar y meditar la sagrada muerte y Pasión de su dulce Esposo, a quien se ofrecía en perpetuo y suave sacrificio.

Una vez, estando en Roma orando en la iglesia de San Pedro, le apareció una mujer vestida de blanco con un manto negro, y le dijo que rogase a Dios por la mujer de Carlos su hermano, que era muerta, y que presto tendrían un buen socorro de ella, porque le había dejado la corona de oro que, según la costumbre de su patria, traía en la cabeza. Como la mujer lo



CUANDO *Catalina pasaba por Prusia, quiso Nuestro Señor obrar algunos milagros para declarar la santidad de su sierva. En mitad del camino cayó del coche uno de los que la acompañaban y quedó aplastado bajo las ruedas. Púsose de rodillas la Santa y, tocándole con las manos, luego le dejó sano.*

dijo, así sucedió, y del precio de la corona Santa Brígida y su hija se sustentaron todo un año con su familia.

¿Cómo ponderar su benignidad y misericordia para con los pobres enfermos y llagados? Catalina iba a los hospitales con su madre; ésta, delante de ella servía con gran humildad a los enfermos y les curaba las llagas, para que su hija aprendiese y la imitase y siguiese sus pisadas, cosa que hacía Catalina con extremada caridad y diligencia, como hija de tal madre.

Era tan amiga de la pobreza de Cristo que andaba con un vestido vil y roto y usaba de cama pobre con sólo un jergón de paja, una almohada y una manta vieja y remendada. Pero Nuestro Señor, para honrarla en algunas ocasiones, hizo que ella pareciese ricamente vestida y su cama preciosa aunque realmente no lo era. Así, paseándose un día por la campiña romana, de pronto resplandecieron sus vestidos cual si estuviesen cuajados de preciosísima pedrería, quedando maravilladas su compañeras.

Fué asimismo muy sufrida, paciente y mansa, pues soportaba con maravillosa mansedumbre los agravios e injurias que se le hacían, y devolvía siempre bien por mal, como verdadera sierva de Dios.

ABADESA DE UN MONASTERIO

VEINTICINCO años habían transcurrido desde que por divina inspiración fué Catalina a Roma a vivir con su santa madre, y por ese tiempo determinaron pasar a Palestina para visitar los Lugares Santos, testigos de los padecimientos y muerte del divino Salvador. Venciendo mil dificultades llevaron a buen término su intento; pero era llegada ya la hora en que Santa Brígida debía volar al cielo a recibir de Nuestro Señor el premio de sus virtudes. La madre de Catalina fué acometida de recia calentura en Jerusalén, de suerte que tuvieron que volver a Roma, donde ocurrió su dichoso tránsito el día 23 de julio del año 1373, cuando tenía setenta y uno de edad.

Catalina llevó las sagradas reliquias de su santa madre a Suecia, con algunas de otros santos; salió a venerarlas innumerable multitud de fieles, gozosos de poder al mismo tiempo admirar de cerca las virtudes de Catalina, que era viva imagen de su bienaventurada madre. Los de Lincopen, al verla, prorrumpieron en gritos de alborozo, y el prelado no quiso ceder a nadie el honor de darle la bienvenida.

Después de haber cumplido con el entierro de su bendita madre, se encerró en el monasterio de Vadstena, de donde fué abadesa, e instruyó a las monjas en la regla que había heredado y aprendido de su santa madre. Escribió un tratado de los *Consuelos del alma,* que contiene sentencias sacadas de las sagradas Escrituras y de algunos libros piadosos.

VUELVE A ROMA. — MILAGROS

Como Nuestro Señor obrase muchos y grandes milagros en el sepulcro de Santa Brígida, pareció al rey de Suecia y a los grandes señores de aquel reino, que debían tratar de su canonización con el Sumo Pontífice, para lo cual convenía que su hija Catalina fuese a Roma.

Ella lo tuvo a bien y fué, aunque halló las cosas tan turbadas por la muerte del papa Gregorio XI y por el cisma que se levantó en el occidente de Europa en tiempo de Urbano VI, su sucesor, que no tuvo por entonces efecto lo que pretendía, y se volvió a su patria. En Roma dejó los informes auténticos de los milagros y demás documentos necesarios al fin apetecido.

Por su medio realizó Nuestro Señor varios milagros. Uno de ellos fué que, habiendo enfermado gravemente una noble señora de mala vida que no quería confesarse ni escuchar a Santa Catalina, que le aconsejaba lo conveniente para su eterna salvación, la Santa rogó a Dios por aquella alma pecadora y al instante levantóse del Tíber un humo negro y espeso que envolvió la casa de la enferma y la oscureció de tal manera que sus moradores no podían verse unos a otros. Esto iba acompañado de un ruido tan espantoso, que la pobre enferma, despavorida y como fuera de sí, llamó a Catalina y le prometió hacer cuanto le mandase; se confesó, y al día siguiente acabó sus días dejando cierta esperanza de salvación eterna.

El Tíber salió de madre e inundó de tal manera la ciudad de Roma, que corría peligro de destrucción. Rogaron a Santa Catalina que se opusiese a las aguas y con su presencia y oraciones librase a la ciudad de aquel peligro. Ella se excusó por humildad, pero llevada a viva fuerza junto al río, las aguas retrocedieron al ponerse en contacto con sus pies.

Estando en la ciudad de Nápoles, adonde había ido para recoger los milagros de su santa madre, le declaró una señora principal que una hija suya, viuda, era muy molestada cada noche de un demonio, y que, aunque lo había callado por vergüenza hasta entonces, ahora se lo declaraba para pedirle remedio, fiada en su santidad. La santa virgen le aconsejó que se confesase de todos sus pecados, pura y enteramente, porque muchas veces por los pecados que se callan en la confesión por vergüenza, permite Nuestro Señor semejantes ilusiones y que los demonios tengan fuerza para fatigar las almas y oprimir los cuerpos con abominable tiranía. Dióle también otros santos consejos y devociones y ofreció sus oraciones por ella. Al cabo de ocho días se halló la mujer del todo libre de aquel monstruo infernal que tanto la perseguía y atormentaba.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DE LA SANTA

DESPUÉS de una permanencia de cinco años en Roma y no teniendo esperanza de conseguir la canonización de su bienaventurada madre, Catalina se volvió a su patria y monasterio. En todo el viaje fué muy bien recibida y agasajada de los príncipes, prelados y ciudades de Italia y Germania por donde pasaba.

En este camino hizo también Nuestro Señor por medio de ella algunos milagros, entre los cuales se cuenta que, habiendo caído del carro en que iba dormido uno de los que la acompañaban, fué aplastado por una rueda, que le quebró los huesos; pero, haciendo oración por él Santa Catalina y tocándole con las manos, estuvo luego sano.

Al llegar Catalina a su monasterio, cayóse un obrero de lo alto de un edificio y quedó medio muerto. Apenas la santa virgen rogó por él y le tocó, luego se le consolidaron los miembros y recobró tan perfecta salud, que se volvió a trabajar. Y todos alabaron al Señor y a Santa Catalina, por cuya intercesión había sanado el obrero.

Estaba en este tiempo la santa virgen muy flaca y fatigada de dolores y enfermedades del cuerpo, aunque muy entera y alegre en su espíritu. Tenía costumbre, desde que anduvo en compañía de su santa madre, de confesarse cada día, y algún día dos y tres veces. Así lo hizo en esta postrera enfermedad, aunque por la flaqueza de su estómago no se atrevía a recibir el Santísimo Sacramento; mas hacíasele traer y le adoraba y reverenciaba con grandísima devoción y humildad.

Finalmente, levantando los ojos al cielo y encomendando su alma al Señor con el corazón, porque no podía con la lengua, en presencia de las monjas, deshechas en lágrimas, entregó su alma al que la había creado para tanta gloria suya.

Sobre el monasterio en que murió apareció una estrella que fué vista, día y noche, por algunos religiosos. Durante el entierro la estrella se puso sobre las andas hasta el momento de dar sepultura al cuerpo de la Santa en la iglesia, y después desapareció.

A estos actos estuvieron presentes muchos arzobispos, obispos y abades de los reinos de Suecia, Dinamarca y Noruega, y el príncipe de Suecia, llamado Erico, con otros señores y barones, los cuales, por devoción, llevaron sobre los hombros el cuerpo de Catalina. Su sepelio fué muy dificultoso por la mucha gente que concurrió.

Murió esta santa virgen en el monasterio de Vadstena el 24 de marzo del año del Señor de 1381; en su sepulcro obró Dios muchos milagros, para glorificar a su fiel sierva.

El Martirologio romano hace mención de Santa Catalina de Suecia a los 22 de marzo, y el cardenal Baronio la menciona en sus «Anotaciones». Fué canonizada por la santidad del papa Sixto IV en el año 1474.

SANTORAL

Santos *Gabriel Arcángel; Simón, niño mártir de Trento;* Teodoro, obispo de Zaragoza, y compañeros, mártires; Agapito, obispo de Sinnada; Guillermo de Norwich, mártir; Quirino, mártir; Donaciano, discípulo de San Cipriano, Pigmenio y Epigmenio, mártires; Marcos y Timoteo, mártires en Roma; Alejandro, Dionisio, Agapio y otros compañeros, mártires, en Cesarea de Palestina; Seleuco, confesor; Latino, obispo de Brescia, y Severo, de Catania; Rómulo y Segundo, hermanos, mártires en Mauritania; Juanito, niño martirizado por unos judíos en Colonia; los Beatos *Diego José de Cádiz, confesor,* y Simón el Cireneo, que llevó la Cruz del Redentor. Santas **Catalina de Suecia, virgen;** Hildelita, abadesa.

SAN GABRIEL ARCÁNGEL. — Es el emisario enviado por Dios a la tierra para anunciar a María Santísima el misterio inefable de la Encarnación del Verbo en sus virginales entrañas. Leemos en las divinas Letras que San Gabriel apareciese al profeta Daniel y le señaló el tiempo en que el Mesías debía venir al mundo, que sería después de aquellas setenta semanas de años fijadas para que se borrase la iniquidad y terminase la prevaricación del pueblo de Dios. El mismo Gabriel se apareció a Zacarías, cuando estaba incensando el altar, y le anunció el dicho nacimiento de su hijo Juan Bautista. Pero la gran embajada llevada a cabo por este arcángel fué la primeramente indicada, en la cual pronunció aquellas bellísimas palabras que constituyen el saludo del Ángel a la Reina de los cielos: «Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú entre todas las mujeres...»

Gabriel quiere decir «Fortaleza de Dios», y es nombre adecuado a su misión de anunciar al Dios Fuerte y Poderoso, ante quien tendrían que rendirse todas las potestades de la tierra. Agradezcamos a Dios esta embajada y roguemos al Arcángel que nos haga dignos de alcanzar el fruto de aquel soberano misterio que él nos trajo del cielo.

SAN SIMÓN, inocente y mártir. — En la ciudad de Trento, célebre por su famoso Concilio, vivían en **1475** tres familias judías cuyos jefes eran Tobías, Ángel y Samuel; en casa de este último vivía un infernal y bárbaro viejo llamado Moisés. Estos judíos se disponían a celebrar la Pascua de aquel año y se reunieron a este fin en casa de Samuel. Querían sacrificar a un niño y se valieron, para tenerlo, de Tobías, médico, cuya presencia en cualquier casa no llamaría la atención. Éste, con halagos y dulzuras, se atrajo a Simón, niño de dos años que se hallaba sentado en el umbral de su casa. Desnudaron al niño, le taparon la boca y le fueron cortando pedacitos de carne.

Aquel infame Moisés empezó la faena cortando con una tijeras unos trozos de la mejilla infantil; y así iban haciendo los demás judíos. Los pedazos eran echados en una bandeja, donde recogían la sangre inocente. Seguidamente se repitió la escena cortando en la pantorrilla derecha y luego en la izquierda. Después le tendieron en cruz y le dieron repetidos golpes, remedando la crucifixión de Jesús; con punzones, agujas y alfileres le atravesaron las carnes, desde lo más delicado de la cabeza hasta la planta de los pies. Pasada una hora en este cruel suplicio, Simón expiró, conquistando la palma del martirio que le abrió las puertas de la Gloria.

BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ, confesor. — Nació en Cádiz en 1743, de distinguida familia; desde joven se señaló por la austeridad de costumbres. Tras reiteradas instancias, ingresó en la Orden de Capuchinos; sus grandes virtudes, además del espíritu de penitencia que le caracterizó toda su vida, fueron un intenso amor a la Cruz de Cristo y un celo ardoroso por la salvación de las almas. Sobresalió como notable orador sagrado, no con verbosidad de elocuencia literaria que recrea los oídos, sino con sencillez de palabra evangélica que trueca los corazones. En esto siguió siempre la pauta de los Apóstoles. De todas partes acudían a oírle, y cuando la iglesia no era suficiente para contener a tantos oyentes, salía a la plaza pública y allí tenía en suspenso al auditorio durante horas enteras. Y es que, al predicar, se hallaba tan lleno de amor de Dios, que parecía como que estaba arrebatado y hablando lejos de este mundo terrenal. Por sus sermones se convirtieron inmensas muchedumbres, cesaron largas rivalidades y se extinguieron odios gravísimos. El pueblo le llamaba «Apóstol de España, Enviado de Dios, otro Pablo, etc.». Es un hermoso ejemplo de lo que puede una voluntad recta y firme, cuando va ayudada de la oración, el estudio y las buenas obras. Murió en Ronda el 24 de marzo de 1801, a los 58 años de edad. Entre otras obras escribió *Sermones y Alocuciones* sobre varios asuntos, y dejó inéditos seis tomos de sermones, novenas y otros muchos opúsculos. En muchos pueblos y ciudades de España se conserva todavía, como reliquia de gran valor, el púlpito en que predicó este ferviente apóstol.



Dulce enseñanza cobijada por el Santo Crucifijo

DÍA 25 DE MARZO

SANTA LUCIA FILIPPINI

VIRGEN Y FUNDADORA (1672-1732)

A los 13 de enero de 1672 nació esta virgen y fundadora en la ciudad de Corneto, hoy día llamada Tarquinia, situada a poca distancia del puerto de Civita-Vecchia. Sus padres eran nobles y muy cristianos y vivían en un pequeño palacio que aun existe. Bautizada Lucía el mismo día de su nacimiento, por un tío suyo, preboste de la catedral, recibió el nombre de la gloriosa virgen Santa Lucía, patrona de la ciudad de Siracusa.

A los once meses de edad perdió a su madre, y a los seis años a su padre. Por esta causa, sus tíos maternos cuidaron de su educación y de la de sus hermanitos. Desde su tierna infancia ponía singular empeño en mostrarse respetuosa, dócil, servicial y caritativa con sus prójimos, y se distinguía entre sus compañeras por su devoción y por la especial y decidida inclinación que tenía a las cosas de la religión, gustándole sobremanera que se las enseñasen, para luego poder ella explicarlas a sus amiguitas.

Se complacía en levantar altarcitos y adornar las imágenes de la Virgen y de los Santos y arrodillarse ante ellos sola o con sus compañeras, orando con angelical devoción. Para conservar la pureza y santidad de su alma, guardaba severa modestia y se apartaba de las compañeras frívolas y poco

devotas. En punto a vestidos y atavíos era muy al revés de su hermana Isabel y se contentaba con llevar traje pobre y humilde. Preparábase siempre a la confesión con muy largo y detenido examen de conciencia, mostrando con ello ser muy timorata y por extremo celosa de su pureza.

Lucía recibió la primera comunión en el convento de Benedictinas de la ciudad de Corneto, donde se educaban las doncellas nobles de la comarca.

Pronto echó de ver el virtuoso párroco del lugar la extraordinaria piedad y vida sosegada y recogida de la santa doncella; y después de haberla interrogado y comprobado que tenía claro conocimiento de los misterios y verdades de nuestra santa fe y religión, la tomó de auxiliar para explicar la doctrina a los niños, siendo de maravillar la energía y amor que en ello ponía, sobre todo cuando hablaba de la pasión del Salvador, no siendo raro, entonces, ver a muchos derramando lágrimas, preludiando de este modo, aunque sin sospecharlo, el desempeño del noble ministerio de maestra y educadora de la juventud, al que le tenía destinada la providencia del Señor.

EL CARDENAL BARBARIGO Y LA EDUCACIÓN DE LAS NIÑAS

EN enero del año 1688 y para cerrar los santos días de misión en las parroquias de la ciudad, vino a Corneto en primera visita el obispo de la diócesis, cardenal Marco Antonio Barbarigo, pastor santo, docto y celosísimo. Descendía de una ilustre familia patricia de Venecia; a los treinta años dejó todas sus riquezas y el cargo de miembro del gran consejo de la ciudad y abrazó la carrera eclesiástica.

Fué canónigo en Padua y más tarde arzobispo de Corfú. Señalábase por su acendrada devoción, ardiente celo por la educación cristiana de los niños, inagotable caridad y largueza con los huérfanos y necesitados, y admirable abnegación al servicio de los enfermos y apestados. El papa Inocencio XI le nombró Cardenal en el año 1686.

Hallábase la diócesis de Corneto en estado muy lamentable, porque las costumbres de los fieles eran más paganas que cristianas, y la ignorancia del catecismo era general. Para traer a vida cristiana a individuos, familias y parroquias, mandó el señor Obispo dar misiones en todas ellas, ordenando además que en las iglesias se explicase a los fieles la doctrina con celo y asiduidad. Fundó un seminario para formar a los clérigos, y exigióles el exacto cumplimiento de las prescripciones del Concilio de Trento.

Tenía Lucía dieciséis años cuando trató por vez primera con tan eminente y virtuoso prelado, y descubrió su alma a quien había de ser, a no tardar, director y guía, promotor y verdadero fundador del *Instituto de las Piadosas Maestras Filippini,* dedicado a la educación cristiana de las niñas.

INTERNA EN LAS CLARISAS

VIÓSE por entonces la santa doncella en el delicado momento de la elección de estado. Por un lado ardía en deseos de dejar el siglo para consagrar su vida al servicio del Señor y a la salvación de los prójimos, y por otro, no acertaba a separarse de su hermana Isabel, que parecía inclinarse a las vanidades, con grave riesgo de su virtud.

Habló de ello al prelado, director de su conciencia, el cual, habiendo considerado en la presencia del Señor lo que convenía hacer, determinó poner interna a Isabel con las Benedictinas de Corneto, y enviar a Lucía a Montefiascone, para que completara su educación bajo la tutela de las monjas de Santa Clara, hasta tanto que la divina Providencia manifestase más claramente la vocación de la virtuosa joven. Aquel santísimo varón, padre amante de los huérfanos, quedó prendado de la virtud, piedad, caridad y cualidades naturales de su protegida.

Allí, en la soledad y sosiego del claustro, Lucía tomó a pechos llevar vida cristiana y santa y conservar la blancura de su angelical pureza.

Dando de mano a los regalos y comodidades de que suelen gustar las personas nobles y ricas, la piadosa joven se entregaba de buena gana a las labores humildes y penosas, y, servía con afán y cariño a las monjas, las cuales la estimaban sobremanera y solían llamarla «el ángel del convento». Ella, a su vez, se edificaba y aprovechaba cuanto podía de los ejemplos de piedad y virtud de aquellas santas religiosas.

Seguía el obispo velando por el alma de Lucía y de cuando en cuando la exhortaba a pensar seriamente en el grave negocio de su vocación. Uno y otra pedían al Señor sus luces y al Espíritu Santo, sus consejos, para acertar en la elección de estado. Presto llegó a persuadirse Lucía de que Dios no la quería casada, ni tampoco religiosa de vida claustrada y contemplativa. En cambio, sentía vivísimos deseos de dedicar sus fuerzas y y actividad al servicio de sus prójimos mediante el apostolado exterior.

HUMILDES PRINCIPIOS DE UNA OBRA GRANDE

ENTENDÍA el cardenal Barbarigo, que la mujer cristiana es base y fundamento de las familias y sociedades realmente cristianas, y de ahí sacaba la necesidad e importancia de la escuela católica para la formación de las niñas. Para traer los hogares cristianos a la práctica de la religión y mudar en buenas y honestas las depravadas costumbres de aquellos tiempos, el cardenal Barbarigo concibió el designio de establecer en distintas poblaciones de su diócesis escuelas de niñas, parecidas a la que desde

hacía algunos años florecían en Viterbo bajo la dirección de una virtuosa dama llamada Rosa Venerini. La primera de estas escuelas se instaló en Montefiascone y fué regida y gobernada por dicha virtuosa señora. Las alumnas procedían de barriadas obreras más o menos pobres y desamparadas.

Prometíase el celoso pastor muy consolador fruto y provecho de la obra por él emprendida, mas al cabo de poco tiempo, Rosa Venerini tuvo que regresar a Viterbo, por hallarse en lamentable estado la escuela de aquella ciudad. Pero aun no había logrado formar algunas maestras, como era su intento. Con todo, estando en el convento de Santa Clara de Montefiascone, tuvo ocasión de hablar y tratar a Lucía, enterándola muy por menudo de las escuelas ya fundadas, de los métodos de enseñanza y educación y del apostolado cristiano entre las mujeres, congregadas en piadosas juntas. Al despedirse del cardenal, antes de partirse para Viterbo, le declaró que Lucía, por sus raras prendas intelectuales y morales, le parecía ser la más indicada para tomar por sí la dirección de la escuela recién fundada en Montefiascone.

Declaró al piadoso cardenal sus dudas y zozobras; mas, viendo que su direc-minado echar mano de Lucía para que fuese su principal ayuda en la importante obra de las escuelas que pretendía establecer en su diócesis. La virtuosa huérfana recibió gran sobresalto con la noticia de la determinación del prelado, pues, aunque sentía vivísimos deseos de dedicarse a la vida activa, tenía repugnancia para el cargo de maestra, por obligarla a continuo trato con la gente seglar. A ratos, la vida de oración practicada en la soledad y retiro del claustro, parecía colmar los anhelos de su corazón. Además, se juzgaba incapaz de educar por el escaso conocimiento que tenía de las inclinaciones de las niñas.

Declaró al piadoso cardenal sus dudas y zozobras; mas, viendo que su director insistía en la primera determinación y recibiendo el parecer del prelado como expresa voluntad del Señor, bajó la cabeza y aceptó el cargo de directora de la escuela de Montefiascone.

De allí a poco dióle el cardenal hábito negro de religión, que él mismo bendijo después de escoger la calidad de la tela y su hechura.

Con eso, rompió Lucía definitivamente con su anterior modo de vida, y pública y oficialmente enderezó sus pasos por una nueva y desconocida senda, en la que su alma delicada sólo vislumbraba en los principios dificultades y graves responsabilidades. Quiso el Señor que, a poco de desempeñar aquel cargo, cayese la santa maestra enferma de grave dolencia por espacio de un año, siendo vanos los remedios y cuidados de los médicos famosos que el cardenal mandó llamar para asistirla. Ella aceptó y sobrellevó aquella prueba con mucha paciencia y resignación, y al cabo sanó maravillosamente de su enfermedad, saliendo de ella con más acrisolada y resplandeciente virtud, y con la voluntad rendida del todo al divino beneplácito.



LOS *caballos desbocados se arrojan por las barandillas del puente. Milagrosamente se enreda el coche de tal manera, que Santa Lucía Filippini tiene tiempo de bajar antes de que suceda una catástrofe que habría de ser mortal. Muchas veces salvó Dios su vida con semejantes prodigios.*

EL CARDENAL BARBARIGO Y SUS ESCUELAS

EL celoso cardenal, que quería a toda costa llevar adelante su obra, señaló las materias de estudio y el método para enseñarlas con provecho. A su juicio, la niña debe ser instruída y educada teniendo mucha cuenta, ante todo, con su condición de cristiana y sus futuras obligaciones de madre. Se le enseñará a leer, escribir, contar, coser, hilar y hacer medias y al mismo tiempo la doctrina cristiana, las virtudes, la oración, la frecuencia de sacramentos y honestas costumbres. Las diversas ocupaciones del día habrán de ir como empapadas en espíritu cristiano y envueltas en ambiente sobrenatural: la oración vocal, los ejercicios piadosos variados y cortos, como el ofrecimiento de obras, la lectura espiritual, un rato de oración mental, el recuerdo de las postrimerías, algún cántico piadoso, alternarán con la labor de costura y el estudio de las lecciones. La niña trabaja y se instruye, pero al mismo tiempo lleva vida cristiana pensando a menudo en Dios, bajo cuya divina mirada y protección vive.

También fué obra del sabio prelado todo lo referente a la formación de las maestras, como las condiciones de admisión, postulantado de tres meses, vestición del hábito, noviciado, práctica de los consejos evangélicos, ejercicios piadosos, obediencia al obispo y a la superiora ordinaria. Lucía, a su vez, tomando por modelo y patrona a la Virgen María en el misterio de su Presentación, cumplió con sabiduría y acierto admirables el cargo de maestra de novicias. Discernía las vocaciones erradas y las apartaba; mostraba con insistencia la belleza e importancia del magisterio cristiano; enseñaba que la vida de oración alcanza y conserva las virtudes, que el trabajo aparta las tentaciones y que las cualidades indispensables a la educadora de la juventud son la mortificación de la propia voluntad, la práctica de la pobreza en los vestidos, la modestia, prudencia y discreción en el trato con las familias y con la gente seglar.

Fundáronse escuelas, además, en Tarquinia, Capodimonte, Valentano y otras poblaciones de la diócesis, y Lucía fué nombrada directora general de todas ellas, a la vez que superiora de las maestras, las cuales, con todo, quedaron sujetas a la jurisdicción del obispo, como a fundador, guía, amparo y protector. Cada año solía el prelado llamarlas a Montefiascone para darles los ejercicios espirituales. Las alentaba en su santo estado y ministerio, y defendíalas saliendo por los fueros de la justicia y la verdad cuando sabía que el clero o las personas influyentes las habían calumniado. Recomendaba a los padres que llevaran sus hijos a esas escuelas, y muchas veces echó mano de las maestras para traer la concordia a los hogares, ayudar a los necesitados, y aun convertir a algunas pecadoras. Visitaba a menudo las escuelas, interesándole grandemente su buena marcha y los adelantos de las

niñas; miraba, en suma, la obra de las escuelas como excelentísima y la más a propósito para recristianizar la sociedad y, por eso, al morir legó a dicha obra todos sus bienes.

LAS MAESTRAS PÍAS FILIPPINI

EL cardenal Marco Antonio Barbarigo halló en Lucía una colaboradora sapientísima, celosa en extremo y muy amante de las niñas, a las que daba muestras de sobrenatural afecto, trabajando en la formación de sus almas con incansable abnegación. Su escuela es un templo; en ella hay un altar y un Santo Cristo de gran tamaño, algunos cuadros de la sagrada Pasión, imágenes de santos, como San Ignacio y San Felipe Neri, y una cruz de procesión. En las aulas de las Maestras Filippini se cantan piadosos cánticos, se acostumbra a las niñas a orar y a vivir cristianamente; también se echa mano de la oportuna corrección cuando es menester; la maestra, siempre atenta y de buen humor, dirige y forma la voluntad y la inteligencia de las alumnas.

La escuela es, asimismo, centro de ejercicios espirituales. A ella acuden las jóvenes antes de casarse, para instruirse en sus nuevas obligaciones y responsabilidades y disponerse a recibir debidamente la gracia del sacramento. Dóciles a las exhortaciones de celosos sacerdotes, las madres cristianas y otras señoras del lugar se congregan en la escuela, y la santa maestra les lee algunas páginas de libros espirituales, tiene con ellas un rato de oración y meditación y, con sus palabras persuasivas y encendidas en el divino amor, troca los más empedernidos corazones. Por la tarde del domingo recorre la Santa las calles de Montefiascone con una cruz en la mano presidiendo una procesión de niñas, jóvenes y piadosas señoras, cantando letanías. Van primero a una iglesia en donde Lucía les explica la doctrina, luego a la catedral para asistir al oficio de Vísperas y rezar el rosario y finalmente a la escuela para oír la lectura espiritual y los puntos de meditación, consagrando de ese modo todo el día al Señor.

En la escuela hallan también amparo y asistencia material los huérfanos y los indigentes; defensa y asilo, las jóvenes que anhelan enmendar sus desórdenes; hogar y albergue, las antiguas alumnas, a las cuales ama la Santa con amor de madre.

Mas con ser Lucía tan santa y su obra tan caritativa y admirable, padeció toda suerte de trabajos y pruebas por espacio de treinta años. Poco antes de morir, el cardenal hizo donación del monasterio de Santa Clara a las Maestras Pías, para que en él tuviesen un noviciado y casa de ejercicios espirituales para señoras. Las religiosas de dicho monasterio ingresaron gustosas, casi toda ellas, en el nuevo Instituto, y Santa Lucía fué nom-

brada Superiora del Monasterio. Mas, ¡ay!, dentro y fuera de él se vió muy presto calumniada y puesta en tela de juicio la suave y maternal autoridad de la Santa, por lo cual y para evitar mayores escándalos, pidió y logró que la exonerasen del cargo de Superiora.

Para no arriesgar la obra de las escuelas y no malograr sus excelentes frutos, juzgó prudente no juntar el Instituto de las Madres Pías con una Congregación de vida medio contemplativa fundada por el mismo cardenal Barbarigo, el cual siguió prestando su confianza y apoyo a la Santa. También monseñor Bonaventura, sucesor del cardenal, ayudó a la fundadora en su empresa, dióle licencia para establecer escuelas fuera de la diócesis y dotó al Instituto de personalidad jurídica.

La Santa pudo así fundar escuelas en más de doce poblaciones de distintas diócesis de Italia. En el año 1707, fué a Roma, llamada por el papa Clemente XI, y allí puso escuela regentada por ella misma con éxito extraordinario. Tras algunas pruebas y vicisitudes largas de referir, esa escuela vino a ser como la casa matriz de las otras ocho que las Maestras Pías Filippini abrieron en Roma en vida de la Santa.

A causa de las relaciones que tuvo con los religiosos llamados «Los Obreros Píos», fundados en Nápoles en 1600 por el venerable Carlos Caraffa, y debido también a la personal influencia de la Santa en la obra de los ejercicios espirituales, fué delatada en varias ocasiones al tribunal del Santo Oficio, acusándola de ser partidaria de la doctrina de Molinos; pero ni en su fe ni en su conducta se halló nunca nada reprensible. El vicario general de Montefiascone privó a la Santa de la administración y aun de la propiedad de los bienes legados por el cardenal Barbarigo y de los suyos propios; con esta expoliación quedaron en la mayor miseria tanto las escuelas como las Maestras Pías, hasta que plugo al Señor socorrerlas merced a las súplicas y diligencias de Lucía. Acercándose ya el fin de su vida y sufriendo las torturas de un doloroso cáncer, tuvo noticia de que algunos de sus más declarados y poderosos enemigos intentaban otra vez acabar con la obra de las escuelas; pero ella permaneció serena y llena de confianza en la divina Providencia y aun predijo a las Hermanas que la persecución cesaría después de su muerte, como así sucedió.

MUERTE DE LA SANTA. — GLORIA PÓSTUMA

PREMIÓ el Señor los extraordinarios méritos de Santa Lucía Filippini favoreciéndola con singulares y raros dones, como el de leer en el fondo de los corazones, convertir a las más empedernidas pecadoras y devolver la salud a los enfermos. Fué protegida y salvada maravillosamente por la divina Providencia en trances peligrosísimos, como en un accidente que sobrevino al coche en que ella viajaba al cruzar el puente de Sutri.

Cinco días antes de su muerte, predijo que el santo arcángel Gabriel vendría a buscarla el día de la Anunciación y, siendo voluntad del Señor que así sucediese, habiendo pasado una larga y penosa enfermedad que la dejó paralítica de todos sus miembros, entregó apaciblemente su alma en manos del Criador, el 25 de marzo de 1732, a los sesenta años de edad, habiendo dedicado cuarenta a la formación cristiana de las jóvenes pobres y desamparadas.

Con la noticia de su muerte, acudieron innumerables fieles a venerar sus reliquias, las cuales recibieron sepultura en la catedral de Montefiascone con gran pompa y solemnidad. Lucía Filippini fué beatificada en el año de 1926 y canonizada en el de 1930 por la santidad del papa Pío XI, junto con Santa Catalina Tomás, religiosa agustina de Mallorca.

SANTORAL

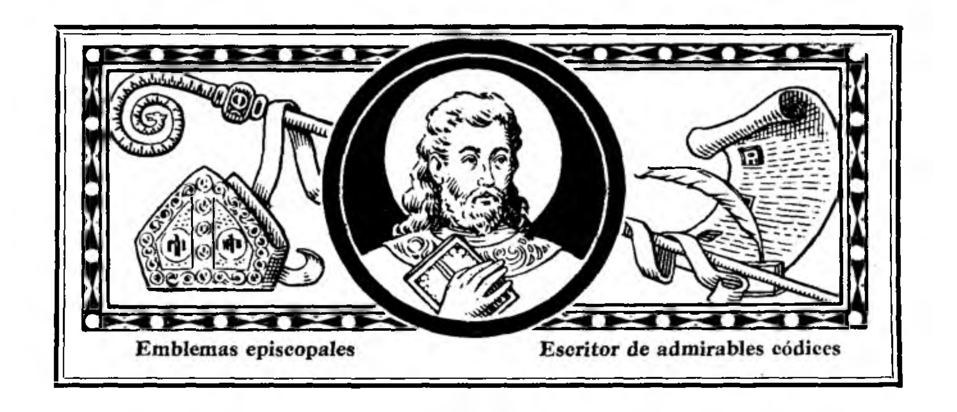
LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. (Véase en el tomo de Festividades.) Santos Ireneo, obispo de Sirmio, y *Pelayo, de Laodicea;* Desiderio, confesor; *Dimas, el buen ladrón; Quirino, mártir en Roma;* Camino, abad en Irlanda; Adelmo, de la familia real de Sajonia; Baroncio y Desiderio, ermitaños y confesores; Ermelando, abad; Humberto de Marolles; Ricardo, niño martirizado por los judíos en Francia; Melquisedec, rey de Salem; el patriarca Isaac. Santas **Lucía Filippini, fundadora de las religiosas Filippinas;** *Eutiquia, Casia, Irene y Felipa, mártires en Tesalónica;* Petronila de Bretaña; y Dula, esclava de un soldado, virgen y mártir en Nicomedia. En Zaragoza, la Virgen del Portillo, aparecida en esta ciudad el año 1119.

SAN PELAYO, obispo de Laodicea. — Fué amigo de San Basilio el Grande. Dotado de esclarecida inteligencia, ocupó la sede episcopal de Laodicea, en cuyo cargo dió pruebas inequívocas de su virtud y del celo pastoral que le animaba. En 363 asistió al Concilio de Antioquía, y posteriormente tuvo que saborear el pan del destierro por orden del emperador Valente, cuya muerte permitió a Pelayo el regreso a su amada diócesis. Poco antes de partir de este mundo asistió al celebérrimo Concilio de Constantinopla, celebrado en el año 381.

SAN DIMAS, el buen ladrón. — Confesó a Nuestro Señor delante de los hombres, y Jesucristo le confesó delante de su Padre. Según la tradición, ejercía la odiosa profesión de ladrón. En ella encontró a la Sagrada Familia cuando ésta huía del cruel Herodes; a su vista tuvo sentimientos de respeto y amor, y se ofreció a acompañarla hasta Egipto para protegerla contra cualquier malhechor que pudiera asaltarla. Más tarde, cuando Jesucristo padeció en la Cruz entre dos ladrones, Gestas y Dimas, éste reconoció sus pecados y la inocencia de Jesús con estas palabras: «Nosotros, en verdad, sufrimos justamente el castigo que merecen nuestros crímenes; pero Éste ningún mal ha hecho.» La gracia trocó aquel corazón y la fe le hizo exclamar: «Señor, acuérdate de mí cuando te halles en tu reino.» El Divino Redentor abrió entonces sus labios y exclamó: «En verdad, en verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.» ¡Poder admirable de la gracia y misericordia divinas!

SAN QUIRINO, mártir. — Era Quirino un joven de la aristocracia romana, propietario y distinguido personaje. Fué denunciado como cristiano durante el imperio de Claudio II. Se hallaba en la cárcel llamada Castro-trans-Tíberim, cuando recibió la visita de una piadosa familia persa, cuyos componentes, Mario, Marta, su mujer, y Abacuc y Audifax, sus hijos, habían llegado a Roma para venerar el sepulcro de los Santos Apóstoles, sin temor a las crueldades de que eran víctimas los seguidores de Cristo. Se trasladaron a la cárcel indicada para socorrer a los pobres cristianos que corrían peligro de perder la vida, y hallaron en ella al pobre Quirino, que estaba en estado casi agónico a causa de los tormentos que le hicieron sufrir. Al verle en tan lastimoso trance no quisieron abandonarle, sino que permanecieron ocho días a su lado, haciéndole compañía todo el rato que les era permitido. Durante este tiempo el bárbaro Claudio decretó que fuesen degollados todos los cristianos que se encontraban en las cárceles, sin exceptuar a nadie. Al conocer esta triste nueva, Mario y sus familiares corrieron presurosos a la cárcel de Castro-trans-Tíberim, pero en lugar de Quirino hallaron a un sacerdote, el cual les dijo que aquél había sido degollado el día anterior y que su santo cuerpo había sido arrojado al Tíber. Fueron en busca de él y lo hallaron detenido en la isla de Licania. Recogidos con el mayor respeto y veneración sus restos, recibieron honrosa sepultura en el cementerio de Ponciano. Este hecho tuvo lugar el día 25 de marzo del año 269.

SANTAS EUTIQUIA, CASIA, IRENE Y FELIPA, mártires. — Estas cuatro santas de Tesalónica vivían como humildes violetas de fragantes aromas de virtud, en aquellos días negros de las persecuciones contra los cristianos. Eutiquia, desolada aún por la reciente pérdida de su esposo, fué encarcelada en inmunda prisión. Luego, en presencia del tirano, no la amedrentaron los tormentos ni la fascinaron los halagos. Irene, Casia y Felipa fueron sometidas a los más crueles suplicios. Las cuatro piadosas mujeres mantuvieron enhiesta la bandera de la fe y ciñeron sus sienes con la corona del martirio.



DÍA 26 DE MARZO

SAN BRAULIO

OBISPO DE ZARAGOZA († en 651)

LA Iglesia de España, floreciente siempre en hombres distinguidos en letras y en virtud, cuenta entre ellos al glorioso San Braulio, obispo cesaraugustano, honra de las letras hispanas, adalid del cristianismo, campeón de la fe, ejemplar de virtud y gloria de la Patria. Figura entre las estrellas de primera magnitud de esta constelación de sabios y de santos, integrada por los Isidoros y los Leandros, los Fulgencios y los Ildefonsos, los Eulogios y los Álvaros de Córdoba, verdaderas lumbreras inextinguibles del cielo eclesiástico de nuestra Patria, iluminado un día por los destellos divinos que se quebraron en las ondinas plateadas del rumoroso Ebro, en presencia de la Santísima Virgen del Pilar, fundamento firme de nuestra fe y símbolo radiante de nuestra devoción española.

EDUCACIÓN Y FORMACIÓN

DESCONOCEMOS la cuna de Braulio, pero sí sabemos que fué discípulo de San Isidoro, la gran lumbrera de aquellos tiempos, de quien aprendió, en compañía de San Ildefonso. Dotado Braulio de un gran corazón, muy apropiado a toda clase de virtudes, y poseedor de un talento extraordinario, desde niño cultivó con esmero uno y otro, haciendo

tan rápidos progresos en el camino de la santidad y en el campo de las ciencias, que muy pronto llamó la atención y se atrajo la admiración y el aplauso de los sabios y de los santos.

Aprovechándose de las lecciones de piedad y de los buenos ejemplos que veía en preceptores y compañeros, se afanaba en emularlos, y así iba creciendo día a día el caudal de su virtud y de su saber. El estudio de las Sagradas Letras, de los Cánones eclesiásticos, de la disciplina de la Iglesia y de los Santos Padres, eran las fuentes cristalinas donde bebía a raudales aquella doctrina pura y sublime que se nota en todas sus obras y cartas, en sus consejos a los monarcas y en sus intervenciones en los Concilios. Su docilidad y sumisión le favorecieron grandemente para la recta interpretación y entero conocimiento de las Sagradas Escrituras. Puso grandísimo empeño en señalar el sentido literal y explicar el místico de las mismas, cuyos arcanos penetró mediante la diligente meditación de los misterios y verdades del Cristianismo. Se afanó por hallar la tradición en los Concilios y en los Santos Padres, adquiriendo en ellos una extraordinaria riqueza de documentos. Su conciencia no fué repulsiva por lo seria ni por lo desaliñada, sino que atraía y cautivaba por sus personales atractivos. El estudio que hizo de los autores profanos, así como el conocimiento de las lenguas y el entusiasmo por los poetas, le proporcionó caudal abundante de sabiduría, que empleó en servicio de la Iglesia. Los himnos que compuso en alabanza de aquellos héroes que con su constancia vencieron al mundo adquiriendo una corona inmortal, y aquella carta dirigida al Papa, y que tanto admiró a la misma Roma, son testimonios evidentes de sus sublimes conocimientos en las letras sagradas y humanas. Tenía, como los hombres extraordinarios: sublimidad, pero modesta; conocimientos vastos, pero regulados; naturaleza fecunda, pero culta; dulzura para atraerse a los díscolos; acrimonia para refutar a quien le provocara; y fuego para abatir a sus opositores.

Los mismos sabios, incluso su maestro San Isidoro, le amaban con tanto cariño, que para mitigar su ardor le escribían cartas amorosísimas; es notable, en particular, la que le escribió el autor de las Etimologías, cuando Braulio era todavía arcediano: «Hijo mío carísimo —le decía—, cuando recibas esta carta de tu amigo, abrázala como si fuera él mismo en persona. A los ausentes no les queda otro consuelo que abrazar las cartas de su amado. Te envío un anillo y una capa: lo primero, en señal de unión de nuestros corazones; la segunda, para que cubra y resguarde nuestra amistad, que es lo que significó la antigüedad en el vocablo de que nos valemos los latinos. Ruega a Dios por mí, y el Señor quiera moverte el corazón de manera que pueda yo volverte a ver, y así goce de tanta alegría como grande es el pesar que tengo desde que estás ausente». Esta carta es altamente significativa del grado de amabilidad que poseía Braulio por su saber y su integridad de vida.

BRAULIO, OBISPO

FLOR tan exquisita no podía permanecer oculta e ignorada, ni convenía que luz tan brillante estuviera debajo del celemín, sino más bien, que alumbrara a todo el mundo y lo perfumara con el aroma de sus virtudes y la fragancia de su santidad.

Juan, hermano de Braulio, era obispo de Zaragoza, y lo trajo junto a sí, nombrándole arcediano suyo, el cargo de más responsabilidad de la diócesis. Aceptado dicho cargo, y con el fin de poder proporcionar a los fieles cristianos escritos llenos de solidez de doctrina y unción de piedad, pidió a su maestro San Isidoro que escribiera los libros de las «Etimologías», obra de un mérito tal que, según afirma el mismo San Braulio, «ella sola basta para formar el estudio de un hombre e instruírle en las ciencias divinas y humanas». El maestro no pudo sustraerse a las reiteradas instancias de su amado discípulo, gracias al cual, el mundo puede saborear las dulzuras geniales de este libro gigantesco, pórtico de una civilización que empieza y tumba de otra que agoniza.

No se contentó Isidoro con esto, sino que le dedicó, además, la obra de los «Sinónimos», como antídoto admirable contra los trabajos y tribulaciones propias de la vida; en ella el santo arzobispo hispalense da los consejos que pueden sólidamente tranquilizar a un corazón agitado, y le señala los medios más adecuados y seguros para adquirir la verdadera paz interior. No desaprovechó Braulio estos consejos, antes al contrario, sacó de ellos los más sabrosos frutos.

En este ínterin, el Señor llamó a Sí a su hermano Juan. Celebróse, pues, un Concilio en Toledo, para elegir sucesor en la silla episcopal cesaraugustana. Se dice que, cuando estaban ya reunidos los obispos y a punto de elegir la persona que debía ocupar dicha silla, bajó del cielo un globo de fuego que se posó sobre la cabeza de Braulio, al mismo tiempo que se oía una voz: «Éste es mi siervo escogido, sobre el cual puse mi espíritu».

Braulio, una vez consagrado, tomó posesión de su cargo y empezó a dar muestras de su gran sabiduría y virtudes eminentes, con lo que se atrajo la admiración de todos. Se esmeraba en poseer las cualidades que San Pablo prescribía a sus discípulos Tito y Timoteo, en calidad de obispos; es decir, se esforzaba en ser casto, sobrio, humilde, prudente y caritativo: era todo para todos.

La Providencia dispuso que muy pronto diera Braulio pruebas de las dotes que le caracterizaban; pues, apenas fué consagrado obispo, cuando su diócesis se vió afligida de la mayor desolación: hambre, guerra y cruelísima peste. Como pastor solícito, acudía a todas partes, proporcionando a sus queridas ovejas el remedio corporal y el consuelo espiritual, interesán-

dose vivamente en que ninguna de sus ovejas se perdiese y descarriase. Con palabra amorosa y solicitud paternal alentaba a los flacos y consolaba a los afligidos; con sus limosnas ayudaba a los menesterosos; con su caridad alimentaba a los hambrientos; y como padre amoroso visitaba a los enfermos y asistía a los moribundos, en cuyos corazones dejaba caer la dulzura de sus palabras y la fortaleza de sus consejos.

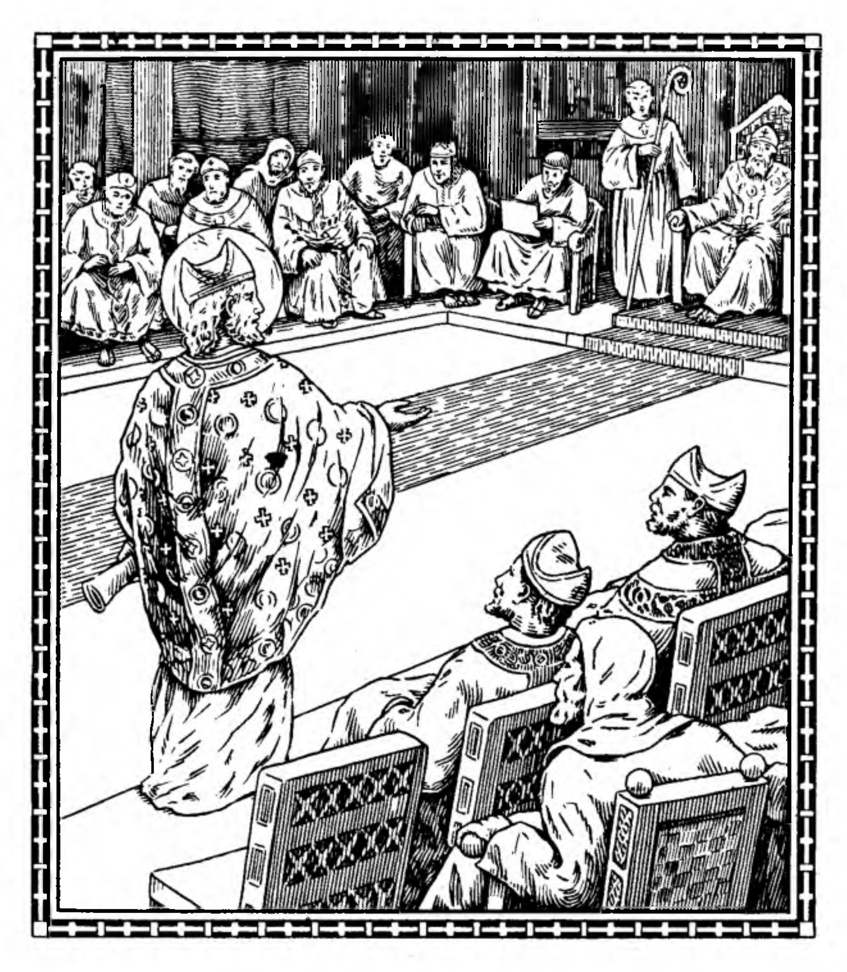
SUS VIRTUDES

EN medio de tantas borrascas y trabajo, no descuidaba Braulio el negocio íntimo de su perfección y santificación. Conocía muy bien el precio de la humildad, y por esto se tenía por el más despreciable de los seres y firmaba sus escritos con estas palabras: «Siervo inútil de los santos de Dios». Estaba tan vivamente convencido de ello, que si alguna vez cometía algún error lo confesaba llana y sencillamente e imploraba perdón de ello, como se puede ver en una de las cartas que escribió al obispo Viligildo, en la que, sirviéndose de las más humildes expresiones, le pide perdón por haber ordenado de diácono a un monje súbdito suyo.

También se distinguió Braulio por el perdón de las injurias, la mansedumbre y la resignación en las persecuciones y trabajos. Fueron éstos tan excesivos, que escribiendo a San Isidoro, al rey Quindasvinto y a Recesvinto, les pondera las angustias y amarguras en que se halla sumida su alma, a causa de su oposición y repugnancia a los desórdenes y relajaciones que suelen ser la secuela y consecuencia de las guerras y herejías. Pero jamás cita el nombre de la persona que le ha ofendido, antes bien, son muy notorias la mansedumbre, dulzura y caridad con que trató a un súbdito suyo que le había ultrajado gravemente. No en vano era Braulio un verdadero discípulo de Aquel que nos enseñó a perdonar las injurias y amar aún a los mismos enemigos.

Sólo en el trato continuo con Dios mediante la oración, encontraba Braulio la tranquilidad de su alma y la paz del espíritu. Sus consuelos eran tratar con sus ovejas y cuidar de su bien espiritual. La lectura de las Sagradas Escrituras derramaba sobre su corazón lacerado el dulce bálsamo de los consuelos divinos y el rocío de las hondas satisfacciones morales que experimentan los hijos amantes de Dios.

Sabía el santo Obispo enjugar como nadie, porque como nadie había sufrido, las lágrimas que el dolor arrancaba a los ojos de sus ovejas. Ejemplo de esta ternura y piedad tenemos en las palabras con que empieza una carta dirigida a Vistremiro: «A pesar—dice—de que no es consolador oportuno aquel que por sus propias penas está sumido en llanto, con todo, qui-



CONOCIDAS *de todos los obispos españoles las luces y virtudes de San Braulio, le consideraron como el imprescindible apoyo y oráculo de los Concilios, a los que iluminaba con los destellos de su sabiduría. Cuando nadie encontraba solución a los asuntos más difíciles, él la ofrecía satisfactoria y la demostraba cumplidamente.*

siera yo solo padecer tu dolor y el mío, a trueque de poder oír la gustosa nueva de que vives consolado».

Le servía también de gran consuelo y alivio la compañía que le hacía el arcediano Eugenio, varón santo y piadoso que, fastidiado de los engaños de la corte y las perfidias de los cortesanos, se había retirado a Zaragoza.

Una prueba de lo mucho que Braulio apreciaba la compañía de Eugenio, la tenemos en la carta que escribió al rey Quindasvinto, cuando éste eligió al arcediano de Toledo. A fin de moverle a que no le separara de su lado a Eugenio, le ponderó Braulio su propia incapacidad para el ministerio de la palabra, su falta de salud, las muchas necesidades de su diócesis, lo imprescindible que era allí su arcediano para evitar que los lobos carniceros cometieran estragos en su amada grey.

Pero el rey le contestó ponderando su erudición y sabiduría, concluyendo que Zaragoza estaba bien provista de Pastor, mientras que en Toledo necesitaba de Eugenio. Decíale que reconociese esta elección como cosa del Espíritu Santo, pues no ignoraba las bellas cualidades de Eugenio, dignas por cierto de gobernar el arzobispado. No pudo Braulio resistir a unas razones tan poderosas y a una disposición emanada del trono, y envió a Eugenio, con todo el dolor de su alma, que quedó anegada en la más profunda amargura, aunque dulcificada con la resignación a las disposiciones del cielo.

BRAULIO, EN LOS CONCILIOS TOLEDANOS

AUNQUE ya era conocida de todos la sabiduría del obispo de Zaragoza, quiso la divina Providencia deparar una ocasión favorable para hacer brillar sus talentos.

Se convocó el IV Concilio nacional de Toledo, al que asistieron multitud de prelados de toda España, entre los cuales figuraba Braulio. Tratáronse en dicho Concilio cosas muy importantes, y se establecieron setenta y cinco cánones, en el cuarto de los cuales se determinó el método que debía seguirse en la celebración de los Concilios y, en el último, se expuso la obediencia que se debía al Rey. En éstos y otros puntos intervino Braulio, y se reveló como un oráculo; además se cree que participó grandemente en la disposición de las actas y en la formación de los cánones.

San Isidoro, su antiguo maestro, que asistió también a este Concilio, le encargó que corrigiese y perfeccionase la obra de las «Etimologías», que poco antes le había dirigido. El talento de Braulio era capaz de ello, como, en efecto, lo hizo, dividiendo el códice en veinte libros y purgándole de muchos defectos con que lo habían corrompido los copistas.

Conocidas de todos los obispos españoles las luces y virtudes de San Brau-

lio, le consideraron desde entonces como el único apoyo y oráculo de los Concilios, a los cuales iluminaba con los destellos de su sabiduría. En los casos arduos ofrecía solución satisfactoria. En 636 se convocó el V Concilio nacional de Toledo, y dos años más tarde, el VI. En el tercer canon de ellos, se hace mención de la alabanza que los Padres dieron al Rey por no permitir que morara en su reino nadie que no fuera católico, junto con otras cosas muy interesantes. Todas ellas se atribuyen al obispo Braulio, pues, reconociendo los Padres la superioridad de sus talentos, ponían en sus manos las determinaciones, seguros del acierto.

A su bien cortada pluma se deben también los sabios cánones y decretos con que se afirma el dogma y se corrobora la disciplina. Por ello mereció el elogio de San Ildefonso, que le llama «esclarecido e ilustre en la formación de cánones».

Durante el VI Concilio se recibió una carta del Papa dirigida a los obispos de España, en la que les reprendía por su demasiada indulgencia con los pecadores, o mejor, como poco vigilantes en su ministerio. El Concilio comisionó a Braulio para su vindicación; y por cierto lo hizo con tan elocuente prudencia, que logró hacer prevalecer la verdad, dejando así en buen lugar al episcopado español. Consiguió desengañar al papa Honorio I de las falsedades que le habían sugerido, y le hizo ver el celo con que tanto el rey Quintila como los obispos cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo.

CONSULTOR Y PATRIOTA

LA sabiduría de Braulio brillaba no sólo en los Concilios, sino también fuera de ellos. Obispos, reyes, eclesiásticos, seglares y toda clase de personas acudían a él como a un manantial de doctrina y prudencia, a fin de hallar solución a las dudas que se les presentaban, y consejos acertados en sus respectivos negocios. El mismo Eugenio, arzobispo de Toledo, acudió a él para la resolución de ciertos casos difíciles de resolver; como el de aquel fingido presbítero que, sin haber recibido el sagrado Orden, ejercía las funciones sacerdotales; el de varios diáconos que administraban el sacramento de la Confirmación; y el de algunos presbíteros que se atrevían a consagrar óleo y bálsamo para la Confirmación. La respuesta de Braulio iba con tal copia de doctrina, que Eugenio pudo remediar satisfactoriamente sus males.

No sólo el bien de la Religión estimulaba el celo de Braulio; también la Patria cautivaba su amor y atraía su afecto. Al servicio de entrambas puso todos sus talentos y fuerzas. España acababa de experimentar varias turbaciones políticas con motivo de las elecciones de los monarcas. No faltaron,

a la sazón, personas ambiciosas que, ante la perspectiva de la cercana muerte de Quindasvinto, provocaron desórdenes y fomentaron facciones. Otros, en cambio, instaban al monarca que declarase a su hijo heredero del trono y, aún, que lo anunciase a su reino para impedir disturbios posteriores. Las miras de ambas partes tenían hondamente agitado el ánimo de los españoles. Pero Braulio se interpuso para lograr el apaciguamiento. En una carta que dirigió a Quindasvinto, le representó el amor y fidelidad de sus vasallos, y las calamidades y perturbaciones consiguientes, si no oponía un fuerte obstáculo a las pretensiones ambiciosas. El rey se conmovió a la vista de tales razones; nombró a Recesvinto sucesor de la corona, y ordenó que gobernara juntamente con el rey mientras éste viviera.

A la muerte de Quindasvinto subió Recesvinto al trono, y lo primero que hizo fué encargar a Braulio la corrección del código, incompleto y mendoso. El santo obispo puso manos a la obra, y aunque la tarea que se le confiaba era larga y penosa, la concluyó felizmente, y se la devolvió al Rey, con frases de sincera humildad. «Si algún yerro se encuentra —le decía—, debe atribuirse a la cortedad de mis luces; y si algún acierto, a la gracia particular de aquel Señor que se ha dignado desatar mi lengua cuando convenía».

SU MUERTE

DEBILITADO ya por el peso de los años y trabajos; oprimido por las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud; rendido al peso de su largas y agotadoras enfermedades, este varón extraordinario entregó su espíritu al Señor el año 651, después de haber recibido los Santos Sacramentos. Con su muerte España perdió un hijo amante; las letras, un eminente sabio; los fieles, un padre amoroso; la Iglesia, un ministro fiel, un obispo celoso, un sacerdote santo.

Los restos, depositados primero en la capilla de Santiago, de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, fueron descubiertos en 1290 y trasladados al altar mayor de dicha Basílica. En el Martirologio romano se hace mención del Santo en 26 de marzo, y en este día celebra Zaragoza su fiesta. El 21 de julio se conmemora la invención de sus reliquias.

Entre las obras escritas por San Braulio mencionaremos: *Vida de San Millán de la Cogulla;* un *Indice* de las obras de su maestro San Isidoro, arzobispo de Sevilla; *Vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta;* una serie de cuarenta y cuatro *Cartas* llenas de unción y sabiduría, que son un depósito de instrucción para todos los fieles y muy estimables para el

conocimiento de la historia de la España visigoda. Estas cartas fueron descubiertas en el siglo XVIII en León, y publicadas por primera vez en la «España Sagrada» del Padre Flórez.

CONSIDERANDOS

LA figura de Braulio, una de las más destacadas de la España visigoda, ofrece al mundo el ejemplo admirable de la sumisión y rendimiento de su inteligencia a las luces divinas de la revelación y a la fuerza acariciadora de la fe.

Los pseudofilósofos y orgullosos sabios racionalistas, ofuscados por la luz cenicienta de su propia razón han negado, en todos los tiempos, el poder de Dios y la eficacia de la fe. Andaban a oscuras y erraron el camino, sin fuerza suficiente para influir con su falsa doctrina en el progreso y en el bienestar de la sociedad.

Braulio, en cambio, desconfiando de las débiles luces de su propia razón, iluminada por la fe, desdeñaba los sofismas y falsedades de los escritores clásicos, cuyas enseñanzas se reducían a vanas palabras, huecas de contenido a pesar de su vistosa aparatosidad. No contenían la verdad, alimento de la inteligencia; por eso las despreciaba el santo obispo de Zaragoza, ávido de luz y de verdad.

En defensa de ésta esgrimió Braulio las armas de su elocuencia, con las que se abrió paso a través de las tinieblas del error en que se hallaba envuelta la sociedad de aquel tiempo, emponzoñada por la herejía arriana, importada de allende las fronteras de España.

En alas de su celo por la causa de Dios, Braulio no cesó de predicar la doctrina de la fe de Cristo, ora exhortando, ora instruyendo, ora amonestando; convencía al uno, buscaba al otro; sostenía a éste, levantaba a aquél; asistía a los enfermos y alentaba a los débiles; a todos repartía el sabroso pan de la verdad y el dulce consuelo de la fe.

Por esto, no es extraño que Braulio hiciera de su grey un pueblo católico y de buenas costumbres. Uno de sus ilustres panegiristas dice: «Los más altos cedros del error caen por tierra al eco atronador de su voz poderosa; las voces más firmes de la antigua secta se despedazan al impulso irresistible de su sabiduría; los más soberbios gigantes del arrianismo se miran ignominiosamente vencidos con el propio acero con que ellos pretendían burlarse de este intrépido defensor del nuevo Israel; y sus vanos sofismas, y sus capciosos argumentos, y sus ingeniosas sutilezas desaparecen ante la profunda erudición de Braulio, al modo que las hojas secas de los árboles son arrojadas por el soplo del viento en tiempo de otoño».

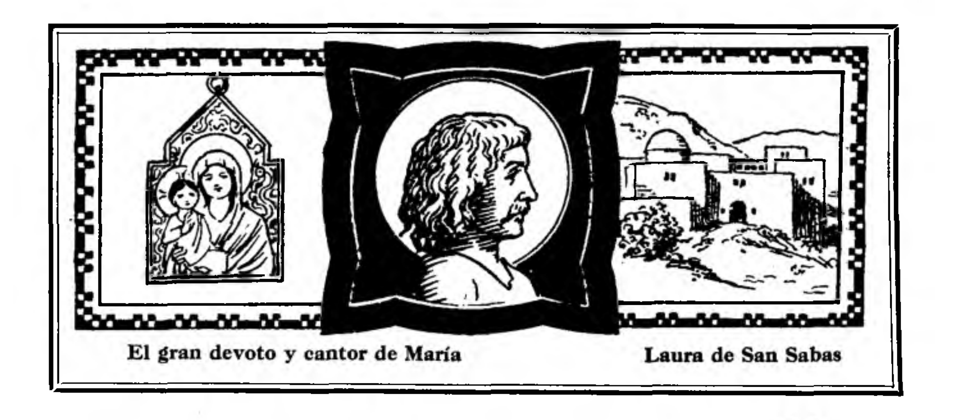
SANTORAL

Santos **Braulio, arzobispo de Zaragoza;** *Ludgerio, obispo de Múnster; Cástulo, mártir;* Eutiquio, subdiácono de Alejandría, y compañeros, mártires; Félix, obispo de Tréveris; Arpilas y Filgas, mártires en tierra de godos; Sicario, obispo de Lyón; Pons y Bercario, abades; Miguel, niño de tres años, desollado por los judíos en 1540; Cuadrato, Teodosio, Manuel y otros cuarenta, mártires en Panonia (Hungría); Pedro, Marciano, Jovino, Tecla, Casiano, y otros, mártires en Roma. Santas *Eugenia, virgen y mártir en Córdoba,* y Estéfana, venerada entre los griegos.

SAN LUDGERIO, obispo de Múnster. — Nació en Frisia, hacia el año 743, de padres nobles y cristianos, que le educaron en el santo temor de Dios. Confiada la educación de Ludgerio a los solícitos cuidados de San Gregorio, formóse su alma en una verdadera escuela de virtudes, ya que el santo obispo le hizo ingresar en un monasterio, en el que dió señales el joven de querer ascender constantemente en el camino de la perfección. Estuvo luego en York, donde recibió las sabias lecciones de Alcuino, monje benedictino, insigne maestro y consejero del emperador Carlomagno. Ordenado de sacerdote en Colonia, por los años de 777, fué enviado a evangelizar el territorio de Ostracha, donde San Bonifacio había padecido el martirio. Su fama de santidad se extendió pronto por todas partes. Eran los tiempos en que invadieron el país los sajones, capitaneados por Witikindo, quien abrazó más tarde la fe del cristianismo. Las eminentes virtudes de Ludgerio le elevaron a la sede episcopal de Múnster, en cuyo cargo mostróse siempre infatigable apóstol del Señor. Dios le favoreció con el don de milagros, de entre los cuales destacan la curación de innumerables enfermos y la devolución de la vista a varios ciegos. El 26 de marzo de 809 entregó su espíritu al Señor.

SAN CÁSTULO, mártir. — Intendente del palacio imperial, era ardiente cristiano y ocultaba en su casa a muchos cristianos perseguidos por el tirano Diocleciano. Denunciado por los sacerdotes paganos fué bárbaramente martirizado y acabó sus días enterrado vivo bajo gran cantidad de arena. Todo ello ocurrió el 26 de marzo del año 286.

SANTA EUGENIA, virgen y mártir en Córdoba. — Con motivo de unas excavaciones ejecutadas junto al convento de San Pablo, en Córdoba, en 1544, se vino en conocimiento del martirio de esta Santa, de origen mozárabe, por constar así en una losa de mármol blanco allí encontrado. Fué Eugenia una de las víctimas del perseguidor Abderramán III y logró la palma del martirio en el año 923, después de llevar una vida muy piadosa, entregada enteramente a su Esposo Jesucristo.



El gran devoto y cantor de María

Laura de San Sabas

DÍA 27 DE MARZO

SAN JUAN DAMASCENO

DOCTOR DE LA IGLESIA (675? - 749?)

En el siglo VIII, León Isáurico, emperador de Oriente muy impío y cruel, promulgó un edicto mandando quitar todas las imágenes de los templos y demás lugares donde las veneraban los fieles, y castigó con severísimas penas a algunos santos y doctos varones que le resistieron. Encendió con eso en el mundo una hoguera tan espantosa y horrible, que duró muchos años y provocó los chispazos de las persecuciones albigense, valdense y husita.

El nombre del impío y perverso emperador evoca en la mente y corazón de los cristianos el nombre del santísimo, doctísimo y valerosísimo Juan Damasceno, el cual, en unión con San Germán de Constantinopla y Jorge de Chipre defendió el rebaño del buen Pastor y salió al encuentro de aque león, con el cual peleó hasta ahogarle.

Muchos herejes y enemigos de las sagradas Imágenes aparecieron dentro y fuera del campo de la Iglesia, pero nada pudieron contra su culto, tan recomendado por ella y tan arraigado en el pueblo cristiano. Ni la furia mahometana confabulada con la perfidia de los judíos, en el siglo VII; ni los emperadores iconoclastas que se sucedieron en Constantinopla durante los siglos VIII y IX; ni más tarde los albigenses y protestantes; ni los impíos de hoy, han podido ni podrán arrancar del corazón de los católicos el culto a las Imágenes de Dios, de la Virgen y de los Santos.

INFANCIA Y EDUCACIÓN

FUÉ San Juan Damasceno, como el mismo nombre lo dice, de la noble, amena y deliciosa ciudad de Damasco. Nació de muy ricos, generosos y cristianos padres, los cuales le criaron en el temor de Dios y en toda honestidad y virtud. Siendo todavía niño, sucedió que los sarracenos cercaron a Damasco, la saquearon y llevaron cautivos a muchos cristianos.

Quiso Nuestro Señor que el padre de Juan, llamado Sergio, quedase exento de aquella común calamidad y que no perdiese su libertad, casa ni hacienda; antes bien, por ser tenido de todos por hombre modesto, benigno y prudente, le nombraron *logothete* o recaudador de impuestos entre los cristianos, por cuenta del califa de Damasco, y tan bien supo desempeñar su cometido, que ganó las voluntades aun de los mismos sarracenos y rescató de sus manos a muchos cristianos cautivos, a quienes consoló y ayudó con sus limosnas.

Entre los cautivos rescatados hubo un monje, italiano de nación y de nombre Cosme o Cosmas de Maiuma, varón entero y cuerdo, muy erudito en filosofía y en muchas lenguas y ciencias. Rogóle Sergio que fuese maestro y ayo de su hijo y que le educase y enseñase por su mano, porque, según el gran ingenio y buena inclinación que mostraba, esperaba que con tal maestro saldría excelente y doctísimo varón. Y no se engañó porque, aceptando Cosme el encargo de educar y enseñar a Juan, de tal manera le cultivó y perfeccionó, que era en su mocedad ejemplo de toda virtud y muy aventajado en letras, las cuales procuraba armonizar con la humildad. Hermanaba la ciencia con la modestia, de tal manera que, cuanto más crecía por su sabiduría en la opinión de los otros, tanto más profundamente se humillaba y confundía dentro de sí.

Cuando el maestro Cosme le hubo enseñado lo que sabía, pareciéndole que ya el discípulo podía ser maestro, pidió licencia al padre de Juan para irse a vivir y servir a Dios en un monasterio. Aunque de mala gana, Sergio dió la licencia por no contrariar tan santo propósito; y Cosme se fué al monasterio de San Sabas, que estaba en medio del desierto de Judea, donde se encerró y consagró a Dios.

Así empieza la vida de este gran Santo su biógrafo Juan, obispo jerosolimitano, si bien no fundamenta en auténticos documentos lo que escribe, como tampoco el que Juan Damasceno fuese gobernador de Damasco y otras leyendas relativas al santo doctor. Más verosímil parece, a juzgar por lo que se desprende de recientes estudios históricos, que el Santo fué criado y enseñado de algunos virtuosos sacerdotes. Tal vez heredó el cargo de su padre, antes de ingresar en la laura de San Sabas, en 706, es decir, hacia la edad de treinta y un años. Fué ordenado de sacerdote antes del año 726.

LOS ICONOCLASTAS. — EL «TRATADO DE LAS IMÁGENES»

EL demonio, que siempre vela para nuestro mal, perturbó a la Iglesia Católica con una nueva y cruel guerra que levantó contra ella. El emperador de Oriente, León Isáurico, que con malas mañas y tiranía se había apoderado del imperio, era hombre impío, temerario y sacrílego; engañado por algunos judíos, determinó alzar bandera contra la Iglesia y quitar de ella la adoración y culto a las imágenes de Cristo nuestro Señor, de su benditísima Madre y de los otros Santos, que siempre han sido reverenciados en ella.

Tomó esto tan a pechos el malvado emperador, que por el otoño del año 725 publicó el edicto en que mandaba que en todo el imperio se quitasen todas las imágenes de todos los templos, oratorios, capillas y de todos los otros lugares sagrados y profanos; en muchas partes las hizo quemar.

Fué ésta muy grande y peligrosa persecución, porque no había quien se opusiese a un león tan bravo y poderoso. Muchos huían y se desterraban de su patria, y, dejando sus casas y haciendas, se entraban por los desiertos, y se escondían en las cuevas y entre las breñas, por no consentir en aquella impiedad. Otros, flacos y pusilánimes, por no perder sus haciendas, perdían sus almas y obedecían al emperador. Algunos, aunque pocos, anteponían el cielo a la tierra, y el mandato de Dios al del hombre, y ofrecían sus vidas al cuchillo por no desamparar la fe católica en que vivían.

Estando las cosas en este lastimoso estado y, andando el emperador León Isáurico como león feroz y desencadenado, dando bramidos contra Dios y despedazando las ovejas mansas de su rebaño, el sumo Pastor movió a nuestro Juan Damasceno para que, como otro David, defendiese su rebaño. Y, porque no podía vencer a este león con las armas, tomó la pluma y escribió tres cartas contra el emperador y contra sus impíos mandatos, tan graves, tan eruditas y tan llenas de celestial sabiduría, que más parecían enviadas del cielo que escritas por hombre mortal.

En ellas trata con admirable elocuencia del culto que en la Iglesia Católica se da a los Santos; y que se fundamenta en el respeto o relación que tienen con Dios... Este principio general puede aplicarse a un tiempo al culto de los Santos y de sus reliquias y al de las imágenes en general. Si veneramos a los Santos es porque son los servidores, hijos y herederos del Señor, dioses por participación, amigos de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Este honor recae sobre el mismo Dios, que se considera honrado en sus fieles siervos, llenándolos de sus favores. Los Santos son los patronos del género humano. No se nos ocurra nunca contarlos entre los muertos, porque viven para siempre, y sus reliquias merecen nuestra veneración.

Además de los cuerpos de los Santos merecen también nuestra veneración, aunque en grado inferior, y por decir relación a Jesucristo y a los Santos, las otras reliquias y cosas santas, como la verdadera Cruz, los demás instrumentos e insignias de la Pasión y las cosas y lugares santificados por la presencia o contacto de Jesús, de la Virgen o de los Santos. La veneración a las sagradas imágenes tiene muchas y muy grandes ventajas: la imagen es el libro de los ignorantes; es, asimismo, muda pero muy elocuente exhortación a que sigamos los ejemplos de los Santos; es también un canal por donde nos llegan los divinos favores.

Estas cartas envió Damasceno a muchas partes y procuró que se divulgasen y extendiesen de mano en mano, para que muchos las leyesen y no creyesen que lo que el emperador había mandado era verdad, ni se dejasen llevar de sus espantos y amenazas.

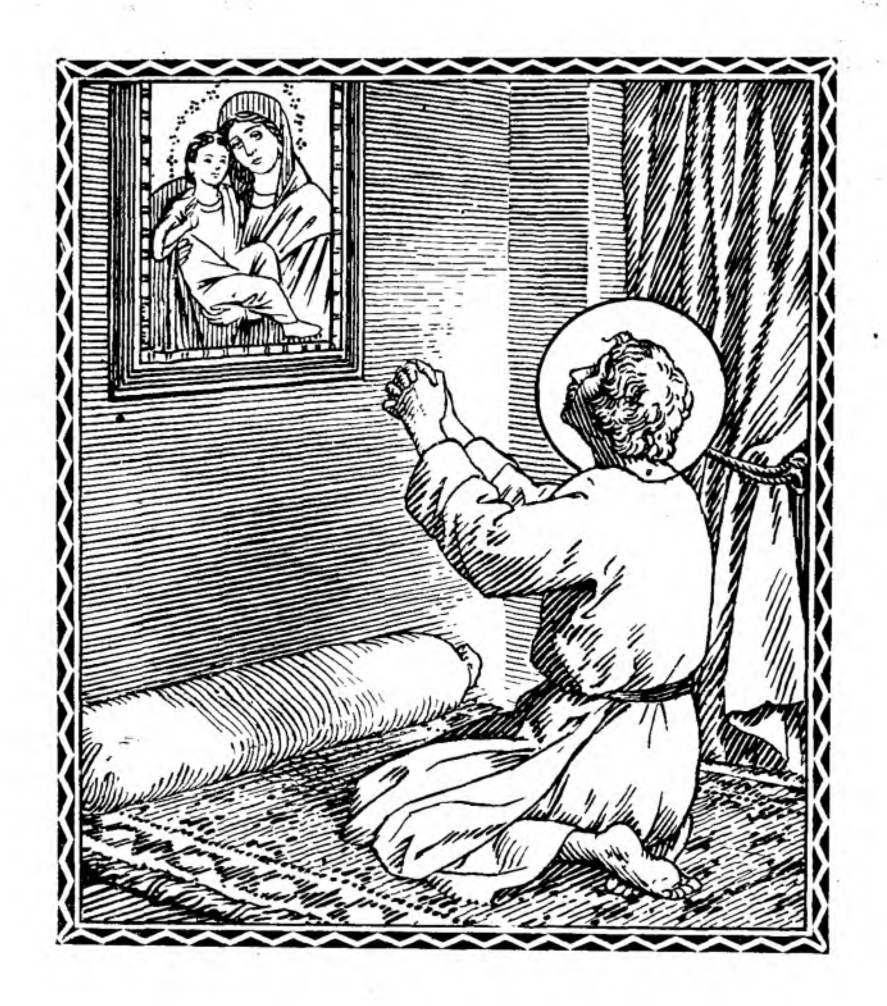
LEYENDA DE LA MANO CORTADA. — LA VIRGEN DE LAS TRES MANOS

TUVO Dios un cuidado especial de aquellos pueblos, a los que impidió cayeran en los lazos de la perdición. León comprendió que las cartas de Juan eran la causa de la resistencia de los cristianos, y determinó vengarse de él con maña y artificio.

Procuró diligentemente hacerse con alguna carta escrita de mano de Damasceno y, en teniéndola, dióla a algunos escribientes hábiles para que la contrahiciesen, lo que hicieron tan perfectamente que quedó como si fuera de propia mano del Santo. Con este engaño y falsedad hizo escribir una carta fingida, en nombre de Juan Damasceno, para el mismo emperador León, en la que, en sustancia, le decía que se compadeciese de la ciudad de Damasco, que tenía poca gente de guarnición y con la paz estaba descuidada y fácilmente la podría tener en sus manos.

Apenas tuvo el emperador esta carta en su poder, escribió otra de su puño y letra al príncipe de Damasco, en la que le daba cuenta de cómo había recibido del gobernador de su ciudad un escrito, que junto con la carta le remitía para que viese quién tenía al frente de la ciudadela, y lo poco que se podía fiar de quien tal hacía.

Recibió esta carta el príncipe de Damasco y, después de leerla, llamó a Juan, mostrósela y preguntóle si aquella letra era suya, y él respondió la verdad: que la letra y mano parecía suya, mas que no lo era; y el bárbaro príncipe, sin réplica, le mandó cortar la mano derecha y fijarla en un palo de la plaza, y así se hizo. Estando ya más aplacado el príncipe, envióle



ADMIRABLE *es la devoción de San Juan Damasceno a la Santísima Virgen, a la que tributaba los más suaves, bellos y graciosos nombres. En su honor compuso sentidas y piadosas poesías y encantadoras y delicadas cantinelas. Exponía por doquier sus estampas y celebraba con devoción y esplendor todas sus fiestas.*

el Santo a suplicar que le restituyese su mano derecha. Túvolo por bien el príncipe y mandó volver su mano a Damasceno. El Santo se entró con ella aquella noche en su oratorio y, postrado delante de una imagen de la Virgen María, juntando la mano cortada con su brazo, comenzó a suplicar a Nuestra Señora con grande afecto y muchas lágrimas que se la restituyese y consolidase. Hecha la oración quedó dormido y, apareciéndosele Nuestra Señora, le dijo: «Ya estás sano; compónme himnos, escribe mis loores y cumple lo que has prometido».

Despertó el Santo, hallóse sano y con la mano tan pegada y tan fuerte como si nunca hubiera sido cortada; y, lleno de júbilo y de gozo y alegría indecibles, comenzó a alabar a la Virgen María, y esto con tales voces y regocijo, que los vecinos sarracenos le oyeron cantar y, sabiendo la causa, luego a la mañana le acusaron a su príncipe dándole a entender que los ministros de justicia no habían ejecutado en Juan su justa sentencia. Para averiguar la verdad mandó el príncipe llamar a Juan y que mostrase su brazo y mano cortada. Mostróla el Santo y, por una delgada señal que para testificación del milagro y confusión de los infieles había Nuestro Señor querido quedase en la juntura, se vió claramente que la mano había sido cortada.

Herido del amor de Dios después de tamaño prodigio, Juan Damasceno repartió su hacienda a los pobres y se retiró al monasterio de San Sabas, donde vivía su maestro Cosme, y se empleó en servir al Señor y alabar a la Virgen Santísima.

Otra leyenda, tan arraigada como la anterior en la Iglesia oriental, es la que refiere que Juan Damasceno colgó una mano de plata como *exvoto* a la imagen de la Virgen y que dicha imagen fué luego venerada bajo la advocación de «Virgen Damascena» y «Virgen de las tres manos», y guardada como preciosa reliquia. Lo cierto es que, sea cual fuere su origen, esta imagen tiene historia, sabiéndose que en el siglo XIII el superior de la laura, o monasterio donde vivió Damasceno, la entregó a San Sabas, metropolitano de Serbia y muy devoto de Nuestra Señora, y éste hizo de ella donación al soberano de aquel país, llegando a ser la «Virgen Damascena» muy venerada y celebrada en Oriente y en particular en Serbia, donde algunas catedrales, como la de Uskub, están dedicadas a «la Virgen de las tres manos».

En honor a la verdad hemos de decir que ambas leyendas son hoy muy discutidas por autores que no han podido encontrar documentos probatorios, o creen que algunos fidedignos dan motivo para negar su autenticidad.

Como meras leyendas las damos; creemos que merecen la estampa por bellas y por representativas.

SU VIDA EN EL MONASTERIO

ASÍ refiere Juan, patriarca de Jerusalén, la admirable vida de Damasceno en la laura de San Sabas: Para instruirle en las cosas propias de su Instituto, trataron los monjes de darle maestro que se las enseñase, pero no se hallaba quien pudiese serlo de tan calificado discípulo.

Al fin, un santo anciano, sencillo y sin letras, se encargó de él y Juan le tomó como maestro y como a tal le oía y obedecía. Lo primero que hizo el ancianito fué darle los preceptos que siguen: «Que ninguna cosa hiciese por su propia voluntad; que ofreciese a Dios sus trabajos y oraciones; que procurase lavar las culpas de la vida pasada con lágrimas, que agradan a Dios más que el incienso o cualquiera otro suave olor; que no anduviese vagueando en diversas imaginaciones; que no se envaneciese pensando que sabía mucho; que examinase bien sus pensamientos; que no escribiese cartas sin licencia, ni hablase de otra ciencia o disciplina más que de la que profesaba; que en los casos dificultosos tomase consejo de otro; que tuviese sus deseos en Dios y le pidiese continuamente que santificase su cuerpo y su alma». Juan recibió estos preceptos con gran humildad y firme propósito de guardarlos fielmente, y así lo hizo.

Un día, en que su maestro quiso probarle, mandóle que fuese a Damasco a vender algunas cestillas de palma que hacían los monjes, y señalóle el precio en que las había de dar, que era doblado de lo que comúnmente se vendían. Hízolo San Juan con gran prontitud y alegría; cargóse de sus cestillas, fuése a la ciudad, entró en la plaza y púsose a venderlas. Cuantos oían el precio hacían burla de él y decíanle mil injurias y baldones, tratándolo de majadero e insensato. Un antiguo criado suyo, que le reconoció, compróle todas las espuertas que traía.

Volvió Juan a su monasterio muy contento por haber obedecido y mortificado el apetito de la vanagloria y estimación del mundo. El anciano, de varias maneras le probaba para hacerle más perfecto y santo, y no le dejaba pasar cosa, por menuda que fuese, sin grave reprensión.

DOCTOR, POETA Y MÚSICO

JUAN Damasceno fué a un tiempo filósofo, teólogo, orador ascético, historiador, exegeta y aun poeta y músico. De sus escritos dogmáticos es el principal la *Fuente del conocimiento,* obra dividida en tres partes. La primera, llamada *Dialéctica,* trae lo mejor de la filosofía griega; la segunda es histórica, y trata de las herejías nacidas en la Iglesia en el correr de los siglos hasta la de los iconoclastas, y contiene clara exposición

y refutación del mahometismo. La tercera es el voluminoso tratado llamado *Exposición de la fe ortodoxa,* en el que habla de Dios, de sus obras y atributos, de la Providencia, Encarnación y Sacramentos, compendiando lo que dicen la Escritura y la Tradición acerca de cada uno de estas materias.

Es muy verosímil que este último tratado lo escribiera en el monasterio de San Sabas. De él se guarda una traducción árabe; es un documento importantísimo para la historia de la Teología porque, a pesar de haber en él muchas omisiones, no deja de ser eco fiel de las enseñanzas de los Padres griegos que precedieron al autor, y aun hase dicho de él que es la primera *Suma Teológica* propiamente merecedora de llamarse tal. Hace el Santo hincapié más que en otra cosa en el misterio de la Encarnación; su teología marial es irreprochable en todos sus escritos; fiel intérprete de las enseñanzas de los demás teólogos bizantinos, expone de modo admirable muy ortodoxa doctrina respecto a la Inmaculada Concepción y a la perpetua virginidad de María Santísima, a su oficio de corredentora del género humano por su libre cooperación al plan divino, a su Asunción, señorío sobre las criaturas, mediación universal y maternidad de gracia.

Aunque los teólogos bizantinos no lo declaren en sus obras, claramente se echa de ver en ellas que todos bebieron su doctrina en la *Exposición de la fe ortodoxa* de Juan Damasceno, el cual escribió todas sus obras con tanta elegancia, que por su grande elocuencia le dieron los griegos el nombre de *Chrysorrhoas* —que arrastra oro—. Se dice que era muy cuidadoso de enmendar lo que escribía, para que las palabras fuesen medidas, propias y elegantes, las sentencias graves y provechosas, la disposición apta y conveniente, y no hubiese en sus escritos cosa que oliese a ostentación y vanidad.

Es tenido por autor de muchísimos cánticos selectos y populares, algunos de los cuales traen las antologías antiguas y modernas de música religiosa; tiene entre ellos algunos muy hermosos a la Virgen María. También compuso algunas piadosas trovas para pedir el eterno descanso de las almas del purgatorio.

Hay quien cree que el santo monje de San Sabas fué el ordenador del canto litúrgico griego, inventor de la notación musical de su nombre, autor del *Octeokos,* libro litúrgico que contiene trovas y cánones de la Resurrección, de la Santa Cruz y de la Virgen, escritos en ocho modos musicales, con mucha gracia y sabor antiguos. Un famoso historiador de la música griega dice que «el *Canon musical* es buena prueba de que Juan Damasceno sabía el arte con perfección y era maestro de música consumado». No es de extrañar que así fuera, habiendo tenido tan insigne profesor como San Cosme o Cosmas de Maiuma, cuyo talento como compositor es indudable.

SU MUERTE Y SUS RELIQUIAS

EN el monasterio, San Juan Damasceno gastó el tiempo en la contemplación de Dios, en el estudio de la Sagrada Escritura y en escribir libros para enseñanza de los católicos y refutación de los herejes. Después de haber vivido muchos años con tan grande ejemplo de santidad y servido al Señor excelentemente con sus trabajos, acabó su peregrinación y se fué a gozar eternamente de aquel Sumo bien que él tanto había amado y a quien tanto había deseado agradar.

Sucedió su muerte, a lo que se cree, a los cuatro días del mes de diciembre del año 748 ó 749. «La Trinidad ha barrido a los tres» —exclamaron los herejes cuatro años después, hablando de San Germán, Jorge de Chipre y San Juan Damasceno; pero el VII Concilio ecuménico de Nicea, en el año de 787, condenó la herejía iconoclasta y declaró solemnemente: «La Trinidad ha glorificado a los tres».

El cuerpo de San Juan Damasceno permaneció por espacio de casi cinco siglos en el monasterio de San Sabas y después fué trasladado a Constantinopla. En dicho monasterio se guardan dos imágenes del Santo. En una de ellas se le representa siendo ya anciano venerable, con la cabellera blanca y el rostro radiante de hermosura y majestad, inclinado sobre un pergamino, escribiendo y cantando alabanzas a María, cuales las ha conservado la liturgia de la Iglesia griega. En la otra, que corona la entrada del sepulcro del Santo, está en figura de monje acostado en el lecho de muerte; tiene las manos juntas sobre el pecho y en ellas está recostada una diminuta imagen de María con el Niño Jesús en sus brazos.

En la Iglesia griega celebran esta fiesta el día 4 de diciembre. El papa León XIII, en 1890, mandó que se celebrase en toda la Iglesia a los 27 de marzo con rito doble; y en el mismo año, a los 19 de agosto, la sagrada Congregación de Ritos le proclamó solemnemente Doctor de la Iglesia.

SANTORAL

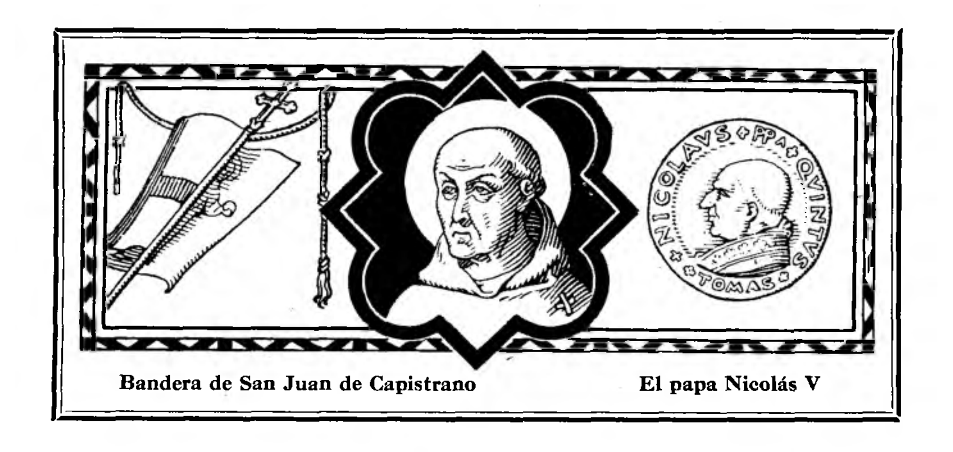
Santos **Juan Damasceno, confesor y doctor;** *Ruperto, obispo; Juan, ermitaño;* Alejandro, soldado, mártir en Panonia; *Isaac o Isacio, confesor;* Fileto, senador, Lidia, su mujer y Macedón y Teoprepides, sus hijos, puestos en una caldera de aceite hirviendo y luego degollados; Anfiloquio, capitán y mártir; Elías, Zanitas, Sabas, Lázaro, Marotas, Narsetes y otros compañeros, mártires en Persia; Loarno, obispo, compañero de San Patricio, apóstol de Irlanda; Adalpreto, obispo de Trento y mártir. Santas *Augusta, virgen y mártir;* Matutina, mártir; Honesta, venerada en Picardía.

SAN RUPERTO o ROBERTO, obispo de Worms y de Salzburgo. — Era descendiente de la casa real de Francia, pero estimó más la nobleza del Bautismo que la del nacimiento. En su corazón, dócil a la gracia divina, germinaron todas las virtudes, de las que dió constante ejemplo. Al ocupar la sede episcopal de Worms, encontró a la mayoría de sus habitantes dominados por la idolatría, y para traerlos al seno de la Iglesia redobló sus oraciones y penitencias, al mismo tiempo que sus exhortaciones pastorales. Los paganos, después de promover un alboroto en el que maltrataron y ultrajaron bárbaramente a Ruperto, lograron arrojarle de la ciudad. Él se encaminó a Roma, donde fué recibido con grandes muestras de amor y veneración. Pasados dos años en el destierro, le llamó el duque de Baviera para que disipase en su país las tinieblas del paganismo. El Santo aceptó la invitación, consiguió numerosas conversiones y estableció su sede en Salzburgo. Murió víctima de larga enfermedad el 27 de marzo del año 718.

SAN JUAN, ermitaño. — Nació en Licópolis (Siut), a orillas del Nilo. Vivió en el siglo IV. Después de ejercer la profesión de carpintero se retiró a la soledad, donde fué uno de los mayores ornamentos del desierto. Aprendió el difícil arte de la santidad poniéndose bajo la dirección de un santo ermitaño y portándose siempre como súbdito humilde y obediente. Pasó más de cuarenta años cerrado en una celdilla abierta en una escarpada roca. Después de vivir noventa años como ángel, murió como santo. Dios le dotó del don de profecía; a él acudían de las provincias más remotas a consultarle como a un oráculo. Predijo a Teodosio el Grande dos victorias, que, en efecto, consiguió. También realizó muchos milagros. Una noche se apareció en sueños a la esposa de un jefe del ejército, a la cual curó librándola de una muerte inminente. Murió en actitud orante el 27 de marzo del año 396.

SAN ISACIO o ISAAC DE CONSTANTINOPLA, confesor. — Llevó vida de penitencia en las inmediaciones de Constantinopla. Se hizo célebre en tiempo del emperador Valente, uno de los sucesores de Constantino el Grande y entregado al arrianismo; combatió a la Iglesia de Cristo y a los cristianos; pero, queriendo combatir a los bárbaros godos, que le iban restando hombres y territorios, Isacio le anunció la derrota por castigo de Dios. El Santo fué encarcelado; logró la libertad al saberse la muerte de Valente en la campaña. A éste sucedió el gran Teodosio, que apreció mucho al Santo. Después de fundar un célebre monasterio cerca de la ciudad, murió Isacio santamente el 27 de marzo del año 406.

SANTA AUGUSTA, virgen y mártir. — Augusta vino al mundo a fines del siglo III, cuando se desencadenaba la última y más cruel persecución contra los cristianos. Hija de un exgobernador pagano, se hizo cristiana a espaldas de su padre. Éste, al saberlo se encolerizó; pero intentó disuadirla con halagos, primero, y con amenazas, después. Cuando vió que todos sus dardos se estrellaban contra la fe inquebrantable de su hija, el desnaturalizado padre ordenó a sus criados que la atasen por los brazos a sendas ramas de un árbol, del cual quedó suspendida con los brazos en cruz. Luego hizo encender una hoguera debajo de ella, pero las llamas la respetaron. Después la sometió al tormento de una rueda erizada de cuchillos; mas éstos se rompieron sin hacerle el menor daño. Finalmente, el autor de sus días, desesperado ante tanto prodigio, mandó que cortasen la cabeza a la pobre víctima, con lo cual Augusta se unió eternamente con su esposo Jesucristo, a quien, por amor, ofreció su vida.



Bandera de San Juan de Capistrano — El papa Nicolás V

DÍA 28 DE MARZO

SAN JUAN DE CAPISTRANO

FRANCISCANO (1384 - 1456)

AL expirar el siglo XIV, el cisma desgarraba a la cristiandad y la herejía se enseñoreaba de Europa entera.

En Inglaterra, los dogmas, la moral y las instituciones católicas se derrumbaban bajo los golpes de Wiclef; en Alemania, Juan de Huss enarbolaba a su vez la bandera de la rebelión y daba la señal de la anarquía religiosa y política más espantosa; en Francia, las doctrinas de loca independencia contra la Santa Sede, de las cuales Felipe el Hermoso y sus legisladores habían sembrado el germen fatal, comenzaban a producir sus funestos frutos. El sensualismo, el lujo y la inmoralidad se infiltraban más y más en las masas, y mientras los reyes y los pueblos se enervaban con la más desenfrenada voluptuosidad y se agotaban en luchas estériles, los turcos, franqueando las fronteras del Asia, iniciaban victoriosos la conquista del Occidente.

La desorientación reinante era enorme, por ninguna parte se vislumbraba un rayo de esperanza, el mundo cristiano parecía caminar hacia su ruina y con ella, la civilización.

Pero Jesucristo, que ha prometido estar con su Iglesia hasta la consumación de los siglos, no la abandonó, sino que acudió presto a socorrerla de

diversos modos maravillosos; pero principalmente suscitando Santos admirables. Uno de los más señalados fué San Juan de Capistrano. Hombre verdaderamente extraordinario por sus bellas prendas, sus numerosos milagros, su celo incansable, su austeridad y virtudes incomparables, preséntase al mundo cristiano cual otro San Pablo.

MAGISTRADO CRISTIANO

JUAN nació en Capistrano, pequeña villa del reino de Nápoles, a corta distancia de la ciudad de Áquila, en el Abruzzo, el 24 de junio de 1385. Su padre, caballero de la alta nobleza, le dejó huérfano en muy tierna edad y quedó al cuidado de su virtuosa madre, que le procuró sólida y cristiana educación. Con todo, sus primeros años no parecían anunciar la apostólica misión a que estaba predestinado.

Estudió las primeras letras en su pueblo natal y desde los albores de su edad su raro talento hizo concebir a sus maestros halagüeñas esperanzas. Más tarde cursó en Perusa, con notable aprovechamiento, el decho civil y canónico.

Brillantes triunfos fueron el premio de sus esfuerzos; era tal su aptitud para el estudio y su juicio tan certero que sus condiscípulos le consideraban como el príncipe de los jurisconsultos y sus mismos maestros le presentaban las propias dudas y dificultades en las cuestiones más arduas e intrincadas. Ladislao, hijo de Carlos III de Durazzo y rey de Nápoles, gran admirador y amigo de nuestro Santo, le honró elevándole a las más altas funciones de la magistratura. El experto jurista contaba solamente 24 años cuando el príncipe, confiado en su virtud preclara y prudencia singular, le nombró, en 1412, gobernador de la ciudad de Perusa, presa de convulsiones y luchas políticas muy enconadas.

Juan no defraudó las esperanzas de su protector. Los pobres hallaron en él un sostén; la gente honrada, un defensor; los fautores del desorden, un juez severo. En una palabra, con su autoridad la provincia toda recobró entera y segura paz.

El bandolerismo desapareció, los crímenes disminuyeron y las leyes fueron respetadas. Nadie podía hacerle transigir con la injusticia. Cierto día un potentado de la comarca le prometió sumas considerables para arrancarle una sentencia de muerte contra un enemigo suyo, y a la vez le amenazaba, puñal en mano, si no accedía a sus deseos. Indignado Juan por las pretensiones del solicitante, examinó inmediatamente el caso con todo escrúpulo y, habiendo reconocido la inocencia del inculpado, le libertó sin que le hiciesen mella ni las recompensas ni las amenazas. Este solo rasgo nos

manifiesta su rectitud de conciencia y la fortaleza de su ánimo incorruptible.

Todo sonreía, pues, a nuestro joven gobernador. Era universalmente apreciado, ensueños de gloria y de ambición acariciaba su alma ingenua, y, para colmo de venturas, uno de los más ricos señores de Perusa, prendado de sus raros talentos, le ofreció la mano de su hija única. Pero la hora de la Providencia había sonado con uno de esos golpes inesperados que desconciertan y transforman un alma, haciendo brillar ante su ojos las bellezas austeras del apartamiento del mundo, del desprendimiento evangélico y del puro amor divino.

Corría el año 1416. El rey Ladislao había muerto y Juan de Capistrano representaba en Perusa a Juana II, sucesora de dicho príncipe. Estalló la guerra entre los perusinos y los señores de Rímini. Los conciudadanos de Juan, conocedores de las excelentes cualidades de su gobernador, vieron en él a su salvador y le diputaron para concertar la paz; pero fué hecho prisionero a traición y encerrado en una torre; tuvo los pies aherrojados con enormes cadenas que pesaban 42 libras. Por todo alimento le daban pan y agua.

En tan gran infortunio Juan sólo pensaba en el medio de librarse de una muerte segura. Habiéndose percatado de la escasa altura de su encierro, dispuso una especie de soga con la faja y parte de sus vestidos y, atándola a una ventana, empezó el descenso a pesar de las pesadísimas cadenas. Inopinadamente la improvisada soga se rompe, el fugitivo cae al suelo y se quiebra el pie. Al ruido de la caída y de las cadenas acude la guardia, lo prende y lo arroja brutalmente en un calabozo subterráneo, con agua hasta las rodillas. Una cadena a modo de collar le sujetaba a la pared y le obligaba a estar siempre de pie.

VOCACIÓN EXTRAORDINARIA

DURANTE su cautiverio reflexionó seriamente acerca de la caducidad de los bienes y honores del mundo, en la muerte y en la eternidad. Un día en que, agobiado por el cansancio, se durmió profundamente, un ruido repentino le despertó. Al instante el calabozo se iluminó con resplandor celestial y un Fraile Menor, que ostentaba los estigmas de la Pasión, se le apareció.

—¿Por qué dudas y por qué aguardas? —le dice—; obedece a las órdenes de Dios y a la voz interior que te ha hablado.

—¿Qué quiere, pues, de mí el Señor y qué desea que haga? —respondió tímidamente Juan.

—¿No ves —replicó el fraile, que era el mismo San Francisco de Asís—,

no ves el hábito que llevo? Deja el mundo y ve a santificarte con los Frailes Menores.

—Duro es vivir en el claustro y renunciar para siempre a la propia libertad —respondió Juan, lanzando un profundo suspiro—. Sin embargo obedeceré, ya que Dios lo manda.

Dicho esto, la aparición se desvaneció; al llevarse el prisionero las manos a la cabeza, notó que llevaba ya recortado el cerquillo de los Frailes Menores.

Ante este milagro y convencido de la voluntad de Dios, determinó abrazar cuanto antes el estado religioso. En consecuencia, trató de recobrar su libertad y lo consiguió mediante una fuerte suma de dinero. De regreso a su palacio vendió cuanto poseía, pagó su rescate y distribuyó el resto a los pobres, renunciando así a los goces de un brillante porvenir, y a las honras y pompas mundanas. Pasó, pues, de la prisión al convento de los Franciscanos de Bérgamo, en donde pidió el humilde hábito de San Francisco. Era a la sazón guardián del convento el Beato Marcos de Bérgamo, antiguo doctor en Derecho, trocado en austero y santo religioso. Esta vocación tan repentina y tan inesperada le sorprendió grandemente y quiso ponerla a prueba.

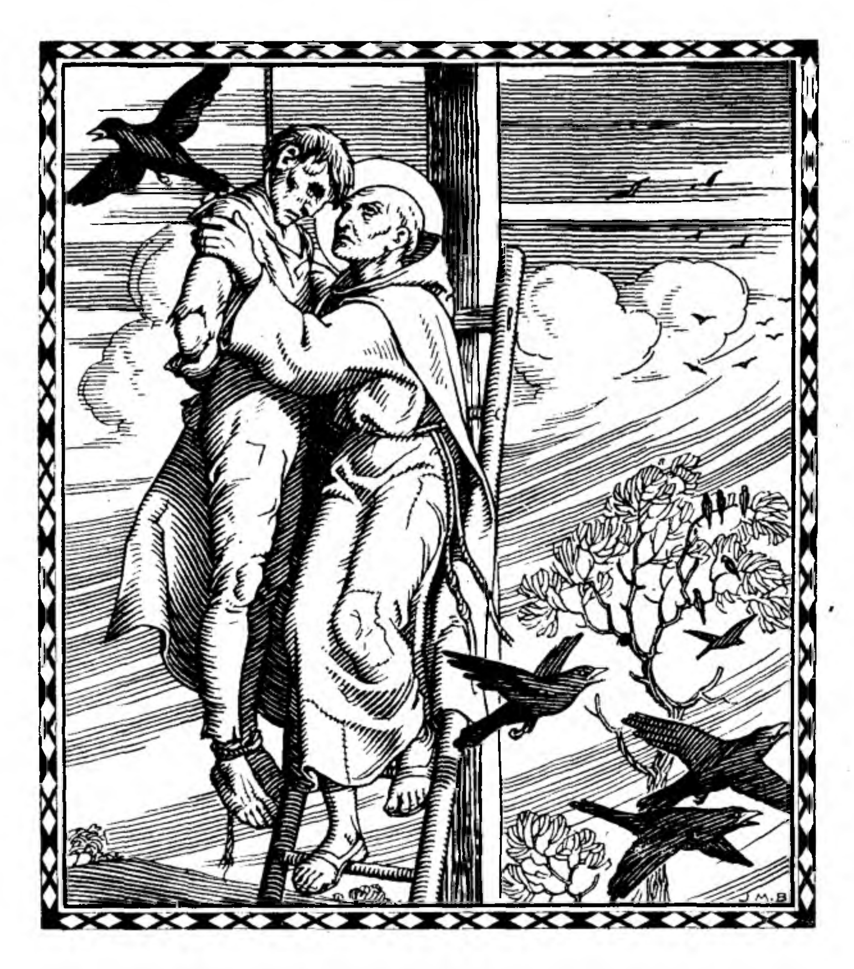
—Habéis de saber —dijo al nuevo postulante— que los conventos no son refugio de vagabundos, ni de los hastiados del siglo; necesitamos pruebas que acrediten la sinceridad de vuestra vocación. Os recibiré cuando hayáis dado un adiós rotundo al mundo y a sus vanidades.

Juan confesó ingenuamente su desprendimiento absoluto de las cosas terrenas y declaró que estaba dispuesto a abrazar cuantos sacrificios y humillaciones tuviera a bien imponerle.

En efecto, vuelto a Perusa, testigo poco antes de su poderío y esplendor, mandó que le llevaran por calles y plazas montado a la inversa en un asnillo, con traje ridículo y en la cabeza una mitra de cartón en la cual estaban escritos con letras muy grandes los principales pecados de su vida pasada.

De este modo, el que antaño fué admirado de todos por su ciencia y su prudencia, se convirtió en ludibrio y befa de toda la ciudad: los niños le perseguían a pedradas; el populacho le acogió con sarcásticas risotadas y la gente sensata se contristaba por la locura sobrevenida a su antiguo gobernador, no acertando a comprender los secretos propósitos que le animaban. ¡Estas son las extravagancias sublimes de los santos!

Conseguida esta primera victoria contra el orgullo, Juan volvió al convento de Bérgamo; el Beato Marcos, enterado de lo ocurrido y previendo la alta santidad a que podía llegar un carácter de este temple secundado por la gracia de Dios, le admitió entre los suyos, con gran alegría de la comunidad, y el 4 de octubre, fiesta del seráfico San Francisco, vistió el santo hábito franciscano. Contaba 30 años.



PARA *vencer la repugnancia de la naturaleza, San Juan de Capistrano sube a la horca de donde pende un ajusticiado ya putrefacto y hediondo; le besa y le da fuerte y sostenido abrazo. Dios manifiesta cuánto le agrada su heroico sacrificio y transmuta la hediondez del cadáver en perfume embriagador.*

VIDA DE NOVICIO

MARCOS dióle por maestro de novicios a un simple hermano lego, Onofre de Seggiano, hombre sencillo y sin letras, pero de prudencia y virtud extraordinarias. Púsose fray Juan de Capistrano bajo su dirección con la humildad y candidez de un niño y con la energía y prontitud de un soldado veterano. A su obediencia sin límites unía la abnegación más desinteresada para con sus Hermanos y constante asiduidad a la oración. La meditación cotidiana de los sufrimientos del Salvador fortalecía su alma en gran manera, y en verdad que bien lo necesitaba para sobrellevar con santo júbilo y paciencia las rudas pruebas cotidianas que fray Onofre le imponía: reprensiones y penitencias públicas, disciplinas, ayunos, etc.

Juan conservó toda su vida el más encendido afecto y la más sincera gratitud al maestro austero que le hizo recorrer rápidamente los arduos senderos de la perfección monástica.

Gozoso, solía decir:

—Gracias te doy, Señor, por haberme concedido tan buen guía; a sus consejos y correcciones debo el haber conseguido la paciencia y la humildad, siquiera sea en grado ínfimo.

Castigaba su cuerpo con disciplinas increíbles cuya sola evocación hace estremecer; y que no es posible soportar mucho tiempo sin especial auxilio del Señor.

Cuando se trataba de vencer repugnancias materiales y rebeldías de la carne no había tormentos y ardides que el piadoso novicio no inventara para subyugarlas; la constancia en tal género de vida acabó por darle perfecto dominio de sus sentidos, como se verá en el caso siguiente:

Cierto día pasó por el lugar donde ajusticiaban a los criminales: un cadáver pendía aún del patíbulo, sus carnes putrefactas caían a pedazos. Inconscientemente apresuró el paso cubriéndose el rostro y tapándose las narices; pero, reflexionando, se avergonzó de su debilidad y, rememorando el ejemplo de su santo Padre que abrazaba a los leprosos, se acerca al patíbulo, toma una escalera, sube hasta el cadáver y lo besa y estrecha contra su pecho durante largo rato. El Señor recompensó este acto heroico cambiando el hedor fétido que exhalaba por un perfume delicioso.

Juan no desmintió nunca la obediencia ciega y la profunda humildad que practicó durante su noviciado. Terminó éste con la profesión religiosa a 5 de octubre de 1417. Más tarde, siendo nuncio del Papa y universalmente venerado en toda Europa por su santidad, siguió buscando las ocupaciones más humildes de su convento: barrer las celdas y lavar los platos como en el tiempo del noviciado.

Merced a sus hábitos de recogimiento y meditación, llegó a una unión tan íntima con Dios y a tal grado de contemplación, que ni los cuidados del apostolado, ni las fatigas de los viajes, ni las preocupaciones de los negocios, ni el tumulto de las muchedumbres, le impedían vacar a la oración con la misma atención y devoción que si viviera en un desierto. Para él la naturaleza entera se convirtió en un velo transparente detrás del cual se escondía la Divinidad; en un instrumento maravillosamente armonizado cuyas notas todas ensalzaban las perfecciones y glorias del Creador; en un cuadro radiante do el Altísimo había prodigado algunos destellos de su poder, sabiduría y bondad.

APOSTOLADO MARAVILLOSO

INICIADO en la ciencia teológica por San Bernardino de Sena, llegó a ser un consumado teólogo. Ordenado de diácono hacia 1420 y elevado poco después a la dignidad sacerdotal, comenzó su vida de apóstol bajo los auspicios de su docto maestro San Bernardino.

La Europa central fué durante treinta años el campo de su celo evangélico, en el que sembró la verdadera semilla y recogió copiosos y abundantes frutos de salvación. Todos le escuchaban como a un ángel bajado del cielo; no siendo de maravillar el entusiasmo que despertaba en las muchedumbres, si se repara en los numerosos prodigios que el Señor obraba todos los días por su valimiento e intercesión.

Trescientos caballeros de lo más granado de la ciudad, montados en sendos caballos ricamente enjaezados, le salieron al encuentro al ir por primera vez a la ciudad de Brescia. La ciudad en masa le acompañaba a pie. Fray Juan les predicó la buena nueva desde un estrado levantado en una inmensa planicie, y jinetes con espuelas de oro le daban guardia de honor. Al terminar el sermón impuso el hábito de San Francisco a cincuenta soldados por él convertidos.

A ejemplo de su maestro San Bernardino, profesaba tierna devoción al santo Nombre de Jesús, no cansándose de celebrar sus glorias. En las correrías apostólicas hacíase preceder de un estandarte, que llevaba con abultadas letras de oro este santo Nombre.

Digno hijo del patriarca de Asís, Juan de Capistrano, como varios de sus hermanos en religión, trabajó con gran celo en la reforma y extensión de la Orden franciscana.

Elevado a los primeros cargos de su Orden, visitó los conventos de Francia, Inglaterra, España y Tierra Santa.

En 1451 el papa Nicolás V, preocupado por los progresos de la herejía, envió al infatigable misionero a Alemania. Durante cinco años evangelizó

a Carintia, Estiria, Austria, Bohemia, Baviera, Moravia, Silesia, Sajonia, Turingia, Franconia y Polonia: millares de oyentes acudían para oírle y él despertaba en estos pueblos el mismo entusiasmo que en su patria. Pecadores, cismáticos, herejes —husitas, taboritas o patarinos—, nadie se resistía a sus encendidas palabras. En varios lugares mandó amontonar en la plaza pública los adornos inmodestos, los cuadros deshonestos y los objetos propios para halagar la vanidad y ordenó que fueran quemados públicamente. Era lo que él llamaba: «incendio del castillo del diablo».

Por sus consejos e insinuaciones, ciento veinte estudiantes de la Universidad de Leipzig abrazaron la vida religiosa; reunió doscientos novicios en el convento de Viena, ciento treinta en el de Cracovia y otros muchos en diversas ciudades.

LA VICTORIA DE BELGRADO

FRAY Juan se encaminó después a Hungría, donde, al igual que en otras regiones, arrebató numerosas almas de las garras del demonio; su llegada fué providencial. Mahomet II, terror de Europa y azote de Dios para castigar las culpas de los cristianos, marchaba contra Belgrado, amenazando a todo el Occidente cristiano por la superioridad de sus fuerzas y de sus armas. Juan de Capistrano, a ruegos del Papa, predica la cruzada. A su voz los guerreros cristianos se agolpan en torno del valeroso Juan Huníades, verdadero cruzado, digno émulo de Godofredo de Bullón y de San Luis. Mientras el sultán pone sitio a Belgrado, puerta de entrada de todo el imperio cristiano, el 4 de julio de 1456 y lo lleva con toda actividad, nuestro fraile, a pesar de sus setenta años, alienta a los sitiados, sale de la ciudad en medio de grandes peligros y vuela en busca de auxilio. Pronto vuelve con Huníades a la cabeza de una flotilla de embarcaciones rápidas y ligeras; la flota musulmana es derrotada y los guerreros de la Cruz entran en Belgrado. Enfurecido Mahomet II, ordena a todas las tropas el asalto a la ciudadela. La victoria es indecisa. Tras una lucha encarnizada de once días, las murallas y la gran torre amenazan derrumbarse.

El valiente Huníades, perdida ya toda esperanza de salvación:

—Padre mío —dice a Capistrano—, estamos perdidos, los medios humanos se han agotado, resistir por más tiempo no es posible, el ejército de Hungría no llega y mañana nuestras tropas de campesinos no podrán contener el violento choque del ejército otomano.

—No temáis —contesta el franciscano—, defendemos la causa de Dios, Él estará con nosotros.

El momento es decisivo; Juan escoge cuatro mil intrépidos guerreros, y les hace prometer que le seguirán invocando el Nombre de Jesús.

Al día siguiente llegan a las manos los dos ejércitos y, en lo más fuerte de la pelea, Fray Juan, enarbolando el estandarte sobre el cual centellea el Nombre de Jesús, recorre las filas y se lanza a la cabeza de sus valientes, gritando: ¡Victoria! ¡Jesús! ¡Victoria!

Fué tal la confianza que infundió la presencia de nuestro Santo y tanto el ardimiento de los cristianos, que los infieles fueron rechazados y perseguidos hasta su campamento. En vano intentó Mahomet ordenarlos en batalla; sus huestes, desorientadas e insensibles a las promesas y a las amenazas huyeron a la desbandada abandonando cadáveres y armamentos.

Esta victoria llenó de alegría el corazón del papa Calixto III y fué celebrada por toda la cristiandad.

MUERTE DEL SANTO

EL heroico franciscano, agotado por tantas fatigas, tres meses después entregó su alma al Señor, el 23 de octubre de 1456, en el convento de Ilok, en Hungría —hoy Yugoslavia—, y fué a gozar del triunfo en la eternidad bienaventurada. Su cuerpo, enterrado en la citada población, desapareció en 1526, al apoderarse de ella los turcos; hoy se conserva en el monasterio de Basilianos cismáticos de Bistritz (Romania), en donde los monjes, cristianos disidentes, veneran los restos de un hijo tan abnegado de Roma y del Papa, con gran admiración de los peregrinos católicos.

En 1515, León X autorizó el culto público de Juan de Capistrano en su ciudad natal. Fué canonizado por Alejandro VIII el 6 de octubre de 1690, juntamente con otros cuatro Frailes Menores, entre ellos San Pascual Bailón. Su fiesta, fijada primero para el 23 de octubre, se celebra el 28 de marzo, en virtud de un decreto de León XIII (19 de agosto de 1890).

SANTORAL

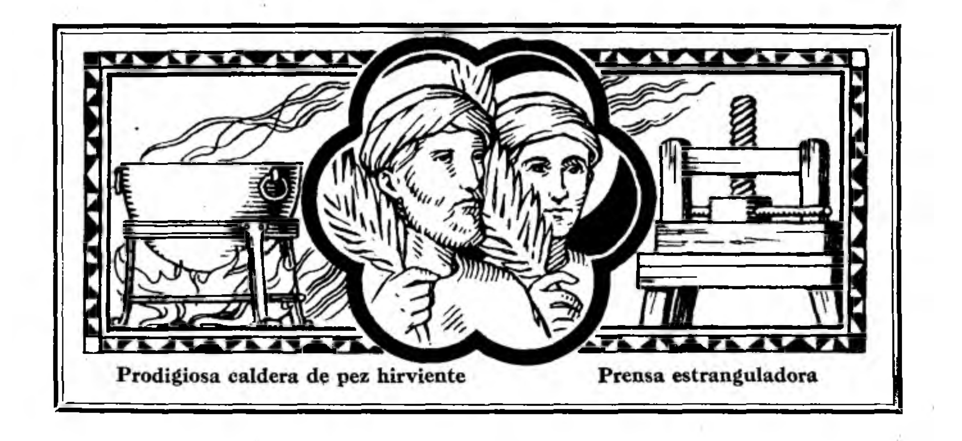
Santos **Juan de Capistrano, confesor;** *Sixto III, papa; Esteban Harding, abad del Cister; Alejandro, Prisco y Malco, mártires, arrojados a las fieras en tiempo de Valeriano;* Basileo, obispo de Amasia, arrojado al mar por orden de Licinio; *Gontrán* o *Guntrano, rey de Borgoña, nieto de Clodoveo y de Santa Clotilde;* Cástor y Doroteo, mártires en Tarso de Cilicia; Esiquio, presbítero, autor de muchas homilías; Justino, primer obispo de Tarbes; Teodoro, obispo de Milán; Rogato, Lucero y otros dieciséis, mártires. Santas Gundelina, abadesa en Alsacia; Audacta y Dorotea, mártires en Cesarea; Esperanza, abadesa.

SAN SIXTO III, papa. — Era Sixto un presbítero que a principios del siglo v vivía en Roma, rodeado de gran fama a causa de las virtudes que le adornaban y del celo con que combatía las herejías. Al morir San Celestino I, en 432, Sixto fué elegido para sucederle en el Pontificado. Tuvo que soportar el peso de dos calumnias que, en último término, sirvieron para acrecentar el brillo de sus virtudes y la estima de los hombres. En primer lugar, los pelagianos quisieron dar autoridad a sus errores diciendo que Sixto los patrocinaba. En segundo lugar, fué calumniado de adulterio. Respecto a lo primero, respondió Sixto anatematizando públicamente la doctrina de Pelagio y refutando sus errores con sólidos argumentos. Ello le valió los elogios de San Agustín. En cuanto a lo segundo, se convocó un concilio para juzgar la conducta de Sixto, cuya inocencia resultó manifiesta y palpable. El acusador, Baso, murió miserablemente en el destierro. San Sixto III dejó este mundo en 440, después de ocho años de fecunda labor en el Pontificado.

SAN ESTEBAN HARDING, fundador y abad del Cister. — Después de recibir educación y estudios en Inglaterra, Escocia y París, fué en peregrinación a Roma, donde pidió a Dios le concediera la gracia de llevar siempre una vida austera y penitente. A su regreso de la Ciudad Eterna se quedó en el monasterio de Molesme, cuyos religiosos vivían frugalmente del trabajo de sus manos, instalados en barracas por ellos construídas con ramas de la selva. Muchas veces les faltó el pan y necesitaron la ayuda del pueblo y del obispo. Esteban, deseando más perfección, salió de Molesme con otros compañeros y se estableció en las soledades del Cister, donde fundó el monasterio de este nombre, célebre en el mundo entero por los numerosos santos que lo poblaron y que extendieron por doquier la influencia de su cultura y santidad. Entre ellos figura San Bernardo, el gran Doctor de la Iglesia y abad de Claraval. Esteban vivió los últimos años de su vida alejado del cargo pastoral, entregado a la oración y contemplación. Voló a la Gloria el 28 de marzo de 1134.

SANTOS ALEJANDRO, PRISCO Y MALCO, mártires. — Vivían en Palestina, no lejos de la ciudad de Cesarea y, habiendo sabido que contra sus hermanos los cristianos se cometían toda clase de infamias, se trasladaron a la ciudad con el fin de animar a los que estaban a punto de sufrir el martirio. Se presentaron al juez y le echaron en cara su crueldad. Por este atrevimiento, los tres cristianos fueron sometidos a las mayores torturas y al fin devorados por las fieras. Su triunfo tuvo lugar durante la persecución de Valeriano, el año 259.

SAN GONTRÁN o GUNTRANO, rey de Borgoña. — Le correspondió este trono por muerte de Clotario I. Al principio de su reinado estuvo bastante ocupado para defenderse de las asechanzas de Brunequilda y Fredegunda, reinas respectivas de Austrasia y Neustrasia, y cometió algunos excesos; pero luego se entregó a una vida de austeridad y de unión con Dios. Durante su reinado tuvieron lugar las disensiones, asesinatos y crímenes entre la Austrasia y la Neustria, por incitación de las dos reinas rivales ya citadas, cuñadas de Guntrano. Gobernó con sabiduría y justicia; y se distinguió por su caridad para con los pobres y la magnificencia de sus fundaciones, tanto de iglesias como de monasterios. Murió santamente el 28 de marzo del año 593.



Prodigiosa caldera de pez hirviente — Prensa estranguladora

DÍA 29 DE MARZO

SANTOS JONAS Y BARAQUISIO

MÁRTIRES EN PERSIA († 326)

EL año décimo octavo del reinado de Sapor, rey de Persia (310-380), estalló en aquel país la persecución contra los adoradores del verdadero Dios. El rey ordenó a los magos, que son los sabios o jueces de Persia, que derribasen los templos de Cristo e incendiasen los monasterios de su reino. Los cristianos se vieron forzados a sacrificar a los dioses de los persas, y los que se resistían eran martirizados con atroces tormentos. Por aquel tiempo vivían en una aldea, llamada Jasa, dos hermanos, Jonás y Baraquisio, temerosos del Señor y observantes de sus preceptos.

Cuando oyeron hablar de la persecución de Sapor, los dos hermanos dejaron su casa y se fueron al lugar donde los magos atormentaban a los cristianos con mayor rigor. En el pueblo encontraron a nueve presos, detenidos y maltratados por haber desobedecido los mandatos de Sapor. Jonás y Baraquisio, los animaban con santo ardimiento.

—Hermanos —les decían—, no temamos cosa alguna, resistamos unidos, en nombre del Crucificado, para ganar la batalla y alcanzar la corona eterna, de la manera que nuestros padres y hermanos la alcanzaron con el martirio.

Afianzados con estas palabras, los cristianos prosiguieron en su inquebrantable propósito y se consolaban y esforzaban mutuamente para padecer con paciencia cualquier tormento. Algún tiempo después, el 27 de marzo

del año 326, es decir, dos días antes que los dos hermanos, conquistaron la palma del martirio en medio de los más espantosos tormentos estos atletas de Cristo cuyos nombres son: Zanitas, Lázaro, Marotas, Nersetes, Elías, Mares, Abibó, Sembeetes y Sabas.

JONÁS Y BARAQUISIO ARRESTADOS. — PRIMER INTERROGATORIO

LOS ministros que acababan de dar muerte a los nueve mártires citados, acusaron a Jonás y a Baraquisio de no obedecer las órdenes reales y de rehusar la adoración al sol, al fuego y al agua. No hizo falta más para que se les mandara detener y encarcelar.

—Os conjuramos, por nuestro rey Sapor —les dijeron—, que confeséis la verdad sobre cuanto os vamos a interrogar. ¿Estáis dispuestos a cumplir la voluntad del gran rey y a adorar al sol, al fuego y al agua?

—Os hablaremos sinceramente —replicaron los los confesores de Cristo—; pero escuchadnos como conviene a príncipes y a jueces del rey Sapor. Os ha elegido, en efecto, y ha dejado a vuestro criterio nuestra suerte para que administréis justicia con equidad y probidad. Debéis, ilustres jueces, temer antes al que os ha dado la inteligencia y la sabiduría que a un rey de la tierra; a este Dios, Señor del cielo, de la tierra y de los espíritus es a quien debéis reconocer. Él es asimismo el que da variedad y sucesión a las estaciones y gobierna todas las cosas. Él os ha dado prudencia para juzgar a vuestros semejantes por la carne. Pues bien, os conjuramos nos digáis con sinceridad de qué Dios debemos renegar, ¿del Dios celestial o del Dios terrenal? ¿Del que es eterno o del que es perecedero? Nosotros creemos y confiamos en un Dios que ha creado el cielo y la tierra, pero jamás creeremos en un hombre mortal que vive poco tiempo, que muere y es sepultado como nosotros.

JONÁS ES INTERROGADO APARTE. — SU CONSTANCIA EN LOS TORMENTOS

TALES palabras indignaron sobremanera a los jueces, los cuales, llevados de un impío furor, hicieron azotar a los dos hermanos con varas de granado duras y espinosas. Mas antes determinaron que los dos hermanos fuesen separados e interrogados aparte, para quitarles valor y constancia. Una vez separados, llamaron primero a Jonás.

—Escoge —le dijo el juez encolerizado— lo que quieras que hagamos contigo: de ti depende la elección. Adora a los dioses y ofrece sacrificios al sol, al fuego y al agua; cumple lo que Sapor, rey de reyes, ha ordenado

y serás puesto en libertad y colmado de honores; de lo contrario, padecerás suplicios y tormentos cruelísimos. No nos juzgues, con todo, enemigos tuyos, pues no te haremos ningún mal a menos que tú mismo te opongas a tu libertad.

—No necesito semejante libertad —repuso el caballero de Cristo—, arrebátame si quieres la vida presente, que tan veloz pasa; pero ten entendido que jamás renegaré de mi Señor Jesucristo que vive por los siglos de los siglos. Él ha prometido premiar a cada uno según sus obras y negará delante de su Padre a los que le hayan negado delante de los hombres: haced, pues, de mí lo que queráis; no creáis que yo abandonaré la causa de mi Dios.

A tan animosa respuesta opusieron los jueces la tortura. Atáronle conforme a la ley persa, que es metiendo un palo por entre las piernas y las manos atadas; y, estando arqueado de modo que no se podía mover, lo azotaron e hirieron con varas espinosas hasta dejar sus costillas al descubierto. El valeroso mártir, mientras tanto, alababa a Dios exclamando:

—Gloria a Ti, Dios de nuestros padres, que nos has retirado de este mundo depravado y te has dignado atraernos a tu amor y santa fe. Dadnos, Señor, paciencia para que alcancemos lo que tu siervo el santo rey David pedía cuando, alumbrado por el Espíritu Santo, decía: «*Una sola merced pido al Señor y es, que viva y more todos los días en sus santos palacios:* Esto es lo que espero alcanzar cada día de Ti, oh Dios mío, por el martirio».

Y, dirigiéndose a los magos, les decía:

—Yo me aparto de vuestro rey pecador y de todos sus amigos y servidores, sean los que fueren, porque son todos satélites de Satanás. No tengo que ver con el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni el fuego, ni el agua que decís son dioses. Sólo creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, Trinidad verdadera, que conserva todo el Universo e hizo esos dioses que pretendéis hacerme adorar.

Enojáronse muchos los jueces al oír tales palabras y ordenaron que le atasen los pies con una cadena, le arrastrasen fuera de la ciudad y le dejasen toda la noche, que era frigidísima, sobre la nieve y el hielo.

BARAQUISIO ANTE EL TRIBUNAL. — TORMENTOS

LOS jueces, mientras Jonás iba al suplicio y después de un breve descanso, hicieron comparecer ante sí a Baraquisio y le dijeron:

—Y tú, ¿a qué te decides? ¿Sacrificarás al sol, al fuego y al agua y adorarás a estos dioses como lo ha hecho al fin tu hermano Jonás, mudando de parecer, o bien quieres exponer tu cuerpo a los más atroces suplicios?

suplicios?

Baraquisio, con enérgica entereza y santo orgullo respondió en los términos que textualmente copiamos de su hagiógrafo:

—Lo que mi hermano ha adorado adoraré yo también; en cuanto a lo que de él me referís, es pura invención vuestra, pues la Verdad divina no ha permitido que renegase de su fe. ¿Quién hubiese podido, en efecto, cegar de tal manera su espíritu que le indujese a abandonar a Aquel de quien ha recibido el ser, para tributar sus homenajes a elementos criados para el uso y utilidad de los hombres? Si tales cosas debiesen ser adoradas, no se servirían los hombres de ellas, sino que ellas se servirían de los hombres. ¡Qué deshonra, en efecto, para el fuego, si nosotros nos sirviésemos de él para usos bajos y viles! Pues bien, en todo tiempo, no sólo los ricos y los hombres virtuosos lo utilizan, sino los pobres y aun los criminales; y puesto que el fuego ha sido constituído nuestro servidor por Dios, es una iniquidad querer forzarnos a adorar lo que el Supremo Hacedor ha puesto para servicio de los hombres, y al mismo tiempo renegar de este Dios creador del cielo, de la tierra, del mar y de todo cuanto encierran.

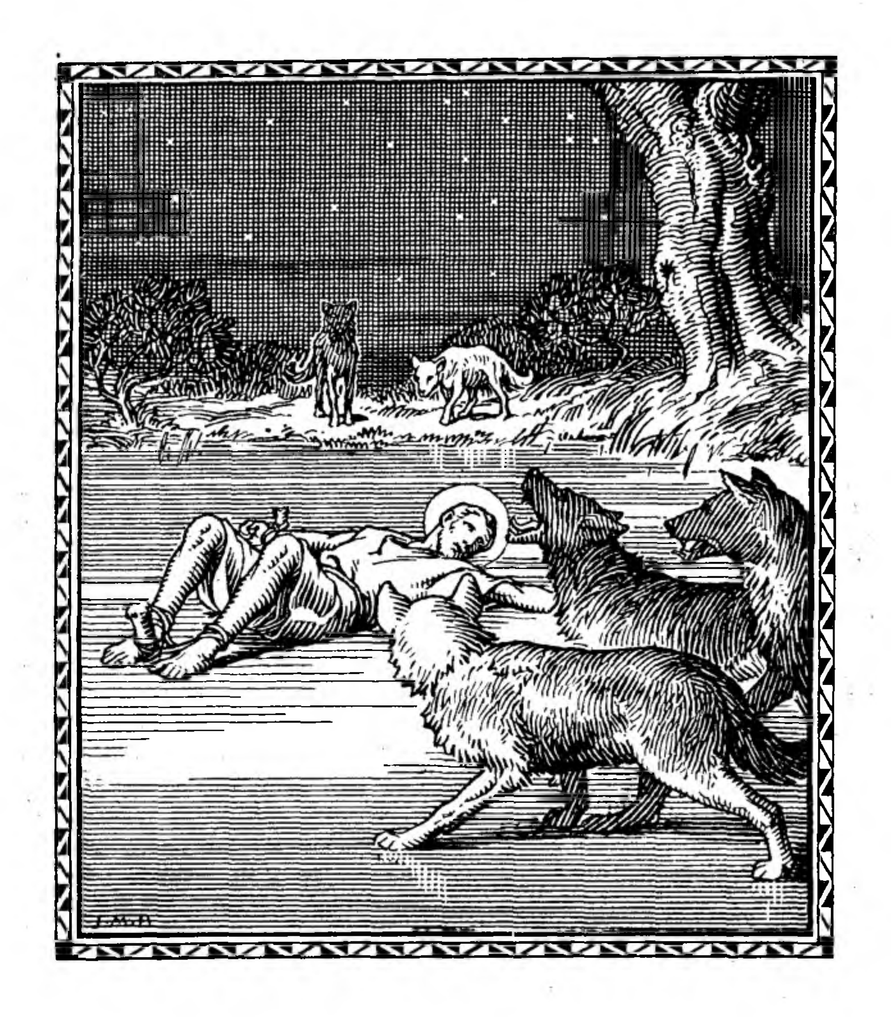
»Es mucho más justo que los reyes y los príncipes, los magnates y todo lo que respira celebre su gloria y le adore. Él es el autor de las cosas más sublimes y más santas, cuyos secretos designios nadie puede escudriñar, cuyo poder y gloria son inaccesibles, y de cuyo auxilio necesitan todos los hijos de los hombres. Él, que alimenta a todos los seres vivientes, no tiene necesidad de nada ni de nadie. Él rige todas las cosas. En cambio desea que le reconozcamos por dueño y Señor nuestro y que no nos dejemos engañar por las falacias y errores de los hombres.

»Él mismo nos lo ordena: No os fabricaréis ídolos, ni adoraréis las obras de vuestras manos, ni ninguna cosa creada; pues —dice el Señor— yo solo soy vuestro Dios, yo existo desde el principio y no tengo fin; no hay otro Dios fuera de mí, no cederé mi gloria a otro, ni mi poderío a obras esculpidas, ni mi gloria a los ídolos: yo puedo arrebatar la vida lo mismo que la doy y nadie puede librarse de mis manos.»

La cólera de los jueces comenzaba a trocarse en admiración ante la constancia de los confesores de la fe y, temiendo, sobre todo, que sus palabras y ejemplos atrajesen a la religión cristiana a muchos paganos, resolvieron proseguir el interrogatorio durante la noche siguiente y, al efecto, levantaron la sesión. Venida la noche, se reunieron secretamente y mandaron comparecer a Baraquisio, a quien la sabiduría divina inspiró las respuestas. Vencidos y cansados los jueces, mandáronle poner debajo de los sobacos dos bolas de hierro candentes y, mientras sufría el tormento, le dijeron:

—Si dejas caer al suelo una de esas bolas, entenderemos con ello que has renegado de tu Dios.

—Ministros de Satanás —les replicó Baraquisio—, príncipes impíos y malvados, por la salud de mi Dios y la muerte de Satanás, vuestro padre,



ORDENAN *los magos que el admirable santo mártir Jonás sea llevado a un estanque helado durante una noche frigidísima, en lo más riguroso del invierno. Para que sea mayor su tormento le atan de pies y manos a unas estacas clavadas en el hielo.*

os declaro que no temo a vuestro rey y que no dejaré caer ninguna de estas bolas, sino que continuaré con ellas por el nombre de Cristo. Es más: si disponéis de tormentos mayores, preparadlos y traedlos; os lo ruego por el nombre del Dios vivo. ¿Quién va a la guerra y entra en batalla, que no esté presto y deseoso de la muerte para alcanzar una gran gloria y premio y merecer de su rey una muestra de distinción?

Ebrios de cólera, los magistrados al oír estas palabras mandaron que le echasen plomo derretido en la garganta, ojos y oídos, y después le enviaron a la cárcel con orden de que le colgasen de un pie. El heroico mártir mostró hasta el fin la misma entereza de ánimo.

JONÁS, NUEVAMENTE ANTE LOS JUECES

AL día siguiente compareció Jonás por tercera vez ante los jueces.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal has pasado la noche con la helada?

—Creedme, ¡oh jueces! —replicó Jonás—, mi Dios, en quien descansa mi alma, no me ha concedido desde que estoy en este mundo noche tan tan tranquila y sosegada, pues he sido consolado y cobijado por el árbol de la Cruz en que fué clavado mi Señor Jesucristo.

—Sea de ello lo que fuere, tu hermano Baraquisio ha negado a tu Dios, y tú, ¿persistes obstinadamente en tu demencia? —repusieron los inicuos jueces.

—Lo que sé es que mi hermano ha negado al demonio y a todos sus secuaces y que se ha adherido más estrechamente a Cristo —respondió Jonás.

—¿No te convendría más renunciar a tu Dios antes que perder la vida?

—¡Oh ciegos e insensatos! ¡Y os tenéis por prudentes! Examinad, os ruego, la verdad según vuestra prudencia. Ningún hombre que tiene trigo deja de echarlo en tierra a su debido tiempo, a pesar de las lluvias, de las nieves, del rayo y demás inclemencias del tiempo, porque tiene esperanzas de que, allá en el verano —favoreciéndole el Señor—, de la poca semilla que sembró llenará la era de trigo. Y, si dejando el trigo en el granero no sembrase, no se le podría después llenar el granero. Así ocurre con los hombres. Si alguno en este mundo perdiere la vida por el Nombre de Cristo Nuestro Señor, en el mundo venidero, cuando este mismo Jesús venga para resucitar a los hijos de los hombres que creen en Él y cumplen su voluntad, le resucitará y hermoseará con eterno esplendor; y por el contrario, los que no guardan sus mandamientos serán arrojados a una hoguera que jamás se extinguirá...

Admirados los jueces de la sabiduría del animoso confesor, guardaron silencio durante largo rato. Después le dijeron con tono suave y persuasivo:

—Mira por tu bien, Jonás, no te dejes seducir por los libros de esos cristianos. ¡Cuántos incautos han sido engañados ya!

—¡Que me place! —replicó el santo mártir—; hay libros que engañan: tales son los libros de los filósofos griegos; ¿hay algo más engañador también que la vida del mundo? Pero el que bebe en el cáliz de amargura de Cristo jamás es engañado. Cuando un hombre rico invita a los amigos a su mesa, éstos dejan sus moradas y acuden presurosos al llamamiento, pues saben que van a encontrar la alegría; después, cuando han bebido vino bueno, se alegran y siguen apurando más copas y, cuando se hallan embriagados, no pueden volver a sus casas y es necesario que sus familiares vengan por ellos y los lleven... Así ocurre con los discípulos de Cristo, cuando son intimados por los príncipes a ir a la cárcel, no ignoran que van al combate y a la tortura. Empero, cuando han llegado y han bebido y apagado su sed hasta la embriaguez a puro de tormentos por amor a Cristo, no se acuerdan más ni de sus hogares, ni de sus hijos, ni les importa un ardite su reputación; el oro, la plata, y cualquier otro bien terreno, nada son ante sus ojos; desprecian a los príncipes y a los reyes enemigos de Dios, y ya no fijan su atencion más que en el único Rey, Jesucristo, cuyo reino no tendrá fin.

HORROROSO MARTIRIO DE JONÁS. — SU CONSTANCIA Y MUERTE

CUANDO el Santo hubo terminado de hablar, dispusiéronse los jueces a vengar su osadía y locuacidad y, al efecto, mandaron cortarle los dedos de las manos y de los pies. Después, con inaudita barbarie, los tiraban a los cuatro vientos o se los arrojaban al rostro, diciéndole con ironía cruel:

—Conforme a lo que tú dices, hemos sembrado los dedos de tus pies y de tus manos; espera, pues, y, cuando llegue el tiempo de la recolección, podrás cosechar dedos en abundancia.

—No necesito multitud de manos y dedos —respondió Jonás—; Dios, que me ha creado, devolverá el día de la resurrección la integridad a mi cuerpo glorioso.

A estas palabras, los jueces, más y más enfurecidos, mandaron derretir pez en una gran caldera. Entretanto, Jonás fué metido en un saco con la cabeza afuera y de ella arrancaron el cuero cabelludo. Al terminar tan horrorosa faena le cortaron la lengua. Cuando la pez estuvo derretida sumergieron al santo mártir en la caldera; pero Dios le protegió milagrosamente; pues, a medida que le introducían, la pez líquida se apartaba y se salía de la caldera, de modo que el glorioso mártir quedó libre y sin lesión.

Jueces y verdugos, al ver un portento tan inesperado, no volvían en sí de su asombro, pero temían mucho la ira del rey y amaban en demasía al mundo para convertirse. A tanto llegó su perversión y refinada crueldad que hicieron traer una prensa de madera, colocaron a Jonás bajo el tornillo y, haciéndola girar con fuerza, trituraron todos los miembros del valeroso guerrero de Cristo, que entregó plácidamente su bendita alma al Señor. Su sagrado cuerpo, destrozado y palpitante aún, fué descuartizado y arrojado a un lago profundo.

MUERTE DE BARAQUISIO

TRAS combates tan rudos, el bienaventurado Jonás alcanzó por fin la gloriosa palma del martirio y la felicidad de los cielos.

Los jueces ordenaron entonces que compareciese ante ellos su hermano Baraquisio y le hablaron simulando gran ternura y sentido afecto:

—Compadécete de tu cuerpo, Baraquisio, y no te expongas sin razón a perderte.

—No soy yo quien me he formado —respondió el siervo de Dios— y no pretendo perderme. El Señor, que me ha dado la vida, me resucitará con su poder y me librará de vuestras manos y de las de vuestro inicuo rey, el cual no conoce a Dios, su Creador, sino que defiende y sigue el partido del demonio y se esmera en cumplir su voluntad.

Dos de aquellos principales magos se levantaron al oír estas palabras y le dijeron airados:

—Estamos injuriando al rey de reyes, a Sapor, por aguantar a este hombre. En su obstinación terca a nadie teme.

Volviéronse después hacia Baraquisio, ordenaron que le arrojasen en un zarzal espinoso y preparasen cañas puntiagudas y se las fuesen hundiendo en las carnes a fuerza de golpes. Finalmente, para aumentar más los dolores de este suplicio, ordenaron que le arrancasen uno a uno los pedazos de caña, desgarrando sus delicadas carnes. Todo lo padeció con gran constancia el esforzado Baraquisio, que finalmente —al igual que su hermano— fué colocado bajo la prensa que trituró su cuerpo. Cuando lo retiraron, como respirase aún, vertieron pez derretida por su boca y garganta. En este último suplicio, el alma del héroe cristiano fué a unirse al ejército glorioso de los mártires.

Un amigo suyo, llamado Abdisotas, hombre de gran piedad, enterado de que Jonás y Baraquisio habían derramado su sangre por Jesucristo, pasando a mejor vida, se encaminó al lugar donde sus cuerpos habían sido arrojados y consiguió que los guardianes se los dejasen, mediante la entrega de quinientos mil daríos —moneda persa— y tres vestidos de seda. Y no

tan sólo rescató los cuerpos de los santos Jonás y Baraquisio, sino también los de los nueve cristianos martirizados dos días antes. Los guardianes, por temor a las represalias del rey y para evitar que su venta fuese descubierta a las autoridades, obligaron a Abdisotas bajo juramento a guardar el mayor secreto.

La historia de estos mártires nos ha sido transmitida, casi en los mismos términos que la acabamos de relatar, por Isaías, hijo de Adán, caballero de la corte del rey Sapor. «Como mero espectador —dice— he asistido a los diversos interrogatorios y numerosos suplicios de los gloriosos mártires, y me he limitado a narrar escrupulosamente lo que he presenciado y oído desde el principio hasta el fin».

SANTORAL

Santos **Jonás y Baraquisio, mártires en Persia;** *Eustasio, abad de Luxeuil; Marcos, obispo de Aretusa; Cirilo, diácono y mártir; Bertoldo de Malafuida, primer Superior General latino de la Orden carmelitana;* Armogasto, Másculas, Arquimimo y Saturo, martirizados por el rey vándalo Genserico; Pastor, Victorino y compañeros, mártires en Nicomedia; Segundo, mártir en Asti; Aulo, obispo de Viviers; Eustato, obispo de Brusa; Quirino, mártir en Roma en 269, y Saturnino, en Nicomedia. Los Beatos *Raimundo Lulio, llamado «el Doctor iluminado», filósofo y mártir;* Carlomán, hermano del rey Pipino el Breve; Baltasar Sánchez. Beata Beatriz de Silva, que fundó en Toledo la Congregación de la Inmaculada Concepción.

SAN EUSTASIO, abad de Luxeuil. — Vino al mundo en el seno de una distinguida familia de Borgoña, a fines del siglo VI. Tuvo desde la infancia gran facilidad y predilección para las letras y la virtud. Se retiró a la soledad y se puso bajo las órdenes de San Columbano, que acababa de fundar la abadía de Luxeuil. Perseguido este santo abad por la reina Brunequilda, tuvo que refugiarse en una región de la Austrasia, que hoy corresponde a Suiza. Eustasio siguió a su abad y, pasado algún tiempo, le sustituyó en el gobierno de la abadía, que llegó a contar más de quinientos monjes, atraídos por la fama de santidad de su nuevo abad. Predicó a los bávaros y bohemios y obtuvo muchas conversiones. Clotario II aumentó los bienes y privilegios de la abadía de Luxeuil. Después de un mes de grave y dolorosa enfermedad se durmió en el Señor el 29 de marzo del año 625, a los setenta de edad. Dios le favoreció con el don de milagros en vida y después de su muerte.

SAN MARCOS, obispo de Aretusa. — En el siglo IV, reinando Constantino el Grande, Marcos ocupó la sede episcopal de Aretusa (Siria). Constancio, hijo y sucesor del emperador, quiso exterminar a todos los parientes de la línea de su padre; Marcos logró salvar a un sobrino del asesino; este niño era Juliano el Apóstata. Por debilidad aceptó Marcos el arrianismo, pero luego se convirtió en uno de los más ilustres confesores de Jesucristo. Juliano, sucesor de Constancio, iba extendiendo el paganismo por las ciudades que conquistaba en su guerra

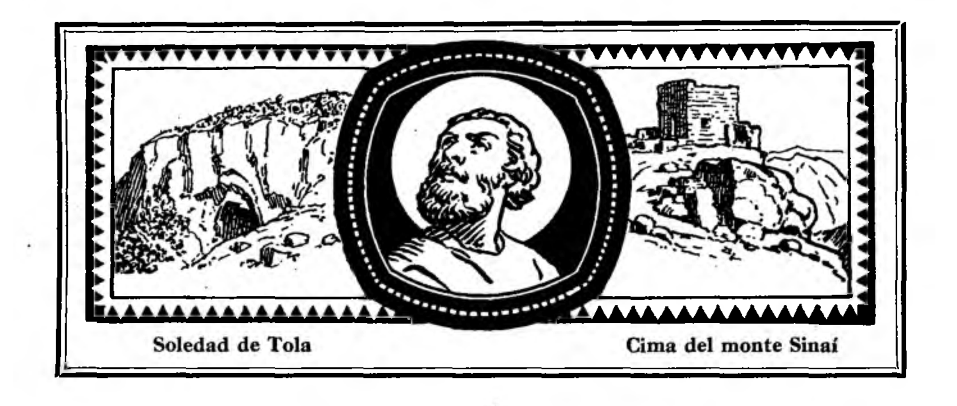
contra los persas. Aretusa, una de estas desventuradas ciudades, olvidó completamente la fe y doctrina enseñada por Marcos. Los que permanecieron firmes en confesar a Jesucristo fueron perseguidos y atormentados. Marcos fué maltratado bárbaramente. El populacho le arrastró por calles y plazas, tirándole de los cabellos, brazos y piernas; le desnudaron, le azotaron, le pincharon con puntas aceradas y le ataron con cuerdas que penetraron hasta los huesos. Con su constancia logró la admiración y conversión de sus verdugos. Llegó a curar, pero murió poco después en la paz del Señor.

SAN CIRILO, diácono y mártir. — Era un diácono de la ciudad de Heliópolis, que se había distinguido por su celo en propagar la doctrina de Jesucristo en tiempos de Constantino el Grande. Pero cuando Juliano se aproximaba a los pueblos del Asia con ocasión de la guerra contra los persas, los habitantes de esas comarcas se levantaron contra los cristianos, vengándose especialmente de Cirilo, a quien mataron con encarnizamiento, y cuyo hígado se comieron después del martirio. Dios castigó a estas fieras humanas haciendo que se les cayeran los dientes, se les gangrenara la lengua y se les vaciaran los ojos. Era hacia el año 362.

SAN BERTOLDO DE MALAFAIDA, primer Prior General de la Orden Carmelitana. — Oriundo del Alto Lemosín (Francia), siguió a los primeros cruzados a guisa de peregrino y con aprestos de guerrero. Tomada Jerusalén por los soldados de Godofredo de Bullón, Bertoldo sintió deseos de nuevas victorias, pero esta vez con vistas a la conquista del reino de los cielos. La vida angelical de los moradores del monte Carmelo era para él de atractivo irresistible. Vistióse de monje y así se presentó a las puertas de esa ciudad celestial, que le recibió con los brazos abiertos.

Hizo tales progresos en el camino de la perfección, que los demás monjes le tomaron por director y maestro. Bertoldo, según la costumbre latina, adoptó el nombre de Prior General. Comenzó por reunir en un monasterio a todos los monjes dispersos en distintos lugares o cavernas del Carmelo y restableció la observancia y disciplina religiosas según las normas dadas por su hermano Aimerico, Patriarca de Antioquía. El ingreso de otros cruzados le obligó a edificar nuevos monasterios. Fomentó de un modo especial la devoción a la Virgen María y estableció en la Orden la fiesta de la Inmaculada Concepción. Después de 45 años de generalato murió el 29 de marzo de 1198, a los 115 años de edad, y su obra, que aun perdura, ha sido más durable y positiva que la de sus compañeros de armas.

BEATO RAIMUNDO LULIO, mártir. — Hijo de linajuda familia barcelonesa, vivió en Mallorca, en cuya isla había nacido entre 1232 y 1235. Durante su juventud se entregó a galanteos y pasatiempos frívolos. Hacia los treinta años cambió de conducta y se dedicó a una vida de contemplación y aun a las misiones, pues tenía honda pena porque el «Amor no es amado». Su afán por convertir infieles le llevó a emprender numerosos viajes. Sobresalió por su talento y escritos filosóficos, principalmente por su «Arte Magna». Se le llama «el Doctor iluminado». Parece que murió apedreado, en Bugía, centro de su apostolado entre los infieles.


Soledad de Tola — Cima del monte Sinaí

DÍA 30 DE MARZO

SAN JUAN CLIMACO

SOLITARIO Y ABAD DEL MONTE SINAÍ (550? - 635?)

SAN Juan, apellidado «Clímaco» o «el Clímaco» por el título de su preciosa obra la *Escala del Paraíso* —en griego *è Klímax tou paradeisou*—, es considerado en Oriente como uno de los principales escritores ascéticos. Si sus escritos han permanecido durante varios siglos ignorados de la Iglesia de Occidente, en cambio es de notar que desde el siglo VII se le cita tan frecuentemente en Oriente como a los santos Basilio, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo.

Según la liturgia griega, inspirada en los escritos antiguos, Juan debió nacer en Palestina hacia el año 550 e ingresó, al parecer, en la vida monástica, a los dieciséis años. Su biografía fué escrita por Daniel de Raite, sólo con la idea de conseguir sirviera de edificación; declarando, por otra parte, que nada sabía tocante a los primeros años de nuestro Santo.

Juan necesitaba un valor heroico para practicar, desde sus primeros pasos en la vida perfecta, lo que él mismo recomendará en el ocaso de su vida, es a saber: subir los peldaños de la «escala» de la santidad.

Podemos representárnoslo —con su primer biógrafo—, internándose en una de esas Tebaidas cuyos moradores vivían consagrados sin descanso a la penitencia, a la práctica de todas las virtudes, al trabajo continuo y a la meditación de las verdades eternas.

FERVOROSO NOVICIADO. — PROFESIÓN

DADO ya de lleno a la vida de perfección, Juan determinó escoger un director que pudiese guiar sus pasos por el estrecho sendero del bien. Ninguno le pareció ni más sabio ni más prudente que el venerable Martirio, hombre entrado ya en años y de eminente perfección. Informado éste por una luz sobrenatural de la rica joya que se le confiaba, aceptó gustoso tan honorífica misión. El discípulo, digno del maestro, iba caminando a pasos agigantados por la senda de la santidad. La contemplación de la naturaleza elevaba su espíritu hacia el Criador, con quien vivía en unión continua.

Muerto a sí mismo y a su propia voluntad, ponía sus delicias en la obediencia ciega y pronta a las órdenes e insinuaciones de su consumado director. La obediencia y la oración fueron las dos alas con las cuales volaba por las regiones más encumbradas de la santidad, vuelo que era más raudo a medida que se acercaba el día solemne de entregarse a Dios de modo definitivo e irrevocable. Llegó por fin la hora suspirada, tras cuatro años de pruebas y de generosos esfuerzos.

El santo abad Stratego, que se hallaba presente, exclamó transportado del espíritu profético: «Estoy viendo que Juan ha de ser, con el tiempo, una antorcha resplandeciente en el mundo».

Algunos días más tarde, Martirio, acompañado del recién profeso, visitó al solitario Anastasio, que llenaba el ambiente de la Tebaida con el aroma de sus virtudes. Apenas estuvieron en su presencia, dirigiéndose a Martirio, le dijo:

—¿No eres tú, por ventura, el que ha tenido la dicha de admitir a este monje a la profesión religiosa?

—Tú lo has dicho — respondió Martirio, manifestando ostensiblemente el gozo que inundaba su alma.

—No olvides —prosiguió el solitario— que acabas de consagrar a Dios un futuro abad del Sinaí.

Deseoso, sin duda, de comprobar si el espíritu de Dios hablaría por tercera vez, Martirio condujo a su discípulo al desierto de Gudda para recibir la bendición de otro anacoreta célebre, Juan el Sabaíta, es decir, «discípulo de San Sabas».

No bien divisó este gran siervo de Dios a los dos visitantes, bendijo al Señor y, llegados que hubieron, lavó primero los pies de nuestro Santo y a continuación los de su maestro. Extrañado Martirio de semejante proceder, preguntóle la causa:

—Es que tengo delante de mí a un futuro abad del Sinaí — respondió el anacoreta levantando los ojos al cielo.

MUERTE DE MARTIRIO. — SAN JUAN CLÍMACO, ANACORETA

LOS años corrían. Martirio, lleno de días y merecimientos, expiró dulcemente en los brazos de su hijo espiritual.

Privado de tan bondadoso padre, Juan determinó internarse en el desierto para pasar el resto de sus días en el retiro más completo, a semejanza de los anacoretas. El dominio de sus pasiones por un lado, su desprendimiento de las cosas de la tierra y su admirable espíritu de oración, por otro, le facilitaban este género de vida. Con todo, antes se aconsejó de un anciano llamado Jorge Arsiloito, bien convencido de que nadie es buen juez en la propia causa. Libre por este medio de toda ilusión del amor propio, descendió de la montaña del Sinaí y se retiró a la soledad de Tola.

Allí tomó para celda una gruta profunda y silenciosa, perforada en la roca. Una cruz de madera, una mesa de cuatro tablas toscas, el libro de las Sagradas Escrituras y algunas obras de los Santos Padres, eran toda su riqueza. No muy distante de aquel lugar vivían diseminados, entre las rocas y asperezas del Sinaí, otros monjes que se reunían los sábados y domingos para rezar en común el oficio divino, en una iglesia que había hecho edificar el emperador Justiniano en honor de la Santísima Virgen.

EL DIABLO Y EL SOLITARIO

ENVIDIOSO de su gran santidad, el demonio, cual león rugiente, rondaba en torno de su presa para devorarla; pero todo fué en vano, pues su inolvidable maestro, desde el cielo velaba por su ovejita. Nuestro Santo permanecía firme en medio de las mayores tempestades, y contaba las victorias por el número de combates.

Por eso pudo darnos este consejo en su célebre tratado:

—No temáis los ruidos vanos y fantásticos de que se sirve el demonio para asustaros, pues el verdadero amante de la penitencia no teme estos fantasmas y en manera alguna es turbado ni conmovido... Hallándome cierto día sentado en mi celda, sentí mi corazón presa de un gran desaliento, bulléndome en el magín la idea de abandonar el retiro. Mientras mi alma se hallaba agitada por esta tentación, unos desconocidos, que trabaron conversación conmigo, ensalzaron de tal modo las excelencias de la vida de silencio y soledad, que mi desaliento al punto se desvaneció, cediendo el puesto a la vanagloria... Admiré en esta ocasión cómo el demonio de la vanidad, semejante a un tridente que tiene la punta del medio más larga que las otras, hace guerra a los demás demonios.

Para resistir y triunfar de las tentaciones, castigaba Juan su cuerpo con los rigores de la abstinencia; combatía la vanagloria con el retiro y silencio continuos; ahuyentaba al demonio de la pereza con la meditación frecuente de la muerte y, por último, se ejercitaba en el desprendimiento de los bienes terrenos mediante la práctica de la caridad que usaba con los pobres, a quienes ofrecía el fruto de su trabajo. Mostraba en todo una gran discreción y prudencia. No se privaba de ninguna clase de alimentos compatibles con su estado; pero los tomaba siempre en poca cantidad, en cuanto eran suficientes para sostener la vida corporal y sólo de la calidad que su condición le permitía aceptar. Era esto —según decía— excelente medio para combatir las rarezas y la vanagloria.

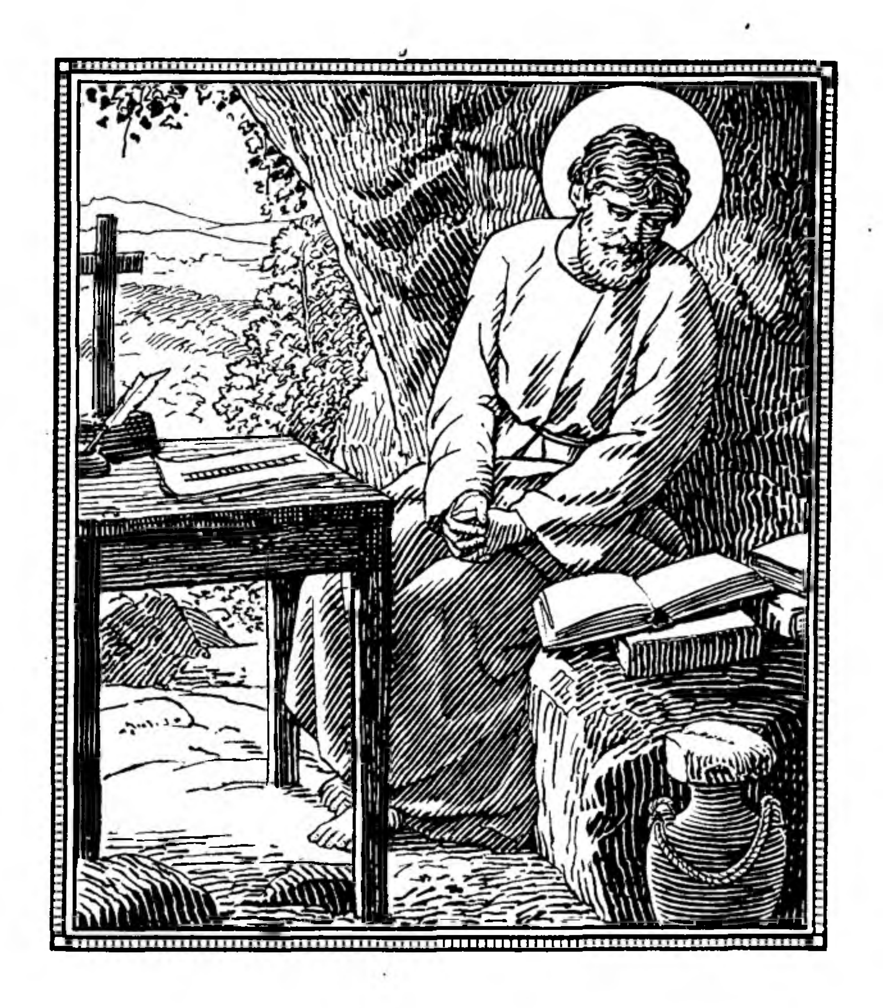
Para aniquilar en su corazón el afecto a lo terrenal, se desprendía de todas las cosas, hasta de las necesarias, que ganaba con su trabajo, y las daba a los pobres.

ESPÍRITU DE ORACIÓN. — DON DE LÁGRIMAS

EL desprendimiento perfecto del mundo material le hacía soberanamente apto para la vida interior y le permitía elevarse libremente a Dios por la oración y contemplación continuas. A veces era arrebatado en éxtasis sublimes; entonces, el cuerpo, dócil a los impulsos de su alma, parecía exento de las leyes de la materia, como se observa con frecuencia en la vida de los Santos, aun en los de nuestros días; y, elevado de la tierra, seguía al espíritu en su vuelo hacia Dios y conversaba suavemente con los ángeles sobre los misterios de nuestra santa fe.

Este espíritu de oración tan perfecto engendraba en su corazón un amor apasionado por la soledad; las grutas más alejadas y más recónditas de la montaña tenían para él encanto indecible; allí esquivaba todas las miradas para contemplar más atentamente la belleza increada; allí pasaba con frecuencia horas enteras absorto en Dios, que le descubría, en íntimo coloquio, los secretos más admirables del cielo y del orden sobrenatural de la gracia.

El Señor le concedió además otro favor no menos señalado: el don de lágrimas. Sus ojos se trocaban en fuentes inagotables de donde brotaban a diario torrentes de lágrimas que purificaban más y más su alma. «Derramábalas en secreto, afirma su historiador, porque temía ser notado por los anacoretas, sus vecinos». Para cerrar la entrada en absoluto a la vanagloria, se apartaba y retiraba a un antro oscuro, que aun se ve al pie de la montaña, y allí se entregaba, día y noche, a las efusiones de su alma, como si hubiese querido ahogar en un mar de lágrimas todos los crímenes de los pecadores.



SAN *Juan Clímaco persevera en el apartamiento con gran alegría y fervor de espíritu. Vive de la oración y nunca está ocioso. Para que la aspereza y la soledad no le puedan vencer, escribe libros como la* Escala Espiritual, *por la que pueden subir los hombres a la cumbre de la perfección.*

VISITA A LOS SOLITARIOS DE EGIPTO. — NUEVO JUAN BAUTISTA

ADEMÁS de las luces sobrenaturales que recibía en sus éxtasis y arrobamientos. Juan alimentaba su espíritu con la lectura de las Sagradas Escrituras y de las sentencias de los Santos Padres. «Gustad —decía frecuentemente—; gustad de los manjares exquisitos que la bondad divina os ha dispuesto copiosamente en esta mesa que se llama la Biblia; saboread, también, a vuestro gusto el pan delicioso de las verdades eternas que los Santos Padres os parten con tanta abundancia». Pero el simple estudio de las obras de espiritualidad no bastaba; Juan quiso conocer y admirar prácticamente las virtudes de los antiguos Padres del yermo en sus descendientes. Con este fin partió para Egipto.

En este viaje recogió los interesantes relatos que admiramos en la *Escala Santa* acerca de los solitarios de Egipto. Así como la industriosa abeja va libando de las más variadas flores el rico néctar con que fabrica la miel, del propio modo nuestro piadoso peregrino, visitando las soledades de Egipto, hizo gran acopio de enseñanzas con las que a su vuelta enriqueció a las multitudes. Cautivadas éstas por el encanto misterioso de su santidad, acudían de todas partes a exponerle sus miserias y oír sus consejos. Cual nuevo Juan Bautista dirigía a todos, sin distinción de clases, palabras llenas del espíritu de Dios; trazaba a cada uno un plan de vida, según sus necesidades. Su sola bendición curaba a los enfermos, fortalecía a los débiles, consolaba a los afligidos, conmovía a los empedernidos y los convertía con más eficacia que con los argumentos más sólidos de la ciencia.

Vivía en aquellos parajes un fervoroso solitario, llamado Moisés, el cual, movido del deseo de imitar a Juan Clímaco, quiso ser su discípulo y vivir bajo el mismo techo. Temiendo no ser atendido, supo interesar en su causa a varios Padres del yermo. Nuestro Santo pensó que debía acceder a sus ruegos y le recibió en su compañía. Dios nuestro Señor manifestó por medio de un milagro cuán agradable le había sido esta obra de caridad.

Un día Juan ordenó a su discípulo que recogiese tierra de excelente calidad que había en un lugar apartado y la llevase a un huertecito en donde cultivaba unas pocas legumbres. Moisés no se hizo rogar, antes con gran alegría, presteza y exactitud ejecutó el mandato de su maestro. Extenuado de fatiga y para librarse del ardiente sol que caía a plomo sobre su cabeza descubierta, retiróse Moisés bajo un corpulento peñasco y allí se durmió. En aquel preciso momento, Juan se hallaba en oración en su celda y, habiéndose adormecido ligeramente, creyó ver a un hombre de aspecto venerable que le despertaba, diciendo:

—¿Qué haces, Juan, siervo mío? ¿Te es lícito permanecer tranquilo cuando Moisés, tu discípulo, está en peligro de perder la vida?

Al oír estas palabras, el bienaventurado solitario, lleno de estupor, se echa de hinojos y conjura a Dios nuestro Señor proteja a «su ovejita» (así solía nombrar a su amado discípulo).

El Señor atendió su oración y Moisés volvió sano y salvo a su retiro. Al verle, preguntóle Juan si no le había ocurrido nada durante su ausencia.

—Padre, he estado a punto de ser aplastado bajo una enorme mole que se desprendió de una roca al pie de la cual dormía yo profundamente; oí que me llamabas y salí precipitadamente de mi escondite lleno de gran espanto. Apenas di algunos pasos, un estruendoso crujido atronó aquellas soledades: era el peñasco que se abría y que dejó ir una piedra que pasó justamente por el lugar donde yo había estado descansando.

Oído el relato, Juan guardó silencio y por humildad no quiso descubrir a su discípulo la visión con que el Señor le había favorecido. Pero ambos solitarios entonaron un cántico de acción de gracias por tan señalado beneficio.

PODER DE SAN JUAN SOBRE LOS DEMONIOS. — LA CALUMNIA

UNA vez más quiso manifestar el Señor el poder de su fiel siervo sobre el espíritu de las tinieblas.

Cierto día, un solitario llamado Isaac sentíase atormentado de tal modo de pensamientos sensuales, que desesperado casi y no pudiendo resistir a la violencia, huyó, aunque derramando un mar de lágrimas. La gracia divina le condujo a la celda del bienaventurado Juan: «Padre mío —exclamó, arrojándose a sus pies—, en nombre de Dios Todopoderoso, líbrame del verdugo que me atormenta desde hace mucho tiempo. ¿No ves al espíritu satánico que se empeña con increíble terquedad en mancillar mi alma con el sucio deleite de la impureza? Tu valimiento ante Dios es grande; habla y mi alma quedará sana.

—La paz sea contigo, hermano —respondió el santo anacoreta—; ten confianza y la victoria será segura».

Dicho esto se pusieron ambos en oración y al poco rato el rostro de Juan tornóse resplandeciente, iluminando con claridad celestial los rincones todos de su lóbrega mansión. El resplandor aumentaba a medida que su unión con Dios era más íntima, oyéndose bramidos siniestros que llenaban de espanto al monje atribulado. Acabada la oración, levantóse Isaac completamente libre de su achaque espiritual: renació la calma en su alma y se disipó la tentación definitivamente.

sipo la tentacion definitivamente.

Signos tan evidentes de santidad, ¡oh miserable naturaleza!, antes atrajeron a Juan Clímaco envidias y contradicciones de sus Hermanos, que admiración y respeto. «El demonio —leemos en el libro de Job— se desliza y penetra a veces entre los hijos de Dios». En efecto, algunos solitarios, envidiosos del bien que Juan hacía con sus instrucciones, o creyendo de buena fe remediar un mal que no existía, pretendieron paralizar y aun destruir la influencia benéfica del célebre anacoreta, acusándole de orgulloso, charlatán, quebrantador del silencio y perturbador del recogimiento. Para bien de los descarriados, el humilde siervo de Dios juzgó prudente callar y encerró en su celda los tesoros y raudales de ciencia que hasta entonces había derramado por pura caridad y celo apostólicos. Algún tiempo más tarde, avergonzados sus mismos enemigos de su mal proceder, se presentaron al santo ermitaño, implorando perdón y rogándole que abriese otra vez su boca de oro, fuente de oráculos celestiales.

Juan, cuya alma rebosaba caridad encendida y humildad profunda, continuó recibiendo a cuantos acudían a él, prodigándoles sus consejos y consuelos.

ABAD DEL SINAÍ. — MUERTE

ACERCÁBASE el día en que iban a verse cumplidas las predicciones de Anastasio y Juan el Sabaíta. Muerto el abad del Sinaí, los monjes se congregaron en la iglesia para elegir su sucesor.

«El bienaventurado Juan Clímaco —dice Daniel de Raite—, adornado de todas las virtudes en grado eminente, con gran alegría de todos los monjes, fué elegido por unanimidad abad del monasterio del Sinaí. Todos le tuvieron por nuevo Moisés que había de guiarlos en la vida espiritual. De nada le sirvieron las protestas y resistencia de su humildad, pues convenía fuese colocado sobre el candelabro como luz brillante, para que iluminase a todos los moradores de la casa.»

Contaba a la sazón 75 años. Un nuevo milagro confirmó su elección a la dignidad abacial. Así lo relata un testigo ocular.

«Cuando San Juan Clímaco fué elegido nuestro superior y abad, llegaron numerosos huéspedes al monasterio. Durante la comida vióse a un maestresala, tocado con larga túnica blanca al estilo hebreo, dirigir con perfecto orden y gran contentamiento de todos el servicio de la casa. Terminada la comida y retirados los convidados, buscóse por todas partes al desconocido para recompensarle sus buenos servicios, pero todo en vano. «No le busquéis más —nos dijo entonces nuestro Padre—, pues el Señor y Dios de Moisés se dignó ordenar en persona lo necesario para ejercer la hospitalidad en el lugar que le está particularmente consagrado.»

Poco tiempo después de su elevación al cargo de Superior, compuso —a petición del solitario Juan de Raite, que debía ser su comentarista— su *Escala Santa,* obra mística y ascética, cuyo título le sugirió la escala de Jacob por la que subían y bajaban los ángeles.

Dividida en 30 gradas o peldaños en memoria de los 30 años de la vida oculta del Salvador, toma al hombre en la grada inferior de la «vida purgativa» y le conduce hasta la cumbre de la «vida unitiva». Es una obra maestra del ascetismo cristiano por su doctrina, lógica y elocuencia. Para algunos críticos, el *Libro para el Pastor,* que primitivamente formaba parte de la «Escala», es como otro tratado; en él parece demostrar que el autor conocía la *Regla pastoral* del papa San Gregorio Magno. La «Escala Santa» no fué publicada en su texto griego original hasta el año 1633, en que lo realizó un impresor de París.

En España gozábamos ya de una magnífica traducción que del latín había hecho el Maestro Fray Luis de Granada para regalo y provecho de muchos, enriquecida además con algunas declaraciones y anotaciones suyas.

Esta obra contiene todo el progreso de la vida espiritual, desde la primera conversión hasta la perfección más elevada. En cada uno de los treinta escalones que abarca, se recorre una virtud. Comienza con la renuncia y menosprecio del mundo, y sigue con la mortificación de las pasiones y aficiones, la verdadera peregrinación, la obediencia, la penitencia, el recuerdo de la muerte, la perfecta compunción del corazón, la perfecta mortificación de la ira y la mansedumbre, el olvido completo de las injurias; evitar la detracción o murmuración, la locuacidad; desterrar la mentira, la pereza, la perversa señora gula y practicar el ayuno, la castidad incorruptible; apartar la avaricia y arrimarse a la pobreza; trata después de la muerte espiritual antes de la del cuerpo, de la oración, de las vigilias, del temor servil, de la vanagloria, de la soberbia, de la blasfemia; de la humildad, vencedora de todas las pasiones; de la discreción para conocer los pensamientos, los vicios y las virtudes. Por último, se eleva a la sagrada quietud del cuerpo y del alma, a la unión con Dios en la oración y a la bienaventurada tranquilidad terrenal de que goza el alma adornada de todas las virtudes. Esta tranquilidad mostró tener San Pablo cuando dijo que poseía en su alma el espíritu de Dios.

Habiendo regido con gran acierto durante cuatro o cinco años el monasterio del Sinaí, Juan volvió a su ansiada soledad de Tola, hacia la cual se sentía atraído más y más a medida que avanzaba en años. No tardó en caer gravemente enfermo, y, en pocos días, una enfermedad maligna le condujo a la tumba. Momentos antes mandó llamar al abad Jorge, su sucesor en el gobierno del monasterio, dióle cita para antes de un año en el cielo, cerró los ojos a la luz del día y entregó su bella alma en manos del Criador hacia el año 635.

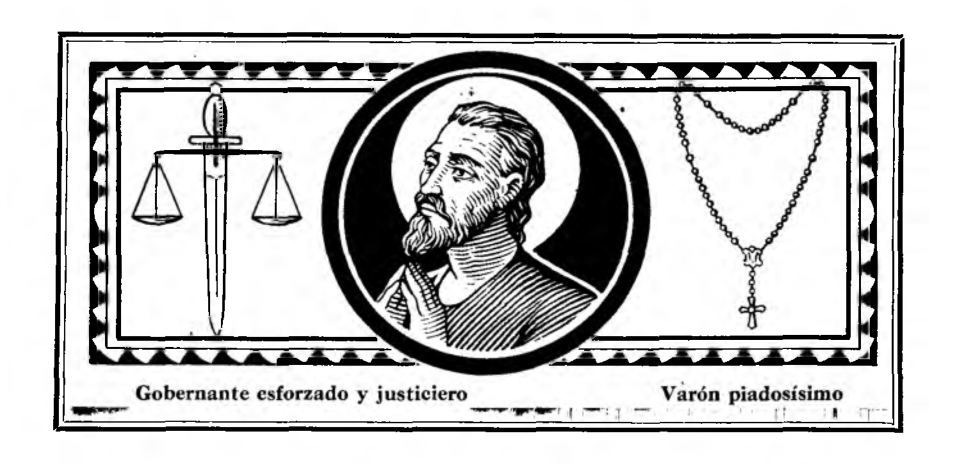
SANTORAL

Santos **Juan Clímaco, abad;** *Quirino, tribuno y alcaide de la cárcel de Roma; Víctor, Domnino y compañeros, mártires en Tesalónica; muchos Santos Mártires en Constantinopla;* Régulo, obispo de Arlés; Pastor, obispo de Orleáns; Zósimo, obispo de Siracusa; Job, profeta; Juan del Pozo, llamado así porque vivió durante diez años en un pozo, adonde, según la leyenda, le llevaban la comida los ángeles; Verón, confesor. Beatos Morico, compañero de San Francisco de Asís; Domingo, dominico, honrado en Cataluña; y Joaquín, abad de Corazzo (Italia) y fundador. Santas Eubula, madre de San Pantaleón; Verona, hermana de San Verón, honrados en Bélgica; Agatonia, Aquilina y Eulalia, mártires, compañeras en el triunfo de los santos Marcelino, Satulo y Saturnino.

SAN QUIRINO, mártir. — Durante las persecuciones del siglo II fué encarcelado el papa San Alejandro, y puesto bajo la custodia de Quirino. Éste, iluminado por la luz de la fe, se convirtió al catolicismo y recibió las aguas bautismales de manos del mismo Pontífice. El juez Aureliano llegó a tener noticia de esta conversión y llamó a su presencia al carcelero, el cual se mantuvo constante en la fe a pesar de las amenazas. Aureliano mandó que le cortasen la lengua, las manos y los pies; y, como si esto fuese poco, Quirino fué, finalmente, puesto en el potro y degollado. Era el año 130 de Jesucristo y mandaba el emperador Adriano.

SANTOS VÍCTOR, DOMNINO y compañeros, mártires. — Fueron martirizados en Tesalónica en tiempos del emperador Maximiano. Su martirio fué largo, pues primeramente les cortaron los brazos y las piernas, y luego, por espacio de los siete días que aun vivieron después de este tormento, tuvieron que soportar las molestias de un calabozo inmundo y asqueroso, desde el cual sus almas, purificadas y hermoseadas por el martirio, volaron al cielo, a principios del siglo IV, a recibir la corona de los predestinados.

CONMEMORACIÓN DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES en Constantinopla. — Por los años de 351, y en tiempo del emperador Constancio, fueron martirizados en Constantinopla por orden del heresiarca Macedonio. Los tormentos a que este tirano sometió a sus pobres víctimas son de una crueldad inaudita. Entre ellos menciona el Martirologio Romano el de arrancar los pechos de las mujeres católicas. Poníanlos encima del borde de un cofre y, dejando caer de golpe y con gran fuerza la cubierta, los hacían pedazos; lo que quedaba era quemado con un hierro candente.



DÍA 31 DE MARZO

SAN NICOLAS DE FLÜE

ANACORETA Y CONFESOR (1417 - 1487)

EL bienaventurado Nicolás, cuyo apellido alemán de Flüe corresponde en castellano al de «la Roca», nació el 21 de marzo del año 1417 en un pueblo de Suiza, llamado Sachseln, perteneciente al cantón católico de Unterwald.

Era su familia una de las más nobles y antiguas del país, distinguida entre los suizos en el dilatado espacio de más de cuatrocientos años, no sólo por una especie de bondad, que era como hereditaria en ella, sino por el desempeño de los primeros cargos de la nación, entre los cuales se hallaba el de juez y consejero superior.

Nicolás dejó de ser niño tan presto, que parecía haberse anticipado la piedad a la razón, así como la razón a la edad. Notóse desde luego en él un juicio tan maduro, un entendimiento tan claro y una prudencia tan superior a sus años que se creyó había logrado el uso libre de la razón antes de salir de la cuna, contra las reglas ordinarias de la naturaleza.

A vista de tan felices disposiciones para la virtud, se dedicaron sus padres con particular cuidado a educarle en los piadosos principios de la religión; pero su bella índole no había menester muchos preceptos. Nicolás sólo hallaba gusto en hacer oración y leer vidas de Santos.

Frutos bellos de su inocencia fueron la sinceridad, la modestia y el candor; rendido siempre a sus padres, no tenía más voluntad que la suya. Aunque era de complexión débil y de un genio extraordinariamente apacible para los demás, comenzó muy presto a ser duro y riguroso para consigo. Movido del ejemplo de su patrón San Nicolás, ayunaba regularmente cuatro veces a la semana y mortificaba su delicado cuerpecillo con otras muchas penitencias.

En aquellos tiempos las riquezas de Suiza consistían principalmente en ganados, granjas, pastos y dehesas; por lo que era ordinario que los jóvenes e incluso los hijos de familias acomodadas y ricas se ocuparon en el inocente oficio de pastores. El grande amor que nuestro Nicolás profesaba a la soledad y a la oración, le hacía hallar todas sus delicias en el apartamiento, y hubiera tomado este apacible oficio si la total subordinación a la voluntad de sus padres no sirviese de estorbo a la ejecución de un intento tan conforme a su inclinación y genio. La vista de los campos le inspiraba tanto amor al desierto, que desde luego se hubiera retirado a él; pero quería el Señor que Nicolás fuese modelo de perfectos cristianos en diferentes estados.

CONTRAE MATRIMONIO

NO obstante el deseo que tenía de mantenerse en el estado del celibato, Nicolás se vió precisado a sacrificar su natural repugnancia en obsequio de la obediencia y, por condescender con sus padres, consintió en contraer matrimonio con una virtuosa doncella, llamada Dorotea; y, como era Dios el autor de esta dichosa boda, ni la unión pudo ser más estrecha ni el matrimonio más feliz. Pegáronse presto a Dorotea todas las virtuosas inclinaciones y todos los devotos ejercicios de su esposo; y por el arreglo de las costumbres, las obras de caridad, la concordia de las voluntades, el buen régimen y la modestia de la familia, aquel hogar parecía una casa religiosa. Nicolás, sin aflojar en sus penitencias ordinarias, iba creciendo cada día en devoción.

Levantábase regularmente a media noche y pasaba en oración más de dos horas. Encendíase más y más por instantes la tierna devoción que profesaba a la Santísima Virgen, devoción que parecía ser en él como otra naturaleza, pues era muy rara la conversación en que no hablara, como hombre verdaderamente arrebatado, de las excelencias, del poder y de la bondad de esta tiernísima Madre. Traía continuamente en la mano el rosario, que rezaba muchas veces cada día, siendo ésta la devoción de su cariño y la que llenaba todos los espacios que le dejaban libres las demás ocupaciones. Su confianza en la soberana Reina de los Ángeles era absoluta, y aun se dice que muchas veces en el decurso de su vida recibió la visita de esta celestial Señora.

Favorecióle el Señor con diez hijos, cinco varones y cinco hembras. A todos dió con sus instrucciones y ejemplos tan bella educación, que tuvo el consuelo de dejarlos herederos, más de un rico tesoro espiritual que de bienes materiales. Juan, su primogénito, y Gauterio, el tercero de sus hijos, fueron sucesivamente gobernadores del cantón y desempeñaron con honor este empleo. Nicolás, el menor de todos, fué uno de los más ejemplares sacerdotes de su tiempo; y toda aquella santa familia acreditó la eminente virtud de su bienaventurado padre.

SOLDADO Y HOMBRE DE ESTADO

POR las leyes del país se vió obligado Nicolás a prestar servicio de armas por algún tiempo; y pareció que la divina Providencia le había conducido al ejército para contener las licencias de los soldados y dar a todos raros ejemplos de perfección cristiana. Un día, queriendo sus conciudadanos quemar el convento de Caterinental, en el que se había refugiado la tropa enemiga, Nicolás se opuso enérgicamente:

—Hermanos —les dijo—, no manchéis con la crueldad la victoria que Dios os ha hecho conseguir.

Gracias a su intervención se salvó el convento.

Era naturalmente esforzado, intrépido y excelente oficial. Quisieron premiar sus virtudes y servicios y le eligieron juez y consejero superior, a pesar de su resistencia. Desempeñó ambos cargos durante diecinueve años, cumpliendo fielmente sus obligaciones.

Estas elevadas funciones no le impedían atender a la salvación de su alma. Su oración habitual, que se ha hecho célebre y popular en los cantones suizos, era la siguiente:

«Señor y Dios mío, quitad de mí todo lo que me impide ir a Vos. Señor y Dios mío, concededme todo lo que me pueda llevar hacia Vos. Señor y Dios mío, haced que no haya en mí nada que no sea vuestro y que me entregue a Vos por completo.»

Esta vida, aunque tan ajustada, no le satisfacía y suspiraba continuamente por la soledad. A la edad de cincuenta años, hallándose sumido en profunda meditación, oyó una voz que le decía: «Nicolás, ¿por qué te inquietas? No te preocupes más que de hacer la voluntad de Dios y no confíes en tus propias fuerzas. No hay nada más agradable a Dios que servirle con abandono y buena voluntad».

Poco después oyó una voz interior que le decía: «Abandona todo lo que amas y Dios mismo cuidará de ti».

Comprendió que Dios le pedía que abandonase a su mujer, a sus hijos, su casa y cuanto poseía, como en otro tiempo hicieron los Apóstoles, para

servir a Jesús. Tuvo que sostener largo y penoso combate, pero al fin triunfó la gracia, y tomó la inquebrantable resolución de abandonarlo todo para seguir el llamamiento divino.

Desde luego solicitó el consentimiento de su esposa. Ésta oró, pidió consejo a amigos ilustrados y por último accedió. La mayor parte de los hijos estaban ya criados, y en cuanto a los más jóvenes la madre prometió educarlos en la doctrina cristiana.

SE DESPIDE DE SU MUJER Y DE SUS HIJOS PARA RETIRARSE A LA SOLEDAD

UNA vez arreglados todos sus negocios, despidióse de su mujer y de sus hijos, les declaró cuán de corazón les agradecía el cariño que le habían profesado y se alejó descalzo, vestido con una larga túnica de tela burda y con un rosario en la mano; de esta suerte salió de su patria, sin dinero y sin provisiones.

Llegado a Liestal —cantón de Basilea—, encontró a un piadoso campesino, al que dió cuenta de sus proyectos, suplicándole de paso que le indicase un lugar desierto donde pudiese vivir desconocido y ocuparse únicamente de su salvación. Admiróse en gran manera el campesino; pero al mismo tiempo hízole notar que si se alejaba tanto de su tierra, podrían tomarle por fugitivo, vagabundo o delincuente. Entendiólo así Nicolás, y resolvió tornarse al cantón de Unterwald.

Llegada la noche, quedóse dormido al raso. En medio de su sueño parecíale sentir un impulso irresistible que venía del cielo y le impelía hacia su país.

Volvió, pues, a su patria y, en medio de las tinieblas de la noche, pasó silencioso y ligero por delante de su casa, que encontró al paso, y bajó a un valle llamado Kúster, propiedad suya. Allí estableció su morada bajo un enorme fresno en medio de malezas.

A los ocho días de estar allí, unos cazadores lo descubrieron y dieron noticias suyas a Pedro de Flüe, su hermano. Éste se encaminó al sitio donde estaba y le rogó que, para no morir de hambre ni de frío, volviese al seno de su familia. Nicolás le respondió:

—Has de saber, querido hermano, que no moriré de hambre, pues desde hace once días no la he sentido. Tampoco tengo sed ni frío; Dios me sostiene y no tengo motivo para abandonar estos lugares.

Sin embargo, menudearon tanto las visitas que se vió precisado a buscar un sitio más oculto. Era una boca o una oscura caverna abierta en una escarpada roca, cubierta toda de espinas, de piedras y de cascajo, que le ser-



SEÑOR *—dice San Nicolás de Flüe—, por amor vuestro renuncio a mi propia voluntad y a cuanto puedo tener y amar en este mundo. Me separo de mi familia, de mis bienes, de mis dignidades y de todos los honores, para que el amor que os profeso sea más puro y más acrisolado.*»

vían de lecho. También allí afluyeron piadosos peregrinos, que le edificaron una cabaña de ramas y cortezas de árboles. En ella pasaba los días y las noches, sin tomar alimento, consagrado a la oración y meditación de las verdades celestiales.

SE HACE ERMITAÑO Y VIVE DIECINUEVE AÑOS SIN MÁS ALIMENTO QUE LA SAGRADA EUCARISTÍA

ASÍ transcurrió un año entero, cuando de pronto surgió la sospecha de que alguien le llevaba secretamente de comer. Algunos funcionarios del Gobierno observaron largo tiempo y con minuciosidad los alrededores de su cabaña; pero pudieron convencerse de que el piadoso ermitaño no tomaba otro alimento que la Sagrada Eucaristía, único sostén de su existencia. Todos quedaron maravillados.

El obispo de Constanza, para cerciorarse del milagro, envió a su Vicario general, el cual preguntó al ermitaño cuál era la mayor virtud. Nicolás respondió: «La obediencia». Entonces el Vicario puso ante él pan y vino y le mandó comer y beber. Obedeció el ermitaño, pero inmediatamente se sintió acometido de tan violentos calambres de estómago que se temió por su vida. Desde aquel momento no le volvieron a incomodar, persuadidos como estaban de que Dios le sostenía sin necesidad de alimento.

En esta cabaña no pasó Nicolás más que un año, pues creciendo cada día el concurso y devoción de los pueblos, sus conciudadanos le edificaron una celda de piedra y una capilla a la que la piedad de los archiduques de Austria asignó las necesarias rentas, así para su conservación como para la manutención del capellán que la servía.

Diecinueve años y medio vivió solo en aquella celda, sin más alimento que la Sagrada Eucaristía, que recibía cada mes y todos los días festivos de manos del sacerdote que estaba consagrado al servicio de su capilla. Cerca de su celda vivía un piadoso ermitaño llamado Ulrico, noble bávaro que, atraído por la reputación de las virtudes de Nicolás, había acudido con el fin de imitar su género de vida. Ulrico visitaba con frecuencia a Nicolás y tenía con él santos coloquios.

La devoción de los fieles pudo más que la humildad del siervo de Dios; y así no se pudo negar a hacerles algunas pláticas espirituales, que reformaron luego las costumbres, hicieron grandes conversiones y fueron seguidas de muchas maravillas.

A una hora determinada Nicolás hablaba a los peregrinos que venían de todas partes a visitarle. Un día se presentaron su esposa y sus hijos: las palabras del esposo y del padre les edificaron y conmovieron cuanto se puede pensar.

ANUNCIA QUE EL LUJO CIERRA LA PUERTA DEL CIELO

CIERTO día fué a visitarle una señora con su nuera espléndidamente ataviada. El Santo miró a la joven como quien está preocupado y le dijo:

—Si lleváis semejantes trajes por vanidad, tened entendido que aunque estuvieseis ya en el paraíso, seríais arrojada de él, y, si acostumbráis a vuestros hijos, que serán numerosos, a gastar este lujo, no veréis nunca el rostro de Dios.

Y añadió:

—Vuestros hijos os darán mucho que hacer; y, si algún día para ponerlos en paz tenéis que echar mano de un tizón ardiendo, acordaos entonces de lo que ahora os digo.

Esta mujer fué madre de once hijos y la profecía de Nicolás relativa al tizón se cumplió exactamente.

Otro día se presentó al Santo un joven vestido muy a la moda y le preguntó en tono de broma si le gustaba el traje. Nicolás respondió:

—Cuando el corazón y los sentimientos son buenos, todo es bueno; sin embargo, más te valdría atenerte a la sencillez de nuestro traje nacional.

SALVA LA INDEPENDENCIA DE SU PATRIA

SU profunda sabiduría y prudencia le habían conquistado la confianza de las autoridades, que le pedían siempre consejo en los asuntos importantes.

En 1476 y 1477 los suizos se cubrieron de gloria derrotando al duque de Borgoña en Grandson, Morat y Nancy; pero no tardaron en surgir entre ellos disentimientos y rivalidades con motivo de la distribución del botín y de la admisión de las ciudades de Friburgo y Soleura en la Confederación.

Tras empeñados e inútiles debates, iban a retirarse los diputados con el corazón lleno de odio y con amenazas de venganza y represalias. Todo hacía presagiar una guerra civil.

Pensaron entonces en Nicolás, el cual acudió a Stans vestido de una pobre túnica de color oscuro que le llegaba a los talones; iba con los pies descalzos y la cabeza descubierta, apoyándose con una mano en un palo y llevando en la otra un rosario.

Al presentarse el santo anciano ante la asamblea, todos se levantaron e inclinaron con respeto.

Tomó la palabra y, en un discurso lleno de sencillez, de fe, de emoción

y de patriotismo, hizo oír a sus compatriotas el lenguaje de la justicia, del desinterés, de la caridad cristiana, de la concordia y de la paz. La gracia de Dios acompañaba al santo anacoreta y en una hora quedaron allanadas todas las dificultades. No era fácil resistir a la voz de un hombre a quien Dios favorecía tan extraordinariamente con el don de profecía y de milagros.

Se admitieron en la Confederación los cantones de Friburgo y Soleura, se confirmaron y completaron con nuevas bases los antiguos tratados de alianza, se repartió el botín de las expediciones militares proporcionalmente al número de soldados alistados por cada cantón, y se adoptaron las disposiciones que parecieron más prudentes para lograr la pacificación de los cantones y el mantenimiento del orden público.

El júbilo fué universal.

«El motivo no podía ser más justo: allí los confederados habían salvado a su patria de los enemigos extranjeros, mientras que aquí la salvaron de sus propias pasiones.»

El verdadero libertador que les había hecho conseguir esta victoria sobre sí mismos era el pobre ermitaño Nicolás; pero ya no se hallaba en Stans, porque la misma noche de su triunfo, esquivando las felicitaciones, había regresado humildemente a su apacible retiro. Allí vivió aún seis años en medio de la mayor santidad.

ENFERMEDAD Y MUERTE

POR fin, Dios le envió una enfermedad tan aguda, que le hacía retorcerse en el lecho en medio de sufrimientos indecibles. Este martirio duró ocho días y ocho noches sin quebrantar en lo más mínimo su paciencia.

Exhortaba a los que iban a verle a vivir de modo que su conciencia no temiese la muerte:

—La muerte es terrible —decía—; pero es mucho más terrible caer en las manos del Dios vivo.

Mientras tanto, se calmaron bastante sus dolores y pidió la Extremaunción y el Cuerpo adorable del Salvador, que recibió con fervor admirable.

Cerca del moribundo estaban su fiel compañero fray Ulrico y su amigo el cura de Stans; por último, acudieron la piadosa esposa y los hijos del solitario para recibir sus últimas recomendaciones y darle el postrer adiós.

Nicolás de Flüe dió gracias a Dios por todos los beneficios que le había dispensado, hizo un esfuerzo para practicar el último acto de adoración en la tierra y murió con la muerte de los justos el 21 de marzo de 1487, a los setenta de su edad, después de haber pasado veinte en el desierto.

Toda Suiza le lloró como a un padre y él la sigue protegiendo desde el cielo.

Quiera el Señor que sus oraciones logren reducir de nuevo a todos los habitantes de los cantones a la santa fe de sus padres, a la fe de los valientes que fundaron la independencia de Suiza, mediante la cual se puede conquistar no sólo la patria terrena, sino también la patria eterna del cielo.

El día siguiente al de su felicísimo tránsito, fué llevado el santo cadáver con extraordinaria pompa a la iglesia de Sachseln, donde se le dió sepultura. Los muchos milagros que sin tardar comenzó a obrar el Señor en su sepulcro, le merecieron la veneración pública de todos los cantones y pronto fué célebre en Alemania, en los Países Bajos y en Francia.

El año de 1538 fué solemnemente levantado de la tierra su sagrado cuerpo por el obispo de Lausana y colocado en un magnífico relicario. Día a día fué creciendo el concurso de los pueblos, especialmente desde que la Silla Apostólica aprobó y autorizó su culto.

En dicho relicario se ven, entre otros adornos, condecoraciones de Órdenes Militares, testimonio del valor de nuestro héroe y de sus descendientes, que han tenido a gloria juntar la suya con la de su ilustre antepasado.

El 21 de marzo de 1887 celebró la República suiza el cuarto centenario de la gloriosa muerte del Santo. Dos años antes, el gobierno y el clero de Obwalden habían empezado los preparativos para tan extraordinaria solemnidad religiosa y nacional.

Fué canonizado por Su Santidad Pío XII, en mayo de 1947.

SANTORAL

Santos **Nicolás de Flüe, anacoreta;** *Amós, profeta; Benjamín, diácono y mártir;* Renovato, obispo de Mérida; Teódulo, Anesio, Félix, Cornelia y compañeros, mártires en África; Pedro, soldado andaluz y ermitaño en Bauco (Italia); Acacio, obispo de Antioquía; Abdas, obispo y mártir en Persia; Harwick, obispo de Salzburgo (Austria); Pastor, obispo de Palencia; Mauricio, arzobispo de Milán; Menandro, mártir; Guido, abad benedictino de Pomposa; Teófilo y Ateneo, mártires, honrados entre los griegos. Beatos Gosvino, abad de Bonneval (Francia); y Amadeo, duque de Saboya. Santas *Balbina, virgen y mártir;* Catula, noble matrona de San Dionisio, cerca de París, que sepultó a los santos mártires Dionisio, obispo, y sus compañeros. Beatas Juana de Tolosa, carmelita, hija de los condes de Tolosa (Francia); Camila Pía, clarisa italiana.

SAN AMÓS, profeta. — Es el tercero de los doce profetas menores. Ejercía el oficio de pastor; era natural de Tecua, al sur de Belén. Vivió en tiempo de Jeroboán II, rey de Israel, es decir, durante la primera mitad del siglo VIII antes de Jesucristo. Profetizó, sobre todo, la ruina y cautiverio de los israelitas y las muchas calamidades que habían de sobrevenir a los enemigos del pueblo de Dios. Anatematizó el lujo y las costumbres viciosas del pueblo de Israel. A pesar de su humilde origen, sus profecías constituyen un bello conjunto literario de aquellos tiempos, en el cual dominan la sencillez y las comparaciones sacadas de la vida pastoril. La sabiduría anidaba en su pecho —dice San Agustín— y ella le hacía elocuente. Amós fué condenado a muerte por Amasías, sacerdote de Betel, cuyo hijo Osías le atravesó la frente con una barra de hierro, de cuyas resultas murió. En el arte cristiano se le representa con un cayado y un cordero cerca de él.

SAN BENJAMÍN, diácono y mártir. — Fué una de tantas víctimas producidas por la persecución contra los cristianos en Persia, a fines del siglo IV y principios del V. Benjamín vivía completamente entregado a su ministerio de diácono, distribuyendo el tiempo entre la oración, penitencia, predicación y ejercicios de caridad para con sus hermanos los cristianos. Llevado a la presencia del tirano, le increpó de esta manera: —Señor, ¿cómo trataríais vos a quien renunciase a vuestra obediencia para reconocer en vuestro reino la autoridad de otro hombre, súbdito vuestro? —Yo le condenaría a la última pena, dijo el rey. — Replicó Benjamín: ¿Qué pena no merecerá, pues, el que renuncie y desobedezca al Creador de todas las cosas, para adorar y obedecer a una criatura suya, convirtiéndola en dios y rindiéndole un culto que sólo a Él es debido? — El tirano, desconcertado por esta respuesta, se irritó contra el atleta de Cristo, a quien mandó atormentar introduciéndole cañas agudas entre las yemas y uñas de los dedos, así de las manos como de los pies. Estos dolores tan agudos aumentaban la alegría de Benjamín, la cual provocó nuevas iras en el tirano, quien mandó clavarle nuevas cañas allí donde habían de producirle mayores dolores. Finalmente expiró bajo los duros golpes que le dieron con un palo cubierto de nudos y espinas. Era el año 424 de nuestra era.

SANTA BALBINA, virgen y mártir. — A principios del siglo II, y durante la persecución de Trajano, el papa Alejandro, encarcelado, realizaba no obstante, multitud de milagros. Uno de éstos lo obró en la hija del tribuno Quirino, curándola milagrosamente de una grave dolencia de garganta con sólo aplicarle al cuello la argolla que él tenía en el suyo. A la vista de este prodigio se convirtieron a la fe Quirino y Balbina, su hija, con toda la familia y los demás presos, a todos los cuales bautizó el mismo Alejandro. Siendo emperador Adriano, y muerto Quirino, Balbina se puso bajo la protección de Santa Teodora, hermana del ilustre mártir Hermes, prefecto de Roma. Balbina rechazó siempre las ventajosas proposiciones de matrimonio que le hicieron; conservó intacta la flor de la virginidad y fué constante en su fidelidad al divino Esposo de su alma, por quien sufrió martirio el 31 de marzo del año 132.

ABRIL



El emperador Enrique V

Miniatura de la condesa Matilde

DIA 1.º DE ABRIL

SAN HUGO

OBISPO Y CONFESOR (1053 - 1132)

NACIÓ este Santo en Chateauneuf (Castronuevo), territorio de Valencia de Francia, el año 1053, de ilustre familia. Su padre Odilón ocupaba un puesto importante en el ejército de su soberano, a quien servía con noble valor y acrisolada fidelidad. Ídolo del soldado, Odilón supo introducir en las filas militares el amor a las prácticas religiosas y el respeto a los deberes morales, se entiende sin mengua del valor marcial. Así que pudo conciliar la bizarría con la religión, la moralidad con el ocio, las buenas costumbres con la acostumbrada licencia que muchas veces reina en los campamentos. Sus tropas adquirían, pues, el doble laurel de la virtud y de la victoria.

Casado Odilón en segundas nupcias, tuvo varios hijos de este matrimonio; uno de ellos fué Hugo, quien desde la cuna dió señales visibles de la santidad a que Dios le destinaba. Ya en edad avanzada, Odilón abandonó el regalo y comodidades de su casa y se abrazó a la vida áspera y rigurosa de la Cartuja. En ella vivió dieciocho años, con tan raro ejemplo de humildad y perfección, que los otros monjes le tomaron como modelo de virtud. Acabó santamente sus días cuando contaba un siglo justo de existencia terrenal, la cual trocó por la del cielo, después de una vida llena de méritos.

El niño Hugo iba creciendo en edad y en virtud al mismo tiempo que adelantaba en el conocimiento de las letras humanas. Desde muy temprano comenzó Hugo los estudios, que primero cursó en Valencia del Delfinado, y más tarde en la famosa Universidad de París. Siguió cursos también en otras universidades, para asimilarse más y mejor la ciencia de entonces. En estos frecuentes viajes científicos padeció mucho a causa de su modo de ser modesto, vergonzoso, encogido y algo tímido; prefirió pasar hambre, a veces, y sufrir cansancio, antes que solicitar de otros un favor.

Tan aplicado como virtuoso, compartía el tiempo entre el estudio y los ejercicios piadosos, notándose en ambos extraordinarios progresos. Predestinado al sacerdocio, el servicio del altar era lo más grato a su corazón, siempre ocupado en dirigir a Dios himnos de alabanza y amor.

Aceptó, por fin, una canonjía en Valencia, no tanto por fines lucrativos cuanto por tener la libertad de permanecer más tiempo en la Casa del Señor, hogar de todas sus delicias. Bien pronto la santidad de su vida dió nuevo esplendor a aquel Cabildo. Hugo, obispo de Die, más tarde arzobispo de Lyón, y últimamente cardenal legado, tuvo ocasión de entrar en relaciones con nuestro Santo, y quedó tan complacido de su sencilla virtud y extraordinaria sabiduría, que no paró hasta tenerlo a su lado, y lo empleó en extirpar la simonía, tan generalizada en aquellos tiempos, y en otros muchos negocios de importancia. No salieron defraudadas sus esperanzas, pues si por una parte consiguió con la predicación que el clero volviese al camino de la virtud, por otra, el buen ejemplo del apostólico Hugo logró la regeneración de gran parte del pueblo.

En Aviñón se juntó un Sínodo, el año 1080, para poner remedio a ciertos males y disturbios existentes en la Iglesia de Grenoble, entonces sede vacante. Presidía el ya mencionado cardenal legado Hugo, obispo de Die. Ahora bien, al tratar de buscar arreglo conveniente, los canónigos y el pueblo pidieron todos a una que se les diera a Hugo como obispo, ya que en su frente brillaba la santidad de la virtud, como en su corazón ardía el entusiasmo de la fe. El cardenal les concedió lo que pedían, con gran contentamiento de todos. Sólo se resistía el propio Hugo, por creerse indigno de tal cargo, y pretextaba mil motivos que su humildad le sugería. Fué preciso que el Sínodo lo mandara de modo terminante, y que el legado renovase la misma orden, para que Hugo se resolviera a echar sobre sus hombros el yugo del episcopado.

ES CONSAGRADO OBISPO DE GRENOBLE

CUANDO el Legado regresó a Roma, llevó consigo a Hugo. Con este motivo el obispo electo de Grenoble pudo acallar los escrúpulos de su conciencia timorata, consultando con Su Santidad algunas dudas que inquietaban su espíritu, porque por entonces el demonio le atormentaba con una tentación muy pesada y congojosa que le duró largo tiempo. Era tentación de blasfemia y de sentir alguna cosa indigna de Dios, y en especial de la Divina Providencia, la cual permite algunas veces que hombres malos y perversos tengan el mando y atropellen y persigan a los buenos, y otros sucesos de los cuales saca muchos e importantes bienes, sin los cuales no permitiera tales cosas. Los juicios del Señor siempre son justos, aunque no los creamos tales porque no vemos su finalidad. Pero siempre debemos respetarlos y reverenciarlos sin intentar escudriñarlos, convencidos de que Dios hará siempre lo que más convenga a su mayor honra y gloria y sea para nuestro mayor bien espiritual.

Ésta fué la tentación con que el demonio atormentó a Hugo por espacio de cuarenta años; pero el Santo salía siempre victorioso.

Llegado Hugo a Roma con el Legado, expuso al Sumo Pontífice, San Gregorio VII, su carencia de dotes y cualidades para ejercer dignamente el cargo de obispo que se le quería confiar, y además le hizo presente su aflicción y congoja a causa de la continuada guerra que le hacía Satanás.

Después añadió: «Mucho temo que, con esta tentación, quiera el Señor castigar aquella presunción que tuve de aceptar el obispado de Grenoble.» El santo Pontífice le consoló y animó con palabras de verdadero padre y pastor, y le exhortó a bajar la cerviz y aceptar la direción y guía de aquella Iglesia, y a esperar en el Señor, que le daría la victoria sobre tan porfiado y cruel enemigo; porque con aquel fuego de tribulación y angustia se afinaría y resplandecería más el oro de la virtud, y que a la medida del trabajo de la pelea correspondería al de la gloria y corona eternas.

Estaba a la razón en Roma la condesa Matilde, señora no menos piadosa que poderosa, la cual, conociendo las bellas cualidades de que estaba adornado Hugo, le favoreció grandemente dándole ricos presentes y costeando todos los gastos de su consagración. Luego le regaló un báculo pastoral, un libro *De Officiis* de San Ambrosio y un salterio comentado por San Agustín.

Tuvo lugar la consagración de Hugo en Roma, y fué verificada por el Papa. Después de recibir la bendición del Padre Santo, se despidió el obediente obispo y partió para la capital de su diócesis. El pueblo le esperaba ya sumido en la más crasa ignorancia de los deberes del cristiano.

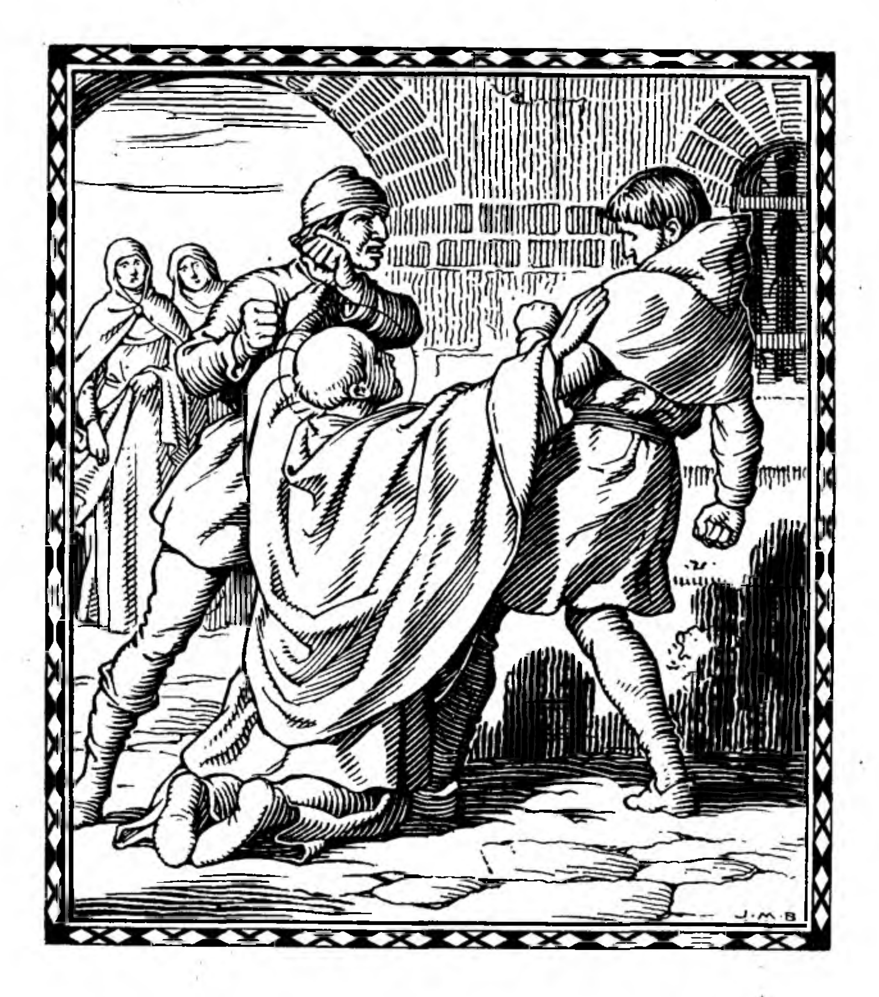
HUGO, PRELADO Y PASTOR

LA tarea del nuevo obispo se presentaba llena de dificultades y erizada de enojosas espinas. El culto era escaso y los vicios señoreaban los corazones. «La simonía y la usura —dice Butler— parecían haberse llegado a considerar por inocentes, bajo piadosos disfraces, y reinaban casi sin oposición alguna. Muchas tierras pertenecientes a la Iglesia, estaban usurpadas por los legos, y las rentas del obispado hallábanse disipadas de tal modo que, cuando el Santo llegó a su diócesis, no encontró en ella con qué aliviar a los pobres, ni aun para subvenir a sus propias necesidades, a menos de recurrir a ilícitos contratos, práctica adoptada por los más, pero que él juzgó inicua».

Afligióse en gran manera el santo Prelado por este estado de cosas, pero supo mantener siempre firme su ánimo varonil y religioso. Puso en Dios su confianza y a Él acudió en demanda de favor. Ayunaba, oraba, lloraba y gemía en su divino acatamiento. Por otra parte, si a Dios rogaba, también con el mazo daba, pues no perdonó medio alguno para curar a aquel rebaño enfermo que Dios le había confiado, sirviéndose ya de la predicación colectiva, ya de la exhortación individual, ya haciendo en todo y por doquier el oficio de vigilante y solícito pastor.

Fácil es, pues, concebir con qué ardor se consagraría San Hugo a la reforma de costumbres. Prescribió ayunos generales, llamó al pueblo a la oración y a la penitencia, abrió de par en par las puertas de los templos, hasta entonces cerrados por falta de concurrentes, y atrajo las bendiciones del cielo con tanta abundancia, que al poco tiempo la diócesis estaba reformada: las costumbres morigeradas y la religión imperando en los corazones. Le bastaron dos años para llevar a cabo tan radical transformación. Desde entonces aquel pueblo empezó a mostrarse modelo de religiosidad y ventura.

A imitación de otros grandes santos, Hugo renunció secretamente a su obispado cuando juzgó que ya no hacía falta su presencia para restablecer el dominio de la justicia. Dejó, pues, la mitra, en el año 1082 y se retiró al monasterio cluniacense de Domus Dei (Casa de Dios), en Alvernia, donde ingresó con la humilde condición de novicio. Tomó el hábito de monje y permaneció un año en aquella santa casa, dando a todos ejemplo admirable de todas las virtudes. Enterado el Sumo Pontífice de tal decisión, mandóle, en virtud de santa obediencia, que volviese a tomar el báculo pastoral. Hugo, obediente y sumiso, abandonó la soledad que voluntariamente había abrazado, y regresó a Grenoble en medio de las aclamaciones del pueblo, que le amaba como a verdadero padre. Siguió predicando con el mismo celo que anteriormente, esparciendo doquier la semilla de la divina palabra con gran provecho para las almas, y siempre a la gloria de Dios.



CON *todo el amor de su alma procuraba San Hugo apaciguar con tiernas palabras los ánimos enemistados. Si convenía arrodillábase en el suelo, del cual no se levantaba hasta conseguir el mutuo perdón entre los querellantes.*

SAN HUGO EN LA CARTUJA

EL santo obispo de Grenoble tuvo un sueño muy singular. Parecióle que el mismo Dios se edificaba para Sí una habitación en el desierto de su diócesis, y que siete estrellas le indicaban el camino que a la nueva Casa de Dios conducía. A poco, vió llegar a su presencia siete varones que buscaban lugar adecuado para llevar vida eremítica.

Eran San Bruno y otros seis compañeros, en quienes Hugo reconoció aquellas siete estrellas de su pasado sueño. Acogiólos con bondad y los hospedó con generosidad. Luego les señaló un desierto que se hallaba en su misma diócesis, a donde los condujo el año 1084. Este desierto, llamado hoy aún Cartuja, está en el Delfinado, y dió nombre a la famosa y austera Orden fundada en él por San Bruno.

La conversación, el trato, la conducta suave y tranquila de estos siervos de Dios quedaron profundamente grabados en el corazón de Hugo, que todo su gozo ponía en visitarlos con frecuencia, para participar de sus penitencias y austeridades y emplearse en los servicios más humildes de aquella mansión, y aun así se consideraba indigno de vivir en compañía de tan santos religiosos. Eran a veces tan largas las estancias del obispo en la Cartuja, que San Bruno tenía que recordarle, con humildad suma, los deberes que reclamaban su presencia en Grenoble. «Id a las ovejas que el Señor os ha encomendado —le decía—, porque han menester de vuestros cuidados; pagadles lo que les debéis.» Obedecíale Hugo como a su maestro y guía; pero después de pasar una temporada en medio de su rebaño, otra vez volvía a la Cartuja para edificarse y enfervorizarse con los santos ejemplos de los monjes.

VIRTUDES DE HUGO

LLEVABA Hugo en su palacio vida tan austera y recogida como en la Cartuja, lo cual iba debilitando sus fuerzas. En cierta ocasión pretendió vender sus caballos en beneficio de los pobres, por creerse con fuerzas suficientes para hacer a pie la visita pastoral a los pueblos de la diócesis. Pero Bruno le disuadió, haciéndole ver cuán lejos estaban sus fuerzas de poder llevar a cabo tamaña empresa. Dios le probó, en efecto, con unos dolores muy fuertes de cabeza y estómago que le duraron cuarenta años.

Sus sermones eran siempre fervorosos y eficaces, pues los acompañaba de la plegaria y santidad de vida. No pretendía merecer fama de letrado, ni ser tenido por elocuente, sino que buscaba sólo la utilidad y provecho

de las almas. Sus frutos eran seguros y admirables; algunos pecadores confesaban públicamente sus delitos y enmendaban su mala vida.

Durante las comidas se hacía leer las Sagradas Escrituras, cuyos párrafos más salientes hacía repetir dos o tres veces; experimentaba a ratos tan hondas emociones, y prorrumpía en tan abundantes lágrimas, que era necesario acabar la comida o interrumpir la lectura. Este mismo don de lágrimas le acompañaba cuando oía confesiones; los penitentes al ver que su Prelado y confesor lloraba tan amarga y copiosamente, se movían a dolor y enmienda de sus pecados.

Fué caritativo hasta la prodigalidad, si es que cabe ser pródigo con los desgraciados; distribuía todas sus rentas entre los pobres, no reservándose para sí más que lo estrictamente necesario para su frugal sustento; y cuando las rentas no bastaron, como aconteció en ocasión de una gran carestía, vendió su cáliz y sus anillos de oro, sus piedras preciosas y gran parte de sus ornamentos pontificales. Esta conducta del santo obispo resultó ser un acicate eficaz para los ricos, que sentían desvanecerse su avaricia y abrían también las manos en beneficio y provecho de los pobres.

La modestia de Hugo era extrema y casi exagerada, pero con ella salvaguardaba mejor la castidad, que era para él la flor más grata de su existencia. Ni el agradable timbre de una voz seductora, ni los hondos quejidos de un alma dolorida le hicieron levantar la mirada para conocer las facciones de la persona con quien hablaba; y llevó tan al extremo este recato, que, según los historiadores de su vida, no conocía ni el semblante de su propia madre. Ello revela cuán grande era la modestia de sus ojos y la pureza de sus pensamientos.

No menos empeño mostraba en refrenar sus oídos, para no escuchar murmuraciones. A este respecto solía decir «que bastaba a cada cual saber sus pecados para llorarlos, sin querer saber los ajenos y dañar su conciencia». Era enemigo de oír noticias y aun más de referirlas a otros; y reprendía a sus criados cuando los veía en francachelas y conversaciones inútiles.

Con todo el amor de su alma procuraba, con tiernas palabras, apaciguar los ánimos enemistados. Y si el caso lo requería se arrodillaba ante los querellantes y no se levantaba hasta conseguir su mutuo perdón.

La humildad fué también virtud grandemente practicada por Hugo. Sintió tan bajamente de sí, que decía que aun cuando tenía cargo y autoridad de obispo, carecía de los merecimientos que tal dignidad exigía. Y considerándose indigno del puesto que ocupaba, suplicó al papa Honorio II que le depusiera, alegando su vejez y continuas enfermedades. Mas el Papa le contestó que aprovechaba más al pueblo él, anciano y achacoso, que otro de más salud y menos años. Reiteró su demanda a Inocencio II, sucesor de Honorio; pero tampoco pudo conseguir nada.

POSTRERA ENFERMEDAD

CORRÍA el año del Señor 1130 cuando Hugo tuvo que sufrir el conato de cisma suscitado por un discípulo suyo, llamado Pedro León, quien quería proclamarse Papa en contra del verdadero, que era Inocencio II. Reunióse un concilio en Puy donde fué excomulgado Pedro León. La copia de esta excomunión se envió a diversas partes de la cristiandad con la firma del obispo Hugo, lo cual fué causa de que el pretendido usurpador cayese en desgracia de todos y perdiera el crédito de que gozaba. La entereza y rectitud mostrada por Hugo en esta circunstancia son tanto más de admirar y alabar cuanto que estaba como obligado a Pedro León por varios servicios y favores de él y de su padre recibidos. Pero supo hacer prevalecer la verdad sobre la amistad.

Los últimos años de su vida fueron de sufrimiento continuo. Además de las penas morales, se hallaba agobiado con achaques crueles; sentía en su interior el hervor de las pasiones, como en plena juventud. Acudía al Señor con frecuentes plegarias y alcanzaba el triunfo. Estas victorias iban siempre acompañadas de un raudal de lágrimas, con que manifestaba su agradecimiento a Dios.

La vida laboriosa y los sufrimientos de la vejez iban agotando la existencia de Hugo. Una enfermedad larga y molesta vino a aumentar sus males, y desde aquel momento su salud fué declinando tan rápidamente, que le produjo una amnesia total de las cosas de la tierra; sólo recordaba, por gracia especial del Señor, las oraciones, salmos, himnos y demás preces que solía rezar cuando estaba sano, y que no interrumpió hasta la muerte. Lo cual no deja de ser raro y contrario al uso de nuestra naturaleza, la cual más fácilmente olvida las cosas espirituales que las temporales, y las que se aprenden en la ancianidad que las que nos enseñaron en la niñez o la juventud.

Aunque sufría los más acerbos dolores, jamás exhaló ni una sola queja; fué para cuantos le asistían y visitaban modelo acabado de paciencia y resignación. No se permitía ni el consuelo de publicar sus males, y pensaba más en los otros que en sí mismo. No cesaba de agradecer a los que le visitaban, y cuando se imaginaba haber causado la más leve desazón a alguien, quería ser reprendido al momento; pero como nadie se atreviera a ello, él mismo se adelantaba, confesando su falta e implorando la divina misericordia.

Estando ya muy avanzada la enfermedad, recibió la visita de un conde amigo personal suyo, a quien advirtió el Santo que no debía cargar a sus vasallos con tantos impuestos y censos, si quería que no le castigase Dios rigurosamente. Quedó el conde hondamente conmovido, pues Hugo le había

descubierto los proyectos que a nadie había revelado aún, y ni siquiera pensaba llevar a ejecución.

Llegó, por fin, el día en que el enfermo había de recibir el premio a sus merecimientos y agraváronse extraordinariamente sus dolencias, que soportó con la resignación y paciencia que le caracterizaban. Encorvado su cuerpo por el peso de los años y deshecho por la enfermedad, entregó el espíritu al Señor el día primero de abril de 1132, Viernes de Dolores, a los ochenta años de edad y cincuenta y dos de su consagración episcopal.

Durante cinco días, es decir, hasta el martes de la Semana Santa, su cuerpo estuvo insepulto, por causa de la enorme afluencia de gente, y durante todo este tiempo conservóse fresco y sin mal olor. Halláronse presentes a su entierro tres obispos y una multitud innumerable de pueblo, no sólo de la ciudad de Grenoble, sino venido de remotas comarcas. Tal veneración le tenían que llegaban a besarle los pies y a tocar su cuerpo con anillos, monedas, rosarios y otros objetos para guardarlos como preciosas reliquias. Fué seputado en la iglesia de Santa María y allí es reverenciado por los fieles.

Numerosos fueron los milagros con que se dignó Dios ilustrar el sepulcro de este santo obispo.

Por mandato del papa Inocencio II, que lo canonizó y puso en el catálogo de los Santos, escribió su vida el Padre Diego Guigón, quinto prior de la Gran Cartuja.

SANTORAL

Santos **Hugo, obispo de Grenoble;** *Venancio, obispo y mártir; Macario, abad;* Víctor y Esteban, mártires en Egipto; *Melitón, obispo de Sardes;* Ireneo y Quinciano, mártires en Armenia, durante la persecución de Marco Aurelio; Juan de Acuarola, obispo de Nápoles; Procopio, abad en Bohemia; Lázaro, diácono de Trieste; Gilberto, obispo, en Escocia; Walerico, abad venerado en Amiéns; Tesifonte, uno de los siete varones apostólicos, obispo de Vergi (Berja, en Almería). Beatos Tomás de Tolentino, Santiago de Padua, Pedro de Siena y Demetrio, franciscanos, mártires en la India; Antonio de Segovia, cisterciense. Santas *Teodora, virgen y mártir,* en Roma, y Urbicia, venerada en Salamanca.

SAN VENANCIO, obispo y mártir. — Se le cree natural de nuestra Patria, según opinión de los más autorizados críticos. Dando un eterno adiós a las cosas del mundo, se consagró enteramente a Dios en el monasterio Agarense, próximo a la ciudad de Toledo. En él desempeñó, durante dos años, el cargo de abad, con gran acierto y edificación. Después fué elevado a la sede episcopal de la imperial ciudad, cuya dignidad enalteció con su caridad inagotable, su vida

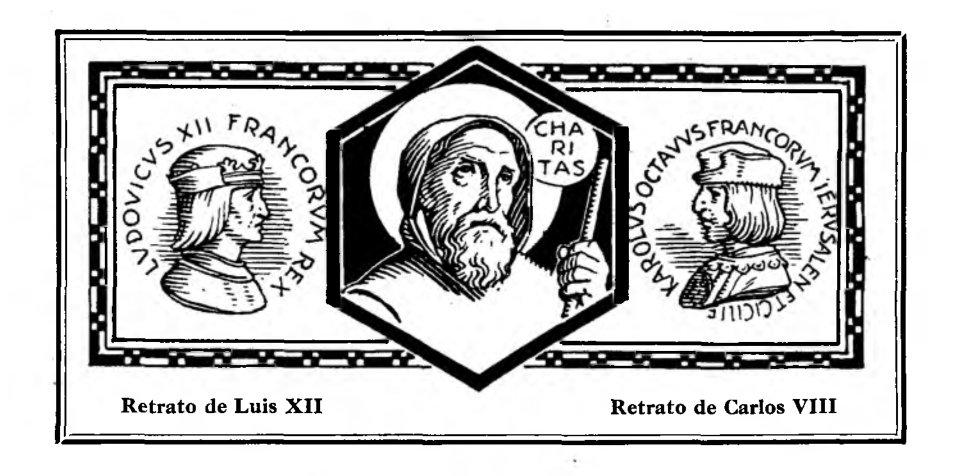
austera y su celo apostólico. Era el padre de los mendigos, amparo de los desgraciados, consuelo de los que sufrían, y pastor solícito de todas sus ovejas. A causa de las luchas entre Tulga y Atanagildo y llevado por su celo apostólico en pro de los ávaros, salió de España con rumbo a Panonia, bañada por el Danubió, donde predicó con gran tesón la doctrina de Jesucristo y alcanzó, por fin, la palma del martirio en el año 603.

SAN MACARIO, abad. — En la histórica ciudad de Constantinopla vió la luz primera este esforzado varón que, habiendo quedado huérfano, se dedicó al estudio de las Sagradas Letras, en las cuales aprendió el desprecio del mundo, al que abandonó, a pesar de que le lisonjeaba con brillante porvenir. Ingresó en el monasterio de Pelecetes, donde renunció a todo lo del siglo, incluso a su propio nombre de Cristóbal, que trocó por el de Macario. Fué modelo de todas las virtudes, por las cuales fué elevado al cargo de abad. Favorecióle Dios con el don de milagros, especialmente manifestado en la curación de todo género de enfermedades. Por esto se le dió el título de Taumaturgo. Por salir en defensa del culto de las imágenes, en contra de los iconoclastas, fué desterrado por León el Isáurico a la isla Afuria, donde acabó sus días en el año 830.

SAN MELITÓN, obispo de Sardes. — Nació este Santo en Sardes, ciudad de Lidia, al oeste del Asia Menor. Floreció en el siglo II de la Iglesia y ocupó la sede episcopal de su ciudad natal. Se distinguió por su gran sabiduría y esclarecida virtud. Hacia el año 171 dirigió al emperador Marco Aurelio una celebrada *Apología de la Fe;* algunos de sus fragmentos han llegado hasta nosotros.

Quizás parezca extraño que, siendo Marco Aurelio perseguidor de los cristianos, no condenara a muerte a Melitón, por la osadía de presentarle una obra en la que con gran claridad se demostraba que Jesucristo es verdadero Dios desde toda la eternidad y verdadero hombre desde su encarnación en el seno virginal de María Santísima. Pero esta extrañeza desaparecerá si se tiene cuenta con que la citada obra fué entregada al emperador después del hecho que sucintamente vamos a relatar. En el año 164, el ejército imperial en lucha con los cuados y marcomanos encontróse en grave peligro, no sólo por hallarse envuelto por los enemigos, sino también porque los soldados sufrían una sed devoradora a causa del excesivo calor. En medio de tan apurado trance, una legión, compuesta de soldados cristianos, elevó sus plegarias al Dios de las batallas y Él escuchó sus ruegos, pues al momento se encapotó el cielo y cayó abundante lluvia que templó la sed de los cristianos mientras ponía en fuga a los enemigos. El mismo emperador dió el nombre de *Legión fulminante* a la que con sus oraciones había obtenido este milagro, con ocasión del cual fué suspendido el decreto de persecución contra los discípulos de Cristo. En opinión de San Jerónimo y otros autores, Melitón es reconocido con el sobrenombre de Profeta, en atención al espíritu de profecía con que Dios le favoreció.

SANTA TEODORA, virgen y mártir. — Esta noble matrona romana era hermana de San Hermes o Hermetes, quien, desempeñando los cargos de prefecto de la ciudad y senador del imperio se convirtió sinceramente al cristianismo y logró la corona de los mártires. Teodora heredó los cuantiosos bienes de su hermano y los distribuyó entre los pobres. Los que en tiempo de abundancia la adulaban, luego la desampararon y dejaron sola. Se entregó entonces a vida de oración y penitencia. Visitaba las cárceles para llevar a los cristianos allí encerrados el consuelo de su palabra y de su afecto. Al fin, descubierta, fué encerrada en lóbrego calabozo y, después, sometida a una cruel flagelación. Acabó sus días siendo decapitada el 1.º de abril del año 137.



Retrato de Luis XII — Retrato de Carlos VIII

DÍA 2 DE ABRIL

SAN FRANCISCO DE PAULA

FUNDADOR DE LA ORDEN DE LOS MÍNIMOS (1416 - 1507)

FRANCISCO nació en Paula, villa de la diócesis de Cosenza, en Calabria, el día 27 de marzo de 1416. Sus progenitores, Santiago Martolilla y Viena de Fuscaldo, se granjearon la amistad de todos por su piedad y virtud. Después de pasar muchos años sin hijos, continuaban sin cesar pidiéndoselos al Señor.

Cierto día, en un arranque de fe sencilla, Viena acudió con toda confianza al Señor renovándole la petición de un hijo por intercesión de San Francisco de Asís, prometiendo que en caso de ser atendida su súplica, le consagraría a su hijo y le llamaría Francisco.

Dios escuchó su oración, pues el mismo año les concedió un hijo; pero los probó de nuevo, permitiendo que enfermara de gravedad cuando apenas contaba un mes de vida. Nuevamente acudieron los padres al Señor con plena confianza y, para merecer curación tan anhelada, añadieron a sus promesas un voto más digno de admiración que de imitación: el de vestir a su niño por espacio de un año el hábito de los Frailes Menores y de hacerle vivir en un convento de su Orden. El enfermito recobró la salud. Poco tiempo después naciόles un segundo vástago, quedando así cumplidos los

deseos de los piadosos padres, cuya única preocupación fué en adelante educar cristianamente sus dos hijitos: Francisco y Brígida.

Desde los albores de su infancia dió Francisco claras muestra de la vocación que el Señor le reservaba. Permanecía largas horas en las iglesias y se mortificaba con ayunos, abstinencias y otras penitencias. Como le invitara una vez su madre a jugar con otros niños, contestó que gustoso lo haría, pero que la única satisfacción que en ello encontraba era la de obedecer.

Cuando en 1429 cumplía los trece años, se despertó una noche soñando que veía a un monje vestido con hábito de Frailes Menores, quien de parte de Dios le ordenaba recordar a sus padres que había llegado para ellos la hora de cumplir su voto; dicho lo cual desapareció. Santiago y Viena entendieron en seguida lo que significaba aquel mensaje, y se dispusieron a cumplir la voluntad de Dios.

EN EL CONVENTO DE SAN MARCOS. — ERMITAÑO A LOS CARTORCE AÑOS

AL día siguiente muy de mañana, padre, madre e hijo partían para el convento de los Cordeleros, de la ciudad de San Marcos, muy renombrado por el fervor de sus moradores y el rigor de la observancia. Recibido Francisco, regresaron sus padres a Paula, sintiendo en el alma el sacrificio de la separación, pero admirando y bendiciendo la bondad que el Señor había tenido con ellos.

El joven oblato llegó a ser en breve objeto de admiración y de edificación para aquellos buenos religiosos. La regla, a pesar de su austeridad, le parecía muy mitigada. A la más estrecha abstinencia juntaba un ayuno perpetuo; su hábito era una túnica de tosco sayal, áspero como un cilicio; andaba siempre descalzo. Semejante espíritu de mortificación le granjeaba la estimación de todos; pero su gran sencillez y amabilidad, su vida de intimidad afectuosa con Dios, conmovían los corazones, y ganaban las voluntades. Y, a más abundamiento, desde aquel instante vinieron ya los milagros a acreditar la complacencia con que le miraba el Señor.

Bien hubieran deseado los religiosos de San Marcos tener siempre consigo al elegido de Dios, pero no eran tales ni el voto de Francisco, ni los designios de la Providencia; por lo cual, terminado el año, como volvieran a San Marcos los padres de Francisco, halláronle dispuesto a ir con ellos de romería a Roma, Asís, Loreto y Monte Casino, antes de regresar a Paula.

La romería a Monte Casino había de ser decisiva en la orientación de su vida. Hondamente conmovido por el recuerdo de San Benito, que a los catorce años se retiró a las soledades de Subiaco, resolvió Francisco seguir

la misma senda. Y, sin tardar, aun antes de volver al hogar paterno, en el mismo camino, echándose el joven adolescente a los pies de sus padres, les suplicó que le dejaran vivir solo en algún rincón de sus heredades a poca distancia de la ciudad.

Admirando una vez más los designios del Señor sobre su hijo, Santiago y Viena le otorgaron lo que solicitaba, reservándose no obstante el cuidado de proveer diariamente a su sustento.

Mas no había de permanecer Francisco largo tiempo cerca de los suyos, que con excesiva frecuencia iban a verle. Sintiendo la necesidad de mayor soledad, buscó un lugar más acondicionado para el retiro y, conducido por el Espíritu Santo, llegó cierto día a un paraje escarpado y casi inaccesible, en cuyos riscos descubrió una caverna en la que fijó su morada.

Seis años debía permanecer en aquel lugar, ignorado de todos y entregado a la oración, penitencia, ayuno y luchas con el demonio, reproduciendo la vida de los Antonios, Hilariones y Benitos, saliendo como ellos vencedor de los combates del desierto y dispuesto a arrastrar en seguimiento suyo a multitud de almas que en breve le enviaría el Señor.

Su encierro fué descubierto al fin por unos cazadores que perseguían a un corzo. La noticia difundióse rápidamente y comenzaron a menudear las visitas. La cesación milagrosa de la peste, conseguida por su mediación, divulgó más y más su nombre, con lo que ciertas personas solicitaron y recabaron el favor de ir a vivir en aquella soledad y compartir con él su vida.

FUNDADOR A LOS VEINTE AÑOS. — LOS CUATRO MONASTERIOS DE CALABRIA

COMO se acrecentase considerablemente el número de sus discípulos, vinieron a hallarse faltos de sitio y desearon buscar lugar más a propósito para establecerse de modo definitivo. Francisco obtuvo del arzobispo de Cosenza autorización para edificar un monasterio en la cima de un monte próximo a la villa de Paula. A su construcción contribuyeron no pocos habitantes de la comarca con sus limosnas o prestación personal. No faltaron tampoco los milagros que, en diversas ocasiones, realizó Dios por medio de Francisco.

Tan unánime y generoso fervor no fué el único prodigio que señaló los comienzos de una Orden nueva y la construcción de su primer monasterio. En repetidas ocasiones, el fundador de veinte años dió pruebas del don de milagros con que el Señor le había enriquecido.

Y así, un día brotó una fuente al conjuro de sus plegarias para facilitar el trabajo de construcción; otro día en que se carecía de víveres, un caballo sin guía llegó al convento cargado de pan tierno; en otra ocasión, entró

Francisco en un horno de cal que amenazaba ruina y que a la sazón estaba plenamente encendido; arregló lo preciso y salió indemne. Con frecuencia, por su solo mandato o ruego trasladaron los obreros materiales de peso superior a sus fuerzas; y hasta en dos ocasiones distintas le fué dado resucitar a un joven que en otras tantas veces fué víctima de un accidente. Devolvió la vida a su sobrino Nicolás de Alesso, el cual, agradecido por tal favor, siguió con alegría de su alma la vocación del tío, con el consentimiento de su madre, que antes del milagro se había opuesto formalmente a la entrada de su hijo en la religión.

La fama del ermitaño se extendía cada vez más, con lo cual se acrecentaba el número de sus discípulos y facilitaba la fundación de nuevos monasterios. De Paterno llegaron las primeras y más apremiantes instancias, que Francisco pudo atender.

En 1444, el joven fundador —a la sazón veinticinco años— partió de Paula con algunos religiosos para establecerse en Paterno. Este convento se levantó en las mismas condiciones prodigiosas que el primero, por lo cual fué denominado «el convento de los milagros».

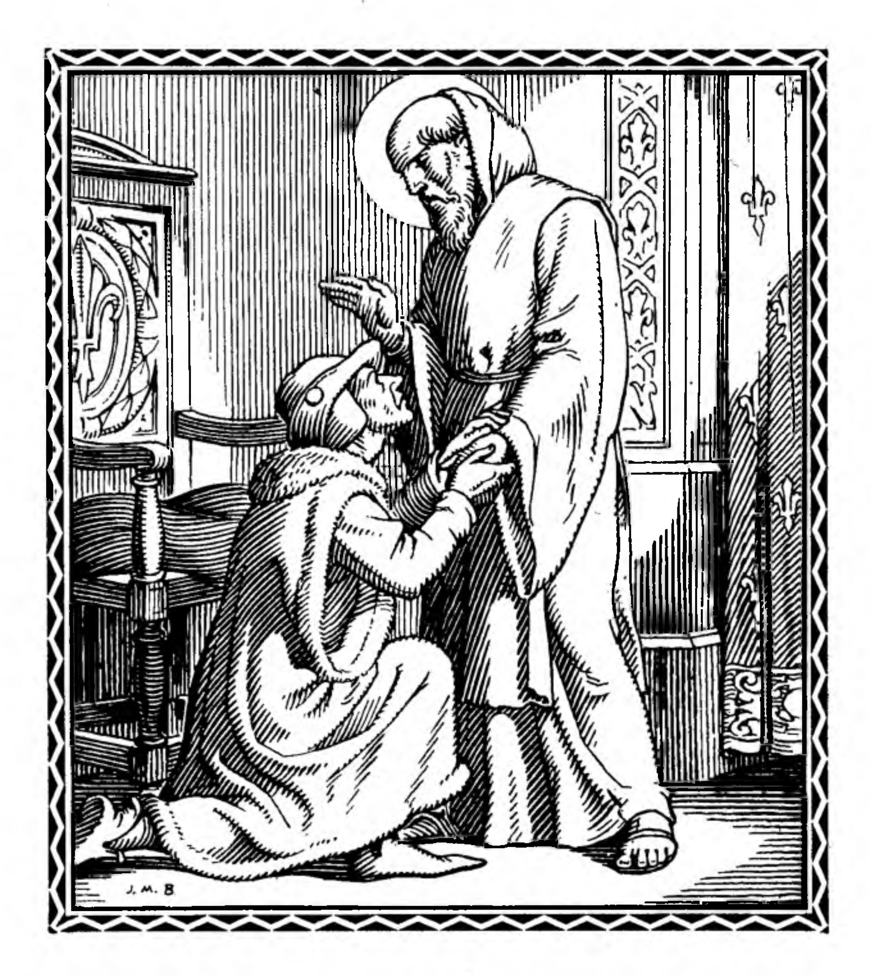
Entonces se vió Francisco por vez primera envuelto en una atmósfera de contradicciones y pruebas suscitadas por la envidia de los médicos a causa de la exagerada austeridad de vida que exigía a sus discípulos; pero el Señor, que visiblemente le asistía, hizo que triunfara la justicia.

Aunque Francisco no había frecuentado las aulas, poseía la elocuencia del apóstol y el don de mover los corazones. A la eficacia de su palabra se debe el gran número de conversiones, que motivaron la fundación de los conventos de Spezzano y de Coriliano.

De este modo alcanzamos al año 1464, en que el fundador salió de Calabria, dejando los cuatro conventos en plena prosperidad, y pasó a Sicilia donde era ansiosamente esperado. Frisaba entonces en los cuarenta y ocho.

SAN FRANCISCO DE PAULA EN SICILIA. — FUNDA UN INSTITUTO DE MONJAS

EL viaje de Francisco a Sicilia fué señalado por dos milagros extraordinarios. El primero fué que alimentó por espacio de tres días a nueve viajeros con un panecillo que se halló en sus mochilas; el segundo, de más resonancia todavía, aconteció así: Como a causa de su pobreza se le negara pasaje en el navío, púsose en oración y, acabada ésta, llegóse hasta las aguas, extendió sobre ellas su capa, hizo la señal de la cruz y subió a esta embarcación de nueva guisa, diciendo a sus dos acompañantes: «Seguidme, no temáis»; y los tres pasajeros abordaron de esta forma a la isla, cerca de Mesina.



NO *vengo a prolongar vuestra vida, señor —dice San Francisco de Paula al rey—; vengo a deciros de parte de Dios, que arregléis vuestros asuntos, porque su divina voluntad ha dispuesto abreviar los días de vuestra existencia». El rey recibió la tremenda nueva con entera conformidad.*

La milagrosa travesía del estrecho de Mesina por el santo varón de Dios, se glosa en el himno de Laudes que los religiosos de la Orden de los Mínimos cantan en la fiesta de su glorioso Fundador.

En los cuatro años que pasó en Sicilia, Francisco predicó con gran acierto y provecho espiritual; fundó y mandó edificar el convento de Melazzo, origen de otros varios, y el primer monasterio de religiosas ermitañas, terminado lo cual regresó a Calabria.

PROTECCIÓN DE LA SANTA SEDE. — VIOLENTA PERSECUCIÓN. SALVADOR DE ITALIA

POR aquel tiempo, impresionado el papa Paulo II por el paso maravilloso sobre las aguas, determinó examinar el caso y envió, al efecto, uno de sus secretarios al arzobispo de Cosenza, el cual dió informes en extremo favorables de Francisco, afirmó la veracidad de los milagros que se le atribuían y aconsejó al enviado pontificio que hiciera una visita al hombre de Dios.

Satisfecho de la encuesta el Papa, bendijo y colmó de favores al humilde *ermitaño y a sus discípulos; años más tarde,* Sixto IV, por bula fechada en 23 de mayo de 1473, amplió los privilegios otorgados por su predecesor, aprobó la nueva Orden religiosa con el nombre de Ermitaños de Calabria y, a despecho de su resistencia, nombró a Francisco Superior General vitalicio.

Cual otro Juan Bautista, no temía Francisco de Paula tronar públicamente contra los desórdenes de príncipes y reyes. Herido en su orgullo Fernando I, rey de Nápoles, quiso vengarse: acusó al santo varón de fundar en su reino nuevos monasterios sin contar con su licencia y condenó a los monjes a salir de sus casas. Apoyados en la autorización de su prelado, el fundador y sus monjes hicieron caso omiso de tales intimaciones. Para dar un escarmiento y acabar con aquella resistencia, el hermano del rey, Juan de Aragón —conocido con el nombre de «cardenal de Hungría», tal vez por haber sido legado pontificio en aquella nación—, expulsó del convento a los monjes de Castellamare y se posesionó del edificio; mas poco tiempo disfrutó de su iniquidad, pues en breve murió envenenado.

El rey, lejos de abrir los ojos ante muerte tan trágica que todos consideraron como castigo del cielo, se enfureció aun más y determinó apoderarse de la persona del santo religioso y guardarle preso en las cárceles de Nápoles. Sin más dilaciones envió a Paterno una compañía al mando de un capitán.

Los soldados, espada en mano, penetraron en el convento, recorrieron

el claustro, el dormitorio, la celda, la iglesia, sin dar con Francisco, que permanecía orando postrado ante el altar. Levantóse el siervo de Dios y con aire tranquilo y alegre salió al encuentro del jefe que, confuso y avergonzado, se echó a sus pies pidiéndole perdón. El Santo le mandó levantar, le entregó velas bendecidas, como acostumbraba a hacer en tales casos, para el rey y los suyos; encargóle además dijera a su soberano y a la corte, de parte de Dios, que hiciera penitencia. La amonestación produjo sus frutos: el rey se arrepintió de corazón y guardó desde entonces sincera amistad con el Santo.

En la terrible invasión de los turcos, que en la toma de Otranto (1480) pasaron por las armas a ochocientos de sus habitantes, y amenazaron a Italia entera, las súplicas del Santo ermitaño fueron la salvación. Pasó ocho días de oraciones y de ayunos, al cabo de los cuales comunicóle el Señor que trataría con misericordia a aquella nación; Francisco anunció a los monjes que la suerte abandonaría en breve a los turcos, lo cual tuvo fiel confirmación.

FRANCISCO EN LA CORTE DE FRANCIA

LUIS XI de Francia estaba a la sazón acometido de una terribre enfermedad que los médicos no podían atajar, por lo que no confiaba ya en otro auxilio que en el divino. La fama del taumaturgo italiano despertó en el rey vivos deseos de tenerle a su lado.

Aunque le llamaba personalmente el monarca, Francisco de Paula se excusó humildemente y se negó a partir de Calabria; el propio rey Fernando no obtuvo mejor resultado; pero así que el papa Sixto IV hubo hablado, por obediencia y a pesar de sus sesenta y tres años y del afecto que tenía a sus Hermanos, de los que había de separarse, proveyó al nombramiento de su sucesor y se despidió de los monjes. Tomó consigo a dos acompañantes y partió para Francia. En Roma se avistó con el Sumo Pontífice, del que recibió muy paternal bendición. Su viaje fué verdaderamente triunfal y señalado con varios milagros.

En Amboise le aguardaba el joven delfín y futuro Carlos VIII, que salió a su encuentro desde el castillo de Plessis-les-Tours, residencia del rey. Éste, a su vez, acudió a recibirle rodeado de su corte y luciendo magnífico manto real. Presentóse de hinojos ante el monje calabrés, le rogó que obtuviese su curación y la prolongación de su vida. «Si tal es la voluntad de Dios» —repuso Francisco.

Días después, ante nuevas instancias del soberano, le respondió: «Majestad, arreglad las cuentas del Estado y de vuestra conciencia, porque para vos no hay milagro, ha llegado vuestra hora; aparejaos para presentaros ante Dios».

Estremecióse el rey al oír tales palabras, pero la gracia penetró su alma; sometióse humildemente al decreto de la Providencia y suplicó a Francisco le asistiera en sus postreros momentos; misión de caridad que el santo monje aceptó con celo verdaderamente sobrenatural.

Luis XI murió, en efecto, santamente el 4 de agosto de 1483. Su primogénito contaba sólo catorce años y la nación no gozaba de paz; pero allí estaba Francisco para ayudar con sus oraciones, consejos e influencia al joven rey, que le estuvo siempre muy agradecido; y así, en lugar del modesto eremitorio, mandó edificar el príncipe un monasterio llamado de Jesús María, cuya construcción, al igual que la de los de Calabria, fué acompañada de muchos prodigios. Terminado en 1491, llegó a ser plantel fecundo de santos monjes que, en menos de veinte años, dió origen a veintiocho nuevos monasterios en Francia, España, Alemania e Italia.

Entre los que fundó en Francia, fué uno de la ciudad de Tours, para cuya fundación le dió Luis XI su palacio real y mandó edificar una iglesia y casa amplia en que viviesen el Santo y sus religiosos. Carlos VIII tenía en gran aprecio al Santo, le consultaba con frecuencia en los asuntos del Estado y tuvo por gran dicha que quisiese sacar de pila a su hijo el Delfín.

El monasterio de Roma, dedicado a la Santísima Trinidad, situado en el monte Pincio y reservado a los monjes franceses de la Orden, fué un *exvoto* de Carlos VIII en agradecimiento por las victorias de las campañas de Italia. Hoy día lo habitan las religiosas del Sagrado Corazón.

En distintas ocasiones puntualizó Francisco con insistente y maduro examen la Regla que había de dejar a su discípulos. El papa Alejandro VI († 1503), a quien fué presentado el primer esbozo, aprobó la abstinencia perpetua y el nombre de Mínimos en sustitución del de Ermitaños de San Francisco de Asís, que tenían hasta entonces. El mismo Papa aprobó en 1501 una nueva redacción que incluía un cuarto voto, a saber: guardar Cuaresma perpetua. La postrera redacción fué aprobada en 1506 por Julio II.

ÚLTIMOS AÑOS Y MUERTE DEL SANTO

FRANCISCO manifestó deseos de volver a Italia a pasar los últimos años de su vida entre los monjes de primera hora, en su pueblo natal. Al efecto solicitó licencia del rey Luis XII quien, conociéndole muy poco, se la otorgó; mas, apenas corrió la noticia cuando el cardenal de Amboise se presentó al rey y puso a su consideración la pérdida enorme que ello representaba para Francia. Luis XII dió contraorden al instante y un correo mandó volver a Francisco y a sus dos compañeros. El monarca hizo protestas de aprecio al santo anciano y le prometió ser para su Orden el más valioso protector.

Obligado a quedarse en Francia, se dispuso a celebrar un Capítulo general, convocando a él a los Padres más eminentes por su ciencia y su virtud.

Finalmente, el 15 de enero de 1507, siendo el santo Fundador de edad de noventa y un años, fué advertido sobrenaturalmente del momento cercano de su muerte y desde aquel instante no abandonó más la celda, y se dispuso a dar el gran paso de esta vida a la eternidad. El Domingo de Ramos le acometió la fiebre, y el Viernes Santo, 2 de abril, cerró los ojos a este mundo, abrazado al Crucifijo y diciendo: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», después de bendecir a sus Hermanos y recomendarles encarecidamente la práctica de la humildad y de la caridad, cuyo vocablo latino *Cháritas,* **rodeado de llamas, le servía de blasón.**

El cuerpo de Francisco quedó expuesto en la capilla del convento de Plessis-les-Tours, y fué tal la concurrencia de gente que se hubieron de atrasar varios días las honras fúnebres. No tardaron los milagros en hacer ilustre su sepulcro y entre las curaciones logradas por su intercesión merece citarse la de la princesa Claudia, hija única de Luis XII, y más tarde esposa de Francisco I. En prenda de gratitud y porque se había obligado con voto, su madre Ana de Bretaña emprendió sin demora la causa de canonización del Santo. Su instancia fué favorablemente acogida por Julio II; constituyóse el tribunal y dieron principio las encuestas y declaraciones. Seis años más tarde, por Letras pontificias fechadas a 7 de julio de 1513, León X declaró Beato a Francisco, y el 1.° de mayo de 1519, el mismo Papa le canonizó con extraordinaria solemnidad.

En el mes de abril o mayo de 1562, esto es, cincuenta y cinco años después de su muerte, conforme el mismo Santo lo había predicho, fueron profanados sus restos y quemados por soldados protestantes, no pudiéndose retirar de las cenizas más que unos pocos huesos medio calcinados.

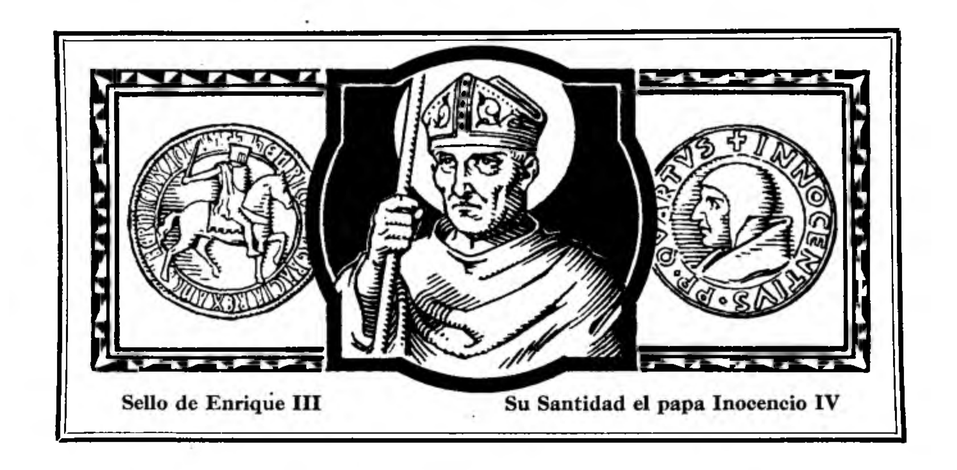
SANTORAL

Santos **Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos;** Anfiano, mártir en Cesarea de Palestina; Urbano, obispo de Langres; Abundio, obispo de Como (Italia); Nicecio, obispo de Lyón; Lenogisilo, abad; Policarpo y compañeros, mártires en Alejandría; Zósimo, mártir, en Palestina. Santas *María Egipcíaca, penitente; Teodosia, mártir a los dieciocho años;* Musa, virgen, en Roma; Leodegaria, hermana de San Urbano y abadesa; Ebba, abadesa en Escocia, quien, antes de perder el tesoro de la castidad, se cortó la nariz y el labio superior; las demás religiosas la imitaron y todas perecieron en el incendio de su convento, realizado por los daneses invasores.

SANTA MARÍA EGIPCÍACA, penitente. — Nacida en Egipto, huyó de su casa a los doce años y se dirigió a la ciudad de Alejandría, donde perdió la delicada flor de la honestidad y se entregó a los placeres de una manera desvergonzada y pública. Pasó a Jerusalén y vivió asimismo hundida en el fango de las más abyectas pasiones. El día de la Exaltación de la Cruz, cuando los demás peregrinos iban entrando en el templo para la adoración del símbolo de nuestra Redención, ella pretendió hacer lo propio, mas una fuerza irresistible, un empuje violento le impidió la entrada. Al fin comprendió cuál era la causa; evocó, en rápida visión, toda su mala vida, con el peso de sus maldades, y tuvo horror de sí misma. Pidió clemencia al cielo y, al levantar los ojos, distinguió una imagen de María nuestra Señora, a la que se encomendó con gran dolor y piedad. Después de esta súplica sintióse confortada y pudo entrar en el templo como los demás. Adoró la Cruz y rogó a Dios que no la abandonase. Una vez recibido los sacramentos de Penitencia y Comunión, pasó el Jordán y se retiró al desierto, donde vivió en las más austeras penitencias: dormía en tierra, comía hierbas y raíces, cubría su cuerpo con sólo las hebras de su larga cabellera, y golpeábase el pecho con piedras y zarzas agudísimas.

El hallazgo de esta Santa fué del siguiente modo. Había en aquellos tiempos costumbre entre los monjes salir del monasterio y practicar rigurosamente la Cuaresma en la soledad de los bosques y de los grandes desiertos. El año **430**, San Zósimo, varón de gran virtud y santidad, salió también de su convento de Palestina para pasar la Cuaresma en oración y penitencia rigurosa en las márgenes del Jordán. Cierto día, al amanecer, le pareció ver una figura humana que huía y le hacía señas que se detuviese. Vuelto del asombro y estupor que esa visión le causó, dijo: «Alma de hombre o de mujer, ruégote, en nombre del Señor a quien servimos, digas quién eres y a qué vienes». Una voz suave y femenina le contestó: «Padre Zósimo, echa tu manto a esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendición y pueda hablarte». En oyendo Zósimo llamarse por su nombre, se tranquilizó y pensó que era un alma de gran santidad a quien Dios había dado a conocer su persona. Cubierta con el manto raído del monje, recibió de rodillas su bendición y comenzó a contarle, entre lágrimas y sollozos, la vida disoluta de su juventud, y la espantosa penitencia que hacía en aquellas soledades desde hacía cuarenta y siete años. Luego le rogó volviese al año siguiente para tener ella la dicha de recibir al Señor en la Sagrada Eucaristía. Al cabo de un año volvió el santo anciano para ver esa maravilla de contrición y de penitencia y le dió la Sagrada Comunión. Después de largo rato de fervorosa acción de gracias, la Santa le reiteró el mismo ruego para que volviese otro año. San Zósimo acudió con exactitud al lugar señalado, llevando consigo la Sagrada Eucaristía; mas, ¡ay!, esta vez halló sólo el cadáver de la Santa Penitente, en actitud extática. Había muerto el mismo día que recibió la última Comunión; así lo aseguraba la Santa en unas palabras que había dejado grabadas en el suelo, y en las que, además, le pedía que la enterrase y rogase por ella.

SANTA TEODOSIA, virgen y mártir. — Fué una víctima más de la persecución de Galerio Maximiano. Era natural de Tiro, y consagró a Dios su virginidad. Tenía escasamente dieciocho años cuando se presentó a los cristianos, exhortólos a perseverar y les suplicó se acordaran de ella, cuando alcanzasen la gloria que esperaban. Fué denunciada e impelida a sacrificar a los dioses. Habiéndose negado a ello, los guardias se apoderaron de su persona y le descarnaron los costados y los pechos, hasta dejar a la vista huesos y entrañas. Por último fué arrojada al mar, recibiendo así la corona del martirio el 2 de abril del año **307**.



Sello de Enrique III — Su Santidad el papa Inocencio IV

DÍA 3 DE ABRIL

SAN RICARDO

OBISPO DE CHICHESTER (1197 - 1253)

ERA Ricardo el más joven de los tres hijos de Ricardo y Alicia de Wiche. Nació el año 1197 ó 1198 en el condado de Worcester (Inglaterra), en la pequeña ciudad de Wiche —hoy Droitwich— situada en las riberas del río Salwarp, muy próxima al bosque de Fakenham y muy célebre ya en tiempo de los romanos por sus baños salinos.

En edad temprana los tres niños perdieron a sus padres y heredaron las propiedades de Burfard que pasaron, como es natural, a manos de tutores, los cuales se mostraron interesados y muy negligentes en el cumplimiento de sus obligaciones. Entretanto, mostraba Ricardo su inclinación a la lectura al par que daba señales de gran aptitud para la gerencia de los negocios.

Cuando llegó el momento de entregar las propiedades al hijo mayor, hallábanse éstas en estado lamentable, por lo cual, no sintiéndose el jefe de familia con arrestos para remediar tamaño desorden, rogó a su hermano menor que lo tomara por su cuenta. Ricardo, que a la sazón se dedicaba a los estudios, dejó de lado los libros, puso manos a la obra y, tras una labor ímproba y constante, restableció el orden en el patrimonio familiar. El hermano mayor se lo agradeció muy de veras, le ofreció todos sus dere-

chos familiares y aun le propuso un enlace ventajoso con una noble propietaria que hubiera asegurado su felicidad doméstica. Ricardo permaneció insensible a los encantos de la joven no menos que a los atractivos de la fortuna, y, comprado que hubo unos libros con el dinero de que disponía, se encaminó a Oxford para proseguir allí sus estudios.

Mucho tuvo que sufrir en esta ciudad universitaria, no sólo por las privaciones materiales, sino también por el trato con hombres de toda clase, a algunos de los cuales veíaseles entregados a las más violentas pasiones. Vivía en el mismo aposento que otros cuatro estudiantes que le eran simpáticos y que incluso le dieron un hábito.

En Oxford se aficionó Ricardo extraordinariamente a la Filosofía y para más perfeccionarse en ella se trasladó a París. El tenor de su vida en esta capital fué más o menos como en Oxford y, llegado el momento de graduarse, volvió a esta universidad. Poco después, le vemos en Bolonia, en la célebre escuela de Derecho civil y canónico. Uno de los profesores quedó tan prendado de sus vastos conocimientos que le ofreció la mano de su hija; pero no entraba el matrimonio en los planes de Ricardo. Regresó a Inglaterra, se estableció en Oxford, dió principio a la vida pública y poco después fué elegido canciller de la Universidad.

CANCILLER DE LA IGLESIA DE CANTORBERY

EXTENDÍASE su fama cada día más; la capacidad y los talentos extraordinarios que manifestaba no pasaron inadvertidos a dos personajes eclesiásticos de los más principales del reino: San Edmundo, primado de Inglaterra, y Roberto Grossatesta, obispo de Lincoln, que quería nombrarle canciller de su diócesis. Edmundo iba tras él, no tanto por su vasta erudición cuanto por la santidad de su vida; Grossatesta, aunque piadoso, estaba prendado sobre todo de sus cualidades intelectuales. El santo aventajó al sabio, y Ricardo fué nombrado canciller de Cantorbery.

Dicho nombramiento le ponía muy de manifiesto en la vida pública de la Iglesia y de Inglaterra, que a la sazón estaban estrechamente unidas. Entablóse íntima amistad entre el primado y su canciller, siendo de notar que ambos habían hecho la carrera sin dinero y sin apoyo alguno.

San Edmundo tenía que habérselas con Enrique III tocante a la elección de los obispos, y no omitía ocasión de consultar a Ricardo como amigo y consejero. Cuando se hubo agudizado el conflicto con el soberano hasta el punto de obligar al prelado a salir de Inglaterra, Ricardo pasó también la Mancha, y ambos fijaron su residencia, con algunos acompañantes más, en la abadía de Pontigny de Francia. En estos días tristes, el canciller

no dejó un solo momento a su arzobispo, a quien acompañó más tarde a Soissy.

San Edmundo, abrumado por las penas morales, murió el 16 de noviembre de 1240. Ricardo se quedaba solo. También él había sufrido por la justicia y por la libertad procesos e inquietudes sin cuento, pillajes y pérdida de la propia hacienda, fatigas corporales, desprecios, insultos y por fin extrañamiento de su patria. Salvo la muerte, que le respetó en el destierro, su vida en aquellos años tristes fué idéntica a la de San Edmundo.

ELECCIÓN PARA LA SEDE DE CHICHESTER

QUEDÁBALE un consuelo, el de poder realizar un proyecto que hacía largos años meditaba: ser sacerdote. Este ideal le sostuvo en las horas angustiosas de su vida. Se encaminó, pues, al convento de los dominicos de Orleáns para terminar los estudios de Teología y recibir las Órdenes Sagradas. Al igual que su maestro San Edmundo, siempre había puesto en práctica las reglas de la ascética y las penitencias corporales; mas una vez sacerdote, acrecentó de tal modo el número y rigor de sus mortificaciones que, doquiera se le veía, era objeto de admiración.

En Orleáns edificó un oratorio a San Edmundo, primero de la serie que más adelante levantó en Inglaterra a su santo amigo. Esa pasión de erigir iglesias dedicadas al santo arzobispo era muy conforme con la trayectoria y el sentido que para nosotros tiene su vida. Como sacerdote apartó toda preocupación de su propia persona; su único ideal era el servicio de Dios y nadie le pareció haberlo realizado mejor que San Edmundo, el prelado a quien tan íntimamente conoció, y a quien la Iglesia elevó a los altares en 1247.

De regreso a Inglaterra, parecióle posible emplear el resto de sus días al tranquilo ejercicio de su ministerio sacerdotal y, efectivamente, regentó por espacio de varios años la parroquia de Deal y fué luego rector de Charing; pero en 1244 nuevamente era llamado a ejercer el cargo de canciller en Cantorbery. A San Edmundo había sucedido el Beato Bonifacio de Saboya, prelado joven todavía pero muy apostólico y dotado de gran firmeza de carácter.

Ricardo pasó poco tiempo al servicio del arzobispo. Hombre éste de clarividencia sin igual, habíale juzgado digno de más elevado cargo. Habiendo quedado vacante en 1244 la sede episcopal de Cichester, los canónigos eligieron al archidiácono Roberto Passelewe; pero el arzobispo Bonifacio, que reivindicaba para sí y sus sufragáneos el derecho de hacer el referido nombramiento, reunió a los obispos de su archidiócesis en sínodo que anuló la elección de Passelewe y nombró en su lugar a Ricardo.

Esta elección, si bien agradó al arzobispo y a sus amigos, desagradó sobremanera al rey Enrique, pues veía eliminado a aquel de quien tanto podía prometerse, dada la afinidad de ideas que entre ambos existía. En cambio, veía enaltecido a un adversario suyo, antiguo canciller y consejero del arzobispo Edmundo, con quien había saboreado el amargo pan del destierro.

CONFLICTO CON LA CORONA

NO era Enrique III hombre que tomase a medias sus providencias cuando se trataba de hacer sentir su desagrado. Apoderóse de casi todas las rentas de la sede de Chichester y se negó a devolverlas. La posición de Ricardo era poco envidiable. Encontrábase obispo electo y no podía tomar posesión de su sede, porque el soberano fingía ignorar hasta su misma existencia. Resolvió, pues, entrevistarse con el rey y explicarle su proceder. No duró mucho la entrevista, porque, habiendo venido Ricardo a reclamar sus derechos en interés de sus diocesanos, el rey tenía decidido rehusarlo todo al que consideraba como a intruso. El prelado exigía la restitución de las rentas de su diócesis, cuando lo que el rey pedía eran explicaciones a Ricardo acerca de su proceder pasado y excusas por las ofensas que juzgaba haber recibido.

Ricardo tuvo, pues, rotunda negativa del soberano a todas sus demandas. Segunda vez se presentó a Enrique para exponerle sus anhelos de justicia, y segunda vez le despidió el rey sin hacerle caso. Varios meses permaneció aún Ricardo en esa difícil situación. Al fin, se decidió a presentar el caso a la Santa Sede para saber de una vez a qué carta quedarse: o era confirmada su elección de obispo y quedaba así trazada la línea de conducta para lo porvenir, o estaría libre de retirarse de la vida pública; esta última solución era la que más le agradaba. Salió para Lyón, y en 1245 presentó su solicitud a Inocencio IV, que celebraba allí un Concilio.

Conociendo la causa de aquel Concilio, puédese imaginar la acogida que haría el Papa al obispo Ricardo. El emperador de Alemania Federico II se hallaba en guerra declarada con el Papa, e Inocencio IV se proponía lanzar en aquel Concilio excomunión contra él. Apoyar a Ricardo en esta ocasión, ¿no sería tal vez enajenarse al soberano que proveía a la Iglesia romana de la mayor parte de los ingresos? Mas no podía el Papa sacrificar los derechos de un obispo por cálculos tan ruines. En lo demás, como el rey de Inglaterra tenía voz y voto en la elección de los obispos y en el caso presente se había obrado sin contar con él, declaró el Papa que en ello había flagrante injusticia para con Enrique. Fuera de esto, la elección de Roberto Passelewe hecha por los monjes era debida a la presión que sobre ellos ejerciera el rey.



SAN *Ricardo se presenta ante el rey y reclama en nombre de Dios, de la justicia y de los pobres, los bienes de la sede de Chichester que le ha confiscado. El rey se irrita, pero el Santo no se acobarda ni cede sus derechos. Reclama una y cien veces hasta obtenerlos.*

En tales condiciones, el Papa declaró irregulares ambas elecciones, y luego por su propia autoridad nombró a Ricardo obispo de Chichester, confiriéndole personalmente la consagración episcopal el día 12 de marzo de 1245.

Inmediatamente fué enviado Ricardo a Inglaterra por Inocencio IV, portador de los documentos por los que se anunciaba al rey que debía dar a Ricardo posesión de la sede de Chichester y devolverle las rentas de su diócesis. De camino, detúvose el Santo en Pontigny para orar una vez más ante la tumba de San Edmundo y, fortalecido por el recuerdo de los sufrimientos que el desterrado había soportado, se encaminó hacia las costas de Inglaterra. Furioso el rey de haber sido vencido por el obispo, rehusó dar su *plácet* a la decisión pontificia y siguió en posesión de las rentas de Chichester.

PREMIO DE DOS AÑOS DE LUCHA

RICARDO se puso, pues, a la obra careciendo de casa y de dinero. Su vida era la de un recluso. Muchos le seguían con la mirada cuando tranquilo pasaba por las calles a cumplir las obligaciones de su ministerio; y muchos también se daban cuenta de sus necesidades, pero no osaban ampararle por temor a las iras del rey. Hubo con todo honrosas excepciones, y es digna de mención entre todas ellas la del presbítero Simón, párroco de la aldea de Ferring, en los confines de Sussex. Pobre era, pero no puso reparo en recibir a Ricardo bajo su tutela. ¡Qué situación tan peregrina la de un obispo que pide limosna a un modesto párroco!

Esa vida que aceptó Ricardo para permanecer fiel a su deber, era a las veces sobrado rara y peregrina en un obispo de aquel tiempo. La diócesis era extensa, y, para cumplir la visita pastoral, había de viajar el prelado con la mayor pobreza y casi solo, cruzando inmensas extensiones cortadas frecuentemente por pantanos y por erizados breñales, lo cual hacía que la vida del misionero fuera sumamente penosa.

El mayor dolor para el bondadoso prelado era ver sufrir a los suyos y no tener con qué aliviarlos. Ricardo, que vivía entre los pobres como el más pobre, no podía hacer nada para mitigar su angustia. ¡Cuántas afrentas y vejaciones hubo de soportar! Cada vez que el rey iba a Windsor, el prelado se presentaba en palacio, pero cada vez era cortésmente despedido o bruscamente expulsado.

Este será el sitio de reproducir el relato que su confesor hace de una de esas visitas.

Cierto día que Ricardo se acercaba al real sitio, uno de los mariscales de la corte dirigióle una mirada furibunda y le dijo:

—¿Cómo os atrevéis a penetrar en este palacio, sabiendo como sabéis que el rey está sumamente enojado contra vos?

Y, no ignorando él cuán cierto era todo ello, hallóse desconcertado y, corrido y avergonzado, se alejó del palacio y fué a buscar sociedad entre su grey.

Por fin, transcurridos dos años de resistencia, el rey se vió forzado so pena de excomunión a entregar la sede de Chichester a su legítimo obispo; pero tales disposiciones había tomado, que los administradores no remitieron un céntimo a Ricardo y, por mucho que protestara durante su episcopado y aun en su testamento, jamás pudo conseguir nada de las rentas de esos dos años.

Apenas tomó posesión efectiva acordóse que había un sepulcro amado en tierra extranjera y voló a Francia a postrarse ante el cuerpo de San Edmundo. Quería exhumar sus reliquias, y él en persona tuvo parte en la traslación. De ello hizo mención en carta dirigida al abad de Begeham, de la cual son estas líneas:

Para que estéis al corriente de la traslación y del estado del cuerpo del bienaventurado Edmundo, habéis de saber que en la fiesta de la Santísima Trinidad, esto es, el 2 de mayo de 1247, al abrir el sepulcro de nuestro santo padre Edmundo, por la noche, a presencia de varias personas, se halló el cuerpo entero y exhalando suavísimo perfume; la cabeza con sus cabellos, el rostro con sus colores naturales, el cuerpo con todos los miembros... Con nuestras propias manos palpamos su santo cuerpo; con gran esmero, sumo respeto y continuada satisfacción le hemos peinado los cabellos de la cabeza, espesos y bien conservados.

El hambre hacía estragos en Inglaterra y el pueblo reclamaba urgentemente la presencia de Ricardo, el cual, acabada la ceremonia partió de Francia sin que fuera capaz de detenerle una tempestad que en aquellos días sacudía las costas del Canal de la Mancha.

EPISCOPADO FECUNDO

EN adelante, la vida de Ricardo fué muy distinta de la que antaño llevara, sin por esto suprimir nada de su austeridad. Si presidía un banquete, no tocaba los manjares delicados que le ponían delante. Bajo las suntuosas vestiduras episcopales, llevaba de continuo un cilicio y unas cadenitas de hierro que laceraban sus carnes. No había menguado su amor a los pobres; al contrario: ahora que disponía de dinero lo repartía más a menudo y en mayor cantidad, de modo que los indigentes salían ampliamente beneficiados. Durante el azote del hambre que se inició el mismo año en que Ricardo tomó posesión de su sede, destinó todos los ingresos de palacio al alivio de los menesterosos.

Pero con ser tanta su caridad para el remedio de las necesidades corporales, tomaba más a pechos todavía el bien espiritual de sus ovejas; el activo prelado se llegaba a caballo hasta la choza más apartada; veíasele por doquier predicando y administrando los Sacramentos, radiante de alegría al ver la amable acogida que le hacían los pescadores a lo largo de las riberas del mar, de cuyas casuchas diríase que le costaba salir.

En punto a disciplina eclesiástica, era Ricardo muy exigente. Al encargarle el cuidado de la diócesis, que se hallaba en estado lamentable, su primer cuidado fué juntar el Cabildo y redactar estatutos contra los abusos. Gustábale mucho el esplendor de las ceremonias y quería que los ornamentos y los manteles del altar estuvieran irreprochablemente limpios. El sacerdote que no predicaba o que lo hacía sin preparación, quedaba suspenso de licencias. Él mismo, en esto, como en todo lo demás, era admirable ejemplo para su clero.

Ricardo, aunque severo y rígido en cuestiones de derecho y de justicia, mostraba siempre una afabilidad y mansedumbre inalterables.

Cierto día el conde de Arundel —incurso en excomunión— tuvo, bien a pesar suyo, que tratar un asunto con el obispo de Chichester. Contrariamente a lo que él esperaba, halló al prelado muy cortés, suspendiendo la excomunión mientras era su huésped y tratándole con toda suerte de consideraciones.

Las penalidades de los peregrinos en Tierra Santa conmovieron hondamente al santo prelado, que fué ardiente predicador de la Cruzada y, aunque no fueron coronados con feliz éxito sus esfuerzos, no cejó en su ardoroso celo.

MUERTE DE SAN RICARDO

EN 1253, a consecuencia del fracaso de la expedición de San Luis, el obispo inició con bélico ardor la predicación de una nueva Cruzada, pudiéndose afirmar que todas las ciudades de Inglaterra oyeron su cálida palabra. Al llegar cerca de Dóver, las fuerzas vinieron a faltarle y fué trasladado al hospital de Santa María donde, a pesar de su delicado estado, prometió con santa alegría asistir a la consagración de una pequeña iglesia en honor de su amigo San Edmundo. Al día siguiente cumplió con lo que él creyó ser el último acto público de su vida y, durante la ceremonia religiosa, dirigió al pueblo algunas palabras, que un historiador nos ha conservado.

—Amadísimos hermanos —les dijo—, os conjuro a que bendigáis y alabéis conmigo al Señor que nos ha otorgado la gracia de hallarnos reunidos a esta dedicación en honor suyo y de nuestro padre San Edmundo. Lo que

he pedido desde que tengo la dicha de poder celebrar el santo sacrificio, lo que en mis plegarias he solicitado siempre es que antes de acabar mis días pueda siquiera consagrar una basílica a San Edmundo. Así que doy al Señor las gracias más rendidas por haber colmado los deseos de mi corazón; y ahora, carísimos hermanos, habéis de saber que me consta que en breve he de abandonar el sagrario de mi cuerpo; por eso pido verme ayudado en mi tránsito al Señor con vuestras oraciones.

Y agrega su biógrafo que, dicha la misa solemne, regresó al hospital. Desde aquel instante, su debilidad se acentuó y, como se daba cuenta de su estado mejor que los que le rodeaban, rogó a sus amigos que se quedasen con él para asistirle en sus últimos momentos. Hecha confesión general de su vida, recibió los Santos Sacramentos con gran fervor y, por más que iba perdiendo las fuerzas por momentos, conservó la lucidez de sus facultades hasta su último aliento.

—Echad al suelo este cuerpo pútrido —exclamó al fin.

Y cuando lo hubieron hecho, añadió:

—Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu...

Encomendóse a Nuestra Señora, Madre de gracia y de misericordia, y expiró. Era el 3 de abril de 1253.

San Ricardo fué inscrito en el número de los Santos el 22 de enero de 1262 por el papa Urbano IV, que a la sazón se hallaba en Viterbo y fijó la celebración de su fiesta en 3 de abril.

SANTORAL

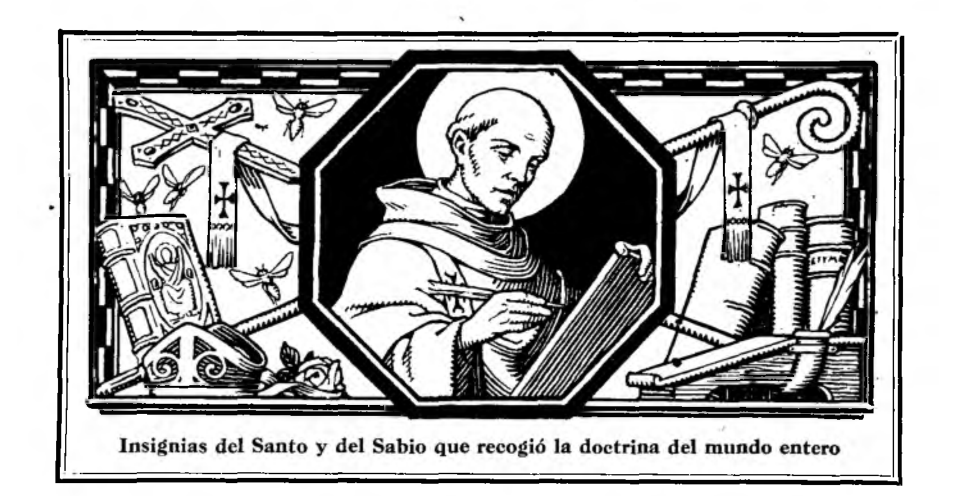
Santos **Ricardo, obispo de Chichester;** *Pancracio, obispo de Taormina y mártir; Nicetas, abad;* Ulpiano, que fué encerrado en un saco con un perro y un áspid y arrojado al mar, en Cesarea de Palestina; Urbicio, obispo de Clermont; José el Himnógrafo; Evagrio, Benigno, Cristo, Patricio y Zósimo, mártires; Román, discípulo de San Mauro; Donato, mártir en Nicomedia; *Benito de Palermo* y el Beato Pedro Melgar, franciscanos. Santas Agape y Quionía, vírgenes y mártires; Engracia, virgen y mártir bracarense, martirizada cerca de León; Burgundófora, virgen y abadesa benedictina; *Angélica, abadesa en Milán.*

SAN PANCRACIO, obispo de Taormina. — Fué consagrado obispo por el mismo San Pedro, de quien recibió el encargo de convertir al cristianismo la isla de Sicilia. Tan grandes fueron el ardor y unción de sus predicaciones, el celo religioso que en todo ponía y la edificación de su conducta, que logró por ello gran número de conversiones. Sus trabajos apostólicos hacen sea considerado como apóstol de aquella región. Alcanzó la palma del martirio durante la persecución de Domiciano.

SAN NICETAS o NICETO, abad. — Nació en Bitinia, provincia asiática del Imperio romano por legado de su rey Nicomedes III. Hijo de padre muy virtuoso, fué educado, al perder a su madre, entre monjes de vida austera y penitente. Dado a la oración e instruído en las Sagradas Letras, no se contentó con la austeridad que llevaban aquellos monjes y se retiró al monasterio de Medición, del cual llegó a ser abad. Resplandeció por su celo en defender el culto de las sagradas imágenes, por lo cual tuvo que sufrir muchas y graves persecuciones. Llevó siempre vida edificante y austera. Murió el 3 de abril de 824.

SAN BENITO DE PALERMO, franciscano. — A este Santo se le llama también *el Negro,* a causa del color de su piel. Sus padres, africanos, fueron comprados como esclavos por un señor de Sicilia, el cual contribuyó a la conversión de ambos esposos, quienes, después de instruídos en la Religión Católica, ingresaron en su seno y fueron siempre muy piadosos. A su hijo Benito le inspiraron tan intenso amor a Dios y tan sólida devoción, que no era raro verle entregado a la oración durante sus juegos de niño y aun durante sus labores de hombre. Primero se dedicó a la labranza del campo, donde fué objeto de las burlas de sus compañeros. Cuando frisaba en los veinte años, ingresó en la Orden de los Eremitas de San Francisco, en la que llevó vida de anacoreta. Sólo un poco de pan y unas cuantas hierbas tomaba al día, y se disciplinaba hasta derramar sangre. El papa Pío IV dispuso la agregación de estos solitarios a la Orden de San Francisco. Benito estuvo sucesivamente en dos conventos de Sicilia, siendo siempre un modelo para todos por su conducta edificante, sencilla y dulce. Durante varios años desempeñó el oficio de cocinero, en el cual se vió reiteradamente favorecido por la Providencia con hechos maravillosos: una vez se multiplicaron las provisiones del convento sin saber cómo; otra vez, mientras Benito estaba rezando, el refectorio se llenó de abundante comida preparada milagrosamente; en otra ocasión, para hacer astillas cargó sobre sus hombros un árbol que cuatro individuos no hubieran podido arrastrar. En el Capítulo provincial de 1578, sus méritos le elevaron al cargo de guardián del mismo convento. Durante su gobierno se celebró un Capítulo en Girgenti, al cual asistió nuestro Santo, que fué recibido por el pueblo en masa con gran solemnidad y regocijo de todos. Dios obró por su medio muchos milagros. Murió santamente el martes de Pascua de 1589.

SANTA ANGÉLICA, abadesa. — A principios del siglo XVI nació en Milán, verdadera joya del arte cristiano, una niña, asombrosa flor de pureza, cuyos labios, como pétalos de rosas místicas, destilaban mieles de elocuencia humana, aprendida de su padre el profesor de Humanidades, Lázaro de Negrí, y también elocuencia divina, que libaba en el cáliz amoroso de la Divina Eucaristía. Con esta elocuencia logró atraer a Dios y a la virtud a muchas doncellas que vivían extraviadas. Pero esta flor tan delicada no podía respirar el aire insano del mundo, y, por esto, Dios la trasplantó al jardín religioso del convento de San Pablo de su ciudad natal. Su sabiduría y virtud la elevaron al cargo de abadesa, en el cual adquirió tanta fama, que dió su nombre a las religiosas, las cuales desde entonces son conocidas con el nombre de «Angélicas», admitido y reconocido por la Santa Sede. Dios le concedió el poder especial de obrar conversiones, entre las cuales sobresale la del marqués de Guasto, gobernador del Milanesado y capitán de Carlos V. En contra de unas falsas acusaciones de envidiosos que deseaban desprestigiarla, la Iglesia reconoció su santidad. Murió el 3 de abril del año 1555. Goza de gran veneración en la regiones de Milán, los Abruzos y en otros pueblos de Italia.


Insignias del Santo y del Sabio que recogió la doctrina del mundo entero

DÍA 4 DE ABRIL

SAN ISIDORO

ARZOBISPO DE SEVILLA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (570 - 636)

EL insigne doctor San Isidoro fué natural de Cartagena, donde su padre, el duque Severiano, ejerció el cargo de gobernador. Tuvo por hermanos a San Leandro, arzobispo de Sevilla y gran amigo de San Gregorio papa; a San Fulgencio, obispo de Écija, y por hermana a Santa Florentina, monja. Todos ellos fueron santos y, como tales, celebrados en la Santa Iglesia. Algunos dicen que también fué su hermana Teodosia o Teodora, mujer del rey Leovigildo, y madre del glorioso príncipe de las Españas y mártir, San Hermenegildo, y del rey Recaredo, su hermano, por cuya industria y celo los godos arrianos de España se convirtieron a la fe católica en el tercer Concilio toledano. Pero la gloria de unos y otros, con ser tan grande, palidece y queda como eclipsada por los vivos resplandores de la opinión de sabiduría y santidad de Isidoro, último vástago de la noble familia andaluza. «Insigne en santidad y doctrina —dice el Martirologio Romano—, ilustró a España con su celo en favor de la fe católica y su observancia de las disciplinas eclesiásticas».

El nombre de Isidoro se pronuncia con igual respeto por amigos y adversarios, y en todas las historias de nuestra genial literatura.

INFANCIA Y PRIMEROS ESTUDIOS

NACIÓ San Isidoro por los años de 570. Siendo niño y estando aún en la cuna, vió su hermana Florentina que un enjambre de abejas andaba alrededor de su boca y subía al cielo; lo cual se escribe también de San Ambrosio y de Santo Domingo, y se tomó como pronóstico de la sabiduría y elocuencia grandes que había de tener.

Pasada la primera edad, le pusieron sus padres al estudio, siendo su maestro su mismo hermano San Leandro que era ya obispo de Sevilla, en cuya sede le había de suceder algunos años después. San Leandro quería entrañablemente a su hermanito, pero anteponía los cuidados del alma a los del cuerpo y, si era menester, le castigaba, enseñándole a vencer la pereza.

Mas, aunque el niño trabajaba con buena voluntad y cuidado, hallaba gran dificultad en aprender las letras. Desconfiando de su aprovechamiento, determinó dejar el estudio y no pasar adelante en cosa que le costaba tanto trabajo y de la cual sacaba tan poco fruto. Estando en este pensamiento, se fué cierto día a pasear por el campo en vez de acudir a la lección, y anduvo vagando hasta que, rendido de sed y de cansancio, se le ocurrió sentarse junto a un pozo. A poco de estar allí sentado, echó de ver que en el brocal, que era de piedra dura, había canales, surcos y hoyos que con el uso y el tiempo habían hecho las sogas y las lluvias, y dijo entre sí: «Pueden las sogas y las gotas de agua cavar la dura piedra y hacer estas señales con la constancia del tiempo, y ¿no podrán la costumbre y el continuo estudio ablandar mi cerebro e imprimir en mi alma la ciencia y doctrina?»

Con esto volvió a su estudio, dióse muy de veras a toda ciencia y fué en ellas tan consumado, que no hubo en su tiempo quien le igualase en ningún género de letras divinas y humanas, ni en las lenguas latina, griega y hebrea que sabía perfectamente, como se ve en los muchos y excelentes libros que escribió de varias y raras materias, con las cuales ilustró a la Iglesia Católica y mostró la excelencia de su ingenio y sabiduría, y cuyo catálogo escribieron sus discípulos San Ildefonso y San Braulio, arzobispos respectivamente de Toledo y Zaragoza.

VIDA MONÁSTICA

EL rey Leovigildo había martirizado a su hijo San Hermenegildo, y desterró a San Leandro y a San Fulgencio. Afligióse sobremanera Isidoro con esto; pero no desmayó su ánimo, antes bien, quiso proseguir la lucha emprendida por sus dos hermanos contra los herejes, a los cuales se opuso con gran valor. Disputó con ellos con tanto celo, elocuencia y doctrina

que, no pudiendo resistirle ni responder a sus argumentos, trataron de matarle, teniendo por afrenta el verse vencidos de un mozo de tan pocos años, como entonces era Isidoro; y pusiéranlo por obra si Dios se lo hubiera consentido; pero le destinaba a mayores cosas.

Entretanto llególe al rey Leovigildo la hora de la muerte, y como si en aquel supremo trance quisiera arrepentirse de sus horrendos delitos y aplacar por algún medio la justa ira y venganza del Señor, hizo volver del destierro a San Leandro, le llamó junto a sí, y le encargó de la crianza y tutela del joven príncipe Recaredo.

Gran contento y alegría experimentó Isidoro con la vuelta del destierro de su hermano mayor, por lo mucho que le estimaba y por las vivas ansias que tenía de pelear junto a él en defensa de nuestra fe y sacrosanta religión. San Leandro tuvo noticia del grave peligro en que estaba Isidoro de perder la vida en manos de los arrianos, le reprimió para que no disputase más con ellos y determinó encerrarle en un monasterio para librarle del peligro; lo cual hizo, teniéndole recluso hasta que él murió; y para que Isidoro se aprovechase de aquel retiro y se preparase en él debidamente a la vida eclesiástica, puso a su disposición los más sabios maestros que a la sazón florecían en España.

Tuvo en ello San Leandro inspiración del Señor, que quería traer a su siervo Isidoro a extraordinaria santidad de vida por la práctica rigurosa y constante de las virtudes monásticas en aquellos años que vivió en el convento, cuyo recuerdo quedó grabado en su mente y corazón, como se echa de ver en sus escritos del monaquismo, y más todavía en la sapientísima regla de veinticuatro capítulos que escribió para los monjes españoles. Aunque se refiera poca cosa de la vida que llevó Isidoro mientras fué monje, no cabe duda que se ejercitaría en todas las virtudes que deben resplandecer en un ministro del Señor, y se capacitaría para la carga del episcopado. Por lo cual no es de maravillar que, al morir San Leandro, le sucediese Isidoro en la sede de Sevilla; porque, aunque estuviese escondido en el claustro, no había persona que se olvidase del joven clérigo que años antes había defendido la verdadera fe con tanto denuedo y elocuencia.

ARZOBISPO DE SEVILLA

HABIENDO muerto San Leandro y vacando la Iglesia de Sevilla, el rey Recaredo, que deseaba proveerla de un singular y católico doctor, nombró a Isidoro por arzobispo y sucesor de su hermano en aquella Silla, con grandísima satisfacción y contento de la ciudad de Sevilla y de todo el reino de España, por la grande opinión que tenían de su santidad y doctrina. Todos se congratulaban de su exaltación, menos él, que

lloraba y se tenía por indigno de aquella distinción, suplicando al rey que eligiese a otro que fuese digno de ella; pero, viendo que no le valían sus ruegos, bajó la cabeza y rindióse a la voluntad del Señor.

Pronto resplandecieron sus virtudes y el mundo quedó alumbrado con el brillo de su ciencia. Eran admirables su humildad, caridad, benignidad, afabilidad, modestia, paciencia y mansedumbre.

Lo que más afligía su corazón de padre y pastor eran los abusos y desórdenes del clero, y el olvido de las leyes eclesiásticas. Con el fin de reglamentar la vida de los clérigos y las relaciones de los sacerdotes con los obispos, juntó un concilio en Sevilla en el año 619 y otro en Toledo en el 633, restableciendo con ello en las iglesias españolas los estatutos apostólicos, los decretos de los Padres y las principales instituciones de la santa romana Iglesia.

Era piadosísimo con los pobres, apacible con los ricos, fuerte con los poderosos, devotísimo en la iglesia, vigilante en la reforma de las costumbres, constante en la disciplina eclesiástica, suavísimo para todos; y para sí, riguroso y severo.

INSTITUCIONES DE SAN ISIDORO

MAS porque entendió que la traza y fundamento de todo lo bueno que se quiere edificar en la nación es la instrucción de la juventud y la crianza de los hijos en virtud y letras cuando están blandos y admiten fácilmente cualquier impresión, edificó algunos colegios en que se instruyesen los mozos, no solamente de su arzobispado, sino también otros de toda España que a ellos quisiesen acudir, como hacían muchos. El santo prelado les daba preceptos, ordenaba lo que habían de aprender, y les enseñaba las cosas más altas, como maestro superintendente de todos, siempre en aras de su celo y caridad.

Eran esas escuelas verdaderas universidades de las que salieron varones insignes, eminentes en sabiduría y santidad, como San Ildefonso y San Braulio; en ellas se enseñaba Latín, Griego y Hebreo, Historia y Geografía, Astronomía y Matemáticas, y además Sagrada Escritura, Derecho, Filosofía y Teología. Para los estudiantes que a ellas acudían, escribió el ilustre San Isidoro multitud de tratados cuya extensión y profunda doctrina pasman a los mayores ingenios, porque abrazan todos los conocimientos humanos de aquella época, desde la más sublime Teología hasta la Agricultura y Economía rural. La principal de sus obras, o sea los veinte libros de los *Orígenes* o *Etimologías,* es una verdadera Enciclopedia o Diccionario universal que descubre el raro y agudo ingenio de su autor, como también su extraordinaria erudición y asombroso trabajo de investigación.



AL *volver de Roma, toda la ciudad de Sevilla se presenta a San Isidoro; su entrada es verdaderamente triunfal. Todos quieren verle, y a tal punto llega este afán que una pobre mujer es ahogada por la muchedumbre. Llévansela al Santo, el cual obtiene del cielo que recobre la vida.*

A juicio del santo Doctor, la verdadera ciencia debe tener por fundamento el profundo conocimiento de la divina revelación, porque estaba convencido de que los males de la sociedad, las discordias civiles y las discusiones entre clérigos, tienen por causa primera y principal la ignorancia de la Sagrada Escritura; y así, para fomentar su estudio, revisó la Vulgata y escribió sapientísimos comentarios desentrañando su sentido espiritual; sus obras exegéticas constituyen un admirable tratado de Sagradas Letras.

Presidió el IV Concilio toledano y el II hispalense, en los cuales fué de gran peso su parecer para esclarecer los dogmas de nuestra santa fe y deshacer los errores contrarios y para la reforma de la vida y costumbres de los fieles. En el Concilio hispalense convenció a un obispo sirio, llamado Gregorio, inficionado de la herejía de los acéfalos, teniendo con él pública disputa en la catedral de Sevilla en presencia de la muchedumbre que llenaba el templo. Cinco horas duró la disputa y al cabo Gregorio reconoció sus errores y los confesó, y se redujo a la fe católica por la doctrina y prudencia de San Isidoro, del cual dicen algunos que fué luego a Roma, llamado por San Gregorio papa, que en Constantinopla había tenido muy estrecha amistad con San Leandro, su hermano, y le había dedicado el maravilloso libro de los *Morales* que escribió sobre Job. Isidoro fué recibido con grande contento y alegría de toda la corte y ciudad.

Fué devotísimo de la Santa Sede apostólica romana, reconociéndola por madre y maestra de todas las Iglesias y por puerto seguro de la fe católica, a la cual se deben acoger los fieles en todas las borrascas y tempestades; y así en una carta que escribió a Eugenio, Arzobispo de Toledo, que le había preguntado si todos los Apóstoles habían recibido de Cristo igual potestad, le responde estas palabras: «En lo que preguntáis de la igualdad de los Apóstoles, Pedro es superior a todos, el cual mereció oír del Señor: *Tú serás llamado Cefas; tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;* y no de otro sino del mismo Hijo de Dios y de la Virgen recibió el primero la honra del pontificado en la Iglesia de Cristo, y después de la resurrección del Hijo de Dios, mereció oír: *Apacienta mis corderos,* entendiendo por corderos a los prelados de las Iglesias. Y aunque la dignidad de esta potestad se extiende a todos los Obispos católicos, con privilegio y gracia singular es propia del Pontífice romano, como cabeza de toda la Iglesia y más excelente que sus miembros, la cual durará siempre, y así, el que no le obedece con reverencia y vive apartado de su jefe, queda sin espíritu y vigor como hombre sin cabeza».

Compuso y reformó el oficio eclesiástico de la Misa y de las otras Horas para que en toda España se rezase de la misma manera, e hizo misal y breviario que por su nombre se llamó de San Isidoro y después, toledano, porque fué aprobado en un concilio de Toledo. También se llamó mozárabe, por haber usado de él los cristianos que vivían entre los moros, y por esto

los llamaban mozárabes, o *mixti árabes,* porque estaban mezclados entre los árabes y moros. Hoy día hay dos parroquias en la ciudad de Toledo que algunos días del año usan de este oficio de San Isidoro, y en la santa iglesia Catedral de esta ciudad existe la capilla de los mozárabes, con ocho capellanes, fundada por don Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo y cardenal de Toledo.

También en Salamanca subsiste todavía una fundación algo posterior a Cisneros, hecha por el doctor Rodrigo Arias Maldonado, llamado el doctor de Talavera, por la que se celebra misa según el rito mozárabe seis días al año.

SU INFLUENCIA EN LAS IGLESIAS DE ESPAÑA

A pesar de los grandes trabajos que tenía siempre entre manos, visitaba con mucha frecuencia todos los pueblos de su diócesis y, no contento con eso, recorría también todas las provincias del reino, llevado del encendido amor que tenía a las almas, y predicaba por doquier la salvadora doctrina evangélica. Se apenaba su alma por la ceguera y el empedernido corazón de los judíos, que por entonces eran muchos e influyentes en España. A su hermana Santa Florentina dedicó Isidoro un excelente tratado contra los errores de los judíos, y al rey Sisenando le instó a que intentase trazas y estudiase medios para traerlos a la verdad. El Señor premió su celo con algunas conversiones.

Su influencia cerca de los reyes visigodos fué considerable. Ninguna cosa importante emprendían los príncipes sin haber antes pedido el parecer del insigne prelado, el cual prestó en toda ocasión al poder civil ayuda leal y desinteresada. Fué el primero que firmó el decreto por el cual se trasladaba la silla metropolitana de Cartagena a Toledo, la nueva capital visigoda. En los concilios, solía solicitar el concurso del soberano para la ejecución de los decretos episcopales, y él a su vez se anticipaba a los deseos del príncipe otorgándole privilegios en asuntos eclesiásticos.

A instancias del rey Sisenando, dió forma a la constitución política de España en el IV Concilio toledano, inaugurando, o por lo menos consolidando, el régimen de estrecha unión de los poderes civil y religioso, y asentando en la legislación del reino los más provechosos principios del Derecho canónico. Mas aquel régimen no podría durar si los príncipes traspasaban las obligaciones de su cargo. Por eso, el oráculo de las Iglesias de España, San Isidoro, les recuerda con energía esas obligaciones en sus escritos y discursos.

Poco tiempo antes de su muerte presidió un Concilio. Habiendo votado los obispos cuanto Isidoro había propuesto para el buen gobierno de las Iglesias, levantóse ante la ilustre asamblea, avisándoles y profetizándoles que si se apartaban de la ley santa del Señor y de la doctrina evangélica

que habían recibido, caería España de la cumbre de aquella felicidad en que estaba en un abismo de gravísimas calamidades y miserias, y se vería afligida de hambre, peste y espada; pero que si después reconociesen y llorasen sus pecados e hiciesen penitencia de ellos, Dios los levantaría a mayor estado y felicidad, y los haría más gloriosos que a otras muchas naciones; lo cual vemos cumplido en la destrucción de España por los moros que la dominaron por espacio de ocho siglos; mas después de haberlos vencido y echado de su reino, el Señor la llenó de gloria en los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, que por la extensión de sus Estados podía decir «que en ellos no se ponía nunca el sol».

POSTREROS INSTANTES Y GLORIOSO TRÁNSITO

SAN Isidoro gobernó santamente su Iglesia por espacio de treinta y seis años. Entendiendo que se acercaba el tiempo en que Dios le quería llevar para sí, se dió con más fervor a la oración y obras de misericordia y penitencia, para mejor disponerse a la muerte. Al cabo, habiendo hecho llamar a dos obispos amigos suyos, Eparcio y Juan, se hizo llevar a la iglesia de San Vicente y, habiendo tomado asiento en el presbiterio en un lugar desde donde podía dar la postrera bendición a su amado pueblo, despojóse él mismo de sus vestidos y, cubiertas sus carnes de cilicios y ceniza, hizo al Señor esta oración:

—Señor Dios, que conoces el corazón de los hombres; Tú, que perdonaste al publicano todos sus pecados cuando humildemente se daba golpes de pecho allá lejos del altar, al que no se creía digno de acercarse; Tú, que devolviste la vida a Lázaro cuatro días después de su muerte: oye ahora mi confesión y aparta tus ojos de los innumerables pecados que cometí contra tu soberana Majestad. Acuérdate, Señor, que para mí, pecador, y no para los justos, pusiste en tu Iglesia el saludable baño del sacramento de la Penitencia.

Pidió luego la absolución y después con gran humildad, devoción y reverencia recibió de mano de los obispos el cuerpo y sangre del Señor, postrado en el suelo, y pidió perdón a todos los presentes y ausentes, por si a alguno hubiese ofendido, y encomendó a todos el amor fraternal y la caridad.

Finalmente, habiendo mandado llamar a todos sus sacerdotes, les perdonó las deudas, dió a los necesitados todo lo que tenía y así, pobre de espíritu y rico en Cristo, puesto sobre ceniza delante del altar mayor, bendijo al pueblo y dió su bendita alma al Señor y Criador a los 4 de abril del año de 636, el primero del reinado de Quintila.

Su cuerpo fué sepultado en Sevilla y, habiéndose apoderado los moros de aquella ciudad, Fernando I, rey de Castilla y León, con grandes ruegos

y dádivas alcanzó de Benabeto, rey moro de Sevilla, que le diese el cuerpo de San Isidoro, y lo llevó a León y le colocó en el suntuoso templo de su nombre, que para este efecto había edificado, donde al presente está en un arca de oro con la decencia y reverencia que conviene.

Obró Dios muchos milagros por mediación de San Isidoro tanto en vida como en muerte, siendo dos de ellos la resurrección de una mujer asfixiada por la muchedumbre y la curación de un ciego con sólo tocar el guante del Santo; y en las guerras que los cristianos hicieron contra los moros, invocando su favor fueron socorridos y ayudados. Toda España ha recibido notables beneficios de su santidad, doctrina y particular patrocinio.

Vivió San Isidoro entre las dos edades Antigua y Media, y así nos ha transmitido las enseñanzas de los insignes doctores que le precedieron; muchos le consideran el último Padre de la Iglesia latina.

El VIII Concilio toledano le llamó «Doctor excelentísimo, gloria y prez de la Iglesia católica y el más ilustre varón de los postreros siglos»; el papa León IV nombraba a San Isidoro en parangón con San Jerónimo y San Agustín. La santidad de Inocencio XIII le proclamó Doctor de la Iglesia universal a los 25 de abril del año 1722.

SANTORAL

Santos **Isidoro, arzobispo de Sevilla y doctor;** *Platón abad; Benito de Palermo, franciscano,* cuya fiesta se celebra el día 3; Pedro II, obispo de Poitiers; *Zósimo, anacoreta;* Víctor, obispo en Cataluña, y mártir, a mediados del siglo I; Hildeberto, abad de San Pedro de Gante y mártir; *Teonas, solitario;* Agatópodes, diácono, y Teódulo, lector, mártires en Tesalónica; San Ambrosio, obispo de Milán y doctor de la Iglesia, cuya fiesta se celebra el 7 de diciembre; Publio, contemporáneo de Juliano el Apóstata; Efrén, obispo venerado en Jerusalén. Santa Aleth, madre de San Bernardo.

SAN PLATÓN, abad. — Es uno de tantos santos que, habiendo nacido entre riquezas, las despreciaron para abrazarse con la pobreza voluntaria, a fin de seguir más de cerca a Jesucristo, pobre por amor nuestro. Era de talento sumamente despierto y espíritu muy cultivado en las Letras, tanto humanas como divinas. En plena juventud se retiró al monasterio de los Símbolos, situado en la cima del monte Olimpo, donde le fueron impuestas muchas y duras pruebas, a las que se sometió con profunda y santa alegría. Mientras ejercía el cargo de abad de dicho monasterio, una persecución de Constantino VI obligó a los religiosos a dispersarse, y algunos de ellos sufrieron el martirio. Platón se salvó y estuvo en Constantinopla, predicando la doctrina de Cristo, para la cual ganó muchos adeptos; consiguió, además, desterrar la lepra de la blasfemia. En los concilios de Cons-

tantinopla (786) y de Nicea (787) logró un triunfo rotundo contra los iconoclastas. Fué encarcelado por oponerse al divorcio de Constantino VI, y después, desterrado por divergencias religiosas con Nicéforo, elevado a emperador en una revolución que desterró a Irene, madre de Constantino. Mucho tuvo que sufrir durante los cuatro años que duró su destierro. Perdonado por Miguel I, volvió a su celda de Constantinopla, en la que murió plácidamente, el año 813, a los setenta y nueve de edad, ·después de haber perdonado a sus enemigos.

SAN ZÓSIMO, anacoreta. — De este Santo hemos hecho mención en la vida de Santa María Egipcíaca. Vivió en Palestina, a fines del siglo IV, durante el imperio del español Teodosio el Grande. Llevaba vida monacal y era consultado por muchos. El demonio le tentó una vez con un pensamiento de vanidad: se creyó un religioso perfecto. Pero fué aleccionado por otro monje desconocido, que le dijo: «Es cierto, Zósimo, que hasta ahora habéis luchado bien; pero, ¿qué hombre puede envanecerse de ser perfecto? Sabed que hay otros caminos distintos de los que habéis seguido para alcanzar la salvación; y para que os convenzáis de ello, salid de este país e id a un monasterio que hay situado en las riberas del Jordán». Admirado Zósimo de tal aparición, dió cumplimiento a las palabras del aparecido. Allí se encontró con hombres que parecían seres de otro mundo, pues sólo se dedicaban al trabajo manual y a la oración, y cuyo único alimento era pan y agua; a esta penitencia añadían la del áspero cilicio, que atormentaba sus carnes. Durante la Cuaresma llevaba vida penitente en el desierto, junto al Jordán. Allí fué donde encontró Zósimo a María Egipcíaca, la penitente. Murió a los cien años, lleno de merecimientos, alcanzados en su santa y larga vida.

SAN TEONAS, solitario. — Era hombre dotado de vivísima inteligencia, y se hallaba provisto de toda la cultura de los sabios de Grecia, Roma y Egipto, cuyos idiomas hablaba. Vivió en una celdita por espacio de treinta años, sin hablar más que una vez, con ocasión de devolver la libertad a dos ladrones, que al ir a robarle, quedaron como cosidos en el suelo sin poderse mover. Realizó muchos milagros, sobre todo la curación de enfermedades. Murió siendo abad de un monasterio de la Tebaida, a últimos del siglo IV.



DÍA 5 DE ABRIL

SAN VICENTE FERRER

DE LA ORDEN DE PREDICADORES (1350 - 1419)

LA nobilísima ciudad de Valencia, cabeza del reino del mismo nombre, fué cuna del glorioso San Vicente Ferrer, luz y espejo de predicadores, gloria de España y ornamento de su patria. Sus padres, de la antigua familia de los Ferreres, eran nobles según la carne, pero mucho más ilustres por sus cristianas y loables costumbres: porque entre las otras muchas virtudes que tuvieron, eran muy benignos y misericordiosos y al cabo del año daban a los pobres todo lo que les sobraba de su honesto sustento.

Su padre se llamaba Guillermo y su madre Constancia Miguel, la cual, antes de que naciese Vicente, que fué a los 23 de enero del año de 1350, tuvo señales de que había de dar a luz un niño que sería de la Orden de Santo Domingo, y con su predicación alumbraría al mundo; porque oyó algunas veces ladridos como de algún perrillo dentro de sus entrañas y, comunicando esto con el arzobispo de Valencia, que era pariente suyo, le dijo que sin duda el niño que de ella iba a nacer sería gran predicador y pregonero de Jesucristo, que con sus ladridos espantaría los lobos de su ganado; y así el Santo solía decir: «Ya veis lo que soy: un perro que corre por el mundo ladrando contra los lobos infernales; y por cierto que es para mí muy grande honra el ser perrillo del Señor.»

Desde su niñez fué muy agraciado y tan afable que todos los que le miraban se le aficionaban. Comenzó a aprender las primeras letras y a la edad de diez años aventajaba a sus condiscípulos y sabía más que todos ellos y, como quien se ensayaba para lo que después había de ser, algunas veces juntaba a varios muchachos de su edad y les decía: «Oídme, niños y juzgad si soy buen predicador»; y, haciendo la señal de la cruz en la frente, refería algunas razones de las que había oído a predicadores en Valencia, imitando la voz y los meneos de ellos tan vivamente que dejaba admirados a los que le oían.

Estudió Gramática, Lógica y Teología y con su agudo ingenio, feliz memoria y perseverancia en los estudios alcanzó gran ciencia y fama. Cuando en los sermones oía nombrar a la sacratísima Virgen María, se regalaba y regocijaba mucho, y decía que era buen predicador el que hablaba de las excelencias de Nuestra Señora, y así él no predicó luego ningún sermón que no empezase con el Avemaría.

VOCACIÓN. — TENTACIONES. — MILAGROS

EN llegando a la edad de dieciocho años, y considerando la vanidad, mutabilidad y peligros de las cosas del mundo y los lazos que el demonio tiene armados en todas ellas, determinó darles libelo de repudio y abrazarse con Jesucristo crucificado. Fuése al convento de los Padres Dominicos de Valencia y el prior y demás Padres le recibieron con extraordinario contento y alegría; diéronle el hábito y él lo tomó con gran devoción y ternura como quien sabía lo que tomaba y conocía el tesoro inestimable que está escondido debajo del pobre hábito de la religión.

Luego se puso a leer con atención la vida de su padre Santo Domingo, para tomarle por dechado e imitarle en todo lo que él pudiese. Ocupábase en todas las obras de humildad, maceraba su carne con ayunos y penitencias y su vida era un perfecto retrato de la vida religiosa.

Acabado el noviciado, le encomendaron los superiores que leyese un curso de Lógica a algunos religiosos del convento y a los que venían de fuera a oírle, lo cual hizo con rara modestia y virtud. Después le enviaron a los conventos de Barcelona y de Lérida, donde había famosos letrados de la Orden, para que tratase con ellos y, siendo de edad de veintiocho años, le graduaron de Maestro en Teología en la universidad de Lérida.

Volvió a Valencia donde fué recibido con gran regocijo de toda la ciudad y, a ruegos del arzobispo y del pueblo, comenzó a predicar la palabra de Dios con grandísimo aprovechamiento de todos y autoridad suya y de su religión, porque en toda Valencia a él sólo llamaban el docto, el santo y siervo fidelísimo de Jesucristo; y lo era tan de veras que en sus sermones nunca

se buscaba a sí, ni el aplauso y aura popular, sino sólo la gloria del Señor y el bien de las almas, y su objeto no era deleitar, ni enternecer, ni mover a admiración a los oyentes, sino quebrantar los corazones duros, compungirlos e inflamarlos en el amor de Dios.

Temiendo el enemigo del linaje humano la vida santa y la predicación tan fervorosa y provechosa de San Vicente, determinó derribarle si pudiese y hacerle caer en algún pecado grave e infame. Para ello, estando el Santo haciendo oración una noche se le apareció el demonio en figura de venerable ermitaño con barba negra y larguísima. Parecía en su aspecto un San Antonio abad, o un San Pablo, primer ermitaño, o uno de aquellos santos monjes del yermo. «Oye, Vicente—le dijo—; yo soy uno de aquellos antiguos solitarios de Egipto y, a pesar de haber sido en mi mocedad muy desenfrenado y disoluto, después hice penitencia y el Señor me dió el premio de la vida eterna. Ahora, si quieres seguir mis consejos, te diré que no te mates ni aflijas tanto con los ayunos y penitencias, sino que dejes eso para la vejez, y mientras eres mozo te huelgues y entretengas en los gustos de esta vida.» Entendió el Santo que aquel no era ermitaño venido del cielo, sino demonio con máscara de ermitaño y, haciendo la señal de la cruz, le rechazó.

Otra noche, estando orando delante de un crucifijo, se le puso ante sí el demonio en figura de un negro de Etiopía, grande y feísimo, y le dijo: «No te dejaré de perseguir hasta que caigas torpemente y quedes vencido.»

Otra vez, leyendo el libro admirable que escribió San Jerónimo acerca de la perpetua virginidad de Nuestra Señora, oyó una voz que le dijo: «No da Dios a todos esa gracia, ni tampoco tú la alcanzarás, antes la perderás muy presto.»

Mas como el demonio vió que por sí mismo en tantos combates y peleas no le había podido vencer ni derribar, pensó poderlo hacer más fácilmente por medio de algunas mujeres perdidas, y en particular de una, noble, hermosa y atrevida, la cual, instigada del demonio, usó de toda suerte de astucias para provocar al Santo. Pero el Señor permitió que entrase el demonio en el cuerpo de aquella miserable, haciéndole dar grandes voces. Los criados y la gente de casa acudieron para saber la causa y hallaron que estaba endemoniada; llamaron a sacerdotes y exorcistas, pero nada pudieron, porque todas las veces que le conjuraban, respondía el demonio: «No saldré de este cuerpo hasta que venga a echarme de él aquel que estando en el fuego no pudo ser quemado.» Rogaron al Santo que fuese a verla, y, en entrando Vicente en el aposento donde estaba la mujer, el demonio dió un grande alarido y dijo: «Éste es el hombre que no se quemó en medio de las llamas; ya no puedo estar más aquí.» Y diciendo esto se partió dejando medio muerta a la mujer.

Los milagros que el Señor obró por San Vicente fueron tantos que Pedro

Ranzano, fraile de su Orden que escribió su vida en cinco libros, dice que fueron más de ochocientos sesenta los que se sacaron de solos cuatro procesos. Estando predicando en la villa de Morella, resucitó a un niño que había sido hecho pedazos por su madre, mujer lunática que a tiempos perdía el juicio y se embravecía.

En la bula de su canonización, el papa Pío II que la despachó, dice estas palabras: «La divina virtud hizo por él muchos milagros para confirmación de su predicación y vida... Porque a muchos demonios echó de los cuerpos humanos, a muchos sordos hizo oír, y a muchos mudos, hablar; alumbró ciegos, limpió leprosos, resucitó muertos y dió salud a otros que estaban afligidos con muchas enfermedades.»

Teníanle todos por hombre alumbrado de Dios e ilustrado con revelaciones, y por profeta, que con luz divina veía las cosas ausentes o futuras. como si las tuviera presentes y delante de los ojos. Una vez, predicando en Zaragoza, comenzó a llorar amargamente, y de allí a poco se enjugó los ojos y calló, y después de haberse sosegado, dijo que en aquella hora había expirado en Valencia su madre: y poco después se supo ser verdad su muerte.

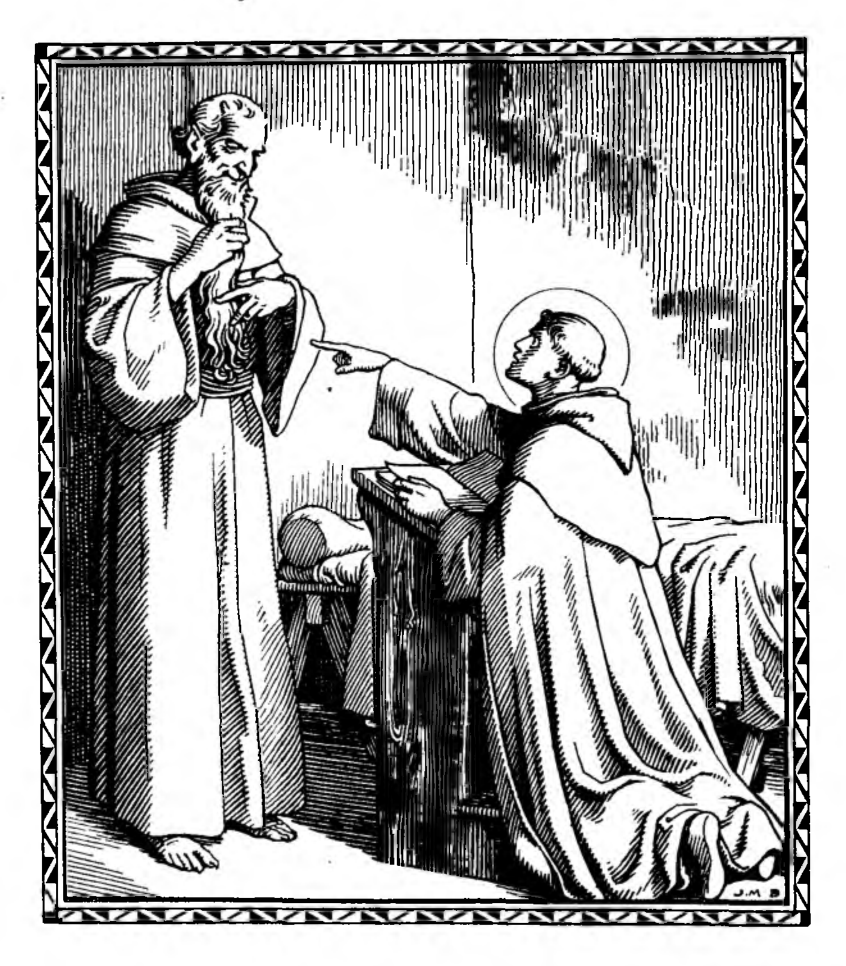
Otra vez, predicando en Barcelona en tiempo de grandísima hambre, estando la gente muy afligida y sin esperanza de remedio, les dijo que se alegrasen, porque antes de la noche llegarían al puerto naves cargadas de trigo con que se remediaría su necesidad, y así fué.

SAN VICENTE Y LA IGLESIA

POR entonces permitió Dios nuestro Señor un lastimoso cisma en la Iglesia. Había tres Papas, y cada uno tenía diversos reinos y provincias que le obedecían. Entendiendo San Vicente que don Pedro de Luna, que era uno de los tres, y se llamaba Benedicto XIII, tenía mejor derecho y era el verdadero y legítimo Papa, aconsejó al rey don Fernando de Aragón que le prestase la obediencia, lo cual hizo, lo mismo que el rey de Castilla.

Pero como el derecho que cada uno de los Papas alegaba en su favor fuese oscuro y muy enmarañado y dudoso, para acabar un cisma tan prolijo, peligroso y pernicioso, se tomó por medio que cada uno de los tres Papas renunciase al sumo pontificado y que se eligiese un nuevo Pontífice que fuese cabeza y pastor universal en toda la Iglesia, y ella le reconociese por tal.

Lo hicieron Gregorio XII y Juan XXIII en el concilio de Constanza; pero Benedicto XIII nunca lo quiso hacer por mucho que el emperador de Alemania y el rey de Aragón en persona y otros príncipes y embajadores se lo rogaron. Entonces San Vicente aconsejó al rey don Fernando que quitase la obediencia a Benedicto por su contumacia y rebeldía; y así lo



PRESENTASE *el demonio ante San Vicente Ferrer con aspecto de santo ermitaño y dícele que modere sus ayunos y penitencias. El Santo entiende quién es, hace la señal de la cruz y, encomendándose a la Santísima Virgen, le dice: —¡Oh antigua serpiente!, ¿piensas que no te conozco?*

hizo, porque la autoridad del Santo bastó para que le diese la obediencia y para que se la quitase. El concilio de Constanza recibió carta de San Vicente Ferrer y Santa Coleta y eligió por sumo pontífice a Martín V, que fué excelente Papa.

En el mismo Concilio hubo grandes disputas y debates sobre ciertas cosas muy importantes y dificultosas, y no pudiéndose averiguar lo que en ellas se había de hacer por ser muchos y contrarios los pareceres, determinó el Concilio de consultarlas con San Vicente, que a la sazón predicaba en Borgoña; y para esto se envió al cardenal Pedro Aníbal, acompañado de dos teólogos y otros dos canonistas para saber del Santo lo que le parecía que se debía hacer. Él, como humilde, se corrió de tan solemne embajada, y resolvió con la luz que tenía del cielo lo que se le propuso, y con gran felicidad desmarañó las dificultades que tantos y tan doctos letrados no habían podido entender y declarar.

APÓSTOL Y SANTO

PREDICÓ San Vicente no solamente en Valencia, sino también en los otros reinos de España y en Francia, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Piamonte, Lombardía y buena parte de Italia, con extraordinario y maravilloso fruto de las almas.

En España convirtió a la fe de Cristo a más de veinticinco mil judíos y dieciocho mil moros, de los que en aquel tiempo vivían en ella. Algunas veces, estando predicando, tenía revelación de Dios que habían de venir a oírle, y él se paraba como arrobado en el púlpito, aguardándolos, mientras el auditorio, maravillado, esperaba sin saber la causa de aquel silencio y suspensión.

La misma forma y traza de su predicar era rara y a propósito para mover al auditorio. Al principio de su predicación exhortaba a la penitencia. Después combatía algún vicio y pecado, declarando su fealdad con tan gran encarecimiento y sentimiento, que él mismo se enternecía y lloraba y hacía llorar a los demás, especialmente a los que estaban afectados de aquel vicio. Aconteciósle alguna vez predicar del juicio final con tanta fuerza y vehemencia, que muchos de los pecadores allí presentes se postraron en tierra y con grandes lágrimas confesaron públicamente sus pecados y pidieron perdón de ellos.

Muchos de los que se convertían le seguían de pueblo en pueblo disciplinándose terriblemente en satisfacción de sus pecados; y eran tantos los disciplinantes que había tiendas de disciplinas, como si fuera feria de azotes, y se disciplinaban con tanto rigor, que se hallaban en sus ropas pedazos

grandes de carne. Este espectáculo, que era muy ordinario, movía a los demás y los dejaba compungidos y llorosos y deseosos de imitar aquella rigurosa penitencia, o a lo menos la enmienda de la vida.

No solamente tenía San Vicente cuidado de enseñar y reformar a los hombres doctos y letrados, sino también de instruir y catequizar a los niños acerca de la señal de la cruz, del Padrenuestro, Avemaría, Credo, Salve, Yo pecador, invocación de los nombres de Jesús y María, necesidad de la oración, de oír misa, etc.

Dióle el Señor entendimiento despierto, agudo ingenio, rara memoria, singular doctrina, conocimiento e inteligencia de la Sagrada Escritura, voz fuerte, blanda, sonora y penetrante, y todos los talentos y requisitos para que pudiera ejercer bien su oficio de predicador.

Pero aunque estos dones naturales eran tantos y tan grandes, no fueran tan eficaces ni tan fructuosos de no ir acompañados con una singular gracia del Señor, que resplandecía admirablemente en su vida; porque andando tantos caminos como anduvo, por espacio de tantos años, no perdió un punto de su religión. Era amigo de la santa pobreza, no tenía sino un hábito, un escapulario y una capa de paño basto, ni llevaba consigo sino un breviario y una Biblia. Durante cuarenta años ayunó cada día, excepto los domingos; dormía sobre sarmientos y desde mozo se disciplinaba cada noche. Andaba siempre a pie, hasta que estando después malo de una pierna, iba a caballo en un jumentillo.

Comúnmente guardaba este orden y distribución en su vida: Daba a su fatigado cuerpo un poco de reposo y todo el resto de la noche la gastaba en estudio, oración y contemplación. A la mañana iba al lugar donde había de predicar, y allí, después de haberse confesado, él mismo cantaba la misa con gran solemnidad y aparato y órganos que llevaba consigo; porque todo esto le parecía que despertaba la devoción y disponía y ablandaba los ánimos de los oyentes para estampar en ellos más fácilmente la doctrina evangélica.

La vida de San Vicente era vida apostólica y que movía a los oyentes más que sus palabras, y Dios nuestro Señor, con algunos prodigios divinos le hacía más admirable, porque predicando en las plazas y en los campos a innumerable gente, todos oían lo que decía, así los que estaban lejos como los que estaban cerca; y, predicando en lengua valenciana a personas de diferentes naciones y lenguas, le entendían como si predicara en su propio idioma.

Mas con haber tenido el glorioso San Vicente tan próspero curso en la navegación de su predicación, no le faltaron borrascas y contrariedades; porque el demonio por sí mismo y por sus aliados y ministros procuraba turbar la mar y desasosegar al Santo para que no navegase con tan favorables vientos. Estando predicando en Murcia a poco menos de diez mil

personas, se vieron venir por una calle tres caballos desbocados y muy furiosos, relinchando y echando humo por las narices, que iban a precipitarse sobre la gente que oía el sermón, la cual, asustada y llena de pavor quería huir; mas el Santo la detuvo diciéndoles qué hiciesen la señal de la cruz y aquellos demonios desaparecerían, y así fué, en efecto.

Otra vez, un jumento estaba paciendo allí cerca de donde el Santo predicaba e, instigándole el demonio, comenzó a rebuznar tantas veces y tan fuertemente, que no podía la gente oír el sermón. Mandóle San Vicente que callase, y el demonio quedó corrido y obedeció.

MUERTE DEL SANTO. — NUEVOS PRODIGIOS

HABIENDO este predicador insigne sembrado la semilla del cielo en tantas y tan diversas provincias y reinos, fué a una provincia de Francia, que llaman Bretaña, para ilustrarla con sus luces y arrancar de ella las espinas y malas hierbas de vicios, y plantar, como buen hortelano, el germen de las virtudes.

Hallábase ya muy cansado de los muchos trabajos de tantos años, y debilitado con sus continuos ayunos y penitencias, pero no por esto dejaba de ayunar y predicar; y era cosa maravillosa ver que antes que subiese al púlpito, apenas se podía mover y, en subiendo y conmenzando a predicar, lo hacía con tanta fuerza como cuando mozo.

Aconsejáronle y rogáronle mucho sus compañeros que se volviese a Valencia para acabar en ella sus días, y como el Santo era benigno y suave de condición, condescendió con ellos, y se partió de noche para España. Pero a la mañana, cuando pensó haber andado algunas leguas, se halló a la puerta de la misma ciudad de Vannes. Entendió que el Señor quería que muriese allí, y así lo dijo a los que le acompañaban.

Entró en la ciudad y al cabo de pocos días le dió una calentura muy recia. Y aunque él estaba aparejado y toda su vida había sido una continua meditación de la muerte, todavía hizo confesión general con un fraile de su Orden y recibió la indulgencia plenaria que el Sumo Pontífice Martín V para aquella hora le había concedido. Después, habiendo cumplido con el obispo, magistrado y gente principal de la ciudad, que con gran sentimiento habían venido a visitarle, y encargádoles que recordasen y guardasen fielmente lo que él en aquellos dos postreros años les había enseñado —porque haciéndolo así, él desde el cielo les ayudaría con sus oraciones, y Dios los favorecería—, mandó que cerrasen las puertas para que los muchachos que venían a tomar su bendición no interrumpiesen su trato con Dios, ni turbasen la paz y quietud de su alma; porque quería gastar aquellos últimos

días de su enfermedad en entretenerse con su Amado. Así lo hacía, estando absorto y como arrebatado en la contemplación del sumo bien y anhelando aquella patria, para la cual él había caminado con acelerado paso a tan grandes jornadas.

Finalmente, habiendo recibido los santos Sacramentos, con alegría exterior más que humana dió su espíritu al Señor, a los 5 de abril del año de 1419. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia mayor, estando presentes el duque de Bretaña y otros muchos señores y príncipes, y tan grande concurso de gente que por espacio de tres días no se le pudo sepultar.

Después de muerto hizo Dios tantos y tan grandes milagros por intercesión del Santo como los había hecho estando en vida. El agua con que lavaron su sagrado cadáver dió salud a muchos enfermos, y el colchón en que murió, sanó de calenturas y otras enfermedades a más de cuatrocientos que se echaron con devoción sobre él.

San Vicente Ferrer fué canonizado por el papa Calixto III, a los 29 de junio del año de 1455, cumpliéndose con ello la profecía del Santo, el cual, siendo todavía niño aquel sumo Pontífice, en tres ocasiones se paró delante de él diciendo: «Éste me canonizará».

La Iglesia trae y celebra su festividad a los 5 del mes de abril; pero en la archidiócesis de Valencia la fiesta de San Vicente Ferrer es de precepto y se celebra con gran solemnidad el lunes después de Cuasimodo.

SANTORAL

Santos **Vicente Ferrer, confesor;** Zenón, mártir en la isla de Lesbos; *Geraldo* o *Giraldo, abad;* muchos mártires africanos que, en la persecución de Genserico, fueron degollados en la iglesia cuando celebraban la solemnidad de la Pascua; Hesesipo, mártir, venerado en Lieja; Celsino, obispo; Claudiano, mártir en Mesopotamia; Honorio y Termes, mártires; Mercurio, mártir romano; Beato Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente Ferrer y general de los Cartujos. Santas *Irene, hermana de las santas Agape y Quionía, mártires;* Catalina Tomás, virgen, cuya fiesta se celebra el 28 de julio; Domnina y Ancila, mártires; Teodora, viuda y religiosa; la Beata Margarita, princesa de Saboya.

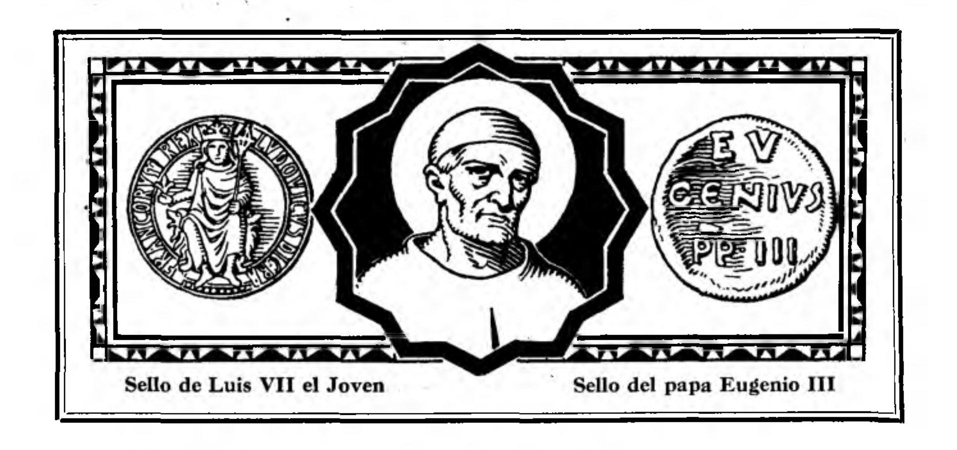
SAN GERALDO, abad. — Nació en la ciudad de Corbia, en Picardia, a principios del siglo XI. Educado por los benedictinos, salió muy aprovechado en letras, ciencia y virtud, y profesó en dicha Orden en el año 1048. Aun siendo administrador del convento, jamás dejó de llevar una vida extremadamente auste-

ra y piadosa, tanto que contrajo una enfermedad penosa y larga. Hizo un viaje a Roma y otro a Tierra Santa; después fué elegido abad por los monjes de Laon, en cuyo cargo dió ejemplo de vida de oración y penitencia. Mas al cabo de algún tiempo renunció a esta dignidad y se retiró al monasterio de San Medardo de Soissons, donde le obligaron también a aceptar aquella abadía; pero un falso monje, valiéndose de gente armada, le arrojó del monasterio. Entonces Geraldo, con otros cuatro que le siguieron, se retiró a una soledad, a seis leguas de Burdeos, donde permaneció catorce años predicando y convirtiendo a los pueblos de aquella región, testigos de sus numerosos milagros. Se durmió en la paz del Señor el 5 de abril del año 1095 y fué canonizado por el papa Celestino III.

SANTAS AGAPE, QUIONÍA e IRENE, hermanas mártires. — Admirables fueron los ejemplos de valor que nos dieron muchas mujeres y doncellas cristianas, que, a pesar de su natural debilidad, supieron triunfar de los tiranos y emperadores, despreciando espadas, fuego, peines de hierro, garfios, fieras y otras clases de tormentos, para conservar íntegro el tesoro de la fe, el perfume de la pureza y el fuego del amor a Dios. Agape, Quionía e Irene, naturales de Tesalónica, para escapar al furor de los perseguidores de Cristo, huyeron al monte, donde fueron, no obstante, encontradas. Por negarse a comer carnes sacrificadas a los dioses, fueron presentadas al tribunal de Dulcesio, en compañía de otras tres mujeres y un hombre, por nombres Casia, Felipa, Eutiquia y Agatón. El interrogatorio a que fueron sometidas revela una firmeza invencible y una constancia asombrosa.

—¿Por qué no has participado en los sacrificios a los dioses? — pregunta el presidente al exsacerdote de los ídolos, Agatón. —Porque soy cristiano — respondió éste. —¿Persistes en tu resolución? —Con toda mi alma. —Y tú, Agape, ¿qué dices? —Creyente del Dios vivo, me he negado a hacer las cosas de que hablas. —Y tú, Irene, ¿por qué no has obedecido las disposiciones de los emperadores? —Porque temo a Dios. —Tú, Casia, ¿qué dices? —Que quiero salvar mi alma. —¿No quieres tomar parte en los sacrificios? —No. —¿Y tú, Felipa? —Lo mismo. —¿Qué quieres decir con esto? —Que prefiero morir antes que comer de vuestros sacrificios.

Eutiquia respondió de modo semejante. Y todos se mantuvieron en su firme resolución de no querer obedecer la orden del emperador, porque eran cristianas. En distintos días, las tres hermanas fueron devoradas por las llamas, en las que penetraron cantando salmos, y sólo cesaron cuando sus almas, como blancas palomas envueltas en ondas purpurinas de amor, volaron al cielo a recibir la eterna corona de los mártires. Esto sucedió durante el reinado de Diocleciano. De las santas Agape y Quionía se hace memoria el día 3 de este mismo mes.



Sello de Luis VII el Joven
Sello del papa Eugenio III

DÍA 6 DE ABRIL

SAN GUILLERMO DE PARIS

CANÓNIGO REGULAR DE SAN AGUSTÍN (1105? - 1203?)

NACIÓ San Guillermo en París, o quizá en San Germán, de padres nobles y virtuosos, a principios del siglo XII. Desde sus más tiernos años fué educado muy santamente por un tío suyo llamado Hugo, abad del monasterio benedictino de San Germán de los Prados. De las enseñanzas y trato de aquellos santos monjes sacó el joven Guillermo tanto fruto y provecho que muy en breve adquirió gran caudal de virtud y letras, se graduó de maestro en artes liberales y alcanzó extraordinaria fama de varón santo y sabio.

Pronto advirtió su piadoso tío las excelentes prendas y sobrenaturales dones de Guillermo y, habiéndole persuadido de que debía abrazar el estado eclesiástico, se ordenó de subdiácono y logró una canonjía en la colegiata de Santa Genoveva del Monte, iglesia dedicada al principio a los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y luego a Santa Genoveva, por haber sido depositada en ella el sagrado cuerpo de esta santa virgen, patrona de París.

Los clérigos de dicha colegiata habían degenerado del primitivo fervor; Guillermo los indujo a la vida más perfecta con el ejemplo constante de su

modestia, mansedumbre, pureza de costumbres, amor al retiro y asiduidad al coro. Mas ellos, sumidos como estaban en la tibieza y la relajación, no quisieron aprovecharse de aquellos ejemplos de virtud; antes, viendo en la vida del Santo una continua condenación de la suya, en vez de respetarle e imitarle, le menospreciaban e injuriaban, y aun llegaron a usar de ardides y estratagemas para hacerle renunciar a su prebenda y dejar la colegiata.

Fingió uno de ellos que quería hacerse monje y fué a proponer a Guillermo que hiciese otro tanto; ambos irían al monasterio, pero una vez Guillermo dentro, se volvería él a Santa Genoveva. Nuestro Santo, que aspiraba a vida más perfecta, aceptó gustoso la propuesta, y así partieron ambos para una abadía cisterciense recién fundada. Estando ya en la puerta del monasterio, el compañero del Santo le instó a que entrase solo, diciéndole que él lo haría después de arreglar fuera algunos negocios.

—De ningún modo —le contestó Guillermo, que había descubierto el engaño—; yo no puedo entrar solo en el monasterio; siendo vos de más edad, os toca entrar primero; así, esperaré a que volváis y entraremos juntos.

Al fin, como el otro no quisiese entrar, díjole Guillermo:

—Pues bien; ya que no podéis quedaros hoy en el convento, volvámonos los dos a Santa Genoveva y dejemos el hacernos monjes para más adelante.

●

RECIBE EL DIACONADO

QUISO el abad de San Germán que su sobrino Guillermo fuese ordenado de diácono, pero los demás canónigos se opusieron a ello y aun llevaron el asunto al obispo de París, suplicándole que no le ordenase, porque no merecía aquella honra y dignidad.

Entretanto Hugo, tío del Santo, sabedor de las insidias de los canónigos de Santa Genoveva, envió a su sobrino al obispo de Senlís, el cual le ordenó al punto de diácono, ejecutándose la ceremonia sin que de ella tuvieran noticia los enemigos del Santo. Guillermo, por su parte, se guardó mucho de divulgarla.

Ahora bien, aquellos hombres relajados buscaban ocasión de deshacerse de tan virtuoso censor y pensaron haberla hallado. Una de las cláusulas de sus estatutos declaraba no poder desempeñar el cargo de canónigo ni pertenecer a la colegiata quien no recibía las sagradas órdenes al cabo de cierto tiempo de haber ingresado en la corporación. Había ya transcurrido para Guillermo el tiempo reglamentario y así no le quedaba más remedio que presentarse a leer el Evangelio en el rezo de Maitines cuando le llegase el turno, cosa que sólo pueden hacer los diáconos y sacerdotes y, si no lo leía, debía retirarse y dejar para siempre la colegiata. Suplicóles que le

dispensasen de aquella obligación; pero ellos, seguros ya de salir con sus intentos, no sabiendo que era ya diácono, le respondieron que o se sometía al reglamento, o dejaba desde aquel día de pertenecer al cabildo.

Guillermo guardó silencio; mas llegado el momento en que le tocaba leer el Evangelio y cuando los demás canónigos daban ya por logrado el triunfo, se levantó, pasó al facistol y pidió la bendición, como se acostumbra a hacer antes de leer el sagrado texto, con las palabras *Jube, Domne, benedicere.*

Quedaron los enemigos del Santo tan corridos con aquel inesperado suceso, que ninguno de ellos acertó a rezar las palabras de la bendición y, en medio del mayor sobresalto y vergüenza huyeron de la iglesia, quedando en ella sólo Guillermo con un venerable canónigo llamado Alberico, el cual nunca tuvo parte en las perfidias de sus compañeros y lamentaba ese estado de cosas.

Al otro día los fugitivos se juntaron para deliberar sobre lo que convenía hacer y, estando en esto, llegó Alberico y comentó el suceso de la víspera con mucho donaire y su poquito de malicia. De allí en adelante disminuyó aquel odio que tenían al Santo, el cual pudo muy en breve ordenarse de sacerdote sin dificultad.

PÁRROCO Y CANÓNIGO REGULAR

VINIENDO a vacar la parroquia de Epinay que pertenecía a la iglesia de Santa Genoveva, los canónigos pensaron que aquella era buena ocasión para apartar honrosamente de la colegiata a Guillermo. Ofreciéronle la parroquia y la aceptó el Santo; pero, aunque con ello tuviera que vivir fuera de París, no dejaba de ser canónigo de Santa Genoveva, puesto que sólo un miembro de la colegiata podía ser párroco de Epinay.

Aconteció, empero, que en el año de 1147 vino a París el papa Eugenio III en busca de refugio cerca del rey Luis VII el Joven, para huir de los arnaldistas. Al día siguiente de su llegada fué el Papa a celebrar a la iglesia de Santa Genoveva, hallándose presente a la ceremonia el rey Luis VII. Levantóse en esto reñida contienda entre los domésticos del Papa y los criados de los canónigos, llegando éstos a insultar al soberano, que intervino en la disputa. Pronto echó de ver el Sumo Pontífice que la vida de los canónigos distaba mucho de ser ejemplar, por lo que, de acuerdo con el monarca, determinó remediar aquellos desórdenes decretando la sustitución del cabildo por una comunidad de monjes, como así se hizo, pasando a residir en la colegiata los Canónigos regulares de San Agustín del

monasterio de San Víctor, poco distantes de aquel lugar, los cuales llevaban vida muy santa y observante.

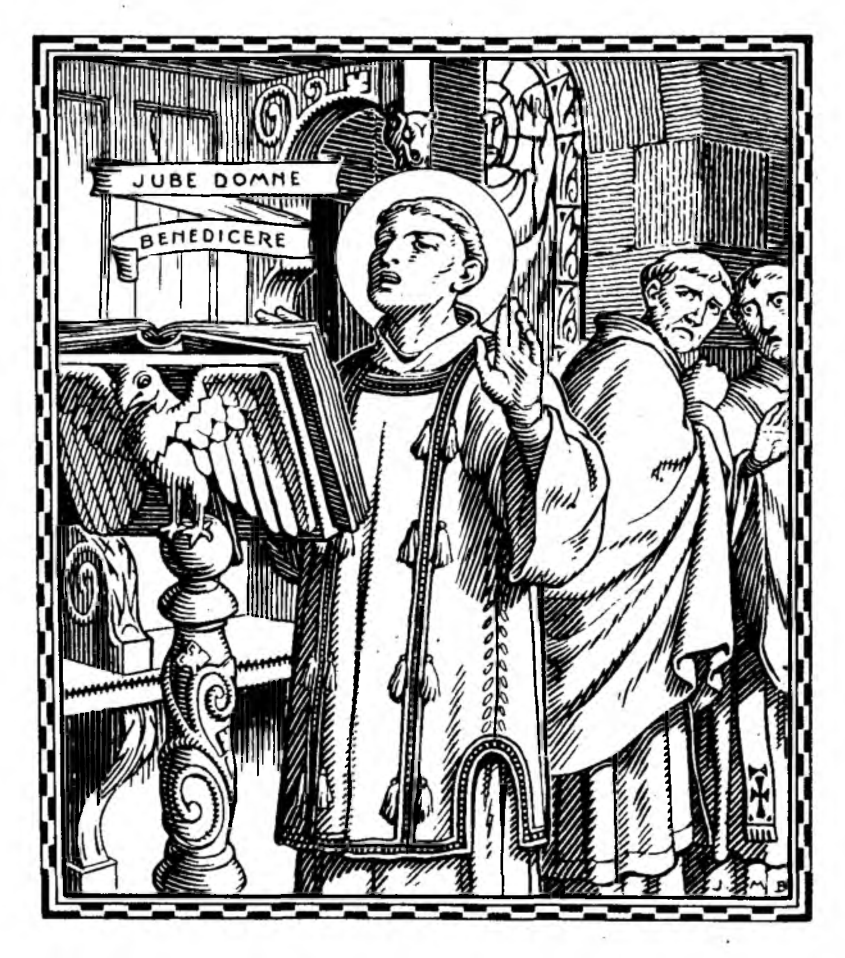
Mandaba el decreto del Papa que a los antiguos canónigos, mientras viviesen, se les pagasen las rentas de sus prebendas; y así, el nuevo abad de Santa Genoveva envió recado a nuestro Santo rogándole que viniese a verle para tratar de su beneficio. Pasó Guillermo a París, fuése a ver al abad y quedó tan edificado de la vida santa de aquellos religiosos que, dando de mano a su cargo, dignidad y bienes que poseía, abrazó lleno de gozo la regla de aquel santo Instituto, y muy en breve, viendo los canónigos su eminente piedad, admirable prudencia y discreción y otras gracias y dones de que estaba adornada su alma, le eligieron para el cargo de subprior.

Pronto aventajó Guillermo a todos sus compañeros en la observancia regular. No toleraba que se hiciese con negligencia la obra de Dios ni que por la incuria o descuido de sus súbditos faltase en el templo y en las sagradas ceremonias el debido esplendor y decoro.

Sucedió que, habiendo sido elegido prior uno de los religiosos, acudió al rey para que confirmase la elección, faltando con ello a la regla que prohibía acudir en semejantes casos a los poderes civiles. Guillermo le echó en rostro aquella infracción y aun llegó a negarle obediencia, siendo por ello severamente castigado. Mas noticioso el papa Alejandro III de cuanto ocurría en Santa Genoveva, aprobó el celo de Guillermo y mandó al abad que hiciese elegir canónicamente nuevo prior.

Los Canónigos regulares fueron calumniados ante el Papa y el rey de Francia, y aun por la ciudad de París corrió la noticia de que aquellos religiosos habían abierto el relicario de Santa Genoveva y sustraído la sagrada cabeza de la Santa. Al saberlo el monarca se enojó de tal manera que juró castigar a los canónigos y echarlos inmediatamente, si se probaba ser cierto lo que se decía. En consecuencia, congregáronse con el arzobispo de Sens algunos prelados y abades de aquella provincia eclesiástica y todo el clero e innumerable muchedumbre de fieles para asistir a la apertura del relicario y a la comprobación pública de que nada faltaba de su precioso contenido.

Abrióse el relicario el día 11 de enero del año de 1167 y se halló entero el cuerpo de Santa Genoveva. Al ver la cabeza de la Santa, Guillermo, que actuaba de acólito en aquella ceremonia, no pudo contener su alborozo y entonó con toda su alma el *Te Deum laudamus,* que prosiguió cantando la muchedumbre en medio del mayor júbilo y fervor; y, alegando el obispo de Orleáns que bien podía ser aquel el cráneo de otra persona, el siervo de Dios se ofreció a entrar con la sagrada reliquia en un horno encendido si así lo disponían los prelados, siendo esa una costumbre de aquellas edades, cuando querían apelar al justo juicio del Señor.



SAN *Guillermo pone en singular aprieto y deja en ridículo a los envidiosos que pretenden deshacerse de él y expulsarle del cabildo. Todos creen que no puede leer el Evangelio y quedan sorprendidos y avergonzados al oírle entonar con decisión la plegaria* Jube, Domne, benedícere.

APÓSTOL DE DINAMARCA

EL piadoso rey Valdemaro I el Grande acababa de reconquistar a Dinamarca del poder de los vándalos e intentaba restablecer en su reino la religión cristiana en su primitivo esplendor. Ayudábale en tan santa empresa el obispo de Roskild, llamado Absalón, prelado de eminente virtud y muy cumplidor de las obligaciones de su sagrado ministerio. Este santo obispo ardía en deseos de ver florecer en su diócesis el antiguo monasterio de Canónigos regulares de la isla de Eskil.

Para lograr su intento, determinó enviar a París al preboste de su catedral, conocido con el nombre de Sajón el Gramático, con encargo de suplicar al abad de los Canónigos regulares de Santa Genoveva que tuviese a bien enviarle a Guillermo, cuyas prendas y virtudes conocía, por haber sido su condiscípulo en la universidad de París.

El abad vino en ello de muy buena gana y asimismo Guillermo, el cual partió para Dinamarca con tres compañeros y fué recibido por el monarca y el prelado con toda suerte de muestras de veneración y júbilo. En llegando fué nombrado abad de Eskil, dándose desde el primer día a la observancia regular en compañía de los tres religiosos que con él habían ido.

Difícilmente —dice el biógrafo contemporáneo de Guillermo— puede uno formarse idea cabal de lo que el santo abad tuvo que sufrir en Eskil, y de los asaltos que le dió el demonio para descorazonarle ante la reforma del monasterio.

Los tres canónigos, sus compañeros, quisieron volver a todo trance a París, asustados por el rigurosísimo clima de Dinamarca, por la pobreza y miseria del monasterio, la ignorancia del idioma de aquel país y otras dificultades que no supieron vencer. Por otra parte, los religiosos del convento, acostumbrados desde hacía largos años a la inobservancia, se amotinaron contra el nuevo abad y echaron mano de toda suerte de astucias y artimañas para hacerle abandonar el cargo.

Tampoco el demonio dejó de emplear medio alguno para desalentar al Santo. Una noche apagó la luz del dormitorio y pegó fuego a un montoncito de paja que había en el aposento de Guillermo para que pereciese en las llamas, en las cuales hubiera muerto abrasado el santísimo varón, a no haberle socorrido el Señor milagrosamente.

Viéndose vencido por esta parte, tentó el demonio al Santo con toda clase de malos pensamientos y feas imaginaciones y, finalmente, inspiró a los monjes grandes deseos de deshacerse de su abad de cualquir modo que fuese y aun entregándole a los vándalos o asesinándole ellos mismos. A tal extremo llegó su ceguedad y el odio que tenían al Santo. Pero la humildad, paciencia, mansedumbre, sumisión a la voluntad de Dios, extra-

ordinaria devoción, continua oración y pasmosa austeridad de aquel bienaventurado varón, le hicieron al fin triunfar de sus enemigos y fueron grande parte para atraer a los monjes a vida observante y santa.

Fundó por aquellos tiempos un monasterio de su Orden en Ebbelholt, ciudad de Finlandia y lo llamó convento de Santo Tomás del Paráclito, y el papa Alejandro III, por los años de 1175, confirmó esta fundación y prescribió a Guillermo y a sus monjes que guardasen de allí adelante la regla de San Agustín y los estatutos del monasterio de San Víctor de París.

Plugo al Señor hacer glorioso el nombre de su siervo, favoreciéndole con el don de milagros. Un hombre afligido de una grave enfermedad del vientre oyó en sueños una voz que le dijo: «Si quieres sanar de tu enfermedad, come de las sobras de la comida del abad Guillermo.» Creyó las palabras que acababa de oír y envió un amigo suyo al monasterio con encargo de traerle las migajas que se recogieron después de la comida del abad Guillermo, y en comiéndolas hallóse de repente sano.

Una muchacha que habían tenido por muerta durante tres días, cobró la salud con el mismo remedio; porque, habiéndose aparecido a su madre una virgen con rostro venerable, le dijo: «Estás afligida con la enfermedad de tu hija, pero no temas; manda traer las sobras de la comida del abad Guillermo y en comiéndolas sanará.» La madre obedeció al punto; fuése ella misma al monasterio y, tomando algunos pececillos y una bebida que Guillermo había aderezado, llevólos a su hija; y en comiéndolos quedó sana y prorrumpió en alabanzas y gracias al Santo, que con su poder y santidad le había devuelto la salud perdida.

En un monasterio de Cistercienses vivía un monje enfermo del pecho desde hacía varios años. Adelantó tanto la enfermedad que perdió casi completamente la voz, por lo que quedó el monje harto triste. Como llegase a sus oídos la fama de santidad de Guillermo, fué a verle y le explicó, no sin trabajo, el motivo que allí le llevaba, que no era menos que pedirle su curación.

Guillermo trazó la señal de la cruz sobre el enfermo y le dijo: «Que el Hijo de Dios os cure, hermano», y al instante recobró la voz.

Aconteció también en una ocasión que el poder de Dios obró un milagro en la persona misma del Santo, porque cayó tan gravemente enfermo, que desesperaban ya de salvarle. Acudió fervoroso a Santa Genoveva suplicándole que le curase si tal era la voluntad de Dios; la Santa se le apareció por la noche y le dijo:

—No temas, que servimos a un buen Amo.

—¿Quién es el Amo? —preguntó el enfermo.

—Es Jesucristo, Hijo de Dios —respondió Santa Genoveva.

Al oír nombrar a Jesucristo, Guillermo siente recobrar sus fuerzas y

transportado de alegría se levanta. Ve entonces que sin duda ninguna está completamente curado y de todo corazón da gracias a Dios, fuente de todo bien, que socorre a un santo por medio de otro santo.

POSTREROS AÑOS Y GLORIOSA MUERTE

SIETE años antes de su muerte, oyó San Guillermo este aviso misterioso: «Te quedan siete días de vida».

El Santo abad, creyendo que su muerte estaba ya muy cercana, se preparó a ella con sumo cuidado; pero pasados los siete días, viendo que no llegaba, aguardó siete semanas, y luego siete meses, y al fin entendió que aquellos días serían años.

Preparóse con nuevo fervor a la muerte, castigando su cuerpo y tratándolo con tanto rigor, que no podía en nada compararse su vida pasada, aunque muy austera, con la que llevó de allí adelante basta su hora postrera. En los siete últimos años tuvo el don de lágrimas, derramándolas muy copiosas cada vez que rezaba. Celebraba misa con tal devoción, que quedaba como arrobado en éxtasis cual si viese físicamente los pasos de la sagrada Pasión y los ultrajes y malos tratos de que era objeto nuestro divino Salvador.

Cada día hallaba nuevos medios de mortificar su carne, de suerte que vino a ser su cuerpo una llaga y creció con esto en todas las virtudes, mereciendo aquella corona de preciosas perlas que el Señor mostró a un amigo del Santo doce años hacía, declarándole que la tenía guardada para dársela al abad Guillermo cuando la hubiere merecido con sus virtudes y padecimientos.

Finalmente, pasados los siete años, conversaba el siervo de Dios con sus religiosos el día de Miércoles Santo y, habiéndose quejado el prior de haber pasado malísima noche, Guillermo repuso:

—Yo, en cambio, no recuerdo haber pasado otra mejor; porque he visto a Nuestro Señor Jesucristo acompañado de otras dos personas, y he estado hablando con ellos en medio de inefable gozo.

—Padre mío —le dijo entonces el prior—, será que Nuestro Señor quiere daros a entender con esa visión que os va a llamar en breve a su reino celestial, como os lo tiene prometido.

El santo abad, suspirando amorosamente, dijo:

—¡Hágase en mí según tu palabra!

El día de Jueves Santo dijo misa por última vez, dió la comunión a todos los monjes, lavó los pies a los pobres y, llegada la hora de comer, hízolo con la comunidad; todos vieron salir de su rostro rayos de celestiales

hízolo con la comunidad; todos vieron salir de su rostro rayos de celestiales

resplandores, señal cierta de la grande gloria que en breve iba a recibir en premio de sus virtudes.

Después de comer quiso lavar los pies a los religiosos, pero no pudo hacerlo por un recio dolor de costado que le sobrevino y le duró toda la tarde y hasta la media noche siguiente.

La noche del Sábado Santo sintió el abad que arreciaban sus dolores y, presumiendo que era ya llegada la hora de dejar este mundo, llamó al religioso que le cuidada y le dijo:

—Ya sabes, hijo mío, que la fiesta de Pascua debe celebrarse muy solemnemente; anda, pues, y tráeme el hábito nuevo que guardas en tu celda.

Ese hábito era un cilicio sin estrenar que quería ponerse para morir.

Al oír que los monjes cantaban en Maitines estas palabras del segundo responso: *Habiendo llegado al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús...*, manifestó el bienaventurado Guillermo que deseaba le administrasen el sacramento de la Extremaunción y, al ver entrar en su aposento al prior y a los monjes, sólo dijo estas palabras: «¡Daos prisa, daos prisa!»

Acabada la ceremonia, mandó que le acostasen sobre un cilicio y ceniza y, estando en esa postura humilde y penitente, al amanecer del glorioso día de Pascua, dió su bendita alma al Señor. Era el día 6 de abril de los años de 1202 ó 1203; Guillermo tenía noventa y ocho años de edad y por espacio de cuarenta había desempeñado el cargo de abad.

Quiso Dios hacer glorioso el sepulcro de San Guillermo obrando en él innumerables y portentosos milagros; porque todos los enfermos que acudieron a venerar sus preciosas reliquias y pedir la curación de las dolencias que los afligían cobraron la salud; y aun los mismos animales experimentaban la protección del Santo, y con la invocación de aquel bienaventurado siervo del Señor, calmábanse al punto las más furiosas tempestades.

Tantos prodigios y tan maravillosos, movieron al papa Honorio III a inscribir a San Guillermo en el Catálogo de los Santos. Habiendo el mencionado Pontífice encargado al cardenal Crescenzi, legado suyo en Dinamarca por los años de 1220, que hiciese una encuesta y averiguación en los lugares donde vivió el Santo, canonizóle solemnísimamente a los 21 de enero del año 1224, y los daneses le tuvieron grande amor y veneración, hasta que la Reforma protestante vino a enseñorearse de aquella nación, durante el reinado de Cristián III.

Sus sagradas reliquias se hallan en el monasterio de Ebbelholt, a donde fueron trasladadas por los años de 1238.

SANTORAL

Santos **Guillermo, abad;** *Celestino I, papa; Sixto I, papa y mártir; Marcelino, secretario del emperador Honorio, mártir;* Timoteo y Diógenes, mártires en Macedonia; ciento veinte mártires en Persia; Eutiques, obispo de Constantinopla; Vinebaldo, abad en Troyes; Celso, arzobispo de Armagh, en Irlanda; Prudencio (Galindo), español, obispo de Troyes; Amando, conde, venerado en Brescia. Santas Catalina de Pallanza, fundadora; Celestina, virgen, y Batelina, monja y mártir en Inglaterra.

SAN CELESTINO I, papa. — Celestino I nació en Campania a fines del siglo IV y floreció en tiempos del emperador Teodosio II. Ocupó la Silla de San Pedro desde el año 422 al 432. Durante su pontificado tuvo lugar la rebelión de Nestorio, patriarca de Constantinopla. Negaba este heresiarca la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo, con lo cual echaba por tierra la doctrina de la Redención humana, a la que restaba el valor infinito que le prestaba la naturaleza divina del Redentor. Según eso, la Virgen no podía llamarse Madre de Dios, sino sólo Madre de Cristo. Celestino reunió un sínodo en Roma el año 430, y ordenó la celebración de un concilio en Éfeso que tuvo lugar el año siguiente. Asistieron a él más de doscientos obispos, archimandritas y monjes, presididos por San Cirilo de Alejandría, como delegado del Papa. Los Padres asistentes a este Concilio declararon artículo de fe la encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen María, y la unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona, que era la de Cristo, Dios y hombre verdadero. Juntamente condenaron la herejía de Nestorio, el cual fué depuesto de su cargo y desterrado a Tebas. En castigo se le pudrió la lengua y se le llenó de gusanos. San Celestino instituyó que al principio de la misa se dijese el salmo *Júdica me, Deus;* e introdujo el *Gradual.* Envió apóstoles a predicar por varias regiones de Europa y combatió el pelagianismo. Después de diez años de luchas en pro de la religión, acabó santamente sus días el 6 de abril del año 432.

SAN SIXTO I, papa y mártir. — Nació en Roma y fué elevado al Pontificado al morir el papa San Alejandro I, el año 115, cuando corría la sangre de los mártires, a causa de la persecución ordenada por Trajano. Dió ordenadas disposiciones para el buen gobierno de la Iglesia, y relativas a la jurisdicción del Papa sobre toda ella. Mandó que nadie más que los ministros del altar pudiera tocar los vasos destinados al santo sacrificio, y que el pueblo cantase el *Sanctus.* También es él quien estableció el precepto del ayuno cuaresmal, en memoria de los cuarenta días que Jesucristo ayunó en el desierto. Derramó su sangre por Cristo el 6 de abril del año 125.

SAN MARCELINO, mártir. — Vino al mundo en la histórica ciudad de Cartago y fué educado en nuestra santa religión por sus cristianos padres. Ejerció sucesivamente los cargos de tribuno y notario público; en ambos puestos se mostro siempre justo, probo, virtuoso y cumplidor exacto de sus deberes. Con motivo de la sublevación del general Heraclión, que aspiraba al trono imperial, sin conseguirlo por haber sido muerto en Cartago, Marcelino fué acusado como cómplice de la insurrección y conducido a la cárcel en compañía de otros cristianos. Declarada su inocencia, fueron todos ellos puestos en libertad, excepto Marcelino, en venganza de sus prédicas contra el arrianismo. El 6 de abril del año 413 voló al cielo con la corona del martirio.



Fervorosa adoradora — Embajadora del Señor

DÍA 7 DE ABRIL

STA. JULIANA DE CORNILLON

AGUSTINA INICIADORA DE LA FIESTA DEL CORPUS (1193 - 1258)

LA fiesta del Santísimo Sacramento, que ha llegado a ser tan popular en casi todas las naciones católicas[a] —pero en ninguna como en España, con el nombre del *Corpus* o *día del Señor*—, fué instituída en el siglo XIII. Para establecer esta hermosa solemnidad y dar con ello un nuevo y magnífico desarrollo al culto de la Eucaristía, Nuestro Señor se sirvió de una humilde religiosa belga, cuya vida vamos a relatar.

Juliana nació en el pueblecito de Retine, cerca de Lieja, el año de 1193, de familia honrada y rica. Su padre llamábase Enrique y su madre Frescenda. Después de varios años de matrimonio y de muchas súplicas, Dios les concedió una hija a quien pusieron por nombre Inés, y después otra que recibió en el bautismo el nombre de Juliana.

Apenas tuvo ésta tiempo de conocer a sus padres, pues a los cinco años se quedó huérfana.

Los amigos de la familia pusieron entonces a las dos niñas como pensionistas en las Agustinas hospitalarias del monasterio de Monte Cornillón.

Monte Cornillón es una colina en cuyas laderas se escalona el barrio oriental de Lieja. En la parte baja los habitantes habían construído dos

hospicios, uno para hombres y otro para mujeres. Primero fué leprosería, mas luego se desdobló y recibió también otros enfermos. Como es natural, el hospicio dedicado a los hombres era servido por religiosos y el de las mujeres por religiosas; todos seguían la regla de San Agustín. Las religiosas tenían al frente una Madre Priora, pero el Prior de los religiosos tenía jurisdicción sobre ambas comunidades.

Las Agustinas se dedicaban también a la educación de algunas jóvenes que les confiaban los bienhechores del establecimiento. El pensionado estaba situado a corta distancia del hospicio, en una propiedad llamada *La Boverie,* que suministraba a las Hermanas las provisiones necesarias. Cuando Juliana ingresó, el internado estaba dirigido por una religiosa de mucha virtud y de gran firmeza, llamada Sapiencia.

Esta digna maestra, que más tarde fué priora de Monte Cornillón, tuvo la gloria de ser la primera que formó a Santa Juliana en la piedad y la virtud. Bajo su dirección hizo la niña rápidos progresos en los estudios y no tardó en saber de memoria todo el Salterio.

Pero Sapiencia no apreciaba menos la sumisión y la humildad que la ciencia. Un día, la pequeña Juliana oyó referir que San Nicolás, niño aún, ayunaba los miércoles y viernes, y tuvo la ocurrencia de hacer lo propio; pero sobre todo lo hizo porque las Hermanas también ayunaban en esos días. Su vigilante maestra dióse cuenta de ello, y amonestó a la joven severamente por haber querido ayunar sin permiso y la envió a confesarse.

Juliana supo más tarde ayunar, muy austeramente, pero aprendió también a juntar la modestia con la docilidad; de ello dió prueba aun antes de que su educación fuese completa. Cuando se lo permitieron sus fuerzas, pidió que le encargaran de ordeñar las vacas de la granja, empleo que cumplió con gran abnegación.

VIDA RELIGIOSA

EN el año 1207, Juliana ingresó como religiosa en la comunidad de las Agustinas, y continuó trabajando abnegadamente con el mayor interés. No descuidaba tampoco lo que pudiera elevar su alma y alimentar su vida espiritual. Gustaba de leer obras piadosas en francés y en latín. Entre estas últimas prefería las de San Agustín y San Bernardo.

Desde la infancia entregó de tal modo su corazón a Jesucristo que nunca el afecto de las criaturas le pudo apartar de él. Era un alma de angelical pureza y cándida inocencia. Su conversación sin orgullo ni afectación, era eco de los piadosos sentimientos que llenaban su corazón.

La sencillez fué siempre virtud suya muy querida. Todas estas virtudes le granjearon pronto el aprecio general; pero tales muestras de respeto la

apenaban. Evitaba en lo posible exhibirse, sobre todo ante los extraños, si eran distinguidos; cuando alguno se presentaba en el convento procuraba no encontrarse con él. Solicitaban a veces autorización para conversar sobre cosas espirituales, pero ella replicaba: «Soy no más que ayudante de la cocina, ¿qué podréis aprender de mí? Sé ordeñar las vacas, dar de comer a los pollitos del corral y hacer otras labores semejantes. Respecto a lo de hablar de Dios, vosotros lo haréis mejor que yo, pues tenéis más instrucción y yo os escucharía con gusto».

Estimando que no se puede amar verdaderamente a Dios sin apenarse por verle ofendido diariamente de tantos modos, lloraba no sólo por sus faltas sino también por los crímenes del mundo entero.

La obediencia y la caridad la encontraban siempre dispuesta a toda clase de trabajos materiales útiles a la comunidad, por muy humildes y penosos que fueran. El tiempo que sus ocupaciones le dejaban libre consagrábalo a la oración y meditación.

Pero lo delicado de su complexión no pudo soportar por mucho tiempo el peso de los numerosos trabajos que se imponía; por otra parte la llama interior de amor divino que la abrasaba era tan grande que parecía consumir su cuerpo; por ello sus fuerzas se agotaron prematuramente y su debilidad la hizo descargarse de las labores más penosas. Tal vez Dios lo quería así, a fin de dar a su sierva más tiempo para la contemplación.

Claramente se veía que Dios la sostenía en ese estado de agotamiento. En efecto, a pesar de todo siguió observando los ayunos acostumbrados en la comunidad y se puede decir que los treinta años últimos de su vida fueron una cuaresma continuada. Sólo hacía una comida al día, por la tarde, y aun en ella tomaba muy poca cantidad, de modo que la costumbre de ayunar era ya en ella como una segunda naturaleza.

Las noches de las vísperas de fiesta pasábalas, por regla general, en oración. Las demás noches su sueño era muy corto y no siempre tranquilo, pues los demonios, sus enemigos, aprovechaban con frecuencia esos momentos par atormentarla: unas veces moviendo la cama, otras, tirando de la almohada. Juliana entonces se despertaba, se ponía a rezar y los demonios huían inmediatamente.

Como los cristianos de aquella edad de fe, se unían íntimamente al espíritu de la Iglesia y su piedad encontraba alimento, luces y gracias especiales recorriendo el ciclo litúrgico.

Las fiestas de la Santísima Virgen llenaban de gozo el alma de Juliana. En esos días rezaba nueve veces el *Magníficat*. Gustábale añadir a la salutación angélica las palabras de María: «He aquí la esclava del Señor, etc.», queriendo así felicitar a la Santísima Virgen por su obediencia.

Su meditación predilecta era la de los sufrimientos de Jesús.

Favorecida con el don de milagros y de profecía, llegó también a leer en el fondo de los corazones, como de ello dió testimonio su amiga, la Beata reclusa Eva.

EVA, LA RECLUSA

ERAN las reclusas mujeres que renunciaban al mundo y se encerraban para toda su vida en una celda o pequeño eremitorio anejo a un templo. Una ventana que daba a la iglesia permitíalas asistir a los divinos oficios. Eva solicitó abrazar esta vida austera en la flor de su juventud, pero pronto su alma se asustó de tanta privación. Juliana le infundió valor y, encerrada que fué Eva en una celda contigua a la colegiata de San Martín de Lieja, tomó por costumbre visitarla todos los años. Estrecha amistad las unió en el Señor. Rezaban juntas o conversaban de asuntos piadosos. A veces Juliana, iluminada por luz interior, respondía de pronto a dificultades que su amiga no había osado proponerle.

SANTA JULIANA Y LA EUCARISTÍA

ESTA heroica sierva de Dios había tenido desde su infancia una admirable devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía; asistir al Santo Sacrificio de la Misa era el gran consuelo de su alma. En *La Boverie* no tenía cada día esa dicha, y era para ella gran privación; suplíalo uniéndose de lejos al sacerdote por la oración y la meditación.

La Sagrada Comunión producía en ella efectos tan maravillosos que le parecía que su cuerpo hubiera podido abstenerse de cualquier otro alimento durante un mes, si se lo hubieran permitido.

El día que comulgaba y los siguientes se abismaba tanto como podía en el silencio y el recogimiento para conversar continuamente con el Esposo celestial. Por eso, Jesucristo se dignó escogerla para dar un magnífico desarrollo al culto de la Sagrada Eucaristía.

LA LUNA DE LA HENDIDURA. — REVELACIÓN DE NUESTRO SEÑOR

UN día del año 1208, teniendo Juliana quince años, al ponerse en oración vió un astro semejante a la luna llena, pero con una muesca o hendidura en su borde. Diariamente se presentaba la misma visión a sus admirados ojos. Acabó por inquietarse y temió fuera una ilusión del demonio. Rogó y pidió oraciones a sus amigas para vencer —decía ella— una «tentación que la turbaba».



HAS *de saber —dice Nuestro Señor a Santa Juliana— que la luna representa a la Iglesia y el pico que le falta señala la fiesta que también falta al ciclo litúrgico y que deseo que se celebre. Es mi voluntad que se establezca pronto una fiesta en honra de mi Cuerpo y de mi Sangre.*

Pero la visión reaparecía siempre. Juliana entonces suplicó insistentemente a Nuestro Señor le hiciera conocer si ese fenómeno tenía algún significado. Nuestro Señor al cabo de dos años se dignó responderle: «La luna representa a mi Iglesia en la tierra engalanada por el esplendor del ciclo litúrgico, la muesca significa la falta de una gran solemnidad cuya institución deseo. Para despertar la fe de los pueblos y para el bien espiritual de mis elegidos quiero que una fiesta especial se instituya en honor del Santísimo Sacramento de mi Cuerpo y de mi Sangre; esta fiesta tendrá una solemnidad que no puede revestir el Jueves Santo, por estar impregnado de la memoria de mi Pasión; además, dará ocasión a los cristianos para reparar sus negligencias y las faltas de devoción hacia este Sacramento».

El divino Maestro añadió: «Encárgote que seas tú la primera que se ocupe de esta fiesta y que dé a conocer la necesidad de establecerla.» Estas últimas palabras aterraron a la humilde religiosa; respondió a Nuestro Señor que no veía la posibilidad de que ella cumpliese tal misión. Pero cada vez que entraba en oración el Señor renovaba el ruego.

—Señor —decía entonces Juliana—, dignaos escoger para obra tan difícil a algún grande y sabio personaje eclesiástico que sepa y pueda llevarla a buen fin; pues yo, la última de vuestras criaturas, ¿qué puedo en ello? Os ruego me libréis de esta inquietud.

—Tú empezarás —replicó el Salvador— y otras personas humildes continuarán.

Durante veinte años Juliana siguió suplicando al Señor, muchas veces con gran abundancia de lágrimas, que confiase esta misión a otros. No se resistía por falta de obediencia o de devoción, sino únicamente por humildad, y precisamente por esta virtud Nuestro Señor la hacía objeto de su elección.

Por fin, en 1230, persuadida de la voluntad divina y animada por su amiga, Eva la reclusa, Juliana, que era desde 1222 priora de su convento, fué a ver al venerable sacerdote Juan de Lausana, canónigo de San Martín de Lieja y le expuso el negocio rogándole que lo examinara él mismo y lo consultara con otros teólogos.

OPINIÓN DE LOS TEÓLOGOS

ENTRE otros fueron consultados Hugo de San Caro, provincial de los Dominicos, que después fué cardenal, y Santiago Pantaleón de Troyes, arcediano a la sazón de Lieja y posteriormente obispo de Verdún, patriarca de Jerusalén y por fin Papa con el nombre de Urbano IV.

Todos juzgaron que una fiesta especial en honor del Santísimo Sacra-

mento sería útil a la gloria de Dios y al bien de las almas y que nada se oponía a su institución.

Esta decisión llenó de gozo el alma de Juliana. Sin embargo, hubiera deseado que el honor de ser la primera en dar comienzo a esta obra no recayera sobre ella. Juliana había oído hablar de una beguina llamada Isabel de Huy, que tenía fama de santa. Era, en efecto, un alma virtuosísima, a quien Dios había levantado a gran perfección por los caminos del sufrimiento. Juliana fué a proponerle entrase en la comunidad de Cornillón. Con gran alegría de Juliana, Sor Isabel consintió en ello. Aquélla creyó sin duda que Dios había comunicado a un alma tan santa sus designios relativos a la fiesta del Santísimo Sacramento. Grande fué su extrañeza y su dolor al encontrar a Isabel opuesta al proyecto.

Isabel, notando la tristeza de su piadosa amiga, suplicó al Señor que le manifestase la causa de ello. Al cabo de un año sucedió que en ocasión en que Sor Isabel estaba rezando con la reclusa Eva, fué repentinamente arrebatada en éxtasis, revelándole Dios los inmensos beneficios que su Providencia dispensaría al mundo por la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento. A partir de este día, Isabel, como la reclusa Eva, quiso compartir con Juliana la realización de tal empresa.

Sin embargo, la opinión pública empezaba a preocuparse de la nueva fiesta y el demonio se aprovechaba de ello para desencadenar contra este proyecto una verdadera tempestad. No faltaron burlas a la «visionaria» de Monte Cornillón.

Juliana acudió a la oracióón, su arma ordinaria, y emprendió varias peregrinaciones.

LA PRIMERA FIESTA DEL CORPUS (1246)

ACERCÁBASE la hora de la victoria. El obispo de Lieja, Roberto de Torote, publicó en 1246, el mismo año de su muerte, una pastoral relativa a la institución de la fiesta del Corpus, fijando su celebración el jueves siguiente al domingo de la Santísima Trinidad. Desde 1247 a 1252 los canónigos de San Martín fueron los únicos que observaron el mandato episcopal.

En 1252 llegó a Lieja Hugo de San Caro, cardenal Legado del Papa, el que, como teólogo consultado, había aprobado ya el proyecto de Juliana. Haciendo uso de los poderes de que Inocencio IV le había investido, el cardenal resolvió inaugurar en Lieja la nueva fiesta. Fué celebrada con gran pompa en medio de gran concurso de fieles en la iglesia de San Martín. El legado pronunció un discurso, y el 29 de diciembre publicó un decreto por

el que ordenaba a todas las provincias de su Legación que celebrasen esta solemnidad el jueves siguiente a la Santísima Trinidad.

El 30 de noviembre de 1254, otro Legado, el cardenal Capocci, que vino a Lieja con misión especial, confirmó a su vez la inciativa del cardenal de San Caro.

Por fin, diez años después, Urbano IV, el antiguo arcediano de Lieja, Santiago Pantaleón, instituyó oficialmente la fiesta del Corpus en la Iglesia universal por la Bula «Transiturus», con fecha 8 de septiembre de 1264. Con la misma fecha se dignó comunicárselo por un Breve personal a la reclusa de San Martín, Eva, la amiga de Juliana, ya que ésta había fallecido seis años antes. Santo Tomás de Aquino compuso el oficio de la nueva fiesta, que fué confirmada y ampliada con octava por Clemente V, en el Concilio de Viena del Delfinado (1311-1312) y declarada privilegiada de segunda clase por Pío X en 1911.

PERSECUCIONES. — ÚLTIMOS AÑOS

DESPUÉS de la muerte de su antigua maestra Sapiencia, a quien el martirologio de Enríquez incluye como Beata, Juliana fué elegida a los 29 años priora de Monte Cornillón, cargo que desempeñó con gran celo. El prior Godofredo, hombre virtuoso, la sostenía con sus consejos y autoridad.

Pero desaparecido este santo varón (1240), un ambicioso simoníaco, llamado Rogerio, usurpó el gobierno de los hospicios y por su instigación la multitud destruyó el oratorio del convento; Juliana hubo de refugiarse en una casa que Juan de Lausana puso a su disposición (1240). Uno de los primeros actos de Roberto de Torote, elegido obispo de Lieja en noviembre de 1240, fué reintegrar a Juliana a Cornillón y desterrar a Rogerio a Huy. Pero muerto el prelado el 16 de octubre de 1246, el enemigo de la Santa volvió a inmiscuirse en la dirección de los hospicios y amotinó nuevamente al populacho contra la priora. Obligada ésta a abandonar definitivamente la ciudad de Lieja en las fiestas de Navidadd el año 1247, anduvo errante por varias ciudades, sobre todo en Namur y, tras muchas humillaciones y sufrimientos, recibió hospitalidad en las Cistercienses de Salcina, cerca de aquella ciudad. Allí perdió Juliana a su querida Isabel, que murió tan santamente como había vivido.

Juliana hubiera también deseado acabar su vida en esta hospitalaria casa, pero su espíritu profético le reveló nuevos destierros. La comunidad de Salcina fué arrojada de su convento por una facción hostil y criminal; Juliana se afligió de tal manera al ver así perseguidas a las religiosas, que su débil salud recibió con ello nuevos golpes.

La abadesa la recomendó a un sacerdote de Fosas, villa situada a unos veinte kilómetros al sudoeste de Namur. Este sacerdote le ofreció una celda de reclusa, habitada poco antes por su propia hermana, cerca de la iglesia de Fosas. Allí había de acabar su vida.

El día de Pascua de 1258, sobreponiéndose a la debilidad de su cuerpo, minado desde hacía algunas semanas por enfermedad mortal, subió a la iglesia, asistió a Maitines y Laudes, oyó varias misas y recibió la Sagrada Comunión con fervor de serafín. Por la tarde, pidió la Extremaunción y respondió a las oraciones, impetrando, con lágrimas, perdón de sus pecados.

Juliana tuvo cabe su lecho a la abadesa de Salcina, que había acudido con algunas religiosas. El miércoles después de Cuasimodo, se vió que Juliana llegaba a sus últimos momentos. Como su enfermedad le impedía comulgar, la piadosa abadesa propuso que trajeran la Sagrada Eucaristía para que pudiera al menos adorarla. Cuando vió entrar a su Divino Salvador, se incorporó sobre su pobre lecho:

—Aquí viene —le dijo el sacerdote— tu Salvador, el que nació y murió por ti; pídele te defienda contra tus enemigos y te lleve a la patria celestial.

—Amén —respondió ella—. ¡Proteja Él también a la Madre abadesa!

Y con su acto postrero de adoración y de amor, Juliana entregó su alma al Dios de la Eucaristía el viernes 5 de abril de 1258.

Su cuerpo fué primero inhumado en la abadía cisterciense de Villers a seis leguas de Fosas. Nueva tumba de mármol negro lo recibió el 17 de enero de 1599. El protestantismo llevó allí su destrucción, pero algunas reliquias que enviaron primero a Roma y después a Portugal, fueron devueltas a su primitivo relicario. Son veneradas en la abadía de San Salvador de Amberes y en San Martín de Lieja. Su culto y su oficio fueron ratificados y aprobados por Pío IX en 1868. La Orden de San Agustín celebra su fiesta el 7 de abril por un rescripto del 1.º de septiembre de 1870.

SANTORAL

Santos *Hegesipo, historiador; Epifanio, obispo y mártir;* Ciriaco y compañeros, mártires en Nicomedia; Rufino y Donato, mártires; Saturnino, obispo de Verona; Ayberto, recluso; Afraates, solitario; Dodón, mártir; Jorge, obispo de Lesbos; Pedro de Rates, primer obispo de Braga y mártir; doscientos soldados mártires, en Sínope del Ponto; Caliopio, mártir en Cilicia; Guncelino, abad cisterciense de Moreruela; Clotario, confesor; y muchos otros mártires. Santas **Juliana de Monte Cornillón, agustina;** Aquilina la Joven, mártir en Sínope; Teoclia, madre del mártir Caliopio; *Beata Ursulina de Parma, extática.*

SAN HEGESIPO, historiador. — Vivió en los tiempos próximos a los Apóstoles, y, aunque judío, se convirtió sinceramente al Cristianismo enseñado por aquéllos. Escribió la historia de la primitiva Iglesia, para lo cual inquirió, consultó, buscó y emprendió varios viajes para preguntar a las dignidades eclesiásticas y a cuantos habían oído y tratado a los Apóstoles, acerca de la verdad por éstos enseñada, y adquirir noticias relativas al origen de cada Iglesia y al acrecentamiento de la Religión. Se acreditó como apologista católico, combatiendo a los herejes y paganos, a quienes enredaba en la urdimbre de su sólida argumentación. Llevó siempre vida ejemplar y virtuosa, y se distinguió por la caridad y la humildad. Murió el año 181 de la era del Señor.

SAN EPIFANIO, obispo y mártir. — De este santo obispo se sabe que fué perseguido y maltratado en África por los enemigos de la religión de Cristo. Tenían éstos un empeño grande en que Epifanio apostatara de la fe católica y abrazara la religión pagana. Pero nada consiguieron, pues el santo obispo, ayudado por la gracia de Dios, supo mantenerse incólume, aun en medio de los tormentos a que le sometieron; sufría mucho más por las penas morales que le producía el endurecimiento de los verdugos, que por los suplicios corporales que le aplicaron. Sus palabras confundían a los jueces y admiraban a cuantos le escuchaban. Finalmente le quitaron la vida, colgándole de unos garfios por la espalda y asaeteándole. Donato, Rufino y otros trece cristianos, alcanzaron con él la palma del martirio.

BEATA URSULINA DE PARMA, extática. — Vivió en el agitado y tormentoso siglo XIV, en que la cristiandad se vió dividida por el Cisma de Occidente. Fué una criatura providencial, que Dios suscitó en aquellos tiempos aciagos para afear la conducta de los cismáticos, que tanto daño causaron en las almas del pueblo fiel. Vino al mundo el 14 de mayo de 1375, y vivió 33 años, edificando a todos con sus ejemplos y perfumando a la Iglesia con el aroma de su santidad. Desde su más tierna infancia tenía íntimos coloquios con Dios, y, si bien al principio los guardaba para sí, luego quiso manifestarlos para aprovechamiento de las almas. Por donde quiera que iba, irradiaba santidad. Se declaró partidaria y propagadora de la causa del verdadero papa Urbano VI, y, en compañía de su madre, se dirigió a Aviñón para entrevistarse con el antipapa Clemente VII. Sus razones conmovieron al falso pontífice y motivaron la renuncia del cisma en algunos grandes personajes de la corte de Aviñón. Después de entenderse con Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, volvió a Francia, con una carta del legítimo Papa. Mientras sus enemigos buscaban el medio de deshacerse de ella, a la que acusaban de hechicera, falleció repentinamente Clemente VII, causa de tantos males, y así la Santa se vió libre. Acabó sus días en Bolonia, el 7 de abril de 1408.


Instrumentos del minero condenado

Palma del mártir sabio

DÍA 8 DE ABRIL

SANTOS EDESIO Y ANFIANO

HERMANOS MÁRTIRES († 306)

SAN Edesio, hermano mayor del mártir San Anfiano, martirizado pocos días antes, logró el triunfo del martirio por salir en defensa de unas vírgenes consagradas al Señor, expuestas a viles ultrajes por un tirano.

Abrió los ojos a la vida hacia el año 280, seguramente antes del 285, en que nació su hermano, en Asia Menor y en una localidad de la provincia de Licia, que tal vez fuera Patara, cabeza de un obispado sufragáneo de Mira. En la antigüedad Patara era célebre por su oráculo de Apolo; de ahí le viene el sobrenombre de «liciano» atribuído a este falso dios. En ella nació, hacia el año 270, San Nicolás, futuro obispo de Mira, cuyos restos se veneran hoy en Bari.

Los padres de Edesio gozaban de buena fortuna y de situación distinguida entre sus conciudadanos. Toda la familia era pagana, sin duda como podía serlo en aquella época de decadencia una familia rica e instruída, esto es, practicando fielmente, pero sin convicción, los ritos de una religión, de la que muchos espíritus ilustrados se venían distanciando en vista de sus inconsecuencias.

ESTUDIOS EN BERITO. — MEDIO AMBIENTE CORROMPIDO

CUANDO Edesio y su hermano menor estuvieron en edad de recibir instrucción superior, sus padres los enviaron a estudiar a Berito, ciudad que tenía entonces maestros de nombradía. Esta ciudad, la antigua Berytos de los fenicios, era entonces lo que hoy es Beirut —que con una ligera desviación hacia el oeste, ocupa aproximadamente su situación—: una metrópoli floreciente. Numerosos estudiantes, como sucede en nuestro siglo, frecuentaba sus escuelas.

Ocioso sería insistir sobre el triste espectáculo de corrupción que ofrecería a fines del siglo III el medio ambiente universitario de una ciudad de Oriente demasiado favorecida en bienes materiales y en donde se brindaban toda clase de satisfacciones tanto al espíritu como a los sentidos.

A pesar del hervor de las pasiones, del aliciente de los espectáculos públicos, caídos por otra parte a bajísimo nivel, de las pendencias y alborotos, no dejaban de tener su atractivo para esta juventud, los conflictos entre las ideas de las diversas sectas filosóficas. Entre aquel inmenso número de estudiantes se encontraban muy pocos dedicados de lleno a las tareas universitarias, pues la mayor parte querían conciliar la vida estudiantil con la práctica de las costumbres desarregladas y viciosas que en aquellos tiempos imperaban. De Anfiano, hermano de Edesio, cuenta un historiador que guardó puras sus costumbres; presumible será que Edesio se comportó del mismo modo.

CONVERSIÓN DE SAN EDESIO Y DE SU HERMANO

EN un ambiente tan corrompido y tan poco propicio para caminar por buenos senderos, algo debió mediar para que estos jóvenes se conservaran puros y encontraran el camino de la verdad. A punto fijo no sabemos todo lo que a ello contribuiría. Por lo menos en Berito, entre los maestros que ejercían sobre esta juventud gran influencia, los dos hermanos encontrarían alguien que los iniciase en la religión cristiana. Por lo que se sabe del temperamento ardiente de Edesio y de su hermano, se puede colegir que una natural nobleza de alma los atraía instintivamente a la verdad moral; tal vez, como sucedía a algunos contemporáneos, se acercaban al cristianismo movidos por sentimientos de aversión hacia el paganismo, agonizante entre estertores crueles, tanto como por el deseo de conocer la verdad. De cualquier modo que sea, Edesio se dió con preferencia al estudio de la Filosofía y su hermano Anfiano al del Derecho.

EN CESAREA, JUNTO A SAN PÁNFILO. — EL HISTORIADOR EUSEBIO

CESAREA era entonces, después de Jerusalén, la primera ciudad de Palestina; su envidiable situación junto al mar, le daba importancia comercial; a los ojos de los cristianos, su importancia era mayor por ser sede metropolitana. Edesio y su hermano habían dejado a Berito para vivir en Cesarea entre los discípulos de un hombre que había renunciado a una brillante carrera humana para hacerse sacerdote y apóstol de Jesucristo; este hombre era San Pánfilo.

Oriundo de Berito, muy notable por su elocuencia y distinguido en las bellas letras, era tal vez Pánfilo de origen pagano. Hizo sus estudios en su ciudad natal; repentinamente había resuelto no pensar sino en Cristo; salió para Alejandría de Egipto y de allí para Cesarea de Palestina, en donde recibió la dignidad sacerdotal. En esta última ciudad fijó su residencia y fundó una «academia» cristiana, o bien, si se prefiere, un centro de estudios superiores de religión. Su valiosa biblioteca reunía numerosos manuscritos, muchos de los cuales eran de su propio puño y letra, en particular las obras de Orígenes, el gran apologista, hacia quien profesaba una admiración demasiado ciega.

Entre los discípulos más queridos de Pánfilo se contaba Eusebio, que más tarde debía ser obispo de Cesarea; conócesele como exegeta, teólogo y apologista, pero sobre todo como historiador de los tres primeros siglos de la Iglesia y de las persecuciones que en esta época sufrieron los cristianos. Su testimonio nos es muy precioso, pues describe lo que vió y gracias a él conocemos las circunstancias de la muerte de Edesio, su hermano, *Pánfilo* y sus compañeros y tantos otros que fueron martirizados a principios del siglo IV.

LA PERSECUCIÓN EN CESAREA. — SAN EDESIO, CONDENADO A LAS MINAS

A la cruel persecución que Diocleciano había hecho sufrir a los cristianos, siguióse un período de calma relativa, período corto para los cristianos de Oriente, pues Maximino Daia, a quien San Jerónimo llama «el más cruel de todos los perseguidores», desencadenó en 305, en las regiones sometidas a su poder, la persecución más dura y sangrienta.

Edesio fué uno de los primeros detenidos. Varias veces hubo de comparecer ante los magistrados, ante los cuales dió testimonio de la religión cristiana.

Pasó varios meses en la cárcel, al cabo de los cuales fué condenado al suplicio de las minas, *ad metalla,* término que aparece con frecuencia en los martirologios de esta época. La mina a que Edesio fué destinado para cumplir su condena se encontraba en Faino o Funon, ciudad de la Idumea, más tarde pequeña población situada en el desierto entre Petra y Soar. En el libro de los Números es mencionado este lugar como una de las etapas de los hijos de Israel a través del desierto. Hoy es el Khirbet-Ferran, que se encuentra en la depresión de la Araba, entre el mar Muerto y el golfo de Akaba. La mina de Funon era tan insana que, según el testimonio de un autor antiguo, cualquier hombre que en ella trabajase no podría sobrevivir más que breves días.

Montones de escorias, que aun hoy día se ven, atestiguan que allí existió una importante instalación industrial. En este mortífero clima, bajo un sol de fuego o en las galerías húmedas y nauseabundas de las minas, fué donde el animoso Edesio, en compañía de hombres y mujeres de toda edad y condición, debía arrancar el cobre con el pico. Conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, que bajo la dirección de San Pánfilo había aprendido, no le sería difícil a Edesio recordar que allí mismo fué donde Moisés en otro tiempo levantó la serpiente de bronce, figura del verdadero Redentor en el Calvario.

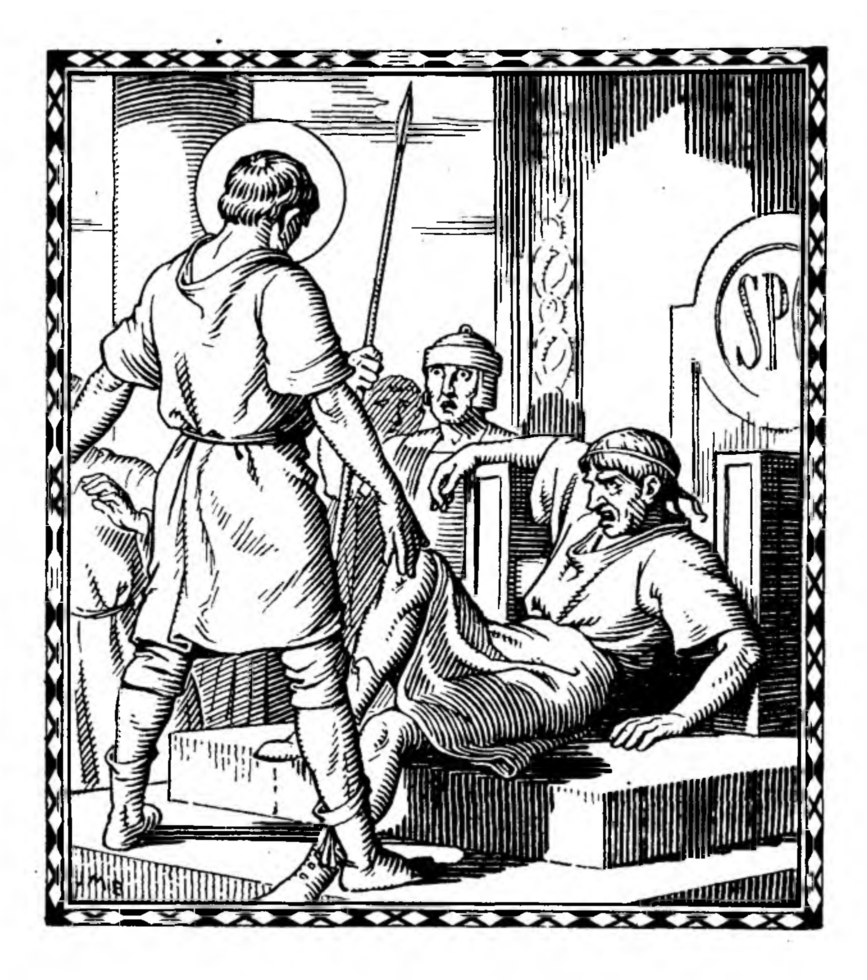
La corta amnistía concedida por Maximino permitió a Edesio salir de las minas. Al reanudarse la persecución, a principios del año 306, vivía en Alejandría de Egipto, siempre ataviado con el manto de filósofo, símbolo de su profesión.

«Tal vez, a pesar de los nuevos edictos, hubiera pasado inadvertido entre la multitud de los letrados, si su alma, ardiente como la de su hermano y por eso mismo incapaz de dominar una generosa indignación, no le hubiese forzado a declararse.»

SUPLICIO Y MUERTE DE SAN ANFIANO

ANFIANO había quedado en Cesarea. El cerco de violencia ejercido alrededor de los cristianos se iba estrechando más y más: todos los habitantes de la ciudad estaban obligados a acudir al templo y sacrificar a los ídolos; para evitar posibles abstenciones, el gobernador, llamado Urbano, había ordenado proceder al llamamiento nominal de todos: hombres, mujeres y niños.

Anfiano, con su natural ardiente, no pudo soportar tamaña medida de coacción. Un día en que el gobernador había ido ante el altar de los dioses para sacrificar, Anfiano, rompiendo la fila de soldados que al gobernador daban escolta, llegó junto a él, cogióle la mano derecha que tenía en actitud



LLENO *de santo celo, San Edesio sube al estrado y, con obras y palabras, cubre de vergüenza a Hierocles. Le abofetea, le derriba y le increpa porque ordena castigos crueles y vergonzosos contra los cuales claman no sólo las leyes divinas, sino las de la misma naturaleza humana.*

de gesto ritual y, tomando la palabra, con suave firmeza invitó al funcionario imperial a renunciar al paganismo, es decir, al culto de los demonios.

Tal audacia fué pronto seguida del correspondiente castigo. En el acto fué detenido, golpeado brutalmente, como en semejante caso lo es siempre cualquier manifestante cuando la multitud ve que no es de temer ninguna represión. El cuerpo del valiente cristiano quedó cubierto de contusiones y de llagas, siendo luego encarcelado.

Dos días después trataron de inducirle, primero por la persuasión, luego por amenazas y por fin por los tormentos más espantosos, a sacrificar a los ídolos, cosa que implicaba la condenación de su acto. Tiempo perdido; ni los más atroces dolores, ni el desgarramiento que le hicieron sufrir hasta descubrir los huesos y entrañas pudieron vencer su constancia. Los fuertes azotes que le dieron en la cabeza y el rostro le desfiguraron de tal modo, que no era posible reconocerle.

Entre padecimientos sin cuento, repetía continuamente:

—¡Soy cristiano! ¡Soy siervo de Cristo!

Jadeante y palpitando de emoción por los atroces dolores, le volvieron a la cárcel, de la cual no salió sino para comparecer ante el magistrado, que a todo trance buscaba la apostasía del valiente atleta de Cristo. Asistido por la gracia de Dios, Anfiano sufrió cuantos tormentos pudo inventar la crueldad y rabia del prefecto, y seguía rehusando enérgicamente todas las insinuaciones del tirano, por lo que éste, cansado de tanto valor y constancia, le condenó a ser arrojado al mar.

«Aconteció entonces —dice Eusebio— lo que parece increíble a los que no lo hayan visto. Yo, empero, no lo puedo ocultar al conocimiento de la posteridad, porque casi todos los habitantes de Cesarea fueron testigos del milagro. En verdad que ningún siglo ha visto igual prodigio.

»Cuando los verdugos hubieron arrojado al mar a este santo y bienaventurado joven —que era a su entender arrojarlo a los abismos—, sobrevino tal movimiento y tal estruendo que se alborotó no sólo el mar sino juntamente el cielo y la tierra, en forma tal que la ciudad toda sintió la conmoción y parecía iba a reducirse a escombros. En el mismo momento de este súbito y portentoso temblor de tierra, vióse flotando apacible sobre las aguas el cuerpo del santo mártir, que las olas no podían guardar y fueron a depositarlo tranquilamente a las puertas mismas de Cesarea.

»Tan pronto como el prodigio se supo en la ciudad, todos sus habitantes, hombres y mujeres, ancianos y niños corrieron ante la puerta para ser testigos del espectáculo. Y, al ver el cuerpo de San Anfiano, la muchedumbre toda proclamaba y alababa al único Dios de los cristianos.

Esto sucedió el día 2, o a lo que más parece el 5 de abril del año 306. Su fiesta se celebra el primero de esos días.

EL PREFECTO HIEROCLES

SAN Anfiano debía preceder por poco tiempo a su hermano Edesio en la entrada a la mansión de los bienaventurados, pues los dos hermanos tenían tan igual el carácter, el ardor por el bien y el deseo de obrar, según la expresión del Apóstol, «oportuna» o «importunamente» —al menos a los ojos de los hombres—, para que, si las circunstancias eran las mismas, no les deparasen una muerte semejante.

Egipto estaba a la sazón sometido al mando de un personaje extraordinariamente peligroso y perverso llamado Hierocles. Este pagano conocía tan bien las Sagradas Escrituras, que Lactancio, preceptor del hijo de Constantino y autor de un célebre tratado *Sobre la muerte de los perseguidores,* se preguntaba si Hierocles no habría sido cristiano en su juventud. Posible sería ello, pues la Iglesia no tiene enemigos más encarnizados que los apóstatas.

Como quiera que sea, Hierocles, antes de recibir de Roma, el año 305, el título y las funciones de «prefecto», había sido sucesivamente gobernador de la provincia de Fenicia, a la sazón muy industrial, con residencia en Palmira; después, el año 303, prefecto de Bitinia, al noroeste del Asia Menor, con residencia en Nicomedia. Estaba dotado de aptitudes literarias que ponía al servicio del error, pues publicó obras contra Cristo y la religión cristiana; en 303, mientras estaba en Nicomedia, dió a luz un tratado en el cual establecía un paralelo entre la vida y milagros de Nuestro Señor y la biografía legendaria del hechicero pitagórico Apolonio de Tiana. En esta obra, que se titula *Discurso inspirado por la verdad, dirigido a los cristianos,* afirmaba la superioridad de Apolonio sobre Jesucristo, declarando que los sortilegios y supercherías del mago eran más notables que los milagros del Hijo de Dios.

Tres hombres se levantaron para refutar con pluma magistral los sofismas de este impostor: Eusebio, Arnobio y su discípulo Lactancio.

Sospéchase, en efecto, con gran probabilidad de acierto, que este mismo autor es el que Lactancio zahiere ocasionalmente en una página de sus *Instituciones,* cuando habla de un filósofo «tan humano en su lenguaje» que escogía para calumniar a los cristianos el momento en que la sanguinaria persecución de Diocleciano y Maximiano se desencadenaba contra ellos con más furor, como si no hubiese bastado quitarles la vida, sin robarles también el honor.

En la obra *Los Mártires del Cristianismo* leemos un pasaje notable sobre este triste personaje. En labios del joven Eudoro pone el autor los siguientes conceptos:

«...Es uno de esos hombres que las revoluciones llevan al consejo de los grandes, a quienes sirven mucho por una especie de talento para los negocios vulgares y por cierta facilidad poco deseable para hablar de repente

sobre cualquier asunto. Sospéchase que Hierocles, griego de origen, fué cristiano en su juventud, pero el orgullo de las letras humanas emponzoñó su entendimiento y le precipitó en las sectas filosóficas. No se aprecia en él ningún vestigio de su primitiva religión, si no es en aquella especie de delirio y de rabia que experimenta con sólo oír el nombre de Dios, al que ha renunciado. Ha tomado el lenguaje hipócrita y la afectación de la escuela sediciente sabia. Las palabras libertad, virtud, ciencia, progreso de las luces, felicidad del género humano, salen incesantemente de su boca. Pero este Bruto es un vil cortesano; este Catón está devorado por pasiones vergonzosas; este apóstol de la tolerancia es el más intolerante de los mortales y este adorador de la humanidad es su más sanguinario perseguidor. Constantino le odia y Diocleciano le teme y desprecia, pero ha sabido granjearse la íntima confianza de Galerio. No tiene otro rival junto a ese príncipe sino Publio, prefecto de Roma. Hierocles hace tentativas para emponzoñar el entendimiento del desgraciado César y ofrece al mundo el espectáculo repugnante de un pretendido sabio que, en nombre de las luces, corrompe a un hombre que reina sobre los hombres.»

Si Heriocles se hubiera limitado a combatir la religión cristiana por sus escritos, las réplicas hábiles que provocaban podían haber atenuado el mal, a lo menos en cierta medida; pero la pluma no satisfacía su odio; para intentar la desaparición de los cristianos del país sometido a su autoridad recurrió a la violencia. Consejero del emperador, contribuyó con sus malignas insinuaciones a desencadenar la persecución; encubierto por los edictos imperiales, su odio podía encontrar en qué saciarse: no se privó de tan abominable satisfacción.

PRUEBAS INFLIGIDAS A LAS MUJERES CRISTIANAS. — MODO COMO EDESIO LAS VINDICA. — SU MUERTE

NADIE extrañará ver a Hierocles echar mano de los suplicios más crueles. Mucho peor aún; acudió a la abominación de entregar a las mujeres casadas más respetables y a las vírgenes santas de Dios a hombres corrompidos, para exponerlas a los ultrajes más vergonzosos. Esta clase de suplicio, mil veces peor que la muerte, era por otra parte legal entre los romanos paganos, llegados al ínfimo grado de abyección moral.

A los ojos del joven Edesio, estos hechos ignominiosos aparecieron intolerables y, en un movimiento de indignación —muy natural y que no pudo despertar la más pequeña censura— se abalanzó sobre el infame magistrado.

«Lleno de celo divino —dice el historiador Eusebio— se adelanta y, uniendo el gesto a la palabra, cubre de vergüenza a Hierocles, abofetéale el

rostro, hácele caer de espaldas, le golpea y le advierte que no debe emplear más esos procedimientos contra naturaleza con los servidores de Dios.»

Este hecho era más que suficiente para incurrir en pena de muerte. Detenido y encarcelado, soportó con igual imperturbable constancia los numerosos tormentos a que le sometieron para castigar su valentía.

Por último, como a su hermano, le arrojaron al mar, alcanzando así la palma de los mártires, el mismo mes que San Anfiano, probablemente el 8 de abril del año 306. En esta fecha se halla su nombre en el Martirologio.

LA SANTIDAD EN EL DESIERTO DE PALESTINA

AL fin del mismo año 306, que vió morir en Palestina y Oriente a numerosos mártires, tuvo lugar un acontecimiento de poca importancia en sí mismo, pero muy fecundo en frutos de santidad. Hilarión de Gaga, de edad de quince años, abandona las escuelas de Alejandría, va a pasar dos meses junto a San Antonio, y se retira después al desierto de su país. Cincuenta años antes, Pablo de Tebas, huyendo de la persecución de Decio, había inaugurado la vida eremítica en las soledades de la Tebaida; Hilarión, huyendo de la persecución de Diocleciano, introducirá ese género de vida en las soledades de Palestina. Los desiertos de Judea, al igual que los de Egipto, van a florecer.

Los perseguidores, muy a pesar suyo, poblaban el cielo de mártires y la tierra de anacoretas. Siete años más tarde el triunfo de Constantino tendrá por consecuencia la pacificación de la Iglesia, y la religión de Cristo, regada por la sangre de los mártires derramada por los perseguidores, va a mostrarnos una nueva y maravillosa floración.

SANTORAL

Santos **Edesio y Anfiano, hermanos mártires;** *Alberto, patriarca de Jerusalén; Dionisio, obispo de Corinto; Perpetuo, obispo de Tours;* Bademo, abad y mártir en Persia; Gualtero, abad; Genaro, mártir en África; Juan, mártir en Tesalia; Herodión, Asincrito y Flegonte, mencionados por San Pablo en su epístola a los romanos; Redento, obispo en Toscana; Amancio, obispo y confesor, en Como; el Beato Juan de Orgañá, abad premonstratense del monasterio de Bellpuig de Avellanas (Lérida), y el Beato Julián de San Agustín, lego franciscano de la Observancia. Santas Máxima y Macaria, mártires en África, y Concesa, en Cartago.

SAN ALBERTO, patriarca de Jerusalén. — Nació en la diócesis de Parma, de familia noble, que le educó en la piedad y en la ciencia, en las que adquirió gran reputación. Vistió el hábito de canónigo regular de San Agustín en el convento de Mortura, donde ejerció el cargo de abad, siendo muy joven. Después fué elegido obispo de Bobbio y posteriormente ocupó la sede episcopal de Vercelli, por orden del Sumo Pontífice. Llevó siempre vida penitente y dada a la oración, y no cesaba de dar limosnas a los pobres y de predicar al pueblo, que le miraba con respeto y cariño de hijo. Tenía una gracia especial para dirimir contiendas y establecer la paz entre los litigantes. En 1204 el Papa le nombró patriarca de Jerusalén; obedeció con gusto, pensando en las ocasiones que se le ofrecerían de sufrir persecución y tormentos. Estableció las Reglas de la Orden Carmelitana y fué llamado al Occidente, por Inocencio III, para que asistiera al Concilio general Lateranense, celebrado en 1215. Pero no lo logró, pues a causa de su activísimo celo porque cesaran en su diócesis los escándalos públicos, uno de los grandes pecadores por él amonestados, lleno de cólera, penetró por entre la filas de eclesiásticos que rodeaban al Prelado en la procesión de la Santa Cruz, el día de la Exaltación, y asestó al santo Patriarca un mortífero golpe que acabó con la vida terrenal de Alberto, pero le abrió las puertas de la vida eterna. Era el 14 de septiembre de 1214, en la iglesia de San Juan de Acre.

SAN DIONISIO, obispo de Corinto. — Fué uno de los más ilustres prelados y esclarecidos varones del siglo II. Poseía las condiciones necesarias a todo pastor de unos tiempos en que había que atraer a los paganos y herejes al seno de la verdad: celo extraordinario, erudición notable y completo dominio de la palabra. Todo ello lo empleó Dionisio en bien de sus diocesanos, y de otros de lejanos países, a quienes escribió varias epístolas, muy famosas. En una exhorta a la paz y concordia, en otra se lamenta del descuido en la práctica de la religión y excita a los atenienses a que lleven una vida conforme en todo con el Evangelio; en las restantes trata diversos puntos doctrinales y combate las herejías de Marción y de los montanistas. Dió ejemplo de todas las virtudes y brilló en él gran espíritu de sabiduría y prudencia. Acabó pacíficamente sus días el 8 de abril del año 180, según los menologios griegos.

SAN PERPETUO, obispo y confesor. — Como heredero de rica y noble familia, poseía cuantiosas riquezas que empleó desde muy pronto para socorrer a los pobres y ayudar a la Iglesia. Por su generosidad, celo y demás virtudes mereció ser elevado a la dignidad episcopal y ocupó la sede de Tours, después de San Graciano. Durante treinta años —de 461 a 491— trabajó con celo y eficacia en la porción de la viña del Señor a él encomendada. Reunió frecuentes Sínodos, en los que se aprobaron muchas y sabias reglas para andar por el camino de la virtud. Su amor a los pobres llegó a tanto, que unos quince o dieciséis años antes de su muerte hizo testamento en favor de ellos y les cedía la mayor parte de sus inmensas riquezas. Su celo se vió correspondido por el fervor del clero y la piedad de sus diocesanos.


Ermita de la Santa Flores de virginidad. Sello musulmán

DIA 9 DE ABRIL

SANTA CASILDA

VIRGEN (1040? - 1074)

HACIA mediados del siglo XI, mientras los príncipes cristianos del norte de la Península Ibérica proseguían constantes la magna empresa que debía culminar con la reconquista de España, vivía en Toledo un rey agareno, llamado Almamún, en quien parecía haberse concentrado todo el odio musulmán contra los siervos de Cristo. Practicaba a la letra el mandato de su Profeta: «Combatid a los infieles —esto es, a los cristianos— con guerras de religión y matadlos dondequiera que los halléis. El paraíso se encuentra a la sombra de las espadas».

Como guerrero intrépido y sagaz, complacíase este príncipe en agredir y perseguir de muerte, hasta el punto de que sólo su nombre infundía a todos muy fundado terror y espanto. De ordinario aplicaba prolijos tormentos en sombrías mazmorras a sus prisioneros, los cuales sufrían como fin y remate muerte segura.

Toledo, la antigua capital de los reyes visigodos, ofrecía por aquel entonces extraño y doloroso contraste: Casas y palacios de increíble lujo y esplendor, asiento de placeres sin cuento, y mazmorras en las que, privados de luz y de aire, yacían hacinados centenares de infelices que se morían de miseria y consunción.

Pero la Providencia no se olvidaba de los suyos, y así, en el decurso de su angustioso martirio, les deparaba de cuando en cuando delicados consuelos.

Tenía Almamún una hija llamada Casilda, verdadero ángel de pureza y de caridad que, desde la más tierna edad, por gracia singular del cielo, se vió libre de los errores y de la corrupción del paganismo, entregándose a las prácticas de una vida edificante y virtuosa, conforme a las luces que había recibido.

Empero, ¿cómo se explica que sin estar bautizada y viviendo en un ambiente pagano, rodeada de funestísimos ejemplos, pudiera albergar en su corazón tales deseos de perfección? Secreto es del Altísimo que, para edificación de los cristianos y conversión de los infieles, hace crecer, sobre tallo degenerado o sobre árbol silvestre, esta flor de admirable hermosura y pureza.

SOLICITUD CON LOS CAUTIVOS

IENSIBLE a los placeres carnales, que eran insaciable delicia de los yos, Casilda expiaba con piedad y virtud las crueldades que su padre metía con los cristianos.

El Espíritu Santo obraba de modo admirable en ella; ante todo cobró repulsión a la lectura del Corán, en el que para su sentir no hallaba del verdadero Dios sino una noción vaga e incompleta. Poco a poco vino en conocimiento de Jesucristo, y con él creció en su alma el amor a su persona divina. De natural tierno y compasivo, sentía conmovérsele el corazón ante cualquier miseria, hasta el punto de que no podía ver padecer a nadie sin derramar lágrimas de ternura.

La divina gracia, infusa en su alma, acrecentaba y perfeccionaba esa natural compasión e inducía a la noble joven a visitar con frecuencia a los cautivos indigentes y a aliviarlos en cuanto de ella dependía. Interesábanla sobre todo las penalidades que sufrían los cautivos cristianos, condenados unos en el palacio de su padre a los más penosos trabajos, y recluídos otros en las mazmorras que la ferocidad agarena tenía siempre preparadas para los defensores de la fe. Eran éstas muchas y sólo momentáneamente se desocupaban cuando sus habitantes alcanzaban la corona del martirio en las horribles matanzas con que los mahometanos desahogaban su saña contra la religión verdadera, o cuando vengaban en seres indefensos las derrotas que hacían sufrir a la morisma las armas cristianas. Casilda veía con horror aquellas matanzas y de este sentimiento nacía en ella una profunda aversión a las doctrinas de una religión que tan bárbaras crueldades ordenaba. ¿Quién hubiera dicho que Casilda era la hija del rey moro? ¿No era más bien una sombra celeste que, a espaldas de su padre, recorría los oscuros calabozos para hacer brillar en ellos un rayo de esperanza y para derramar caridades?

Pero la discreción con que practicaba estos actos de sublime misericordia no pudo impedir, dados los muchos ojos que están siempre fijos en las personas de elevada alcurnia, que algún oficial de palacio sorprendiera sus caritativas excursiones y de ellas diera noticia al rey agareno, que quiso por sí mismo comprobar la veracidad de la delación.

EL MILAGRO DE LAS ROSAS

UN día en que, según costumbre, salía del palacio para llegarse hasta los subterráneos donde gemían las víctimas del rey y llevarles algún alimento, Casilda encontróse con aquel hombre despiadado, que se había ocultado en un sitio por donde forzosamente había de pasar su hija. hija. La preciada carga se esconde apenas entre los pliegues de su manto. ¿Qué dirá? ¿Cómo se librará de las importunas pesquisas de su padre? Éste, con voz imperiosa y con la cólera retratada en el semblante, le pregunta:

—¿Qué ocultas de ese modo bajo tu manto?

—Rosas, señor —responde humildemente, pero con toda naturalidad, la tierna doncella.

Y en rosas efectivamente se convirtieron los alimentos —por milagro grandísimo que Dios obró para librar a su sierva de las iras del cruel padre, para dar al mismo tiempo un elocuente testimonio de la santidad de Casilda— cuando ésta, ante el mandato imperioso del rey agareno, descubrió lo que bajo el manto llevaba.

Sobrecogido de pasmo, el padre se da cuenta al momento de que le han llevado mensajes falsos y cuentos malévolos de su hija. Cálmase su enojo, confiesa que se ha equivocado y deja a Casilda que siga su camino.

La joven llega a los calabozos de los cristianos, y allí, por nuevo prodigio, lo que hace poco tenía aspecto de rosas, es distribuído a los hambrientos cautivos bajo la forma de reconfortantes manjares. Mientras la joven doncella va y viene prodigando sus atenciones a los valientes confesores, les refiere con toda sencillez el milagro que acaba de obrarse y todos juntos dan fervientes acciones de gracias al cielo, que tan visiblemente les ha protegido.

Casilda quedaba admirada al contemplar el valor sereno, sufrido y resignado de los cristianos, y en su alma bondadosa no podía menos de hallar un eco simpático la sublime abnegación con que aquéllos sufrían toda clase de tormentos por amor a un Dios muerto por redimirnos. Con frecuencia se decía que una religión que tan virtuosos seres engendraba, debía ser la única verdadera; y falsa, por consiguiente, la que le obligaba a profesar su padre. En sus ocultas visitas a los cautivos, procuraba informarse de todo lo que concernía al culto cristiano, mas como los momentos que podía pasar al

lado de aquellos desgraciados eran contados, las enseñanzas que en este punto recibía eran muy incompletas.

De aquí su deseo de poder hablar con algún sacerdote cristiano para que la instruyera en los misterios de nuestra religión y la admitiese en su seno administrándole el sacramento del Bautismo, del que había oído hablar a los cautivos como remedio soberanamente eficaz para sanar todas las dolencias del alma. Pero esto era casi imposible mientras viviera en el palacio de su padre, rodeada de fanáticos musulmanes que la hubieran degollado si sospecharan, no más, que sentía alguna inclinación a los cristianos en vez de odio y desdeñoso desprecio, como todo buen moro.

Ante semejante imposibilidad, Casilda se entregó con más celo todavía a las obras de caridad; oraba mucho e invocaba con palabras de sentido afecto a la Virgen María —de quien le habían hablado los cristianos— pidiéndole que iluminara las tinieblas de su espíritu para conocer y amar al Dios de los cristianos o le procurase los medios de instruirse en la religión verdadera, que deseaba abrazar y practicar.

ENFERMEDAD DE CASILDA Y CURACIÓN MILAGROSA

La Virgen Santísima escuchó las plegarias de aquella alma sencilla procurándole por modo extraordinario los medios de realizar sus santos deseos. Aconteció que Casilda comenzó a sentirse enferma, sin que los médicos que la asistían hallasen remedio a su mal, a pesar de los cuidados que le prodigaban con el derroche de medios que permitía la regia estirpe de la paciente.

Consumíase ésta lentamente, cuando cierto día llegó a sus oídos —hay quien dice que por divina revelación— la nueva de que a pocas leguas de Burgos y cerca de Briviesca, existían unas aguas, conocidas con el nombre de «baños de San Vicente», de grande eficacia para el mal que padecía.

Casilda comunicó a su padre aquella noticia para ella tan consoladora, espiritual y materialmente; pues el territorio donde se hallaban tan salutíferas aguas estaba dominado por los cristianos y, por lo tanto, al mismo tiempo que su cuerpo, podría sanar su alma con las aguas mil veces más saludables del Bautismo que con tantas ansias deseaba recibir.

Pero precisamente la circunstancia de hallarse las aguas de San Vicente en tierra de cristianos, que era para nuestra Santa causa de gran alegría, lo era de contratiempo no menor para su padre, que, a fuer de musulmán fanático, por nada del mundo quería que su hija se pusiera en contacto con los que él tenía por infieles.

En esta oposición de deseos del padre y de la hija se iba pasando el tiempo y, mientras tanto, Casilda iba empeorando de tal modo, que al fin



CUENTA *la tradición que al pasar Santa Casilda por un puente se atraviesa el demonio en forma de horrible dragón que, la quiere precipitar al fondo del río. En aquel momento aparece el ángel de la Santa que pone al espíritu infernal en fuga ante la admiración de todos.*

el rey moro —que, a pesar de su natural duro y violento, amaba apasionadamente a su hija— se decidió a reunir su consejo para plantear en él la cuestión de si, en vista del estado casi desesperado de la princesa, permitirían las leyes de Mahoma que Casilda fuese a vivir entre cristianos.

La respuesta del consejo fué afirmativa y declaró «que se debían apurar todos los medios para salvar la vida de la enferma».

Ante un parecer tan unánime el padre ya no titubeó y desde aquel instante ordenó providencias para llevar a cabo el viaje. Al efecto, solicitó la alianza del rey don Fernando I de Castilla para que diera buena acogida a sus emisarios y a su querida hija. Y aun se dice que, para conciliarse sus simpatías y su benevolencia, amansó su trato cruel y consintió en dar libertad a los cristianos cautivos. Dispuestas así las cosas, Casilda partió llena de confianza. Refiere uno de sus hagiógrafos que, al atravesar un puente, el cortejo topó con un demonio en forma de horrible dragón que quiso espantar el caballo de la princesa para precipitarla en el río; pero de repente —añade— el ángel custodio de Casilda se plantó con ademán terrible delante del demonio, que huyó y no se le vió más.

Al llegar a Burgos, la joven fué muy bien recibida y con mucho honor tratada por el rey don Fernando y conducida con buena escolta a los «baños de San Vicente», donde se bañó y recobró en seguida la salud perdida.

BAUTISMO Y MUERTE DE SANTA CASILDA

EL reino de Castilla la Vieja, del cual Burgos es capital, fué uno de los primeros que sacudieron la dominación sarracena. Casilda respiraba a gusto en este país de fe católica, pues al par que la salud halló el ambiente cristiano por el que tanto suspiraba. Finalmente llegó el día de ser admitida en el seno de la Iglesia por la recepción del santo Bautismo, pudiendo en adelante vivir su verdadera vida. Dicho sacramento le fué conferido en un santuario próximo a los lagos y situado en la cima de escarpada roca, dedicado a San Vicente, célebre mártir del siglo IV. Con ella recibió también el Bautismo el numeroso séquito de servidores convertidos al cristianismo por la virtud de su ejemplo y de sus exhortaciones.

Desde aquel instante tenía necesariamente que renunciar al hogar paterno y a vivir en país de infieles. Enamorada, por otra parte, de los atractivos del divino Esposo, resolvió consagrarse a él por completo y, habiéndose retirado a la cumbre de la roca que domina los lagos, allí vivió santamente obrando numerosos milagros. La Iglesia de Burgos fija la fecha de su muerte en 9 de abril del año 1074.

A este relato sucinto de los últimos años de Casilda, agrega un biógrafo

otras circunstancias maravillosas, algunas de las cuales confinan tal vez con la leyenda, pero son pruebas y demostraciones de la poderosa intercesión atribuída a la Santa y de la eficacia de su poder.

Quedóse únicamente con dos doncellas y algunos servidores, a los que encargó la construcción de una casita y un oratorio que deseaba levantar a orillas del lago donde recobró la salud milagrosamente.

Varias veces intentó llevar a cabo su propósito y no lo consiguió, pues la obra que los esclavos levantaban de día al pie de la montaña, era trasladada de noche, tal y como estaba, a la cima del monte por manos invisibles, que no podían ser otras que las de los ángeles. La virgen entendió entonces que debía edificar su oratorio en la cúspide de la roca, no lejos del lugar de su bautismo, y no resistió a los deseos del cielo.

Su ángel de la guarda le advirtió que pronto había de morir. Casilda recibió tan grata nueva con manifiesta alegría, y, estando a punto de dejar este valle de lágrimas, pidió a Dios como suprema gracia que otorgara, a cuantos lo solicitaran por los méritos de su indigna sierva, la curación de sus dolencias y en especial el flujo de sangre, enfermedad que ella había padecido.

Al exhalar el último suspiro, las campanas de la iglesia de San Vicente se echaron a vuelo solas para celebrar el glorioso natalicio de esta Santa en el cielo.

GUIRNALDA DE MILAGROS

ALONSO Díez de Lerma, protonotario apostólico, canónigo de Burgos, arcipreste de Rojas y rector de la iglesia de Briviesca dedicada por la piedad de los fieles a Santa Casilda, publicó en 1553 el relato de la vida de la Santa, con el atestado de veintitrés milagros, escogidos—según declara—entre la profusión de los que andaban en boga por aquel entonces. Y, al hacerlo, cumplía un acto de devoción y pagaba una deuda de gratitud, pues él mismo era deudor a la Santa, desde el 14 de julio de 1547, de la curación de un achaque muy doloroso, cuyo relato incluye en su obra.

Nada mejor podemos hacer, pues, que respigar en campo tan abundante.

La mayoría de los casos que reseña se refieren a personas acometidas de hemorragias de índole muy diversa y que, desahuciadas por los médicos, consiguieron la curación yendo en romería al sepulcro de la Santa. Entre ellas cita el autor la de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, gravemente enferma y repentinamente curada. Como prenda de veneración y gratitud a su bienhechora, le envió su manto real tejido todo él de oro, y 500 ducados, además, para la confección de ornamentos sagrados, dejando encargado a su condestable que se cuidase en persona de la ejecución de sus órdenes.

Contaremos otro milagro que debió tener gran resonancia, puesto que con remontarse al año 1121, corría de boca en boca cual si fuera reciente:

No lejos de la ermita de Santa Casilda moraba un señor avaro y cruel que abrumaba a sus vasallos con pesadas cargas. Los que no podían pagar el censo exagerado eran condenados a andar descalzos por entre espinas. Indignadas por el bárbaro tratamiento que habían de sufrir sus maridos, las mujeres de Briviesca se congregaron una noche en el oratorio de la Santa suplicándole que pusiese remedio a su triste situación, y, en aquella misma noche, el usurero fué arrebatado de muerte súbita, con gran alivio de cuantos sufrían sus malos tratos.

A veces los favorecidos son cristianos cautivos de los moros, cuyas cadenas se rompen, recobrando la libertad tras fervorosa invocación a la santa hija de los reyes moros. En otras circunstancias Santa Casilda despacha favorablemente las plegarias de poblaciones vecinas a su sepulcro, que acuden allí pidiendo lluvia, el cese de una epidemia u otro cualquier favor temporal.

Preserva de muerte casi segura a hombres, niños y aun animales, que la mala fortuna tira desde lo alto de la peña sumamente abrupta en que su oratorio se alza, o que se hallan a punto de anegarse en los lagos de San Vicente. El hecho aludido ocurrió sobre todo el 6 de enero de 1146, en favor de María de Novilla que cortaba ramas de encina en la cresta del cerro.

Pero el milagro con más minuciosidad relatado es la curación alcanzada en mayo de 1550 por un sastre de Burgos, llamado Sebastián de Salinas. Vióse acometido de terribles vómitos de sangre que duraron del 4 al 16 de mayo; los médicos juzgaron el caso gravísimo. Un amigo suyo, Juan de Rota, pintor, exhortó al paciente a invocar con confianza a Santa Casilda. A ruegos de Sebastián, partió su amigo a visitar al rector de la iglesia—don Alonso, el propio autor del relato—para que le dejase traer una reliquia de la Santa. El rector le entregó lo que halló a mano: la llave de la urna de las reliquias de la Santa. El enfermo recibió este objeto con devoción, lo besó y se lo colgó al cuello: la curación fué instantánea. En agradecimiento, Sebastián hizo a pie el viaje al santuario de Santa Casilda con una cadena en los pies y prometió llevar por espacio de un año un brazalete de hierro, para dar testimonio de la esclavitud que de allí en adelante profesaba a su bienhechora.

Refirióse este milagro al condestable de Castilla, el cual, tras detenido informe del suceso, que quedó plenamente confirmado, rogó al deán del Cabildo de Burgos que organizara en la capital de Castilla una gran procesión, en la cual fuera llevada en triunfo la imagen de la Santa. Celebróse, en efecto, el 29 de junio, festividad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, asistiendo el propio condestable y su consorte doña Juliana Ángela de Aragón y Uco. Ambos esposos hicieron a la Santa ricos regalos, particularmente en telas de oro y seda, aparte de un cáliz dorado.

EL SANTUARIO DE SANTA CASILDA. — CULTO A LA SANTA

EL peregrino que hasta hace pocos años acudía a visitar el popular santuario de Santa Casilda, emprendía la peregrinación en Briviesca y subía por las agrias cuestas que conducen a las alturas de Betayo. Desde Salinas ya se descubre la cruz del campanario y poco después el modesto edificio.

Picos agudos, hondas concavidades, despeñaderos, rudas laderas, horizonte estrecho, páramos estériles, mármoles bastos, grietas calizas, vetas de hierro; grupos de informes rocas, estrechando los valles; montañas canosas apíñanse sobre estas alturas de Castilla, cada una de las cuales parece presidir las pequeñas mesetas de los prados. Levantan sus marmóreas cabezas, enseñan sus estériles vientres, sus pechos secos, sus brazos monstruosos, diciendo: ¡Silencio, soledad, contemplación!

¿Y cómo tú, modesto santuario, no has caído al ariete de las anarquías? ¿Quién te ampara? El pueblo devoto.

En el pequeño santuario no se ostentan precisamente las ricas obras de las artes sino las de la piedad. Consérvanse en él la urna cineraria y los restos del vestido plateado con que se engalanó en su última hora la princesa de Toledo, el lienzo de su ropa interior y sus preciosos cabellos castaños.

El culto a Santa Casilda se conserva ferviente a través de los siglos en los pueblos de Castilla y regiones limítrofes. El 9 de abril día de su fiesta, el martes de Pascua y de Pentecostés y en otras solemnidades más, acuden numerosos peregrinos al santuario en donde el Señor se ha complacido manifestar el poder de su sierva.

La iglesia metropolitana de Burgos, en donde se veneran parte de sus reliquias, hace anualmente solemne fiesta en su honor. También Toledo y algunas otras ciudades le tributan culto particular.

SANTORAL

Santos *Acacio,* Marcelo y Hugo, obispos respectivos de Amida, Die y Ruán, y confesores; Demetrio, Conceso e Hilario, mártires en Roma; Eupsiquio, mártir en Capadocia; Prócoro, uno de los setenta y dos discípulos del Señor, obispo de Nicomedia y mártir; los santos Mártires Masilitanos de Marruecos; Madelgario, esposo de Santa Valtrudis y monje; una santa cohorte de judíos, apedreados en Sicilia por confesar la fe en tiempo de Decio; Dotón, abad en las islas Orcadas; doscientos setenta Mártires en Persia en 362. Santas **Casilda, virgen;** siete santas vírgenes y mártires en Sirmio de Panonia; *María Cleofé, parienta de la Virgen; Valtrudis, abadesa.*

SAN ACACIO, obispo. — Acacio era natural de Amida, ciudad de Mesopotamia, a orillas del bíblico Tigris. Sus virtudes y talento le elevaron a la sede episcopal de su ciudad natal. Entre las virtudes que practicó destácase la de la caridad, que fué en él inagotable, y se puso de relieve, sobre todo, en la guerra de Teodosio el Joven contra los persas. El rey de éstos, Varanes V, ordenó una persecución contra los cristianos, que se vieron obligados a huir de sus fronteras. El emperador de Oriente no sólo se negó a la extradición de los cristianos que se refugiaban en sus territorios, sino que declaró la guerra a los persas; fueron éstos derrotados, y gran número de sus prisioneros llevados a Mesopotamia, donde perecían de hambre y necesidad. Pero Acacio vendió cuantos objetos de valor había en las iglesias de su diócesis y atendió, con su importe, a más de siete mil prisioneros, a quienes alimentó y rescató. El rey persa, admirado por la conducta de Acacio, perdonó a los cristianos y no les volvió más a molestar. De vuelta a su sede, fué padre, guía y consuelo de todos. Su muerte, acaecida el 9 de abril, a mediados del siglo v, fué santa, como lo había sido su vida.

SANTA MARÍA CLEOFÉ. — Apenas Jesucristo empezó su predicación, María creyó en él y abrazó su doctrina. Estaba casada con Cleofás, y era parienta de la Madre de Dios. Tuvo cuatro hijos: Santiago el Menor, apóstol; Simeón, obispo de Jerusalén; Judas Tadeo, también apóstol, y José, discípulo del Señor. Fué una de las santas mujeres que siguieron a Cristo hasta el Calvario, acompañando a la Virgen en la Vía Dolorosa y calle de la Amargura. Cuando los Apóstoles y discípulos del Señor habían huído cobardemente, María Cleofé, sacando fuerza de su debilidad femenina, permaneció firme al pie de la Cruz del Redentor, dando con ello ejemplo de sublime entereza en medio de las pruebas, por duras que sean. Asistió al entierro de Jesús, y, en la mañana del domingo, se unió a María Magdalena y a María Salomé para ir a honrar el cuerpo de su Maestro, sin reparar en las dificultades que podrían presentárseles. Cuando el ángel les anunció que Cristo había resucitado, ella corrió a anunciárselo a los Apóstoles. Se cree que presenció asimismo la Ascensión del Salvador. Dedicó el resto de su vida a obras de piedad, en compañía de María Santísima y de los Apóstoles, hasta que entregó su espíritu al Señor.

SANTA VALTRUDIS, abadesa. — Era hija de padres santos y nobles, descendientes de los reyes merovingios de Austrasia. En todo momento dió pruebas de los nobles sentimientos de su corazón y de la excelsa virtud de su alma. Casó con un noble, digno de ella; educó cristianamente a sus hijos, que entraron en religión. Su marido también se sepultó en el claustro, y ella se hizo construir una celda para vivir apartada del mundo. Mas pronto se convirtió la celda en numeroso monasterio, del que Valtrudis fué elegida abadesa. Tuvo don de milagros. El 9 de abril del 686 subió a recibir la recompensa del cielo.


Gran devoto de la cruz, gran penitente, piadoso peregrino y mártir de la caridad

DÍA 10 DE ABRIL

SAN MACARIO

ARZOBISPO DE ANTIOQUÍA (950? - 1012)

MEDIADO el siglo X nació de una de las más nobles familias de Armenia el que más tarde debía edificar al Oriente y al Occidente con la santidad de su vida y asombrar al mundo entero con sus numerosos milagros.

Sus padres, Miguel y María —ricos en bienes terrenos, pero aun más en los de la gracia—, recibieron como un don del Señor al tierno infante y se apresuraron a purificarle en las aguas regeneradoras del Bautismo.

El pastor de la diócesis era un virtuoso prelado llamado Macario—nombre que en griego significa bienvenido—y a él fué presentado el niño. El patriarca quiso ser su padrino y le impuso su nombre. Siendo ya viejo y achacoso por los trabajos incesantes de un fecundo apostolado, pidió que le confiasen este niño apenas llegara a la edad de estudiar. Miguel y María aceptaron la proposición y regresaron a su morada gozosos, bendiciendo a Dios que así los consolaba en sus últimos días.

Los primeros años del joven Macario fueron humildes, inocentes y puros; se deslizaron en el seno de la familia y en los brazos maternales, donde bebió, en la doble fuente de las lecciones y ejemplos, el gusto a la piedad y a la

virtud. Muy joven aún dejó a sus padres que le dieron su bendición y prudentes consejos.

Su padrino le recibió gozoso, y en poco tiempo, encantado de su dulzura y amabilidad, le tomó el cariño de padre. Los adelantos del discípulo fueron notables, particularmente en el estudio de las Sagradas Escrituras; pero lo que Dios amaba más en él eran su tierna y cándida piedad, su amor a la oración y su ardor en el rezo del Oficio divino. A ejemplo de su anciano maestro aplicábase sobre todo a la meditación de las cosas divinas. Los placeres del mundo le inspiraban un horror extraordinario y su sola ambición consistía en amar a Dios sobre todas las cosas, lo cual movió a su tío a conferirle las sagradas órdenes, elevándole a la dignidad de sacerdote. Apenas se vió en el estado eclesiástico, fué modelo y ejemplar de toda la clerecía. Habiéndole encomendado negocios muy importantes, se portó en todos con tanta edificación y los desempeñó con tanto acierto, que le consideraban ya todos como digno sucesor de su ejemplar arzobispo.

Algunos hacen del joven Macario un monje basilio: ello es posible, ya que la orden de San Basilio, fundada hacia el 362, se extendió rápidamente por todo el Oriente y fué semillero de obispos y religiosos sabios y piadosos.

SAN MACARIO, ARZOBISPO

EL santo anciano no cesaba de bendecir a Dios por haberle dado tal discípulo. De día en día se sentía aproximar a la tumba; pronto tendría que dejar su querido rebaño y quería escoger un digno sucesor. El joven Macario había crecido en edad y en santidad y sobre él recayó la elección del arzobispo. Por orden de éste congregóse el pueblo en el templo; el discípulo, no sospechando nada, acompañó como de costumbre a su venerado maestro; reunidos todos los fieles esperaban en silencio que el pastor tomase la palabra. Hízolo en estos términos:

—Hermanos muy amados en Cristo: ha llegado para mí la hora de volver a Dios, de dejaros en esta tierra; sólo tengo un deseo al morir y es el de daros por pastor un digno ministro de Jesucristo. Vuestra elección es libre y no quiero ejercer con respecto a ella la menor sombra de presión. Con todo, permitid que os recomiende a quien a mi lado ha crecido...

No pudo terminar; el pueblo, que primero lloraba pensando en la separación de su padre, se consoló al pensar le sucedería su discípulo.

—Sí, dadnos a Macario por pastor —exclamaron con voz unánime—; sólo a él queremos.

No fué tan fácil lograr su consentimiento como lo había sido conseguir la aclamación de la clerecía y del pueblo. Cuanto más le deseaban los otros por arzobispo, más indigno se juzgaba él de aquella dignidad; pero, al fin,

habiendo muerto el santo viejo, se vió precisado Macario a rendirse a las disposiciones del cielo. Fué consagrado y colocado en la silla arzobispal con universal aplauso.

Esta dignidad no le enorgulleció; siguió mostrándose sencillo y procurando por sus delicadas atenciones, su mansedumbre y su humildad hacer olvidar la alta dignidad a que le habían elevado y que tanto ofendía a su modestia.

«Dios, cuando creó el corazón del hombre—ha dicho Bossuet—, lo primero que en él puso fué la bondad.» Este es, en efecto, el carácter principal de Macario. Los pobres acudían a él confiadamente y nunca los despedía con las manos vacías; consolaba a los afligidos, curaba todos los dolores con el bálsamo de sus oraciones, apaciguaba las disputas y reconciliaba entre sí a los que antes se odiaban. Brillaban en él todas las virtudes, y se le daba como modelo de prelados.

Devorábale el celo de la casa de Dios. Gustaba de adornar con sus propias manos los templos consagrados al culto y no omitía nada para hacerlos menos indignos del Señor que habitaba en ellos. Predicador incansable, derramaba en las almas la semilla fecunda de la palabra divina, pintaba la virtud con los más seductores colores y hacía crecer en los corazones la caridad, la paz, y demás virtudes cristianas.

Aunque no negaba a su cuerpo el alimento necesario, bajo sus hábitos pontificales llevaba un áspero cilicio y descansaba sobre unas tablas las pocas horas que concedía al sueño. Pero necesitaríamos muy largo espacio, si quisiéramos enumerar las virtudes sacerdotales y pastorales que adornaron el alma de Macario haciendo de él un verdadero ministro de Jesucristo, es decir, la imagen viva de todas las virtudes. Diremos, sin embargo, que cuando rezaba, derramaba lágrimas con tanta abundancia que debía tener siempre a mano un pañuelo para enjugarlas.

La casa del piadoso arzobispo estaba abierta para todos, pero en particular para los enfermos; alimentábalos, procurábales leña para que se calentasen, los socorría con su pan y dinero. Cuanto más desgraciados eran más los amaba y se complacía en llamar a los leprosos «sus amigos». Entre ellos había uno más miserable y más afligido por tan cruel enfermedad, que buscaba desde hacía mucho tiempo un medio para poner fin a sus males; por último, se le ocurrió un feliz pensamiento. Un día, uno de ellos reparó que el santo arzobispo, después de haber derramado abundantes lágrimas ante un Crucifijo, se retiró a su palacio olvidándose de recoger el pañuelo, lo tomó el leproso y, mojado como estaba aún por las lágrimas del Santo, lo aplicó a su ulcerado cuerpo: la lepra desapareció al momento.

Cuantos recibían alguna cosa de manos de Macario, quedaban inmediatamente curados y hasta el agua con que se lavaba las manos tenía la virtud de curar toda clase de enfermedades.

MACARIO SE HACE PEREGRINO

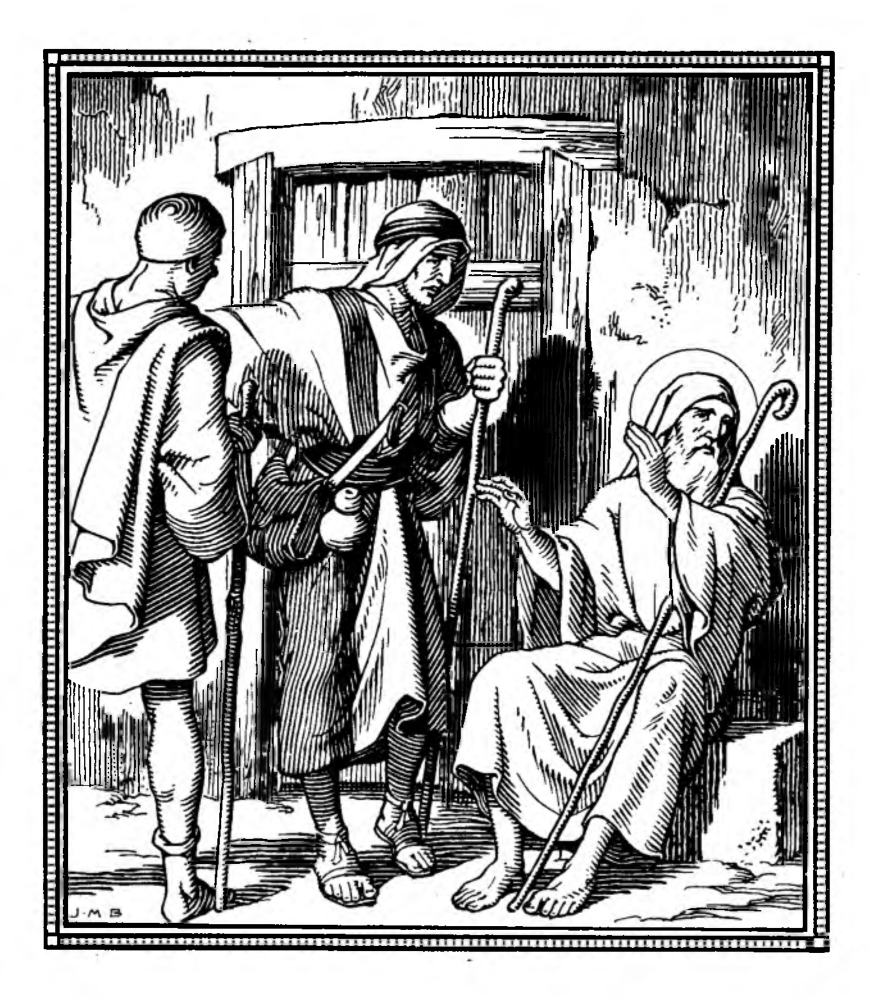
LA fama de las virtudes de Macario crecía cada día; las gentes de todas partes acudían a él. En medio de esa popularidad se creía cada vez más indigno. Aspiraba siempre a mayor santidad y desprendimiento de sí mismo. Cuando vió que en su ciudad arzobispal le veneraban como santo, comenzó a mirarse con tedio y con horror. Habiendo dado a los pobres todo lo que tenía, renunció a su dignidad pontifical e hizo nombrar sucesor suyo a Eleuterio, hombre piadoso y venerable. Luego abrazó la ruda profesión de peregrino y mendicante, llevando consigo a cuatro amigos, tan notables por su piedad como por el deseo de la perfección.

Libre ya de todo y hecho pobre voluntario a ejemplo de Jesucristo, lo abandonó todo. A pesar de las lágrimas de su querido rebaño, siguiendo la inspiración del cielo emprendió el viaje para visitar la tierra privilegiada donde el divino Maestro se revistió de nuestra carne y pasó su vida mortal. ¡Con cuánto amor besaba aquella tierra hollada por las plantas del Redentor! No desperdiciaba ningún recuerdo, ninguna circunstancia que pudiera despertar su amor y su agradecimiento.

Comenzó por Cafarnaúm, la primera ciudad que tuvo la dicha de oír la palabra del divino Maestro y a la que el Evangelista llama «la ciudad de Jesús». Luego pasó a Naím, donde fué resucitado el hijo de la viuda; a Caná, en donde se cambió el agua en vino; a Nazaret, en donde la Virgen María concibió a su divino Hijo y transcurrieron los primeros años del Salvador junto a María y José. Veneró también las cenizas de San Juan Bautista, de Eliseo y de Abdías y lloró los pecados de los hombres en la roca en que Amós lamentaba en otro tiempo los extravíos del pueblo de Israel. No podía alejarse del huerto de Getsemaní: parecíale ver aún a la Víctima divina bebiendo el cáliz de la amargura y sudando gotas de sangre por nuestros pecados. Por fin, dirigió sus pasos a Jerusalén, en donde esperaba morir de amor como su divino Modelo. Era en 1006. Su fama le había precedido. El patriarca Juan salió a su encuentro y retúvole por algún tiempo en su casa; ¡qué feliz se sentía en aquella ciudad, perfumada aún con la sangre divina, y en la que fué vencido el infierno y rescatado el mundo!

PREDICA A LOS SARRACENOS

EL piadoso peregrino era la admiración tanto de los sarracenos como de los cristianos. A todos enseñaba la única verdadera fe; a todos hablaba de Jesucristo con amor. Muchos se convirtieron; pero los que resistieron a la gracia, animados de odio violento, se apoderaron de él y le encerraron en la cárcel. Para hacer mofa de la doctrina que predicaba, le



SAN *Macario dice a los emisarios que vienen a buscarle de parte de su propia familia y de los diocesanos: «Volveos y decid al pueblo todo de Antioquía que no se entristezca, que se llene, al contrario, de alegría, porque en breve iré a la patria celestial y desde allí le protegeré».*

extendieron en tierra en forma de cruz, le sujetaron los pies y las manos con cuerdas y clavos y le pusieron sobre el pecho una gran piedra recalentada. Todo lo sufrió Macario con invencible constancia; pero Dios se contentó con el deseo del martirio.

En el calabozo, en donde por fin le echaron, se le apareció un ángel, cercado de luz resplandeciente, que le habló en estos términos:

—Levántate, Macario; levántate, servidor de Cristo, y ve a anunciar de nuevo la palabra de Dios a tus perseguidores.

El mártir se levanta al momento, las cadenas que le sujetan se rompen, las puertas de la cárcel se abren ante él y aparece en medio de sus enemigos. Éstos, maravillados de ver lleno de vigor y de vida al que creían muerto, caen a sus pies, le piden perdón y le suplican que les administre el Bautismo. Apresúrase Macario a acceder a sus deseos, pero antes les habla del amor de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Salvador, y les enseña los misterios de nuestra fe.

Pronto, como en Antioquía, las multitudes acuden presurosas para oír la palabra del siervo de Dios. Como un padre entre sus hijos, bendice, consuela, anima y absuelve. Una palabra suya, una oración, una ardiente jaculatoria de amor divino le bastan para curar todas las enfermedades que se presentan a su paso.

Un día, cuando nuestro Santo anunciaba la palabra de Dios, vió venir hacia él a un noble anciano sarraceno, sordo y mudo desde los nueve años; además tenía secos los dedos de la mano derecha. Movido a compasión, Macario hizo oración por él y al momento quedó completamente curado. Este milagro convirtió a gran número de infieles, que lloraban sus pecados y recibieron el Bautismo. Pero en medio de esta admiración universal, la humildad de Macario sufría y por esto buscó el Santo un lugar solitario donde pudiera entregarse a la penitencia.

LAS OVEJAS EN BUSCA DEL PASTOR. — MILAGROS

ENTRETANTO, en Antioquía se inquietaban por la prolongada ausencia del santo arzobispo. Ya no era el pastor el que buscaba inquieto las ovejas extraviadas, sino el rebaño el que lloraba la ausencia de su pastor. Los parientes de Macario enviaron en su busca emisarios con orden de traerle con súplicas o a la fuerza.

Dieron pronto con el Santo, porque, ¿quién no conocía de vista o de oídas en Tierra Santa al piadoso peregrino, al ilustre taumaturgo? Pero ni los ruegos ni las amenazas pudieron convencerle. En vano le hicieron ver los impacientes deseos de sus ovejas, las lágrimas de su familia, la inconsolable tristeza de sus amigos; todo fué inútil: El hombre de Dios no quiso

seguir más que la inspiración de su Divino Maestro. Llegaron a emplear las amenazas y hasta la violencia; pero Dios, que desde lo alto del cielo velaba sobre su servidor, hirió de ceguera a los atrevidos que osaron tocarle para tomarlo y llevárselo. Éstos, reconociendo su culpa y humillados, no osaron quejarse; pero el santo arzobispo, olvidando la injuria que le habían hecho, hizo el signo de la cruz sobre sus ojos y los curó al instante. Díjoles entonces:

—Id ahora y decid al pueblo de Antioquía que no llore más a su pastor, que pronto dejará la tierra por las alegrías de la patria celestial, desde donde velará por él y le bendecirá.

Macario continuó su camino, bendiciendo a Dios, hablando de Cristo a cuantos veía y curando a los enfermos que a él se presentaban.

Un día encontró a varios cristianos que iban a Jerusalén llevando consigo a un pobre ciego. El santo peregrino se acercó a éste y le dijo:

—¿Adónde vas?

—A Jerusalén, si Dios quiere.

Macario se echó a llorar, pidiendo a Dios se apiadara de aquella pobre criatura.

—Hermanos —dijo a los peregrinos—, invocad conmigo al Señor. Ya sabéis que ese Dios bondadoso se halla siempre en medio de los que se reúnen en su nombre. Cristo, luz verdadera, está, pues, en medio de nosotros y nadie puede tener los ojos cerrados mientras esta luz benéfica derrama sus rayos esplendorosos.

Arrodilláronse todos y ardiente oración brotó de su corazón; y los ojos del ciego se abrieron. Pero al mismo tiempo que la luz material, recibió éste en su alma las divinas luces de la gracia; lleno de amor y agradecimiento por Cristo, apresuró su viaje al Santo Sepulcro, y, como en otro tiempo San Juan, llegó el primero de todos sus compañeros.

El arzobispo prosiguió su camino por tierras áridas y bajo un sol ardiente. La sed devoraba a sus acompañantes, que no encontraban en el camino ni rastro de arroyo o fuente. Después de haber excavado en vano la tierra en diferentes sitios por ver si hallaban agua, se tendieron en la arena aguardando la muerte, lo cual visto por Macario y movido a compasión, les dijo:

—Hijos míos, nada puede faltar a los que temen a Dios y en él confían. Los que están sedientos tendrán agua en abundancia y los que creen se saciarán en la fuentes de agua viva.

Hizo al mismo tiempo la señal de la cruz en la tierra con su crucifijo y el agua brotó al instante. Dios permitió que el manantial no se secase nunca para perpetuar en los siglos venideros el recuerdo de su piadoso servidor.

SAN MACARIO EN OCCIDENTE

ANIMADO por el deseo de visitar los lugares de Occidente embalsamados por la vida de muchos santos, *Macario* se embarcó, atravesó el Epiro, la Dalmacia y llegó hasta Baviera y de allí a Flandes, después de haber pasado por Maguncia, Colonia, Malinas, Cambrai y Tournai.

Enumerar todos los milagros que hizo durante este largo viaje sería imposible. Parece que Dios se complacía en señalar cada una de sus jornadas con alguna nueva maravilla. En Baviera curó de un mal incurable a la esposa del señor Adalberto, que le hospedó en su casa; en Colonia devolvió la salud a su huésped, que sufría de lamparones; en Malinas apagó un violento incendio, que amenazaba a una iglesia vecina y tal vez a la población entera; en Maubeuge, en donde permaneció por algún tiempo, para rezar junto a las reliquias de Santa Aldegunda, un sirviente de su huésped, habiéndose burlado afrentosamente de la actitud respetuosa del dueño de la casa, quedó cubierto repentinamente de lepra; en Cambrai se abrieron ante él las puertas de la iglesia de Nuestra Señora, de la cual le había arrojado el sacristán; en Tournai apaciguó una revuelta tan imponente que no la habían podido dominar los soldados del conde Balduino.

Ya hacía mucho tiempo que el santo peregrino soportaba las fatigas de aquel largo y penoso viaje, cuando llegó al monasterio de San Bavón, en Gante, en 1011. Allí, como en todas partes, se extendió la fama de su santidad. Presentábanle numerosos enfermos y a todos los curaba. Un simple signo hecho con la mano bastaba —dice su biógrafo— para desatar la lengua a los paralíticos y devolver el oído a los sordos.

SAN MACARIO MUERE AL BUSCAR LA SALUD DE LOS APESTADOS

SIN embargo, abrumado por el peso de las dolencias y achaques, Macario sentía que el momento de trocar esta tierra de destierro por la patria verdadera se aproximaba, y hubiera deseado ver por última vez a su rebaño, que hacía tanto tiempo había dejado. Pero Dios no permitió que su siervo abandonase la ciudad que le había dado hospitalidad.

Acometido por una peligrosa enfermedad, el santo anciano curó después de una visión que tuvo de San Bavón, de San Landoaldo y otros varios santos.

Cinco meses después, Macario se disponía a volver de nuevo a Armenia, cuando una peste terrible vino a desolar los Países Bajos. En Gante no bas-

taban los supervivientes para enterrar a los muertos. Ya toda esperanza humana de salvación parecía perdida, cuando, por inspiración del cielo, el pueblo acudió en tropel al sepulcro de los santos de la ciudad, conjurándoles que apaciguasen la cólera divina; organizáronse procesiones y se ordenó un ayuno público; ya sólo se confiaba en el socorro del Todopoderoso.

Al tercer día el azote continuaba sus estragos, y sin embargo Macario estaba más alegre que de costumbre. Esto provenía de que Dios le había hablado en el fondo del corazón, manifestándole que le escogía para expiar los crímenes de los pecadores y ser víctima por sus culpas: precisamente era eso lo que Macario había deseado siempre. Entretanto él, con gran extrañeza de todos, parecía no participar de los males de sus hermanos. Pero cesó el asombro cuando, herido por el azote, predijo el santo anciano a los religiosos, anegados en llanto, que iba a morir; pero que él sería el último arrebatado por la peste. A petición suya lo llevaron a la iglesia de Nuestra Señora, donde señaló con su báculo el lugar de su sepultura; después, habiendo dado al pueblo la última bendición, fué transportado a su celda, desde donde su hermosa alma, escoltada por una multitud de espíritus bienaventurados, voló al cielo. Era el 10 de abril de 1012.

Grande fué el duelo en Flandes al saberse la muerte de Macario. De todas partes acudieron las gentes para venerar sus reliquias, y los milagros se multiplicaron y siguen multiplicándose aún hoy día en su tumba. Continúa siendo invocado, juntamente con otros santos, particularmente con San Roque, como patrono especial contra la peste y las epidemias.

Su nombre consta en el Martirologio romano el 10 de abril, con este elogio: «Célebre por sus virtudes y por sus milagros.» Desde largo tiempo, la iglesia catedral de Gante celebra su fiesta en ese día.

SANTORAL

Santos **Macario, obispo de Antioquía;** *Ezequiel, profeta; Terencio, Pompeyo, Máximo, Africano y compañeros, mártires;* Beda el Joven, obispo de Italia; Geroldo, eremita del Tirol; Urbano, abad de San Pedro de los Montes; Apolonio, presbítero, y otros cinco, mártires en Alejandría; Fulberto, obispo de Chartres; Miguel de los Santos, cuya fiesta se celebra el 5 de julio. Muchos santos Mártires romanos que, llevados a alta mar, fueron arrojados al agua con piedras atadas al cuello, en el año 116; Paladio, abad y obispo de Auxerre; Auderico, abad de San Claudio; Marcelo, Pinnades y Suceso, mártires. Santas Holda, profetisa en tiempo del rey Josías; Isidora, en Egipto, y la Beata Mectilde, abadesa en Alemania.

SAN EZEQUIEL, profeta. — Es uno de los cuatro profetas mayores que tuvieron el divino privilegio de vaticinar lo futuro y «cuya vida es un fragmento de la epopeya sagrada», como dice un autor contemporáneo. Ezequiel, cuyo nombre significa «Fuerza de Dios», era hijo de Buzi y sacerdote de la estirpe de Aarón. Nació en tiempo de Josías, rey de Judá, hacia el año 624 antes de Jesucristo. En 598 fué llevado cautivo a Babilonia por Nabucodonosor, y se estableció a orillas del río Chobar, entre el Tigris y el Éufrates. A los cinco años de cautiverio fué inspirado por Dios para la misión profética y se constituyó consolador de sus compañeros de destierro. Es célebre la alegoría de los huesos, que se reúnen para formar nueva vida. He aquí algunos fragmentos:

«La mano de Jahvé se posó sobre mí y me transportó a un campo lleno de huesos enteramente secos — dice Ezequiel.

—Hijo de hombre —pregunta Jahvé—, ¿revivirán estos huesos?

—Señor, Vos lo sabéis.

—Dirígeles la palabra y diles: Huesos secos, escuchad la orden de Jahvé. He aquí lo que el Eterno os dice: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis. Pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu y viviréis.

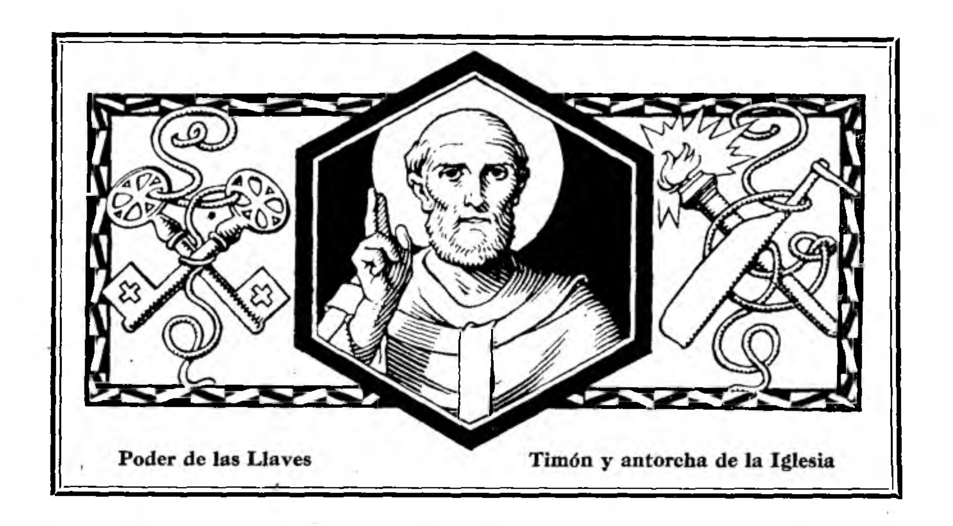
Abrí los labios y transmití la orden. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne y los cubrió la piel; pero no había en ellos espíritu. Entonces me dijo el Señor:

—Profetiza al espíritu y dile: Ven, oh espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre esos huesos muertos y vivirán.

Mi voz repitió la orden del Señor, y el espíritu de vida penetró en los cadáveres; y resucitaron, y se pusieron en pie, y formaban un ejército grande en extremo.»

Créese que Ezequiel murió apedreado por orden de un magistrado al que había reprendido su idolatría.

SANTOS TERENCIO, POMPEYO, MÁXIMO, AFRICANO Y CUARENTA COMPAÑEROS, mártires. — Éstos son los nombres de unos esforzados cristianos que prefirieron el martirio a la apostasía, en la que cayeron otros, menos valientes. La séptima persecución general estaba decretada por Decio; el gobernador de África, Fortunaciano, se encargaba de hacer cumplir los deseos del emperador, con todo género de amenazas y tormentos. Todos los arriba indicados permanecieron fieles y se animaron mutuamente con las palabras de Nuestro Señor: «No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma». Viendo Fortunaciano que nada conseguía, para hacerles apostatar mandó a Terencio, Máximo, Africano y Pompeyo a la cárcel más inmunda de la ciudad, mientras los demás eran azotados cruelmente con varas nudosas y nervios de buey; los soldados atormentadores iban renovándose a medida que se cansaban; luego, con planchas de metal, calentadas al rojo, les quemaron las carnes, cuyas heridas fueron rociadas con sal y vinagre, para mayor tortura; después fueron puestos en el potro y despedazados con garfios de hierro, y, finalmente, les cortaron la cabeza. Para Terencio y sus tres compañeros pusieron en la cárcel víboras, sierpes, áspides y crueles fieras; pero se amansaron a presencia de nuestros Santos, los cuales fueron al fin degollados, alcanzando la palma del martirio el día **10** de abril del año **253**.



Poder de las Llaves — Timón y antorcha de la Iglesia

DÍA 11 DE ABRIL

SAN LEON I, EL MAGNO

PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA (395? - 461)

SEGÚN la tradición San León Magno nació en Roma, de padres toscanos, hacia la última década del siglo cuarto. Desde sus más tiernos años hizo rápidos progresos en el estudio de las Letras Sagradas. «Dios —dice un Concilio general— que le había escogido para alcanzar victorias sobre el error y para someter la falsa sabiduría del siglo a la verdadera fe, puso en sus manos las armas poderosas de la ciencia y de la verdad».

Diácono en 430 y luego arcediano de la Iglesia romana, aparece, desde 418 a 439, como consejero de los Papas en la lucha contra las herejías de Pelagio y de Nestorio, haciéndose notar también por su talento administrativo en los pontificados de San Celestino I y de San Sixto III.

A la muerte del papa San Sixto III, León, que se hallaba en las Galias, adonde había ido para poner paz entre el gobernador Aecio y el general Albino, fué designado para sucederle, en agosto de 440. El clero y el pueblo esperaron su regreso con admirable paz y concordia. Parecía que la ausencia del elegido hacía resaltar más el mérito del ausente y la prudencia de los

electores. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, y dilató su vuelta a Roma; regresó al fin, precisado a obedecer. Enviáronle una solemne embajada, y ningún emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fué consagrado obispo de Roma y Jefe de la Iglesia universal, el 29 de septiembre del año 440.

El día de su consagración hizo León oír, en medio del pueblo enternecido, su voz majestuosa y paternal que, durante veinte años, debía resonar en todos los ámbitos de la tierra, para destruir la herejía, suavizar la ferocidad de los hunos y de los vándalos, salvar el mundo romano de la barbarie y hacer surgir una sociedad nueva sobre las ruinas de un imperio decadente.

—¡Gracias sean dadas —decía a sus fieles— ahora y en lo venidero a nuestro Dios excelso, por todos los beneficios de que me ha colmado! ¡Gracias sean dadas a vosotros mismos, por el juicio tan favorable que vuestra benevolencia ha formado en favor mío, sin que precediese mérito alguno de mi parte! Me complazco en ver en él una prueba de la adhesión, respeto, amor y fidelidad que mostráis a vuestro nuevo pastor. Él no tiene más que una ambición, un pensamiento y un deseo: velar con solicitud incansable en la salvación de vuestras almas. Os conjuro, por las entrañas de misericordia de Jesucristo, que ayudéis con vuestras oraciones al que vuestros votos han llamado de tan lejos, a fin de que el espíritu de gracia permanezca en mí y no tengáis que arrepentiros de vuestra elección. Dios, que ha inspirado la unanimidad de vuestros sufragios, nos conceda en nuestros días el inapreciable beneficio de la paz. Padre santo, conservad en vuestro nombre a los que me habéis encomendado.

Muy amados hermanos míos, por mucha que sea mi insuficiencia para cumplir el gran deber de servidumbre que Dios me impone, no olvidemos que la piedra fundamental sobre la que descansa la Iglesia, permanece inconmovible en medio de las tempestades y sobrevive a todas las ruinas. El Príncipe de los Apóstoles permanece siempre con la firmeza de la piedra cuyo nombre lleva y sobre la que ha sido establecido, y nunca ha abandonado las riendas del gobierno de la Iglesia. Su ordenación se distingue, en efecto, de todas las demás; es llamado piedra y fundamento, se le ha establecido portero del reino de los cielos; es el juez de todo lo que debe ser atado y desatado, y la autoridad de sus juicios es acatada hasta en el cielo. El misterio de sus diferentes títulos prueba suficientemente la estrecha unión que subsiste entre Cristo y él. Se puede decir que el bienaventurado Apóstol, desde que ocupa su puesto en el reino de los cielos, continúa con plenitud de potencia superior, la misión terrestre que había recibido aquí abajo; cumple ahora todos los deberes y todas las funciones de su cargo supremo de Aquel y con Aquel por quien ha sido glorificado, es decir, Jesucristo nuestro Señor.

Si, pues, nosotros, sus indignos sucesores, tenemos la dicha de obrar

con alguna sabiduría, de discernir con alguna penetración, y si obtenemos por nuestras súplicas cotidianas e incesantes algunos favores de la misericordia divina, ello es el fruto de las obras y de los méritos del glorioso Apóstol, cuyo poder vive siempre y cuya autoridad subsiste excelente y preeminente en la Sede que él ha fundado. En toda la Iglesia, cada día, la voz de Pedro repite aún: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo».

Tal es la fe que salva al mundo y abre el cielo a las almas. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

LUCHAS DEL SANTO PONTÍFICE

CUANDO el nuevo Pontífice empleaba este lenguaje tan lleno de modestia personal y de confianza triunfante en las promesas divinas, maniqueos, donatistas, arrianos, priscilianistas, nestorianos y eutiquianos infestaban a la Iglesia.

El Pontífice, armado con la espada de la palabra de justicia y de verdad y revestido de la autoridad de Jefe supremo de la Iglesia, combatió con vigor a todos los enemigos que Satanás había suscitado para hacer prevalecer la mentira y el error. Descubrió en Roma algunos maniqueos y castigólos y lo mismo hizo tanto en Italia como en otras partes; mandó quemar sus libros y avisó a los obispos para que estuviesen alerta y velasen contra ellos.

Favoreció en gran manera a todos los que en África se levantaron contra los donatistas, y escribió cartas a los obispos de España para recomendarles que velasen cuidadosamente contra los priscilianistas, los cuales introducían la cizaña del error entre los católicos.

San León concedía mucha importancia a la fijación de la fiesta de Pascua, como se desprende del gran número de veces que trata de esta cuestión en sus cartas y de la insistencia extrema que puso en querer resolverla de modo definitivo, para el presente y para lo porvenir. Tratábase de vencer a gusto de todos, orientales y occidentales, las dificultades de aplicación de la regla formulada en 325 en el Concilio de Nicea, según la cual dicha fiesta se celebraría cada año el primer domingo después del plenilunio que sigue al equinoccio de primavera, suponiendo que el equinoccio tenía lugar el 20 de marzo.

Preocupado por el cuidado de la unidad de la Iglesia, el Papa quería, ante todo, que la solemnidad de la Resurrección fuese celebrada en todas partes el mismo día. Por el deseo grande de conciliación aceptó las sugestiones del obispo de Alejandría, San Proterio, con el peligro de descontentar a los latinos, entre los que predominaba la creencia de que la fiesta no debería caer ni antes del 21 de marzo, ni después del 21 de abril.

EUTIQUES. — CONCILIO DE CALCEDONIA

EN fin, para coronar gloriosamente su obra, el gran Papa convocó en Calcedonia un Concilio ecuménico compuesto de más de seiscientos obispos, que celebró sus sesiones del ocho de octubre al primero de noviembre del 451 y *condenó solemnemente el funesto error* de Eutiques, abad de un monasterio vecino a Constantinopla que contaba con 300 religiosos y a quien protegía Teodosio II, emperador de Oriente.

Eutiques pretendía que en Jesucristo no hay sino una sola naturaleza, como no hay más que una persona, pues la naturaleza divina había como absorbido y hecho desaparecer a la humana. Esto equivalía a negar el misterio de la Encarnación porque, si la naturaleza humana no subsiste ya distinta de la divinidad en la unidad de la persona del Verbo, no se puede decir que el Hijo de Dios se ha hecho hombre. Esto era lo mismo que negar toda la obra de la Redención; porque, si Jesucristo es sólo Dios, no puede morir por nosotros, y si no está unido con nosotros por medio de su humanidad, no puede servir de mediador entre Dios y el hombre, con el que nada tiene de común. Es necesario que Jesucristo sea hombre para representar *al* hombre *ante* Dios y *al mismo tiempo* Dios *para* hacer que la justicia divina, que nada debe al hombre, acepte sus méritos y su intercesión.

El error de Eutiques obligó a San León a explicar con mayor claridad la doctrina de la distinción de naturalezas en la unidad de persona en Jesucristo. Para aprobar a Flaviano, patriarca de Constantinopla, que había condenado a Eutiques en noviembre del 448, escribió su admirable carta sobre la Encarnación; carta calificada de *divina* por Bossuet y sólo comparable con los Evangelios, y a la que la Iglesia ha considerado siempre como la expresión más exacta, elevada y augusta de la creencia católica sobre el dogma de la Encarnación del Salvador.

Esta carta produjo en el Concilio de Calcedonia un efecto admirable. Cuando los seiscientos obispos hubieron oído su lectura, exclamaron unánimemente: «Pedro ha hablado por boca de León».

SAN LEÓN Y ÁTILA

DESPUÉS que el santo Pontífice hubo sosegado los espíritus, afirmando a los católicos y triunfando de todos sus implacables enemigos, creíase seguro en la Ciudad Eterna; pero Átila, el terrible *azote de Dios,* cayó sobre Italia con un formidable ejército de bárbaros.

En la primavera del año 452 se apoderó de Aquilea y la redujo a cenizas; atravesó el país a sangre y fuego y, continuando sus depredaciones, saqueó



MIENTRAS *San León el Magno habla a Átila, el feroz bárbaro ve cómo detrás del Papa hay otro Pontífice de majestad sobrehumana que lleva en la mano una espada desnuda, y que con mirada terrible y gesto amenazador le ordena que consienta en cuanto le pide el enviado de los romanos.*

a Milán y se apoderó de Pavía. El emperador Valentiniano III y su corte abandonaron precipitadamente a Ravena y fueron a refugiarse en Roma. El emperador, el Senado y el pueblo, sobrecogidos de espanto, no vieron sino un salvador posible: San León.

Una delegación de los más nobles romanos le suplicó fuera al encuentro de Átila e intercediera por ellos. La misión era difícil y peligrosa; si Dios mismo no intervenía, la sola esperanza de salvación estaba en la misericordia de un rey sin entrañas; era contar con un milagro. El milagro se hizo.

El 11 de junio de 452, acompañado del cónsul Orieno y del senador Trigecio, precedido por los principales miembros del clero romano y seguido de los anhelos, oraciones y lágrimas de todo el pueblo, el Pontífice salió de Roma para ir al encuentro de Átila. El rey de los hunos estaba entonces cerca de Mantua, a orillas del Mincio. Antes de penetrar en el campamento de los bárbaros, León se revistió de las insignias pontificales y, seguido procesionalmente de todo su clero, se presentó ante el *azote de Dios*.

Átila le recibió respetuosamente, y prometió vivir en paz con el imperio mediante un pequeño tributo anual. Hizo cesar al punto las hostilidades y algún tiempo después repasó los Alpes.

Los bárbaros preguntaron a su jefe por qué había mostrado tanto respeto al Papa.

—No es —respondió— el personaje con quien he conferenciado el que me ha hecho cambiar súbitamente de resolución; mientras él me hablaba, veía a su lado a un Pontífice de majestad sobrehumana. Estaba de pie, salían relámpagos de sus ojos y llevaba en la mano una espada desnuda; sus miradas terribles y su gesto amenazador me ordenaban que accediese a cuanto solicitaba el enviado de los romanos.

Este personaje era San Pedro.

INGRATITUD DE LOS ROMANOS

EL Jefe de la Iglesia ordenó al momento oraciones públicas para dar graciar a Dios; pero los romanos, pueblo ligero, ingrato y corrompido, tras breves días consagrados a aquellas muestras de agradecimiento, se entregaron con más furor que nunca a los juegos del circo, a los teatros y al desenfreno. El mismo emperador Valentiniano dió el ejemplo de esta degradación con actos de la más escandalosa inmoralidad. Los sabihondos de la época, para no tener que dar gracias a Dios y a sus Santos de la retirada de Átila, atribuyeron el feliz éxito de la embajada de León a la influencia saludable de los astros.

El corazón del Pontífice se afligió profundamente ante semejantes desórdenes y tan negra ingratitud. El día de la fiesta de los Apóstoles San Pedro

y San Pablo, pronunció ante el pueblo esta homilía, con los acentos del dolor más expresivo y de severidad templada por ternura paternal:

—Amados hijos míos: La solemnidad religiosa estáblecida en memoria de nuestra libertad y a la que afluía toda la multitud de fieles para dar a porfía gracias a Dios, se ha visto en estos últimos tiempos casi universalmente descuidada; esto lo pone en evidencia el reducido número de los que han asistido a esta santa ceremonia. Un abandono tan general ha sumido mi corazón en profunda tristeza y le ha infundido los más vivos temores, pues corren mucho peligro los hombres al mostrarse ingratos para con Dios y al echar en olvido sus beneficios, sin moverse al arrepentimiento a pesar de los castigos que inflige y sin experimentar ninguna alegría por el perdón que otorga. Temo, pues, amados hijos, que se puedan aplicar a espíritus tan indiferentes estas palabras del profeta: «Los habéis herido y no lo han sentido; los habéis molido a golpes y no han querido someterse al castigo».

Vergüenza me da el decirlo, pero estoy obligado a declararlo: se gasta más para los demonios que para los Apóstoles; espectáculos insensatos atraen mucha más gente que la basílica de los santos Mártires. ¿Quién ha salvado a esta ciudad? ¿Quién la ha librado de la cautividad? ¿Quién, por último, la ha sustraído a los horrores de una mantanza? ¿Debe estos favores a las diversiones del circo o a la protección de los Santos? No lo dudemos, por sus oraciones la divina justicia se ha dejado ablandar, y gracias a su poderosa intercesión hemos hallado una indulgencia misericordiosa cuando sólo merecíamos una cólera implacable.

Os conjuro, amados hijos, a que paréis mientes en la reflexión del Salvador que, después de haber curado a los diez leprosos, hizo observar que tan sólo uno de ellos había vuelto para agradecer el beneficio; indicando con esto que los otros nueve, que también habían recobrado la salud del cuerpo sin demostrar el mismo agradecimiento, no habían podido faltar a este deber de gratitud sin impiedad manifiesta. Así, pues, para que no se os pueda aplicar la misma nota de ingratitud, convertíos al Señor.

Comprended bien las maravillas que se ha dignado obrar entre nosotros; guardaos de atribuir vuestra libertad a la influencia de los astros, como lo pretenden los impíos, antes agradecedla por completo a la inefable misericordia de un Dios todopoderoso, que ha querido amansar los corazones furiosos de los bárbaros. Concentrad toda la energía de vuestra fe para grabar en vuestra memoria el recuerdo de tan gran beneficio. Aprovechemos de la mansedumbre del Maestro, que nos ha evitado el castigo para trabajar en nuestra enmienda, a fin de que San Pedro y los demás Santos, que nos han socorrido en infinidad de aflicciones y angustias, se dignen acoger las tiernas súplicas que dirigimos por vosotros al Dios de misericordia.

En acción de gracias por la libertad de Roma, el piadoso Pontífice hizo fundir la estatua de bronce de Júpiter Capitolino, adorada durante largos

años, para transformarla en una estatua de San Pedro, que mandó colocar en la basílica vaticana. Aun hoy día los fieles acuden de todas partes del mundo a besar el pie, visiblemente gastado por la devoción de tantos siglos.

CASTIGO DE LOS ROMANOS. — ÚLTIMOS AÑOS DE SAN LEÓN

SIN embargo, Roma, tan ingrata para con Dios que la había salvado del furor de Átila, debía ser castigada. Fuera de esto, los últimos vestigios del imperio romano, que se habían convertido en obstáculo para la civilización cristiana, debían desaparecer. En junio de 455, Genserico, rey de los vándalos, dueños ya de África, Córcega y Sicilia, marchaba hacia Roma con un ejército formidable. El emperador de Occidente Valentiniano III y el Senado buscaron su salvación en la huída; nadie pensó en defenderse. San León, con el mismo valor que en los días de Atila, sale al encuentro del rey bárbaro y obtiene que se contente con saquear la ciudad sin derramar sangre y sin incendiarla.

Los vándalos se retiraron al cabo de quince días, llevándose un inmenso botín y gran número de prisioneros, a la cabeza de los cuales iba la emperatriz Eudoxia y sus hijas. San León proveyó a las necesidades espirituales y corporales de los cautivos, enviando al África sacerdotes celosos y limosnas considerables; devolvió al culto las iglesias devastadas y las proveyó de vasos y ornamentos sagrados, pues sólo pudieron salvarse del saqueo los de las iglesias de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo.

La bondad, la mansedumbre y la caridad eran las virtudes principales de San León. Oigamos lo que él mismo nos dice a este propósito:

—Es máxima fundamental del cristiano que las únicas y verdaderas riquezas consisten en la bienaventurada pobreza de espíritu, tan fuertemente recomendada por el Salvador; es decir, en la humildad y en el perfecto desprendimiento de toda afección terrestre. Uno es tanto más grande cuanto es más humilde; tanto más rico, cuanto más pobre de espíritu. Nuestro progreso en esta pobreza de espíritu será la medida de lo que nos ha de corresponder en la distribución de la gracia y de los dones celestiales.

El Pontífice, después de haber salvado a Roma de los furores de Átila y de Genserico, empleó el resto de su vida en corregir los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica, a consecuencia de las turbulencias ocasionadas por los bárbaros. Tuvo que defender la obra del concilio de Calcedonia contra la rebelión de los monjes de Palestina. Escribió nunumerosas cartas a los obispos de África, Sicilia, Italia, España y las Galias.

Por fin, se durmió en la paz del Señor el 10 de noviembre del año 461, después de veintiún años, un mes y trece días de pontificado. Su cuerpo, de-

positado primeramente a la izquierda del pórtico de la entrada de San Pedro, fué trasladado, el 28 de junio de 688, al interior de la basílica. El 20 de mayo de 1607, reinando Paulo V, fué trasladado a la actual basílica de San Pedro y colocado en un altar. Finalmente, Inocencio X hizo consagrar en la iglesia una capilla a San León, y depositó en ella el cuerpo del Pontífice.

La Iglesia romana celebra su fiesta el 11 de abril y los griegos le honran el 18 de febrero.

DOCTOR DE LA IGLESIA

POR Bula del 15 de octubre de 1754, Benedicto XIV proclamó a San León doctor de la Iglesia. En efecto, este gran Pontífice debe a sus escritos —cartas y sermones— la mejor parte de su gloria.

—Sus escritos son —según afirma un historiador— los monumentos más auténticos de su piedad, ciencia y talento. Sus pensamientos son veraces y vigorosos. Sus expresiones tienen una belleza y magnificencia que encantan, admiran y transportan el ánimo. En todos ellos se muestra a la misma altura, sin que se noten desigualdades ni menguas. Su acción es pura y elegante; el estilo conciso, claro y agradable. Lo que en un escritor ordinario pasaría por hinchazón, en San León es magnificencia. Nótase, aun en sus pasajes más elevados, una facilidad que le libra de toda aparente afectación, debido a que seguía el impulso natural de su ingenio, de suyo grande, noble, elevado y casi siempre sublime.

Sin embargo, la forma como San León expone sus ideas impresiona menos que la importancia de los asuntos tratados. En sus sermones y cartas échanse de ver una piedad consumada y un conocimiento perfecto de la Teología, con lo cual el lector es a la vez instruído y edificado. En una palabra, se le puede comparar a un bien provisto arsenal en donde la Iglesia hallará, en todos los siglos, armas propias para confundir a los herejes. Pero nunca se muestra más elevada y más inspirada su palabra que cuando habla del augusto misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, que supo defender tan enérgicamente contra tantas herejías; por eso se le ha dado el glorioso título de *Doctor de la Encarnación*.

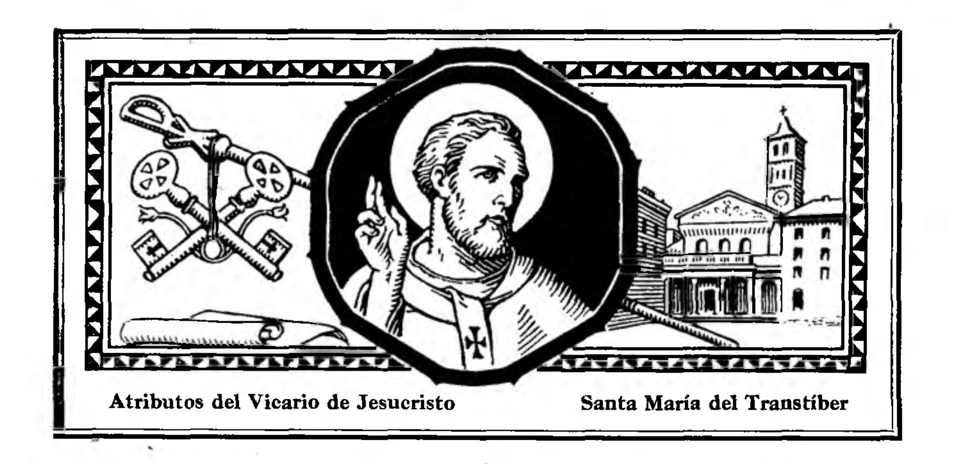
Suscribimos de buen grado el juicio que el sabio historiador Batiffol, al final de un estudio sobre San León, hace de este Pontífice: «la Iglesia no ha conocido otro ni más completo ni más grande».

SANTORAL

Santos **León I, papa;** *Felipe, obispo y confesor;* Isaac, solitario y confesor; Guthlaco, eremita inglés; Antipas, que murió mártir encerrado en un toro de bronce enrojecido al fuego; Domnino, obispo de Salona (Dalmacia), y ocho soldados, mártires; Barsanufio, anacoreta; Esteban, abad, e Hildebrando, monjes cistercienses y mártires; Eustorgio, presbítero; Néstor, Filón y Ceremonio, mártires en Nicodemia; Siagrio y Patricio, mártires en Lyón; Fortunato y Donato, en África; Sicario, obispo y confesor; Algerico, abad de San Martín de Tours; Beato Tecelino, padre de San Bernardo. Santas *Gema Galgani, virgen;* Godoberta, virgen, en Noyon; Teodora, virgen y mártir en Cartago, en la persecución de Decio; Beata Beatriz de Belmonte, de la Orden Tercera de San Francisco.

SAN FELIPE, obispo y confesor. — Hacia el año 110 de nuestra Era nació en Gortina, ciudad de la isla de Creta, el sabio y virtuoso Felipe, que desde muy joven se entregó con gran afición al estudio de las Sagradas Letras, en las que descolló. Fué ordenado de sacerdote y, más tarde, consagrado obispo de su ciudad natal. En ambos cargos se granjeó la estima y admiración de sus súbditos y aun de sus enemigos. Preservó a su iglesia del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes. Escribió un tratado contra los marcionistas, y varias epístolas muy alabadas. Voló al cielo a los setenta años de edad, el 11 de abril del 180, dejando a los fieles el admirable ejemplo de sus virtudes.

SANTA GEMA GALGANI, virgen. — Es llamada también la «Virgen de Lucca», por haber nacido en esta provincia italiana, el 12 de marzo de 1878, siendo su pueblo natal Camigliano. Murió el 11 de abril de 1903, a los 25 años de edad, y fué canonizada el 2 de mayo de 1940. Su madre le explicaba que había pedido al cielo le concediera una hija santa, y por cierto que le daba los medios para que lo fuese. Esta idea de la santidad jamás se alejó de la mente de Gema. Fué puesta la niña bajo el amparo y custodia de la Virgen, a fin de que floreciera en su corazón el hermoso lirio de la pureza. Y para lograrlo, se comprometió a rezar todos los días de la vida tres Avemarías a la Madre de Dios, teniendo las manos bajo las rodillas; cumplió fielmente hasta morir. Era muy buena y piadosa, a la par que manifestó grandes aptitudes para el dibujo y la música. Tuvo que porfiar mucho para que le dieran la primera comunión, que recibió a los nueve años, contra la costumbre de entonces, que era a los doce o trece. Durante mucho tiempo fué catequista en la parroquia, y le gustaba visitar a los enfermos de los hospitales, a quienes daba limosna, después de catequizarlos. El estudio y la piedad fueron las alas con que se remontaba hacia la cumbre de la santidad. Aunque no pudo vivir en el claustro, por falta de salud, emitió los votos de religión en el Instituto de las Pasionistas, si bien vivía en el mundo. Desde junio de 1899 recibió todos los jueves y viernes la impresión de las Llagas de Cristo Crucificado y vió la reproducción de algunos pasos de la Pasión de Jesús; tres veces fué misteriosamente azotada y coronada de espinas, y tuvo la profunda llaga del hombro que al Señor le causó la cruz camino del Calvario. Gozó de la presencia corporal de su ángel custodio. A su canonización asistieron su hermana Angelina y su sobrino Ernesto.



Atributos del Vicario de Jesucristo — Santa María del Transtíber

DÍA 12 DE ABRIL

SAN JULIO I

PAPA († 352)

LA vida del papa San Julio I, que gobernó la Iglesia durante quince años, del 337 al 352, nos muestra que la supremacía de la Iglesia de Roma no data de ayer, sino que ya en el siglo IV, en la aurora de la paz constantiniana, todo el mundo católico la reconocía y hasta los mismos enemigos de la Santa Sede daban de ello testimonio.

Julio I, romano de nacimiento, sucedió en el solio pontificio al papa San Marcos el 6 de febrero de 337, algunos meses antes de la muerte del emperador Constantino.

La secta arriana, siempre rediviva en Oriente bajo apariencias engañosas, a pesar de los anatemas del Concilio de Nicea en 325, y de la muerte ignominiosa de su jefe el impío Arrio, sacrílego impugnador de la divinidad de Jesucristo, ejercía entonces la más dura persecución contra los verdaderos hijos de la Iglesia. El castigo del malvado Arrio, que expiró ignominiosamente cuando se disponía a entrar rehabilitado y triunfante en Constantinopla, no abrió los ojos de aquellos obcecados e indignos obispos herejes, que proclamaron jefe a Eusebio, obispo de Nicomedia.

La víctima más ilustre de esa persecución fué el gran San Atanasio, patriarca de Alejandría, cuya causa fué llevada al tribunal supremo de Julio I y cuyas circunstancias y desarrollo vamos a exponer.

DOS DIPUTACIONES A LOS PIES DEL PAPA

POCO después de la elevación de Julio I al Supremo Pontificado, llegaron a las gradas de su trono dos diputaciones procedentes de Alejandría. Una de ellas, integrada por los enemigos de Atanasio, fué enviada por el indigno obispo de Nicomedia Eusebio, intruso patriarca de Constantinopla, después de la expulsión de Pablo, legítimo pastor de aquella grey.

La principal causa de su odio a Atanasio era la de ver en él al más irreductible defensor de la fe ortodoxa en Oriente y una amenaza perpetua para el arrianismo. Había que perderle a todo trance, y pronto se percataron de que, ante la cristiandad entera, ninguna sentencia condenatoria sería tan eficaz como la que dictase el obispo de Roma.

Pensaron aprovechar de la inexperiencia del nuevo Papa, burlar su buena fe, sorprenderlo y seducirlo como lo habían logrado con el emperador de Oriente Constancio II, hijo y sucesor del gran Constantino.

Iban pertrechados de un enorme legajo de documentos contra el Patriarca de Alejandría. Acusábanle de asesinato, de actos inmorales y de sacrilegio. Tales calumnias no eran nuevas. Habían sido formuladas ya una vez ante una asamblea de 109 obispos reunidos en Tiro en 335, bajo la presidencia de un funcionario imperial, y refutadas por el mismo Atanasio, aunque, a pesar de ello, fué injustamente condenado al destierro.

Esas calumnias y otras no menos deshonrosas para un obispo se proponían presentar ante el tribunal del papa Julio I los emisarios eusebianos Macario, Martirio y Esiquio.

Pero, ¡qué cruel decepción les esperaba a su llegada a Roma! ¡Cuál no fué su sorpresa al encontrarse cara a cara con los enviados de Atanasio! No perdía de vista el Patriarca a sus adversarios y, sabedor de lo que pretendían en Roma, tomóles la delantera porque juzgó ser deber suyo el informar al Pontífice de la verdad de los hechos y desbaratar las maquinaciones de aquellos perversos. Quería en particular notificar al obispo de Roma todo lo que había pasado en Alejandría y la declaración unánime que en favor suyo había publicado en 338 el sínodo de obispos dependientes de su patriarcado. Escogió para ello a algunos sacerdotes de los más inteligentes y abnegados, de quienes estaba tan seguro como de sí mismo, y les ordenó que sin dilación se embarcasen para Roma.

Al verlos Macario, jefe de la embajada eusebiana, sintió que todo aquel artefacto de invenciones y calumnias levantado contra Atanasio no podría resistir el peso de las refutaciones de sus defensores y, acobardado y temeroso, huyó de la Ciudad Eterna.

Sus compañeros, consternados pero no desanimados, resolvieron vencer

por la audacia y se presentaron al Papa al mismo tiempo que los enviados del Patriarca de Alejandría. Así, reconocida por ambas partes la suprema jurisdicción del «obispo de Roma» e ilustrado por las opuestas informaciones, Julio I se mostró digno del homenaje que el mundo cristiano tributaba a su primacía. Oyó sucesivamente a las dos diputaciones y confrontó cuidadosamente sus testimonios.

Tán fácil y llano fué para los enviados de Atanasio confundir a los eusebianos en todos los extremos de sus acusaciones que, viéndose estos últimos perdidos y comprendiendo de qué lado iba a inclinarse la balanza de la justicia, no vieron más salida de la desventura en que ellos mismos se habían metido, que la de apelar a la convocación de un Concilio.

Obrando Julio I con la mayor imparcialidad, aunque convencido de que la justicia se hallaba de parte de Atanasio, y precisamente por eso, en la seguridad de que el Concilio se la haría, tomóles la palabra y lo convocó para que ante él, con entera libertad, entrambas partes se acusasen y defendiesen.

DOS CONCILIOS EN VEZ DE UNO

A la invitación del Papa respondió Atanasio acudiendo a Roma con verdadero apresuramiento; los eusebianos, en cambio, convocados al mismo tiempo que él, dieron muestras de mala voluntad y mala fe. Habían caído en el lazo. Porque contaban ellos con una asamblea que debía reunirse en sus dominios y compuesta en su mayoría de obispos arrianos; pero se hallaron con que se los llamaba muy lejos de sus diócesis, de sus partidarios y de un emperador a quien se habían ganado por la adulación.

Debían por lo tanto presentarse solos, ante una reunión de obispos occidentales inviolablemente adictos a la fe de Nicea; ante Atanasio sobre todo, cuya argumentación tranquila, incisiva, implacable los aterraba y, por fin, ante un pontífice a quien habían creído novato y sin experiencia, pero que habían tenido ocasión de conocer como justo e incorruptible.

Haciendo caso omiso de todo derecho, en una reunión de obispos celebrada en Antioquía condenaron a Atanasio, le depusieron de su silla y le hicieron desterrar el 18 de marzo de 339, y entronizaron en la silla patriarcal de Alejandría, cuatro días después, a un intruso de su partido llamado Gregorio de Capadocia.

El Papa les envió a fines de 339 dos legados, los sacerdotes Elpidio y Filoxeno, con el encargo de invitarlos a acudir al concilio de Roma so pena de ser declarados contumaces.

Empezaron por retenerlos varios meses. Consintieron por fin en dejarlos marchar en enero del 340, portadores de la siguiente excusa para el papa Julio I: «¿Cómo queréis que abandonemos nuestras Iglesias durante la guerra

de los persas?» Fútil pretexto, porque sus diócesis se hallaban muy lejos del teatro de la guerra.

«La verdad era —nota Batiffol— que no querían alejarse del emperador Constancio II, y, como decía irónicamente San Atanasio, no se atrevían a presentar ante un concilio donde no hallarían ni soldados a las puertas ni un conde con la sentencia imperial preparada.»

Volvían los mensajeros portadores de una carta fechada en Antioquía. En esta carta, al mismo tiempo que declaraban profesar gran respeto a la Iglesia Romana «a *título de domicilio de los Apóstoles*», rehusaban los eusebianos la subordinación del Oriente a dicha Iglesia.

SAN JULIO CONFIRMA A SAN ATANASIO EN LA SEDE DE ALEJANDRÍA

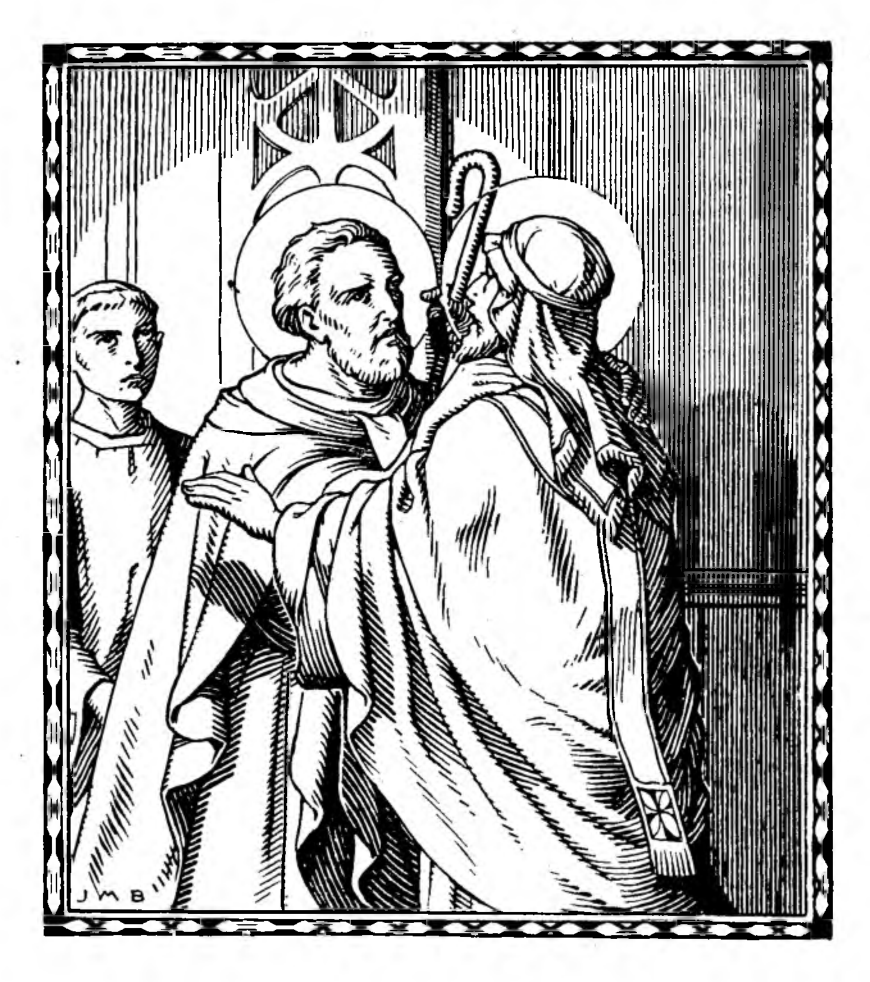
HARTO ya el papa Julio I de esperar a los eusebianos durante veintidós largos meses, prescindió de ellos y, en el otoño del año 304, reunió el concilio que debía juzgar la causa de Atanasio. La mala fe de los eusebianos quedaba de manifiesto con su ausencia. Pero Atanasio, que se hallaba en Roma desde hacía dieciocho meses, reunía en favor suyo todos los testimonios: el de los obispos de Egipto, el de los sacerdotes y diáconos de Alejandría y, sobre todo, el de su gran santidad, su heroica tranquilidad en medio de las persecuciones y su celo en defender la ortodoxia.

Su inocencia quedó unánimemente reconocida. El Papa, su único sostén, con su autoridad suprema le confirmó en la sede de Alejandría y escribió a los obispos eusebianos una larga carta impregnada de honda tristeza y de apostólica caridad.

Restableció al propio tiempo en sus Iglesias a algunos perseguidos y a gran número de obispos de Tracia, de Siria, de Fenicia y de Palestina, que habían reclamado la protección del obispo de Roma por haber sido arrojados injustamente de sus sillas.

LA PRIMACÍA DE LA SANTA SEDE CONFIRMADA POR SAN JULIO

LA carta escrita por San Julio I a los obispos eusebianos, uno de los más preciosos documentos de la antigüedad eclesiástica, hace resaltar brillantemente las cualidades eminentes de ese gran Papa, su caridad llena de dulzura para con los adversarios de Atanasio, su firmeza inflexible en la defensa de los derechos de la Iglesia y de la inocencia oprimida y su celo por atraer a los disidentes al centro de la verdad. Dice así:



EL *papa San Julio se despide del patriarca San Atanasio en el palacio de Letrán. La escena es altamente emocionante y conmovedora. Estas dos almas, que tanto se aman y tanto se han compenetrado, no pueden separarse sin honda pena. También para los Santos son dolorosas las despedidas.*

—He leído la carta que me han traído mis sacerdotes Elpidio y Filoxeno y estoy maravillado de que, habiéndoos escrito con caridad y sencillez de corazón, me hayáis contestado con espíritu agresivo y de manera inconveniente... Cuando la leí ante los nuestros, os confieso sinceramente que no querían creer la hubieseis escrito vosotros.

Y en lo tocante a la causa de Atanasio y demás obispos perseguidos, se explica del siguiente modo:

—Decís que Marcelo y Atanasio fueron depuestos. Si había algo que reprocharles, era preciso enjuiciarlos conforme a las reglas establecidas por la Iglesia... Debíais habernos comunicado a todos lo que les achacabais, para que entre todos, una vez estudiado el asunto sin apasionamientos, hubiésemos decidido lo que fuera justo. Porque se trataba de obispos, y de obispos cuyas Iglesias no son ordinarias, sino las mismas fundadas por los Apóstoles. Y particularmente más, ¿por qué no nos habéis consultado en el asunto de la Iglesia de Alejandría? ¿Ignoráis que en tales casos es lo establecido que se nos escriba, y que de aquí deben salir siempre las decisiones?... Y cuando de nada se nos ha informado y después que habéis obrado a vuestro antojo, pretendéis que aprobemos cuanto ha pasado.

Tal proceder no está conforme ni con las ordenanzas de Pablo ni con la tradición de los Padres. Vuestra conducta es una innovación extraña... En cuanto a mí, os repito lo que fué enseñado por el bienaventurado Apóstol Pedro, y esas cosas son tan conocidas de todos, que sin lo ocurrido las hubiera omitido.

Esta notabilísima carta no conmovió el corazón de los eusebianos, que continuaron haciendo alarde de su poder por el apoyo que recibían del emperador.

SAN JULIO CONVOCA EL CONCILIO DE SÁRDICA

En Oriente, los arrianos deponían a su antojo a los obispos ortodoxos, imponían a las Iglesias obispos herejes y empleaban para entronizarlos toda clase de violencias.

El mismo emperador Constancio II, su protector, se inquietó de tales audacias. Por eso acordó con verdadero placer la proposición que le hizo el papa Julio I, de acuerdo con el emperador de Occidente, Constante, hermano de Constancio II, de convocar un Concilio que pusiera término a tales desórdenes. Eligieron como lugar de reunión la ciudad de Sárdica (hoy Sofía, en Bulgaria), situada en el límite de los dos imperios de Oriente y Occidente.

En el 343, convocó el Papa a todos los obispos al Concilio, excusándose él de asistir por requerir su presencia en Roma las necesidades de la Iglesia, pero se hizo representar en el Concilio por el gran Osio de Córdoba, que

ya había presidido el Concilio de Nicea en el 325, y por otros tres legados, los sacerdotes Arquídamo y Filoscena y el diácono León.

Creyóse por un momento que iban a repetirse las escenas imponentes de Nicea. Afluían los obispos de más de 35 provincias y llegaron a contarse 170, de los cuales eran 94 occidentales y 76 orientales; en minoría, por lo tanto, pero reforzados por un conde y un oficial de la casa militar del emperador.

El grupo de prelados eusebianos intentó, según costumbre, suscitar dificultades. Ya antes de llegar a Sárdica habían presentado mil quejas y recriminaciones. «¿Para qué semejante movimiento? ¿Para qué obligar a los obispos a abandonar el cuidado de su grey y su deber de predicar el Evangelio? ¿Para qué imponer a tantos ancianos tan largo y penoso viaje?» Éstas y otras preguntas demostraban la mala voluntad con que acudían a un Concilio que presumían iba a serles desfavorable. Sólo se pusieron en camino ante el mandato formal de su amo, el emperador Constancio II.

Pero en cuanto llegaron a Sárdica mostraron su carácter rebelde. Encerráronse en un palacio y comunicaron su decisión de no asistir a la asamblea si antes no eran expulsados de ella Atanasio y los demás obispos por ellos depuestos. Era natural que los obispos ortodoxos no accedieran a tan exorbitantes pretensiones. Ya era mucho acceder a que se volviese a juzgar a unos obispos declarados inocentes por el mismo Papa. Negáronse, por lo tanto, de una manera rotunda a aquellas imposiciones, pero durante varios días enviaron delegados al palacio de los eusebianos para llegar a un arreglo. Se humillaron hasta hacerles verdaderas súplicas. Todo fué inútil ante la terquedad de aquellos soberbios, que, por fin, a merced de la noche y con el pretexto de que el emperador de Oriente acababa de obtener una brillante victoria sobre los persas, abandonaron su palacio sin dar notificación alguna a los obispos ortodoxos.

NUEVA CONDENACIÓN DEL ARRIANISMO

LA deserción de los eusebianos no fué obstáculo para que el Concilio celebrase sus sesiones en nombre del Papa. Fueron todas ellas muy fructuosas. Por segunda vez se proclamó la inocencia de Atanasio y de Marcelo de Ancira y recayó nueva condenación sobre los arrianos. Todos los obispos intrusos quedaron despojados de la dignidad que habían usurpado e incurrieron en anatema. Se redactaron veinticuatro cánones disciplinarios. La Asamblea prestó rendido homenaje al Soberano Pontífice, presentando a su aprobación las decisiones tomadas, «como conviene a los sacerdotes con relación a la silla del Apóstol Pedro», escribió algunos años más tarde el gran San Hilario.

El Concilio declaró, además, en términos formales que «parece excelente y de un todo conforme con la justicia que los sacerdotes de cualquiera y de cada una de las provincias recurran a la cabeza, es decir, a la sede del Apóstol Pedro».

Así se afirmaba con solemnes decisiones la preeminencia de la Sede Apostólica.

Los fugitivos resolvieron detenerse a unas veinte leguas de Sárdica, en Filipópolis de Tracia, y oponer tribunal a tribunal y Concilio a Concilio. Desde allí lanzaron la excomunión contra todos los defensores de Atanasio, sin exceptuar al obispo de Roma, aunque protestando al propio tiempo de que deseaban ver realizada la unidad de la Iglesia.

Aquellas excomuniones no tuvieron efecto ninguno y Atanasio, por expreso deseo del Papa y del Concilio, retornó a su silla patriarcal de Alejandría.

REHABILITACIÓN TERMINADA. — GOZO DEL PAPA

ANTES de regresar triunfante a Alejandría, el Patriarca, por un impulso de agradecimiento, quiso ir a Roma para demostrárselo al Jefe augusto de la Iglesia. Aquella visita fué para Julio I motivo de grande alegría, como lo manifestó en la carta que en el 346 escribió a los alejandrinos para comunicarles sus entusiasmos y sus esperanzas.

—Vuestro obispo Atanasio es un verdadero confesor de la fe. Acogedlo con santo orgullo y con el mayor gozo según Dios, a él y a cuantos han compartido sus padecimientos. Para mí es de gran consuelo el representarme en espíritu la vuelta de mi hermano a su sede, vuestra dicha, la piedad filial del pueblo que acude a su encuentro y la alegría de cuantos de todas partes se dan cita para recibirle. Participamos de antemano de vuestras alegrías tanto más vivamente cuanto que Dios nos ha concedido la gracia de conocer más íntimamente a tan gran hombre.

Fácilmente se concibe la conmovedora escena desarrollada en el palacio de Letrán en el momento de la despedida. El Papa y el Patriarca se abrazaron larga y tiernamente. Sus almas tan íntimamente compenetradas, no podían separarse sin desgarramiento: ambos a dos vertieron lágrimas, pues la amistad de los Santos es sincera y, aunque resignada, la necesidad de separarse es dolorosa.

FIN DEL PONTIFICADO DE SAN JULIO I

EN el *Liber Pontificalis* se da cuenta sin pormenor ninguno de un destierro de Julio I. No quiso Dios privar a tan preclaro Pontífice de esa otra gloria, la más preciada de los Santos, la gloria del sufrimiento. Entregó su alma a Dios el 12 de abril de 352. Primeramente fué enterrado en la basílica que él mismo había hecho construir en el cementerio de San Calepodio; más tarde trasladaron su cuerpo a Santa María del Transtévere y actualmente descansa bajo el altar mayor de esta basílica, que llevó mucho tiempo su nombre en recuerdo de los embellecimientos que en la misma había mandado hacer.

Según cuentan, hizo colocar en ella muchas imágenes de mártires. De este modo, el culto de las santas imágenes, tan antiguo como el cristianismo, recibió gran acrecentamiento en el pontificado de San Julio I. Gracias a sus cuidados fueron construídos y decorados varios otros monumentos. Podemos citar la basílica de los doce Apóstoles y la de San Félix. Abrió tres nuevos cementerios o catacumbas, principalmente el de San Valentín en la vía Flaminia.

Parece también que este Papa definió el privilegio del fuero eclesiástico, que sustrae a los clérigos de los tribunales ordinarios, y creó notarios para redactar las actas de los actos civiles que los cristianos realizaban entre ellos.

Por fin, algunos historiadores atribuyen a San Julio el decreto pontifical que hizo obligatoria en Oriente la celebración de la Natividad de Nuestro Señor el día 25 de diciembre, pues hasta entonces la celebraban al mismo tiempo que la Epifanía, es decir, el día 6 de enero. Tal decisión es una prueba más de la influencia que en todo tiempo ha ejercido la Sede de Roma en el mundo entero.

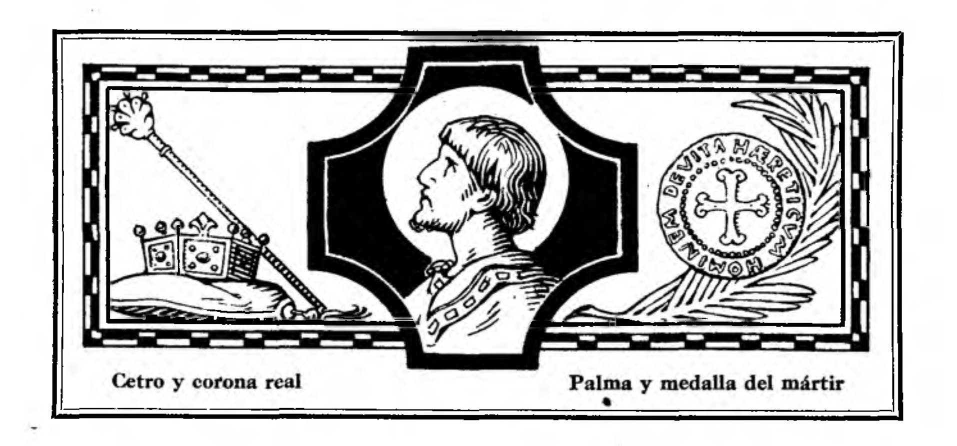
SANTORAL

Santos **Julio I, papa;** *Víctor y Sabas, mártires;* Constantino y Damián, obispos de Gap y de Pavía, respectivamente; Zenón, obispo de Verona; Erkembodo, obispo; Alferio, monje de Cluny, fundador de la Orden benedictina de la Cava; Tétrico, obispo y mártir; Pablo y Ambrosio, ermitaños; Basilio, defensor de las sagradas imágenes, confesor; Elías y Florentino, abades; Lázaro, diácono y mártir; Pedro, mártir. Beatos Ángel de Clavasio, franciscano; Juan, confesor de un infante de Aragón, mártir en El Cairo. Santas Visia, *Susana* y Simplicia, vírgenes y mártires. La Beata Mectilde de Escocia, que llevó, en Francia, vida solitaria y austera.

SAN VÍCTOR, mártir bracarense. — Vivía Víctor en la ciudad de Braga, hacia el año 300. Los gentiles mandaron que se hiciese un sacrificio público a un ídolo que con gran veneración era adorado en aquella ciudad, a orillas del río Aleste, que corre por aquella comarca. Víctor, que era aún catecúmeno, no quiso sacrificar, antes vituperó al ídolo con denuestos y apostrofó a sus adoradores. Por ello le prendieron y llevaron al presidente. Sin que nadie le preguntase, comenzó a dar voces delante de él, diciendo: «Cristiano soy y no adoro a otro Dios sino a Jesucristo». Por orden del juez fué azotado y atormentado; mas él seguía gritando: «Cristiano soy, nunca negaré el nombre de Jesucristo». Vista su constancia fué degollado, y así recibió el bautismo de sangre, que le abrió la puertas de la gloria. Junto al lugar se su martirio se levantó después un suntuoso templo en su honor.

SAN SABAS, mártir. — Sabas nació y vivió en la región bárbara e idolátrica de los godos, pero se conservó sin contaminación alguna, destacándose entre sus paisanos como perfumada flor entre espinas, y como sol esplendoroso entre oscuras y densas tinieblas. Siendo rico en bienes de fortuna, era pobre de espíritu, y su único tesoro lo constituía la santa cruz. Llevaba vida de continua mortificación y penitencia, acompañada de ininterrumpida oración. No conocía la doblez y se mostraba siempre franco y abierto, de modo que aparecía al exterior cual era en el interior, iluminado siempre por el foco de la divinidad. El ejemplo de su santa vida fué para todos de una elocuencia arrebatadora, ante la que se rendían muchos, que abrazaban la fe de Cristo. En la fiesta de Pascua del año 372 fué sacado violentamente de su lecho, y desnudo lo arrastraron por piedras, zarzales y malezas, y le dieron multitud de palos, acompañados de los más groseros insultos. Sufriólo Sabas con fe inquebrantable y paciencia sin límites, y Dios hizo que a la mañana siguiente no quedara señal alguna en su cuerpo. Enfurecidos más aún sus verdugos, le ataron de pies y manos al eje de un carro, se lo cargaron sobre sus espaldas, y lo arrastraron de este modo hasta que los mismos verdugos se rindieron de puro cansancio. Un esclavo le arrojó su lanza sin que hiciera mella alguna en el cuerpo del Santo. Finalmente, atado a un grueso madero, lo arrojaron al mar, donde pereció ahogado, consiguiendo de este modo la corona del martirio el 12 de abril.

SANTA SUSANA Y COMPAÑEROS, mártires. — Nació en Braga, que entonces era de Galicia y hoy pertenece a Portugal. Aunque sus padres eran gentiles, ella se convirtió a la fe de Cristo por las exhortaciones de un hermano suyo llamado Cucufate, que había sido instruído y bautizado por San Basilio, obispo de la ciudad, el cual no paró hasta ver convertidos a otros dos hermanos, Víctor y Torcuato, que la Santa tenía. Víctor, el menor de los cuatro, fué el primero en conquistar la corona del martirio. El procónsul Galba llegó a saber que también Susana, Cucufate y Torcuato eran cristianos; llamólos a su presencia y les recordó los tormentos que había infligido a Víctor y los amenazó con la misma muerte si no renunciaban a su religión. Después de una calurosa exhortación de Susana a sus hermanos, los tres fueron entregados a horribles tormentos, no cesando ellos de alabar a Dios. Recibieron el premio el 12 de abril del año 69.



Cetro y corona real — Palma y medalla del mártir

DÍA 13 DE ABRIL

SAN HERMENEGILDO

REY Y MÁRTIR (555? - 585)

COMO todo el imperio romano, España supo aprovechar la paz que en 313 dió a la Iglesia el edicto de Constantino; pero para nuestra patria esa paz sólo debía durar un centenar de años. En el siglo V los vándalos y los visigodos invadieron sucesivamente a la Península y la devastaron. Esos bárbaros, que eran arrianos y negaban, por lo tanto, la divinidad de Jesucristo, fueron para los católicos más crueles que lo habían sido los mismos paganos, quienes podían alegar como disculpa el deseo natural de no dejarse suplantar por la nueva religión, y el amor a la propia vida; pero los conquistadores arrianos obedecían a la feroz pasión de esclavizar a la vez los espíritus y los cuerpos.

Por espacio de casi dos siglos, durante la dominación visigoda, reinó la persecución en el país en estado casi endémico y la verdadera fe se vió molestada y perseguida como nunca lo había sido durante las persecuciones de los emperadores romanos. Gran milagro, sin duda, que el odio sectario de los conquistadores no lograse vencer la constancia de los católicos y que España toda no se viese arrastrada a una apostasía general. La herejía no logró sino aumentar el número de mártires, y uno de los últimos episodios de esa atroz persecución es el que vamos a referir. El héroe y el protagonista es el joven rey San Hermenegildo.

PRIMERA EDUCACIÓN DE SAN HERMENEGILDO

HABÍA muerto en 567 el rey de los visigodos Atanagildo y los grandes del reino eligieron en su lugar a sus dos hermanos Liuva y Leovigildo. Seis años después quedó Leovigildo único posesor del trono. Este príncipe, uno de los más gloriosos de la monarquía visigoda en lo político, había casado con Teodosia, hermana de San Leandro y de San Isidoro, obispos de Sevilla, y de ella tuvo dos hijos: Hermenegildo, que nació hacia el 555, y Recaredo. Casado con una católica y cuñado de dos obispos católicos, jamás había mostrado Leovigildo hostilidad hacia la verdadera fe.

Tuvo cuidado de que sus hijos recibiesen el bautismo de los arrianos, pero no por eso se opuso a que fuesen enviados a la escuela episcopal que San Leandro había fundado en Sevilla. Este santo prelado, al adoptar una línea de conducta que en nuestros días siguen los misioneros católicos en los países paganos civilizados, no se propuso directamente la conversión de sus sobrinos, sino solamente inculcarles alta y respetuosa idea de la fe católica y disipar de su espíritu las prevenciones que para ella pudieran abrigar los dos jóvenes. Hermenegildo y Recaredo, eran, pues, arrianos cuando se separaron de su tío y maestro para regresar al lado de su padre a Toledo, pero llevaban en el fondo de su alma excelentes disposiciones respecto al catolicismo. El porvenir debía demostrar la benéfica influencia que sobre los dos príncipes ejerció su educación primera.

Cuando Leovigildo subió al trono, viudo ya de Teodosia desde hacía varios años, casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de su hermano Atanagildo. Esta desalmada mujer era furibunda arriana; desde los primeros días de su matrimonio con el nuevo rey le determinó a proseguir la persecución contra los católicos, y vió plenamente cumplidos sus perversos propósitos. Según San Gregorio turonense, esa persecución fué horrible. Los verdaderos fieles vieron confiscados sus bienes, fueron arrojados a los más inmundos calabozos, flagelados, desterrados, asesinados o condenados a morir de hambre. El historiador de los francos atribuye a Gosvinda la responsabilidad de todos esos horrores y añade: «Dios la castigó de una manera ejemplar. Ella que había hecho arrancar los ojos a tantos católicos, quedó ciega y sus ojos cubiertos de una espesa catarata.» Concíbese que semejante monstruo no retrocediera ante ningún obstáculo para saciar su rabia contra los discípulos de Jesucristo, y que con tal de verla satisfecha no vacilara en sembrar la discordia en el seno de su propia familia.

MATRIMONIO DE SAN HERMENEGILDO. — ES ASOCIADO AL TRONO

HABÍA llegado Hermenegildo a la edad de casarse, y su padre pensó pedir para él la mano de una princesa de la familia real de los francos. Dirigióse a Sigeberto I, rey de Austrasia, casado con Brunequilda, hija de Atanagildo y de Gosvinda. Tenía Sigeberto una hija llamada Ingunda, pariente, por lo tanto, de Leovigildo y de Hermenegildo, en segundo y tercer grado, respectivamente. Aunque sólo contaba doce o trece años, circunstancia que no implicaba dificultad en aquella época, en ella puso los ojos el rey de los visigodos. En consecuencia, envió una embajada a la corte de Austrasia que acogió favorablemente la demanda de Leovigildo. Poco después, Ingunda, acompañada de una brillante escolta, partió para Toledo, adonde llegó durante el año 579.

Fué acogida con grandes honores. Gosvinda se mostró en extremo satisfecha de conocer a su nieta y Hermenegildo se felicitó de haber hallado una esposa cuyas bellas prendas le presagiaban largos años de felicidad. Ingunda concibió en seguida el más tierno y vivo afecto hacia su esposo y su joven corazón se abrió a las más halagüeñas esperanzas. Había contado sin el sectarismo de una hereje, o —como dice un historiador— sin la envidia ridícula de una vieja contra una niña graciosa y encantadora.

Apenas celebrado el matrimonio, se impuso Gosvinda la obligación de convertir al arrianismo a la princesa Ingunda y hacerla bautizar nuevamente según el rito de los herejes. Al principio se sirvió de todos los medios de persuasión con gran acopio de alabanzas y caricias. Ingunda permaneció inquebrantable y resistió a todas las insinuaciones, contentándose con decir: «Me basta haber sido bautizada una vez y regenerada en nombre de la Santísima Trinidad, en la que adoro a las tres Personas iguales en un todo. Esa es la creencia de mi alma y no me apartaré de ella jamás».

Exasperada cierto día por tan invencible firmeza, Gosvinda no pudo contenerse más, se precipitó sobre su nuera y nieta, la agarró por los cabellos, la arrojó al suelo y la pisoteó hasta que el cuerpo de la infortunada princesa quedó cubierto de sangre. La hizo después desnudar y meterla en una piscina llena de agua para darle por fuerza un bautismo sacrílego.

Ese acto de salvajismo determinó a Leovigildo a tomar medidas radicales. Disgustado ante semejantes escenas, el rey envió a su hijo y a su nuera a Andalucía. Según San Gregorio, queriendo Leovigildo asegurar el trono a sus descendientes, lo compartió con sus dos hijos y dió al mayor Andalucía, con Sevilla por capital.

CONVERSIÓN DE SAN HERMENEGILDO

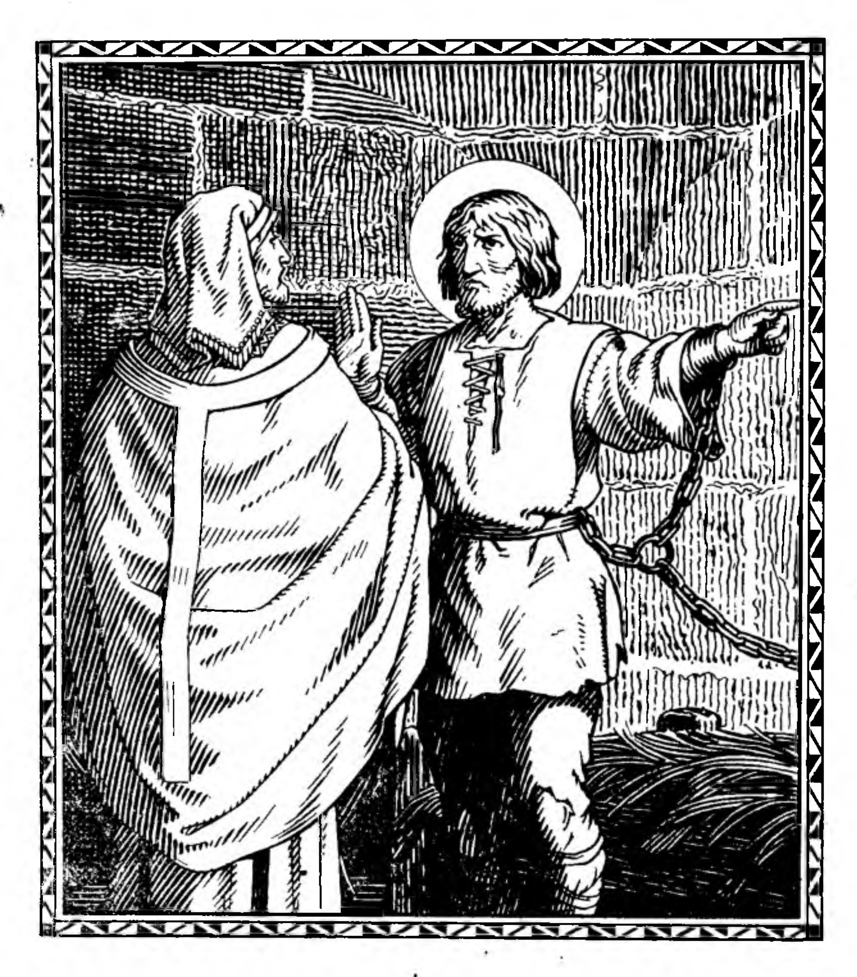
SEAN cualesquiera las razones, el caso es que Hermenegildo e Ingunda se marcharon de Toledo y se instalaron en Sevilla en el año 580. Los primeros meses pasados en la capital de su reino fueron para los dos esposos los más felices de su matrimonio. Algo faltaba, sin embargo, para que la dicha de Ingunda fuese completa: Hermenegildo continuaba siendo arriano. Todo su afán fué, pues, lograr la conversión de su esposo. Acudió primero a la oración y luego, con la mayor discreción, pero con tenaz perseverancia, trató frecuentemente con Hermenegildo de este negocio y logró que le prometiese al fin reflexionar seriamente sobre ello.

Hermenegildo recordaba con encanto los años que pasó en la escuela de su tío San Leandro y volvió a ponerse nuevamente bajo la dirección de tan sabio y santo prelado, el cual con honda satisfacción cuidó de instruirle en la fe católica. Pronto se halló dispuesto para el bautismo católico. La ceremonia se hizo con la mayor pompa, y el propio San Leandro actuó de celebrante. Inmediatamente después le administró la confirmación y le impuso el nombre de Juan, aunque la historia ha conservado el de Hermenegildo. En recuerdo de hecho tan memorable, el joven príncipe hizo acuñar monedas de oro con su efigie y las palabras de San Pablo: «*Hæréticum hóminem devita:* Apártate del hereje».

La conversión de Hermenegildo fué completa y colmó de gozo a Ingunda, que tan perfectamente había realizado la palabra del Apóstol: «El esposo infiel es conquistado para Dios y santificado por la esposa fiel.» Los católicos de toda España se sintieron grandemente animados y reconfortados con tan fausto acontecimiento, y se formó un partido numeroso que, a las órdenes de Hermenegildo, estuvo preparado para resistir las persecuciones de Leovigildo. Pero los designios de Dios no son como los de los hombres, y la hora señalada por la Providencia para dar la paz a los católicos de España y convertir a la nación visigoda no había sonado todavía. No por las armas, sino por la sangre de un mártir debía ser rescatado aquel pueblo que tenía que llamarse católico por antonomasia.

GUERRA ENTRE LEOVIGILDO Y SAN HERMENEGILDO

AL saber la conversión de su hijo mayor se llenó Leovigildo de violenta cólera. Convocó en Toledo un concilio de obispos arrianos para devolver —según decía— a la doctrina arriana su prístina pureza y, excitado por Gosvinda, redobló sus rigores contra los católicos. Ordenó al mismo tiempo a Hermenegildo que se presentara inmediatamente en Toledo.



ESTANDO *San Hermenegildo bárbaramente aherrojado en la prisión, se presenta un obispo arriano y ofrece darle la Comunión por su sacrílega mano. El santo Mártir no sólo rechaza tal proposición, sino que reprende al obispo intruso, le despacha y declara que no volverá a recibirle.*

Conocedor de los excesos de su padre contra los católicos y temiendo con razón por su propia vida, el joven monarca permaneció en Sevilla y se preparó a la defensa en caso de ataque.

Los griegos de Bizancio, que anteriormente habían cedido España a los bárbaros, volvieron a ella llamados por Atanagildo para que le ayudaran a combatir contra Agila, cuya tiranía provocó la rebelión de sus súbditos. Quedáronse después en España y se establecieron fuertemente en las principales ciudades del litoral mediterráneo. En las críticas circunstancias en que se hallaba, no vaciló Hermenegildo en seguir el ejemplo de su tío y entabló negociaciones con el representante del emperador para ganar su apoyo en caso de guerra.

La conducta de Hermenegildo en ese trance ha sido duramente condenada por algunos historiadores modernos, enemigos de la Iglesia; pero tiene fácil explicación y justificación con sólo atenerse a la mentalidad de aquella época. De los historiadores contemporáneos ninguno reprocha tal proceder al joven príncipe, porque la alianza con los griegos no fué llamamiento a los extranjeros contra la patria, ya que los emperadores de Oriente podían ser considerados, por lo menos nominalmente, como los señores feudales de los reyes visigodos. Por otra parte, la guerra que se originó no fué la lucha del hijo rebelde contra su padre, sino la de un partido vejado y oprimido contra el injusto y tiránico opresor. Y, por último, no fué precisamente Hermenegildo quien rompió las hostilidades, sino Leovigildo, limitándose aquél y sus partidarios a atender a su propia y legítima defensa.

Del brevísimo reinado de Hermenegildo, sólo nos quedan algunas monedas con su efigie y esta leyenda: «*Omnes nobis obediant:* Que todos nos obedezcan», y una curiosa inscripción cuya traducción es la siguiente: «Jesucristo. En el nombre del Señor. En el segundo año del reinado de nuestro señor el rey Hermenegildo, a quien hace perseguir su padre el señor rey Leovigildo, en la ciudad de Sevilla, por el duque Aion». Por tanto, fué en el año 582 cuando salió a campaña Leovigildo.

Éste encargó a Aion, uno de sus generales, el mando de las tropas que debían atacar a Hermenegildo, y él se dirigió a Mérida, se apoderó de ella y de Cáceres, y obligó a Miro, rey de los suevos, que avanzaba en socorro de Hermenegildo, a retroceder a sus Estados. Después, por treinta mil reales de oro compró a los griegos, los cuales huyeron en lo más fuerte de la pelea y contribuyeron así a la derrota de los católicos. Finalmente apareció Leovigildo ante Sevilla. Tras dos años de sitio se rindió la ciudad, ya reducida al último extremo y casi por completo destruída.

Logró Hermenegildo huir hasta Córdoba y se refugió en una iglesia. Antes de salir de Sevilla pudo organizar la huída de su esposa y del hijo que hacía poco le había dado.

LEOVIGILDO APARENTA RECONCILIARSE CON SU HIJO

POR el hecho de refugiarse en una iglesia, el príncipe vencido daba a entender que renunciaba a proseguir la lucha y quería evitar a su padre el horror de llegar a mayores extremos con su persona, porque —decía— es un crimen para un padre matar a su hijo, como lo es para un hijo atentar a la vida de su padre. En aquella época las iglesias gozaban del derecho de asilo y ese privilegio raras veces era violado. Por irritado que estuviese Leovigildo y por muy bárbaro que fuese no se atrevió a violar aquel asilo y acudió a la astucia para apoderarse de la persona de su hijo: al efecto le envió a Recaredo, su hijo menor.

Era Recaredo de carácter franco y leal y se hallaba muy lejos de sospechar la perfidia de su padre, por lo que aceptó contentísimo la misión que le confiaba. En cuanto vió a su hermano corrió a él, le abrazó tiernamente y le dijo:

—Vengo para llevarte a nuestro padre; prostérnate ante él y ponte en sus manos: te lo perdonará todo y te conservará todos tus poderes y dignidades.

Pero Hermenegildo, desconfiando con fundamento de tan halagüeñas promesas, prefirió seguir los consejos de la prudencia y se negó a abandonar aquel asilo.

—No —contestó—; yo no puedo presentarme a nuestro padre; prefiero le ruegues que venga él y me diga lo que desea de mí.

Cuando Recaredo le comunicó la respuesta de Hermenegildo, como tenía decidido empeño en apoderarse de la persona de su hijo, se resignó Leovigildo y marchó a Córdoba. En cuanto Hermenegildo vió a su padre, corrió hacia él y se echó a sus pies. Leovigildo le levantó, le abrazó con ternura perfectamente simulada, le infundió confianza y, con palabras cariñosas, le llevó al campamento de los visigodos. Pero en cuanto llegaron a él cambió la escena totalmente: aquél padre indigno se quitó la máscara y abrumó a su hijo con las más sangrientas injurias, tratándole de ingrato, parricida, criminal y reprochándole el haber hecho alianza con los griegos y el haber enviado a su mujer y a su hijo a la corte de Constantinopla.

—Si he tratado con los griegos —replicó Hermenegildo— ha sido para defender mi vida y, si he confiado mi esposa y mi hijo al emperador, ha sido únicamente para librarlos de los peligros que pudieran correr.

Nada quiso oír Leovigildo y, faltando a la palabra empeñada, hizo despojar al infortunado Hermenegildo de sus vestiduras reales, le privó de todos sus bienes y le envió a Valencia.

HERMENEGILDO, EN TARRAGONA. — CÁRCEL Y MARTIRIO

LOS últimos días de San Hermenegildo, o sea, el tiempo transcurrido desde su destierro hasta su muerte, se hallan envueltos en cierta oscuridad. Según un historiador contemporáneo, se escapó de Valencia, renovó las hostilidades y fué vencido y hecho prisionero en los alrededores de Tarragona. Ningún otro cronista de la época relata esos hechos de tanta importancia y ese silencio permite suponer que por orden de su padre fué conducido de Valencia a Tarragona.

De todos modos, en la primavera del 585 se hallaba en una prisión de Tarragona. ¡Qué cambio se había operado en él! Ya no es el joven príncipe a quien hemos visto luchar para defender su corona y su vida; está en un oscuro calabozo, cargado de pesadas cadenas y voluntariamente vestido con áspero cilicio.

Ha comprendido que su corazón no estaba hecho para apegarse a un reino terrestre, y ha sentido desprecio tanto más profundo de los vanos honores de este mundo cuanto más dura ha sido la prueba de su fragilidad. En adelante sus pensamientos y sus deseos se dirigirán únicamente hacia la patria celestial; pasa los días en oración y se prepara para la muerte que ciertamente le espera.

Porque después de una entrevista con su padre en la que éste puso en juego todos los medios para arrancarle una apostasía, recibió la visita de un ángel y el mensajero celeste le predijo su próximo martirio.

La gran solemnidad de la Pascua se hallaba próxima y, queriendo recibir Hermenegildo los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, pidió la asistencia de un sacerdote católico. Pero tan legítima petición no fué atendida. En la víspera o tal vez por la mañana del día mismo de Pascua, recibió el cautivo en su celda la visita de un obispo arriano para proponerle la comunión sacrílega.

—Si aceptáis —le decía el obispo—, todo lo olvidará vuestro padre, os perdonará y os pondrá otra vez en el trono, de lo contrario está firmada vuestra sentencia de muerte.

Rechazó Hermenegildo con desdén aquellos ofrecimientos inaceptables para su conciencia recta y reprochó al prelado hereje el indigno papel a que se había prestado.

Cuando se retiró el obispo, arrojóse Hermenegildo en brazos de la divina misericordia, imploró el perdón de sus pecados y encomendó los suyos a la bondad del Señor, rogó por sus perseguidores y esperó al verdugo. Aquella misma tarde penetró en la cárcel, mandado por Leovigildo, el soldado Sisberto y de un hachazo le cortó la cabeza. Era el 13 de abril del año 585.

Algunos escritores han querido privar a Hermenegildo del título de mártir. Según ellos, su muerte fué el castigo de su sublevación política contra su padre. Admitamos que el joven monarca fuese encarcelado por motivos políticos, aunque ciertamente las providencias tomadas por Leovigildo contra su hijo más parecían inspiradas en el odio a la fe católica; pero no deja de ser cierto que ya en la cárcel quisieron hacerle apostatar de la fe católica y que sólo ante su negativa constante se resolvió Leovigildo a dictar la sentencia de muerte. Además, todos los contemporáneos opinan de ese modo y el mismo Dios se encargó de manifestar con prodigios la santidad de su siervo.

ARREPENTIMIENTO DE LEOVIGILDO. — CONVERSIÓN DE LOS VISIGODOS

PERO el prodigio más extraordinario y más cierto fué el cambio casi repentino que se operó en el corazón de Leovigildo. Poco después de la muerte de su hijo sintió profundamente su extremada crueldad y reconoció la verdad de la fe católica, aunque no tuvo valor para abjurar públicamente el arrianismo. Habiendo enfermado gravemente llamó al arzobispo de Sevilla, San Leandro, su cuñado, para recomendarle que velase por su hijo Recaredo que debía sucederle. Y poco después murió.

En aquellos últimos momentos, ¿fué el arrepentimiento de Leovigildo suficiente para asegurar su salvación eterna? Sólo Dios lo sabe; pero nos inclinamos a creer piadosamente que el hijo mártir obtuvo del Señor aquella suprema gracia para su padre.

Desde que subió al trono Recaredo siguió los consejos de su tío San Leandro y gobernó con prudencia sus Estados. De allí a poco abjuró la herejía arriana y se convirtió al catolicismo; su conversión trajo la de todo el pueblo visigodo. «Ese cambio maravilloso —dice el papa San Gregorio Magno, amigo íntimo de San Leandro— no se hubiera realizado en modo alguno si Hermenegildo no hubiese derramado su sangre por la verdad».

El cuerpo del santo mártir se conserva en Sevilla, excepto la cabeza que fué llevada a Zaragoza cuando los moros se adueñaron de Andalucía. También se veneran algunas reliquias en el monasterio de El Escorial, en el colegio de los Jesuítas de Sevilla, en Ávila y en Plasencia. En el siglo XVI el papa Sixto V concedió el oficio del Santo para toda España y, en el siglo siguiente, el papa Urbano VIII lo extendió a toda la Iglesia.

España ha considerado siempre a San Hermenegildo como uno de sus mayores protectores.

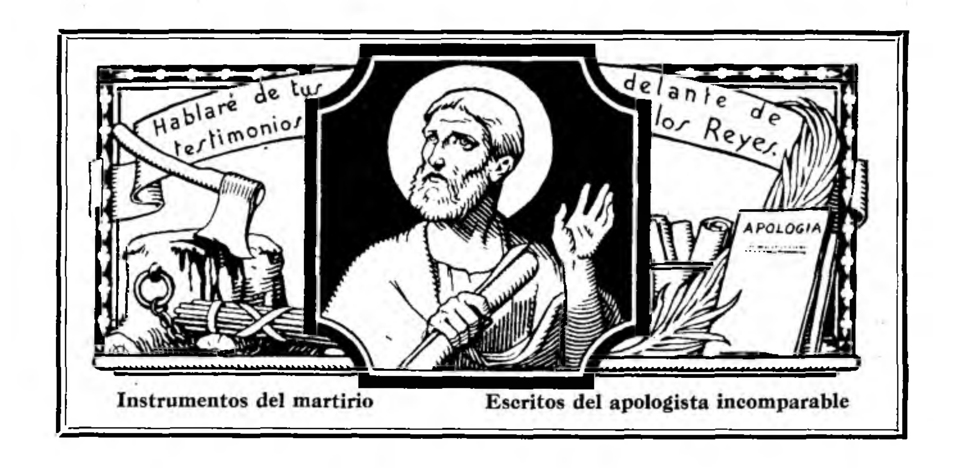
SANTORAL

Santos **Hermenegildo, rey y mártir;** *Carpo, obispo de Tiatira, y compañeros, mártires; Marcio, abad en Auvernia;* Caradoco, eremita en el país de Gales; Urso, obispo de Ravena, su ciudad natal; Máximo, Quintiliano, Dabas y Crescente, mártires; Román, obispo de Metz; Guinoco, obispo en Escocia; Eleuterio, Teodosio y Zoilo, mártires en Persia, en la persecución de Sapor (s. IV). Santas *Ida, condesa de Bolonia;* Eufemia y Eucapia, mártires en Calcedonia; Neopista, virgen y mártir.

SANTOS CARPO, PAPILO, AGATODORO Y COMPAÑEROS, mártires. — Naturales de Pérgamo, fueron educados piadosamente por sus padres. Cuando Decio, en 250, ordenó la persecución contra los cristianos, Carpo era obispo de Tiatira, Papilo, su diácono, y Agatodoro, su criado. Los tres y otros muchos cristianos —entre ellos, Agatónica, hermana del prelado y mujer de grandes prendas—, fueron conducidos ante el procónsul; pero ninguno de ellos se acobardó, antes se mostraron todos decididos a perseverar en su religión y en su fe, a costa de los mayores tormentos. Fueron paseados por las calles, desnudos y cargados de cadenas; les confiscaron los bienes, y fueron maltratados y apaleados. Agatodoro murió en estos suplicios, pero los demás tuvieron que soportar nuevos padecimientos, pues se vieron azotados con varas erizadas de espinas, desgarradas sus carnes y, finalmente, colgados por los pies. Carpo y Papilo fueron echados al fuego, donde consiguieron la corona que Dios tiene preparada a los que le aman.

SAN MARCIO, abad. — Nació y vivió en Auvernia, región central de Francia, a mediados del siglo V. Desde los primeros años de su vida se formó un ideal sublime: el ideal de la santidad, la cual se propuso conseguir con todas las fuerzas de su alma. Su conducta de niño y de joven estuvo en consonancia con este plan de santificación, pues no perdonaba medio alguno para practicar la virtud en todo cuanto realizaba: oraciones, mortificaciones, ayunos, vigilias, huída de las ocasiones; todo lo puso a contribución para conservar en su corazón las tiernas flores de la humildad y castidad. Pero todo esto fué meritoriamente incrementado desde que cumplió los veinticuatro años, pues entonces vivió apartado del mundo en una pobre celda o barraca, transformada después en amplio monasterio, del cual fué abad. Dios le concedió el don de milagros. A los ochenta y cuatro años de edad se durmió plácidamente en el Señor.

SANTA IDA, condesa de Bolonia, en el norte de Francia. — Vino al mundo hacia el año 1040, y fué hija de Godofredo, duque de Lorena. Estuvo educada en un ambiente de piedad y laboriosidad, y cultivó con esmero el estudio. Casó con el duque de Bolonia, Eustaquio II, que la favoreció en todo lo referente a prácticas de piedad, de las que él mismo participaba. Dios les concedió tres hijos y varias hijas, y a todos crió Ida a sus pechos y educó personalmente. Vestía humildemente y hacía participar de sus riquezas a los pobres. El pueblo entero la quería y respetaba. Sus hijos, Godofredo de Buillón y Balduino, fueron reyes de Jerusalén, cuyo territorio conquistaron en la primera Cruzada. Murió su esposo poco después de haber prestado ayuda al duque de Normandía para la conquista de Inglaterra. Tras larga enfermedad, entregó ella también su espíritu al Señor el 13 de abril del año 1113. San Anselmo de Cantorbery, que fué su director, la llama hermana suya muy querida e hija carísima en Jesucristo.



DÍA 14 DE ABRIL

SAN JUSTINO EL FILOSOFO

APOLOGISTA Y MÁRTIR (103 - 167)

EN el año 72, dos después de la destrucción de Jerusalén, el emperador Vespasiano hizo reedificar la ciudad de Siquén, célebre por el encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob. Llamóla Flavia Neápolis —hoy Naplusa— y la repobló con familias procedentes de Italia. En el seno de esa colonia romana nació San Justino, en los primeros años del siglo II, probablemente en el 103.

Sus padres eran paganos y él dice de sí mismo que era un incircunciso. Como casi todos los hombres de letras de aquella época, aunque exteriormente aparentaban adhesión al politeísmo, no tenían la menor fe en semejantes doctrinas. La razón humana había conquistado por fin la verdad de la existencia de un solo Dios, y las enseñanzas de los filósofos coincidían casi con unanimidad en ese punto. Además, aunque los miembros de la colonia romana de Neápolis apenas tenían trato con los habitantes de la región, no es probable que Justino ignorase en su infancia el monoteísmo y la moral de los judíos.

Dios, en su bondad, le había concedido alma recta y espíritu penetrante y ávido de saberlo todo. El deseo de conocer a ese Dios único fué su pasión, y para hallarlo pasó de una a otra escuela y de un filósofo a otro de los que entonces tenía más predicamento.

EN BUSCA DE LA VERDAD

DESDE mis años juveniles —dice de sí mismo— me sentí dominado por un amor ardiente a la Filosofía. He puse bajo la dirección de un estoico, pero después de haber estado mucho tiempo con él, me convencí de que no aprendía nada de Dios, cuyo conocimiento —según afirmaba— era inútil. Me separé de él para seguir a un peripatético, hombre de gran finura de espíritu, según propio parecer.

A los pocos días me habló de los honorarios que debía darle, para que sus lecciones fueran provechosas para los dos. No podía yo concebir cómo un alma tan baja fuese la de un filósofo, porque la sabiduría no se vende; y sin más me aparté de su lado.

Después acudí a un pitagórico de gran reputación y que también estaba muy pagado de su saber. Al exponerle mi deseo de ser discípulo suyo, me replicó:

—Perfectamente, amigo mío; pero ¿sabes la Música, la Astronomía y la Geometría? Sin esos conocimientos preliminares que desprenden el alma de los objetos sensibles, no podrás profundizar en los secretos de la Filosofía ni llegar a la contemplación de la belleza y de la bondad soberanas.

Confesé ingenuamente que ignoraba esas ciencias, y sin más formalidades me despidió.

Quedéme grandemente decepcionado de mi desventura, y tanto más afligido cuanto que atribuía cierto mérito a aquel doctor. Pero como los estudios preliminares que de mí exigía tenían que ser necesariamente muy largos, no me sentí con suficiente valor para vencer tan dura prueba.

En la incertidumbre en que me hallaba, decidí acogerme a los platónicos. Había en mi ciudad un hombre de buen juicio y de los más distinguidos de entre ellos. Sostuve con él varias conversaciones que me aprovecharon mucho. De tal modo, que al poco tiempo me tuve por sabio y fuí lo bastante necio para creer que inmediatamente iba a ver a Dios: porque la visión de Dios es precisamente el objeto de la filosofía de Platón.

¡Ilusión sublime, pero ilusión al fin! Justino quiere contemplar a Dios. No es un sofista que se entretiene en el placer intelectual que procuran los goces del raciocinio, es un hombre de acción que ama la verdad para practicarla.

Oigamos sus palabras:

—Paseábame cierto día por la orilla del mar y noté que un anciano seguía mis pasos. Era de majestuosa presencia y respiraba toda su persona gravedad y dulzura; al encontrarnos entramos en conversación.

Desde las primeras palabras manifestó el anciano su desconfianza en la Filosofía, y por una serie de objeciones insospechadas que planteaban nue-

vos problemas insolubles para la razón, quebrantó la confianza del joven en sus maestros y le obligó a confesar que habían presumido demasiado de las fuerzas humanas.

—Todos los filósofos —dijo el anciano— se han extraviado en las sendas del error y ninguno de ellos ha conocido bien ni a Dios ni al alma razonable.

—Si ellos no pueden enseñarnos la verdad —exclamé entonces—, ¿a qué maestros debemos seguir?

—En tiempos muy remotos —contestó el anciano— y muy anteriores a los filósofos, hubo hombres justos y amados de Dios, que, inspirados por el Espíritu divino, vaticinaron cuanto ocurre en el mundo. A esos hombres se los llamó profetas. Sólo ellos conocieron la verdad y sólo ellos la anunciaron a los hombres. Predicaron lo que de lo alto les fué revelado y sus escritos, que todavía poseemos, nos dan a conocer perfectamente la primera causa y el último fin de todas las cosas. Para establecer la verdad de las cosas no empleaban ni disputas ni sutiles razonamientos. Lo que infunde fe en sus palabras son sus predicciones ya cumplidas o que se van cumpliendo y los milagros que obraron. Realizaban esos prodigios en nombre de un solo Dios creador de todas las cosas y de su hijo Jesucristo, que debía venir al mundo según decían y que, en efecto, vino.

Y tú —dijo el desconocido al terminar— ruega con ardientes plegarias para que las puertas de la luz te sean abiertas, porque nadie puede comprender tales cosas si Dios y su Cristo no se las dan a entender.

Dichas esas palabras desapareció el anciano y no se le volvió a ver.

Sentí entonces —añade Justino— que súbitamente se encendió en mi alma una viva llama y quedé prendado de amor a los profetas y a aquellos hombres amigos de Cristo; y, reflexionando sobre las palabras del anciano, hallé que aquella filosofía era la única verdadera y útil.

Estudió los Libros Santos y su espíritu quedó iluminado; el valor moral del cristianismo le conmovió profundamente.

—Cuando era discípulo de Platón —escribe—, al oír las acusaciones lanzadas contra los cristianos y verles intrépidos en presencia de la muerte y de cuanto los hombres más temen, me decía que era imposible que viviesen en la maldad y en el amor a los placeres.

Justino ve de cerca a los cristianos y aprende a conocerlos, los admira y se convence de la energía que la fe les infunde para llevar una vida santa en medio de un mundo corrompido y para soportar con alegría los tormentos del martirio. Abraza con amor una fe que da tales prendas de inmortalidad y se hace bautizar. Tenía unos treinta años y era poco antes de la guerra de Barcoquebas (132-135).

Desde entonces llevó una vida austera y santa y, devorado por la llama del apostolado, consagró su vida a la enseñanza y a la defensa del cristianismo.

LAS PRIMERAS ESCUELAS CRISTIANAS

CUANDO los Apóstoles habían sembrado la buena nueva en una comarca, iban a otras conquistas; pero dejaban a sus discípulos más fervorosos e instruídos el cuidado de mantener la fe en los corazones. Los obispos, sucesores inmediatos de los Apóstoles, seguían instruyendo a los fieles. Más tarde los pontífices prepararon sacerdotes que enseñaban públicamente la religión cristiana y demostraban, por la razón, la falsedad y lo absurdo del paganismo. Así nacieron las escuelas cristianas.

Justino no fué sacerdote, ni siquiera diácono; pero no se creyó por eso dispensado de enseñar.

—Todos los que pueden enseñar la verdad y no la enseñan —escribe Justino— serán juzgados por Dios... Nuestro deber —añade en otro paso— es dar a conocer a todos cuál es nuestra doctrina, para que no nos sean imputadas las faltas de los que pecan por ignorancia, y no suframos el castigo de ellas. Como me ha concedido Dios la gracia de entender las Escrituras, procuro hacer partícipes de esa gracia a todos, por temor de ser condenado en el juicio de Dios.

Revestido del manto de los filósofos, emprendió numerosos viajes, fundando por doquier escuelas a estilo de los platónicos y de los estoicos, predicando la verdad en toda ocasión y refutando sin tregua las objeciones que le presentaban los partidarios de las diferentes sectas filosóficas o religiosas. Al mismo tiempo se informaba de las creencias y cultos de los pueblos que visitaba, y los conocimientos e informes que en tal concepto nos ha dejado son también de amplitud y seguridad extraordinarias.

Hallamos primeramente a Justino en Éfeso hacia el año 135. Allí, según se cree, escribió el famoso diálogo con el judío Trifón, maestro en Israel, a quien confundió con su ciencia de las Sagradas Escrituras, y a quien demostró con citas luminosas de los Libros Santos el cumplimiento de las profecías y la venida del Mesías en la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

De Éfeso pasó Justino a Roma, en donde abrió una escuela junto a la cátedra de Pedro y en el centro de la idolatría, encima de los Baños de Timoteo, en el monte Viminal. Los cristianos iban a oírle para fortalecer sus almas y los paganos para probar de convencerle de error; pero cada respuesta de Justino era un victoria, y no pocas veces tuvo la suerte y la dicha de conducir a sus adversarios al camino de la salvación. Porque ése era su único fin: deseaba ardientemente la salvación de los hombres. Enseñaba el cristianismo tradicional con gozo y ternura, para que a él se acogiesen los que, teniendo buena voluntad, eran débiles o se hallaban vacilantes. Sentía dicha infinita cuando, en sus admirables *Apologías,* podía mostrar la concordancia de la antigua sabiduría con las enseñanzas de Cristo.



ENCONTRANDOSE *San Justino en un lugar apartado vecino del mar, se le aparece un varón anciano y venerable, que traba conversación con él y le demuestra que la verdad no se halla en los filósofos que estudia, sino en los profetas y santos a quienes Dios ha alumbrado con luz del cielo.*

Pero no bastaba a su celo el estrecho recinto de una escuela; ansiaba comunicar la verdad al mundo entero.

Con ese fin escribió gran número de obras, de las que desgraciadamente se han perdido la mayor parte. Quedan todavía unas cuantas de tanto valor que ponen a San Justino en el primer lugar entre todos los apologistas del siglo II. Es, además, el primer autor que intentó dar un esbozo de Teología. Y fué también el primero que, convencido de la fuerza conquistadora de la verdad y persuadido de que el cristianismo era perseguido por ser mal conocido, trabajó audazmente por poner de manifiesto a la luz del día los dogmas y usos de la Iglesia que hasta entonces habían quedado ocultos en la sombra misteriosa de las catacumbas. Por eso los escritos de San Justino son en extremo preciosos como testimonios de la fe, de la liturgia y de la vida cristiana en aquella época.

Sus tres obras principales son: la primera *Apología*, escrita hacia el año 150; el *Diálogo con Trifón*, en el 155; y la segunda *Apología*, por los años 166 ó 167, poco después del suplicio de algunos mártires. Apenas hubo recibido el Bautismo cuando dirigió un *Discurso a los paganos*, cuyo objeto era justificar su conversión. Algún tiempo después escribió una *Exhortación a los griegos*. Además compuso un *Tratado de Monarquía*, o *de la Unidad de Dios*, y una *Carta a Diogneto*.

En el discurso dirigido a los griegos resumió los principales puntos de la moral y de los dogmas cristianos y, para hacer resaltar su superioridad divina, los comparó al tejido de mentiras y de infamias que constituían toda la religión de los paganos.

—Tal vez saquéis buen provecho de vuestros poetas y de las fábulas que cuentan de los dioses; pretendéis hallar la verdad entre los filósofos. Pero decidme: ¿quién puede entenderse en medio del laberinto de sus contradicciones? Ninguno de ellos ha logrado convencer a su contrario, ¡qué digo!, ni siquiera están de acuerdo consigo mismos. No merecen, pues, mayor crédito que vuestros poetas y sólo han servido para multiplicar los extravíos de estos últimos. Abjurad, por tanto, de tan vergonzosas como ridículas creencias y venid a participar de una sabiduría que no puede compararse con ninguna otra. Nuestro Jefe, el Verbo Divino, que marcha delante de nosotros, no exige ni la virilidad de los miembros, ni la nobleza de la sangre, sino la santidad de la vida y la pureza del corazón.

La contraseña de este conquistador de almas es la virtud, arma maravillosa que doma todas las pasiones; de esclavos de la muerte nos hace inmortales, y de esta tierra nos transporta a un cielo mil veces superior a vuestro Olimpo. Venid, pues, a instruiros en esta escuela divina. Yo era lo que sois; sed ahora lo que yo soy. Tal es la fe, tal es el Verbo cuyo poder me ha subyugado.

SAN JUSTINO Y LOS PERSEGUIDORES

AL principio del reinado del emperador Antonino Pío, que subió al trono en 138, los cristianos fueron víctima de los más terribles suplicios, y la Iglesia sufrió cruelmente porque la sangre de sus hijos corrió a torrentes. San Justino salió en su defensa, y la voz elocuente del filósofo convertido elevó sus quejas hasta el trono de los Césares. Hízolo sin debilidades y no temió denunciarse a sí mismo firmando valerosamente su primera *Apología.*

En nombre de la justicia, reclama San Justino para los discípulos de Cristo el libre ejercicio de su culto, favor que Roma concedía a todos los pueblos.

Después de demostrar la injusticia de los tormentos que se aplicaban a los cristianos, prueba el apologista la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, defiende a los fieles de todas las calumnias que les imputan sus enemigos y añade, dirigiéndose a los príncipes:

—Si nuestra religión os parece conforme a la razón y a la verdad, respetadla; si creéis por el contrario que todo es un tejido de futilidades, desdeñadla. En cuanto a nosotros bástanos haberos advertido: No evitaréis el juicio del Señor. Cualquiera que sea vuestra sentencia repetiremos siempre: Bendito sea Dios.

¿Impresionó al emperador este noble lenguaje? Tal vez muy poco. No obstante, en aquel reinado fué menos violenta la persecución y no pocas veces se quedaron olvidadas las leyes contra los cristianos. Pero la paz fué poco duradera, porque Marco Aurelio, que sucedió a Antonino Pío en 161, puso en vigor los edictos de muerte contra los hijos de la Iglesia. Pretendía obligar a todos los fieles a sacrificar a los ídolos.

Entre los cristianos surgió entonces un caso de conciencia pródigo en discusiones.

Una mujer de mala vida, que se había hecho cristiana, intentó inducir a su marido a que la siguiese en la senda de la salvación, hablándole de los fuegos eternos reservados a los que viven en la incontinencia y la degradación, sin que lograse nada a pesar de sus esfuerzos. Temiendo desde entonces participar de sus crímenes y de sus impiedades se separó de él. El pagano la denunció a los jueces, y la desgraciada mujer fué condenada a muerte por haberse apartado de la compañía de un hombre con quien no quería compartir la corrupción.

Ese crimen le sirvió a Justino de ocasión para escribir su segunda *Apología,* complemento de la primera, y la dirigió a Marco Aurelio. Los acentos de esta nueva defensa no eran menos enérgicos que los de la primera, pero no surtieron efecto alguno.

Tenía el emperador por favorito a un filósofo cínico, Crescente, que por su mala vida y su avaricia, se hacía odioso a los mismos idólatras y era el que más acusaba a los cristianos de adúlteros, homicidas y de otros actos nefandos. Había llamado a Justino varias veces a controversia pública y siempre había salido cubierto de vergüenza y confusión, quedando patentes sus mentiras y sus hipocresías, sin que nunca hubiese logrado coger en falta a su adversario.

El pagano se vengó de tantas derrotas, haciendo encerrar a Justino en un horrible calabozo.

CÓMO SABEN MORIR LOS CRISTIANOS

OTROS seis confesores llamados Carito, Caritana, Evelpisto, Hierax, Peón y Liberiano tuvieron el honor de compartir la cautividad y el martirio glorioso del ardiente defensor de la Iglesia.

Ponemos el relato sacado de las *Actas.*

«Justino y sus compañeros fueron conducidos al tribunal del prefecto de Roma, Rústico.

—Sé dócil a los decretos de los emperadores —dijo el juez al filósofo cristiano— y ofrece incienso a nuestros dioses.

—Obedezco los preceptos de Cristo y nadie tiene derecho a obligarme a violarlos —respondió el intrépido confesor de la fe—. He estudiado sucesivamente en todas vuestras escuelas de filosofía y he abrazado la fe de los cristianos porque es la única verdadera, aunque tenga tantos adversarios cuantos son los esclavos del error.

—¡Miserable! —interrumpió el pagano—, ¿cómo te atreves a alabarte de profesar semejante doctrina?

—Sí, me glorío de participar de la religión de los que adoran a un solo Dios creador del universo y confiesan que Jesucristo, su único Hijo, vino a la tierra según la predicción de los profetas para salvar a todos los hombres, de los cuales él será Juez supremo en el último día del mundo.

—Dime, ¿dónde tenéis vuestras reuniones?

—Nos reunimos dondequiera que podemos; nuestro Dios está en todas partes y no se le puede circunscribir a los límites de un espacio cualquiera; aunque sea invisible, llena la inmensidad de la tierra y de los cielos; le adoramos en todas partes y por doquier cantamos sus grandezas y sus glorias.

Esta respuesta no satisfizo al prefecto, que deseaba coger de una sola redada a todos los sacerdotes y fieles de la Iglesia de Roma.

—Quiero saber —dijo— dónde se reúnen los cristianos en esta ciudad.

Pero Justino, lejos de denunciar a sus hermanos, se contentó con dar su propio domicilio:

—Vivo cerca de las termas de Timoteo; todos los que han querido venir a mi casa han recibido de mí la enseñanza de la doctrina, única verdadera, que profesaré hasta la muerte.

Rústico preguntó a todos los demás acusados si eran cristianos. Confesaron todos animosamente su fe.

Y, dirigiéndose de nuevo a Justino, le dijo:

—Escúchame, pues, filósofo, cuya sabiduría y elocuencia tanto se ponderan: ¿crees seriamente que subirás al cielo cuando te haya hecho destrozar el cuerpo a fuerza de azotes y te hayan cortado la cabeza?

—Si tales son los suplicios que me reservas, espero merecer la recompensa otorgada a cuantos confiesan le fe de Jesucristo, y tengo la certidumbre de que la gracia divina me concederá eternamente los goces celestiales.

—Así, pues, ¿te imaginas de veras que irás al cielo?

—No me lo imagino, lo sé con certeza absoluta y no me queda de ello la menor duda.

—Basta ya de palabras —dijo el prefecto irritado—; se trata del punto capital: sacrificad todos a los dioses; si no obedecéis de grado, os forzarán a ello las torturas.

Tomó Justino la palabra en nombre de todos y dijo:

—Lejos de temer esos suplicios, queremos tener la gloria de sufrirlos en nombre de Jesucristo nuestro Señor; ese será nuestro inmortal honor en el tribunal de ese Juez supremo, cuando todos los hombres comparezcan ante Él.

Los otros seis mártires contestaron unánimes:

—No sacrificaremos jamás a los ídolos.

Entonces Rústico dictó la sentencia en estos términos:

—Por no haber querido sacrificar a los dioses ni obedecer a los edictos del emperador, esos rebeldes son condenados según los términos de la ley a sufrir primero la pena de la flagelación y a ser después decapitados.

Los santos confesores fueron conducidos al lugar destinado a las ejecuciones. En el camino cantaban las alabanzas del Señor. «Después de haberlos azotado —dicen las Actas de los Mártires—, cortó su cabeza el hacha del lictor y sus almas volaron al reino de Cristo nuestro Señor, a quien se dé honor y gloria por los siglos de los siglos».

Sucedió eso hacia el año 165 ó 166, en los primeros del reinado del emperador Marco Aurelio, apellidado el Filósofo y que —según decía— ¡hacía diariamente el examen de conciencia!

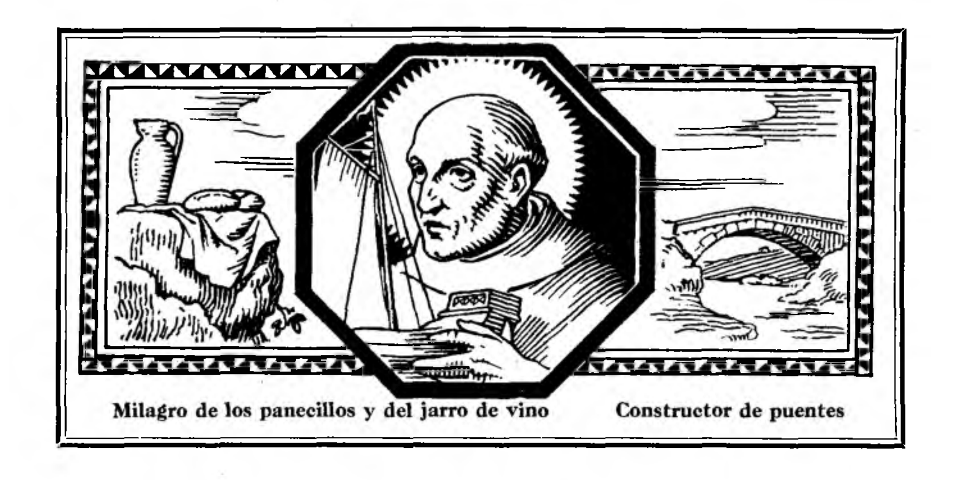
La Iglesia latina celebra la fiesta de San Justino el 14 de abril y la Iglesia griega el 1 de junio. León XIII extendió su culto a toda la Iglesia en 1882. San Justino es el patrono de las almas rectas, sinceras, decididas y valientes.

SANTORAL

Santos **Justino, filósofo, apologista y mártir;** *Valeriano, Tiburcio y Máximo, mártires;* Próculo, obispo y mártir; Ardalión, comediante; Lamberto, obispo de Lyón; Frontón, abad en el desierto de Nitria; Juan, Antonio y Eustaquio, mártires en Vilna, por guardar la abstinencia de carne; Benitico o Benito el Mozo, pastorcillo del Vivarés, que construyó milagrosamente un puente sobre el Ródano y fundó una Congregación destinada al servicio de los viajeros; Valeriano, primer obispo de Rosano (Italia); Abundio, sacristán de San Pedro de Roma. Santas *Liduvina de Schiedam;* Tomaida, mártir de la pureza; Domnina, virgen y mártir en Terni, con San Próculo y otros.

SANTOS VALERIANO, TIBURCIO Y MÁXIMO, mártires. — Valeriano, esposo de Santa Cecilia, fué convertido a instancias de ésta y previa una instrucción profunda en las doctrinas de Cristo realizada por el santo obispo Urbano, siendo papa San Eleuterio. Bautizado ya Valeriano, volvió a casa de su esposa, a la que encontró en oración, junto al ángel del Señor, que tenía en las manos dos hermosísimas coronas de rosas y azucenas, de las cuales dió una a Cecilia y otra al esposo, diciéndole: «Estas coronas os he traído del paraíso; guardadlas con puro y casto corazón...» Valeriano pidió al ángel la conversión de su hermano Tiburcio, y lo consiguió. El mismo Urbano bautizó a Tiburcio, el cual gozó también de la vista de los ángeles, realizaba cosas maravillosas, sanaba enfermos y obraba grandes milagros. Los dos hermanos se dedicaron a obras de caridad y animaban a los cristianos encarcelados y perseguidos. Sabedor de semejante conducta, el prefecto los condenó a muerte, y encargó la ejecución a Máximo, hombre principal de la prefectura; pero instruído Máximo por ambos hermanos, se convirtió al catolicismo, con toda su familia. Valeriano y Tiburcio fueron degollados, y Máximo, azotado con varas plomadas hasta que expiró. Con ellos fueron también martirizados: Diocleciano, Sinfronio, Ciriaco y Dócimo. Era el 14 de abril del año 178.

SANTA LIDUVINA, virgen. — Nació en Holanda, de padres ricos y piadosos. Fué modelo continuo de amor a Dios en medio de una enfermedad larga y cruel, la cual dispuso el Señor para que se manifestase su grandeza en esa heroína. Vivía milagrosamente: en treinta años comió menos pan del que un hombre sano come en tres días, ni durmió tanto como un hombre en tres noches; andaba a gatas con las rodillas en las manos; le brotó en las entrañas una apostema de la que salían multitud de gusanos. Dióle el fuego de San Antón, que le consumió el brazo derecho hasta los huesos; tenía la espalda podrida y desencajada del cuerpo; por la boca, narices, ojos y orejas le salía tanta sangre que causaba espanto; tenía llagados el pulmón y el hígado, y le aquejaba un profundo mal de piedra; a simple vista contemplaba sus entrañas salidas del cuerpo. A esto se añadieron ardientes y continuas calenturas y agudos dolores en la cabeza, frente y barbilla. Así vivió 38 años, y ello en la mayor pobreza, pues todo lo daba de limosna. En uno de sus repetidos éxtasis se quemó la carne con un brasero, pero lo notaron antes los que con ella estaban. Tuvo el don de milagros y de profecía, y podía leer en el fondo de las conciencias. Después de unos vómitos, expiró plácidamente el 14 de abril de 1433, y fué a participar de las dulzuras celestiales que le tenía Dios reservadas.



Milagro de los panecillos y del jarro de vino — Constructor de puentes

DÍA 15 DE ABRIL

SAN PEDRO GONZALEZ

DOMINICO (1190 - 1246)

SAN Pedro González, llamado vulgarmente *San Telmo,* ha sido siempre gran favorecedor de cuantos le han invocado en los peligros. Los marineros todos de España y Portugal le nombran y le invocan cuando aparece ese fenómeno natural llamado «Fuego de San Telmo», llamitas que brillan a veces en lo alto de los mástiles o en las ondas del mar y que, según creencia popular, los libran de naufragio o presagian el fin de la tormenta.

Galicia, sobre todo, siente por este Santo especial veneración; después del Apóstol Santiago parece ser el santo preferido por todos aquellos sencillos habitantes. Pero esta devoción no es exclusiva de España; también invocan fervorosamente a San Telmo los marineros bretones y los normandos y los marselleses y los genoveses y los sicilianos, y hasta los americanos.

Hay planteado a propósito de ese nombre un problema hagiográfico muy curioso, y que podemos resumir en pocas palabras. ¿Cómo y por qué razón ha sido invocado Pedro González con nombre distinto del suyo? Explican algunos esta anomalía porque, según parece, no lejos del lugar de su nacimiento vivió una familia de ese nombre; pero los del *Acta Sanctorum,* si-

guiendo paso a paso los rastros de esa apelación, han podido demostrar que en todos los textos anteriores al fin del siglo XV se nombra al santo dominico con su verdadero nombre: el nombre de «Sant Elmo» o por corrupción «San Telmo» se conocía mucho antes en el reino de Nápoles porque era el de un castillo feudal, el *Castel Sant'Elmo,* llamado también *Sant'Eramo;* en España, cerca de San Sebastián, tenían los Dominicos un convento, cuya iglesia, anterior al establecimiento de dichos religiosos en la citada ciudad, llevaba ya el nombre de San Telmo. Creen, pues, los Bolandistas que el verdadero San Telmo, es decir el primero, es verdaderamente San Erasmo, obispo y mártir cuyo cuerpo se conserva en la ciudad marítima de Gaeta, y que fué muy honrado en los siglos pasados entre los catorce o quince Santos que más se invocaban en trances de peligro. Los marineros de diversos países tenían desde remota fecha la costumbre de invocar a «Sant Elmo». Es de creer que con el tiempo los marineros españoles y portugueses, fueron sustituyendo —sin cambiar el nombre ya formado— a un santo por otro.

EL ESTUDIANTE. — UN CANÓNIGO JOVENCITO

PEDRO González nació probablemente en Astorga, y según otros en Frómista, a pocas leguas de Palencia. Pertenecía a muy ilustre familia: su padre había luchado heroicamente contra los moros, y su madre, emparentada con los reyes de León, era hermana del célebre don Tello muy conocido en nuestra historia patria y que gobernó como obispo la diócesis de Palencia desde 1212 a 1246.

El niño pasó los primeros años en casa de sus padres; pero desde que llegó a la edad de la razón, se hizo cargo de él su ilustre tío, con quien fué a Palencia.

Existía entonces en aquella ciudad una célebre universidad donde enseñaban afamados maestros. Allí afluía la juventud de toda España. Don Tello, que era el alma de aquella institución, a la que consagraba por entero sus preclaras dotes, tuvo particular esmero en ordenar sus estudios y obtener para el cuerpo docente, con la protección del rey de Castilla, gran número de privilegios.

En medio de aquella agitación y bullicio estudiantil, llevó Pedro González una vida pura y arreglada. Dotado de inteligencia extraordinaria, de espíritu vivo y perspicaz, pronto se hizo notar por su gran aprovechamiento. Ese gusto acentuado para el estudio y las esperanzas que despertaron sus triunfos universitarios, fueron sin duda los motivos que le apartaron de la carrera de las armas que con tanta gloria había seguido su padre. A estos motivos humanos se añadía una fe viva, aunque no lo bastante purificada

para retener al joven en el camino de la perfección. Los cargos eclesiásticos no eran a sus ojos más que un excelente medio para llegar a una brillante situación, y la protección de su tío, la nobleza y la riqueza de su familia, no menos que sus cualidades personales, le prometían rápidos adelantos en su carrera.

Y, en efecto, apenas terminó los estudios obtuvo una canonjía y, como quedara vacante la dignidad de deán del Cabildo, el obispo logró que Roma se la diese a su sobrino. Fué, pues, en sus años mozos elevado a la primera dignidad de su diócesis.

CONVERSIÓN DE UN CANÓNIGO MUNDANO

LA ambición de Pedro se hallaba plenamente satisfecha; pero Dios con su misericordia iba a salvar un alma que, sin caer en faltas graves, andaba lejos de la perfección sacerdotal.

Habíase decidido que el nuevo deán del Cabildo tomara posesión de su cargo el día de Navidad. Vistióse nuestro Pedro para aquel día con las galas de noble rico y, montado en un brioso caballo magníficamente enjaezado, atravesó las calles de la ciudad, con gran escándalo del pueblo. Cuando llegó a la plaza Mayor de Palencia, quiso hacer caracolear a su caballo para excitar más la admiración pública y ganar sus aplausos. Lo lanzó, pues, a toda brida; pero el caballo se encabritó en medio de su carrera, dió un paso en falso y tiró al jinete en un lodazal. Los espectadores celebraron la caída con gritos y burlas. El joven y elegante deán quedó de momento corrido y avergonzado. No se atrevía a levantar los ojos. Pero aquella caída y aquellas burlas le salvaron. Porque reaccionó súbitamente y exclamó con voz potente de modo que todos pudieran oírle:

—¡Cómo! ¿Ese mismo mundo a quien yo pretendía agradar se burla de mí? Pues bien; yo me burlaré también de él, y desde ahora le vuelvo la espalda para llevar vida mejor.

Así se determinó a servir a Dios con tanta y más atención que antes había servido a su vanidad, dejando de un golpe y por junto todo lo que el mundo le podía dar. Puso los ojos Pedro González en la religión de Santo Domingo. Había admirado en los Hermanos Predicadores la santidad de vida, que ofrecía raro contraste con la más o menos mundana de muchos eclesiásticos. Aquella virtud le atraía; pero hasta entonces no se había sentido con fuerzas para seguir tal vocación. La gracia pudo lo que parecía imposible a la naturaleza y, ya resueltamente convertido, obtuvo su admisión en la Orden. El apuesto caballero don Pedro González cedía el puesto al humilde fray Pedro, pobre y humilde religioso y discípulo ferviente de Jesucristo.

PRIMEROS TRABAJOS APOSTÓLICOS Y PRIMEROS PRODIGIOS

PASADOS tres años de vida ejemplar en el convento de Palencia, se hallaba fray Pedro preparado para afrontar los duros trabajos del apostolado. Atendiendo a los felices éxitos logrados en otros tiempos, parecía que su puesto era el de profesor de filosofía en la Universidad, y tal había sido la primera intención de los superiores; pero por el penoso recuerdo de su vida pasada anhelaba el digno religioso mayor apartamiento de los lugares donde había transcurrido su juventud y pidió que le dedicasen al apostolado de los pobres.

Viendo en ese deseo la voluntad del cielo, el prior le dió un compañero y le mandó a predicar por las más apartadas regiones de Castilla y León. Durante ocho años recorrió incansable las provincias del norte de España, anunciando en todas partes el Evangelio, y yendo de aldea en aldea a la conquista de almas. Esa existencia casi nómada tuvo un corto intervalo cuando fué nombrado prior del convento de Guimaraes, en el distrito de Braga (Portugal), donde tuvo el consuelo de recibir en la Orden a San Gonzalo de Amarante. Volvió luego a sus correrías apostólicas por Asturias, Aragón y Galicia. En ese inmenso campo de acción abierto a su apostólico celo, las almas rudas, pero buenas, ávidas de verdad, acudían a él con presura extraordinaria.

Y los milagros confirmaban las verdades que predicaba. En la orilla del mar dirigía un día su palabra llena de unción a un pueblo de pescadores que en gran número habían acudido par oírle, cuando repentinamente estalló violenta tempestad. El espanto se apoderó de aquella gente, que empezó a huir para ponerse en salvo; pero el predicador los tranquilizó, hizo en el aire la señal de la cruz e inmediatamente se alejó la tormenta, quedando el cielo despejado y sereno por encima de aquel pueblo fiel, mientras los alrededores sufrían los devastadores efectos del huracán.

Gustábale sobre todo el pueblo gallego, fiel y noble, en el que reconocía su propia naturaleza ennoblecida y no destruída por la gracia. Un día que predicaba en el valle del Miño vió gran número de aldeanos que vadeaban el río con gran dificultad y con inminente peligro de la vida; este peligro se renovaba diariamente porque las necesidades de la vida los forzaba a aquellos trabajos. Lleno de compasión, resolvió emprender la construcción de un puente. Difícil era la empresa y habría parecido imposible a cualquiera otro que no fuera del temple de fray Pedro; pero él, convencido de que no le faltaría el socorro del cielo, puso manos a la obra resueltamente. Obtuvo la ayuda del rey y de varios magnates, y logró que al cabo de poco tiempo quedase terminado el puente y pudiesen los habitantes del pueblecito de Castrillo, en los llanos de Ribadavia, atravesar el río sin peligro.



ATERRADA *queda la infame mujer ante el inesperado y terrible espectáculo; pero aun más maravillada al ver que el voraz elemento, lejos de causar el más leve daño a San Pedro González, ni siquiera ha prendido en sus vestiduras. Arrepentida hace confesión de todas sus culpas.*

CAPELLÁN DEL REY SAN FERNANDO

MÁS tarde hizo construir el mismo Padre otro puente en Ramollosa. El primero ya no existe desde hace muchos años; pero el segundo, aunque ya en estado ruinoso, sigue siendo magnífico testimonio de la caridad del Santo y de su tesón y firmeza de carácter.

San Fernando reinaba entonces en Castilla. Habíase enterado de la conversión del deán de Palencia, de su ingreso en la Orden Dominicana y del resultado de las misiones que la obediencia le había encomendado. Iba a emprender una cruzada contra los moros y creyó que en aquella empresa le serían de gran utilidad los consejos y la dirección espiritual de tan esclarecido apóstol. Pensó, además, que la presencia del Santo en medio de sus tropas traería las bendiciones del cielo sobre aquella expedición, cuya finalidad era humillar a la media luna y lograr el triunfo de la cruz.

Obediente a los deseos del soberano, fray Pedro González dejó sus queridos campos de Galicia para unirse al ejército expedicionario. Sin descuidar los deberes de la capellanía, halló nuevo campo para dar pábulo a su celo entre los soldados. Con ellos vivía, con ellos soportaba sacrificios y privaciones, y todo su afán era el darles a conocer a Jesucristo y excitarlos a que amasen a Aquel por cuya causa peleaban. Los soldados, conquistados por su caridad, aficionábanse a su capellán, amaban a aquel religioso cuya palabra ardiente, al mismo tiempo que los sostenía en las dificultades, imponía en sus filas el orden y la paz. Pareciales que su presencia en el ejército era prenda segura de victoria. Hasta los moros, por cierta creencia supersticiosa, atribuían sus derrotas a la influencia del Padre.

Nuestro Santo aprovechó de la confianza con que le honraba el rey San Fernando para reformar la corte. Diariamente distribuía a los príncipes y señores el pan de la palabra divina y les reprendía sus vicios y defectos. Los ejemplos daban autoridad poderosa a sus exhortaciones, porque vivía en medio del tumulto de la magnificencia de la corte con la misma regularidad y austeridad que en el claustro. Entonces permitió el Señor que su virtud fuese sometida a una terrible prueba de la que salió más brillante y acrisolada.

Algunos señores viciosos veían con envidia el favor que ante el rey gozaba el santo religioso y buscaron un medio de perderlo o al menos desprestigiarlo. Prometieron una gran suma de dinero a una miserable para que lo sedujera. Acercóse la tentadora al misionero y le dijo que tenía que hablarle en secreto. Retirado que se hubo la gente, se hincó de rodillas y empezó la confesión de sus culpas derramando abundantes lágrimas y exhalando suspiros y gemidos para captarse la bondad y favor del religioso.

Cuando lo creyó enternecido, arrojando la máscara, le declaró sus perversas intenciones. El Padre le contestó que iba a prepararse en una habitación vecina para mejor recibirla. Retírase, enciende un gran fuego y se pone en medio. La mala mujer entra en ese momento y, a la vista del prodigio, se acuerda de las penas del infierno y, llena de arrepentimiento, cae de rodillas y pide perdón a Dios y a su ministro. Los señores, autores del criminal enredo, quedaron tan impresionados por el milagro que se convirtieron y llevaron vida edificante.

La fama de tal victoria se extendió pronto por todo el ejército y aumentó la veneración de los soldados a su capellán. En adelante su celo no había de temer ningún obstáculo. Poco después, el ejército cristiano entraba victorioso en Córdoba. Pedro González estaba allí no lejos del cortejo real, saludado y aclamado por la multitud, que atribuía a las oraciones del humilde religioso el brillante remate que coronaba la empresa.

SAN PEDRO ABANDONA LA CORTE. — NUEVO PRODIGIO

YA llevaba tres años en el ejército, cuando el rey San Fernando se lo llevó consigo al volver a Castilla, después de la toma de Córdoba. Pero el apóstol permaneció poco tiempo en la corte: echaba de menos su ministerio entre los soldados, ministerio que sin hacerle olvidar a los pobres de Galicia, ofrecía amplio campo de acción a su celo.

Fuera de esto, los favores del monarca eran una mortificación para su humildad, y todo aquel fausto le recordaba demasiado el tiempo de su juventud. Instó, pues, al rey para que le permitiese retirarse; y después de una entrevista afectuosísima, los dos siervos de Dios se separaron. Fernando marchó a Palencia y Pedro González a Compostela.

Permaneció poco tiempo en esa ciudad, porque al obtener licencia para reanudar sus antiguas correrías apostólicas, marchó por los pueblos de Galicia con el mismo Hermano que ya había sido compañero suyo en aquellos trabajos. La vuelta del misionero colmó de gozo a aquellas buenas gentes, que no se habían olvidado de su bienhechor, y sus apostólicos trabajos siguieron obteniendo los mismos felices resultados a lo largo del Miño.

Y continuaron también los prodigios confirmando sus palabras. Estaba un día predicando en un pueblo de la diócesis de Túy, cuando le notificaron que un sacerdote amigo suyo, que vivía bastante lejos de aquel lugar, estaba a punto de morir. Púsose al instante en camino, acompañado de un guía y de su joven y habitual compañero, el Hermano de las Marinas. A las pocas horas de marcha, llegaron a la cima de un monte, y los dos compañeros del Santo sentían tan fuertemente los estímulos del hambre y de la sed que llegaron a murmurar contra él. El Hermano dijo al guía:

—Este buen padre es tan viejo que con un poco de alimento le basta y no siente las molestias de los otros. Piensa sin duda tratarnos como trata a su cuerpo; pero eso no conviene de ningún modo a nuestro estómago vacío.

El siervo de Dios, que caminaba bastante más adelante, no podía oír tales quejas; las conoció, sin embargo, y, volviéndose hacia ellos, les mostró una roca a unos pasos del camino y les dijo:

—Si tenéis hambre, llegaos a aquella peña —y se la mostró con el dedo—, y allí hallaréis qué comer por esta vez.

—No se lo hicieron repetir los dos viajeros: fueron y hallaron dos panes blanquísimos, envueltos en una servilleta, y un jarro de muy buen vino.

SU SANTA MUERTE. — CULTO Y RELIQUIAS

AUNQUE el misionero dominico se hallaba aún en el vigor de la edad, pues sólo contaba cincuenta y seis años, resentíase su salud de las largas y fatigosas correrías, de las continuas predicaciones y de las muy rigurosas austeridades.

Desde su vuelta a Galicia, habían ido agrupándose en torno suyo muchas de aquellas gentes a quienes había evangelizado: seguíanle gozosas de un pueblo a otro, ávidas de oír su palabra. Entre aquella multitud había un grupo selecto de fervorosos y entusiastas, los cuales más íntimamente se adhirieron a su persona. Previendo cuán dolorosa sería para aquellos amigos tan adictos la última separación, que parecía no muy lejana, quiso prepararlos par esa prueba. Predicando en la iglesia de San Benito, cerca de Túy, sobre la festividad del día, que era Domingo de Ramos, interrumpió de repente la explicación doctrinal y dijo a su auditorio que había tenido revelación de su próxima muerte y ordenaba a todos los ancianos y enfermos que le seguían que se retirasen a sus casas. Terminó pidiendo rogaran a Dios por él después de su muerte.

A tales palabras contestó la multitud con sollozos; un grupo de los más adictos y fieles se le juntó para acompañarle a Túy, donde debía predicar durante la Semana Santa. Sus exhortaciones fueron aún más vehementes que de costumbre. Insistió particularmente en la necesidad de la penitencia y en el cumplimiento del deber pascual: eran los últimos acentos de su corazón de apóstol.

Ese último esfuerzo agotó sus energías. Se apoderó de él muy recia calentura y el martes de Pascua quiso ir a Compostela para morir en un convento de su Orden con sus Hermanos. A pesar de su debilidad, emprendió el viaje con su fiel compañero el Hermano de las Marinas; pero al llegar al pueblo de Santa Coloma, se sintió sin fuerzas para seguir adelante.

—Hijo mío —dijo al compañero—, vamos a Túy, que allí he de morir.

Regresó a esa ciudad, se confesó, recibió el santo Viático con gozo y amor incomparables y, llamando al dueño de la casa donde estaba albergado, le dijo:

—Amigo mío, rogaré a Dios por ti; pero como no tengo nada para pagar lo bien que me has cuidado, te dejo mi correa; día vendrá en que te será de utilidad.

Ese cinturón, que más tarde fué confiado al clero de la ciudad, debía obrar sorprendentes curaciones. El Santo entregó su hermosa alma a Dios el domingo de Cuasimodo de 1246, que era el 15 de abril. El obispo de Túy ordenó solemnísimo entierro en la catedral. Se obraron muchos prodigios en su tumba, de modo que en 1248, o sea, dos años después de su muerte, citaba ya el obispo más de cien milagros.

No es extraño, pues, que el obispo y el clero de Túy creyesen que podían permitir, o por lo menos tolerar, manifestaciones de culto público. Algún autor llegó a afirmar que Inocencio IV había beatificado a Pedro González en 1254, pero faltan pruebas de ello.

Lo cierto es que en esa época, el Maestro general de la Orden de Predicadores, Humberto, encargó a fray Geraldo de Limoges que escribiese la biografía de los más ilustres religiosos de su Orden, y que ya figuraba entre ellas la de fray Pedro González, aureolado con buen número de milagros auténticos.

En 1529, por los cuidados del obispo Diego de Avellaneda, fué depositado el cuerpo del santo misionero en un relicario de plata y trasladado a una capilla de la catedral, construída especialmente para ello. Celebrábase la fiesta de San Pedro González como si la Iglesia hubiese inscrito su nombre en el catálogo de los Santos: el día escogido fué el lunes siguiente al domingo de Cuasimodo, porque los oficios de la Semana Santas o los de Pascua impedían con frecuencia celebrar la fiesta en el aniversario de su muerte.

Hiciéronse gestiones en Roma para obtener la beatificación de Pedro González. El arzobispo de Lisboa, Miguel de Castro, presentó al papa Clemente VIII, el 2 de agosto de 1592, una memoria postulatoria de marineros portugueses, y algo más tarde, en 1608, el senado de Braga recurrió al papa Paulo V con el mismo fin. El rey de España Felipe III escribió con idéntico motivo una carta al citado pontífice Paulo V.

Finalmente, el culto de San Pedro González, muy popular por la Península Ibérica y por Hispanoamérica, fué reconocido oficialmente por el papa Benedicto XIV el 13 de diciembre de 1741. Al mismo tiempo se concedió a la Orden Dominicana y a las diócesis de Palencia y Túy autorización para celebrar la misa y los oficios en honor del Santo.

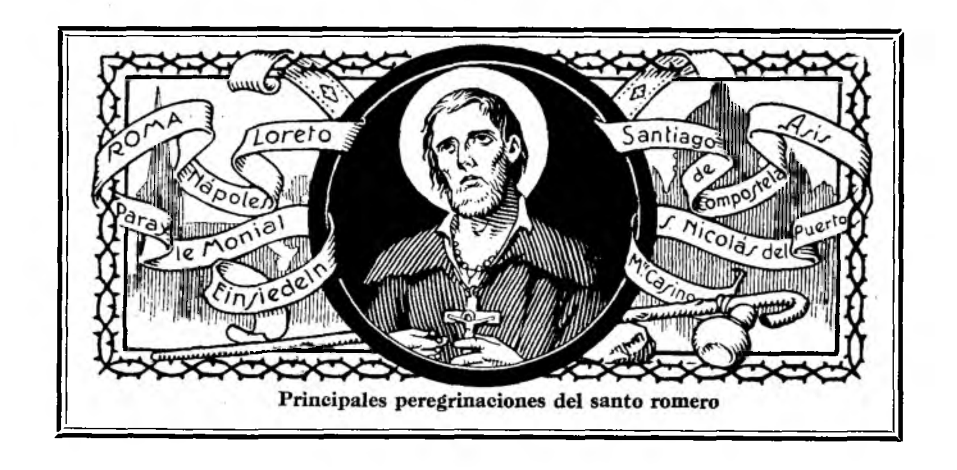
SANTORAL

Santos **Pedro González o Telmo, confesor;** *Marón, Eutiques y Victorino, mártires;* Paterno de León, obispo de Vannes; *Olimpias y Máximo, mártires;* Mundo, abad en Escocia; Ródano o Ruadano, abad en Irlanda, y Silvestre, en Francia; Crescente, Eutiquio, Teodoro, Pausilipo, Foco, Siro y Luciano, mártires; Leónides, obispo de Atenas; Abbón, obispo de Metz; Ortario, confesor. Santas *Basilisa y Anastasia, mártires; Flavia Domitila,* Verónica, Dionina, Octavia, Potamia y Prudencia, mártires.

SANTOS MARÓN, EUTIQUES Y VICTORINO, mártires. — Sufrieron destierro a la isla Poncia, en tiempos de Domiciano, que decretó la segunda persecución contra los cristianos, cebándose principalmente en las familias ricas. Entre éstas destaca la de Flavia Domitila, cuyos dependientes Nereo y Aquileo fueron desterrados también con ella a dicha isla, donde los dos sufrieron el martirio. Marón y Victorino, sirvientes de la misma casa, escribieron, en unión de Eutiques, las actas de este martirio, y las enviaron a un tal Marcelo. Entretanto murió Domiciano y su sucesor dió liberad a los presos de la isla Poncia, excepto a Marón, Victorino y Eutiques, los cuales dejó a disposición del prefecto Aureliano. Éste los mandó como esclavos a posesiones suyas. En un tiempo de alguna mayor libertad, los tres fueron ordenados de presbíteros y conseguían muchas conversiones. Aureliano llegó a enterarse de ello y los condenó a muerte. Eutiques fué suspendido de un palo en medio de un camino, donde se le hizo morir a fuerza de golpes. Marón fué condenado a morir bajo un enorme bloque de piedra, que no le produjo el menor daño, por lo que muchos de los testigos se convirtieron. Este triunfo de Marón irritó al prefecto, que mandó darle muerte. A Victorino le colgaron, cabeza abajo, junto a un lago de aguas sulfhídricas de olor irresistible y asfixiante; este suplicio le duró tres días. De este modo consiguieron los tres la gloria del cielo.

SANTOS OLIMPIAS Y MÁXIMO, mártires. — Naturales de Persia, tuvieron la dicha de ser educados cristianamente. Por dedicarse a convertir gentiles durante la persecución de Decio, fueron puestos a disposición del prefecto, quien mandó, primero, que los azotasen cruelmente, a fin de ganarlos más fácilmente para su causa. Pero al ver la intrepidez con que defendían su fe, mandó el tirano que los dos santos fueran puestos sobre planchas de hierro encendidas al rojo vivo; y, al ver la alegría de los mártires, ordenó que con hachas pesadas les diesen golpes en la cabeza, hasta quitarles la vida. Así se cumplió, y los dos héroes de la fe consiguieron la palma del triunfo el día 15 de abril de 254.

SANTAS BASILISA Y ANASTASIA, mártires. — Eran ambas españolas, nacidas en Játiva, del reino de Valencia. Instruídas en la doctrina de Cristo por el propio San Pablo, fueron a Roma en pos del santo Apóstol. Ambas también presenciaron el martirio que, por orden de Nerón, experimentaron los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuyos cuerpos recogieron sigilosamente y guardaron en lugar seguro. Descubiertas y acusadas como cristianas, fueron presentadas ante los jueces; éstos mandaron cortarles a entrambas la lengua y los pechos. Pero ellas sufrían con grandes muestras de alegría, por lo cual les cortaron las manos y, finalmente, la cabeza. Recibieron la eterna corona de la gloria el 15 de abril del año 69.



Principales peregrinaciones del santo romero

DÍA 16 DE ABRIL

SAN BENITO JOSE LABRE

PEREGRINO Y PENITENTE (1748 - 1783)

EL bienaventurado Benito José Labre, espejo de pobreza y penitencia y protesta viva y formal contra los vicios del siglo XVIII, nació en la aldea francesa de Amettes, de la diócesis de Arrás, y fué el primogénito de quince hijos que tuvieron sus virtuosos padres Juan Bautista y Ana Bárbara.

Bebió con la leche materna la fe y devoción de sus mayores, y tan maravillosamente supo aprovechar de las santas enseñanzas de su madre, que todo en su infancia descubre trazas de que el Señor le destinaba a singular virtud y santidad de vida. Era piadosísimo, muy cumplidor de todas sus obligaciones y del todo sumiso a sus padres. Vióse le entregado disimuladamente a la penitencia y a la oración.

Siendo de doce años, enviáronle sus padres a educarse con un tío suyo que era cura párroco de Erín, para que bajo su paternal y sabia dirección se preparase al sacerdocio. Por entonces recibió la primera comunión, con lo cual creció mucho su devoción, y empezó a reglamentar su vida, distribuyendo el tiempo entre el estudio, la oración y la lectura de libros piadosos y particularmente de la Sagrada Escritura. De esa lectura, como de fuente limpísima e inagotable, sacó profundo conocimiento de la nada del

hombre cuando mira de frente los terribles juicios del Señor y de la absoluta necesidad del desasimiento y de la penitencia.

Con esto, aquella su alma purísima que nunca cometió pecado mortal, empezó a abrazarse en deseos encendidísimos de emprender cruel guerra contra los sentidos y morir crucificado con Cristo en la cruz de la penitencia y del dolor; y es que había oído las amorosas llamadas del divino Crucificado que tantas almas desdeñan, y andaba buscando en su tierna e inocente imaginación cuáles eran los caminos más fragosos y seguros para obedecer a los toques de la gracia.

HUMILDAD Y DESASIMIENTO

SIRVIÓSE muy luego la divina Providencia de una circunstancia inesperada para sacar a su siervo de la carrera del sacerdocio, donde no le quería. En el año de 1766, cundió el tifus en la comarca de Erín y enfermó gravemente su tío párroco. Benito le cuidó con todo cariño; pero al fin tuvo el dolor de ver morir a su bondadoso maestro y bienhechor. Había pasado ocho años con él y, siendo ya de veinte de edad, volvió a casa de sus padres, suplicándoles le diesen licencia para hacerse monje trapense. No accedieron ellos, movidos por un amor mal entendido; pero poco después, cuando hubo pasado una temporada en compañía de su tío materno, párroco de Conteville, le dieron libertad para hacerse monje, no ya trapense, sino cartujo.

Con esto creyó Benito haber hallado puerto seguro; más no fué así, porque el Señor, que le tenía preparada una vocación aun más rigurosa, permitió que no acertase en ninguna de sus empresas, ni parase de asiento en parte alguna, hasta que, dando oídos a la divina inspiración, vino a entender que en su peregrinación por el mundo no tendría tan siquiera una choza donde albergarse.

Fuése a llamar a la puerta de la Cartuja de Val Santa Aldegunda, mas dijéronle que el convento era pobrísimo y no le podían admitir de novicio. Volvióse a casa de su tío, el cual dió pasos para que Benito entrase en la Cartuja de Neuville; pero fué también en balde, pues contestáronle que no le podían recibir porque no sabía canto llano ni dialéctica. Tuvo que volverse a casa, y sus padres lo pusieron con un virtuoso sacerdote, el cual le instó a que se presentase nuevamente a la Cartuja de Neuville, donde fué admitido de postulante; pero luego echó de ver el padre prior que Benito no tenía vocación para esa vida y, sin más, lo despidió del monasterio.

Viendo que no podía seguir la regla de los Cartujos, pensó instintivamente en la Orden de los Trapenses y tanto hizo para que sus padres le dejaran ingresar en ella, que al fin lo logró y partió para la Trapa de Mortagne. El

alma se le cayó a los pies cuando oyó a aquellos Padres decirle que no tenía bastante salud para emprender aquel género de vida y que, además, no admitían a nadie antes de que hubiese cumplido los veinticuatro años. Desengañado y muy afligido volvió a su casa y empezó a sentir nuevas angustias, dudas y perplejidades respecto de su vocación. «Iré otra vez a la Cartuja» —dijo con varonil determinación. Eso mismo le aconsejaban todos y aun el obispo de Boulogne a quien el Santo había consultado. Hizo, pues, confesión general y el día 12 de agosto de 1769 despidióse de sus padres y partió nuevamente para la Cartuja de Neuville.

Al cabo de dos meses de estar allí escribió a su casa para notificar a sus padres nueva decepción, diciéndoles que los Superiores no le juzgaban apto para la vida de cartujo y que, en consecuencia, iba a emprender el camino de la Trapa. «El buen Jesús, a quien he recibido antes de salir —les dice—, me ayudará y guiará en la empresa que me ha inspirado y yo por mi parte procuraré tener siempre presente ante mis ojos el santo temor del Señor y en mi corazón su divino amor. Confío mucho que esta vez me admitirán en la Trapa».

Pero frustróse también esta gran esperanza de su corazón; los monjes no quisieron quebrantar la regla que mandaba no fuesen admitidos aquellos que no hubiesen cumplido los veinticuatro años. Aun no se desalentó el Santo con aquel nuevo desengaño y tuvo valor para probar de hacerse religioso por séptima vez. Fué a presentarse al abad de la Trapa de Sept-Fonts, el cual le recibió con bondad y le admitió en el monasterio; mas fué para muy breve tiempo, porque tuvo allí tantas congojas, aflicciones de espíritu y aun enfermedades, que al cabo vino a entender que el Señor no le llamaba a vivir dentro de ningún convento.

DEFINITIVA VOCACIÓN DE PEREGRINO

HABIÉNDOLE el Señor despojado del todo de la propia voluntad por medio de aquellos desengaños y haciendo que se malograsen todos sus intentos, dignóse descubrir a su fiel siervo maravillosos y nunca soñados horizontes, inspirándole la vocación de peregrino y dándole valor para pasear triunfalmente sus andrajos de mendigo, por espacio de quince años, por los caminos de Francia, Suiza, Italia y España, en medio de las burlas y escarnios de quienes no sospechaban que aquello fuese traza y voluntad del Señor.

Llevó el Señor a Benito, en primer lugar, por los caminos de Italia hasta Roma, en donde su santidad había de encontrar coronación, florecimiento y

glorificación. Para ser santo hay que profesar doctrina absolutamente ortodoxa y, desgraciadamente, en Francia cundía por entonces la influencia rigorista de la heterodoxa doctrina del jansenismo. Cierto que la fe de la Iglesia de esta nación sería lavada en la sangre que en 1793 derramaría la Revolución, mas no lo suficiente para dejarla irreprochable. De tal manera tan perniciosa doctrina la hirió en su misma fecundidad, que por espacio de medio siglo impidió a la Iglesia de Francia producir santo alguno. Es, pues, natural que el elegido del Señor comprendiera que le convenía respirar aires de más pura y perfecta religión; como era hijo de la luz, Roma, foco radiante de la verdad, le atrajo irresistiblemente y, así, partió para la Ciudad Eterna.

Obediente a la divina inspiración, determinó vivir de allí adelante solitario en medio del mundo. Todos sus viajes los hacía a pie, por los caminos menos frecuentados y solía detenerse en los más venerados y devotos santuarios; llevaba vestidos muy pobres y siempre los mismos, un rosario en la mano, otro en el cuello, un santo Cristo sobre su pecho, y a cuestas un saco en el que metía las limosnas y los tres libros que siempre tuvo consigo: el Nuevo Testamento, la Imitación de Cristo y el Breviario, que solía rezar cada día. Nada le detenía en sus peregrinaciones, ni el frío, ni el calor, ni las lluvias, ni las nevadas; ordinariamente dormía al sereno, pues no gustaba de albergues en ventas ni en posadas, por no estorbar su recogimiento oyendo los gritos, blasfemias y canciones de los viajeros. Vivía al día, de la caridad pública, sin mendigar ni guardar nada para otro día. No tomaba sino el sustento necesario para no desfallecer, mortificaba continuamente su cuerpo, y de lo que recibía, daba él mismo de limosna a los demás pobres cuanto no necesitaba para aquel día. Los niños se le burlaban y las gentes le escarnecían e injuriaban, llamándole demente e infeliz, pero él lo sufría todo con suma paciencia y amor.

Con tan santas disposiciones entró en Italia y, llegado a Loreto halló la insigne e incomparable reliquia de la Santa Casa, donde dió pábulo a su devoción; todo el día lo pasaba venerando aquel santo lugar, y por la noche dormía al sereno. El día 18 de noviembre de 1770 llegó a Asís y tuvo la dicha de venerar el sepulcro del seráfico patriarca y recibir el cordón, llamado de San Francisco, que Benito llevó hasta su muerte.

Finalmente, el día 3 de diciembre del mismo año entró en la ciudad de Roma, que había de ser como el centro de toda su vida de peregrino; visitó las iglesias de aquella ciudad, en las que se postraba de hinojos ante las imágenes de Nuestra Señora y oraba sin cesar; una excavación que halló en las paredes del Coliseo era su albergue durante la noche.

El año siguiente volvió a Loreto, pasando por la ciudad de Fabriano, en donde se venera el sagrado cuerpo de San Romualdo; después, bordeando el Adriático se detuvo en el monte Gárgano, famosísimo lugar de peregri-



SAN *Benito José Labre no guarda ni un pedazo de pan para el día siguiente. No toma más alimento que lo indispensable y, cuando recibe más limosnas de las que necesita absolutamente para ir viviendo con mucha mortificación, el santo pordiosero las reparte a otros necesitados.*

nación en el que se venera al arcángel San Miguel. Pasó luego a la ciudad de Bari, que guarda el sepulcro de San Nicolás, de donde mana una fuente milagrosa, y luego al Monte Casino a venerar el sepulcro de su santo patrón San Benito; de allí pasó a Nápoles, donde se conserva la sangre de San Jenaro.

Volvió a Loreto y luego a Asís para visitar la ermita de Santa María de la Porciúncula y el monte Alvernia, en el que se hallaba San Francisco cuando el Señor imprimió en su cuerpo las cinco llagas. Hizo allí confesión general para prepararse a la más larga de todas sus peregrinaciones, que fué la de Santiago de Compostela. Pasando por Francia detúvose en Paray-le-Monial para venerar el lugar mismo que fué cuna de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Llegó a Compostela después de vencer grandes dificultades y fatigas, y para Pascua del año 1774 había ya terminado su larga peregrinación y estaba otra vez en Roma. Luego, por cuarta vez pasó a Loreto, y después emprendió la visita a los más famosos santuarios de Francia y Suiza. El santo peregrino volvió a Roma el día 7 de septiembre de 1775 y permaneció allí hasta el año siguiente, en que emprendió nuevas correrías por Italia y Suiza hasta el célebre santuario de Einsiedeln. Ésta fué la última de sus largas romerías, y de allí adelante se contentó con visitar las iglesias de Roma y hacer cada año la peregrinación a Loreto, pues visitó once veces en su vida este famosísimo santuario.

A pesar de su modestia, profunda humildad y deseo de ser desconocido y despreciado de las gentes; por su raro modo de vida cautivaba la atención de no pocas personas; sus confesores, maravillados de los tesoros de virtud y santidad que descubrían en su conciencia, le profesaban honda veneración y estima, y la gente, admirada con aquellos ejemplos de singular devoción y caridad, a voz en grito le proclamaba varón santo. «No es hombre—decían todos—, sino ángel»; y las palabras del Santo y todas sus obras, mostraban bien a las claras que aquello era muy cierto.

Habiéndole preguntado cómo se debe amar a Dios, el Santo respondió: «Para amar al Señor debidamente es menester tener tres corazones en uno. El primero ha de ser *todo fuego* para con Dios, de tal manera que pensemos en Él de continuo y hablemos de Él y obremos constantemente por Él y, sobre todo, sobrellevemos con paciencia los trabajos y adversidades que quiera Su Divina Majestad enviarnos en todo el decurso de nuestra vida. El segundo corazón ha de ser *todo carne* para con el prójimo, y llevarnos a ayudarle en sus necesidades espirituales por medio de la instrucción, el buen consejo, el ejemplo y la oración; ha de amar sobre todo a los pecadores y más aún a los enemigos, pidiendo al Señor que les dé su luz y su gracia para traerlos a penitencia; asimismo ha de estar lleno de compasión por las almas del Purgatorio, para que Jesús y María se dignen llevarlas al cielo. El tercer corazón ha de ser *todo bronce* para consigo mismo, de suerte que aborrezcamos toda sensualidad y resistamos sin cesar al amor propio, renun-

ciando a la propia voluntad, castigando al cuerpo con el ayuno y la abstinencia y domando las inclinaciones de la naturaleza viciada y corrompida; porque cuanto más aborrezcamos y maltratemos a nuestra carne, tanto mayor será el galardón que recibiremos en la otra vida».

Favorecióle Dios con el don de profecía, y así predijo los desastrosos y providenciales sucesos de la Revolución francesa, como castigo de la impenitencia e impiedad de la sociedad de aquellos tiempos.

También le comunicaba el Señor conocimiento clarísimo del estado interior de las almas.

Muchas veces se descubrió el ardor de su amor a Dios y el fervor de su oración por una como aureola de luz sobrenatural que le envolvía, o por ver su cuerpo levantarse del suelo cuando oraba. Tuvo asimismo don de milagros, e hizo algunos en vida y aun después de muerto.

El sello y carácter propio de la santidad de Benito José Labre estuvo en ser toda ella interior, escondida y desconocida del mundo. Complacíase el Señor en tener ocultas, como con un velo, las sublimes virtudes de aquella víctima expiatoria, hasta el día en que la recibió en el cielo para darle el premio de su santa vida. En ese día, todo lo escondido sale a la luz, todo lo encubierto se descubre; innumerables circunstancias de la vida del santo peregrino acuden a la mente de cuantos le trataron o le vieron pasar por los caminos; multiplícanse los prodigios y las curaciones milagrosas, y la Iglesia recoge con amor todos esos testimonios de la santidad del bienaventurado mendigo, y con ellos, como con otras tantas piedras ricas y exquisitamente labradas, levanta al humilde Santo un monumento glorioso e inmortal.

DÍAS POSTREROS

TANTAS y tan continuas penitencias y austeridades quebrantaron la salud del santo peregrino; porque sólo se sustentaba de la frugal pitanza que le daban en los conventos, y aun de ella dejaba lo mejor para los pobres; dormía al sereno y tenía el cuerpo plagado de parásitos muy molestos y las piernas llagadas, con todo lo cual se le agotaron muy presto las fuerzas. Propusiéronle que se albergase en algún hospicio, aunque sólo fuese de noche, y el Santo lo aceptó; en este lugar transcurrieron los últimos años de su vida. Pero entre día solía visitar las iglesias y permanecía en ellas tan largo rato, que puede decirse que en tan devoto ejercicio gastó lo que le quedaba de fuerza; parecía al fin un esqueleto ambulante y, con todo, no se pudo lograr que cuidase de su salud.

Cuatro días antes de su muerte, el 12 de abril del año 1783, al salir de la iglesia se halló tan extenuado, que tuvo que sostenerse con su bastón para

no caer. Alguien se le acercó y le dijo: «Hoy sí que estás malo, Benito.

—«Cúmplase la voluntad de Dios» —repuso el Santo.

Tuvo como un presentimiento de su muerte, y aun a veces hablaba de ella sin dar muestras de espanto ni turbación. Con frecuencia exclamaba: «Llámame pronto, Jesús mío; ¡qué ganas tengo de verte!»

El día 15 de abril, martes de Semana Santa, se desmayó al salir del hospicio; pero al volver en sí y sin tener ninguna cuenta con su debilidad, se arrastró hasta llegar a la iglesia de Santa Práxedes, en donde estaban acabando la función de las Cuarenta Horas. Antes de entrar, compró un poco de vinagre y bebiólo diciendo: «Otro lo bebió antes y padeció más que yo por amor a los hombres en tal semana como ésta». Estuvo toda la mañana postrado ante el Santísimo, junto a la capilla de la Santa Columna, y por la tarde visitó la iglesia de Santa María de los Montes, y luego la de Nuestra Señora de Loreto, en la plaza de Trajano. Tuvo ese día algunos desfallecimientos, hasta el extremo de que le hallaron tendido en el suelo como muerto.

Finalmente, el día 16, por más que le instaron a que no saliese del hospicio por lo mucho que había empeorado, él salió y fué, como acostumbraba, a la iglesia de Santa María, a la que apenas pudo llegar. Oyó dos misas y luego se quedó adorando al Santísimo; pero a eso de las siete, al salir de la iglesia, sintióse desfallecer y cayó en las gradas del atrio sin poder ya levantarse. Vino a recogerlo un amigo suyo, el carnicero Zaccarelli, el cual lo llevó a su casa que estaba poco distante de la iglesia y estando en ella entregó su alma santísima al Señor, a las ocho de la tarde de aquel mismo día 16 de abril, siendo de edad de treinta y cinco años.

SU GLORIFICACIÓN

La muerte de aquel santo mendigo tan desaseado y cubierto de miseria fué humilde y escondida como su vida y, a juicio de los hombres vanos y mundanos, no había persona más despreciable que el pobre Benito. Sin embargo, su grandeza y santidad iban a ser muy en breve proclamadas a la faz del universo. «A su muerte —dice Luis Veuillot— oyóse en Roma una voz unánime: *¡El Santo ha muerto!* Entonces —prosigue el insigne escritor— se vió acudir a la camilla donde el mendigo exhaló la última oración y el postrer suspiro, innumerable muchedumbre de gente que venía a besarle los pies, no faltando entre los que así acudían a venerar su sagrado cadáver aquellos mismos que habían tenido mayor tedio y aversión al Santo, a la vista del extraño modo de vida que llevaba».

Pero en breve la santa Iglesia emitió su autorizado dictamen sobre las eminentes virtudes de Benito José Labre y lo llevó a los altares; porque, vien-

do el gran número de milagros que obraba el Señor por intercesión de su siervo y las súplicas de los fieles, fué introducida su causa de beatificación el día 2 de abril del año 1792 y el papa Gregorio XVI autorizó con su firma el decreto de la heroicidad de sus virtudes en mayo de 1842; dieciocho años después, en el de 1860, y habiendo obrado el Santo los tres grandes milagros requeridos, le beatificó el papa Pío IX; y, finalmente, el día 8 de diciembre del año 1883, el papa León XIII canonizó a este fiel siervo del Señor y dispuso que su fiesta se celebrase a los 16 de abril.

Con esta suprema glorificación del pobre mendigo pretendió la santa Iglesia confundir el espíritu del siglo, levantando a grande honra el desasimiento y menosprecio absoluto de las riquezas, honores y demás bienes caducos tan estimados de los mundanos.

San Benito José Labre tuvo su peculiar vocación y a ella correspondió admirablemente, pudiendo a la verdad llamarse espejo y patrono de los romeros que visitan los devotos santuarios no por vana curiosidad, sino con encendido deseo de mortificarse y santificarse más y más con piadosas peregrinaciones.

SANTORAL

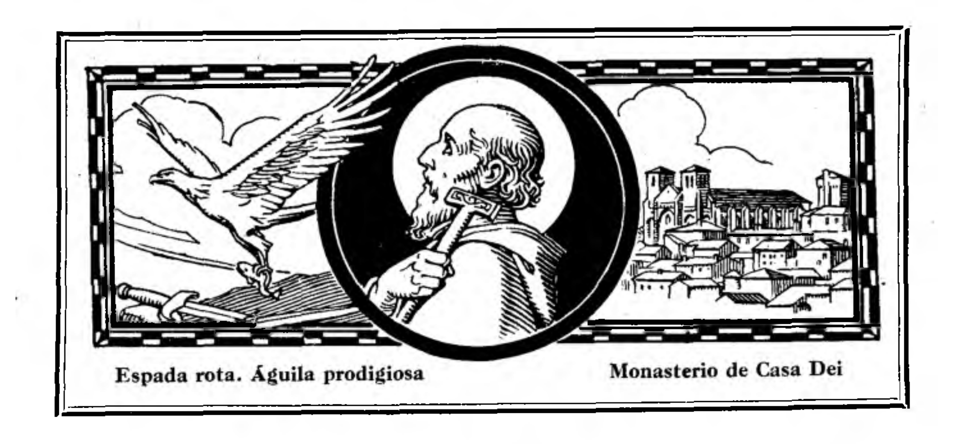
Santos **Benito José Labre, confesor;** *Toribio, obispo de Astorga; Fructuoso, de* de Braga, y Paterno, de Avranches (Francia); Lamberto, labrador y mártir en Zaragoza; Drogón, solitario de Flandes; Calixto, Carisio y otros siete, ahogados en el mar, en Corinto; Vasio, asesinado por sus presuntos herederos; Escubilión, religioso; Adrián, mártir en Grecia; Conrado el Peregrino; Magno, mártir en las Orcadas; Joaquín de Sena, servita; el Beato Bernardo de Quintavalle, primer discípulo de San Francisco. Santas *Engracia y dieciocho compañeros, mártires en Zaragoza;* Irene, mártir; Bernardita Subirous, la confidente de la Virgen en Lourdes; Beata Inés de Bohemia.

SANTO TORIBIO, obispo de Astorga. — Toribio, hijo de familia noble, recibió educación esmeradísima, tanto en virtud como en letras. Habiendo quedado huérfano siendo aún jovencito, vendió cuanto tenía, distribuyó su importe a los pobres y emprendió un viaje a Jerusalén, de donde trajo, para librarlas del poder de los infieles, muchas reliquias de la Pasión de Nuestro Señor. Al volver de su peregrinación fué nombrado obispo de Astorga, y desempeñó su cometido con gran admiración y aplauso de sus diocesanos. Para probar su inculpabilidad en una calumnia que le levantaron, paseó por el templo unas brasas encendidas envueltas en el roquete que llevaba puesto, sin que se notara lesión ni quemadura alguna; el calumniador cayó muerto repentinamente, a la vista de todo el pueblo. Luchó decididamente contra el priscilianismo; gobernó a su

pueblo con solicitud paternal y edificó a todos con el ejemplo de sus virtudes. Murió santamente a mediados del siglo v. Sus reliquias se hallan en el monasterio de Santo Toribio de Liébana; pero no hay que confundir a este santo obispo de Astorga con Santo Toribio de Liébana, que murió en 563 y fué sepultado en el mismo monasterio.

SAN FRUCTUOSO, arzobispo de Braga. — Era español y procedía de sangre real goda. Heredó de sus padres muchas posesiones, que distribuyó entre los pobres. Llevó vida de penitencia en un monasterio del valle del Bierzo, del cual huyó para vivir más solitario. Llenó dicho valle de monasterios, y luego marchó a Andalucía para continuar su obra de extensión monacal. Fué nombrado obispo de Dumio y, más tarde, arzobispo de Braga. A pesar de su elevado cargo, llevó siempre vida frugal y modesta, como en sus monasterios. Obró Dios muchos milagros por su intercesión. Mientras estaba construyendo el monasterio de San Salvador de Manciolo, entre Dumio y Braga, entregó su alma al Señor, después de recibir los Santos Sacramentos, el 16 de abril del año 665.

SANTA ENGRACIA Y DIECIOCHO COMPAÑEROS, mártires en Zaragoza. — ¡Noble doncella a quien no amedrentaron promesas ni amenazas, halagos ni tormentos! Tuvo valor para echar en cara a Daciano su ferocidad contra los cristianos: «¿Por qué, juez inicuo, desprecias al verdadero Dios y Señor, que está en los cielos, y atormentas con tanta crueldad a los que le dan culto? ¿Por qué tú y tus emperadores perseguís por todo el mundo tan injustamente a los cristianos y tributáis culto a los ídolos, que son vanas estatuas donde habitan los demonios...?» Pero el juez Daciano atormentó a Engracia con todo género de torturas: fué arrastrada por la ciudad de Zaragoza atada a colas de caballos; arañada con garfios de hierro hasta descubrirle las entrañas, tanto que le sacaron un pedazo de hígado, guardado como reliquia; cortáronle el pecho izquierdo hasta descubrirle el corazón. Y aun, para mayor tormento, mandó Daciano que la dejaran desangrar, con el fin de prolongar el dolor, y así dice Prudencio que el dilatarle la muerte fué mayor pena que el dársela. Al fin le atravesaron la frente con un clavo. Este martirio tuvo lugar en Zaragoza a 16 de abril del año 303. Se conservan sus reliquias en la iglesia de su advocación en la inmortal ciudad de la Virgen del Pilar. Con ella fueron martirizados Lupercio, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio y cuatro Saturninos, todos los cuales eran deudos o acompañantes suyos.



Espada rota. Águila prodigiosa — Monasterio de Casa Dei

DÍA 17 DE ABRIL

SAN ROBERTO

BENEDICTINO, PRIMER ABAD DE CASA DEI (✝ 1067)

ESTE gloriosísimo Santo, descendiente del bienaventurado Geraldo, conde de Aurillac, cuya fiesta se celebra el 13 de octubre, fué hijo único de nobilísima y muy cristiana familia.

Cuéntase que el conde su padre, pundonoroso y noble caballero, besó conmovido a su hijito y le puso en la mano una hermosa espada, como para mostrar al recién nacido que debía heredar la hidalguía y valor guerrero de sus antepasados; pero el niño rechazó con su manecita aquella arma homicida, la cual, cayendo al suelo, se hizo pedazos. Este suceso parecía presagiar el pacífico natural de Roberto y su inclinación a la vida quieta y sosegada.

Los primeros años del Santo transcurrieron en la ciudad de Brioude, bajo el amparo del glorioso San Julián, venerado en un santuario de aquel lugar. Con la edad, creció el santo niño en piedad y letras, en las que en breve tiempo salió muy aprovechado; pero habiéndose dado con más ahinco al estudio de la ciencia religiosa y de las cosas eternas, muy luego dió de mano a las terrenales y caducas y puso todo su amor y esperanza en el Señor.

Roberto, aunque pequeñito, amaba a Dios con todo su corazón y, enamorado ya en su tierna edad de Jesús Sacramentado, pasaba noches enteras postrado ante el Sagrario. Sabía burlar la vigilancia de los guardianes de la

iglesia; pero no obstante eso, viéronle éstos no pocas veces absorto en muy fervorosa oración.

En el corazón del Santo ocupaban lugar preferente, después de Dios, los desgraciados y los pobres, cuyos padecimientos y necesidades le movían a tiernísima conmiseración. Con sus propias manos solía lavar las úlceras y llagas cancerosas de los enfermos, y mereció que el Señor premiase su caridad con milagrosas curaciones. Llegó a causarle tanta compasión y lástima la vista de los dolores ajenos, que determinó edificar un hospital en donde poder acoger a los enfermos pobres. Después estudió la carrera eclesiástica con los clérigos de Brioude.

DESIGNIO DESCUBIERTO. — HUÍDA FRUSTRADA

PRONTO recibió Roberto las sagradas órdenes y luego fué elegido canónigo de Brioude y tesorero de la catedral. Dióse de allí en adelante con mayor celo al ejercicio del ministerio apostólico; con la eficacia de su palabra y el ejemplo de su santa vida logró muchas conversiones. Pero hacía ya tiempo que su alma anhelaba desasirse totalmente de las cosas terrenas y ansiaba vivamente apartarse del trato de las gentes y huir a la soledad, para vivir más cerca de Dios en medio del silencio y recogimiento.

Sentíase atraído por los santos ejemplos de los monjes del famoso monasterio de Cluny, que era por entonces muy admirado y celebrado en la Iglesia, y determinó acabar su vida en aquel convento y en medio de aquellos virtuosos monjes, los cuales cantaban a porfía, con los ángeles, las alabanzas del Señor. Comunicó solamente con un deudo suyo esta determinación y, habiendo preparado disimuladamente lo necesario para aquella jornada, partieron juntos secretamente de la ciudad y a toda prisa tomaron el camino de Cluny.

Pero muy presto se supo en la ciudad que Roberto había desaparecido y, como todos le estimaban como a padre, hermano y amigo, muy afligidos corrieron en su busca por todos los caminos; al cabo le dieron alcance y lo trajeron en triunfo a la ciudad en medio de general alborozo. Entretanto, el humilde Santo, apesarado de ver frustrados sus intentos, vino a enfermar gravemente y, estando padeciendo esta dolencia, echó de ver claramente que todo cuanto le había sucedido era por voluntad del Señor, el cual quería que su siervo permaneciese en aquella ciudad para provecho y santificación de muchas almas.

Sanó de su enfermedad y otra vez sintió deseos de mayor perfección y, para ver de salir con su intento, probó llevar vida más recogida y solitaria en casa de sus padres, pero no lo consiguió. Por entonces, con ánimo de vencer tantas dificultades, se determinó a ir en peregrinación al sepulcro

de los Santos Apóstoles que se halla en la capital del orbe cristiano, y, no oponiéndose nadie a su determinación, partióse para Roma, donde veneró con gran fervor y devoción las reliquias de los santos mártires. Oró mucho, comunicó sus designios con personas doctas y santas, visitó el famoso monasterio de Monte Casino, enterándose muy por menudo de las sanas y piadosas tradiciones de la vida monástica y volvió a su ciudad natal muy consolado y resuelto a llevar adelante sus santos propósitos.

ENVÍALE EL SEÑOR LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

MUY pronto se dignó el Señor manifestar a su fiel siervo su divina voluntad. Cierto día fué a ver a San Roberto un soldado llamado Esteban, quien, oyéndole en un sermón, se había convertido y venía a que le dijese cómo podría reparar las culpas y desórdenes de su mala vida pasada. Alegróse el Santo viendo aquellas tan felices disposiciones del recién convertido y le aconsejó que, sin más, dejase las insignias de la milicia terrenal y se alistase para siempre bajo la victoriosa bandera de Nuestro Señor Jesucristo, y vistiese la gloriosa librea de Aquel cuyos premios son eternos e infinitamente mayores que los servicios que se le hacen.

Este consejo fué muy del agrado del militar, el cual convino en hacerse monje; pero puso como condición que también lo hiciera su director espiritual. Con esto entendió Roberto que el Señor había oído sus súplicas. Seguro de hallar en aquel joven un compañero fiel, le comunicó su propósito de vida retirada y, habiéndose encomendado los dos a la protección divina, determinaron llevar a efecto lo antes posible su piadoso designio. Mas antes quiso Esteban asegurar el feliz éxito de aquella empresa poniéndola bajo el amparo de Nuestra Señora del Puy, cuyo santuario visitó con mucha devoción y lágrimas. Hizo esta peregrinación movido sin duda del Señor, porque la Virgen Nuestra Señora, para premiarle, quiso que Esteban a la vuelta reparase en una iglesia arruinada que parecía muy a propósito para eremitorio, por hallarse en paraje solitario del camino; y así, en cuanto llegó a Brioude, lleno de gozo fué a contárselo a San Roberto, expresándole al mismo tiempo el vivo deseo que tenía de ir inmediatamente a morar en aquel lugar.

En el entretanto, otro soldado llamado Dalmacio siguió el ejemplo de su compañero Esteban y con mucha humildad se presentó al Santo suplicándole que se dignase contarle entre sus discípulos.

Pasados algunos días, los tres se encaminaron gozosos a la soledad del yermo. Eran tres flores que iban a abrir su perfumado cáliz en medio de la aridez del desierto para embalsamarlo con la fragancia de su devoción y de sus virtudes. El sitio que eligieron para morada se hallaba en medio de una enmarañada selva, distante cinco leguas de la ciudad de Brioude, y tan ex-

tensa, a juzgar por lo que refiere la *Historia de Casa Dei,* que en cuatro días no la hubiera atravesado un brioso caballo corriendo a todo correr. Aun hoy día, al visitar aquellos parajes donde el arte e ingenio de los monjes supo levantar un grandioso templo y edificar una verdadera ciudad, el ánimo de los viajeros queda sobrecogido de espanto y admiración. Allá, en medio de bosques de añosos abetos y algunos terrenos de cultivo poco fértiles, la imaginación gusta de representarse a San Roberto, el descendiente de nobles y aguerridos caballeros, llegando a aquella agreste meseta situada a trescientos pies sobre el nivel del mar, y de allí dirigiendo su vista a los montes del Forez, erizados de oscuras frondosidades en las que reinaba espantoso silencio. Sólo unos enormes peñascos dispuestos con cierto primitivo arte, formando dólmenes, atestiguaban que allí había habido hombres.

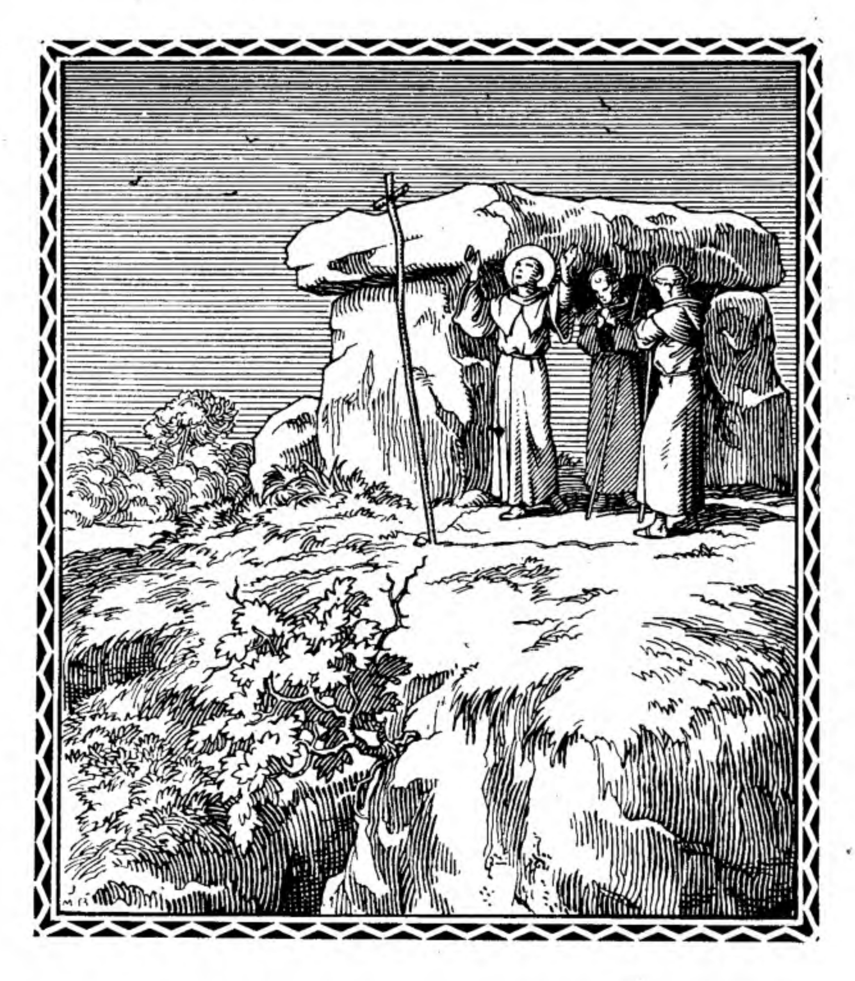
Con todo, en los alrededores vivían campesinos aun paganos, los cuales se declararon desde el primer día enemigos de los santos solitarios y trataron de asustarlos con injurias y amenazas de muerte.

Pero ningún caso hicieron de ellos Roberto y sus dos compañeros, antes, echando mano de hachas y azadones, comenzaron a abrir caminos y talar parte del bosque para convertirlo en terreno de cultivo. Luego edificaron un reducido oratorio y una cabaña de troncos y ramaje para defenderse del rigor e inclemencia de las estaciones.

El fervor y devoción de aquellos tres monjes era admirable. Desprovistos de socorros humanos, sólo vivían de su cotidiana labor, y aun de su frugal sustento daban buena parte a los viajeros y a los pobres, sin guardar nunca nada para otro día. Dióles pronto a conocer el Señor con un prodigio extraordinario, cuánto le agradaba aquel modo de vida.

Cierto día en que no les quedaba sino un pan para sustentarse, vino un pobre a pedirles limosna, y San Roberto, que no sabía rehusar nada a los desgraciados, le dió todo el pan, dejando a la divina Providencia el cuidado de abastecerles a él y a sus dos compañeros. Pero Dalmacio, por ser aún muy novicio en el perfecto desasimiento de todas las cosas, fué a quejarse a San Roberto, pareciéndole aquella largueza y bondad del Santo, grande y reprobable imprudencia. Estábase quejando todavía, cuando vieron que llegaban dos caballos con buena carga de víveres que les enviaban dos amigos suyos, canónigos de Púy: los mismos que les habían hecho donación de aquellos terrenos. Muy maravillados quedaron con aquel providencial socorro; mas subió de punto su admiración cuando el conductor de las caballerías les dijo que salió de Púy con tres caballos, pero que uno de ellos se paró como a la mitad del camino rendido de cansancio, y allí tuvo que dejarle.

—Traza del Señor es esa— exclamó San Roberto dirigiéndose a Dalmacio—; la divina Providencia ha querido premiar la confianza de nosotros dos y castigar tus quejas y murmuraciones, y así, el caballo que traía tu ración es el que se ha quedado en el camino.



SAN *Roberto y sus compañeros llegan a la alta planicie de* Casa Dei. *El lugar es tan apartado que sólo unas grandes piedras, llamadas dólmenes, revelan que allí vivieron algunos hombres prehistóricos que las levantaron a modo de altar. El Santo planta la Cruz y glorifica al Señor.*

Los habitantes de aquellas comarcas, testigos de la santidad y ejemplar modo de vida de los tres ermitaños, al poco tiempo mudaron de conducta, y de enemigos que eran de los santos monjes, se trocaron en sus amigos y favorecedores, y aun algunos de ellos vinieron a entender la vanidad de los bienes temporales merced al ejemplo y exhortaciones de San Roberto y, renunciando al siglo, se consagraron al servicio del Señor bajo la dirección del Santo.

Andando el tiempo, extendióse la fama de las virtudes de aquellos santos solitarios y de muchos lugares vinieron a abrazar aquella austerísima vida personas nobles, eclesiásticos y hombres de negocios ansiosos de caminar por la senda de la perfección, asidos de la mano de tal maestro y guía. Las cosas maravillosas que Dios obraba en favor de su siervo fueron también grande parte para confirmarles en sus propósitos; porque muchos enfermos cobraron la salud con sólo tocarlos el Santo, el cual por humildad atribuía aquellos milagros a la intercesión de los santos mártires Agrícola y Vidal, a quienes estaba dedicada la iglesia. Pero el Señor se servía aún de los mismos demonios que Roberto echaba del cuerpo de los posesos para proclamar y celebrar la santidad de aquel santísimo varón y valeroso soldado de Cristo.

FUNDACIÓN DE CASA DEI

TANTO se acrecentó el número de ermitaños que San Roberto juzgó necesario agruparlos en un solo monasterio, en vez de vivir desparramados por el monte en pobres celdillas que parecían tiendas de campaña levantadas en torno a la del general.

Cundió por todo el país la noticia de que los ermitaños querían edificar un monasterio y toda la gente, alborozada, fué a ofrecer su concurso a los monjes. Unos llevaron los materiales y cuanto era menester para levantar la obra, en agradecimiento de las gracias que habían recibido de Dios por intercesión de San Roberto; otros ayudaron con el trabajo de sus manos haciendo de albañiles; los nobles de Auvernia hicieron ricas donaciones al monasterio por la gran veneración y estima que tenían al Santo, señalándose por su largueza y generosidad el conde Guillermo y los barones de Mercœur y de Livradois.

Con eso quedó edificado en el corazón de Auvernia por los años de 1052 la famosísima abadía de *Casa Dei* o Casa de Dios, émula en importancia, por espacio de algunos años, del también celebérrimo monasterio de Cluny.

Rencón, tío de nuestro Santo y obispo de Clermont, partió para Roma y obtuvo del santo papa León IX la aprobación del nuevo monasterio y que Roberto fuese primer Abad del mismo, y además muchos y grandes privilegios. Por su parte, Enrique I, que por entonces reinaba en Francia, al

tener noticia de aquella fundación, ratificó todas las donaciones hechas a los monjes de Casa Dei. Con eso pudo el obispo Rencón bendecir solemnemente el monasterio y proceder a su dedicación, hecho lo cual, vistió al santo fundador con hábito monástico y le confió el gobierno de la comunidad, otorgándole por expresa voluntad del Romano Pontífice la dignidad abacial, con grande alegría y agrado de todos los monjes y mucha confusión y lágrimas del humilde San Roberto.

Puesto así por voluntad del Señor para que fuese cabeza y guía de aquellos santos religiosos, el nuevo abad juzgó prudente y necesario traerlos a todos paternalmente a la vida común, porque hasta entonces habían vivido a su antojo: unos, solitarios en ermitas; otros, en comunidad, y aun algunos llevaban vida parecida a la de los canónigos regulares de San Agustín. Cierto día, juntándolos a todos en Capítulo, los exhortó a que suplicasen al Señor que se dignase manifestarles en qué modo de vida quería su Divina Majestad ser de ellos servido; y, hallándose allí congregados, llegó a la puerta del monasterio un desconocido de aspecto venerable, el cual dijo al portero así que le hubo saludado: «Aquí le traigo este libro para que se sirva entregarlo a los monjes congregados en Capítulo, porque de él han menester.» En diciendo estas palabras, dióle un manuscrito y el religioso lo llevó a toda prisa al abad y, abriéndolo éste en presencia de los monjes, vieron todos con admiración que era la regla de San Benito. Entretanto, el misterioso desconocido desapareció y nadie supo más de él. Sacaron de todo eso los monjes que sería algún ángel por el que Dios les dió a conocer su voluntad, y de allí adelante observaron fiel y gozosamente la regla benedictina, con lo que creció notablemente el fervor en el monasterio y el Señor lo bendijo enviando a San Roberto más de trescientos discípulos.

SAN ROBERTO, ARQUITECTO. — ALGUNOS MILAGROS

TENÍA San Roberto tan grande amor a los prójimos y tan encendido celo de la salvación de las almas, que no podía contenerlos en los estrechos límites del monasterio, y así, los últimos años de su vida los pasó restaurando algunos santuarios arruinados por el tiempo y por anteriores guerras, devolviendo con ello al culto más de cincuenta iglesias.

Los innumerables milagros que obró a su paso por los pueblos de aquella región, fueron parte para que San Roberto lograra copioso fruto con sus predicaciones. Detuvóse cierto día en Allanches y, al ir a celebrar misa, vino a decirle su compañero que no les quedaba cosa para comer. «Ahora, ayude a misa, hermano— replicó el Santo—, y Dios proveerá luego a nuestra necesidad». Aun no había llegado al Prefacio, cuando un águila pasó volando

sobre la iglesia y dejó caer un pez tan grande que bastó para dar de comer al santo abad y a todo su séquito.

Otra vez, el cocinero compró algunas anguilas y las tenía ya aderezadas para servirlas a la comunidad; pero Roberto mandó que las tirasen, lo cual se hizo para obedecerle, y al poco tiempo se supo que el que las había vendido acababa de ser condenado a muerte por haber intentado envenenar a los clientes con pescado emponzoñado.

Estando San Roberto orando con fervor, postrado ante el altar de la Virgen, la víspera de la fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora, apareciósele la Madre de Dios y le entregó un bastón de marfil en forma de tau (T), y de él se sirvió el Santo de allí adelante como de báculo abacial. Medía como tres pies de largo y parecía una muleta; hasta la Revolución francesa fué tenido y venerado como preciosa reliquia. Un antiguo sello de Casa Dei, que parece ser de la época románica, lleva junto a un abad encapuzado un alto bastón en forma de tau, y aun hoy en día se halla dibujado dicho bastón en el escudo de aquel monasterio.

SU GLORIOSA MUERTE

LLEGÓ para San Roberto la hora de ir a gozar del premio de sus santas obras. Ya el Señor le había revelado el día en que, sueltas las ataduras de la carne, iba a llevarle a la patria celestial. «El tercer día después de la octava de Pascua, será el de mi muerte», solía decir a sus discípulos.

Habiendo recibido los últimos Sacramentos, mandó que le llevasen a la iglesia y le colocasen delante de una estatua que representaba al Niño Jesús sentado en las rodillas de su bendita Madre; y, poniendo su báculo abacial en manos del divino Infante, le hizo esta oración: «¡Oh Jesús, Señor y Dios mío! Tú me entregaste este báculo, símbolo de mi autoridad abacial; a Ti y a tu Madre santísima os lo devuelvo, para que de aquí adelante seáis los verdaderos Dueños y Superiores de este monasterio, guardándolo siempre bajo vuestro divino amparo.»

Juntó luego a todos sus discípulos para darles sus últimos consejos; y, habiéndolos abrazado muy tiernamente uno por uno, les prometió que seguiría amparándolos desde el cielo.

Sucedió su glorioso tránsito a los 17 de abril del año del Señor de 1067, y en ese día hace de él mención el Martirologio romano; pero algunas iglesias celebran la fiesta de San Roberto el día 24 de abril, porque en dicho día fué enterrado su sagrado cuerpo, con gran concurso de fieles, en el mismo lugar que eligió el Santo para centro de su maravilloso apostolado.

Apenas muerto San Roberto, uno de los monjes vió que la Virgen María

venía a buscar al Santo para llevarlo al cielo, y otro monje observó que el alma del bienaventurado abad subía por el aire en forma de globo de fuego.

Tanto en vida del Fundador como después de su muerte, el monasterio de Casa Dei hizo muchas fundaciones en Francia, España e Italia, llegando a sumar doscientos noventa y tres conventos, siendo uno de ellos la célebre abadía de San Juan de la ciudad de Burgos.

SANTORAL

Santos **Roberto, benedictino;** *Aniceto, papa y mártir; Inocencio, obispo;* Fortunato y Marciano, mártires en África; Esteban, abad del Cister; Mapalico y compañeros, mártires en África; *Elías, presbítero y compañeros, monjes, martirizados en Córdoba por los mahometanos;* Gervino, solitario; Rodolfo, niño martirizado por los judíos, en Berna; Pedro, diácono, y Hermógenes, mártires en Antioquía; Pantágato, obispo de Viena; Landerico, obispo y abad; Vandón y Donano, abades. Santas Potenciana, virgen, tejedora y patrona de Andújar; Antusa, virgen, hija de Constantino IV Coprónimo, emperador de Constantinopla; Isidora y su hermana Neófita, mártires en Sicilia; Beatas *María Ana de Jesús, religiosa de las Mercedarias Descalzas de Madrid;* Clara de Pisa, de la Orden dominicana; y María de Cristo, clarisa.

SAN ANICETO, papa y mártir. — Era originario de Siria, pero vivía en Roma en la primera mitad del siglo II. Su nombre se hizo pronto célebre, tanto por la virtud de que dió constantemente ejemplo, como por el talento, que empleó íntegramente en la extirpación de las herejías y salvación de las almas. Por muerte del papa Pío I, ocupó Aniceto la Silla de San Pedro en tiempos verdaderamente difíciles, a causa de las múltiples herejías que reinaban en Roma, y que ponían en peligro constante la fe y la moral de los fieles. Los errores de Valentino, de los Gnósticos, de Marción y otros varios, constituían para los cristianos un peligro mucho mayor que las mismas persecuciones de los emperadores. Pero el celo de Aniceto, siempre alerta y vigilante para desarraigar estos errores, logró triunfar de tales peligros y de sus provocadores, que no pudieron resistir al valor espiritual y elocuencia sagrada del gran Pontífice. Al fin vió recompensada su labor apostólica con la corona del martirio, que consiguió el 17 de abril del año 166.

SAN INOCENCIO, obispo. — Vió la primera luz en Tortona (Italia), a fines del siglo III. Sus padres, eminentemente religiosos y piadosos, le educaron en los sanos principios de la ciencia cristiana. Inocencio respondió a las esperanzas que en él tenían depositadas, pues vivió siempre temeroso de Dios, entregado a la oración, caritativo con todos e intachable en sus costumbres. Siendo ya mayor, se complacía en visitar a los cristianos perseguidos y enterrar los cuerpos de los mártires. Cuando la aurora de la paz brilló en el firmamento de la Iglesia, por obra de Constantino el Grande, Inocencio se dedicó a la vida eclesiástica;

fué ordenado de sacerdote y, más tarde, consagrado obispo de su ciudad natal. Durante los veinte años de su episcopado, trabajó sin desmayo en la conversión de los gentiles, para lo cual puso a contribución todo su valor y su virtud, a la que más realzaba la ejemplaridad de su santa vida. A los cincuenta y dos años de edad, se durmió plácidamente en el Señor, rodeado y llorado de sus amados hijos, los fieles de su diócesis.

SANTOS, ELÍAS, PABLO e ISIDORO, mártires. — Entre los califas que más persiguieron a los cristianos, figuran Abderramán II y su hijo Mohamed I. Combatieron ambos la doctrina de Cristo, cuyos templos cerraron para acabar con su religión y culto. Los cristianos tibios y poco prácticos, fácilmente apostataban, al menos exteriormente; pero hubo muchísimos que prefirieron el martirio a la traición. Entre éstos se cuentan Elías, Pablo e Isidoro, que habían profesado en un convento de Córdoba; pero al salir a predicar para conservar el santo entusiasmo de la fe entre los fieles perseguidos, fueron apresados y finalmente degollados. Sus cuerpos, luego de estar expuestos en la plaza pública, fueron arrojados al Guadalquivir, evitando así que los cristianos les diesen honrosa sepultura. Tuvo lugar el martirio el año 856.

BEATA MARÍA ANA DE JESÚS, mercedaria descalza. — Nació en Madrid en 1565, de noble estirpe memorable por su religiosidad. Enriquecióla Dios con bendiciones especiales que hicieron presto de ella un portento de santidad. Desde niña distinguióse por su templanza en el comer, moderación en el juego y diversiones, obediencia a los padres, caridad para con los pobres e inclinación a la piedad. A los siete años estaba como embebida ante una imagen de Jesús crucificado. Su anhelo más vehemente era participar del Convite Eucarístico; se inflamó tanto su corazón e insistió con tan reiteradas súplicas, que anticiparon su primera Comunión. Murió la madre, y el padre casóse en segundas nupcias. Consecuencia de ello fué que María Ana tuvo que sufrir mucho física y moralmente por los malos tratos de la madrastra y las intenciones que manifestó el padre de casarla, en contra de sus gustos y deseos. Soportó la joven improperios, insultos y golpes de sus padres, y a la tempestad siguió la calma, pues acabaron éstos por conocer la humildad y santidad de la hija. Redobló entonces ella sus ayunos y maceraciones para vencer las tentaciones del demonio. Solicitó con grandes instancias ser admitida en varios monasterios de Madrid, pero en todos le cerraron las puertas. Al fin, después de muchas penalidades y humillaciones soportadas por Dios, consiguió, en 1613, la admitieran en el convento de Mercedarias, y al año siguiente hizo su profesión solemne. La virtud heroica y extraordinaria de María Ana de Jesús, parecía indicar que la Beata había cumplido ya su misión en el mundo, y Dios la llamó a Sí el 17 de abril de 1624. Fué beatificada por Pío VI en 1783.


Generosa dama. Piadosa carmelita — Sepulcro de la Beata

DÍA 18 DE ABRIL

BTA. MARÍA DE LA ENCARNACIÓN

VIUDA, CARMELITA (1566 - 1618)

LA Beata María de la Encarnación nació en París el día primero de febrero de 1566; fué bautizada al día siguiente en la parroquia de San Mederico, y recibió el nombre de Bárbara. Su padre era mayordomo de cuentas en la Cámara de París y canciller de la reina Margarita de Navarra; y su madre pertenecía a la más alta aristocracia. Ambos consortes eran ante todo «gente de bien, muy piadosos y muy católicos.»

Como hubiera tenido ya varios hijos que perdió en muy tierna edad, la madre de María acudió a la oración, antes de darla a luz, y consagró el fruto que llevaba en su seno a la Santísima Virgen con la promesa de vestirla con hábito blanco hasta los siete años. Sus ruegos fueron atendidos.

Al cumplir los siete años, llevaron sus padres a la niña a un santuario de Nuestra Señora y allí dejó el hábito, que regaló a una huerfanita.

Pusiéronla de interna en un convento de Clarisas, en donde se aprovechó tanto que al poco tiempo llegó a ser modelo de todas las educandas. A los doce años recibió la primera Comunión con ejemplar fervor. Todavía permaneció Bárbara dos años más en este santo asilo de la virtud y del saber, en

el que hubiera querido permanecer toda la vida en calidad de religiosa. Pero a ello se oponían sus padres, y particularmente su madre, que jamás consintió que su hija Bárbara entrase en el convento. Tal vez se valía Dios nuestro Señor de semejante negativa para cumplir en su joven sierva providenciales designios. Así lo creyó Bárbara, juzgando que Dios le hablaba por boca de su madre.

—Mis pecados— decía —me hacen indigna del glorioso título de esposa de Jesucristo y he de contentarme con el de humilde sierva suya en un estado menos perfecto.

Volvió, pues, al mundo; pero conservó en su corazón las impresiones santas del monasterio y las austeras costumbres que allí adquirió. Su vestir era de una sencillez no muy en armonía con su condición y linaje, por lo cual, por el desdén que mostraba al lujo y a las diversiones, disgustóse su madre en gran manera. La joven era muy agraciada y por eso hubiera deseado verla eclipsar a todas sus compañeras por la gallardía y arrogancia de su porte y, como se resistiera Bárbara, condenóla su madre, a pesar de su delicada salud, a pasar el día en un aposento sin calefacción en lo más riguroso del invierno. Heláronsele los pies y hubo que extraerle algunos huesos gangrenados.

En contra de su voluntad, sus padres la prometieron al vizconde Villemor, gentilhombre de la alta aristocracia y sumamente piadoso y caritativo. Celebróse la boda en la iglesia de San Mederico el 24 de agosto de 1582. Hecho ya el sacrificio, no pensó más que en cumplir los deberes que le imponía su nuevo estado.

EDUCACIÓN DE SUS HIJOS

DE este matrimonio nacieron tres hijos y tres hijas que la Beata educó con cuidado. «Educarlos —decía— es mi mayor dicha.» Desde muy temprano los acostumbró a llevar vida áspera y cristiana. Obligábalos a levantarse temprano y a dedicar largo rato a la oración. Su vigilancia era continua: trabajo, estudio, juegos, todo lo presidía la cristiana madre. De ese modo formaba a sus hijos, pues no ignoraba que las enseñanzas maternales se graban hondamente en las almas tiernas. Pero no fueron inútiles tales cuidados; así un día pudo decirles:

—Ahora soy verdaderamente feliz, ahora veo que amáis a Dios y sé que Dios os ama. Ser madre de unos niños amados de Dios nuestro Señor es felicidad indecible.

A las amigas que le preguntaban si quería hacer religiosos a sus hijos, respondió:

—Los destino a cumplir la voluntad de Dios. Y mi criterio en ese punto es tal que si yo fuese reina y no tuviera más que un hijo con inclinación para ser religioso, no le impediría entrar en el convento. Si fuera una pobre con doce de familia y sin medios para educarlos, no quisiera que por mi causa entrase uno solo de ellos en religión, pues la vocación religiosa sólo puede venir de Dios.

SU TRATO CON EL MARIDO Y LA SERVIDUMBRE

TRATABA a la servidumbre con bondad rayana en cariño maternal; hubiérase dicho que los sirvientes eran miembros de la familia. Es más, quería que su doncella Andrea compartiera sus prácticas de devoción. Por la noche la humilde señora se echaba de rodillas y llorando le confesaba hasta las menores faltas. Le pedía, además, obrase con ella como de superior a inferior.

Pero su abnegación y amor, su obediencia y dependencia eran todavía más patentes tratándose de su marido. Repetidas pruebas le dió de ello, particularmente cuando Enrique IV le desterró de la capital. La familia, partidaria acérrima de la Liga, se había endeudado por servir a este partido. Cuando se supo la mala disposición del rey, los acreedores del vizconde de Villemor se presentaron y le exigieron el reembolso de sus créditos, llegando en sus exigencias hasta embargarle los bienes. Nuestra Beata se hallaba a la mesa cuando se llevó a cabo medida tan rigurosa y no le dejaron ni la silla en que estaba sentada.

—Cuando se cree en la Providencia —decía entonces— no hay motivo para asombrarse de nada. Muchas gracias debo dar al Señor por haberme quitado el amor a los bienes temporales antes de perderlos realmente.

Reducida de ese modo a la penuria y rechazada además por sus parientes, sólo le apenaba la suerte de sus hijos, siendo su única preocupación la de buscarles un asilo seguro y tranquilo. Cuando hubo cumplido con este deber maternal, cayó sobre ella otro infortunio.

Su marido fué acusado de conspirar contra el rey, y se entablaron enojosas diligencias contra él. Al recibir la noticia, su fiel esposa comprendió mejor que nunca la intensidad del amor que por él sentía. Aconsejábanla que separase sus bienes de los de su marido, pero ella jamás quiso consentirlo; antes por el contrario, emprendió en persona su defensa y, al efecto, redactó los memoriales, dirigió el pleito y consiguió al fin probar la inocencia del acusado. En medio de tales pruebas y tristezas afirmábase más y más su fe; y nunca se la vió más tranquila, firme y alegre. Cuando más tarde hablaba de semejantes pruebas lo hacía con sorprendente alegría.

—¡Qué días aquéllos! —decía—. ¡Qué días tan felices! ¡Qué bien me iba entonces y qué fácilmente se halla a Dios en tales circunstancias! Aquella época fué la más feliz de mi vida.

Y, consecuentemente con sus ideas, procuraba infundir idénticos sentimientos en su marido, a quien iba con frecuencia a visitar al lugar de su destierro. Cierto día, en uno de aquellos viajes, cayóse del caballo y se rompió una pierna. Hallábase sola y hubo de esperar dos horas a que pasasen por allí unos campesinos. Trató de curarla un cirujano, mas lo hizo con tan mala fortuna que se vió precisada a someterse a una segunda operación dolorosísima; pero ni en la primera ni en la segunda exhaló un grito. Asustado por tal silencio, el cirujano llegó a temer que hubiese muerto. En otras varias circunstancias dolorosas de su vida, mostró la misma fortaleza de alma.

FUNDACIÓN DE LAS CARMELITAS DESCALZAS EN FRANCIA

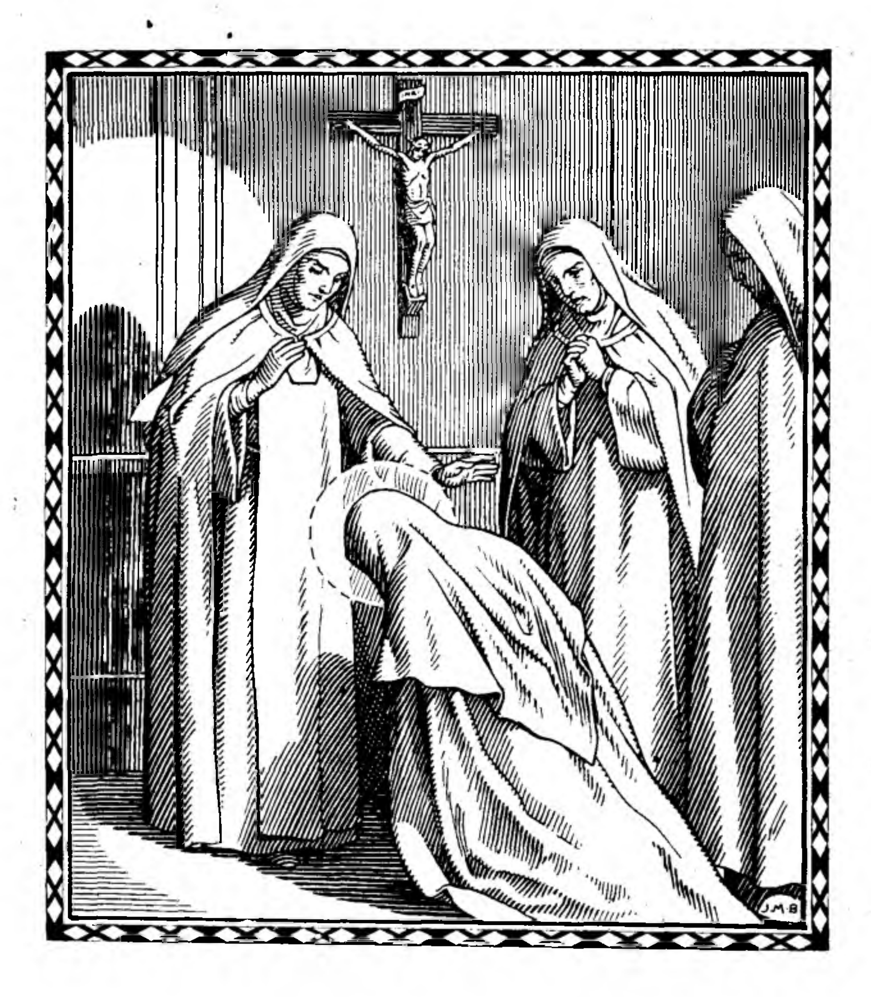
NO la abandonaba Nuestro Señor, antes favorecíala con suaves coloquios en los que aprendía a soportarlo todo por un Dios que había amado tanto. Aquellas deliciosas visiones, aquellos arrobamientos que habían de seguir hasta el fin de su vida, le hacían saborear anticipadamente las alegrías del paraíso. Por aquella época entró de lleno en el estado extático.

En uno de ellos dióle a entender Nuestro Señor que sería de su agrado el que la Orden carmelitana, recién reformada en España por Santa Teresa, se estableciera en Francia. La misma santa Doctora se le apareció dos veces apremiándola para que diera cumplimiento a la voluntad de Dios y le predijo que andando el tiempo llegaría a ser hija suya, como en efecto sucedió. Fuera de eso, nuestra Beata estaba íntimamente persuadida de que nada podía afianzar la tranquilidad del país —desolado todavía por las guerras de religión— como el establecimiento de una Orden cuyas oraciones y austeridades aplacarían la cólera divina. Nada de particular tiene, pues, que hiciera toda suerte de diligencias y acudiera a la oración con redoblado fervor para conseguir su propósito.

Siempre que tuvo ocasión ayudó a San Francisco de Sales y a cuantos con él se ocupaban de esta obra, que lograron llevar a cabo.

Es indudable que gran parte del mérito corresponde a la Beata María, que fué, además, la que edificó el primer monasterio de Carmelitas Descalzas.

En tanto que llegaban las monjas había congregado ella misma en una casita a algunas jóvenes que iniciaba en la vida religiosa. Allí vivían como en el claustro, entregadas a la oración y a las prácticas religiosas. Así se entiende que la mayoría de ellas vinieron a ser en 1605 las primeras hijas



LA *Beata María de la Encarnación se prosterna ante su hija que ha sido nombrada subpriora y, humilde, promete obediencia. Las monjas quedan profundamente conmovidas cuando oyen que la venerable anciana llama* madre *a la que hasta entonces ha nombrado siempre* hija mía.

del Carmelo en Francia, y las que no se sintieron llamadas a tal vocación, fueron las primeras Ursulinas, a cuya fundación contribuyó también la Beata María de la Encarnación.

Atribuía gran importancia a esta última fundación.

—Nuestra labor —solía decirles— contribuirá eficazmente a la reforma de costumbres, pues que las jóvenes más están bajo la vigilancia de la madre que del padre. Si las madres están educadas en los sanos principios de la religión, los transmitirán a sus hijos, los cuales, aun cuando se aparten momentáneamente, volverán más tarde al buen sendero, porque las primeras impresiones recibidas jamás se borran.

SU CARIDAD

PERO si la Beata María fué admirable en sus grandes empresas, no lo fué menos en la vida cotidiana. Su caridad no conocía límites. Acogía a todos con gran benevolencia, y en su decir «nunca se la molestaba»; y era tan cierto, que pasaba a veces todo el día y hasta noches enteras oyendo a los infelices que imploraban su caridad.

—Cuando uno consagra a Dios el tiempo que de verdad le corresponde —repetía con frecuencia—, siempre queda lo bastante para cumplir con las propias obligaciones.

En las frecuentes visitas a los hospitales se hacía acompañar por sus amigas; para librarlas del humo de la vanagloria ponía ante su vista el espectáculo de las miserias humanas. Mas no se crea que paraba en eso su caridad, pues la ejercía asimismo con los desgraciados a quienes la miseria o la seducción arrastraban al mal; gracias a sus consejos y larguezas, casi siempre lograba que volvieran al sendero de la virtud.

Su reputación de persona caritativa había llegado hasta el rey, que prometió no jugar nunca sin guardar parte de la ganancia; de lo cual se contagiaban los mismos cortesanos, quienes en lo sucesivo hacían sus caridades por manos de la Beata María.

MONJA CARMELITANA

SU misión fuera del claustro había terminado. El Señor rompió los lazos que aun la retenían cuando el 17 de noviembre de 1613 se llevó a su esposo. Cumplidos los deberes familiares, la viuda puso orden a sus negocios y, libre en lo sucesivo de su persona, anunció paladinamente su propósito de seguir la voz de Dios que la llamaba a la Orden del Carmen. Habíanla precedido sus tres hijas y los hijos tenían ya carrera. No habiendo,

pues, nada que dificultase su proyecto, solicitó el favor de ser admitida entre las hijas de Santa Teresa. Ninguna dificultad presentaba su admisión, pero quiso poner ella como condición ser hermana lega.

Enviáronla a hacer el noviciado al convento de Amiéns, el más pobre de todos. Al llegar presentóse a la Madre priora y, arrojándose a sus pies, le dijo:

—Madre, soy una pobre mendiga que viene a implorar la misericordia divina y a abrazarse con la santa religión.

Empezó sin demora su modesto oficio de hermana conversa; solicitó los empleos más humildes de la casa, y no hubo más remedio que acceder. Jamás se la vió más satisfecha. Sus achaques eran, por decirlo así, como un freno a ese celo ardoroso, pues con dificultad se mantenía de pie; por lo cual solicitaba que reservasen para ella cuanto en una forma o en otra pudiera hacer sentada; lavaba la vajilla en la cocina, remendaba los hábitos de sus Hermanas, y hacía la labor de otras siempre que estaba en su mano.

—El caldero del pozo no se llena —decía graciosamente— si no le bajan al fondo, y yo me quedo vacía porque ni me bajo ni me humillan.

Jamás se la veía tan satisfecha como cuando era reprendida por sus defectos; se entristecía, en cambio, cuando le guardaban algunas consideraciones. A su parecer su vida entera había sido vida de maldad y no tenía lágrimas bastantes para llorar sus culpas.

—Estoy hinchada de orgullo como los reptiles de veneno— decía.

Muy grandes eran sus padecimientos, pero los sobrellevaba con admirable resignación, y aun pudiéramos añadir que tenía tanta sed de ellos que no era raro oírla exclamar: «Pero ¡cómo!, ¿morir sin sufrir?», y también: «Creo que el ansia de sufrir me va a dar la muerte». Puede adelantarse que no necesitaba sufrir; pero cuanto más progresaba en perfección, más íntimo era su trato con Dios nuestro Señor, mayores eran sus trabajos y sus dolores. Viéndose precisada a hacer la profesión en el lecho, suplicó que la trasladaran a un aposento contiguo a la iglesia, desde donde pudiera ver el Sagrario. Aquel día tomó el nombre de Sor María de la Encarnación (8 de abril de 1615).

Poco tiempo después, a pesar de su estado de salud y de su condición de hermana lega, la eligieron para el cargo de priora, que había quedado vacante. Sabedora de tal nueva, la Beata protestó, bañada en lágrimas, y opuso formal negativa a los ruegos de las monjas; quedaron éstas desconcertadas por tal entereza y hubieron de ceder. Empero, para desquitarse en algún modo, eligieron subpriora a su hija mayor y, como la priora se hallaba ausente, se presentaron todas a rendir obediencia ante la nueva subpriora. Sor María se hincó de hinojos con más respeto que nadie, y grande fué la emoción de todas cuando la oyeron dar el nombre de «Madre» a la que tanto tiempo había llamado «hija mía». A partir de este instante hubiérase

dicho que había perdido totalmente los derechos naturales; tal era el amor respetuoso que mostraba a su hija, la subpriora.

Con todo, los achaques de la humilde religiosa decidieron a sus Superioras a enviarla al convento de Pontoise, para mejor poderle prestar los cuidados que su estado reclamaba. Al llegar al monasterio echóse a los pies de la Madre priora, diciéndole:

—Madre, crea que vengo a darle mucho estorbo, pues no hago otra cosa adondequiera que voy.

Pero entre las monjas la alegría era general, porque tenían la dicha de albergar a su verdadera madre e iban a gozar de la presencia de una santa.

Pronto notó Sor María de la Encarnación que el monasterio prosperaba poco, era pequeñito y la iglesia misma era indigna del Huésped que aposentaba. Con licencia de la Superiora mandó comenzar los trabajos de arreglos y reforma y, cuando aquélla se inquietaba por los gastos, Sor María le contestaba:

—El Señor proveerá; no tardará el convento en salir del apuro; antes de dos años lo habrá pagado todo.

Cumplióse a la letra la profecía; para la fecha señalada habían sido pagadas todas las deudas, el monasterio estaba ampliado y la iglesia, restaurada y embellecida.

SUS ÚLTIMOS INSTANTES

POCO más de un año después de llegar a Pontoise, el 7 de febrero de 1618 le sobrevino la postrera crisis. Los achaques habían acabado por minar su constitución y agotar sus fuerzas y, no obstante, a pesar de los grandes estragos de que era víctima, debía hallar el mal una resistencia casi increíble. Dios nuestro Señor parece que quería coronar dignamente aquella vida de sufrimiento por un acrecentamiento de nuevos dolores. Uno de los pensamientos favoritos de la humilde carmelita en sus últimos instantes era creer que moría para merecer a su patria la paz y la tranquilidad que tanto necesitaba. Su paciencia y resignación a la voluntad divina fueron admirables y de estas virtudes daban testimonio los frecuentes y fervorosos arranques de amor: «¡Cuánta misericordia, Señor; cuánta bondad habéis tenido con esta pobre sierva vuestra!»

Otras veces, para reavivar su constancia, decía:

—¡Apiadaos de mí, Señor; usad conmigo de misericordia! Ya no puedo más; prestadme algo de vuestra fortaleza.

No la abandonaba el Señor; antes al contrario, visitábala con prolongados éxtasis, uno de los cuales duró doce días seguidos. En aquellos dichosos instantes no sentía las acometidas de la enfermedad, mas, al terminarse

el éxtasis, redoblaban de intensidad sus dolores y, con todo, la Santa decía que eran muy llevaderos.

—Pero ¡cómo! —observaba la Madre priora—, ¿sufre tanto y todavía desea sufrir más?

—Lo que padezco —decía ella— es nada en comparación de lo que yo desearía, y con todo: ¡Qué dolores tan atroces! ¡Dios mío, apiadaos de mí!

—¿Sufre mucho, Sor María?

—Yo no sé cómo ha podido Nuestro Señor poner juntas en mi corazón dos cosas tan opuestas como el deseo de padecer y la angustia que el dolor causa a la naturaleza.

Mientras tanto, las monjas congregadas en torno suyo aguardaban de un momento a otro el fatal desenlace. La Madre priora le preguntó:

—¿Qué pedirá al Señor por nosotras cuando esté en el cielo?

—Le pediré que se cumpla la voluntad que Jesucristo, su Hijo, tiene en cada una de ustedes.

—Hija mía, entre tanto que pueda prestarnos tan señalado servicio dé su bendición a las Hermanas.

Dijo entonces levantando los ojos al cielo:

—Dios mío, os pido perdón del escándalo que les he dado y de cuantos agravios les he hecho.

Luego las bendijo y se encomendó a sus oraciones, para que la hora de su rescate llegase pronto.

El miércoles de la semana de Pascua entró en agonía, en forma que apenas tuvo tiempo el sacerdote para administrarle la Santa Unción, pues, al comenzar, pasó la moribunda de los trabajos de esta vida a las alegrías de la eternidad, el 18 de abril de 1618.

Muchos milagros se obraron en su sepulcro. Sor María de la Encarnación fué beatificada solemnemente por Pío VI el 5 de junio de 1791.

SANTORAL

Santos *Perfecto, presbítero y mártir; Apolonio, senador, apologista y mártir;* Cosme, obispo de Calcedonia; Galdino, cardenal, arzobispo de Milán; Corebo, prefecto, y Calocero, mártires; Idesbaldo, abad del Cister, cuyo cuerpo se encontró entero y sin señal alguna de corrupción, cuatrocientos cincuenta y siete años después de muerto; Venustiano, procónsul, mártir con su mujer y sus hijos; Eutimio, taumaturgo; Eleuterio, obispo de Iliria, y su madre Santa Antía, mártires; Hidulfo y Santa Aya, su esposa; Amadeo Amidei, uno de los siete fundadores de los Servitas. Beatos Alfonso Ordoñez, en Méjico; *Andrés Hibernón, confesor;* Gebuino o Jubino, obispo de Lyón. **Beata María de la Encarnación, fundadora.**

SAN PERFECTO, *presbítero y mártir.* — Nació este Santo en la ciudad de Córdoba, cuando estaba dominada por los moros, cuyos califas tenían en ella su corte real. Fué educado en el colegio de San Acisclo, donde aprendió juntamente la ciencia y la virtud. Ordenado de presbítero, siempre fué modelo de todos por la santidad de su vida. Gozaba fama de sabio, y era consultado hasta por los mismos musulmanes. Sabido es que una de las características de los árabes es el dolo y el engaño de que se sirven para sus fines, ruines y perversos. Con apariencias de quererse instruir en la doctrina de Cristo, unos cuantos moros rogaron un día a Perfecto que les hablase claramente de Mahoma y de Jesucristo. Hízoles jurar él que no se molestarían por lo que le oyesen decir. Hablóles como debía y, naturalmente, les disgustó, por lo cual determinaron perderle. A los pocos días le detuvieron y le presentaron al juez, quien, pasada la fiesta de Pascua, mandó fuese degollado, lo que se ejecutó el día 18 de abril de 850.

SAN APOLONIO, senador, apologista y mártir. — Después de la victoria que, con ayuda de los cristianos, obtuvo Marco Aurelio contra los cuados, pudieron aquéllos gozar de paz durante algún tiempo, a lo que se prestó también Cómodo, hijo de aquel emperador. Esta tregua fué próspera en conversiones de individuos y de familias. Entre ellas citaremos la de Apolonio, senador romano y de ilustre origen. Fué instruído por el papa San Eleuterio, recibió las aguas bautismales y llegó a ser un gran apologista del cristianismo. Fué acusado por un esclavo suyo, al que, según las leyes vigentes, dieron muerte en el acto; pero Apolonio tuvo que comparecer ante el juez y prestar declaración. El noble senador, lejos de buscar su propia defensa, leyó una tan completa apología de la religión cristiana, que le valió ruidosa ovación de la asamblea, en la que figuraban muchos legisladores gentiles. Al fin fué decapitado el 18 de abril del año 189.

BEATO ANDRÉS HIBERNÓN, confesor. — Nació en la población de Alcantarilla, de la provincia de Murcia. Sus padres, pobres, aunque muy cristianos, le educaron en la virtud, de la que fué dechado toda su vida. Pasados unos años en Valencia, ingresó en la Orden de los Franciscanos, y profesó en el convento de Albacete; de aquí pasó a Murcia, y después a Elche, en cuyo convento se seguía la reforma llevada a cabo por San Pedro del Alcántara. Ejerció los oficios de portero, hortelano, cocinero y limosnero, con admiración de todos. Dios le concedió la ciencia infusa, con la que pudo resolver las cuestiones más complicadas. La Cruz fué el gran libro de su vida. Muchos moriscos se convirtieron al presenciar su conducta santa y oír su doctrina profunda. Murió en Gandía el 18 de abril de 1602. Los pobres lloraron su muerte como una pérdida irreparable, y muchas familias necesitadas publicaron entonces los auxilios que habían recibido de él con prohibición de darlos a conocer mientras él viviese. Fué beatificado en 1791 por Su Santidad Pío VI.



Terribles instrumentos de suplicio — Palma del glorioso mártir

DÍA 19 DE ABRIL

SAN VICENTE DE COLIBRE

MÁRTIR († 303)

LA ciudad de Colibre es antiquísima, y los historiadores latinos hacen mención de ella llamándola *Cancoliberis.* Hállase a corta distancia de Cerbera —diócesis de Perpiñán—, en la región donde los Pirineos orientales, con el nombre de montes Alberes, van a perderse en el mar Mediterráneo.

La región del Rosellón se vió hondamente agitada durante la época de la dominación romana y aun en los tiempos de la Edad Media, durante los cuales la ciudad de Colibre, la más importante de la región, era a la vez puerto estratégico y comercial.

Siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, se levantó la décima persecución contra la Iglesia, que fué la más sangrienta y cruel de todas.

Fué tan horrible y espantosa, que en el espacio de un mes padecieron por Cristo en diversas provincias más de diecisiete mil mártires, con tan atroces tormentos, que sólo el demonio los pudiera inventar. En la provincia de Frigia, pusieron los gentiles fuego a una ciudad entera y quemaron a todos los que estaban en ella, hombres y mujeres, niños y niñas, porque eran cristianos; y en todas las ciudades, villas y aldeas del imperio, no se veía sino tormentos y muertes, y una carnicería y derramamiento de sangre de cristianos.

En las provincias hacían cumplir las órdenes de los emperadores unos funcionarios llamados pefectos o presidentes, que muchas veces se mostraban más tiranos y crueles que los mismos soberanos.

Uno de estos presidentes fué Daciano, nombrado prefecto general de las provincias de España para ejercer en ellas autoridad casi ilimitada. Llegó a Colibre pasando antes por las Galias y la Septimania y en todas partes dejó sangrientas huellas de su inhumana crueldad, porque en todas las ciudades y pueblos persiguió con atrocísimos tormentos a los cristianos. Una de las víctimas de su ferocidad iba a ser en Colibre el gloriosísimo San Vicente, que no hay que confundir con otro San Vicente, diácono de Zaragoza, ni con otros dos santos del mismo nombre martirizados en Ávila y en Gerona.

ORIGEN DE SAN VICENTE

EN opinión de algunos historiadores. San Vicente era natural de Colibre, en cuya ciudad vivía cuando vino Daciano a España; pero parece ser más cierto que nació en algún pueblecito poco distante de Colibre, como se deduce de la expresión latina de las Actas de su martirio, la cual se acomoda a esta interpretación.

Mandaría sin duda Daciano explorar los alrededores de la ciudad para aumentar el número de cristianos destinados a los suplicios; pero también podría ser que Vicente se hubiese presentado de por sí al tirano, como solían hacer no pocos soldados de Cristo, para echar en rostro al inicuo presidente, con santa audacia y palabras graves y severas, la crueldad que usaba contra los cristianos, y ver de ganar con su ejemplo algunas almas a la verdadera fe. Y no carece de fundamento el creer que así sucediese, puesto que Vicente era varón muy conocido y gozaba de considerable influencia, según se deduce de los discursos y arengas que dirigió a los fieles y que traen las Actas de su martirio.

También las palabras de Daciano dan pie para opinar que Vicente no era persona de poca monta: «Un hombre de tu categoría, de tu calidad, de tu talento...», dícele a menudo el tirano. Por otra parte, aquella insistencia del prefecto para traerle a que renegase de su fe, da a entender que tenía en mucho la apostasía de Vicente, por las consecuencias que de ella se hubieran derivado.

COMPARECE ANTE DACIANO

EL furor del presidente Daciano en perseguir a los cristianos era a guisa de un río muy caudaloso y acrecentado con grandes avenidas, que sale de madre y arranca, arrebata y lleva tras sí todo lo que se pone delante, o como un incendio que abrasa y consume todo lo que halla. Como tigre fiero y cruel, gozábase en la sangre que había derramado, y deseaba hartarse de la de todos los demás cristianos, a los que perseguía con saña para martirizarlos con atroces tormentos. Da de ello buen testimonio lo que hizo en la ciudad de Zaragoza, donde mandó matar a tantos cristianos, que son llamados los «Innumerables Mártires».

Llegado que hubo a Colibre aquel juez tan cruel, mandó comparecer ante su tribunal a Vicente y, como ya estaba enterado del origen de aquel ilustre confesor y de su celo en predicar la religión de Cristo, sin más preámbulos le dijo: «Sacrifica a nuestros dioses y obedece los mandatos de los emperadores».

Entendió Vicente que el malvado juez le había dicho aquello con segunda intención, y con mucho tiento y serenidad le replicó:

—Quien obedece a la ley de Jesucristo Salvador nuestro, no tiene de qué ser censurado ni condenado.

Bastó esa réplica del valeroso confesor para que Daciano entendiese que nada lograría con amedrentarle; por lo cual, mudando de táctica, trató de vencerle con dulces palabras y halagadoras promesas.

—Al aconsejarte eso —le dijo— sólo tengo puesta la mirada en tu mayor felicidad y provecho. No seas necio; escoge lo que te ha de ser más ventajoso: abraza nuestra religión; da culto a nuestros dioses y ven a ofrecerles sacrificios. Si eso haces, puedes luego pedirnos cuanto quisieres, que todo te lo daremos. Reflexiona seriamente y considera qué partido cuadra mejor con tu noble linaje y con tu ingenio y preclaro talento. No quieras que sobre ti caiga todo el peso de nuestra indignación, ni seas tan insensato que pretendas experimentar en tu cuerpo los graves daños que acarrea la impiedad y el desprecio del culto de los dioses del imperio. Si te empeñas en no querer acatar mis mandatos ni dar oído a mis consejos, entonces, muy a pesar mío, no tendré más remedio que usar contigo de rigor y crueldad, que serán grandes, como lo son ahora mi paciencia y mansedumbre; y no cuentes con arrepentirte luego, porque será ya tarde y nada conseguirás.

Aguantó el Santo con ademán indiferente aquella trivial arenga. Y luego, movido de santo ardor, replicó:

Jesucristo es mi vida y mi tesoro. La muerte padecida por su santa fe, es para mí más grata y estimable que la vida, y aun notable ganancia el

morir por Cristo. Por eso los tormentos con que me amenazas pretendiendo amedrentarme, antes me parecen goces y deleites que castigos y penas. Mil vidas diera de muy buena gana, si así pudiese, para salir por los fueros del santísimo nombre de mi Dios. Haz pronto conmigo lo que tienes que hacer y todo cuante te dicte tu feroz y cruel natural, porque te aseguro que nunca jamás tributaré alabanza y adoración a esos vanos simulacros de piedra o de madera.

PRIMEROS TORMENTOS

AL oír las palabras de Vicente, mudó el inicuo juez el tono y el semblante y, dejando su fingida mansedumbre, mandó que le atormentasen.

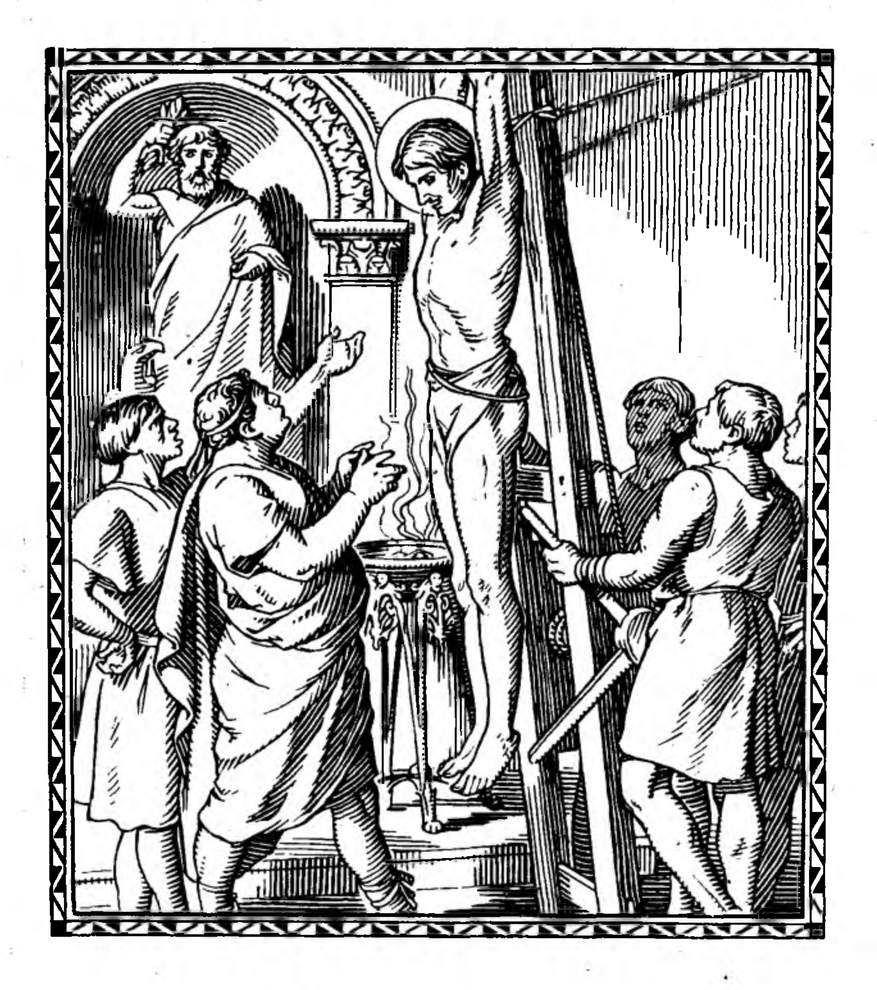
Empezaron los verdugos dándole de bofetadas, con lo que el rostro de aquel esforzado confesor quedó bañado en sangre. Quitáronle luego los vestidos y le expusieron a la vista del populacho, para que de él se mofasen todos como en otro tiempo del divino Maestro, y mientras tanto arañaron su cuerpo con uñas de hierro.

Al poco tiempo de padecer este tormento cayó el santo mártir al suelo, agotadas sus fuerzas por la pérdida de tanta sangre. Creyó entonces Daciano triunfar de su constancia y le gritó:

—¿Quién podrá librarte de mi enojo, si te empeñas en desobedecer mis mandatos? Sacrifica a los dioses, porque de lo contrario mandaré que despedacen tu cuerpo y sirva de pasto a las bestias fieras. Hora es ya de que adviertas tu locura. ¿No entiendes que es deshonroso para una persona de tu categoría el estar expuesto desnudo a la vista de los demás? Ríndete de una vez y déjate vencer por la bondad de nuestros dioses, que te perdonarán benignos; y yo te soltaré y te encumbraré a los altos puestos y haré que seas galardonado con grandísimos premios.

Irguióse el esforzado mártir sin tener cuenta con los atroces dolores que padecía y, mirando a Daciano con semblante sereno, repúsole con energía y valeroso tesón:

—¿Avergonzarme yo de mi desnudez? Tan lejos estoy de ello, que antes bien me glorío de padecer esta afrenta por Cristo y la tengo en estos instantes por mi mejor ornamento; porque muy en breve, libre ya de este cuerpo vil, seré mudado en otro hombre y resucitaré vestido de justicia y santidad. Me amenazas con la muerte; pero, ¿ignoras por ventura que estoy pronto a padecerla? ¿No recuerdas ya que te dije que mi mayor deseo es morir por Cristo? Manda desmembrar mi cuerpo y con ello aumentarás mi gloria; porque así podré presentar al Señor y Criador mío cada uno de mis miembros adornado con las gloriosas señales del martirio.



E N *medio del suplicio, San Vicente de Colibre dice al cruel Daciano: «La desnudez en que me dejas no me avergüenza, porque me reviste de justicia y de verdad. Si me dislocas los miembros los ofreceré a mi Creador adornados con las brillantes señales de mi confesión.»*

Embravecióse el cruel presidente y, fuera de sí de furor, mandó que atasen a Vicente en el ecúleo y le descoyuntasen, desencajando los huesos de sus lugares; mas, como viese que nada quebrantaba su constancia, echó mano de otro género de tormento. Mandó a los verdugos que levantasen en alto al santo mártir ayudándose de unas ruedas y poleas, y luego lo dejasen caer de golpe sobre piedras y cantos agudos, con lo que sus carnes quedaron llagadas y sus miembros destrozados y quebrantados.

Atormentaron al Santo con este atrocísimo género de suplicios no una sino muchísimas veces, sufriéndolo él con suma fortaleza y alegría. Fué luego encerrado en un lóbrego y espantoso calabozo. Allí quería la Divina Providencia sanar las heridas del santo mártir con el bálsamo de su gracia y virtud omnipotente, y concederle algunas horas de tregua y descanso en medio de tantos y tan grandes padecimientos.

Estaba en la cárcel este valeroso y esforzado soldado de Cristo regocijándose en extremo por haber padecido ya algo por su Rey y Señor, y se deshacía en acciones de gracias al Divino Maestro que le había juzgado digno de honra y merced tan grandes. «Alabanza y gloria a Ti, Señor y Dios mío —decía—; quienes en Ti confían, nunca jamás quedarán confundidos». Empero, la humildad le hacía desconfiar de sus propias fuerzas y con mucho fervor pedía el divino auxilio para padecer valerosamente nuevos tormentos.

Cuando menos lo pensaba, inundó de repente el calabozo una luz muy resplandeciente y sólo con verla quedó Vicente tan consolado y aliviado, que pudo desde luego levantarse y sentarse. Siguió dando gracias a Dios y al poco tiempo se halló totalmente sano, no quedando en su cuerpo rastro alguno de las heridas, ni la más leve cicatriz.

PROFESIÓN DE FE Y TRIUNFO DEL SANTO

QUISO Daciano partir para Barcelona y, como sabía que nada podrían con los españoles los más atroces tormentos, siendo como son por su naturaleza valientes y muy sufridos, determinó sacar de la cárcel a Vicente, si es que todavía estaba con vida, y traerle a su tribunal para acabar de una vez con él.

Trajéronle, pues, a su presencia; mas fué para vergüenza y confusión de su soberbia, porque, viendo muy sano y robusto al santo mártir, siendo así que la víspera estaba tan lastimado y exhausto de fuerzas, quedó el infame estupefacto y muy corrido y, como era de ánimo cobarde, no se dió por vencido a la vista de aquel prodigio, antes, dejándose vencer de su propia saña y furor, prorrumpió en dicterios contra el glorioso confesor, gritando arrebatado de cólera y como fuera de sí:

—¿Crees por ventura que con las mañas y artificios de la magia vas a conseguir librarte de mis manos? Insensato; renuncia ya a tus locas extravagancias, y ten entendido que si aun estás con vida no es merced a tus artificios, sino a la bondad de nuestros dioses, los cuales quieren que conozcas y abjures tus errores y les des el culto debido.

Descubrió San Vicente en aquellas amenazadoras palabras un anuncio de su próxima muerte y juzgó ser aquella ocasión muy oportuna para hacer pública y solemne confesión de fe. Las Actas de su martirio la traen de esta manera:

—Ignoro los artificios de la magia, oh Daciano; y por lo que toca a vuestros ídolos, guárdeme Dios de adorarlos y reconocer que sean ellos los autores de mi curación. Mi único Dueño y Señor es Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el cual bajó del cielo a salvarnos, y se encarnó en las purísimas entrañas de María Virgen por obra y gracia del Espíritu Santo, para sanar la ceguera de los hombres, desvanecer las negras sombras en que estaba envuelto el mundo y esparcir por todo el universo los vivísimos resplandores de su divina luz. Ese mismo Señor es quien se ha dignado enviar un rayo de su benéfica lumbre hasta el fondo de mi estrecha cárcel para disipar las tinieblas de mi entendimiento; por ella quedé curado y de ella sacaré nuevas fuerzas y alientos para padecer mayores tormentos. No son, pues, vuestros despreciables ídolos, no, los que me sanaron; sino solamente mi Dios y Señor Jesucristo.

No pudo Daciano contener su enojo al oír esta magnífica profesión de fe y, para acabar con el glorioso mártir, mandó encender una gran hoguera y echar en ella al Santo, atado de pies y manos. Durante el tormento, Vicente cantaba a voz en grito las alabanzas del Señor. El fuego, aunque produjo la muerte del Santo, respetó su cuerpo, que quedó intacto y resplandeciente con celestial hermosura.

Al ver tantas maravillas, muchísimos infieles, obedientes a la voz de la gracia, abrazaron la religión cristiana.

Sucedió todo esto por los años de 303, cuando agonizaba ya el paganismo; porque sólo diez años después, con la subida de Constantino al trono, empezó para la Iglesia nueva era de paz.

SAN VICENTE Y LA TRADICIÓN. — SUS RELIQUIAS

A juzgar por una tradición local, afianzada en un manuscrito español del siglo XVIII, San Vicente estaba casado con Santa Eladia. En el retablo del altar de San Vicente de la iglesia parroquial de Colibre, hay un medallón que representa a Santa Eladia, cuya estatua ocupa el nicho más próximo al de San Vicente.

También es tradicional que el Santo fué martirizado en un islote donde hay una ermita dedicada a San Vicente. Dicha ermita fué edificada en el año de 1742, y en el mismo lugar donde hubo otra que un año antes fué destruída por una violenta tempestad.

Los de Colibre guardaron el cuerpo de su santo patrono con mucho cuidado y veneración aun en las épocas de guerra, que fueron frecuentes en la provincia de Rosellón, hasta el siglo XVII. Al ser destruída la iglesia de Colibre en la guerra de 1642, las reliquias del Santo fueron trasladadas a una fortaleza para sustraerlas a las profanaciones. Pasada la guerra y, habiendo la guarnición española desalojado la fortaleza, vinieron a ella los síndicos de Colibre en busca de las reliquias y con gran desconsuelo de ellos y de toda la ciudad vieron que habían desaparecido. Créese que las llevaría consigo un soldado español natural de Concabella, pueblecito de Cataluña. Fúndase tal creencia en el testimonio de un padre capuchino, el cual, hallándose de paso en Rosellón por los años 1695 ó 1700, aseguró haber dicho misa en un altar donde se veneraban las reliquias de San Vicente de Colibre. Lo cierto es que en esta ciudad sólo se hallan dos reliquias llevadas de Roma: un huesecito y una tibia.

LA PROCESIÓN DE SAN VICENTE

DIGNA de mención es la ceremonia, por demás rara, pero muy suntuosa y grave, con que los de Colibre festejaron la llegada de esas dos reliquias, junto con las de las santas Máxima y Liberata. Cada año celebran el recuerdo de esa llegada con idénticos festejos, siendo el más notable, por lo típico y singular, la grandiosa «procesión marítima de San Vicente».

Efectúase el día 16 de agosto, aniversario de la llegada de las reliquias. Al atardecer de ese día, una embarcación ricamente engalanada pasa de la costa al islote de San Vicente, precedida de otras seis barcas. En ella entra el clero y se depositan las sagradas reliquias y luego empieza la procesión por mar hasta Colibre. Centenares de embarcaciones profusamente iluminadas preceden, siguen o escoltan a la que lleva las reliquias. La masa de la población se halla presente y todos a una cantan devotas letrillas, al son de suaves instrumentos que tocan músicos catalanes. La procesión describe un ancho círculo en el mar y luego todas las embarcaciones viran hacia Colibre. Antes de que la nave que lleva las reliquias toque la costa, se paran todas las otras barcas, y, haciendo todos silencio, se entabla el siguiente diálogo en idioma catalán entre el dueño de la nave y el capitán del puerto:

—¿Qué barca es ésa? —grita el capitán.

—La de San Vicente —responde el patrono.

—¿De dónde viene?

—De la Isla de San Vicente.

—¿Qué trae?

—Las reliquias de San Vicente, de Santa Máxima y de Santa Liberata.

—¿Lleva pasajeros y tienen pasaporte?

—Sí, los hay y tienen pasaporte.

—¿Qué queréis?

—Que nos dejéis entrar en el puerto.

—En nombre de Dios, entrad —grita el capitán.

Inmediatamente, un centenar de marineros agarran una larga maroma atada en la roda de la barca, y halan desde la costa corriendo a todo correr, hasta que dejan la embarcación frente a la iglesia parroquial. Prosigue luego la procesión a pie hasta el templo, y todos los fieles entran a venerar y besar las sagradas reliquias.

Por demás pintoresco y maravilloso es aquel desfile de las barcas con sus millares de luminarias, cuyo reflejo en las aguas del mar produce, al vaivén de las ondas, visos y cambiantes caprichosos y sumamente bellos; impresionantes y conmovedores en extremo son el desembarque y la entrada de aquella muchedumbre de fieles en la iglesia clamando a su excelso patrono con invocaciones que les salen del alma: «¡Viva San Vicente! ¡Glorioso San Vicente, ruega por nosotros!»

SANTORAL

Santos **Vicente de Colibre, mártir;** *León IX, papa;* Timón, uno de los siete primeros diáconos, mártir en Corinto; Sócrates y Dionisio, asaeteados; Expedito, jefe de una legión romana, mártir en Armenia, con Aristónico, Cayo, Rufo y Gálata; Pafnucio, mártir en Jerusalén; Elfego, obispo y mártir, en Inglaterra; Jorge, obispo de Antioquía de Pisidia, defensor de las sagradas imágenes; Ursmaro y Crescencio, obispos; Bucardo, abad, discípulo de San Bernardo; Vernero, niño de trece años, patrono de los viñadores, martirizado por los judíos; Hermógenes, Evodio y Calixto, mártires en Sicilia por los años 63 a 66. Beatos Casula y Pedro de Garrovillas, franciscanos; Pedro Querot, dominico; Vicente Castilla, canónigo, Santas *Oliva, virgen y mártir;* Emma, condesa; Lasia, virgen irlandesa.

SAN LEÓN IX, papa. — Nació en Alsacia, el año 1002, de familia noble, descendiente de Alderico, duque de aquella región. Al ser bautizado recibió el nombre de Bruno, que cambió por el de León al ocupar la Silla de San Pedro. Recibió una educación esmeradísima; frecuentó la acreditada escuela de Toul, destinada a la nobleza, y recibió las órdenes sagradas, que le abrieron la puerta para el canonicato, prelacía y pontificado. A la muerte de Dámaso II, papa, el

emperador Enrique III convocó la asamblea de Worms, para acabar con algunos abusos. A ella asistió Bruno, obispo de Toul, el cual fué nombrado Papa por unanimidad; mas no quiso aceptar la tiara sino cuando vió que todo el clero y el pueblo romano le aclamaban también. Tomó el nombre de León IX. Era aquélla una época calamitosa para la Iglesia, a causa de la relajación y la simonía, que se habían introducido en el mismo clero. Para atajar dichos males, reunió concilios en Italia, Francia y Alemania, que reportaron grandes bienes. En el celebrado en Roma el año 1050, fueron condenados los errores de Berengario sobre la Eucaristía. En su tiempo se consumó el cisma griego. Fué hecho prisionero de los normandos por espacio de un año, pasado el cual volvió a Roma, donde murió plácidamente el 19 de abril de 1054.

SANTA OLIVA, virgen y mártir. — La niña Oliva vino al mundo en un rincón de la rica y frondosa Galia Cisalpina, llamada el jardín de Europa y el paraíso de Italia, a causa de sus bellezas naturales.

Quizá estas excelentes condiciones del clima físico, influyeran en el clima espiritual de su alma que, habiendo sido educada por padres paganos, desplegó los pétalos de su corazón generoso a los dulces besos del sol de la fe con que le iluminara el obispo Apolonio, convertido, a su vez, por los Apóstoles. Recibió el bautismo y se entregó del todo a Dios en cuerpo y alma. Llevaba vida de oración y penitencia, y gustaba de visitar la tumba de los santos mártires Faustino y Jovita. En esta actitud fué encontrada un día, y llevada al gobernador, que no logró doblara las rodillas ante los ídolos y les ofreciese incienso. La piadosa doncella fué colgada de un árbol por los cabellos; al mismo tiempo encendieron fuego debajo de ella para asarla viva, y la apaleaban con disciplinas armadas de bolas de hierro en los extremos. Ella no cesaba de alabar a Dios, quien, con este martirio tan heroico, le concedió la palma de la victoria el 19 de abril del año 129.



Cuervos diabólicos — Casa de perdición, santificada

DIA 20 DE ABRIL

S.TA INES DE MONTEPULCIANO

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO (1274 - 1317)

FUÉ esta Santa Inés uno de los más hermosos frutos que dió el árbol monástico plantado por Santo Domingo en la Iglesia de Dios. Nació en el año de 1274 en un lugarejo de Toscana, llamado Gracciano Vecchio, poco distante de la ciudad de Montepulciano. Sus padres eran distinguidos por su nobleza y bienes de fortuna, virtuosos y muy temerosos de Dios.

Al nacer la niña, llenóse de luz celestial el aposento donde se hallaba su madre. Parecía que los ángeles saludaban de esta manera a la enviada del Señor, y que Dios quería mostrar al mundo la vida santa a que destinaba aquella tierna criatura.

No desmintió Inés las esperanzas que sus padres concibieron a la vista de aquel prodigio, antes bien, desde la más temprana edad brotaron ya en su alma gustos y aficiones sobrenaturales. Puede decirse que los experimentó ella aun antes de que supiese hablar. Cuando pudo ya balbucear, aprendió el *Padrenuestro* y el *Avemaría,* y desde entonces fué su más deleitoso recreo recogerse en lugar apartado de su casa, y allí juntas las manos y de rodillas, rezar muchas veces estas dos hermosas oraciones.

Templo y morada del Espíritu Santo era el tierno corazón de Inés, que este divino Espíritu llenó de gracias y abrasó con incendios de amor a la pureza. Con eso, aunque jovencita, ponía ya espanto al demonio, como se verá por lo que sigue: Siendo de nueve años fué cierto día a Montepulciano. Al pasar cerca de una casa de pecado vió levantarse de un campo vecino una bandada de cuervos, los cuales volaron sobre su cabeza dando espantosos graznidos para asustarla, se le echaron encima y abrían sus negros picos como si pretendieran lastimarla. Con todo eso, no le hicieron daño alguno; pero bien dieron a entender los demonios, por medio de aquellos siniestros avechuchos, cuánto les molestaba la sola presencia de la virtuosa doncellita. Andando los años, Inés convirtió aquella casa en santuario de oración y santidad.

ÁNGEL DEL CONVENTO

QUISO Inés poner a salvo su castidad y defenderla contra las asechanzas del demonio, por lo cual, pidió licencia a sus padres para hacerse monja. Habiéndolo logrado partió para Montepulciano y entró en un convento de monjas Saquinas, así llamadas por ser su hábito de tela burda como de saco. Allí permaneció quince años, pasados los cuales ingresó en la sagrada Orden de Santo Domingo.

Aunque joven, se dió con ardor a la práctica de virtudes que parecían propias de personas más adelantadas que ella en edad y perfección. Mortificaba su cuerpo con ayunos, vigilias y otras austeridades y con sumo empeño crucificaba su voluntad por medio de la obediencia exacta y puntualísima a las órdenes de su priora, aun en cosas al parecer insignificantes.

Pero señalábase sobre todo por su encendida piedad y por el amor grande que tenía a la oración y a la lectura de libros santos y devotos. La inclinación a las cosas sobrenaturales que tuvo desde jovencita se manifestó más al paso que crecía en edad. No corre el sediento ciervo a la fuente de aguas vivas con más ardor que Inés cuando acudía a la oración y trato con Dios. Pasaba los ratos libres en amorosos coloquios con su divino Esposo Jesús. No es, pues, de maravillar que en muy breve tiempo hiciera grandes progresos en el camino de la virtud y de la perfecta oración.

Muchas veces, mientras oraba, la vieron sus hermanas elevarse en el aire y acercarse poco a poco al Santo Cristo, hasta poder besar sus sagradas llagas.

Al ver las virtudes de Inés y las admirables prendas naturales y sobrenaturales con que el Señor la había favorecido, las monjas solían llamarla «el ángel del convento».

ABADESA A LOS DIECIOCHO AÑOS POR VOLUNTAD DE DIOS

UNA noche, mientras oraba, aparecíósele la Virgen María y le entregó tres hermosísimas y muy brillantes perlas, diciéndole:

—Hija, te encargo que edifiques una iglesia y un monasterio en mi honor, y es mi deseo que los dediques a la Santísima Trinidad, significada por estas tres perlas.

Santa Inés tenía por entonces sólo dieciocho años.

A los pocos días determinaron los habitantes de Proceno, del condado de Orvieto, edificar en su ciudad un monasterio donde educar a sus hijos. Estando en esto, oyeron ponderar las virtudes de Santa Inés y empezaron a dar pasos para lograr que la Santa se encargase de dirigir la nueva fundación. Tales instancias hicieron a la superiora de las Saquinas que al fin accedió a ello. El Señor, que había inspirado aquella determinación a los de Proceno, quiso que llegase a feliz término. Inés bajó la cabeza y partió para aquella ciudad en compañía de la maestra de novicias. Ella misma, a pesar de sus pocos años, dirigió la construcción del convento y, cuando ya estuvo acabado, instaló en él una comunidad de monjas.

Noticioso el papa Nicolás IV de la santidad de vida y admirable prudencia de Inés, le confirió la dignidad abacial por Breve de la Secretaría apostólica. Aceptó la Santa aquella nueva carga con humilde resignación y esforzado ánimo, y bajo su dirección —lo refiere el cronista— llegó a ser un paraíso el monasterio de Proceno, porque la influencia de Inés era extraordinaria y a cuantos se le acercaban sabía comunicarles algo de su fervor y virtud excelentísima.

VIRTUDES DE SANTA INÉS

NO cabían en sí de gozo los de Proceno al ver que no en balde habían llevado adelante el negocio del monasterio; pero mayor que su alegría era la aflicción de la joven abadesa al verse encargada de dirigir las almas de los demás, siendo ella tan moza en los años. Tenía mucha cuenta con la responsabilidad de su cargo y por eso suplicaba al Señor con gran fervor y lágrimas que le diese luz y fuerza para desempeñarlo con la debida perfección. Llevaba vida muy austera y penitente. Durante los quince años que permaneció en Proceno no tuvo más cama que el duro suelo y ayunó cada día a pan y agua.

A pesar de su fuerte inclinación a la vida solitaria y contemplativa dábase totalmente a las obligaciones de su cargo. Tanto sentía tener que dejar la

oración, que derramaba lágrimas cuando había de interrumpirla para atender a otros negocios; con todo eso, no vacilaba en dejarla generosamente, porque sabía ser voluntad de Dios que ante todas las cosas cumplamos las obligaciones del propio estado.

Plugo al Señor manifestar en varias ocasiones cuánto le agradaba el proceder de su sierva; porque muchas veces vieron las monjas a su santa Madre salir de la oración con el manto cubierto de maná celestial, blanquísimo como la nieve; y otras veces, donde había estado arrodillada brotaban sin saber cómo olorosas violetas y otras flores muy fragantes.

También la Virgen nuestra Señora favoreció a su devota sierva con gracias extraordinarias. Una vez, la víspera de la Asunción, Inés estaba velando y orando para disponerse dignamente a la fiesta, cuando de repente vió aparecer en medio de grandes resplandores a la Reina de los Ángeles con el Niño Jesús en sus brazos. La bondadosa Virgen se acercó a la Santa, la cual no cabía en sí de gozo. Llena de confianza, pidió entonces a la Madre de Dios que se dignase darle el divino Niño para que lo tuviese un rato en sus brazos. La Virgen accedió a ello gustosísima y así pudo Inés gustar unos instantes las celestiales alegrías. Al devolver el Divino Niño, sintió la Santa indecible desconsuelo, pareciéndole que, al separarse de ella Jesús, se le iba su propia vida. Llevaba el Divino Infante colgado en el cuello un Santo Cristo preciosísimo, pendiente de un cordón de seda. Inés devolvió el Niño pero se quedó con el Santo Cristo. Desapareció entonces la visión y la Santa permaneció un buen rato como fuera de sí con el alma inundada a un mismo tiempo de gozo y de tristeza.

ENFERMEDAD DE SANTA INÉS

OBLIGACIÓN de la joven abadesa era sin duda llevar la dirección espiritual de su comunidad, pero también tenía que proveer al sustento corporal de las monjas. No fué esto siempre cosa fácil, porque el monasterio de Proceno era tan pobre que a veces faltó lo más necesario, como pan, aceite y dinero para comprarlo; en estos aprietos acudía la santa Madre al Señor y la divina Providencia la socorrió siempre muy oportunamente.

Por el mucho trabajo que le daba la dirección del monasterio, vino a enfermar gravemente de una dolencia que le duró una buena temporada, pero la Virgen María la consoló y alentó, apareciéndosele muchas veces.

Mandáronle los médicos que comiese carne, que no había probado en su vida por haber hecho promesa de guardar abstinencia de este manjar hasta su muerte. Quedó muy desconsolada y afligida al oír esa prescripción mé-



EN *la víspera de la Asunción, la Santísima Virgen, rodeada de ángeles, se aparece a Santa Inés de Montepulciano entre celestiales resplandores. Lleva al Niño Jesús en los brazos y la Santa pide a la Virgen que se lo deje tener en el regazo. La Reina del cielo accede cariñosa y complaciente.*

dica, pero el Señor acudió en su auxilio de un modo prodigioso. Trajéronle un poquito de carne y con sólo hacer la Santa sobre el plato la señal de la cruz, convirtió aquel manjar en dos hermosos peces. Inés dió gracias a Dios por el milagro y, de allí adelante, los médicos la dejaron libre de cumplir su promesa.

GRATITUD DE INÉS A LOS BIENHECHORES

LA santa abadesa se mostraba sumamente agradecida con los bienhechores del monasterio. Como no podía pagarles tantos favores con bienes temporales, hacíalo con oraciones y santas palabras, pidiendo al Señor la salvación de sus almas.

Una noche vióse Inés trasladada en sueños a un lugar tenebroso, donde el aire era abrasador y estaba poblado de horribles fantasmas que gritaban y se lamentaban con voces muy lastimeras; aquello era horroroso y parecía el mismo infierno. En el centro de aquel lugar de penas y tormentos unos cuantos demonios estaban disponiendo como una silla de fuego para algún condenado. Quedó la Santa pasmada y como muerta con aquella terrorífica visión; pero aun tuvo aliento para preguntar quién se sentaría en aquella silla que ponía espanto. «Es uno de los bienhechores de tu monasterio, por quien tanto rezas para que se salve —le respondieron los demonios con risa burlona—; pero aquí vendrá a parar, porque hace ya treinta años que se confiesa mal y calla pecados que no se atreve a declarar.»

Despertóse en esto la Santa y, muy afligida y acongojada con lo que había visto y oído, mandó llamar al punto a aquel bienhechor para contarle la visión. Por los consejos de la santa abadesa, el pecador lloró su mala vida; murió al poco tiempo y el Señor permitió que Inés viese el alma de su bienhechor subir al cielo sin pasar por las llamas del purgatorio.

FUNDA UN CONVENTO DE DOMINICAS

EXTENDIÓSE tanto la fama de la santa abadesa, que los de Montepulciano se arrepintieron de haberla dejado salir de la ciudad, y quisieron que volviese a toda costa. Muy laudable y justo era aquel deseo, por haber nacido Inés en lugar poco distante de la ciudad; pero sin caer en la la
cuenta de ello, los habitantes de Montepulciano iban a ser los instrumentos de la divina Providencia para llevar a efecto los designios que tenía sobre su sierva. Se le aparecieron San Agustín, San Francisco y Santo Domingo y

los tres la exhortaban a que se rindiese a los deseos de sus paisanos, porque el Señor quería que fundase un convento de Santo Domingo en el mismo solar donde estaba aquella casa pública, cerca de la cual los demonios en figura de cuervos la molestaron y asustaron tanto.

Inmediatamente Inés llevó a cabo todos los preparativos para dar cumplimiento al mandato celestial. Nombró nueva priora del monasterio de Proceno y ella partió con algunas compañeras. Merced al concurso y buena voluntad de los de Montepulciano, Inés pudo alojarse muy presto en el nuevo convento con otras veinte monjas, a las que dió al principio la regla de San Agustín y, al poco tiempo, para obedecer el mandato celestial y con licencia del Papa, añadió las Constituciones de Santo Domingo.

La antigua mansión de los demonios se trocó en lugar santo, adonde los ángeles del Señor acudían con gran frecuencia. Muchas personas santas vieron una escala luminosa que llegaba desde el coro del convento hasta el cielo, y por ella los ángeles, medianeros celestiales entre Dios y los hombres, llevaban las súplicas de las santas monjas hasta el trono del Altísimo y en retorno bajaban del cielo gracias abundantísimas para repartirlas a los mortales; por donde se echa de ver que las personas que se acogen al retiro del claustro, no lo hacen por desamor a la sociedad, sino para ser de mayor provecho a los hombres, y en particular a los pobres pecadores, con sus oraciones y penitencias.

Apartaba Inés con sumo cuidado a sus hijas espirituales de las ocasiones de pecar. Una de ellas, al caerse, se hirió gravemente en la cabeza. Los médicos no vieron otro remedio que llevarla a un hospital de la ciudad para operarla; pero la santa Madre, temerosa de que aquella hermana perdiese la inocencia viviendo fuera del convento, pidió a Dios que la sanase, y con sólo hacer la señal de la cruz sobre la herida, quedó curada.

Una noche, estaba la Santa orando y desvelándose como solía, y de repente vió entrar en el dormitorio de la comunidad unos diablejos feísimos. Espantada con esta visión, corrío a despertar a las monjas y las juntó para el capítulo de culpas, y después de imponerles fuertes penitencias, las envió otra vez a dormir.

También le otorgó el Señor el don de leer en los corazones, y de él se servía para amonestar o alentar a sus hijas, según fuesen las disposiciones que en ellas veía.

Un domingo, al amanecer, fué a rezar junto a un olivo de la huerta y, estando en oración, quedó arrobada en éxtasis y no volvió en sí hasta las cinco de la tarde. Afligióse en extremo de no haber oído misa ni comulgado y, mientras estaba lamentándose de ello, apareciósele un ángel y le dió la Sagrada Comunión. Este divino manjar le infundió tal fortaleza y consuelo que ni pensó en tomar alimento alguno, y así en ayunas prosiguió largas horas su oración.

Bien hubiera querido visitar los Santos Lugares de Jerusalén, pero la clausura era muy rigurosa, de suerte que no pudo Inés hacer esa peregrinación. Para resarcirla de algún modo, créese que el Señor mandó a un ángel que trajese a la Santa un poco de tierra empapada en la preciosísima sangre del Redentor.

También es de maravillar cómo logró tener algunos trocitos de los vestidos de San Pedro y San Pablo: Siendo todavía abadesa del convento de Proceno, tuvo ocasión de ir a Roma para pedir al Papa que confirmase los privilegios de aquel monasterio y, como deseaba con grandes ansias tener alguna reliquia de los dos príncipes de la Iglesia, mientras oraba con lágrimas cabe el sepulcro de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, de los vestidos que cubrían los sagrados huesos se desprendieron dos pedacitos que cayeron sobre sus rodillas. Recogiólos ella con mucho respeto y devoción y los llevó muy gozosa al convento.

GLORIOSO TRÁNSITO DE SANTA INÉS

UN día, extenuada de cansancio, fué a descansar un rato en su aposento. Tuvo entonces una visión, en la que le pareció que un ángel la tomaba de la mano y la llevaba junto a un olivo del huerto y, presentándole una copa llena de bebida amarguísima, le decía:

—Bebe, santa esposa de Cristo; bebe en memoria y honra de Aquel que bebió por ti el cáliz de su Pasión.

A los pocos días enfermó de grave dolencia. Bebió con gran fervor el cáliz que el Señor le enviaba y mostró en medio de sus padecimientos inalterable paciencia. Los médicos le recetaron baños y ella obedeció, a pesar de que tenía muy poca confianza en los remedios humanos. Estando en el balneario, sanó a muchos enfermos e hizo brotar otra fuente, cuyas aguas obraron innumerables milagros; pero ella volvió a Montepulciano sin haber logrado alivio alguno.

El Señor le reveló por entonces el día y hora en que su alma, libre ya de los lazos de la carne, iría a gozar del sempiterno descanso. Con vivísimas ansias aguardó aquel feliz instante. Lamentábanse las monjas al ver que su santa Madre tenía tan grandes deseos de morir y dejarlas para siempre; pero Inés las consolaba con dulces y esperanzadoras palabras.

—Si me queréis de veras —les decía—, no me lloréis, porque la muerte no es para mí sino el paso de la tierra al cielo. ¿Acaso un amigo se aflige de la dicha de su amigo? Dejo ya este mundo, pero sólo corporalmente estaremos separadas; por la misericordia del Señor espero hallar en el cielo nueva morada y allí mi alma rogará mucho por vosotras.

Tran grande era el amor que tenía a sus hijas, que aun las escasas fuerzas y los últimos instantes de vida que le quedaban empleábalos en su provecho.

Finalmente, estando en amorosos coloquios con el Señor, abrió los ojos para mirar al cielo y dió apaciblemente su alma a los santos ángeles para que la llevasen a la gloria. Sucedió su muerte a los 20 de abril del año de 1317.

En el instante en que murió Santa Inés todos los niños y niñas de Montepulciano y de los alrededores se despertaron de improviso, como sacudidos en sus camas por una fuerza sobrenatural y, echándose en brazos de sus padres, decían a voz en grito:

—Sor Inés ha muerto y está ya en el cielo.

Con este portentoso prodigio se divulgó por toda la comarca la noticia de la muerte de tan admirable sierva del Señor. La misma Santa se apareció a muchas personas para anunciarles que subía a la feliz morada de los justos.

De su sagrado cadáver salió suavísima fragancia que llenó el ambiente del convento y de los alrededores. Las monjas mandaron traer de Génova lo necesario para ambalsamar el cuerpo de su Madre y fundadora; pero el Señor manifestó con otro prodigio que no han menester de aromas materiales aquellos que Él ha ungido con el suavísimo bálsamo de su divina gracia. Porque del rostro y de las manos de la Santa Virgen empezó a manar un sudor muy fragante con tanta abundancia, que empapó todos sus vestidos; ese bálsamo celestial siguió manando por espacio de varios años y de él se llenaron algunos grandes vasos de cristal.

El papa Clemente VIII beatificó a la virgen de Montepulciano, y Benedicto XIII la canonizó muy solemnemente en San Pedro de Roma a los 10 de diciembre del año 1726.

SANTORAL

Santos *Marcelino, obispo de Embrún (Francia); Valderedo, obispo de Zaragoza; Teótimo el Filósofo, obispo;* Teodoro, confesor, en Constantinopla; Hugo y Mamertino, abades; Sulpicio, Serviliano, Víctor, Antonino, Zótico, Zenón, Acindino, Severiano, Crisóforo y Cesáreo, mártires; Marciano, presbítero; Alberto, niño de cuatro años martirizado por los judíos en Polonia, en 1598; Asterio, confesor; Harduino, anacoreta; Lutardo, obispo de Paderborn; Wihón, primer obispo de Osnabruck. Beatos Santiago Oldi y Juan, ermitaño, de la Orden Tercera de San Francisco; Antonio de Alvarado; Luis de la Cruz; Alfonso de Orense; Francisco Toral; Mateo de Castellón, y Juan Pacheco, franciscano. Santas **Inés de Montepulciano, virgen;** Hildegunda, virgen cisterciense; Heliena y Oda, vírgenes.

SAN MARCELINO, obispo. — Nació en África; pero, llevado en alas de su celo apostólico por la conversión de los infieles, pasó a Europa y se estableció en la región del Delfinado, en la ciudad de Ebreduno (hoy Embrún), entre las altas nevadas cimas de los Alpes. Pronto cundió la fama de las numerosas conversiones que realizaba, y fué elegido obispo de la citada ciudad, cuyos moradores fueron los últimos en abrazar la fe de Cristo. Su nuevo cargo encendió más aún sus ansias de apostolado, para lo cual le había concedido Dios el don de palabra y el de milagros. En una comida a la que asistían muchos cristianos recién convertidos, el santo prelado volvió a componer un vaso que al caer se había hecho añicos; al ver lo cual, se convirtió el último pagano que quedaba en la ciudad. Eran tantos los nuevos cristianos que debía bautizar, que Dios obró el prodigio de hacer brotar agua abundantísima en la pila bautismal durante los ocho días que duraban estas ceremonias, secándose completamente después. Desde entonces se renueva este milagro todos los años el Sábado Santo. Murió, colmado de merecimientos, el día 20 de abril de 340.

SAN VALDEREDO, obispo de Zaragoza. — Unido con los reyes godos por lazos de parentesco, nació Valderedo, en la imperial ciudad de Toledo, a mediados del siglo VII, siendo educado por sus piadosos padres en un ambiente de pureza y virtud, principios que fueron siempre la norma de toda su conducta. Dotado de gran talento y de cualidades excepcionales, hizo rápidos progresos en la ciencia y en la virtud, prometedores de una risueña esperanza en el mundo cortesano, que tanto le sonreía con el brillo de la fama y los oropeles del triunfo. Mas a todo renunció Valderedo y abrazó la vida claustral, para mejor asegurar la salvación de su alma. Vistió el hábito en el convento benedictino de Santa Leocadia, donde vivió santamente, siendo acabado modelo de todos los religiosos. Se imponía los mayores sacrificos para poder socorrer a los necesitados. Después de ejercer el cargo de abad de dicho monasterio, ocupó la sede episcopal de Zaragoza, por muerte de Tajón. Brilló por su sabiduría y virtudes; asistió a los Concilios XIV, XV y XVI de Toledo, y después de veintitrés años de prelacía murió lleno de méritos el 20 de abril del año 710.

SAN TEÓTIMO EL FILÓSOFO, obispo. — Nació a mediados del siglo IV y murió el 20 de abril del 402. Ejerció la profesión de filósofo, para la cual se hallaba dotado de condiciones excepcionales. De Grecia pasó a la Escitia, o sur de Rusia, lindante con el mar Caspio. Tanto aquí como en Dacia, predicó incesantemente la doctrina de Cristo; asombró, con sus milagros, a los mismos bárbaros, que le respetaban como a un dios. Los Santos Padres de su siglo le consideraban como un gran apóstol y una lumbrera extraordinaria. Voló al cielo, a recibir la recompensa de sus méritos, muy adelantado en años. En su sepultura obra Dios muchos milagros.



Bula del papa Pascual II

Sello de Guillermo II el Rojo

DÍA 21 DE ABRIL

SAN ANSELMO

ARZOBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1033 - 1109)

NACIÓ San Anselmo el día 6 de mayo del año 1033 en la ciudad de Aosta (Piamonte). Su padre, Gondulfo, prodigaba sus bienes y se daba mucho a gustos y diversiones, sin tener cuidado de su casa y familia. Su mujer, Ermeberga, al contrario, atendía al gobierno de la casa, y a las obras de virtud y piedad, en las cuales perseveró hasta el fin de su vida. Crió a su hijo en el amor de Dios y la devoción a la Virgen María, y con frecuencia se entretenía con él hablando de la grandeza del Señor y de la hermosura del cielo.

Siguiendo los consejos de su cristiana madre, resolvió, desde su niñez, anteponer la perfección de su alma a todo deseo de mundanal vanagloria. Cuantos se propusieron con empeño ser santos lo fueron, porque querer es poder. Por eso dijo más tarde nuestro Santo: «Cuesta más trabajo ser sabio que ser santo».

Cierto día fué el niño arrebatado en espíritu y vió al divino Rey, el cual le entregó un panecillo blanquísimo como la nieve y de sabor celestial. Prevenido así con los favores divinos, determinó vivir en un monasterio de su ciudad natal en el que pidió el hábito de monje; pero no se lo dieron por temor de su padre. Cayó gravemente enfermo y confirmóse más en su buen propósito; pero, habiendo recobrado la salud, se entibió de aquel fervor.

VIDA DESENFRENADA. — DISCÍPULO DE LANFRANCO

VINO en esto a morir su piadosa madre, quedando Anselmo sin guía en el camino de la vida. Como era mozo y poseía muchas riquezas, pronto se dejó arrastrar por la corriente de sus gustos y apetitos. Esto disgustó tanto a su padre que llegó a no poderle ver sin enojo y desabrimiento; ni aun la humilde sujeción de su hijo le daba satisfacción; y así, para excusar otros mayores inconvenientes, le dejó Anselmo y se partió de su casa. Pasó tres años de estudios en Borgoña y en Francia y para ganarse el sustento daba algunas lecciones particulares. Vino finalmente a residir en Normandía, en un monasterio benedictino llamado *Beco,* cuyo prior era el famoso jurisconsulto Lanfranco, paisano de nuestro Santo.

Anselmo estimaba en mucho tener tan notable maestro. Sin perdonar trabajo ni fatiga atendía con gran vigilancia al estudio de las divinas letras en las cuales hizo maravilloso progreso. «Bien pudiera yo —dijo un día entre sí— santificar mis obras consagrándome al Señor; no me irían peor las cosas; pero ¿adónde ir? El monasterio de Cluny es muy severo y aquí en Beco, Lanfranco eclipsará mi gloria.» Mas, por la misericordia del Señor, muy luego entendió Anselmo que el deseo de gloria mundana es indigno de un religioso. Fuése, pues, a echarse a los pies de Lanfranco y, muy llanamente y resignado a seguir su consejo, le dijo: «Tres caminos veo delante de mí por los que enderezar puedo mi vida: ser monje aquí en Beco, vivir ermitaño o quedarme en el siglo para repartir a los pobres las cuantiosas rentas que me ha legado mi padre al morir; hablad y obedeceré». Lanfranco habló de ello con el arzobispo de Ruán, llamado Maurilio, el cual se declaró por la vida religiosa. Bajó la cabeza Anselmo y entró en aquel monasterio por los años de 1060, siendo de edad de veintisiete.

ANSELMO EN EL MONASTERIO

PASADOS tres años vino a ser dechado de virtudes monásticas y por su ciencia y trabajos fué elegido prior del convento, al ser nombrado Lanfranco arzobispo de Cantorbery. Estando en este cargo brillaron con admirable esplendor su rara prudencia y sabiduría. Era para todos padre amoroso; visitaba a menudo a los enfermos, a quienes infundía consuelo y alegría, y a veces los sanaba con sólo hacer sobre ellos la señal de la cruz.

Cuando fué abad, gobernó con maravillosa santidad y prudencia. Recibía muy afablemente a los ciento cincuenta religiosos que tenía bajo su

dirección. En sus ratos libres estudiaba las Sagradas Escrituras y componía libros admirables. Comía poquísimo y tan sólo aquello que los monjes acertaban a darle cuando le veían dispuesto a tomar algún alimento. No era raro que al amanecer estuviera todavía en oración. Un día al ir el Hermano campanero a despertar a los monjes observó que en la sala capitular había una luz resplandeciente. Se asomó por curiosidad y vió al santo abad que estaba orando, envuelto en una luminosa aureola. Todos vivían muy satisfechos bajo su paternal disciplina; sólo él se lamentaba y gemía por creerse indigno de tan eminente oficio y, así fuése otra vez al arzobispo de Ruán para hacerle entrega del báculo abacial. «Confía, hijo —repuso el arzobispo—; sé valeroso y esforzado, porque el Señor te destina a mayores cosas y más duros trabajos».

ARZOBISPO DE CANTORBERY

LAMENTABLE llegó a ser por entonces el estado del reino de Inglaterra. Gobernábale Guillermo II, hijo del Conquistador, persona muy mal inclinada, enemiga de la Iglesia católica y tan opresora del clero y de la religión que investía con la dignidad eclesiástica a los hombres ambiciosos y llenos de codicia. Las abadías y obispados se los llevaba el que más pagaba por ellos; el desorden y libertinaje eran generales en aquel reino. El mismo rey era el más ambicioso de todos y así no pocas veces se negó a nombrar obispos, para poder usurpar en provecho propio las rentas de los obispados. Por esta causa estuvo vacante cuatro años la sede arzobispal de Cantorbery, siendo vanas las reclamaciones del Sumo Pontífice contra tamaños abusos.

Algunos señores principales del reino pidieron al rey licencia para hacer oraciones públicas a fin de que el cielo les enviase un pastor que sanase los los males de la Iglesia de Cantorbery: «Rezad cuanto queráis —les repuso Guillermo indignado—; yo obraré a mi antojo». A los pocos días, uno de los señores de palacio conversaba con el rey y le decía: «A la verdad, no conozco a nadie que sobrepuje en santidad al abad de Beco; ama sólo a Dios y aborrece todas las cosas terrenales». —¿Todas? —repuso Guillermo con ironía—; ¿hasta el arzobispado de Cantorbery? Pero que sepa que el cielo me es testigo de que sólo yo seré dueño y señor de ese arzobispado».

Al acabar de decir estas palabras sobrevínole de improviso recia enfermedad que le dejó en pocos días a cuatro dedos de la muerte. Avisado del peligro, Anselmo acudió inmediatamente a la cabecera del monarca y consiguió que hiciera confesión general de su vida. Alguien se atrevió a pronunciar entonces el nombre de Cantorbery y, como ese pensamiento atormentaba sobremanera al rey, al punto preguntó: «¿Quién es, a vuestro pa-

recer, el más digno y merecedor de esa sede? —A vos toca nombrarlo —le contestaron. —Es el abad Anselmo —balbució Guillermo con voz muy apagada».

Una estruendosa aclamación fué la respuesta a las palabras del soberano: «¡Anselmo, arzobispo!» Pero el humilde abad, pálido y tembloroso, habló para rehusar el cargo: «Tengo ya sesenta años —dijo—; treinta años de continua labor han debilitado mis fuerzas, así que no podré con esa pesada carga». No quisieron los obispos allí presentes dar oídos a las protestas del santo abad, y a la fuerza lo llevaron al aposento del monarca. «¿Deseas por ventura mi muerte eterna? —le dijo el príncipe—. ¿No ves que me condenaré si muero guardando en mi poder la Iglesia de Cantorbery? Apiádate, pues, de mí en este trance, y acepta el arzobispado». Los ojos de todos los presentes se nublaron con las lágrimas; sólo Anselmo permanecía impávido. Para acabar de una vez, pusiéronle a viva fuerza el báculo en las manos. «Es en balde cuanto hacéis —decía el Santo». Entretanto, le llevaron a la iglesia más próxima y allí, en medio de los aplausos y aclamaciones de la muchedumbre, le sentaron en el trono pontifical mientras todos los pechos cantaban alborozados el *Te Deum,* alabando al Señor por aquel beneficio. Sucedió todo esto un domingo, 6 de marzo del año de 1093.

LA LUCHA ENTRE LOS DOS PODERES

CODICIABA Guillermo el ducado de Normandía y, para contribuir a esta guerra, envióle Anselmo quinientas libras, que eran como unas doce a trece mil pesetas oro. El rey se negó a aceptar este donativo, alegando que era insuficiente. «Mejor que mejor —repuso Anselmo—, alguien hubiera creído que era esto simonía velada; los pobres se aprovecharán de este dinero».

Vuelto el rey de la expedición, pidióle Anselmo licencia para ir a Roma por el palio y recibirle de mano del Sumo Pontífice Urbano II. Pero, como Guillermo era partidario del antipapa Clemente III, no vino en ello y le contestó indignado: «Nadie tiene aquí derecho a proclamar legítimo a un Papa que yo no haya reconocido por tal». Anselmo no se dió por vencido, antes declaró con tesón y energía los motivos que le obligaban a ir a Roma y, sin más, partió para dicha ciudad. El astuto monarca echó entonces mano de un artificio indigno. Envió secretamente a Roma dos capellanes suyos. Debían llegar éstos antes que el Santo y solicitar de Urbano II el palio para el arzobispo de Cantorbery, sin nombrar para nada a Anselmo. Pretendía con esto el desgraciado Guillermo obligar luego al Santo a renunciar al arzobispado y nombrar en su lugar al que a él se le antojase.



SAN *Anselmo se presenta ante el rey Guillermo II el Rojo y le declara que, a pesar de su prohibición, va a Roma para recibir el palio de manos del papa Urbano II. Al propio tiempo protesta de las desatentadas intromisiones de él y su gobierno en los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede.*

Pero el propio Guillermo fué cogido en la trampa; porque el Papa envió el palio, pero por mediación del obispo de Orleáns, el cual escribió al punto a Anselmo preguntándole si quería que se lo enviase. «Líbreme el Señor —le contestó Anselmo—; es el símbolo de mi autoridad espiritual; yo mismo iré a recibirlo al pie del altar con los pies descalzos, como si lo recibiese de mano del mismo Sumo Pontífice».

Hacíanse por momentos más tirantes las relaciones entre ambas partes, de tal manera que Anselmo no vió otro remedio que ir sin dilación a Roma. Súpolo Guillermo y al fin accedió a que partiese; pero envió al Santo una embajada para decirle que no llevase consigo nada que perteneciese al rey. «Decid al príncipe que llevaré lo que es mío; si me lo niega, partiré aunque sea con los pies descalzos, pero iré a ver al Papa».

Fuése luego a palacio y, con aquel sosiego y entereza de ánimo que tenía, con la mayor serenidad dijo al rey: «Señor, mañana partiré para Roma; sería más conveniente y más del agrado de todos que emprendiera yo el viaje con vuestra venia y consentimiento... Como no sé cuándo os volveré a ver, os encomiendo muy de veras al Señor; y ahora, si consentís en ello, por ser vuestro capellán y además como arzobispo, os daré la bendición». «Y ¿cómo no?» — dijo Guillermo, confuso y admirado de ver aquella intrepidez y santa audacia del Santo. Al punto bajó la cabeza y Anselmo le dió la bendición.

Al día siguiente vistióse de romero y, con el bastón de peregrino en la mano y un saco al hombro, venciendo todas las dificultades que le salieron al paso, se embarcó en Dóver en el mes de octubre del año 1097.

PRIMER VIAJE A ROMA

SU paso por las Galias fué un verdadero triunfo. En Lyón le recibieron con grandes muestras de regocijo y veneración, y allí permaneció todo el invierno. Supo el papa Urbano lo que había sucedido, y mandó cartas a Anselmo para que sin demora fuese a Roma. Partió, pues, inmediatamente vestido de monje, y a su paso todos salían a venerarle e implorar la bendición del que llamaban «el Santo extranjero».

Urbano II alojó al santo arzobispo en el palacio de Letrán y, en presencia de los cardenales y de otros señores de su corte, le alabó con graves y encarecidas palabras, llamándole «héroe de doctrina y virtud, intrépido en las lides de la santa fe». Escribió después al rey Guillermo mandándole que devolviese la paz a las Iglesias y restituyese al arzobispado de Cantorbery los bienes que le había usurpado.

Pasado poco tiempo dejó a Roma y por orden del Papa se detuvo algunos días en el monasterio benedictino de San Salvador, en Sclàvia, cuyo

abad era un antiguo monje de Beco. También se halló en octubre del año 1098 en el Concilio de Bari, en el que fué muy controvertida la proposición teológica referente a la procesión del Espíritu Santo. Los griegos, obstinados, pedían razón de las mismas razones alegadas. «Padre y Maestro Anselmo, ¿dónde estás? —dijo el Papa—. Están acometiendo a la fe de la santa Iglesia, nuestra Madre, y ¿guardas silencio? Habla ya, pues el Señor te ha enviado aquí para que triunfe la verdad». Habló entonces Anselmo con tanta sabiduría y elocuencia, que hizo clara luz sobre todas las dificultades, y movió los corazones de tal manera, que los griegos quedaron convencidos y sumamente arrepentidos de haberse obstinado tanto en sus errores.

A todos los allí presentes les habló luego del lastimoso estado de las Iglesias de Inglaterra. «He visto pisotear la ley divina y la autoridad de los sagrados cánones y decretos apostólicos; y, cuando levanté mi voz para protestar contra estos atropellos, se me contestó que así se hacía en Inglaterra y que tales cosas eran muy del agrado del rey». Al oír esas palabras, los obispos a una voz pidieron al Pontífice que fulminase sentencia de excomunión contra el monarca sacrílego; pero Anselmo se echó a los pies del Papa y logró que demorase la sentencia.

VUELVE A INGLATERRA

HABÍA logrado por fin el Santo lo que más deseaba, que era la represión y condenación de los abusos causados por el entrometimiento del poder civil en los asuntos eclesiásticos. Se partió para Lyón, dejando a los romanos admirados de su valor y caridad. Recibióle el arzobispo de aquella ciudad más como a superior y Padre que como a huésped. Estando en Lyón recibió la noticia de que el rey Guillermo, yendo de caza, había sido traspasado por una saeta y había expirado y acabado su triste vida. «¡Ay! —exclamó Anselmo—; ¡cuán de buena gana hubiera yo dado mi propia vida para librarle de un fin tan lastimoso y desdichado!»

A Guillermo sucedió en el reino su hermano Enrique, el cual, con gran júbilo de sus vasallos, tomó a pechos el reparar tantas ruinas amontonadas por su predecesor. Pero el alborozo de las gentes creció sobremanera al saber que volvía el santo arzobispo de Cantorbery. El embajador real entregó a Anselmo una carta en la cual Enrique protestaba de su filial sumisión; el Santo, al leerla, bendijo al Señor y se dispuso a regresar a su amada Iglesia.

Como recuerdo de su paso por las Galias, Anselmo dejó obrados multitud de milagros. En la ciudad de Viena dos nobles señores sanaron con solo

comer algunas migajas de la mesa del Santo; otro curó oyendo su misa; estando camino de Cluny echó al demonio del cuerpo de una doncella; en Macón hizo que cesase una pertinaz y asoladora sequía; en Casa Dei apagó un gran fuego haciendo la señal de la cruz.

Anunciábase largo período de paz en Inglaterra y más cuando, merced a la intervención de San Anselmo, el Señor dió a Enrique una ilustre victoria contra su hermano Roberto, duque de Normandía; pero no fué así, porque al entender el rey el decreto que el Papa había hecho en Roma acerca de la investidura de los obispados, turbóse en gran manera y, menospreciando los anatemas pontificios, quiso obligar a Anselmo a jurar el feudo ligio, con promesa de consagrar a los clérigos investidos por el poder real. Anselmo se negó a ello rotundamente, pues aquello equivalía a traicionar su propia conciencia. «Quien se atreve a desobedecer mis mandatos no tiene derecho a residir en mi reino» —dijo despóticamente el rey Enrique—. Eso significaba nuevo destierro. Así lo entendió el Santo y no se equivocó; pero aguardó sereno la borrasca. Por otra parte, bien sabía el rey que nada lograría con la violencia y acudió al artificio.

SEGUNDO VIAJE A ROMA

ALGUNOS prelados vendidos al monarca se atrevieron a afirmar con juramento que el Sumo Pontífice había deshecho delante de ellos lo decretado en el Concilio de Roma. Anselmo permaneció inflexible y lo único que hizo fué diferir la sentencia de excomunión contra los clérigos que habían recibido la investidura. Los principales señores del reino rogaron a San Anselmo que tornase a Roma a tratar este negocio con el Sumo Pontífice, porque con su crédito y gran ciencia podía otra vez traer la paz a la Iglesia de Inglaterra. «Soy ya anciano, estoy achacoso —les respondió el Santo— y puedo desfallecer en el camino; pero el Señor es el dueño de mi vida. Iré a Roma; mas tened entendido que nada lograréis que pueda mancillar mi honra o coartar la libertad de la santa Iglesia».

Partió para Roma en abril del año 1103. El Papa y toda la ciudad le recibieron con grande honra y triunfo como a verdadero mártir. Era a la sazón Sumo Pontífice Pascual II. Maravillado del valor y fe del Primado de Inglaterra, confirmó todos los decretos de los Concilios.

Estando el santo arzobispo en Lyón, de vuelta para su arzobispado, recibió orden terminante de no entrar en Inglaterra. «¡Alabado sea Dios!» —exclamó—. Y sin más se fué al monasterio de Beco, para vivir en él humilde y desconocido. Era cosa de maravillar el ejemplo de aquel venerable anciano, quebrantado ya por los años y las fatigas del apostolado, fiel

a la observancia regular como un novicio. «Por fin —decía— he hallado el lugar de mi descanso». Aquí esperaba morir; pero la Providencia le tenía preparados nuevos trabajos y triunfos.

Cansado ya de esperar, el Sumo Pontífice fulminó sentencia de excomunión en el año 1105 contra los pérfidos consejeros que excitaban al joven monarca a la rebelión. A punto estuvo el Pontífice de excomulgar al mismo Enrique, y lo hubiera hecho, a no haberse éste arrepentido sinceramente; porque al fin, tocándole Dios el corazón, dejó a la Iglesia lo que era suyo y renunció a sus injustas pretensiones de investidura. Anselmo por su parte prometió obediencia al monarca, volvió a Cantorbery y fué recibido en todas partes con grandes muestras de alborozo.

PRIMADO DE INGLATERRA. — SU MUERTE

De allí adelante, todo fué paz y felicidad en el reino. Nada turbó ya la concordia entre los poderes eclesiástico y civil. Anselmo cortó de raíz los abusos; florecieron otra vez las virtudes monásticas y la santidad del matrimonio; la Iglesia, en suma, cobró todos sus derechos. Enrique convirtió en amor el odio que tenía al prelado y aun solía confiarle la administración del reino cuando él se ausentaba, siendo todo esto de gran provecho para la prosperidad de Inglaterra.

Aun en medio de tantas ocupaciones prosiguió Anselmo sus investigaciones teológicas; escribió admirables obras, por las que merece llamarse iniciador de aquella magna escuela escolástica, honra y esplendor de los siglos posteriores.

Acercábase entretanto la hora de la recompensa; tanta multitud de trabajos y peleas agotaron sus fuerzas. Sobrevínole gran debilidad, de suerte que por espacio de seis meses fué menester llevarle a la iglesia para que oyese misa, pues ya no podía celebrar. Cuando conoció que se acercaba su fin, en medio de las lágrimas y sollozos de los presentes bendijo por última vez a la familia real y a todo el reino. Tendiéronle luego sobre ceniza y de esta forma entregó al Señor su bendita alma a los 21 de abril del año 1109. Enterráronle en la catedral de Cantorbery con gran solemnidad y sentimiento de todo el reino.

El papa Clemente XI le declaró Doctor de la Iglesia en 1720.

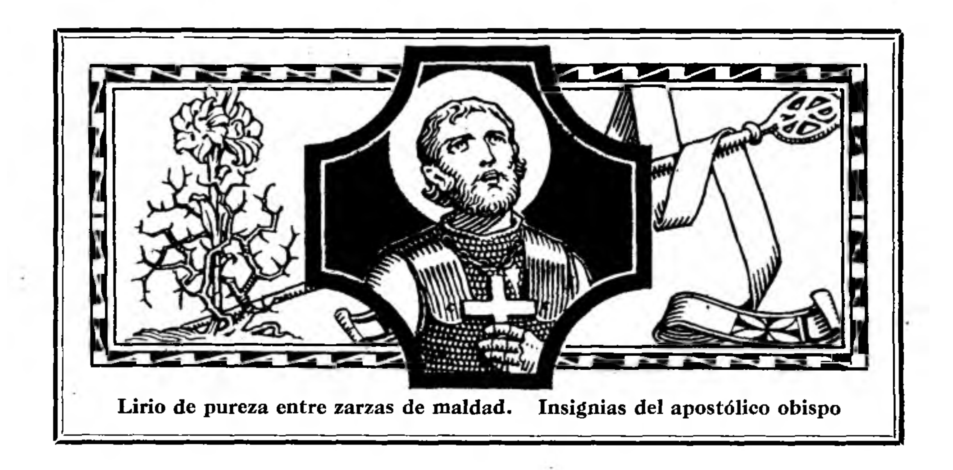
SANTORAL

Santos **Anselmo, obispo, confesor y doctor;** *Anastasio y Simeón, obispos; Apolo, Isacio y Crotates, mártires en Roma;* Arator, presbítero, y Felix, Vidal, Fortunato y Silvio, mártires en Alejandría; *Abdécalas, Ananías y Pusicio, mártires en Persia;* Maximiano, patriarca de Constantinopla; Timoteo, mártir en Ravena; Conrado de Parzham, hermano lego capuchino; Atón, obispo; Anfiso, confesor; Guillermo, niño martirizado en París por los judíos el Jueves Santo de **1177**; Brunón, fundador y abad en Inglaterra. *Santa Alejandra, emperatriz, y compañeros mártires.*

SAN ANASTASIO, EL SINAÍTA, obispo. — Recibió el sobrenombre de Sinaíta por haber vivido en el monasterio del monte Sinaí, cuyos monjes quedaron sumamente edificados con las virtudes de este Santo, que fué una de las figuras más destacadas de la literatura ascética de Bizancio. Ejerció el cargo de patriarca de Antioquía y no cesó, lo mismo entonces que antes, de luchar contra las falsas doctrinas de los herejes que agitaban a la Iglesia oriental. Atacó y redujo al silencio a los eutiquianos. A causa de estas nobles y decididas campañas, Justiniano quiso desterrarlo, sin conseguirlo, por haber muerto antes de poderlo verificar, pero lo llevó a efecto su sucesor Justino II el Joven. El destierro duró desde 572 a 595. Entre sus escritos hay que señalar una obra dogmática: «Guía del verdadero camino»; otra exegética: «Hexamerón»; el libro «De la synaxis cristiana», y varias homilías, además de las «Ciento cincuenta y cuatro cuestiones».

SANTOS SIMEÓN, obispo, y compañeros mártires. — Era obispo de Seleucia cuando fué apresado por orden de Sapor, rey de los persas. Cargado de cadenas, vióse conducido a los tribunales y acusado de no querer adorar al sol. Pero cuanto más se empeñaban los inicuos tiranos en acusarle, tanto más él predicaba y confesaba a Jesucristo. Estuvo encarcelado en compañía de otros muchos fieles, obispos, presbíteros y clérigos, hasta un centenar, a los cuales no cesaba de exhortar al martirio. El primero en ser ajusticiado fué Ustazanes, criado del rey, alentado por Simeón para obtener el perdón de sus culpas y desfallecimientos. Todos ellos, más Abdécalas y Ananías, presbíteros de Simeón, y Pusicio, prefecto de los empleados del palacio de Sapor, fueron degollados el Viernes Santo, 21 de abril del año 349.

SANTOS ALEJANDRA Y COMPAÑEROS, mártires. — Era Alejandra esposa del emperador Diocleciano, y se convirtió a la fe de Jesucristo con ocasión del prodigio siguiente: Fué presentado el mártir San Jorge a los dioses, en presencia de la corte y numeroso pueblo; acercóse a la estatua de Apolo y le preguntó: «¿Eres tú el que quieres que te ofrezca sacrificios como si fueras Dios?» Y el demonio, encerrado en el ídolo, contesto: «Yo no soy dios, ni lo son tampoco ésos que a mí se asemejan. No hay más que un solo Dios, ése es el que tu predicas...» Hizo el Santo la señal de la cruz y todas las estatuas cayeron al suelo hechas pedazos, con lo que se originó un verdadero motín. Alejandra, allí presente, se declaró cristiana decidida. Diocleciano condenó a su esposa y a Jorge a ser decapitados. Poco después sufrieron igual martirio Apolo, Isacio y Crotates o Crotato, de la servidumbre de la emperatriz, y cuya entereza en el martirio determinó a seguirla en su triunfo. Presentados espontáneamente al emperador, lograron su intento. Era el 21 de abril de 303.



Lirio de pureza entre zarzas de maldad. Insignias del apostólico obispo

DÍA 22 DE ABRIL

SAN TEODORO

OBISPO DE ANASTASIÓPOLIS EN GALACIA (583 - 613)

NO gozaban, a la verdad, de muy buena reputación las ventas y mesones de la antigüedad, y los dueños de tales casas distaban mucho de ser dechados de virtud. No hay más que recordar la venta de Drepanón en Bitinia, que explotaban los allegados de la madre del emperador Constantino. De esta misma categoría era una casa que había en Siceón (Galacia), junto a la calzada, en donde nació nuestro Santo. Fué su madre la hija de la ventera y su padre un oficial mayor de caballería que no quiso reconocerle. Empero, Constancio Cloro tuvo la honradez de casarse con la madre del niño cuando el oficial bizantino dejó con su deshonra a la madre de San Teodoro.

En ambiente tan corrompido, todo parecía presagiar un porvenir desgraciado al niño y a una hermana suya, de no más limpia ascendencia. No obstante, por la misericordia de Dios enderezáronse tan torcidos caminos. La muchacha, por nombre Blatta, fué toda su vida modelo de inocencia y pureza de costumbres, y murió joven en un monasterio adonde su hermano la presentó. Él, por su parte, dió tales ejemplos de mortificación, fué tan grande su austeridad, practicó la virtud en tan alto grado y obró tantos milagros

durante su vida, que era tenido por el mayor santo del imperio bizantino en el siglo VI, y aun hoy día pasa por uno de los más celebrados taumaturgos.

La vida de San Teodoro, escrita poco después de su muerte por uno de los discípulos que le conoció particularmente, es, además, modelo de relato hagiográfico. ¡Lástima que la falta de espacio nos obligue a presentar un breve compendio solamente! Adelantemos desde ahora que la virtud del niño, lejos de desflorarse al contacto pestilente de su familia, tuvo sobre toda su casa maravillosa eficacia. Su abuela y su tía abandonaron pronto la vida desordenada, pusiéronse bajo su dirección e hicieron grandes adelantos en la piedad. También su madre, tocada de la gracia, mudó de vida.

NIÑO PREDESTINADO

EL instrumento de que se sirvió Dios nuestro Señor para obrar esas maravillas fué un modesto sirviente, el cocinero de la venta, casa natal de nuestro Santo. Llamábase aquél Esteban, y por sus conocimientos culinarios, la casa alcanzó gran reputación en toda la comarca. rca. Era hombre de piedad verdaderamente admirable, y entregaba a las iglesias cuanto ganaba, ya en sueldos ya en propinas; mañana y tarde solía tener oración, y en lo que duraba la Cuaresma sólo tomaba un poco de pan y agua al caer del día. Esteban veló con solícito cuidado por la inocencia de los dos niños y, sin sustraerlos en modo alguno al amor que debían a sus padres, hizo de ellos tan piadosos y buenos cristianos que todos los admiraban y estimaban.

El niño Teodoro, que asistió a la escuela desde los seis años, iba a rezar a las iglesias con Esteban, recibía frecuentemente con él el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y, al igual que el cocinero, tomaba por todo alimento un pedazo de pan al fin del día. Distinguíase por una devoción particular a San Jorge, mártir que se le apareció repetidas veces y cuya iglesia, situada en un monte cercano, visitaba con frecuencia. Su hermanita, que le quería entrañablemente, le acompañaba a veces durante el día a dicha iglesia; pero él solía ir también durante la noche. A la vuelta recibía reprimendas y cachetes por su salida nocturna, aunque hemos de decir en honor de su madre, que cesó de reñirle y pegarle en cuanto supo el motivo de tales ausencias.

El niño aprendióse de memoria todo el Salterio para poder cantar las alabanzas de Dios en cualquier iglesia que frecuentase. Pero le costó sus buenos afanes. Su historiador tuvo cuidado de anotar que los dieciséis salmos primeros que, salvo uno, son muy breves, se le grabaron pronto en la memoria, pero el Salmo XVII, *Díligam te, Dómine, fortitudo mea,* se le

resistía en absoluto. La cosa no era para menos, pues dicho salmo es de una extensión más que mediana. El buen muchacho lo rezaba en todas las iglesias, repetía sin cesar los versículos, y ni así llegaba a retenerlo. Finalmente, desesperado ya de aprendérselo, encomendóse al mártir San Cristóbal en su propia iglesia y allí permaneció hasta sabérselo perfectamente. Después, ni el Salmo XVIII ni los siguientes le costaron trabajo.

En cuanto oía hablar Teodoro de un hombre justo, íbase a verle para observar su género de vida. Cierto anacoreta, por nombre Glicerio, a quien fué a visitar un día, le dijo en tono festivo: «Hijo mío, ¿te gustaría llevar el hábito de monje? —Oh, sí, mucho —respondió al momento—, mucho lo aprecio y ojalá mereciera llevarlo». Por aquel entonces —observa el historiador— había gran sequedad en la región. El buen anciano salió, pues, de su celda y dijo al niño: «Hijo mío, pongámonos de rodillas y pidamos al Señor que envíe a la tierra la lluvia tan anhelada; así sabremos si somos del número de los justos». Mientras oraban cubrióse de nubes el cielo y a no tardar cayó abundante y benéfica lluvia. Volviéndose entonces al niño, le dice: «En adelante, cuanto pidas al Señor te será otorgado; haz con toda confianza lo que deseas hacer, porque el Señor está contigo».

ASOMBROSAS AUSTERIDADES. — MINISTRO DEL SEÑOR A LOS DIECIOCHO AÑOS

NUESTRO mancebo tenía un modo muy particular de practicar la virtud. A los doce años pasábase la Cuaresma en su cuarto, observando tan puntualmente el silencio que no profería palabra durante la primera y última semana, según costumbre en aquel entonces en que, como es sabido, la Semana Santa era observada con particular rigor. Dos años más tarde resolvió abandonar el hogar paterno y retirarse a una ermita. Su madre y demás parientes le llevaban rico pan y manjares excelentes; el niño, para no desairarles, recibía cuanto le traían; pero apenas se alejaban lo colocaba a la puerta para que sirviese de alimento a los transeúntes, contentándose él con el pan y los manjares más ordinarios que le llevaban otras almas buenas.

Cavó una celda bajo el altar de su ermita y allí vivió casi dos años; su abuela le llevaba fruta y legumbres, pero el sábado y domingo tan sólo, pues los demás días de la semana no probaba bocado. Tales rigores le parecieron poco y, para aumentarlos, se encerró otros dos años en una cueva que también él mismo cavó debajo de una roca apartada de la ermita: vestíase con tosco sayal, y mientras vivió en ella no se alimentó más que de agua y legumbres que un diácono amigo suyo —único que supo su escondrijo—

le llevaba a ocultas. Diéronle por muerto sus parientes y llevaron luto por él, pero las idas y venidas del diácono acabaron por despertar su curiosidad y consiguieron descubrir al joven en su cueva, medio muerto, cubierto de miseria y de úlceras.

Este asunto llegó a oídos del obispo de la diócesis, el cual determinó elevar a las órdenes sagradas a semejante portento de virtud. Fué, pues, a verle, le examinó y de allí a poco le confirió los grados todos de la clericatura, incluso el presbiterado, a pesar de no contar entonces más que dieciocho años.

PEREGRINACIÓN A JERUSALÉN. — ARRECIA EN SUS AUSTERIDADES

POCO después de su ordenación decidió Teodoro emprender el viaje a Jerusalén, tanto por el deseo de ver los lugares santificados por la vida y muerte de Nuestro Señor, como para evitar la excesiva solicitud de su familia. Visitó no sólo los santuarios más importantes de la Ciudad Santa, de Belén y de Nazaret, sino también los monasterios, lauras y ermitas de Palestina para recibir la bendición de los monjes más renombrados por su santidad y los consejos más convenientes para la dirección de su alma. En la laura de Khoziba, próxima a Jericó, recibió el hábito monástico; pues este taumaturgo, conocido ya por sus portentosos milagros, no era aún religioso. Andando el tiempo, volvió otras dos veces a Palestina y permaneció allí largas temporadas.

De vuelta a Galacia después de la primera peregrinación, se estableció en un lugar muy próximo al santuario de San Jorge y mandó preparar, encima de la cueva, dos celdillas sin techo. Habitaba una de ellas, que era de madera, desde Navidad hasta Semana Santa, y pasaba la gran Semana y los días de ayuno del año en la otra, que era de hierro. Además, llevaba puestos: una coraza de hierro, que pesaba 18 libras; una cruz de lo mismo, de 18 palmos; y el cinturón, el calzado y los guantes eran de idéntico metal.

En el clima extremado de Galacia, hubieran sido en invierno inaguantables los sufrimientos para cualquier otro que no disfrutara como él de complexión robusta. Como vivía a techo descubierto y sin abrigo de ninguna clase, recibía las lluvias o la nieve en su caparazón de hierro o en las hendiduras de su calzado, y por los rigores del frío quedaban, a veces, presos sus pies en el hielo. En tales ocasiones solían venir sus discípulos con agua caliente a estimular sus miembros helados y atenuar un poco sus padecimientos, pero no por eso abandonaba el siervo de Dios este régimen de maceraciones que nos hace estremecer.



HIJO *mío —dice San Teodoro al general Mauricio—, has de saber que, si tienes devoción al santo mártir Jorge, vendrá pronto la noticia de tu elevación como jefe supremo del Imperio. Cuando tal suceda, no te olvides de amparar a los pobres, de cuidarte de ellos y de darles alimento.*»

Parece que consagró buen número de años a tales penitencias, aunque las interrumpía de cuando en cuando para consagrarse al apostolado de la caridad, curar a los enfermos y, en particular, arrojar al demonio del cuerpo de los posesos. Con tal motivo emprendía largos viajes por las provincias colindantes, pues su fama de santidad era universal.

PROFECÍAS SOBRE EL EMPERADOR MAURICIO

EL primitivo oratorio de San Jorge resultaba ya muy reducido, por lo cual mandó construir una iglesia espaciosa en honor de San Miguel. A sus lados iban adosadas dos capillitas dedicadas a la Santísima Virgen y a San Juan Bautista. Los monjes, que con el tiempo se agruparon en torno del Santo, celebraban los divinos misterios en el primer oratorio; los enfermos y posesos que venían a implorar su curación poníanse en la iglesia de San Miguel, abierta día y noche. El monasterio, que llegó a tener hasta cien monjes, era dirigido por uno de los discípulos favoritos de San Teodoro. Éste, años antes había curado a la madre de su discípulo de una enfermedad grave. Al pie de la montaña había un monasterio de monjas fundado por la familia del Santo y gobernado algún tiempo por su abuela; a él acudía Teodoro con frecuencia para cumplir con las funciones de su ministerio.

Hacia el año 582, el general Mauricio, pariente del emperador griego Tiberio II, regresaba victorioso de una campaña contra los persas. Al pasar por Galacia fué con numeroso séquito a la gruta en que moraba el Santo y le pidió que le obtuviese de Dios un viaje venturoso. Díjole Teodoro: «Hijo mío, si te encomiendas al mártir San Jorge, pronto sabrás que te nombran emperador, y para entonces te ruego que no te olvides de los pobres». Como el general le expusiera sus dudas sobre el cumplimiento de la profecía, llamóle el Santo aparte y le dijo con detalle cómo y cuándo sería emperador; todo se cumplió poco después. Desde la corte le escribió Mauricio encomendándose a sus oraciones y prometiéndole despachar cualquier solicitud que le hiciese. El Santo pidióle trigo, para que sus monjes lo distribuyesen entre los pobres. El emperador le remitió ciento cincuenta fanegas. Poco más tarde el Santo fué llamado para que amonestase y corrigiese a un hijo del emperador.

Pasaron veinte años y el Santo tuvo presentimiento de la muerte trágica de Mauricio. He aquí cómo refiere este suceso uno de sus discípulos: Estaba Teodoro rezando cierto día el Salterio en una capilla recién terminada, y la lámpara que ardía sin cesar, se apagó repentinamente. Teodoro hizo seña a un monje para que la encendiera; así lo hizo por dos veces,

pero otras tantas volvió a apagarse. Reprochóle el Santo su poca traza y quiso encenderla él mismo, pero no fué más afortunado. Entendió entonces que había allí algún misterio y ordenó a los monjes que examinaran su conciencia y confesaran sus pecados; manifestaron que no se sentían culpables de nada. Entonces púsose el Santo en oración para pedir a Dios que le aclarase aquel suceso extraordinario. Pronto empezó a entristecerse hasta prorrumpir en llanto y exclamó: «Verdaderamente, oh Isaías, conocías bien la naturaleza del hombre cuando dijiste: *El hombre es heno y la gloria del hombre es como la flor del heno: secóse el heno y cayó su flor.* Oyéndole sus monjes hablar así, preguntáronle la causa de su dolor; a lo cual contestó, que en breve moriría Mauricio y que tales calamidades sobrevendrían cuales la generación de entonces no podía ni sospechar.

OBISPO DE ANASTASIÓPOLIS. — SU DIMISIÓN

CUANDO así profetizaba San Teodoro el fin desastroso del emperador, ya había presentado la dimisión de la sede de Anastasiópolis, que había ocupado por espacio de diez años. Esta ciudad, que probablemente es la de Bey-Bazar, actual cabeza de partido de la provincia de Angora, se halla a unos 70 kilómetros de esta última y distaba unas cuatro leguas de Siceón, ciudad natal del Santo.

Tan popular se había hecho la fama de Teodoro, confirmada por milagros cotidianos que, habiendo vacado la sede de Anastasiópolis hacia el año 588, sus moradores fueron a pedir al metropolitano de Angora que nombrara obispo al ilustre abad. A pesar de su reiterada resistencia, Teodoro hubo de inclinarse ante la voluntad de Dios y dejarse consagrar; mas no por eso disminuyó las austeridades pasadas. Gran pena fué para él tener que dejar la contemplación para dedicarse a los asuntos temporales, que siempre le causaron viva repugnancia. Además, sus diocesanos, los de las ciudades particularmente, se aprovechaban poco de sus enseñanzas y no mudaban de conducta.

Todas estas razones influyeron en su voluntad hasta el punto de que decidió presentar la dimisión. Al principio se vió detenido por las apariciones de San Jorge, que le rogaba difiriese lo más posible tal determinación; pero sucesivos acontecimientos extremaron las cosas y acabó por dar el paso definitivo. Para evitarse las preocupaciones propias de los asuntos temporales, arrendó unas fincas de la iglesia a un tal Teodosio, hombre sin entrañas. Quejáronse los pobres al prelado porque el arrendador los maltrataba. El Santo exhortó al administrador a mudar de conducta; pero lejos de enmendarse, Teodosio trató a los braceros aun con más dureza, de

suerte que un día se reunieron los campesinos armados de espadas, hondas y garrotes, dispuestos a matarle si comparecía. Ante semejante hostilidad, el administrador se fué a la ciudad en busca de refuerzos. Habiéndolo sabido el obispo y temiendo alguna muerte de que se le pudiera imputar responsabilidad ante Dios, mandó llamar a Teodosio y le prohibió volver a aquel lugar. Entonces el administrador tornóse contra el Santo, le llenó de denuestos y se irritó tanto, que de un empellón hizo rodar por el suelo al prelado y el asiento que ocupaba. Y no paró aquí todo, sino que le exigió como indemnización dos libras de oro, por no estar cumplido el plazo de arriendo. San Teodoro se levantó con toda calma, pero juró ante los presentes que no había de ser más su obispo.

Por último, una tentativa de envenenamiento que le dejó por espacio de tres días entre la vida y la muerte, le decidió a retirarse. Su dimisión, rechazada por los diocesanos y por su metropolitano, fué admitida al fin por el emperador y el patriarca de Constantinopla, después de un viaje que el Santo hubo de emprender a la capital del imperio. Era hacia el año 599.

SINIESTROS VATICINIOS. — SU MUERTE

TODAVÍA le restaban trece años de vida que pasó casi totalmente en su acostumbrado retiro de Siceón, en medio de las austeridades que ya conocemos y cumpliendo multitud de obras de caridad. Con todo, le hallamos con frecuencia en esta última etapa de su vida por las calzadas de Asia Menor acudiendo al lado de las almas buenas que imploraban el auxilio de sus oraciones y el poder de sus milagros que, a decir verdad, era extraordinario. Su historiador nos refiere, en efecto, más de un centenar de portentosas maravillas llevadas a cabo por Teodoro.

Nosotros nos contentaremos con afirmar que no había enfermedad que se resistiera a la santidad de Teodoro. Devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de sus miembros a los paralíticos; libró del demonio a gran número de posesos. Su historiador nos dice que casi no pasaba día sin obrar algún prodigio. También tenía el Santo el don de leer en los corazones y profetizar lo venidero. En el año 609 celebráronse procesiones en varias ciudades de Galacia. Las cruces que es costumbre llevar a la cabeza de las mismas empezaron a agitarse por sí solas de modo inesperado, raro y de mal agüero. Alarmóse Tomás, patriarca de Constantinopla, mandó a buscar a San Teodoro y le rogó le dijera si ese temblor de las cruces lo había o no de tener en consideración. Habiéndole afirmado el Santo que sí, el patriarca deseó saber el significado de aquel fenómeno. Como Teodoro mostrase reparo en descubrírselo, arrojóse a sus

pies declarando que no se levantaría hasta oír la respuesta. Entonces conmovióse San Teodoro hasta derramar lágrimas y dijo: «No quería afligiros, porque no habéis de sacar ningún provecho de saber esas cosas; pero ya que así lo deseáis os diré que ese temblor de las cruces nos anuncia muchas y grandes calamidades. Bastantes cristianos abandonarán la religión de sus padres; habrá incursiones de bárbaros, mucha efusión de sangre, destrucción y sediciones en todo el mundo. Las iglesias quedarán desiertas; la ruina del culto divino y del imperio se aproxima y con ello el advenimiento de nuestro enemigo Satanás».

El imperio griego se hallaba empeñado en una guerra con los persas, que debía proseguir aún por espacio de diecinueve años, costar la vida a millones de hombres y acarrear la destrucción de infinidad de pueblos y ciudades y la ruina de varias provincias. Apenas estuvo alejado ese peligro y restablecida la paz, sobrevinieron los fanáticos discípulos de Mahoma que, en pocos años, desgajaron en provecho propio la mitad de las provincias orientales del imperio bizantino y obligaron a apostatar a algunos millones de cristianos. Todo esto había visto aquel hombre de Dios y lo anunciaba con espanto; sin embargo, ni el patriarca ni él llegaron a presenciarlo.

San Teodoro murió en su monasterio el 22 de abril de 613. Celebran su memoria el mismo día el martirologio romano y el calendario de la Iglesia griega.

SANTORAL

Santos **Teodoro, obispo;** *Cayo y sotero, papas y mártires; Epipodio y Alejandro, mártires en Lyón;* Leónides, padre del famoso Orígenes, martirizado en Alejandría; Parmenio, Helimenas, Crisóstelo, Lucas, Mucio, Miles, Santiago, José y muchos otros mártires en Persia; Apeles y Lucio, de los primeros discípulos del Señor, mártires en Esmirna; León, Aprónculo, Julián, Clemente y Teogerio, obispos y confesores; Rufo o Rufino, anacoreta y confesor; Daniel, mártir, venerado en Lodi (Italia); Generoso, mártir en Roma; Beato Adelberto, abad. Santas Senorina, virgen y abadesa, pariente de San Rosendo; Opportuna, virgen y abadesa.

SAN SOTERO, papa y mártir. — Sotero nació en Fundi, hermosa ciudad de la Campania, en el reino de Nápoles. Pronto destacó por su piedad y ciencia. Siguió la carrera eclesiástica, y en Roma se dió a conocer por su ilustrado talento y sólida sabiduría. Fué elevado al pontificado a la muerte del papa Aniceto. Los tiempos eran malos, muy malos para la Iglesia, a causa de las herejías de los Nicolaítas, Gnósticos, Adanitas y, sobre todo, de los Montanistas, cuya apariencia de santidad y buenas costumbres atraía más fácilmente. Sotero iba de acá para allá, y visitaba las catacumbas, para animar y enfervorizar a los fieles.

Dió algunos decretos referentes a disciplina eclesiástica, y declaró que no se debe guardar el juramento de cosa ilícita o mala. Derramó su sangre por Dios el 22 de abril de 175, y fué sepultado en el cementerio de San Calixto de la Vía Apia.

SAN CAYO, papa y mártir. — San Cayo era oriundo de Dalmacia y pariente del emperador Diocleciano. Fué sacerdote ejemplar en Roma, distinguiéndose por la pureza de costumbres y el celo apostólico, que le movía en toda ocasión. Ocupó la Silla de San Pedro el año 283, por muerte de San Eutiquiano. La persecución de Diocleciano, la más cruel de todas, obligaba a los cristianos a buscar refugio en las cavernas y en los montes; pero Cayo los iba buscando a todos, para prestarles el consuelo espiritual, junto con el alivio material. Durante su pontificado de doce años y algunos meses, dió varios decretos y escribió una epístola muy digna de loa, acerca de la Encarnación del Verbo Eterno. Fué martirizado el 22 de abril del año 296, y su cuerpo fué enterrado en el cementerio de San Calixto.

SANTOS EPIPODIO Y ALEJANDRO, mártires. — Aunque el segundo era griego de nación, ambos vivían en Lyón, en íntima amistad, a causa de los estudios. Al tener noticia de la persecución de Marco Aurelio, huyeron de la ciudad, no por cobardía, sino por prudencia. Vivieron bastante tiempo ocultos en casa de una viuda cristiana, hogar escondido y que, por lo mismo, ofrecía ciertas garantías de seguridad personal. Pero al fin fueron descubiertos y llevados a la cárcel. Presentados al tribunal, separadamente, se mantuvieron ambos firmes en sus creencias, por lo que merecieron la palma del martirio. Epipodio fué golpeado y herido en la boca, estirado entre los palos del potro, despedazado con garfios de hierro y, finalmente, decapitado. Alejandro fué crucificado, en cuyo suplicio expiró. Tuvo lugar su martirio en Lyón el 22 de abril de 178. Con ellos fueron martirizados otros treinta y cuatro.



Diocleciano. Insignias del póder. Atributos e instrumentos del martirio

DÍA 23 DE ABRIL

SAN JORGE

MÁRTIR († hacia el 303)

SAN Jorge, bizarro militar, modelo de soldados, espejo de caballeros, defensor de la justicia, prototipo del valor, caballero del ideal religioso, cristiano de convicciones hondas, héroe de Cristo, es un Santo de los más queridos del pueblo fiel, que le profesa una devoción tierna y filial.

La pintura ha inmortalizado la imagen de nuestro Santo, representándolo sobre un brioso corcel, arremetiendo con su lanza a un espantoso dragón, que amenazaba devorar a una hermosa doncella.

La fantasía oriental ha creado a este propósito gran número de piadosas y simbólicas leyendas, que representan el denuedo con que San Jorge acudió a la defensa de la Religión verdadera contra el dragón infernal enemigo de las almas, al que venció con su heroico martirio.

San Jorge es el esforzado guerrero que lucha valiente contra la iniquidad y defiende sus creencias frente a la brutal tiranía de una autoridad indigna y rebelde a la Divinidad. La Iglesia le invoca como a uno de sus protectores en los combates por la verdad y la justicia; los héroes de Cristo y los pueblos descansan tranquilos bajo su protección y amparo.

RELATOS APÓCRIFOS ACERCA DE SAN JORGE

POCO después de la muerte del mártir, y sobre todo en tiempo de las Cruzadas aparecieron biografías apócrifas, infundadas leyendas y no pocos relatos de milagros y suplicios dudosos que desfocaron su fisonomía histórica y la relación de los tormentos que sufrió.

Pero la Iglesia romana, que ha inscrito en el número de los mártires desde el siglo V a este nuevo testigo de Cristo, denuncia y reprueba, por ser en parte obra de los herejes, una relación —escrita en griego y muy divulgada en aquellos días— de la vida y martirio de San Jorge. Esa biografía, más propia para deshonrar la memoria del soldado de Cristo que para enaltecerla, está excluída, como tantas otras de esta clase, de las lecturas litúrgicas. Por desgracia, ha influído más o menos en sucesivas biografías de los siglos posteriores. Para desenmarañar lo verdadero de lo falso y presentar una labor que inspire confianza, el historiador tiene que examinar con rigor los relatos que a San Jorge se refieren. Los Bolandistas han hecho esa labor depurativa sobre varios documentos griegos que narran la vida y tormentos del mártir y precisan el crédito que pueden merecer algunos textos, cuyo valor histórico queda, en definitiva, problemático o discutible.

No se debe confundir —a pesar de tener idéntico nombre, patria y profesión— al gran mártir San Jorge con otro personaje del mismo nombre, obispo intruso de Capadocia, funesto personaje, gran perseguidor de los católicos, a quienes pretendía atraer al precipicio del arrianismo, sobornando a gran número de ellos, saqueando las casas de las viudas y huérfanos, ultrajando a monjas y desterrando a obispos; que fué elevado por los arrianos en 339 a la silla patriarcal de Alejandría, aprovechando el segundo destierro de San Atanasio y su obligada ausencia; y que, por último, murió asesinado por los mismos gentiles, por causa de sus crueldades y conducta escandalosa.

TRIBUNO MILITAR. — SAN JORGE Y EL DRAGÓN

JORGE debió nacer hacia el año 280 en la ciudad de Lida en Siria, según unos, o en Mitilene de Capadocia, según otros. Criáronle sus padres en la religión cristiana, pues ellos la profesaban ya al emigrar de Palestina, y le dieron una educación en todo conforme con su posición social y fortuna, que debió ser considerable. Llegado a edad competente, Jorge abrazó la carrera de las armas, siguiendo el ejemplo de su padre. Se alistó en

el ejército romano y pronto se granjeó el aprecio de sus jefes por su leal proceder, clara inteligencia y distinguidos modales, que le valieron, a no tardar, ser promovido al grado de tribuno de la guardia imperial de Diocleciano.

Un manuscrito del siglo XIII y la *Leyenda de Oro* del Beato Santiago de Vorágine atribuyen al joven oficial una hazaña prodigiosa y caballeresca, que es como sigue: al ir Jorge a incorporarse a su legión llegó a la ciudad de Silene en Libia; en un pantano de las cercanías tenía su guarida un enorme dragón que hasta entonces nadie había podido matar. Para que no devastara la ciudad llevábanle cada día dos ovejas y, como comenzaran a escasear estos pobres animales, mandó el rey de aquel lugar que en vez de dos ovejas le echasen una oveja y una doncella, aquella a quien caía en suerte. Aconteció un día que cayó precisamente a la hija del propio rey y, a pesar del dolor del desventurado padre, la pobre joven hubo de sufrir la suerte de sus compañeras. Encaminábase llorando hacia la cueva del monstruo, cuando inopinadamente se presenta un apuesto caballero, armado de espada y lanza. Sabedor de la suerte que corría la infeliz princesa, hace la señal de la cruz y arremete valeroso contra el monstruo enfurecido. Tan temenda lanzada le asesta que lo atraviesa de parte a parte y con el ceñidor de la joven hace un lazo, amarra al dragón y le conduce hasta la ciudad. Una vez allí, explica al rey y a su pueblo por qué ha logrado abatir al monstruo, y «es —dice— porque ha implorado el auxilio del único Dios verdadero». En presencia de todo el auditorio, que prometió creer en Jesucristo y bautizarse, Jorge dió a la fiera el golpe de gracia.

Este relato no consta en las antiguas biografías del mártir; aparece en la época de las Cruzadas y viene probablemente de Oriente, no debiendo atribuirle más veracidad y valor que el de un símbolo. El tribuno romano es, en efecto, la personificación ideal del caballero cristiano, que combate contra Satanás y los infieles en defensa de la fe, protegiendo en todo momento la debilidad que peligra.

Pocas veces logró leyenda alguna boga tan grande. Para los artistas de toda categoría fué ella, desde el siglo XIII hasta nuestros días, asunto predilecto que dió lugar a producciones artísticas tan numerosas como variadas, lo mismo en Oriente que en Occidente. La iconografía de la Edad Media y del Renacimiento lo han representado —aunque no exclusivamente— en la forma de un apuesto jinete en caballo blanco, enarbolando el estandarte de la santa cruz y embrazando una lanza con la cual acomete a un monstruo que amenaza a una joven. Viene a ser un traslado del modo cómo se apareció armado muchas veces peleando a favor de los fieles.

PERSECUCIÓN DE DIOCLECIANO. — SAN JORGE SE DECLARA CRISTIANO

EN los comienzos del siglo IV, imperando Diocleciano, adoptáronse ciertas providencias para eliminar del ejército imperial de Oriente a los numerosos elementos cristianos que en él servían. Muchos soldados hubieron de renunciar a la profesión de las armas, aunque la persecución no pasó adelante de momento. Mas cuando el césar Galerio se juntó con Diocleciano en Nicomedia, puso decidido empeño en conseguir de él mayor violencia contra la religón cristiana. Publicóse en dicha ciudad un edicto que ordenaba la demolición de las iglesias y la expulsión de todos los cristianos de las dignidades o cargos administrativos. Los historiadores Eusebio y Lactancio afirman que dicho decreto fué destrozado públicamente por un joven; y algunos biógrafos se aventuran a escribir que ese joven fué Jorge el Tribuno. Poco después, y dos veces seguidas, el fuego prendió en el palacio imperial. Galerio acusó de ello a los cristianos y consiguió del emperador, a quien la noticia impresionó, licencia para tomar sangrientas represalias contra el clero y contra los cristianos de Nicomedia. Rápidamente se extendió la persecución por toda el Asia Menor y aparecieron edictos generales que intimaban a los fieles a sacrificar, *velis nolis,* a los ídolos, so pena de morir con atrocísimos tormentos.

Lleno de dolor y de indignación a vista del proceder injusto y de la persecución sangrienta de que eran víctima los cristianos, resolvió Jorge tomar públicamente su defensa. Distribuídos sus bienes entre los pobres, y libres los pocos esclavos que a su servicio tenía, defendió con valentía la causa de los perseguidos ante el consejo de dignatarios y jefes militares convocado por Diocleciano, y afirmó públicamente que su religión era la única verdadera y que no podía darse culto a los ídolos. Al ser interrogado, Jorge declaró que era cristiano. Sorprendido el emperador por semejante confesión, le dijo: «Piensa, joven, lo que dices y mira por tu porvenir». Hablóle luego de los suplicios espantosos que su desobediencia a los edictos le acarrearía y, de otra parte, las dignidades y elevados cargos con que pensaba premiar su apostasía. A todo lo cual contestó el tribuno:

—«Ten entendido, oh Diocleciano, que el Dios a quien sirvo me dará la victoria; que no me han de ablandar tus ruegos ni me han de arredrar tus amenazas. Todos tus beneficios son vanos y tus presentes semejantes al humo que el viento disipa. No echo de menos los honores que me has concedido hasta el día, porque aspiro a la gloria eterna. Permita el cielo que conozcas muy pronto al Dios omnipotente.»

Ante semejante respuesta enfurecióse Diocleciano y ordenó la detención y encarcelamiento del oficial.



DECIDIDO *San Jorge a salir en defensa de los cristianos, bárbara y cruelísimamente perseguidos en Oriente, lo primero que hace es vender todos sus bienes y distribuir el dinero a los pobres. Al mismo tiempo da la libertad a sus esclavos que, agradecidos, le besan los pies.*

HORRIBLES SUPLICIOS. — CONFUSIÓN DE UN MAGO

AQUÍ da principio la dolorosa pasión del mártir. Los relatos de los hagiógrafos orientales describen por menudo los suplicios que en diferentes ocasiones padeció, tales como el tormento de la rueda guarnecida de afilados cuchillos, el de los garfios de hierro, el de la flagelación con nervios de buey, el baño en lechada de cal viva, etc. El animoso soldado lo sufre todo con sobrehumano valor y ve luego cómo sus heridas quedan curadas milagrosamente.

A juicio del magistrado, Jorge se vale de sortilegios para librarse de las espantosas torturas que le infligen; por lo cual manda venir a un hábil mago que, para más probar el incomprensible poder de Jorge, le da a beber un licor emponzoñado. El cristiano lo toma y no sufre el menor daño, según promesa de Cristo en su Evangelio. Declara entonces ante los idólatras que la omnipotencia divina puede obrar por mediación de sus hijos portentos aun mayores; puede, por ejemplo, tornar la vida a un cadáver. Al oír esto, el mago le pregunta si quiere resucitar a un difunto que había sido enterrado cerca de la cárcel pocos días antes. Conducen a Jorge al lugar señalado, ora el Santo y el muerto sale vivo del sepulcro. Vencido el mago confiesa el poder del Dios de los cristianos y abandona el culto de los ídolos. Furioso el emperador ante semejante noticia, ordena que el mago sea decapitado y que Jorge vuelva a la prisión.

De allí a poco, nuevamente comparece Jorge ante el tribunal de Diocleciano. Álzase dicho tribunal al aire libre, junto al templo de Apolo. El emperador quiere sobornarle con tiernas palabras; le pone por delante su juventud y le promete toda suerte de honores si consiente en sacrificar a los dioses. «Pero ¿dónde están esos dioses? —pregunta el confesor—. Vamos a verlos». Y con otro portentoso milagro, Jorge obliga a declarar al demonio que mora en el ídolo, que sólo hay un Dios verdadero. Hace después el Santo la señal de la cruz y todas las estatuas caen al suelo hechas pedazos, con lo cual se provoca un verdadero motín.

CONVERSIÓN DE LA EMPERATRIZ ALEJANDRA. — SAN JORGE ES DECAPITADO

SOBRESALTADA por los tumultuosos clamores del populacho, acudió la emperatriz y, acercándose a Diocleciano, le declaró que, enterada de lo que había ocurrido, ella también se declaraba cristiana. En el paroxismo del furor Diocleciano mandó que la golpearan con varas y que

acabaran con su vida y con la de tres criados suyos, a saber: Apolo, Isacio y Crotates, cuya fiesta se celebra el 21 de abril.

Y, queriendo terminar con el joven oficial de su guardia que permanecía inquebrantable en la fe, pronunció Diocleciano sentencia de muerte. Jorge fué atado a la cola de un caballo, arrastrado por la ciudad y seguidamente sacado extramuros y decapitado. Antes de morir, Jorge, puestos los ojos y levantadas las manos al cielo, con voz entrañable que salía del corazón, rogó a Dios perdonase a sus verdugos y les diese la gracia de la conversión. El martirio debió tener lugar en Nicomedia, Mitilene o Dióspolis, a principos del año 303. En efecto, en dicho año hallábase Diocleciano en aquella ciudad. El cuerpo del Santo sería trasladado más tarde a Dióspolis (Lida) en Palestina, conforme a su deseo.

FIESTA Y CULTO DE SAN JORGE

NO es seguro que Jorge padeciera martirio el 23 de abril del año 303; en dicho día traen los calendarios la palabra *memoria* en lugar de *natalis* —nacimiento a la vida gloriosa por la muerte—. Sin embargo, desde muy antiguo se celebra su fiesta el 23 de abril en las iglesias de Oriente y Occidente. Para los griegos es de guardar. El Martirologio romano la trae a 23 de abril y en el Breviario romano viene inscrita en dicha fecha con rito de semidoble desde San Pío V, aunque sin leyenda histórica y con oración idéntica a la de San Bernabé.

Ya desde el siglo V aparece el culto del mártir muy extendido en Asia Menor, Egipto e Italia y está perfectamente localizado.

La ciudad de Dióspolis (Lida), en Palestina, es su centro indiscutido y glorioso. Allí acuden los peregrinos a venerar el sepulcro del Santo, guardado en espléndida basílica, levantada tal vez por Constantino o, como quieren otros, por Justiniano.

Multitud de iglesias aquí y allá están dedicadas a San Jorge o se acogen a su patrocinio. En Siria se han encontrado algunas con dedicatorias antiguas en griego, una de las cuales parece remontarse al siglo IV. En Constantinopla había cinco o seis iglesias u oratorios dedicadas al santo mártir; una de las más frecuentadas se hallaba a orillas del estrecho de los Dardanelos. También en Egipto se ven diversas iglesias o monasterios bajo la protección del Santo. En 682 el papa San León II dedica la iglesia que acaba de restaurar en el barrio del Velabro, en Roma, a dos santos militares: Sebastián y Jorge. Menos de un siglo más tarde, el papa San Zacarías hizo solemne traslado de la cabeza del tribuno mártir que conservaban en Letrán. La iglesia se llamó en lo sucesivo San Jorge *in Velabro* y el

culto del Santo tomó gran incremento. No tardó mucho en penetrar en la Galia. Santa Clotilde dedicó a San Jorge el altar de la iglesia de Chelles, y San Germán, obispo de París, enriqueció con un brazo del Santo, traído de Jerusalén, a la iglesia que fundó bajo la advocación de San Vicente. Sin embargo, hasta las Cruzadas —y debido a los relatos de los guerreros que atribuían a la intervención visible de San Jorge los triunfos sobre los sarracenos de Palestina, los moros de España, o los paganos de Hungría— la devoción a San Jorge no se extendió por Occidente. El soldado mártir fué desde entonces venerado como modelo y patrono de los caballeros cristianos que luchaban y derramaban su sangre en defensa de la fe y de los reinos cristianos.

La devoción popular cuenta también a San Jorge entre los catorce o quince Santos denominados «Auxiliadores» o «Intercesores», porque se los tiene, sobre todo en Alemania e Italia, por abogados muy compasivos y eficaces en las enfermedades y trabajos de la vida.

PATROCINIO DE SAN JORGE

INNUMERABLES son los que se han acogido a la protección del Santo y lo han elegido por especial patrono; tales los que siguen la carrera militar, los que han de luchar con armas y aun los que las fabrican. Es patrono de cuantos llevan espada, arco y arcabuz; de los guerreros, jinetes, cruzados, caballeros, armeros y ejércitos cristianos. Explícase este patrocinio por la semejanza de profesión: San Jorge fué soldado, tuvo que luchar y defender la fe con su sangre.

Desde muy remotas fechas fué elegido San Jorge patrono especial de algunas naciones (Lituania, Rusia, Suecia, Sajonia), reinos, repúblicas y ciudades (Reino de Aragón, Cataluña y Valencia; república de Génova; ciudades de Constantinopla, Ferrara, Alcoy, etc). Los ingleses le toman como protector en el sínodo de Oxford en 1220, celebran su fiesta con toda pompa y le erigen numerosos santuarios. Y no para aquí la devoción, pues que se llega hasta acuñar monedas con la efigie del Santo en Ferrara, Inglaterra y Génova. En la Edad Media existía en Génova un Banco muy acreditado: el Banco de San Jorge, el más antiguo de Europa, que se dedicaba principalmente a operaciones de crédito bancario y territorial.

Unos setenta y cinco pueblos de Francia y más de sesenta de España y Portugal llevan el nombre de San Jorge. En Suiza, lo llevan los conventos de San Galo y de Stein. En Italia, el de San Jorge de Venecia presenció un conclave y la elección de Pío VII (1739-1800).

ÓRDENES MILITARES

ENTRE todos los nombres que figuran en el calendario, el de San Jorge es el más frecuentemente elegido como patrono de las Órdenes militares establecidas en Europa. La más antigua es la Orden constantiniana de San Jorge, que pudiera remontarse a los tiempos de Constantino, esto es, al siglo IV; aunque lo más probable es que se fundó en 1190 por el emperador de Constantinopla Isaac Angel Comneno.

En España, la Orden de San Jorge de Alfana quedó instituída en la localidad del mismo nombre, en la diócesis de Tortosa, en 1363, y en 1399 debió fusionarse a la de Nuestra Señora de Montesa.

El Franco Condado vió nacer en 1390 y 1400 una Orden de caballería de San Jorge llamada Orden de Rougemont. Filiberto de Mioláns, señor de Rougemont, que había traído de Oriente una reliquia de San Jorge, mandó construir una iglesia para darle culto. Él y varios nobles de la región instituyeron una Hermandad que duró oficialmente hasta le Restauración.

En Austria fundó una Orden religiosomilitar el emperador Federico III por los años de 1468; y el papa Paulo II tenía erigida con la misma advocación la abadía benedictina de Moillestadt en la diócesis de Salzburgo; en ella se fundó a fines del siglo XV una Sociedad cuyos miembros se comprometían a combatir contra los turcos o ayudar con sus limosnas a la Orden; el papa Alejandro VI († 1503) se inscribió en ella como cofrade.

La Orden de San Jorge de Génova, creada en 1472 por el emperador de Alemania Federico III y de la cual era gran maestre el dux de Génova, fué de corta duración.

El papa Paulo III († 1549) instituyó una Orden de San Jorge cuya sede era Ravena, y que tenía por misión dar caza a los piratas que atacaban la Marca de Ancona en los Estados Pontificios. Dicha Orden fué abolida por Gregorio XIII († 1585).

Baviera tiene desde 1729 una Orden de San Jorge defensora de la inmaculada Concepción.

En Rusia la emperatriz Catalina II fundó en 1769 una Orden con el mismo nombre para recompensar méritos militares.

Eduardo III de Inglaterra puso la célebre Orden de la *Jarretera* bajo la advocación de San Jorge en 1330. Y en 1818 se fundó en la Gran Bretaña una Orden civil y militar llamada de San Miguel y San Jorge.

Aunque incompleta la precedente enumeración, demuestra suficientemente cuán popular ha sido entre los cristianos el culto a San Jorge.

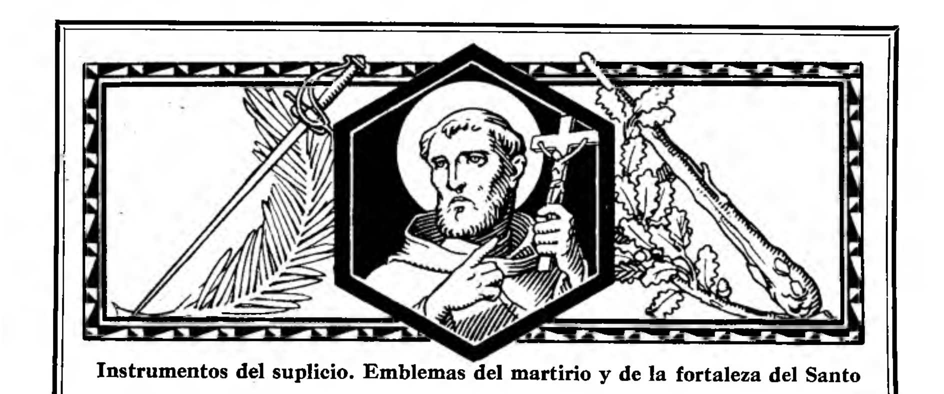
SANTORAL

Santos **Jorge, mártir;** *Félix, presbítero, y sus compañeros, Fortunato y Aquileo, diáconos, mártires;* Gerardo, obispo y confesor; *Adalberto, obispo y mártir;* Marolo, obispo de Milán; Gil, arzobispo de Tiro; Diogeniano, obispo de Albí; Valerio, Anatolio, Glicerio, Donato y Terino, mártires, convertidos por San Jorge. Beatos Gil, compañero de San Francisco; Alejandro Saulí, obispo y confesor. Santa *Pusinna, virgen.* Beata Elena, viuda.

SANTOS FÉLIX, FORTUNATO Y AQUILEO, mártires. — Félix era presbítero y los otros dos, diáconos. Los tres fueron enviados por San Ireneo a Valencia de Francia, para predicar el Evangelio. Lograron numerosas conversiones, pues con ellos estaba Dios, que realizaba por su medio continuos y estupendos milagros. Se retiraron a una soledad para llevar vida más perfecta. De ella fueron sacados violentamente por las tropas del emperador Caracalla, hijo de Septimio Severo, que había decretado la quinta persecución contra los cristianos. Fueron los tres encarcelados; pero durante la noche se les apareció un ángel, rompió sus cadenas y les ordenó que destruyeran los estatuas de los ídolos. Las puertas de los templos se les abrieron por sí solas, y así pudieron reducir a polvo las estatuas de Júpiter, Mercurio y Saturno. En presencia ya del tribunal, dijo Félix al capitán Cornelio estas claras y terminantes palabras: «Si estos dioses tuviesen algún poder para protegernos, hubiéranlo empleado ellos para defenderse a sí mismos cuando caían hechos polvo al solo nombre de nuestro Dios y Señor». Atormentaron cruelmente a los Santos con azotes y, atadas piernas y manos, colocáronlos sobre ruedas erizadas de púas, a las que daban vueltas con gran velocidad. Pusiéronlos luego en el potro, bajo el cual encendieron una hoguera, y, finalmente, les cortaron la cabeza en la misma ciudad de Valencia, el 23 de abril del año 212.

SAN ADALBERTO, obispo y mártir. — Nació en Praga, capital de Bohemia, de padres nobles y piadosos, quienes lo ofrecieron al Señor en agradecimiento por habérselo dado y curado luego maravillosamente de una enfermdad mortal. Estudió las letras divinas en Magdeburgo, de donde volvió a su ciudad natal con un arsenal de conocimientos y una dosis tan grande de virtud, que por ellos fué elegido obispo de la capital del reino, a pesar de su repugnancia en aceptar el cargo. Pero la infidelidad, el desacato y aun las pullas de sus diocesanos le obligaron a abandonar el puesto, y eso por dos veces. Pudo así recorrer los pueblos de Hungría, Polonia y Prusia; mas predicó en desierto. El público infiel de Prusia se arrojó sobre él y le mató, mientras Adalberto imploraba misericordia para sus asesinos. El triunfo de este Santo tuvo lugar el 23 de abril del año 997.

SANTA PUSINNA, virgen. — Nació en Champaña, región francesa, a mediados del siglo v, y fué criada muy religiosamente por sus piadosos padres. Ya desde niña se dió Pusinna a la vida de oración y penitencia, y consagró a Dios su virginidad. Retirada a una celda solitaria, en la que pasaba las horas entregada a ayunos, penitencias y vigilias, influyó poderosamente en la transformación de los pueblos merced a la conducta ejemplar de muchas otras jóvenes por ella instruídas y formadas en el camino de la santidad. Dios la purificó más y más con una larga enfermedad que le arrebató la vida el 23 de abril.


Instrumentos del suplicio. Emblemas del martirio y de la fortaleza del Santo

DÍA 24 DE ABRIL

SAN FIDEL DE SIGMARINGA

CAPUCHINO, PROTOMÁRTIR DE PROPAGANDA FIDE (1577 - 1622)

SAN Fidel de Sigmaringa, abogado, religioso y mártir, fué suscitado por Dios a principios del siglo XVII para reformar las costumbres y combatir el protestantismo en la Suiza alemana. Como San Pedro Canisio, que en el siglo XVI se consagró a esa doble misión, nuestro Santo dedicó a ella las fuerzas y la vida hasta derramar su sangre.

Nació Fidel en abril de 1577 en Sigmaringa, población de Suabia, situada a orillas del Danubio y capital del principado de Hohenzollern. Llamábase su padre Juan Rey, hijo de un hombre principal de Amberes, que vino a establecerse en Sigmaringa al huir de la persecución protestante y fué a la vez consejero de la corte y burgomaestre.

Su nacimiento puso en grave peligro la vida de su virtuosa madre y aun se llegó a temer que el tierno infante pasara insensiblemente de la cuna al sepulcro; pero el Señor que velaba por la preciosa existencia de nuestro Santo apartó con su poderosa mano ese primer peligro. En las fuentes bautismales se le impuso el nombre de Marcos, nombre que llevó hasta su entrada en religión. Sus padres depositaron en su alma arraigada piedad que vino a ser germen de la más sólida virtud, y quisieron, desde el primer instante, cultivar y desarrollar su inteligencia, dedicándole a los estudios.

Después de la muerte de su padre acaecida en 1596, el joven, que ya contaba 19 años, fué enviado a la Universidad católica de Friburgo de Brisgovia para graduarse. La oración, la frecuencia de sacramentos y, sobre todo, la devoción a Nuestra Señora, le daban fuerzas para resistir a las pasiones. Sus dos virtudes favoritas fueron la mortificación y la templanza; por ellas pudo evitar los escollos en que vienen a naufragar irremisiblemente los jóvenes, aun los mejor dispuestos, en los embates de la vida. De gallarda presencia, bello continente, elevada y noble estatura, el joven Rey sobresalía entre los estudiantes, sus compañeros, por una irreprochable pureza de costumbres y por el ascendiente que tenía entre sus Profesores, hasta el punto de que le apellidaban el *Filósofo cristiano*.

Bien pronto pasó por todos los grados de la Facultad, conquistando sucesivamente los doctorados de Filosofía (1601) y de Derecho canónico y civil.

Por aquel entonces varios estudiantes nobles de Suabia, entre los cuales se contaba el barón de Stotzingen, se proponían visitar varias naciones de Europa y acordaron rogar insistentemente a Marcos que se fuese con ellos. Éste no puso otro reparo que el de poder durante el viaje cumplir libremente sus prácticas piadosas, sin molestia para sus compañeros. Así, más como peregrino que como turista, llevó adelante su viaje de estudios por Francia, España e Italia, visitando santuarios y hospitales y aliviando a los enfermos con piadosas exhortaciones y abundantes limosnas. En Francia sostuvo controversias públicas contra los protestantes, y en Dole del Franco Condado ingresó en la cofradía de San Jorge, cuya misión era dar sepultura a los condenados a muerte. Mas, a pesar de su piedad y de las cruentas austeridades con que afligía su cuerpo, particularmente el sábado en honor de la Virgen nuestra Señora, veíasele siempre afable con todos, alegre y bromista como cuando estaba en la Universidad.

EJERCE LA ABOGACÍA

AL regresar del viaje (1610) pasó a servir a su amigo Stotzingen de Friburgo, donde debía permanecer hasta su promoción al doctorado (1611). Luego se preparó para ejercer la abogacía y la inició con gran acierto en Ensisheim (Alsacia), que a la sazón era capital de los Estados austríacos y sede del gobierno.

Un incidente providencial vino a ponerle de manifiesto lo difícil que es ser a la vez abogado acaudalado y perfecto cristiano.

Cierto día que defendía una causa justísima, lo hizo con tal acopio de argumentos y razones que el abogado contrario no supo qué oponer. Irritado por tan adversa suerte, le dijo al salir de la audiencia:

—A ese paso, doctor Rey, jamás lograréis hacer fortuna.

¿Por qué exponer en la primera sesión lo más definitivo de la defensa? Obrando de esa suerte no habrá causa, por enredada que sea, que no se termine en una sesión. Comprendo que las pruebas son convincentes, pero ¿acaso tenéis precisión de exponerlas tan pronto? ¿No os parece? El arte de todo buen abogado demanda cierta prudente disimulación sin la cual no sacaríamos fruto de tantos afanes y vigilias. Sois joven y la experiencia moderará vuestros ímpetus y vuestra llaneza de justicia. El tiempo templará también un tanto ese excesivo celo.

Discurso tan inesperado cayó como un rayo sobre el joven letrado.

—Siempre he creído que todo gasto inútil y los que son debidos a la incompetencia y descuido del abogado eran otras tantas deudas que éste contraía con su defendido, y ni el tiempo ni la experiencia me apearán de esta opinión. A la nobleza de nuestra profesión corresponde proteger al inocente, defender a la viuda y al huérfano oprimido o despojado por la violencia o la astucia. Nuestra labor no es de mercenarios; debemos poner nuestra gloria en hacer respetar las leyes; quien piense lo contrario será indigno de ejercer tan noble profesión.

Con todo, las imprudentes palabras de su adversario sonaban de continuo en sus oídos y dejaban vacilante su corazón. «¡Mundo falaz! —decíase a sí mismo— ¡qué peligroso eres para quien sigue tus máximas perniciosas! ¡A qué punto llega tu corrupción! ¡Ay de mí!, ¡cuán digna de lástima es mi suerte en medio de tan gran riesgo de perderme!» Y al punto determinó renunciar a la profesión que ejercía con tan feliz éxito.

INGRESA EN LA ORDEN CAPUCHINA

TERMINADOS unos días de ejercicios espirituales, fuése a ver al padre guardián del convento de Friburgo, manifestóle sus intimidades y le declaró la resolución firme que había tomado de abandonar el mundo y consagrarse a Dios en la vida religiosa. El prudente superior juzgó conveniente probar la sinceridad de aquella vocación y exigió que se ordenara antes de vestir el hábito franciscano, lo cual tuvo lugar en septiembre de 1612 en la capilla episcopal de Constanza.

El 4 de octubre siguiente, fiesta de San Francisco de Asís, patrono de la Orden, el postulante, celebrada su primera misa, recibió el hábito de novicio de manos del padre guardián, quien le impuso el nombre de Fidel. *Sé fiel hasta la muerte* —le dijo, tomando por tema de su plática este texto del Apocalipsis— *y te daré la corona de la vida.*

Alistado ya en la milicia seráfica, el padre Fidel fué, en breve, modelo

acabado de todas las virtudes, pues caminaba a pasos agigantados por la senda de la perfección. Levantarse a media noche, tomar disciplina, observar la regla, las prácticas religiosas, las penitencias más austeras, todo era poco para su fervor y devoción.

No obstante, la hora de la prueba iba a sonar para él como para todos los santos. El demonio presentóse un día a nuestro fraile con trazas de amable visitante y le dijo:

—¿De qué te sirven —dime— los salmos, los ayunos, las genuflexiones y las muchas oraciones? Piensa en las viudas, en los innumerables pobres y huérfanos que te llaman en su auxilio. No me cabe la menor duda que lograrás incomparablemente mayor bien en el siglo que aquí. Ea, Fidel, sal del convento.

El corazón del joven novicio, tierno de suyo, quedó profundamente impresionado con semejantes palabras e indeciso se preguntaba a sí mismo si se hallaría en su verdadera vocación. Dió parte de sus perplejidades al padre Ángel de Milán, maestro de novicios, quien, como hábil director, reconoció muy pronto la añagaza del tentador y aconsejó al Hermano que acudiera a la oración:

—¡Oh Salvador mío! —exclamó el celoso novicio—, suplícote que me devuelvas la alegría saludable y la serenidad de espíritu, cuyas dulzuras gozaba en los momentos felices de mis primeros días de vocación religiosa; descúbreme tu voluntad para que triunfe de mi enemigo y de mis pasiones.

El Señor oyó benigno la fervorosa plegaria de su siervo; disipáronse las tinieblas que envolvían su alma, desvaneciéronse sus perplejidades y surgió nuevamente la calma con redoblada fortaleza de espíritu.

VERDADERO HIJO DE SAN FRANCISCO

DESDE aquel instante resolvió Fidel unirse a Dios nuestro Señor con lazos más fuertes todavía. Aproximábase el fin de su noviciado y, para cumplir la Regla, mandó llamar a un notario que diera fe de la renuncia completa de todos sus bienes, parte de los cuales destinó a becas de seminaristas pobres, facilitándoles de ese modo los estudios. En 1863 todavía producía esta fundación 7.600 florines, o sea unas 18.620 pesetas oro.

Despojado ya de todo, fray Fidel hizo profesión religiosa en Friburgo el 4 de octubre de 1613. Gracia singular, de la que se alegró toda su vida, fué el abrazar estrechamente la pobreza, tan amada de los hijos de San Francisco.

—¿Puede haber permuta más ventajosa que la que he hecho con Dios?— —se decía hablando consigo—. Le he entregado los bienes de la tierra y Él



YA *muerto San Fidel de Sigmaringa, los bandidos calvinistas se ceban en su cadáver. Le apuñalan todo el cuerpo, y acuchillan, sajan y recortan particularmente la pierna, ebrios de rabia al recordar las apostólicas correrías del Santo para la propaganda de la fe y la conversión de los herejes.*

me da, en cambio, el reino de los cielos. Al hacerme pobre he adquirido riquezas inmensas.

Propúsose practicar la pobreza en todo su rigor, contentándose con lo estrictamente necesario y asignándose siempre cuanto de más incómodo y peor había. El hábito remendado era para él vestido de príncipe.

A la pobreza solía añadir la mortificación. «Dios mío —decía a menudo—, menester es que yo padezca por Vos si con Vos quiero ser glorificado». Y que sus palabras no eran vanas bien lo demostraban los cilicios, los cintos de puntas y las disciplinas que usaba. Sus ayunos eran casi continuos; en Adviento, Cuaresma y vigilias sólo se alimentaba de pan y agua, con alguna fruta. Por eso el padre Juan Bautista de Polonia, que había sido profesor suyo de teología, pudo decir de él: «El padre Fidel, en el decurso de sus estudios, llevó vida tan ejemplar como nuestro seráfico Padre podía desearla».

Una encendida oración continua sostenía penitencia tan estrecha. Temía tanto caer en la relajación que la menor negligencia se le antojaba falta muy culpable. «¡Desventurado de mí —decía—: peleo con flojedad a las órdenes de un caudillo coronado de espinas!» Subrayemos asimismo su humildad que le determinaba en todo tiempo a cargar con las ocupaciones más enojosas.

Terminados los estudios teológicos, el padre Fidel, por orden de sus superiores, fué a predicar a Suiza, en el Vorarlberg austríaco. Siguiendo el consejo de San Francisco, el celoso apóstol desdeñaba las formas oratorias, a las que su profesión de abogado le habituara, y solía tomar por tema de sus sermones y pláticas las postrimerías del hombre.

En aquella época en que los desórdenes y escándalos estaban a la orden del día, el célebre predicador capuchino tronaba contra el vicio sin temer las críticas de los católicos tibios ni las amenazas de los impíos. Aplicaba el hierro candente a la llaga de su siglo para curarla más presto y de modo radical. Era Fidel orador apostólico por excelencia.

Mas como quiera que el ejemplo de la gente más principal autorizaba los abusos, su celo le trajo muchas contrariedades. Curándose en salud se presentó en los estrados del Senado de la ciudad, explicó su proceder y propuso normas llenas de prudencia para contener los desórdenes y abolirlos totalmente. Admirados de tan noble osadía, los magistrados dieron por ganada la partida, llegando hasta concederle un edicto que abrogaba todo libelo dado por la herejía contra le religión católica. Él mismo en persona se constituyó ejecutor de tales edictos y, trasladándose a casa de los libreros, arrojó a las llamas cuanto de pernicioso halló en este sentido.

SUPERIOR DEL CONVENTO Y CAPELLÁN CASTRENSE

POR sus virtudes heroicas y por su ciencia notabilísima Fidel estaba preparado para el cargo de superior. En el Capítulo provincial celebrado en Lucerna el 14 de septiembre de 1618, fué elegido guardián del convento de Rheinfeld, cerca de Basilea. El mismo cargo desempeñó al año siguiente en Feldkirch y más tarde en Friburgo, desde donde regresó definitivamente a Feldkirch en 1621. Severo consigo mismo, mostraba una ternura verdaderamente paternal con sus subordinados y, sobre todo, con los pobres y los enfermos.

Una circunstancia dolorosa vino a darle ocasión de practicar la caridad según los anhelos de su compasivo corazón.

Era en 1621; el ejército austríaco se hallaba acampado en los alrededores de Feldkirch para vigilar los movimientos de los grisones, y el padre Fidel fué nombrado capellán de los batallones acantonados en la ciudad. Declaróse a no tardar una enfermedad contagiosa que diezmaba las tropas. En tan apurado trance, nuestro buen religioso multiplicaba sus caritativos servicios, visitaba a los enfermos dos o tres veces al día, arrodillábase a su vera, llevábales el santo Viático, los consolaba y, cuando sabía que no podían comprar las medicinas necesarias, pedíaselas él mismo a los ricos. Y aun llegó a escribir al archiduque Leopoldo de Austria, generalísimo del ejército, interesándole por los apestados. Hizo más: por su acertada intervención apaciguó a un grupo de soldados que se habían amotinado con motivo de la carestía de víveres.

TAUMATURGO Y PROFETA

LAS plegarias del padre Fidel alcanzaban del cielo milagros sin cuento y conversiones ruidosas. Un día arrebataba a la herejía y volvía al aprisco a una princesa cegada por el espíritu del mal; otro día convertía a la fe católica al conde Armsbald de Hahem-Ems.

A un soldado, mal cristiano, borracho empedernido y blasfemo, que en modo alguno quería enmendarse: «Conviértete —le dice el Santo—, si no, pronto morirás al filo de la espada». El soldado desatendió la amonestación del Santo y algunas semanas más tarde caía muerto en una pendencia que tuvo con uno de sus camaradas.

Pero aun en medio de su penosa labor apostólica, sentía el padre Fidel ansias de dar su vida por Jesucristo. Viajaba en una ocasión con algunos compañeros suyos camino de Mayenfeld y, expansionándose, les dijo:

—Dos cosas pido a Dios constantemente: pasar la vida sin ofenderle, y derramar hasta la última gota de sangre por su amor y por la fe católica.

Pronto había de otorgarle el Señor esta gracia.

La herejía que Lutero predicara medio siglo antes en Alemania y Zuinglio en Suiza, halló desde el primer momento terreno abonado entre los grisones. A petición del obispo de Coira y del archiduque Leopoldo de Austria (16 de enero de 1612) fueron elegidos el padre guardián de Feldkirch y algunos padres más para combatir el error en la región de Alta Retia. Al despedirse nuestro misionero del Senado de la ciudad (13 de abril de 1622), anunció que muy pronto vertiría su sangre por la religión.

—Por última vez —dijo— tengo el honor de comparecer ante vosotros; el instante de mi muerte se acerca; en vuestras manos dejo el depósito de la fe; a vosotros toca conservar tan preciado tesoro.

Aconteció que aquel mismo año de 1622, previa una reunión celebrada el 6 de enero, festividad de la Manifestación de Nuestro Señor a los gentiles, el papa Gregorio XV instituía y erigía, el 22 de junio, una Congregación de cardenales, llamada de la Propaganda, o por mejor decir, de la Propagación de la fe (Propangada Fide), para organizar el apostolado misional entre los paganos y herejes. La misión dirigida por el padre Fidel dependía directamente de esta nueva institución.

Todos sus pasos fueron señalados con numerosas conversiones, por lo cual, no hallando los calvinistas otro medio de contrarrestar el poder de su palabra, resolvieron arrebatarle la vida.

EL MARTIRIO

EL 24 de abril de 1622, de vuelta a Grusch, celebró el santo sacrificio de la misa y predicó a los soldados acerca de la blasfemia. En medio del sermón le faltó repentinamente la voz, al parecer sin fundamento alguno, permaneciendo algún tiempo en éxtasis con los ojos levantados al cielo. En ese arrobamiento le reveló el Señor que aquel mismo día sería el de su triunfo. Terminada la plática, quedóse largo rato orando ante el altar, y luego se puso en camino para Seewis, donde la víspera fué traidoramente invitado a predicar por una diputación de herejes. Mientras se hallaba predicando, una cuadrilla de revoltosos calvinistas armados de mazas, espadas, alabardas y mosquetes, irrumpieron tumultuosamente en la iglesia y, dando aullidos y voces desacompasadas, asustaron a los fieles. Mientras tanto, el predicador se llegaba hasta el altar, hacía una breve oración, salía de la iglesia y trataba de regresar a Grusch acompañado de un capitán austríaco. Mas no tardaron ambos en ser alcanzados por veinticinco calvi-

nistas. El oficial fué arrestrado. Entonces, uno de los amotinados dijo al misionero:

—Así, pues, ¿tú eres el fanático desventurado que se presenta ante el pueblo como profeta? Confiesa que lo que has dicho es pura mentira, o mueres en mis manos.

—Yo no os he predicado más que la eterna verdad, la fe de vuestros padres —replicó con santa intrepidez el mártir—, y gustoso daría mi vida por que la conocierais.

—No estamos ahora para tales cosas —replicó otro—, di si abrazas o no nuestra religión.

—He sido enviado a vosotros para ilustraros, no para abrazar vuestros errores.

En aquel instante uno de los foragidos le asestó un tajo en la cabeza y le derribó; pero, con todo, el mártir tuvo aún fuerza bastante para arrodillarse y, con los brazos en cruz y la mirada vuelta al cielo, exclamó, a ejemplo del divino Salvador:

—Perdona, oh Dios mío, a mis enemigos que, cegados por la pasión, no saben lo que hacen. ¡Jesús mío, apiádate de mí! ¡Oh María, Madre de Jesús, asísteme en este trance!

De otro golpe le volvieron a derribar y, ya en el suelo, le asestaron tal golpe en la cabeza con una maza, que le abrieron el cráneo. Por si todavía no hubiera muerto, le apuñalaron sin piedad y le tajaron la pierna izquierda «para castigarle —decían ellos— de todas las correrías que había hecho en pro de su conversión».

El cuerpo del santo mártir descansó en el campo de Seljanas, cerca de Seewis, hasta el otoño siguiente bañado en su propia sangre. Sus reliquias —a excepción de la cabeza y la mano izquierda— depositadas en el convento de Capuchinos de Feldkirch, fueron trasladadas el 5 de noviembre del mismo año a la catedral de Coira.

En vista de los milagros obrados por intercesión del siervo de Dios, Benedicto XIII le declaró Beato por decreto del 12 de marzo de 1729 y Benedicto XIV, el 29 de junio de 1746, le inscribió en el Catálogo de los Santos. Clemente XIV, el 16 de febrero de 1771, extendió su oficio a la Iglesia universal y proclamó al apóstol de los grisones protomártir de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

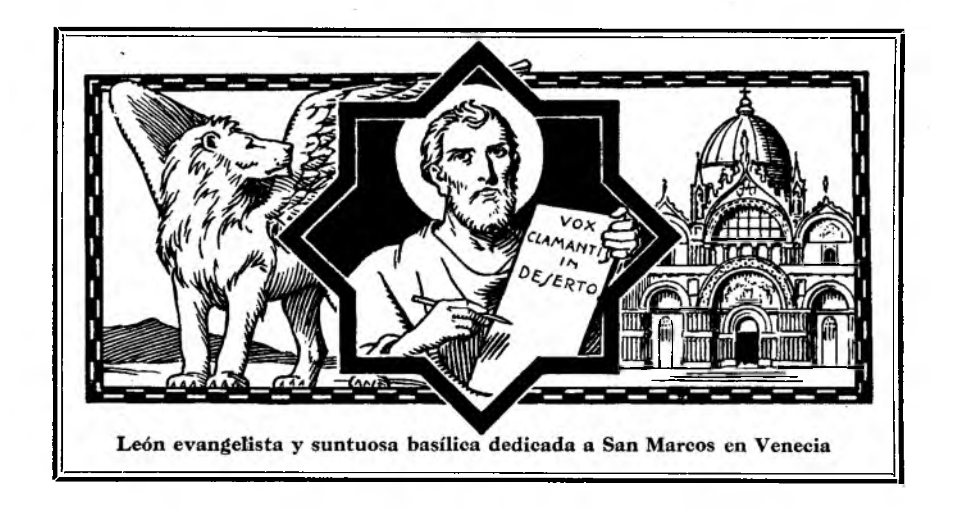
SANTORAL

Santos **Fidel de Sigmaringa, mártir;** *Sabas y compañeros, mártires; Gregorio, obispo y confesor;* Eusebio, Neón, Longinos y Leoncio, mártires en Nicomedia; *Mélito, obispo y confesor;* Egberto, misionero inglés; Honorio, obispo de Brescia; Daniel, anacoreta y mártir, en Gerona; Niceas, mártir en Oriente; Policarpo, presbítero persa; Cerasio, obispo; Guillermo Firmat, presbítero y solitario; Wilfrido, arzobispo de York. Santas María de Santa Eufrasia Pelletier, fundadora de las Hermanas del Buen Pastor; Isabel, virgen; Bona y Doda, vírgenes y abadesas, en Reims.

SANTOS SABAS Y COMPAÑEROS, mártires. — Gentil en sus primeros años, convirtióse luego al catolicismo, al que le llevaron los sentimientos de admiración que habían despertado en su ánimo el valor y constancia de los mártires; pues, en calidad de capitán del ejército, repetidas veces había presenciado los más crueles martirios de los cristianos. Recibido el bautismo, no cesó ya de visitar a los cristianos perseguidos, a quienes animaba a perseverar en la fe que habían abrazado. Por orden del juez fué detenido Sabas y atormentado; aplicáronle hachas encendidas a los costados, y le metieron luego en una caldera de pez hirviente, de la que salió milagrosamente ileso. Al ver este milagro se convirtieron setenta espectadores, que fueron degollados sin compasión. Sabas fué arrojado al Tíber con una gran piedra atada al cuello. Era el año 272, y día 24 de abril.

SAN GREGORIO, obispo de Ilíberis. — Ejerció el episcopado en la ciudad de Ilíberis (Granada) en cuyo recinto se celebró en el siglo IV un importante Concilio. Brilló Gregorio por su gran santidad y tuvo que defender, en contra de Arrio y sus secuaces, la consustancialidad del Padre y del Hijo. Esta valiente conducta le granjeó la amistad de varios prelados y Padres de la Iglesia, que como él combatían igualmente el arrianismo. No quiso firmar la fórmula sofística del Concilio de Rímini, a pesar de las instancias y amenazas del emperador Constancio, al cual ya había dirigido antes Osio las siguientes palabras: «No te mezcles en los asuntos eclesiásticos, ni nos impongas preceptos sobre tales cosas, antes debes tú aprenderlas y aceptarlas de nosotros, pues a ti te entregó Dios el imperio, mas a nosotros nos confió las cosas de la Iglesia». Gregorio murió después del año 392.

SAN MÉLITO, obispo y confesor. — Nació este Santo en Roma, a últimos del siglo VI. Sus padres, excelentes cristianos, le educaron con esmero, y él se manifestó siempre piadoso y prudente; aficionóse pronto a la vida religiosa y profesó en un monasterio de su ciudad natal. En 601 fué enviado a Inglaterra por el papa San Gregorio Magno, en calidad de jefe de una segunda expedición que iba a secundar los esfuerzos de San Agustín, primer enviado apostólico a dicho país. Agustín ordenó a Mélito como primer obispo de Londres, y sus conquistas espirituales fueron tantas, que el rey Seberto se convirtió, y como fruto de esta conversión surgieron el templo de San Pablo y el monasterio benedictino de San Pedro en Thorney, conocido hoy con el nombre de Wéstminster. Los hijos de Seberto profesaron el paganismo y desterraron a Mélito, por negarse a darles la comunión. Muertos éstos en una batalla, regresó el santo obispo y fué trasladado a Cantorbery, donde con sus oraciones apagó un furioso incendio que amenazaba destruir la ciudad. El 24 de abril del año 624, durmióse en el Señor.



León evangelista y suntuosa basílica dedicada a San Marcos en Venecia

DÍA 25 DE ABRIL

SAN MARCOS

EVANGELISTA, OBISPO DE ALEJANDRÍA Y MÁRTIR († 68)

ES San Marcos una de las mayores figuras de la Nueva Ley. No parece que se le deba contar entre los discípulos del Señor, por más que haya quien pretenda verle en aquella escena de Getsemaní, en que el evangelista Marcos precisamente habla de que «un joven que seguía a Jesús» fué arrestado sin otra indumentaria que una sábana» y, «prendido por los soldados, soltó la sábana y huyó desnudo».

Lo que no da lugar a duda es que Marcos fué compañero de San Pablo en la primera misión de Chipre y más tarde su colaborador en Roma; que fué hijo espiritual de San Pedro y a la vez intérprete y confidente suyo. Compuso el segundo Evangelio recopilando, conforme a sus recuerdos, las enseñanzas de San Pedro. Nadie negará que son títulos gloriosos los de evangelista, apóstol y mártir, que confieren a Marcos aureolas brillantísimas. Está simbolizado por uno de los animales de la mística cuadriga que resplandece en el firmamento de la Iglesia y que, mucho mejor que el sol del mundo material, difunde torrentes de luz en el mundo de las almas.

El santo profeta Ezequiel en el capítulo primero de sus profecías y San Juan en el cuarto de su Apocalipsis describen los cuatro animales simbólicos que vienen a ser como los cuatro heraldos del trono de Dios; San Marcos es uno de ellos: el león. Efectivamente, el Evangelio de San Marcos da principio con la predicación de San Juan Bautista, el precursor, el que Isaías anunciara misteriosamente con estas palabras: «Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor», voz potente cual rugido de león que hace retemblar las soledades. San Marcos realizó maravillosamente este símbolo apocalíptico. Este discípulo predilecto de Pedro, este brillante satélite del sol de la Iglesia, como con razón le han llamado, acompañó a Roma al Príncipe de los Apóstoles y consignó por escrito las enseñanzas de su Maestro; más tarde recibió la misión de fundar la Iglesia de Aquilea y por fin la de evangelizar a Egipto, tierra idólatra «donde todo era dios, menos Dios mismo».

QUIÉN ERA SAN MARCOS

A decir verdad, sólo conocemos de San Marcos su vida apostólica e ignoramos todo lo referente a su genealogía e infancia. En los Hechos de los Apóstoles se habla de un personaje, unas veces llamado «Juan», otras «Juan apellidado Marcos» y también «Marcos» a secas. Si hemos de creer a los exegetas más autorizados, resulta que es el mismo personaje. Era primo de San Bernabé, *(Colos.* IV, 10), y su madre, María, probablemente viuda, vivía en Jerusalén. Según nos refieren los Hechos de los Apóstoles, su casa servía de lugar de reunión a los primeros cristianos. Cuando San Pedro fué rescatado milagrosamente de la cárcel por el ángel del Señor «se encaminó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban congregados en oración. Era de noche y, cuando llamó al postigo de la puerta, una doncella llamada Rodé salió a ver quién era: Conoció la voz de Pedro, y fué tanto su gozo que, en vez de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba a la puerta. Dijéronle: Tú estás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decía. Ellos dijeron entonces: Sin duda será su ángel. Pedro, entretanto, seguía llamando a la puerta. Abriendo, por último, le vieron y quedaron asombrados.» *(Hechos,* XII, 12-16).

Marcos se hallaría sin duda presente. En todo caso, esta es la primera vez que se habla de él y su nombre sirve para distinguir a su madre, María, de las otras Marías. De lo cual puede colegirse no tan sólo que era cristiana sino que estaba al servicio particular de Pedro. No es de extrañar que su hijo Juan, apellidado Marcos, llegara a ser compañero, confidente y

como secretario del Príncipe de los Apóstoles. En la carta que escribió San Pedro a las Iglesias del Ponto, Galacia, Bitinia, etc., mandábales saludos de los fieles de Roma y en particular de Marcos, a quien da el nombre tan afectuoso como glorioso de hijo: «*Marcus, filius meus:* mi hijo Marcos» (I *Pedro,* V, 13).

MARCOS, PABLO Y BERNABÉ

ANTES de ser colaborador de San Pedro, Marcos lo fué de San Pablo, bajo los auspicios de su primo Bernabé. Era éste un levita de Chipre, cuya autoridad fué grande en la Iglesia primitiva; en los principios, mayor, si cabe, que la del mismo San Pablo. De carácter bondadoso, condescendiente y muy espiritual, de gran influencia por sus consejos y ejemplos. Hízose en cierto modo el padrino de Saulo recién convertido, cuando todos en Jerusalén desconfiaban aún de él, y lo presentó a los Apóstoles que, probablemente, se reunían en casa de María, madre de Juan Marcos *(Hechos,* IX, 26-27).

Él también fué a buscarle a Tarso y le llevó a Antioquía, donde permanecieron juntos un año. Subieron luego a Jerusalén y de regreso se llevaron a Marcos, el cual los acompañó en su primer viaje apostólico cuando se embarcaron para Chipre, sirviéndoles de coadjutor en la evangelización de la isla: *habebant autem et Joannem in ministerio (Hechos,* XIII, 5).

Cuando más tarde pasaron al Asia Menor y desembarcaron en Perga de Panfilia, Juan Marcos los dejó y se volvió a Jerusalén, según dicen los Hechos (XIII, 13), sin dar la razón. ¿Fué acaso por disparidad de criterio, o bien por cansancio o desaliento pasajero? A este respecto hace notar el padre Lagrange, con delicada finura, que «los viajes son el crisol de los caracteres» y que «por razones de apreciación vense estallar discusiones muy vivas entre los que hasta entonces fueron amigos y seguían siéndolo después».

San Pablo se quedó algo resentido con San Marcos por este abandono, de forma que, cuando más tarde se trató de emprender juntos otra campaña apostólica, para la cual Bernabé deseaba la ayuda de Marcos, Pablo no se avino a ello; Bernabé se separó de Pablo y partió con Marcos para Chipre, mientras Pablo en compañía de Silas salió a recorrer el Asia Menor. Por permisión divina, esas divergensias redundaron, al fin, en provecho del Evangelio, puesto que multiplicaron las misiones y no impidieron que años más tarde Marcos y Pablo se volviesen a juntar.

El gran Apóstol nos habla de este colaborador en su epístola a los colosenses y en la que escribió a Filemón, manifestando el gozo que sentía por verse ayudado de tan buen operario. Recomienda a los colosenses que

le reciban bien, lo cual demuestra que Marcos —que a la sazón se hallaba en Roma— tenía a su cargo esos viajes apostólicos.

Más tarde escribe Pablo a Timoteo que venga con él a Roma y que traiga consigo a Marcos, «pues lo necesito —dice— para el ministerio evangélico» *(II Tim.* IV, 11). Había desaparecido, pues, la tirantez y Pablo apreciaba más que nunca las grandes facultades y la abnegación de este discípulo que, cuando más joven, puso a prueba en ocasiones su paciencia por falta de iniciativa o de resolución, pero que había adquirido ya madurez suficiente. Por obra del tiempo y de la gracia se habían perfeccionado sus cualidades innatas y era ya apóstol ejemplar. Tan cierto es que nadie adquiere la perfección en un momento.

DISCÍPULO DE SAN PEDRO

PERO el verdadero maestro y padre de Marcos fué el Príncipe de los Apóstoles. Ciertamente los Sagrados Libros son por demás sobrios en pormenores acerca de este punto; con todo, el nombre de hijo que San Pedro da a Marcos es muy significativo. En Roma, hacia el año 63, es decir, cuatro antes de su muerte, escribió el Vicario de Cristo la carta en que así le apellida. Pero a falta de testimonios escripturales, la antigua tradición patrística, así griega como latina, nos muestra a San Marcos interviniendo íntimamente en el apostolado de San Pedro, como oyente unas veces y muchas como intérprete.

El primero que habla de él en este sentido ya en la primera mitad del siglo II es San Papías, obispo de Hierápolis, familiar de San Policarpo de Esmirna y discípulo del presbítero Juan, el cual o es el mismo apóstol San Juan, o un discípulo de los Apóstoles. De él tomó San Papías estos documentos. San Justino, a mediados de siglo II, llama al Evangelio de San Marcos «Memorias de Pedro». Más explícito aún es San Ireneo cuando dice: «Después de la muerte de Pedro y de Pablo, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió por escrito lo que aquél había predicado». Tertuliano llega hasta darle el nombre de «Evangelio de San Pedro». Y la antigüedad entera se expresa en términos semejantes.

Por lo cual, sin multiplicar las citas de los Padres podemos deducir de sus diversos testimonios: que Marcos, por ser demasiado joven, no puede considerarse como discípulo de Nuestro Señor; pero que ciertamente toda su familia estaba consagrada por entero al divino Maestro y a sus Apóstoles; que comenzó el apostolado a las órdenes de San Pablo en compañía de San Bernabé y que, andando el tiempo, siguió al Apóstol en su viaje a Roma y resumió sus predicaciones en el segundo Evangelio, obra en la que la antigua tradición reconoce la voz misma del Príncipe de los Apóstoles.



CUENTA *la tradición que cuando el evangelista San Marcos llegó a Alejandría se le rompió el calzado. Fué al primer zapatero que encontró para que se lo arreglase, y éste, llamado Aniano, se hirió al componerlo. Milagrosamente curado por San Marcos, escuchó admirado su doctrina y recibió el Bautismo.*

EVANGELIO DE SAN MARCOS

LAS cualidades características del Evangelio de San Marcos son: concisión, movimiento y fluidez. Aunque más breve que el de San Mateo, lo completa en muchos extremos. Es el más corto de los cuatro; los hechos que relata están más condensados y, a pesar de eso, abunda en pormenores propios de gran estimación, pero cuida mucho la narración de los milagros, algunos de los cuales sólo conocemos por él. Por eso se le ha llamado el «Evangelista de los milagros».

El discípulo de Pedro escribió en griego porque lo hacía para los conversos del paganismo; por eso explica tan por menudo ciertos usos y costumbres, ciertas expresiones propias de los judíos; por eso precisa con frecuencia la situación de tales y cuales poblaciones poco conocidas de sus lectores.

Nótase la influencia de San Pedro en determinados episodios muy propios del Príncipe de los Apóstoles; como, por ejemplo, cuando el Señor curó a la suegra de Pedro, en el que Marcos nombra las personas presentes (I, 29-31); cuando Cristo maldijo a la higuera estéril, Marcos recuerda la extrañeza y la pregunta de Pedro ante el inmediato efecto de la palabra del Hijo de Dios (XI, 13-24). Es cosa de notar que si se trata de hechos favorables a Pedro, Marcos se calla. Así, en la célebre escena en que Jesús estableció a Pedro por fundamento de su Iglesia, Marcos omite lo principal y más honroso, que San Mateo cuenta detalladamente. En cambio, los otros evangelistas callan las negaciones de Pedro que San Marcos refiere. También es el único que menciona el canto del gallo y por dos veces. En esos pormenores se manifiesta muy ejemplar la humildad de San Pedro, que inspiraba la pluma de su intérprete.

APOSTOLADO DE SAN MARCOS

RESULTA poco menos que imposible fijar fechas a las diversas misiones y correrías apostólicas de San Marcos. Examinados los relatos, confusos y a las veces contradictorios que nos han dejado los antiguos y mejores cronógrafos, no hallamos orientación firme. Apuntemos siquiera los hechos incontestables.

Hemos visto a San Marcos comenzar el apostolado en Chipre con San Pablo y San Bernabé, en la primera misión, y con San Bernabé solo, en la siguiente. Era hacia el año 52. Diez años más tarde Marcos misionaba en Roma en compañía de San Pablo, según testimonio de este último en

la epístola a los colosenses; tal vez sería durante alguna ausencia momentánea de San Pedro. Por aquel tiempo eran los Apóstoles poco sedentarios y nunca como entonces ponían en práctica la recomendación del Divino Maestro: *Id y enseñad.* Convenía crear nuevas Iglesias y consolidar las antiguas, visitándolas. Imponíanse, por lo mismo, frecuentes viajes.

Así lo hacía Marcos, primero en calidad de coadjutor y por propia iniciativa, después. San Pablo en la epístola a los colosenses les anuncia una próxima visita de Marcos, proyectada por San Pedro tal vez, o si no por San Pablo, o quizá fuera Marcos quien por propio impulso la planeara.

En la primera epístola a Timoteo —a la sazón en Éfeso—, supone el gran Apóstol que Marcos se hallaba en aquella localidad, puesto que encarga a Timoteo que vaya a Roma con Marcos.

Más tarde vemos a San Marcos volar más con sus propias alas. San Pedro le envió a evangelizar la ciudad de Aquilea y, altamente satisfecho de la gestión y acierto de su evangelista en ese reducido teatro, le confió luego Egipto entero como campo de su apostolado. Alejandría vino a ser como el centro desde donde Marcos irradiaba su celo de apóstol incansable y dicha sede, creada por indicación de San Pedro, vino a ser la tercera del gran patriarcado de la cristiandad, después de la de Roma y Antioquía.

SAN MARCOS, EN EGIPTO

SEGÚN testimonio de antiguos hagiógrafos, San Marcos desembarcó en Cirene, en la Pentápolis, recorrió la Libia y la Tebaida, donde abundaron las conversiones y, finalmente, fijó su residencia en Alejandría, ciudad famosa y lugar de cita de todas las sectas filosóficas.

Refiere la tradición que al entrar Marcos en Alejandría, como se le rompiera el calzado, se dirigió a un modesto remendón llamado Aniano, el cual al arreglarle el calzado se lastimó la mano, pero el Santo le curó al instante. Asombrado Aniano del maravilloso poder de aquel médico extranjero, le rogó con grandes instancias que se quedase en su casa. De allí a poco él y su familia se convirtieron al verdadero Dios.

Muerto el Santo, Aniano fué su sucesor. Los cuerpos de ambos fueron trasladados a Venecia.

Alejandría, fundada por Alejandro Magno, y sometida a Roma tres siglos más tarde, era a la sazón el centro de los grandes filósofos, de los artistas, poetas, matemáticos y sabios de todo el orbe. Allí también tenían asiento todas las religiones, aunque todas se hallaban dominadas por la divinidad egipcia de Serapis, cuyo templo ingente dominaba desde la pequeña colina que se alza junto a la población. El lugar de cita del helenismo y

de la cultura judía era su rica biblioteca de 200.000 volúmenes. En esta capital de más de un millón de habitantes, los judíos eran numerosísimos; por lo menos 300.000. Allí se tradujo la Biblia al griego por la Comisión de los Setenta y allí se compuso el libro canónico de la *Sabiduría*. La doctrina de los Libros Sagrados era, pues, conocida en aquel centro del humano saber y no es de extrañar que se infiltrase en las concepciones de la filosofía griega. Llegó a tanto su influencia que el judío Filón, en el siglo I de nuestra era, aplicó a la interpretación de la Biblia el idealismo de Platón y de esta doctrina brotaron más tarde las fantasmagorías de las sectas del gnosticismo.

En ese ambiente intelectual y centro de estudios, hizo brillar San Marcos la luz del Evangelio. Por él lucirá el *Didascáleo,* la docta escuela cristiana del siglo II, de la que serán lumbreras los Pantenos, los Clementes y los Orígenes.

Al impulso de la férvida predicación de San Marcos, el cristianismo se propagó rápidamente y la ejemplaridad de los nuevos cristianos parecía acrecentarse con su número pues, no contentos con observar los preceptos comunes, practicaban también los consejos evangélicos. Muchos vendían sus bienes, distribuían el producto a los pobres y se retiraban al desierto, donde vivían santamente en medio de grandes austeridades. Estos fervorosos cristianos recibieron el nombre de *terapeutas,* palabra que significa «siervos de Dios», y fueron como la semilla de aquel número prodigioso de santos anacoretas que al correr de los siglos habían de poblar las soledades de la Nitria, la Escitia y la Tebaida.

Pero tal expansión de fervor cristiano suscitó en Alejandría lo que en todas partes: el furor de Satanás y la persecución.

Los paganos y judíos se ensañaron particularmente contra el promotor de aquel movimiento; pero Marcos, hacia el año 63 consagró obispo de esta ciudad a su discípulo Aniano, ordenó a varios presbíteros y diáconos, y él se volvió a evangelizar la Pentápolis por espacio de dos años, al cabo de los cuales regresó a Alejandría, donde tuvo el consuelo de comprobar que la fe había extendido sus conquistas.

MARTIRIO Y RELIQUIAS DEL SANTO

NO pasó inadvertido el regreso de San Marcos a Alejandría, tanto más cuanto que al conjuro de su palabra se multiplicaban de modo extraordinario los milagros. Ello excitó la admiración de las masas, y los paganos buscaron coyuntura propicia para deshacerse definitivamente de él. e él.

Ésta se presentó el 14 de abril del año 68, según reza una cronología generalmente admitida. En dicho año coincidían precisamente el día de Pas-

cua y la fiesta del dios Serapis. San Marcos fué prendido por sorpresa mientras celebraba los santos misterios; agarrotáronle y arrastráronle por la ciudad, gritando: «Llevemos el buey a Bucoleón (barrio del boyero)». Era éste un paraje erizado de peñascos, muy cerca del mar. Una vez allí, golpeáronle bárbaramente, le arrastraron sin piedad por aquel terreno abrupto y acantilado, que se tiñó con su sangre inocente y por fin le encarcelaron.

Durante la noche sacudió el calabozo un espantoso terremoto y se apareció al atleta de Cristo un ángel para fortalecerle. Marcos quedó muy consolado con visiones celestiales por las que vino en conocimiento de su próxima entrada en la gloria. En una de esas visiones se le presentó Nuestro Señor Jesucristo, quien, sonriente y con el mismo semblante y las mismas vestiduras que llevaba en su vida mortal, le dijo:

—«*Pax tibi, Marce, evangelista mi!:* ¡La paz sea contigo, Marcos, mi evangelista!».

A lo cual el discípulo respondió: «¡Oh, Señor!», única frase que brotó de sus labios en el arrobamiento de su tierno amor.

Al día siguiente repitieron el suplicio del mártir. Arrastrado por entre los peñascos de Bucoleón, pronto quedó su cuerpo hecho pedazos. Marcos expiró en este cruel tormento.

La Iglesia celebra su fiesta el 25 de abril.

Consumado el sacrificio, intentaron reducir a cenizas sus venerandos restos en el lugar mismo donde le habían dado muerte y, al efecto, encendieron una inmensa hoguera; pero de repente se levantó tan recia tempestad acompañada de lluvia torrencial, que dispersó a todos los asistentes, apagó la hoguera y causó muchos daños. Los fieles lograron recoger los despojos del mártir y les dieron sepultura con todo decoro y devoción en un sepulcro abierto en la peña.

Siglos más tarde enriquecióse el Occidente con los preciosos restos, que fueron trasladados a Venecia el 31 de enero de 829.

El arte bizantino construyó la imponente y suntuosa basílica, orgullo de la ciudad que cobija las reliquias del Santo. Venecia fué la reina del mar y, por espacio de largos siglos, la noble y poderosa República que paseó triunfalmente su bandera, adornada con el león de San Marcos, por todas las escalas de Levante e hizo brillar la cruz de Cristo doquiera que la media luna de Mahoma trataba de implantar su imperio.

SANTORAL

Santos **Marcos, evangelista, obispo y mártir;** *Aniano, obispo;* Hermógenes, Evodio y Calixto, mártires en Siracusa; Erminio, obispo y confesor; ***Esteban, obispo y mártir;*** Filón y Agatópodo, diáconos; Febadio, Ivón, Macalio, Macaldo y Kebio, obispos y confesores; Rústico, obispo de Lyón; Cramacio, obispo de Metz; Macedonio, patriarca de Constantinopla; Publio, soldado y mártir en Nicomedia; Silvestre, abad de Reome (diócesis de Dijón); Beatos Heribaldo, abad de San Germán y obispo; Juan de Coria y Francisco de Oropesa, franciscanos. Santas *Franca, virgen;* Siagria, ilustre dama de Lyón (s. v); Marcia y Nicia o Victoria, mártires.

SAN ANIANO, obispo. — Aniano era zapatero, en la ciudad de Alejandría en Egipto. Cuando Marcos fué por primera vez a dicha población, entró en casa de Aniano para que le cosiera una sandalia rota que llevaba. Al cosérsela, el zapatero se pinchó con la lezna, y Marcos le curó con sólo hacer sobre la herida la señal de la cruz. Esta fué la ocasión escogida por la divina Providencia para abrir a la fe los ojos de Aniano, el cual fué instruído, bautizado y consagrado obispo por su médico espiritual San Marcos. Con él se bautizaron todos sus familiares. Aniano fué obispo de Alejandría, cuatro años en vida del Evangelista y dieciocho después; y siempre pastor solícito del bien de sus ovejuelas, cuyo padre, consuelo y protector era en toda ocasión. Convirtió a muchos infieles, y su conducta, altamente ejemplar, fué agradabilísima a Dios, que le recompensó llamándole a Sí y admitiéndole en su santa Gloria el 25 de noviembre del año 86, pero su fiesta se celebra el mismo día que la de su santo Maestro.

SAN ESTEBAN, patriarca de Antioquía y mártir. — La silla episcopal de Antioquía se hallaba en circunstancias muy difíciles, por el interés que tenia un tal Pedro en ocupar dicha sede. Auxiliado éste por el conde Zenón, yerno del emperador León I, llegó a deponer al legítimo prelado. Enterado el emperador de la injusticia cometida repuso al verdadero obispo, prelado sabio, prudente y muy celoso de la disciplina eclesiástica; mas éste, al ver la animadversión del conde, ayudador de sus adversarios, renunció por amor a la paz. Entònces fué elegido Esteban, varón respetado y reverenciado de todos por su saber y gran virtud; pero los herejes, incitados por el usurpador Pedro, hicieron al obispo objeto de sus iras y persecuciones. Elevado Zenón al trono imperial, conservó a Esteban en la sede antioqueña, mas después, en 479, permitió el asalto a la iglesia y residencia de Esteban, quien fué asesinado recibiendo en su cuerpo innumerables y penetrantes estiletes, y arrojado al río Orontes. Así se le rompieron las ataduras corporales y su alma voló a recibir la recompensa de los justos.

SANTA FRANCA, virgen. — Franca es una de aquellas jovencitas a quienes no ciega el oropel del mundo, ni deslumbran los falsos brillos de la gloria humana, sino que, iluminadas en su interior por los destellos de la divina gracia, siguen con docilidad las insinuaciones de ésta y desprecian las falsas apariencias de aquéllos. Nació Franca en la fértil y risueña ciudad italiana de Placencia, cuyas casas se reflejan ondulantes en las aguas del Po. La familia de nuestra Santa pertenecía a la alta sociedad italiana; pero ella despreció el lujo y se hizo religiosa. Vistió el hábito a los catorce años y llevó una vida henchida de oración y penitencias. El 25 de abril de 1218 le fué concedida la dicha de salir de este destierro y unirse definitivamente a Dios.


Atributos del renegado, del cautivo y del mártir

DÍA 26 DE ABRIL

BEATO ANTONIO DE RIVOLI

MÁRTIR EN TÚNEZ (1423 - 1460)

LA vida de este esclarecido varón no es, como la de tantos otros, una serie de heroísmos que pudieran amedrentar nuestra flaqueza. Pertenece, por el contrario, al número de los convertidos y arrepentidos, que nunca han faltado en la Iglesia de Dios, y a los que la misericordia infinita del Señor concede, como premio de su dolor, la gloria del paraíso y los honores de la santidad.

Será para las almas caídas una prueba más de la bondad divina que lo perdona todo cuando hay verdadero arrepentimiento.

Tres partes bien distintas comprende la vida del Beato Antonio de Rívoli: en primer término, vida religiosa de muy mediana observancia; luego, una vergonzosa apostasía y, por fin, reparación de su vida pasada con heroico y glorioso martirio.

Como fuentes biográficas disponemos de un informe remitido a los Padres Dominicos por fray Constancio, quien, por haber estado preso del rey de Túnez juntamente con Antonio de Rívoli, fué sucesivamente testigo ocular de su apostasía y de su sangrienta expiación y, además, de una carta al papa Pío II del dominico Pedro Ranzano, que a la sazón era provincial en Sicilia, la cual aporta interesantes pormenores acerca de la vida religiosa de este mártir.

EL RELIGIOSO

ANTONIO Nayrot fué oriundo de Rívoli, en la diócesis de Turín, y vió la luz primera hacia el año 1423. De su familia, así como de sus primeros años, no sabemos nada en absoluto; es probable que Antonio ingresara en la vida religiosa en los albores de la adolescencia. Hallámosle por vez primera en el célebre convento de Dominicos de Florencia, llamado de San Marcos. Allí vistió el hábito de Santo Domingo y le cupo la suerte de tener como prior a San Antonino, que más tarde llegó a ser arzobispo de dicha ciudad. Veamos lo que a este propósito nos refiere Turón en la historia de los varones ilustres de la Orden de Santo Domingo: «Como prior que fué en Nápoles, Gaeta, Cortona, Sena, Fiésole y Florencia, San Antonino restableció o afianzó la observancia regular por la renovación del fervor, el amor al estudio y el celo en el ministerio apostólico».

Tal era el prior de Antonio de Rívoli; pero, ¡ay!, parece que éste hizo mentiroso el dicho tan conocido de: tal padre, tal hijo, o tal maestro, tal discípulo. No se daba, en efecto, mucha prisa para seguir de cerca al guía perfecto que iba a la cabeza en el camino de la perfección.

Según refiere un historiador, nuestro novicio fué ya advertido por su notoria inconstancia de carácter. Con todo, no se puede negar que era religioso obediente, no carecía de piedad y llevaba una vida bastante regular. Los frecuentes viajes que hubieron de ocupar más tarde buena parte de su vida y sus no menos frecuentes cambios de residencia, nos hacen pensar con fundamento que Antonio poseía cierto talento oratorio, gran celo para la predicación y tal vez aptitudes nada comunes para tramitar asuntos, a menos que deban atribuirse tantas peregrinaciones y mudanzas a la volubilidad de su espíritu. Su provincial, el Padre Ranzano, nos lo pinta como un alma que busca siempre su bienestar, que se desvive por la posesión y goce de cosas nuevas y es víctima constante de dolorosa inquietud.

Carácter de este temple podrá en rigor bastar a las exigencias de una vida mediana, común y pacífica; pero corría peligro de naufragar entre las pruebas y dificultades que asedian más de una vez la existencia del sacerdote.

Cierto día nuestro religioso, hastiado sin duda de una permanencia demasiado larga en el mismo sitio, fuése a ver al Padre prior con la intención bien resuelta de hacer caso omiso de su consejos, y le expuso su deseo de embarcarse para Sicilia.

San Antonino, ilustrado por divina luz, trata de disuadirle. Viendo que nada consigue, profetízale que un peligro espantoso asaltará su alma y cuerpo el día que se le ocurra tomar un navío.

Antonio conocía, no cabe dudarlo, la santidad de su superior y, por lo

mismo, esta advertencia hubiera debido hacerle más reflexivo y aun mudar de parecer. Pero nada más lejos de ello. ¡Pobre imprudente! Mas, ¿puede hablarse de prudencia al que cree bogar hacia la felicidad? Y a la conquista de la felicidad precisamente se embarcaba Antonio de Rívoli cuando tomaba pasaje para Sicilia el año 1457.

Cuatro años hacía que Pedro Ranzano era provincial de aquella región cuando el recién llegado se presentó ante él en Palermo. Recibióle con la cordialidad de un padre, oyó sus confidencias con tierna caridad y, al tercer día, accediendo a su demanda, le permitió quedarse en Sicilia y en la residencia que fuera más de su agrado. Cumplidos y colmados sus anhelos, Antonio partió de Palermo; por espacio de un año vivió como un religioso ejemplar; pero aun no había adquirido la virtud de la estabilidad. Varios conventos de diferentes poblaciones hubieron de albergar por algún tiempo al religioso giróvago.

A los doce meses ya se le vió regresar a Palermo. Volvía devorado por «ese inexorable tedio» que es a menudo la tristeza del rico y a veces también el castigo del religioso desazonado, en cuya alma no reina el deseo ardiente de la perfección, ni la suave nostalgia del cielo. Volvía, hastiado su espíritu y desanimado su veleidoso corazón. Habiendo consumido en frecuentes peregrinaciones lo mejor de su vida, acabaron también por disgustarle los viajes de tal modo, que nuestro enamorado de los cambios venía a solicitar de su provincial permiso para volver a Nápoles y Roma, con el fin de entrevistarse en esta última ciudad con el Superior General y pedirle que le destinara a un lugar donde acabar sus días.

Este singular fracasado de la vida, iba en busca de una mansión agradable donde acabar pacíficamente sus días cuando apenas franqueaba los límites de la juventud; sólo tenía treinta y cinco años y hablaba ya de sus últimos días. Pero la divina misericordia se los reservaba gloriosos de modo muy distinto del que él pudiera desearlos.

EL CAUTIVO

IBA a cumplirse la primera parte de la profecía de San Antonino. El 31 de julio de 1458 se hacía a la vela Antonio de Rívoli en un navío que zarpaba al mando del capitán Juan Sarde con rumbo a Nápoles. En los dos primeros días tuvieron excelente navegación; el 2 de agosto se hallaban a la altura de la ciudad napolitana, cuando de repente apareció en el horizonte un corsario sarraceno. El navío enemigo, mandado por Nardo Anequino, cristiano renegado que ejercía la piratería en provecho del rey de Túnez, alcanza a la carabela, la asalta y hace prisioneros a todos sus pasajeros.

El convoy de cautivos, entre los que se contaba Antonio de Rívoli, llegaba a Túnez el 9 de agosto. Al día siguiente comparecieron delante del rey, que probablemente era Alú-Omar-Otmán (1435-1488); seguidamente los hicieron pasear por las calles y barrios más frecuentados para servir de espectáculo a la malévola curiosidad de las gentes. Los cautivos desfilaron con las manos atadas, y cuando terminó semejante humillación vieron cómo las puertas de la cárcel se cerraban tras ellos.

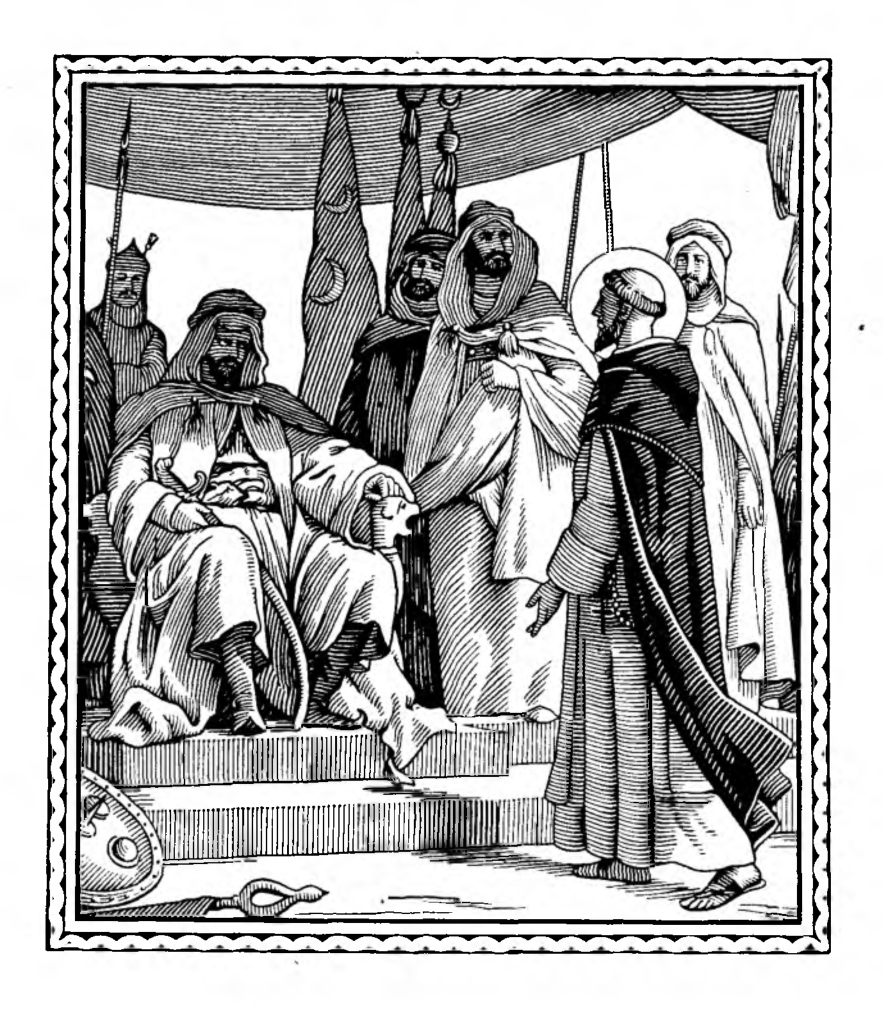
Antonio, según queda consignado, no estaba muy preparado para la misión de confesor de la fe. Con todo, el Señor le concedió un favor inestimable en medio de la confusión en que le había sumido aquella desventura. Apenas ingresó como cautivo del rey, tuvo la visita de fray Constancio, religioso jerónimo y antiguo cautivo también del rey de Túnez. Oyóle en confesión, le hizo fervorosas exhortaciones y le ofreció su amistad mientras duró su cautiverio.

Pero así y todo, las finezas del religioso afecto de fray Constancio no consiguieron hacer brotar en su alma mal dispuesta al sufrimiento, ni la santa alegría, ni siquiera la resignación cristiana. Aconteció, pues, que, pasados unos días de cautiverio, el impaciente recluso solicitó por escrito la libertad. El rey, a quien dirigió el mensaje, le permitió salir de la cárcel sólo bajo juramento. Tal condición le indigna, escribe al cónsul de Génova, protesta enérgicamente de su encarcelación y reclama a gritos la libertad; pero con tan poca ponderación y reserva lo hace, que el cónsul, en el primer momento, declara que no quiere saber nada de tal cautivo. Empero, gracias a la intervención del dominico fray Juan, capellán de los genoveses, vuelve en su primer movimiento y pide su libertad. Por fin, salió Antonio de la cárcel en el mes de octubre o noviembre de 1458, pero agriado y exasperado.

EL APÓSTATA

ANTONIO de Rívoli ejerció el apostolado sacerdotal por espacio de unos cinco meses en la iglesia de San Lorenzo, que servía de parroquia a los genoveses: celebraba, acudía al confesonario y dirigía la divina palabra al pueblo.

Así y todo —dice fray Constancio—, «sobrellevaba con poca conformidad las pequeñas privaciones de la vida de Túnez». Tal estado de ánimo era preludio inevitable de terrible crisis. Aquella vida religiosa, tan saturada de tibieza, iba por fin a parar en vergonzosa apostasía. Por aquel mismo tiempo en el Japón, donde la Iglesia agonizaba inundada por sangre de mártires, apostataba también el jesuíta padre Cristóbal Ferreira, a los se-



EL *Beato Antonio de Rívoli se presenta decidido ante el rey moro de Túnez en su mismo campo y declara con resolución que está arrepentido de su escandalosa apostasía. Le dice, además, que reniega de la religión de Mahoma y que está dispuesto a sufrir mil muertes por el nombre de Jesús.*

senta años de edad, en el terrible suplicio del hoyo, o porque la vejez hubiera debilitado su energía moral, o porque los veinticuatro años de penoso apostolado hubieran resfriado su fervor religioso.

Antonio no tenía la excusa del horror a los tormentos ni el temor de una muerte espantosa; pero reparó a lo menos satisfactoriamente su enorme culpa y al cabo murió mártir, como murió, por la divina misericordia el padre Ferreira, a la edad de ochenta años, remediando su flaqueza pasada con tres días de tormento del hoyo, que veinte años antes no pudo soportar cinco horas. No ha podido ponerse en claro cuál fuera el motivo postrero que trajo la defección de Antonio. Fray Constancio la atribuye a sugestión diabólica. Suriano, al demonio de la impureza. Pretende Ranzano que, irritado por el feliz éxito de su predicación, el enemigo del género humano sugirió a cierto sujeto que propalara contra Antonio las más atroces calumnias. Según parece, durante mucho tiempo soportó con heroica paciencia los hechos y dichos del calumniador; pero, desesperado a la larga de una persecución que no acababa y no hallando medio de justificarse de las acusaciones que propalaban, se enfureció, perdió la paciencia y dió al traste con todo.

Tal vez sea lo más sencillo y lógico suponer que, por efecto de pequeñas y reinteradas infidelidades, el infortunado fraile había preparado la mayor de todas: la apostasía. Lo cierto es que el 6 de abril de 1459, los cristianos de Túnez fueron testigos de un espectáculo lamentabilísimo. En presencia del monarca anatematizó la fe cristiana y se declaró discípulo de la religión del Profeta.

Alegría delirante produjo en los sarracenos ver al renegado aceptar la circuncisión conforme al rito musulmán, y fué para los cristianos de Túnez vergüenza y sonrojo indescriptible tal apostasía. Ya tenemos a Antonio convertido en perfecto musulmán. Por espacio de cuatro meses vivió entre los sarracenos, echándoselas de belicoso campeón de su nueva religión y de enemigo irreconciliable del cristianismo, al que denigraba a más y mejor.

Quiso saber Antonio los fundamentos en que se apoyaba la religión de Mahoma y el medio más adecuado de hacer su elogio. Por toda respuesta le entregaron el «Corán».

Púsose Antonio a estudiar con todo ardimiento «la doctrina de aquel impostor, plagada —en sentir de un historiador antiguo— de un sinnúmero de «descarriadas majaderías», con las cuales no dejó, sin embargo, de seducir a las dos terceras partes del mundo. Cierto que no todo el contenido es de su cosecha, sino de los que le sucedieron, conforme acaece con las cosas humanas». Al fervoroso discípulo de Mahoma nada mejor se le ocurrió para grabar en la memoria sus enseñanzas, que traducirlas al latín y al italiano.

EL CONVERTIDO

CON todo, no había abandonado el Señor a su indigno siervo. Desde el año 1446, el antiguo prior de fray Antonio de Rívoli, San Antonino, esclarecía con su santidad la sede arzobispal de Florencia. La profecía que hiciera a su novicio se había realizado totalmente. Moría el 2 de mayo de 1459 como mueren los santos, a los setenta años de edad y trece de su episcopado, y sus labios agonizantes musitaban aún estas palabras que tantas veces repitiera en vida: «Servir a Dios es reinar».

Mientras tanto, llegan a Túnez mercaderes procedentes de Italia y Antonio les pide noticias de su patria. Ellos le refieren la muerte santa del arzobispo y los milagros que brotaban de su sepulcro. Su relato impresiona vivamente al pobre renegado y le sugiere saludables reflexiones.

Pronto se adueñan de su alma los remordimientos, tras los cuales viene el arrepentimiento que salva. Refiérenos fray Constancio que a fuerza de leer Antonio la traducción del Corán acabó por darse cuenta de que no era otra cosa que una compilación de errores y falsas doctrinas, lucubraciones de un impostor de ingenio. Pero ciertamente habían influído más las oraciones de San Antonino para mover su corazón que el estudio para desengañar su espíritu. López afirma que el santo arzobispo se le apareció y le reprendió severamente por sus extravíos. Antonio estaba convertido.

Ganoso de lograr a todo trance aquel cielo en cuyos esplendores viera tal vez brillar a San Antonino, concibió el más vivo desprecio del paraíso sensual y voluptuoso que el Pofeta le prometía. Pero hacerse otra vez cristiano equivalía a ser condenado a muerte, según rezaba una ley del islamismo. No le pareció, sin embargo, excesivo castigo para expiar el crimen de su apostasía y resolvió afrontar cualquier género de muerte.

El futuro soldado de Cristo se dispone, pues, desde este instante, al último combate. Vase a encontrar al dominico Juan y con el más vivo dolor hace confesión general de su vida, recibe la absolución y la Sagrada Eucaristía, y sin tardanza emprende la vida de buen religioso y las observancias regulares, y distribuye sus bienes a los pobres.

El rey se hallaba entonces a 50.000 pasos de Túnez y, por lo tanto, aconsejaron a Antonio que aplazase hasta su regreso la abjuración de su error y la confesión de su fe cristiana ante el mismo que había sido testigo de su apostasía.

En los pocos meses que estuvo aguardando y para mejor asegurarse el valor que ha menester el mártir, Antonio sometió su cuerpo a una penitencia severa. Día y noche lloraba su crimen, confiando en el divino Pastor que siempre se halla dispuesto a recibir a la oveja extraviada.

EL MÁRTIR

ES domingo de Ramos, día 6 de abril de 1460, aniversario precisamente de la apostasía de Antonio. El rey ha vuelto a palacio la víspera y en la iglesia de los genoveses, donde a su vez predica fray Constancio, se halla congregada toda la cristiana grey. En ese momento comparece Antonio y, en sencillas palabras, sin retóricas ni circunloquios, deplora su error, abjura el islamismo y anima a los fieles a la práctica y a la fidelidad de la religión católica. Terminada la despedida, el dominico fray Juan ha investido al futuro mártir con el sayal monástico: la cabeza, el cerquillo del fraile y su semblante irradian jubilosa alegría.

Allá, en el campamento real, rodeado de toda la pompa oriental y en medio de los magnates de la corte, le aguarda el monarca musulmán. Antonio comparece ante el rey. Con voz clara y entonada, el renegado confiesa que es nuevamente cristiano, deplora sus extravíos, exalta el nombre de Jesucristo y declara que está pronto a padecer la muerte por su fe.

Al oír tan insólita declaración, el rey queda atónito de pronto; mas luego, con palabras llenas de mansedumbre, le invita a que vuelva de su acuerdo, pues de otro modo la existencia tan alegre y deliciosa que le ha procurado, terminaría necesariamente con muerte cruel. Hace cuanto puede por deslumbrarle con el cebo de la grandeza y el aliciente de la riqueza, diciéndole que todo será suyo si vuelve a ser nuevamente fiel discípulo del Profeta.

«Para nada necesito tus ofertas» — responde Antonio; y a su vez le exhorta a que se someta a Cristo él y toda su nación, si desea conseguir los tesoros celestiales y con ello colmar su gloria de monarca. El rey le escucha, unas veces lleno de estupor, otras bullendo de coraje y, al fin, ordena sea llevado al calabozo hasta que el jefe de la religión musulmana instruya el correspondiente proceso y decrete su justo castigo.

Es imposible describir el furor de sus guardias, las bofetadas, los puñetazos que llueven sobre la cabeza y el rostro del prisionero. Pero el mártir de Cristo lo sobrelleva todo con paciencia y fortaleza; sus labios no musitan más que alabanzas al divino Maestro mientras le llevan al calabozo.

Al día siguiente comparece ante el juez. Éste pone en juego toda suerte de medios para rendir su constancia: caricias, promesas, amenazas; pero todo en vano. Después de pintarle el cuadro de la muerte espantosa que le aguarda, le envía nuevamente a la cárcel.

Tres días le han dado para que lo medite y se han pasado ya. Antonio ha reflexionado y, sobre todo, ha orado en compañía de los cristianos que comparten con él el cautiverio. Está dispuesto a morir. El juez renueva

su interrogatorio y Antonio confiesa una vez más a Cristo en medio de millares de sarracenos. Entonces se decreta la sentencia: el mártir morirá lapidado.

Inmediatamente es arrastrada la víctima por los verdugos y llevada al lugar de las ejecuciones, fustigándole en el trayecto, según nos refiere Ranzano. Dos de ellos, que hablan correctamente el italiano, se colocan a su lado con orden de doblegar, si pueden, su voluntad y de aprovechar la menor señal de debilidad para que cese el suplicio y se proclame su retorno al islamismo. El mártir no les hace caso; cuanto más le atormentan, más férvida es su oración.

Muy próximo al lugar de la ejecución se halla el barrio de los cristianos. Al acercarse el cortejo, Antonio se despoja de su blanca túnica: «Guardad este hábito —dice a los verdugos—; si lo entregáis a los cristianos limpio de toda mancha, recibiréis en cambio buena recompensa». Prometieron hacerlo y más tarde cumplieron la palabra.

Llegados al lugar del suplicio, suplica Antonio a los verdugos que le concedan unos instantes para orar. Se le complace y, postrado en el suelo, con las manos en alto y mirando hacia Oriente, queda sumido en fervorosa meditación. Diríase que está en éxtasis. De entre la muchedumbre surge un clamor, un estremecimiento parece invadirla; verdugos y espectadores se lanzan sobre el mártir, que permanece de rodillas, y le golpean, quien con la espada, quien a pedradas; todos lanzan, además, furiosos aullidos.

Antonio, que no profiere un solo grito ni se mueve, resiste como clavado en el suelo. Pero la granizada de proyectiles arrecia y cae como desmoronado su ensangrentado cuerpo; el mártir queda inerte y muere expiando gloriosamente su lamentable vida pasada.

Amontonan leña a toda prisa..., la encienden y arrojan sobre ella la víctima. Las llamas la rodean por todas partes... y durante largo tiempo la dejan en esa imponente hoguera. ¡Oh prodigio! El cuerpo permanece intacto; ni un solo cabello se ha chamuscado. Los espectadores, y entre ellos fray Constancio, presencian el milagro. Luego, los verdugos sacan de la pira los santos despojos y los arrojan a una cloaca inmunda.

Días más tarde, los mercaderes genoveses lograron a precio de oro hacerse con las preciosas reliquias que, depositadas de momento en su iglesia, obraron incontinenti varios milagros. En 1469, Amadeo, tercer duque de Saboya, hizo trasladar a Rívoli tan preciado depósito. Pronto se tributó al santo mártir culto público, que fué aprobado por el papa Clemente XIII el 22 de febrero de 1767.

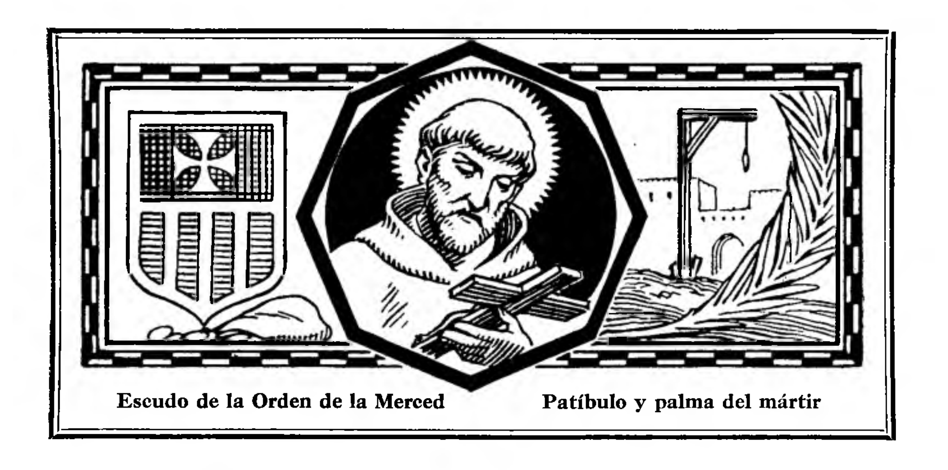
SANTORAL

Nuestra Señora del Buen Consejo (Véase el tomo de «Festividades del Año Litúrgico»); Santos *Cleto y Marcelino, papas y mártires; Ricario,* Lucidio, obispo de Verona, y Clarencio, de Viena de Francia, confesores; Basileo, obispo de Amasia, y Pedro, de Braga, mártires; Raimundo, natural de Medellín; Vital, mártir en Besanzón; Pascasio y Bertilón, abades, en Francia; Emmón, obispo de Sens; Peregrino y su padre Guillermo; Primitivo y Aurelio, mártires; Severino, obispo. **Beato Antonio de Rívoli, mártir.** Santas Exuperancia, virgen; Marciana, Felicia, Felicísima y Evasia, mártires en África; Alda, terciaria; Valentina, virgen y mártir.

SAN CLETO o ANACLETO, papa y mártir. — Anacleto era originario de Atenas y, habiendo pasado a Roma, fué convertido, bautizado y ordenado por San Pedro, que le nombró su coadjutor y vicario para las correrías y predicaciones por fuera de la ciudad de Roma, así como Lino lo era para el interior de la misma. Los latinos llamaron al primero Cleto, para abreviar el nombre, y de ahí el error en que cayeron los antiguos biógrafos al distinguir en estos dos nombres dos personajes. Lino y Cleto ocuparon sucesivamente la Silla de San Pedro después de la muerte de éste. En el pontificado de Cleto (o Anacleto) se desencadenó la segunda persecución contra los cristianos, decretada por el feroz Daciano, despechado porque no querían aquéllos reconocerle como a dios. El celoso Pastor supo acudir doquiera había espíritus que animar, corazones que alegrar, lágrimas que enjugar, pobres que socorrer, fieles que instruir. El 26 de abril del año 90 se consumó su martirio, por orden del tirano emperador.

SAN MARCELINO, papa y mártir. — Fué natural de Roma e hijo de un prefecto. Sucedió en el trono pontificio a San Cayo, que también había sellado la fe con su sangre. Durante este tiempo se desencadenó la décima persecución, la más terrible de todas, pues costó la vida a muchos millares de fieles; sólo en un mes se contaron más de dieciocho mil mártires, y en la Frigia fué arrasada una ciudad entera y quemados todos sus habitantes. También el Papa fué hecho prisionero y presentado ante los ídolos. Si bien desfalleció en un principio, al ver los intrumentos de tortura, luego se presentó animoso, arrepentido de su falta, para subsanar con el valor de ahora la debilidad de antes. Su cabeza rodó por el suelo, mientras su alma, envuelta en la clámide roja de la sangre de mártir, volaba al cielo a recibir la corona de la gloria.

SAN RICARIO, presbítero y confesor. — Nació en la población francesa de Ponthieu, de padres pobres, pero cristianos. ¡Ay!, que no aprovechó el don de la educación que le brindara el hogar paterno, y vivió entregado a una vida disipada y de placer. Dos misioneros irlandeses que habían ido al pueblo natal de nuestro joven, fueron despreciados y maltratados por los habitantes, quienes se habían negado a recibirles y darles hospitalidad. Ricario, compasivo, realizó con los misioneros una obra de caridad alojándolos en su casa, por lo cual Dios le tocó con gracia especial en pago de esta acción. Instruído Ricario por los dos monjes, se arrepintió de su mala vida, lloró sus pecados y se convirtió en celoso propagador del cristianismo. Recibió el orden sacerdotal y realizó maravillosas conversiones en todos los pueblos de aquella comarca. Por evitar los halagos del rey Dagoberto huyó a la soledad, en la que llevó vida de austera penitencia. Su glorioso tránsito tuvo lugar el día 26 de abril de 645.



Escudo de la Orden de la Merced — Patíbulo y palma del mártir

DÍA 27 DE ABRIL

SAN PEDRO ARMENGOL

MERCEDARIO Y MÁRTIR (1238? - 1304)

RECORRÍA los caminos polvorientos de Aragón y Cataluña con la alforja al hombro, mendigando una limosna para el rescate de los pobres cautivos que se hallaban en las mazmorras de África, y con encendida palabra predicaba la Redención por donde pasaba. Era el heraldo redentor que vivía ahora el ideal sublime de la caridad mercedaria. Cuando ensalzaba la sublimidad del cuarto voto de la Merced, cuando hablaba de los tormentos y vejaciones de los pobres cautivos, su rostro se encendía como una brasa, iluminado por los reverberos de su gran corazón, y todo su ser quedaba transformado. Las gentes, arrastradas por la fuerza irresistible de sus ejemplos, le seguían a todas partes y le veneraban como a fiel amigo de Dios; pero antes había escandalizado con sus crímenes, y se había refugiado en las madrigueras de las fieras, acosado por la justicia.

Llamábase Pedro Armengol, de noble abolengo catalán. Había visto la luz en la primera mitad del siglo XIII, junto a las playas tarraconenses. Su padre se llamaba Arnaldo, de noble estirpe; su madre era también de familia noble. Meciόse su noble cuna en La Guardia de los Prados, donde nació, cerca de Montblanch. Era descendiente de los condes de Urgel, que usaron el nombre de Armengol hasta la Condesa de Aureubiaix.

Hallábase un día en la casa solariega el santo mercedario fray Bernardo de Corbera, cuando, tomando entre sus brazos al tierno infante, dijo de él estas proféticas palabras: «A este niño un patíbulo le hará santo». Y así sucedió; pues, pasados los años, fué ahorcado por los musulmanes cuando cumplía el voto de redimir cautivos. Su piadosa madre, entre caricias y besos, le iba enseñando el temor de Dios, y la devoción a la Virgen María arraigó profundamente en el tierno corazón del niño. Fué como el áncora de salvación, a la cual había de asirse fuertemente para salir más tarde del proceloso mar de sus desatadas pasiones. Ella le llevó a puerto seguro. Todavía no sabía hablar y ya repetía a todos, sonriente, el Avemaría. ¡Cuánto hace en el porvenir del hombre la buena educación de su niñez! De aquí la trascendental importancia que tiene una madre piadosa y santa en el hogar.

MUERTE DE SU MADRE

TODAVÍA en la lactancia, la muerte vino a llamar a su buena madre. Triste quedó Arnaldo al perder a su buena esposa, ejemplo de madres cristianas, y desde entonces reconcentró todo el cariño en su hijo Pedro, recuerdo vivo de la difunta, heredero de su patrimonio y, más que todo, el futuro vástago de su nobleza.

Crecía el niño en edad y su devoción era más manifiesta cada día, no descuidando ninguna de sus prácticas de piedad. Con todo se veían ya en él ansias de dominio y un amor propio muy marcado. Siendo Arnaldo una de las personas más nobles e influyentes del reino, el rey le reclamó para su servicio. Ocupado en la Corte, hubo de pensar en la educación de su hijo, y le encomendó, en Cervera, a un preceptor de su confianza. Pedro aprovechó mucho en poco tiempo, pues era muy inteligente, y pronto aprendió a leer y escribir; pasó luego a la lengua latina, y con esto terminó sus estudios.

LA AVENTURA DE UN DÍA DE CAZA

A la niñez tranquila del Santo siguió la juventud borrascosa y arrebatada. Pronto empezó a declinar su devoción y a perder su angelical candor y la inocencia de su alma con el trato y amistad de malos compañeros; aficionóse a ellos, adiestróse en el manejo de las armas... Los Los demás aplaudían su destreza y habilidad en tales ejercicios. Ufano con estos halagos, malbarataba su rico patrimonio en banquetes y orgías. Apagábase en su corazón el rescoldo de la piedad de sus primeros años; los amigos le empujaban cada vez más al despeñadero, y Pedro corría a un funesto tér-

mino, riendo y ahogando recuerdos de mejores tiempos. Atrevido y audaz buscó empresas más temerarias y, ayudado por sus compañeros de vicio, era el escándalo y el terror de la ciudad. Hacía gala de su mal ejemplo, y aun había quien excusaba sus fechorías como aventuras propias de su edad.

Alarmado el padre al enterarse de tan perversa conducta, voló a su lado con la intención de apartarle del borde del abismo; le halló tan trocado por sus locas aventuras, que le reconvino seriamente para que volviese a una vida más ordenada y más conforme con su educación y la nobleza de su cuna. Prometió el hijo la enmienda, despidió a sus malos compañeros, moderó sus excesos y cesaron sus desafíos y ruidosas aventuras. Pero aquel natural suyo, brioso y pendenciero, sin el dique de una piedad sólida no podía ser contenido fácilmente con solo unas palabras enérgicas dichas por su padre. Temiendo que se desbordasen aquellas tremendas pasiones, concediótle permiso para que en la caza ejercitase sus bríos, evitando así males reales. Entregóse Pedro a esta diversión con apasionamiento.

No tardó mucho en llegar una ocasión favorable para que estallara aquel temperamento arrebatado y pendenciero. Cuando con más vehemencia perseguía Pedro Armengol a un jabalí malherido por un dardo que él le lanzara, otro grupo de cazadores divisó al animal y emprendió su persecución. Clavó nuevamente Pedro el hierro en el cuerpo de la fiera y se desplomó ensangrentada; seguidamente la remató y se dispuso a llevársela como presa y despojo de su esfuerzo. El jefe de la otra cuadrilla llegó en aquel preciso momento reclamando sus derechos airadamente. Pedro atajó violentamente las razones de su contrincante echando mano a la espada. El adversario hizo otro tanto y ambos llegaron a las manos. Los demás cazadores los separaron a viva fuerza, e interrumpióse la caza. Pedro se marchó llevando en el alma un odio feroz y jurando vengarse de su contrincante.

CAPITÁN DE BANDIDOS. — LA HORA DE DIOS

YA no se da punto de reposo; se lanza por el camino del crimen, impetuoso y ciego; en su pecho hierven todas las pasiones mal reprimidas. Multiplica excesos, traza planes diabólicos, y los lleva a cabo junto con otra turba de facinerosos. La voz pública los señaló, la justicia les siguió los pasos, y entonces huyeron a las escabrosidades de la montaña pirenaica. Allí meditarían nuevos robos y asesinatos.

Dolido Arnaldo al ver pisoteada su nobleza por la criminal conducta de su hijo, resolvió alejarse de Cervera para mitigar algún tanto el acerbo dolor que le causaba.

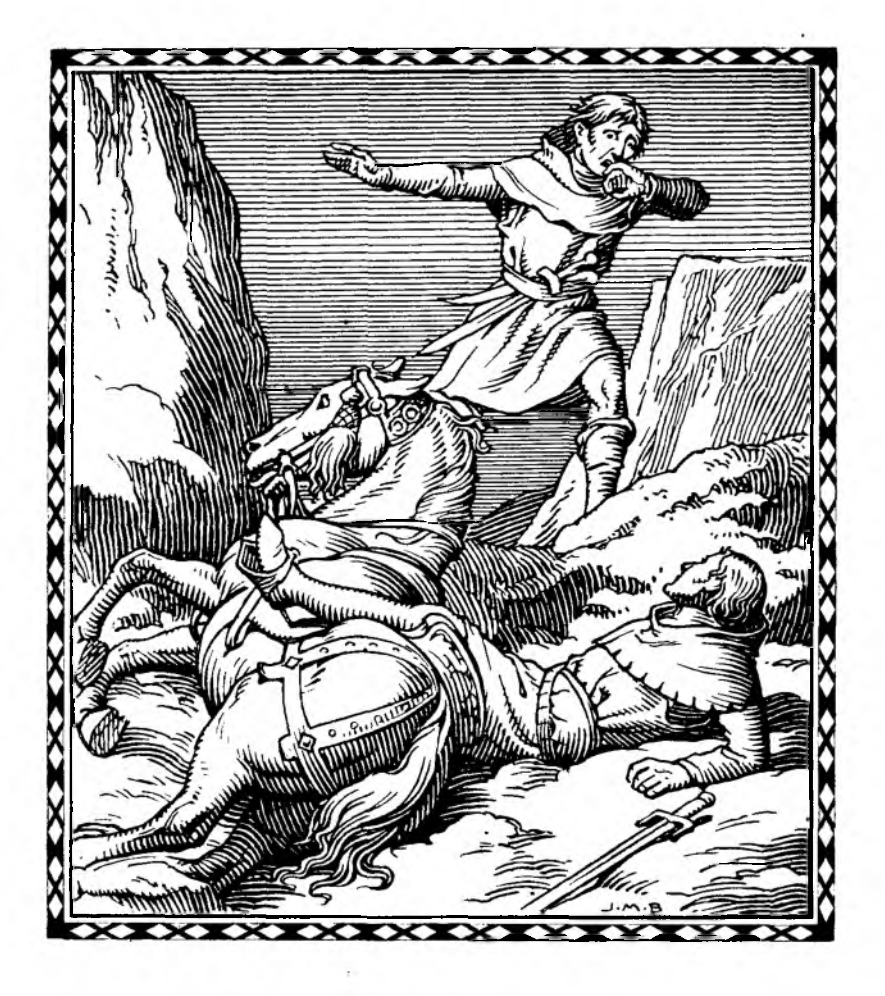
Corría el año de 1258. Jaime I el Conquistador había arrancado hacía

poco del poder de los moros a la ciudad de Valencia. Arnaldo fué a esta ciudad y se agregó a la Corte del rey, que le tenía en grande estima. Pero al poco tiempo tuvo el monarca necesidad de trasladarse a Montpeller, para tener una entrevista con el rey de Francia. Para llegar allí había que atravesar la montaña donde merodeaban cuadrillas de bandidos, y el rey, como le acompañaba la Corte y gente pacífica, quiso asegurar el camino; en consecuencia, ordenó a dos compañías de infantes y a algunos de a caballo que dieran una batida para limpiar de bandidos la peligrosa montaña. Puso al frente de esta gente armada al noble Arnaldo, quien aceptó de buen grado por el deseo que tenía de topar con su hijo: se le ofrecía una favorabilísima ocasión para lavar su honra y sacar a Pedro de aquella vida infame. Todo lo dispuso para dar cumplimiento a las órdenes del rey: a los lugares que creía más peligrosos mandó de antemano a algunos soldados dispersos para que tantearan el terreno. No tardaron en volver a él con la noticia de que no lejos de allí había una partida de bandoleros. Los soldados arremetieron contra ellos y dejaron a unos muertos, a otros heridos y a bastantes, presos.

Arnaldo dió vuelta al monte para enfrentarse con el capitán, al cual vieron a través de la espesura cuando trepaba por la ladera. El caballero se apresuró a cortar la retirada al criminal, el cual lanzóse contra aquél y hundió su espada en el costado del caballo. Desarzonado el caballero, rodó al suelo y lanzó un grito desgarrador: acababa de reconocer a su propio hijo en el agresor. Aquel grito conmovió súbitamente el corazón del hijo rebelde, el cual, como herido de un rayo, cae a los pies del padre, a quien reconoce y demanda mil perdones. El dolor, la piedad, la gracia, que como un rayo de luz penetró en el corazón del capitán de bandidos, transfórmalo en perpetuo caballero de Cristo.

TREMENDA PRUEBA. — MERCEDARIO

FÁCIL fué a su padre alcanzar el perdón del rey, y más tratándose de un caballero tan principal como él. Entretanto se libraba en el interior del mozo una furiosa tempestad. Supo en estos momentos decisivos fijar sus miradas suplicantes en la Estrella de los Mares, buscando orientación para su alma; reavivó en su corazón la llama de su devoción a María, y así encontró camino fácil para llegar a Dios. Retiróse a Barcelona; a los pies de la Redentora de Cautivos lloró amargamente sus pecados y le rogó se apiadase de él en tan tremenda crisis del espíritu. Agitábase en su interior, como mar alborotado, el pensamiento del pasado, y el demonio hacíale ver que no había para él salvación posible. Días tristes; noches negras las de Pedro Armengol, con aquellas congojas del alma; al mismo



DESARZONADO *el caballero rueda al suelo y da un grito desgarrador. Ha visto que el agresor es su propio hijo. Al oír éste que el vencido es su padre, enternecido le dice con lágrimas: «¡Dadme vuestro perdón, pues desde este momento seré ejemplar, piadoso y penitente!»*

tiempo, su corazón de fuego y su carácter indómito se querían sublevar ante las imposiciones del espíritu a una vida ordenada y santa. Turbado, inquieto y desalentado andaba por la encrucijada de su vida, cuando acertó a entrar en la Merced en el preciso momento en que predicaba el santo Fray Bernardo de Corbera —el mismo que había profetizado su santidad— y exhortaba a penitencia a los pecadores empedernidos, inculcándoles con poderosas razones el santo temor de Dios. Aquellas palabras fueron para el atormentado corazón de Pedro como el arco iris de paz y de ventura después de una desatada tempestad. Salió del templo trocado en su interior, con una paz tan grande en el alma y unos deseos tan vivos de ser todo de Dios, que se dispuso a hacer una dolorosa confesión de toda su vida. Hízola, en efecto, con tales muestras de arrepentimiento, que fué como el punto de partida de su entrega total al servicio de Dios.

Acudía con frecuencia a desahogar los sentimientos de su alma agradecida ante la Reina de la Merced, y allí sintió claramente cómo Ella le llamaba a su religión de redentores. No dudó de que le hacía una gracia singular, y sin dilación fué al Maestro General de la Merced para manifestarle sus deseos.

Apenas se vió Pedro con la blanca vestidura de la Virgen Inmaculada emprendió el camino de la santidad con grandes bríos. Mucho adelantó en poco tiempo, y pronto fué propuesto como modelo perfecto aún a los más aventajados en la vida religiosa.

Compenetróse Pedro Armengol tan de veras con el ideal mercedario, que todas sus ansias eran cruzar los mares en busca de cautivos que redimir. Pedía constantemente al Señor que le hiciera la gracia de proporcionar este consuelo a aquellos infelices. Estas divinas impaciencias agitaban su alma, llenaban su imaginación y eran el tema ordinario de sus conversaciones. El ejemplo de otros redentores acuciaba sus deseos de que llegara pronto el gran día de ser nombrado redentor. Tales eran sus fervores y tal su vida ejemplar en el claustro, que se pensó en él para la primera redención que se presentara. A ésta siguieron otras tres. En total rescató en ellas el considerable número de 1.114 cautivos. La primera redención la efectuó en Murcia, juntamente con fray Guillén de Bas, después de muchas dificultades y penalidades. La segunda fué la que hizo en Granada, el año 1262, juntamente con fray Bernardo de San Román, Maestro General.

En la redención enviada a Argel habíanle nombrado jefe de una gloriosa expedición de Padres redentores. Quince fueron los señalados; en un pequeño barco hicieron la travesía y arribaron felizmente al puerto de Argel. Ante la diligencia y santa audacia de los mercedarios todos los obstáculos se removieron, y se allanó el camino que en principio se presentaba empinado y difícil. Diéronse prisa y rescataron el mayor número posible; mas eran muchos los escogidos y no llegaba la limosna para todos. Entonces exhortó a

los religiosos a que se quedaran con él en rehenes. Después señaló a uno de ellos para que acompañara a los rescatados a sus hogares. Quedáronse con él catorce compañeros sufriendo los trabajos del cautiverio, mientras en España se allegaba el dinero suficiente para su rescate.

Compartían las penas y dolores de los míseros cautivos e infundían en sus almas la dulce esperanza de su próxima liberación. También predicaban a los moros las verdades de nuestra fe; pero los ejemplos movíanlos más que las palabras. El rey moro Almohacén Mahomet, habiendo oído grandes elogios de los mercedarios, sobre todo de Armengol, quiso conocer a nuestro Santo; le trató de cerca, escuchóle atentamente, la luz esplendorosa de la fe penetró en su entenebrecido entendimiento, y su corazón se conmovió ante el ejemplo vivo de su heroica caridad. El moro no quiso tan sólo hacerse cristiano, sino que pasó a España y pidió ingresar en la Merced. Admitiósele en la Orden, y cambió el nombre de Almohacén Mahomet en el de fray Pedro de Santa María. Después de vivir santamente descansó en el Señor con gran edificación de todos.

Entretanto, el mercedario que había acompañado a los rescatados se daba prisa en España para allegar recursos; en poco tiempo recogió abundantes limosnas y tornó a Argel. Rescataron a 527 más y, alegres, volvieron a España redentores y redimidos, dando gracias a la dulce Madre Redentora.

ÚLTIMA REDENCIÓN DEL SANTO. — LA HORCA

Se verificó el año 1266, en Bugía, ciudad costanera cercana a Argel. Tan pronto como desembarcaron comenzaron a negociar la libertad de 119 cautivos. Y ya estaban con los preparativos del embarque, cuando llegó a ellos la noticia de que otros 18 se hallaban a punto de apostatar. Los redentores vuelan presurosos a ellos para sacarlos del peligroso trance. Pedro propone a los moros quedarse él en rehenes en lugar de aquellos jóvenes, y además les promete mil escudos, que fray Guillermo traerá de España para una fecha determinada. Como accedieran los mahometanos, los muchachos se unieron a los otros redimidos con gran contento de sus almas. Nuestro Pedro Armengol sufría con admirable paciencia los trabajos y molestias de su prisión y era para todos ángel de paz y consuelo.

Los días pasaban; acercábase ya el final del plazo que Armengol señalara para el rescate prometido, y fray Guillermo no volvía. Los moros, al ver que el Santo no cumplía su promesa, pues el tiempo fijado ya había pasado, le hicieron más duro el cautiverio y, no contentos con esto, le azotaron cruelmente en repetidas ocasiones; mas todo sufríalo él con grande alegría de su alma. Exasperados por aquella pasmosa serenidad de espíritu, sácanle del calabozo y deciden darle muerte. Pero antes le lleva-

ron a presencia del rey y le acusaron de engañador y falso en sus promesas; además le hicieron ver cuán peligrosamente atacaba a su secta, y cómo hacía prosélitos entre ellos para la religión cristiana. Volviéronle a la prisión y, multiplicando las torturas en su cuerpo, lo dejaron cubierto de llagas. Tuviéronlo abandonado varios días, sin darle siquiera un poco de alimento; pero el Señor le sostuvo milagrosamente. Volvieron los moros al rey, y recabaron la apetecida sentencia. El Santo ya lo sabía, pues la misma Virgen Santísima le hizo sabedor de ello. La mazmorra no era ya para él sino la antesala del cielo. La triste noticia había penetrado ya en todas las mazmorras, y los cautivos lloraban con amargo desconsuelo la pérdida de tal padre. Los verdugos le sacaron de la cárcel y, medio arrastras, lo llevaron al suplicio entre escarnios y befas.

Al llegar a la horca, arrodillóse, hizo oración y, volviéndose a los infieles, les predicó la fe de Cristo; esto los encendió más en ira y, llegándose a él, le abofetearon cruelmente hasta hacerle brotar sangre del rostro. Le echaron un dogal a la garganta y, levantándole del suelo, entre la gritería confusa de los moros y el amargo llanto de los cautivos, le colgaron de la horca. Cuando le creyeron muerto, retiróse la multitud: los infieles, gozosos por haber satisfecho su venganza; los cristianos, llorosos. Cumplíase ahora la profecía de fray Bernardo de Corbera: «A este niño un patíbulo le hará santo».

Llegó fray Guillermo después de transcurridos ocho días del martirio, pues le fué imposible volver antes. Al enterarse de lo sucedido, fuése al rey moro para solicitar el permiso de retirar el cadáver, pues había pena de muerte para quien intentara hacerlo sin autorización. Concedido el permiso, encaminóse al lugar del suplicio; allí encontró el cuerpo del Santo pendiente de la horca, pero no exhalaba hedor, sino que despedía suavísima fragancia. Maravillóse de ello fray Guillermo y, acercándose, notó que el Santo movía los labios, como si hablara con personas invisibles. Seguidamente levantó la voz y le dijo: «Acércate, hermano, y no llores, porque estoy vivo por el favor de la Virgen Santísima, quien por ocho días me ha sostenido y confortado». Llegóse a él fray Guillermo, transportado de inefable gozo, y, ayudado de los cautivos, descolgóle de la horca. Ambos se abrazaron con lágrimas de alegría y dieron gracias a Dios por aquel favor tan señalado.

EL RETORNO A BARCELONA.—ÚLTIMOS AÑOS Y SANTA MUERTE

PRONTO se supo en la ciudad la maravilla. Ingente multitud de moros y cautivos acudieron a verle y no se cansaban de contemplar al Santo. Muchos, para cerciorarse más, lo tocaban. Los moros, al verle, reclamaron aquellos mil escudos; pero fray Guillermo se negó a pagarlos. Intervino el rey y declaró injusta la demanda.

Al salir de la ciudad y encaminarse al puerto, volvió Pedro Armengol sus ojos, y dijo en tono profético: «Por esta misma puerta, ciudad infiel, entrarán a dominarte los cristianos y pagarás entonces tus crueldades y tu infidelidad». Esta profecía tuvo cumplimiento en 1510, cuando Pedro Navarro, por orden de Fernando el Católico, conquistó la ciudad.

Los dos mercedarios se hicieron a la mar con aquel puñado de cristianos redimidos, y tuvieron una feliz travesía. Barcelona entera estaba en el puerto para contemplar al mártir glorioso. Las gentes se agolpaban para verle, y su nombre fué repetido por la multitud enfervorizada. El Señor quiso dejar en él una huella ostensible del martirio, pues, mientras vivió, conservó el color cadavérico y el cuello torcido.

Después de esto vivió nuestro Santo unos dos años en el convento de Barcelona. Su vida era más del cielo que de la tierra. Muy pocas veces salía del convento y, cuando lo hacía, la multitud se aglomeraba a su paso para contemplarle y besar sus hábitos. Los últimos años pasólos en la soledad y recogimiento, edificando a todos por sus grandes y amables virtudes, en el convento de Santa María de los Prados que los mercedarios establecieron en el lugar del nacimiento de nuestro Santo. Finalmente, le sobrevino una grave enfermedad que le postró en el lecho. Conociendo que se le acercaba la muerte, pidió el Sagrado Viático; lo recibió con gran ternura de su alma y luego pidió a sus hermanos, con grandísima humildad, que rogaran por él. La comunidad de Montblanch acudió a presenciar la muerte de un santo. Entre oraciones, y mientras con tono solemne y triunfal ambas comunidades cantaban el Símbolo de la Fe, durmióse plácidamente en el Señor el 27 de abril de 1304. Luego que murió, de todas partes llegó multitud de gentes a venerar su cadáver. Siete enfermos quedaron repentinamente curados al contacto de los sagrados restos.

Buen modelo es nuestro Santo para la sociedad moderna, enfermiza y afeminada por los vicios y pecados.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT, PATRONA DE CATALUÑA. (Véase el tomo: «Festividades del Año Litúrgico»); Santos *Pedro Canisio, confesor y doctor;* **Pedro Armengol, mercedario;** *Anastasio I, papa;* Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima; *Antimo, obispo y mártir; Antonino, presbítero y mártir;* Cástor y Esteban, mártires en Tarso de Cilicia; Tertuliano y Teófilo, obispos de Bolonia y de Brescia, respectivamente; Juan, abad; Alpiniano y Antonio, presbíteros y confesores, Santa *Zita, virgen,* venerada en Luca; Germelina, Letísima y Germana, mártires en Bitinia.

SAN PEDRO CANISIO, confesor y doctor. — Fué uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola, de cuya Compañía es una de las glorias más brillantes. Nació en Nimega (Holanda), en 1521. Fué hombre de talento singular, que le mereció fama y estima universal. Puso su saber al servicio de la Causa católica luchando denodadamente contra la Reforma protestante en los Países Bajos y en Alemania. En 1548 ingresó en la Compañía de Jesús. En 1557, siendo Superior Provincial de Alemania del Norte, tomó parte en la conferencia de Worms; en 1559 asistió a la dieta de Augsburgo, y brilló como docto en el Concilio de Trento, en el que participó en 1547 y 1562. Publicó un «Catecismo» que durante tres siglos ha sido apreciado como obra notable de apología. Por ella ha sido llamado su autor el «Doctor Catequista». Después de una vida activa, austera, ejemplar y apostólica, Pedro Canisio entregó su espíritu al Señor en Friburgo de Suiza el año 1597. Por su vida apostólica ha sido considerado como el segundo apóstol de Alemania.

SAN ANASTASIO I, papa. — La fama de santidad de que gozaba hizo fuera elegido para el pontificado, y gobernó la Iglesia por espacio de tres años. Vivió pobre y humildemente, al solícito cuidado de la grey confiada a sus desvelos. Dictó varias órdenes y disposiciones acerca de los aspirantes al sacerdocio, entre los cuales habían pretendido infiltrarse los herejes maniqueos con fines de perdición. Después de haber edificado a la cristiandad con su santa vida, pasó de este destierro a la eterna bienaventuranza el 27 de abril del año 401. Poco después de su muerte envió Dios a los godos contra los romanos, en castigo de su perversión.

SANTOS ANTIMO Y ANTONINO, mártires. — Antimo era obispo de Nicomedia, y Antonino, su presbítero. Al principio del año 303 fué descubierta una conspiración contra Diocleciano, y se culpó de ella a los cristianos. Creía el emperador que éstos eran los causantes del incumplimiento de los oráculos, y por esta razón decretó la décima y más cruel de las persecuciones contra la Iglesia de Cristo. Para cumplir las órdenes del emperador, mandó Galerio prender al obispo Antimo, a quien privó de todo alimento y comunicación mientras no ofreciese sacrificios a los ídolos. El santo prelado se mantuvo firme en su fe, por la cual derramó la sangre con el martirio, que consumó al ser decapitado, en compañía del presbítero Antonino. Así consiguieron ambos la corona del cielo, el 27 de abril de 303.

SANTA ZITA, virgen. — Era hija de unos sencillos pero virtuosos labradores de los alrededores de Luca; estaba poseída de un gran temor de Dios, y vivía humilde, modesta y piadosa, causando la admiración de cuantos la veían y trataban. Entró al servicio de un señor principal de Luca, que la ocupaba en servicios bajos y despreciables, de los que no se desdeñaba Zita, antes al contrario, pues los consideraba como expresión de la voluntad de Dios sobre ella. Los ratos que le quedaban libres, después de cumplir perfectamente con su obligación doméstica, los empleaba en rezar y meditar; a esta noble y santa ocupación dedicaba las primeras horas de la mañana, para lo cual se levantaba muy temprano. A causa de su virtud, tuvo que soportar los desprecios de sus amos, las burlas de sus compañeras y el abandono de sus mismos parientes. Pero Dios permitió que su santidad se hiciera patente al fin, con lo que se atrajo nuevamente la estima de todos. Predijo el día y la hora de su muerte, ocurrida el 27 de abril del año 1272. En su sepulcro se han obrado muchos milagros, y las muchachas de servicio la honran como a su Patrona.



Escudo de las revelaciones — Medalla del papa Benedicto XIII

DÍA 28 DE ABRIL

SAN PABLO DE LA CRUZ

FUNDADOR DE LOS PASIONISTAS (1694 - 1775)

ALMA prendada del amor a la soledad; ávida de humillaciones y de pobreza; insaciable de austeridades, aunque purísima e inocente; corazón consumido por la llama del amor a Jesús crucificado; infatigable predicador de la Cruz; gran taumaturgo y director de conciencias; maestro en la senda de la vida mística, que recorrió hasta los últimos confines, y fundador de dos Órdenes religiosas consagradas a la contemplación y al apostolado de la Pasión de Cristo: tal es San Pablo de la Cruz, que hubo de vivir en el veleidoso y escéptico siglo XVIII. ¡Qué contraste entre la figura de este Santo y la de su tiempo!

Pablo Francisco Danei, el futuro Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, nació el 3 de enero de 1694, en Ovada, pueblecito italiano que pertenecía a la sazón a la República de Génova. En el instante de su aparición en el mundo, una misteriosa y deslumbrante claridad inundó el aposento cual presagio del elevado destino que aguardaba al tierno infante.

Su padre, Lucas Danei, hombre de arraigada fe práctica, descendía de noble familia piamontesa, venida a menos por reveses de fortuna. Un modesto comercio que explotaba le permitió atender a las necesidades de la

numerosa prole —dieciséis hijos— con que había de premiarle la Providencia. Pablo Francisco era el primogénito.

Su madre tomó a pechos la formación cristiana de este hijo predestinado. Desde muy temprano le inculcó el amor a la oración y al sacrificio, contándole la vida de los anacoretas y, sobre todo, los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Para acostumbrarle a no llorar ni quejarse de penas y sufrimientos, ponía en sus manecitas el crucifijo y le hablaba de la Pasión de Nuestro Señor. Devotísimo de la Santísima Virgen, gozaba el niño levantando altarcitos a la Madona. Gustaba sumamente de predicar a sus hermanos y hermanas acerca de la Pasión de Jesús, cuyo pensamiento no se le borraba jamás de la imaginación. Pusiéronle sus padres bajo la dirección y cuidado de un religioso carmelita de Cremolino; allí cursó durante cinco años, con gran aprovechamiento, las primeras letras: Pablo era de inteligencia clara, de imaginación brillante y recia voluntad. A fines del año 1709, el adolescente volvió a vivir con sus padres en Castellazo, al sur de Alejandría, en el Piamonte, donde habían fijado su residencia.

PIEDAD Y AUSTERIDADES DE UN JOVEN MERCADER

Ya en medio de los suyos, Pablo fué el socio activo e inteligente de su padre en el comercio que éste ejercía. Llegado a la edad de las pasiones y en el trato con el siglo, conservó su inocencia bautismal fortalecido y guardado por la comunión frecuente, la devoción a la Pasión de Cristo y la práctica constante de la mortificación. «En mis años mozos —decía más tarde— me dió el Señor hambre y sed de dos cosas: del pan eucarístico y de sufrir padecimientos y trabajos». Púsose por aquel entonces bajo la dirección espiritual del señor cura párroco, quien muy pronto vió en él señales de vocación sacerdotal, pero nuestro joven se tuvo siempre por muy indigno de subir al santo altar.

La divina Providencia le preparaba a la misión que todavía no discernía claramente, purificando más y más su alma de todo apego a lo terreno y caduco. Cierto día, al acabar de oír un sermón, vió con luz divina en los repliegues de su alma imperfecciones y defectos en los que nunca había reparado. Sin demora se dispuso Pablo a hacer confesión general lo más perfecta posible y, a partir de aquella fecha, que él señala como la de su conversión, castiga a su cuerpo con verdadera tenacidad: frecuentemente duerme en el desván, sobre unas tablas, con la cabeza reclinada en unos ladrillos; levántase a media noche para meditar la Pasión y flagelarse con recias correas; ayuna a pan y agua los viernes y mezcla su bebida con hiel y vinagre.

ESTUDIA SU VOCACIÓN DE APÓSTOL

PABLO ha cumplido veinte años y siente sed abrasadora de inmolarse por Cristo. Le parece que Dios le llama a luchar contra los enemigos del nombre cristiano y ¡quién sabe si también a derramar su sangre por la fe! ¡Oh, qué bella vocación! Anhelante tras ideal tan hermoso, se alista en 1715 en las tropas venecianas que han de partir al encuentro de los musulmanes.

Al año siguiente, en una iglesia de Lombardía dióle a entender el Señor que le quería en la milicia de los apóstoles del Evangelio; por lo cual nuestro soldado obtuvo licencia y regresó a su patria. Toda la familia, y más que nadie un tío suyo, le proponen un matrimonio sumamente ventajoso en todos los aspectos; pero a las instancias apremiantes y tenaces de los suyos responde con admirable calma que no es tal la voluntad de Dios. Jesús, su único Bien, le basta; y, al par que sigue ayudando a su padre, se da de lleno al apostolado. Prodiga a los pobres y enfermos los auxilios de la caridad y de la bondad más fina y delicada; organiza una asociación de jóvenes que sienten como él atractivo a la soledad y a la oración, los alista en obras de misericordia corporal y orienta a muchos de ellos hacia el convento. Elegido prior de la cofradía local, hace a los cofrades cada domingo una exhortación tan sentida como eficaz. El señor premia su celo otorgándole el don de leer en lo más íntimo de las conciencias, y de ello se vale para convertir a los jóvenes libertinos que escandalizan a la población.

De cuando en cuando pide ayuda al cielo para conocer su vocación, y recibe favores extraordinarios. Pablo tiene ahora otro director espiritual; es el capuchino Padre Columbano, a quien comunica su persistente inclinación a la soledad, su gran deseo de ir descalzo, la inspiración perseverante de congregar compañeros y la resolución de abandonar el hogar paterno, aunque su permanencia en él parece indispensable. En visiones sucesivas el Señor le da a entender con claridad que le aguardan muchas penalidades. Varias veces le muestra Jesús una túnica negra y le dice: «Hijo mío, el que a mí se aproxima, a las espinas se acerca». Y poco a poco se va declarando y precisando más el divino beneplácito.

Por entonces se vió Pablo privado de su experimentado director, lo que fué para su alma una pérdida muy sensible. Acude entonces al canónigo penitenciario de la catedral de Alejandría, don Policarpo Cerruti, varón de gran ilustración, que acepta gustoso dirigir su conciencia y que conduce a su penitente por la senda segura de la humildad y las humillaciones. Convencido al fin de la especial vocación del joven, le pone en relación con el obispo de Alejandría (Piamonte).

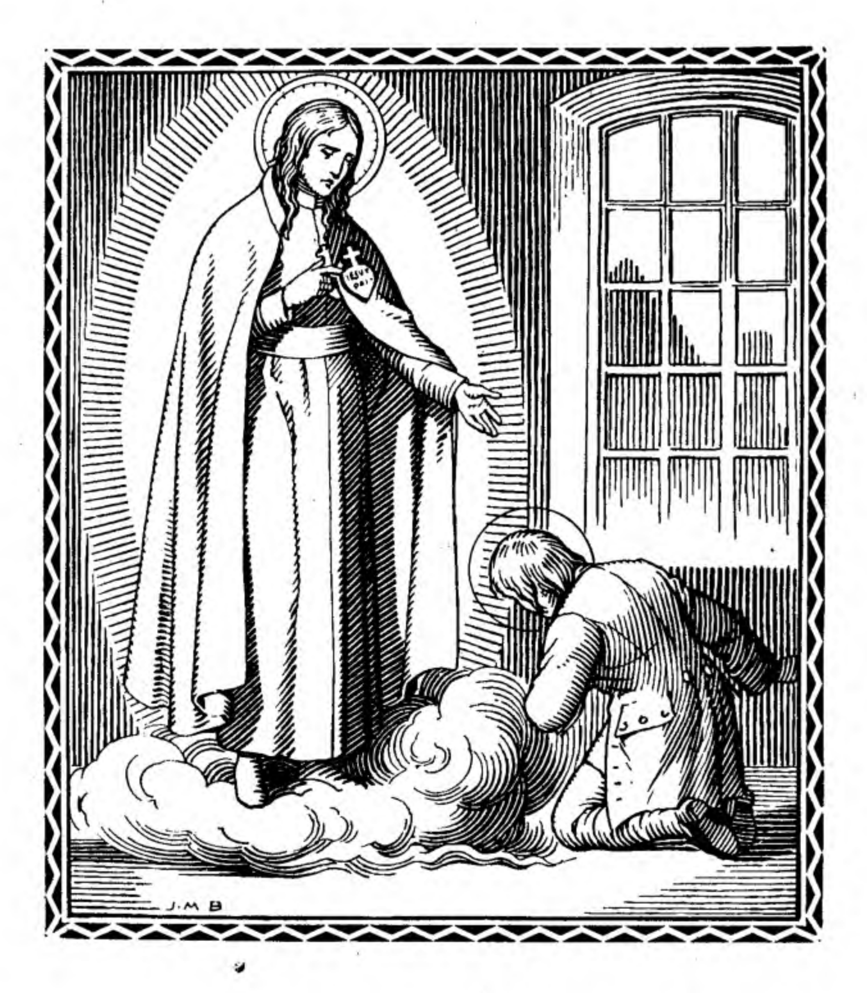
HÁBITO DE LUTO POR LA MUERTE DEL SALVADOR

DICHO prelado, tan piadoso como docto, examinó detenidamente a Pablo y le ordenó que le pusiera por escrito las intimidades con que el Señor le había favorecido. En él manifestó Pablo cómo, en el verano de 1720, en un éxtasis que tuvo después de la comunión, se vió vestido de una túnica negra, provista de una cruz blanca en el pecho y, bajo la cruz, el monograma del santísimo nombre de Jesús, escrito también con letras blancas. Sintió cómo Dios le infundía el deseo de fundar una nueva Congregación, cuyos miembros se llamasen *Los pobres de Cristo*. Otro día, la Virgen Santísima —que ya se le había aparecido repetidas veces llevando en la mano la túnica negra señalada con estas palabras: *Jesu XPI Passio:* Pasión de Cristo—, se le mostró vestida con esa misma túnica. A la altura del pecho veíase un corazón con una cruz blanca encima y en el centro la inscripción de la Pasión y los clavos. La Virgen guardaba luto por la dolorosa Pasión de su Hijo. «Así debes tú vestir, hijo mío, y debes, además, fundar una Congregación que lleve hábito como éste y luto continuo por los padecimientos y muerte de mi Hijo».

Pablo sabía ya a qué atenerse a su vocación. Después de consultar por escrito al padre Columbano, el prelado se decidió a dar a su hijo espiritual el hábito de la Pasión. Verificóse la ceremonia el viernes 22 de noviembre de 1720, por la tarde. Nada había omitido el demonio para detener al joven atleta de la Cruz: tristezas, repugnancias, desaliento, ilusiones; pero fué vencido por la inquebrantable decisión de Pablo, que tenía a la sazón veintiséis años. De momento, sin embargo, no le permitió el prelado llevar públicamente en el hábito el emblema de la Pasión.

RETIRO DE CUARENTA DÍAS. — LOS COMIENZOS DE LA VIDA RELIGIOSA

NATURALMENTE, competía al fundador trazar el plan del futuro Instituto y preparar las Reglas. Había en Castellazo, detrás de la sacristía de la iglesia de San Carlos, un estrecho y húmedo cuartucho que jamás recibía la luz del sol. Allí se retiró Pablo con licencia del Prelado para practicar ejercicios espirituales durante cuarenta días, descalzo y sin abrigo, en el corazón del invierno. Tomaba un breve descanso antes de medianoche, acomodándose sobre unos sarmientos cubiertos con un poco de paja; levantábase después para rezar el Oficio canónico, y acto seguido pasaba dos horas en oración, arrodillado en la iglesia. Por la mañana ayudaba



LA *Santísima Virgen se aparece a San Pablo de la Cruz vestida con hábito religioso y le dice: «Tomarás un hábito igual a éste que yo llevo y fundarás una Congregación que también lo llevará y guardará siempre luto en memoria de los padecimientos y muerte de mi Hijo.»*

a varias misas y comulgaba; el resto del día se entregaba a la oración y ejecicios de penitencia, tomando como único alimento el pan que le daban de limosna.

En la primera semana de diciembre de 1720 redactó las Reglas de la nueva Sociedad. Antes de aprobar el Instituto en su diócesis, el obispo quiso que Pablo hiciera examinar las Reglas al padre Columbano, que residía en Génova. Cumplido este requisito, el Prelado concedió la necesaria aprobación, y Pablo inauguró sin tardanza la vida de soledad y de apostolado. Instalado por el señor obispo en un reducido eremitorio de la iglesia de San Esteban, próxima a Castellazo, quedó Pablo encargado de catequizar a los pequeñuelos; lo hizo con tanto acierto, que las personas mayores quisieron asistir también a sus explicaciones. Es más, aunque no había recibido las Órdenes sagradas, le mandó el Prelado que predicase al pueblo cada domingo, antes y durante la Cuaresma.

A mediados del año 1721, con la aprobación del Prelado, partió Pablo para Roma a informar al Papa acerca del Instituto que deseaba fundar, más no pudo lograrlo, porque los servidores de la corte pontificia le trataron como mendigo y no consiguió llegar hasta Inocencio XIII. Pero estando de hinojos ante una imagen de Nuestra Señora que se venera en Santa María la Mayor, recobró la paz y confianza en el porvenir e hizo voto de propagar la devoción a Jesús crucificado. Nuevamente oyó la voz de la Señora que le invitaba a ir al Monte Argentaro, en Toscana.

Llegó el peregrino a la cumbre tras grandes fatigas y toda suerte de humillaciones. En una pastoral visita del Prelado, obtuvo licencia para fijar su residencia cabe una capilla abandonada, que ya no conservaba de todo su pasado esplendor más que un cuadro de la Anunciación que se caía a pedazos. El día de Jueves Santo del año siguiente, su hermano Juan Bautista y él fijaron su residencia en un eremitorio del monte Argentaro. Allí oraban estudiaban la Sagrada Escritura, practicaban las austeridades más extraordinarias, ayunaban casi cada día y catequizaban las aldeas comarcanas.

No tardó en llamarlos a su diócesis el obispo de Gaeta y, aunque Pablo no estaba ordenado, tuvo que dar misiones en algunas parroquias, dirigir en 1724 los ejercicios espirituales a los ordenandos y predicar cada viernes de Cuaresma en la catedral. Poco después los llamó también el Ilustrísimo señor Cavalieri, obispo de Troya, en el reino de Nápoles.

En 1725 Benedicto XIII alentó de palabra al fundador de los «Pobres de Jesús» a perseverar en su empresa. Muerto el Ilustrísimo señor Cavalieri, su protector y amigo, los dos hermanos abandonaron su «retiro» o eremitorio próximo a Gaeta y fueron a Roma. Allí el cardenal Corradini les encargó de la administración y de la enseñanza religiosa de los achacosos del hospicio de San Galicano y les mandó, además, que estudiasen sagrada Teología porque habrían de recibir Órdenes sagradas.

EL PRESBITERADO. — FUNDACIÓN DEL «RETIRO» DE MONTE ARGENTARO

PABLO y su hermano hubieron de someterse, y el 7 de junio de 1727 fueron ordenados por el propio Benedicto XIII. La muerte de su padre, acaecida dos meses después, les obligó a pasar un año en Castellazo con sus deudos. De vuelta al hospicio, cayeron enfermos de tal gravedad, que fué preciso dispensarles del voto que habían hecho de consagrarse al servicio de los enfermos. En sus misteriosos designios, el Señor los condujo de nuevo al monte Argentaro para la fundación del primer convento y primera iglesia del Instituto de la Pasión.

Las características de esta Congregación son: rigurosa pobreza, práctica del apostolado y de la abnegación rendida para con el prójimo, devoción inflamada a Jesús paciente, rigurosas austeridades corporales, oración y contemplación. Pablo ha cumplido treinta y cuatro años y da principio con éxito maravilloso y sobrenatural a su misión apostólica que durará más de treinta años. Doquiera le llame el Señor, predicará, como otro San Pablo, a Jesucristo crucificado.

En 1731 la propia Reina de los Ángeles le señala, a poca distancia del eremitorio, el sitio donde ha de levantar la primera casa del Instituto. Ayudados por los habitantes de Orbetello y por las limosnas de algunos virtuosos amigos suyos, Pablo y Juan Bautista emprenden la fundación. Mas la peste, la guerra y las más pérfidas calumnias contra el siervo de Dios y contra su obra, dificultan la construcción. Finalmente, la oración, las humillaciones y las romerías a Loreto y Roma, le alcanzaron el triunfo contra el demonio y contra toda suerte de obstáculos; la capilla fué bendecida por la autoridad eclesiástica el 14 de septiembre de 1737, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, con la advocación de la Presentación de María. El fundador penetró en ella con una soga al cuello, seguido de sus ocho compañeros.

APROBACIÓN DE LAS REGLAS

IMPORTABA ante todo obtener de la Santa Sede la aprobación de las Reglas de la Sociedad. La Comisión cardenalicia convocada por el papa Clemente XII para estudiarlas, hallólas excesivamente rigurosas. Ello fué, sin duda, para el santo fundador gran contratiempo, que se aumentó con la salida de varios religiosos. Con este motivo descargó sobre Pablo una tempestad de odios y persecuciones. Fué ésta una temporada en extremo

crítica para el santo fundador, que estaba enfermo y privado ya de sus valiosos protectores, porque habían pasado a mejor vida. Pero como suele acontecer a las obras de Dios, de esas pruebas brotó exuberante vida. Benedicto XIV aprobó las Constituciones, atenuando algo su rigor, en 1741 y 1746. Por fin, los primeros religiosos pasionistas hicieron profesión y pudieron llevar públicamente el emblema sagrado de la Pasión. En 1741, el Capítulo general eligió a Pablo como Superior de todo el Instituto.

Conforme a sus predicciones, los dos cardenales romanos Rezzonico y Ganganelli, ardientes y desinteresados protectores del naciente Instituto, fueron elevados sucesivamente a la cátedra de San Pedro. Clemente XIV colmó de atenciones a la persona y obra de aquel a quien honraba con su augusta amistad. En 1769, aprobaba definitivamente el Instituto, erigiéndolo en Congregación de clérigos de votos simples; algunos años más tarde, el mismo Papa le cedió en Roma el convento e iglesia de los Santos Juan y Pablo en el monte Celio.

Así en el gobierno de la Congregación como en la dirección de las almas, las virtudes más notables de Pablo de la Cruz eran prudencia ilustrada y vigilante, paciencia inalterable y bondad jovial y obsequiosa. Vigilante y firme contra los abusos, mostrábase sumamente caritativo con los religiosos enfermos, misioneros o novicios. Con su ejemplo, mucho más que con sus exhortaciones, procuraba inculcar en el alma de sus religiosos las virtudes básicas de su Instituto, a saber: la pobreza, la oración y la soledad.

Una penitente de Pablo de la Cruz supo por revelación que fundaría también religiosas, dedicadas, como los Padres Pasionistas, al culto y al apostolado de la Pasión de Cristo. Como es de suponer, esta nueva obra tuvo por base el sufrimiento y la oposición más tenaz por parte del demonio. Redactó Pablo las Reglas, el papa Clemente XIV las aprobó en 1771, y el 3 de mayo del mismo año, se abría en Corneto —ahora Tarquinia— el primer monasterio de monjas Pasionistas. Dichas religiosas profesan idéntico fin y siguen la misma vida que los Padres, a saber: soledad, oración, trabajo, rezo del Oficio, apostolado, hábito negro, etc.

MUERTE Y SEPULTURA DEL SANTO

PERO esa intensa labor apostólica junto con las austeridades, enfermedades y preocupaciones de la fundación de la Congregación, vinieron a ser un martirio constante para Pablo de la Cruz. En la primavera de 1775, dióle a conocer el Señor que moriría el 18 de octubre siguiente. Como consecuencia de una penosa enfermedad de estómago, que no le permitía tomar más que agua, agotáronsele tanto las fuerzas, que hubo de guardar cama.

El 30 de agosto recibió al Señor, en Viático; recomendó a sus hijos la caridad fraterna, el espíritu de oración, de pobreza, de amor y reverencia a la Iglesia, y se despidió de ellos, rogando que remitieran al papa Pío VI su estampita de la Virgen de los Dolores. El 18 de octubre comulgó en ayunas y, venida la tarde, anunció que había llegado su hora postrera. Por expreso deseo suyo leyósele la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan, se le acostó sobre paja, revestido del hábito religioso, con una soga al cuello y corona de espinas en la cabeza. Estando sumido en éxtasis profundo, sus ojos se posaban unas veces en el Crucifijo y otras en la imagen de María. Así expiró, sin el menor estremecimiento, al punto que se leían estas palabras del Salvador: «Padre, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.» *(Juan,* XVII, 1).

Sabedor de la muerte del siervo de Dios, Pío VI exclamó: «¡Feliz él!... No hay para qué entristecerse, pues puede darse por seguro que ya se halla en el paraíso». Por mandato del Papa se colocó el cadáver en un ataúd doble de madera y plomo, y se le dió sepultura no en el sitio ordinario, sino en una tumba en el interior de la basílica de los Santos Juan y Pablo.

El proceso canónico iniciado poco después de su muerte, terminó el día primero de mayo de 1853, en el pontificado de Pío IX, con los honores de la beatificación. El mismo Pontífice le canonizó el 29 de junio de 1867. Su fiesta se celebra el 28 de abril, con rito doble, en toda la Iglesia.

SANTORAL

Santos **Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas;** *Prudencio, obispo y confesor; Vidal, mártir;* Patricio, obispo, Acacio, Menandro y Polieno, mártires en Bitinia; Marcos, obispo y mártir en Apulia; Afrodisio, Caralipo, Victorino, Agapio, Eusebio, Cirilo, Pedro y Rufo, mártires; Polión, Eusebio y Tibalo, mártires en Hungría; Alejandro, Firmiano, Primiano y Teluro, mártires en Apulia; Pánfilo, obispo de Valva (Italia); Pelayo, sobrino y discípulo de San Prudencio; Imón, obispo de Noyón, y Artemio, de Sens; Francario, confesor, padre de San Hilario; Beatos *Pedro Chanel, Padre Marista, protomártir de Oceanía;* Bernardo, abad cisterciense; Gerardo de Borgoña, abad de Cambrón. Santas *Valeria, esposa de San Vidal;* Proba y Teodora, vírgenes y mártires; Domiciana, mártir.

SAN PRUDENCIO, obispo y confesor. — Este ilustre prelado español nació en territorio alavés cerca de la actual Vitoria, de padres nobles y virtuosos. Fué educado en el santo temor de Dios. Deseoso de vida más perfecta, a los quince años abandonó el hogar paterno en busca de lugar solitario donde pudiera dedicarse a penitencias y ayunos. Intentó juntarse con Saturio, solitario que vivía a orillas del Duero, que no podía cruzar por el tan crecido caudal. Disponíase, sin

embargo, a una travesía temeraria, cuando el ermitaño, al verlo, procuró disuadirle; pero Prudencio se lanzó al agua como si pisara tierra firme, y milagrosamente lo pasó a pie enjuto.

Ambos penitentes dieron gracias al cielo por el prodigio que acababa de realizar. Vivieron algún tiempo juntos, hasta que murió Saturio. Pasó entonces Prudencio a Calahorra, donde llamó pronto la atención por sus prodigios. Para huir las alabanzas humanas, dirigióse a Tarazona, donde fué primero ayudante sacristán, arcediano después y finalmente obispo. Para calmar alguna grave discordia se encaminó a Osma, cuyas campanas repicaron por sí solas al aproximarse el obispo. Sintióse acometido allí de una enfermedad que le condujo al sepulcro (año 634). Una mula llevó prodigiosamente su sagrado cuerpo hasta el lugar mismo en que debía recibir sepultura, que fué cerca de Arnedo, donde existe hoy día la iglesia de San Prudencio.

SAN VIDAL o VITAL y SANTA VALERIA, mártires. — Nació Vidal en Milán, de familia muy cristiana. Fué esposo de Santa Valeria y padre de los santos mártires Gervasio y Protasio. Los cuatro derramaron su sangre por Jesucristo durante el reinado de Marco Aurelio, hacia el año 170. Aprovechóse Vidal de la influencia que tenía con el cónsul Paulino para socorrer y animar a los pobres cristianos, perseguidos y encarcelados. En compañía de Paulino fué a Ravena y tuvo el valor de penetrar en la sala del tribunal donde un médico llamado Ursicino estaba flaqueando en la fe. Vidal le animó de tal manera, que Ursicino conquistó la palma del martirio. Pero a Vidal le apresaron y atormentaron en el ecúleo, donde fueron despedazadas sus carnes y descoyuntados sus miembros. Finalmente, fué enterrado vivo en un hoyo, que cubrieron con tierra y piedras, en el que pereció asfixiado, consiguiendo así la corona de la gloria.

Valeria, después del martirio de su esposo, regresaba a Milán, cuando por el camino le salieron al encuentro unos paganos, con intención de obligarla a participar en una fiesta en honor de los dioses. Por haberse negado a ello fué maltratada de palabra y obra, de manera que la dejaron casi muerta en medio del camino. A los dos días murió de resultas de estos golpes. Su fiesta se celebra el mismo día que la de su marido.

BEATO PEDRO CHANEL, padre marista, protomártir de Oceanía. — Nació en 1803 en un pueblecito de la diócesis de Lyón. Su cristiana madre le inculcó tierna devoción a Jesús y María, y su corazón fué campo abonado donde creció, fecunda y lozana, la buena semilla de la fe y del santo temor de Dios. Toda su vida fué Pedro devoto entusiasta de la Santísima Virgen, a la que profesaba un amor tan grande que casi rayaba en el delirio. Desde el seminario se destacó como modelo de sus compañeros. Una vez ordenado de sacerdote desplegó las alas de su celo con la creación de escuelas para niños y niñas pobres sostenidas con su peculio. Los pobres y enfermos encontraban en él a un padre cariñoso. Ingresó en la naciente Sociedad de María, en la que ejerció sucesivamente los cargos de profesor y director espiritual del seminario de Belley, siendo en todo momento un dechado de virtudes sacerdotales. En 1836 fué destinado a las misiones de Oceanía. Animado de ardiente celo por la difusión del reino de Cristo y la salvación de las almas, lo sacrificó todo para entregarse de lleno a su misión, cuyo campo fué la isla Futuna (Nuevas Hébridas), habitada por antropófagos. Tuvo por compañero a un Hermano Marista. El 28 de abril de 1841 cayó víctima de un fuerte hachazo que recibió en la cabeza, con lo cual conquistó la palma del martirio.



Medallas cluniacenses — Báculo abacial

DÍA 29 DE ABRIL

SAN HUGO I

ABAD DE CLUNY (1024 - 1109)

CINCO han sido los ilustres varones que con el nombre de Hugo regentaron la Abadía de Cluny en distintas ocasiones —desde 1049 a 1207—; aquel cuya fiesta hoy celebramos es el más renombrado de todos y el único a quien la Iglesia ha elevado al honor de los altares. Digno sucesor de San Odón, de San Mayolo y de San Odilón, San Hugo I prosiguió su obra, le dió mayores vuelos y la consolidó notablemente, pudiendo afirmarse que durante su gobierno llegó esta Abadía a su apogeo. Mantuvo relaciones con los más destacados e influyentes personajes de la época: Papas, cardenales —algunos de los cuales procedían del célebre monasterio benedictino— y muchos otros esclarecidos santos.

La Congregación Cluniacense sólo contaba entonces prioratos dependientes de una abadía única, por lo que, al fin de su vida, vióse Hugo padre de más de treinta mil cenobitas, y este ejército pacífico fué un auxiliar poderosísimo de la Santa Sede, en su lucha contra la simonía.

El que tan importante misión debía cumplir en la vida monástica de la Edad Media, vió la luz primera en Borgoña el año 1024. Fué hijo de Dalmacio, conde de Semur y de Aremberga de Vergy. Ya antes que viniera al mundo, habíalo recomendado la cristiana madre a las oraciones de un

venerable sacerdote, el cual celebrando el Santo Sacrificio de la misa, vió en el cáliz la imagen radiante de un niño de sin igual hermosura. Refirió a la madre la visión que había tenido y por ella entendió que su hijo sería, andando el tiempo, ministro del Señor.

Grande fué la alegría de Dalmacio por la aparición del niño Hugo en el hogar familiar. De aquel don que el cielo le hacía determinó él sacar un digno y esforzado caballero. Al efecto, llegado que hubo el niño a edad competente, le dió una educación prócer, noble y militar. Pero ni los caballos, ni las armas, ni la caza, ni nada de lo que tan fácilmente cautiva a la juventud, tenía el menor atractivo para el niño Hugo; antes por el contrario, gustaba de retirarse a orar o leer la Sagrada Biblia y visitar iglesias.

A la edad de diez años y por intervención de su madre, pasó a casa de su tío segundo, Hugo de Chalóns, obispo de Auxerre, para proseguir los estudios. Fué admitido en la escuela episcopal, en la que pronto se distinguió por la elevación de su espíritu y la vivacidad de su inteligencia, y en poco tiempo aventajó a todos los clérigos. Estaba enamorado del estudio de las letras humanas y divinas; sólo la oración y la contemplación tenían para él un encanto superior. Pero más rápidos eran aún sus progresos en la virtud que en la ciencia.

Cinco años permaneció Hugo en aquella escuela, al cabo de los cuales, muerto su tío (1039), fuése a llamar a la puerta del monasterio de Cluny y pidió humildemente el hábito. Recibióle San Odilón, que a la sazón ejercía el cargo de Abad, y no tardó en dárselo; el intrépido joven tenía apenas dieciséis años de edad. Hermosa y conmovedora fué la ceremonia. «¡Qué tesoro tan preciado recibe hoy la Iglesia!» —exclamó uno de los venerables ancianos que acompañaban al santo Abad mientras éste imponía el hábito benedictino al nuevo soldado de Cristo.

Desde aquel instante redobló Hugo el fervor y, purificado en el crisol de la disciplina —dice el hagiógrafo—, lucía su virtud con esplendor. Apenas hizo profesión cuando San Odilón le elevó al cargo de prior, no obstante contar sólo unos veinticinco años.

EN LA CORTE DEL EMPERADOR ENRIQUE III

ESTIMABA el emperador de Alemania, Enrique III, apellidado el Negro, tener fundamentos de queja contra uno de los numerosos monasterios dependientes de Cluny —contra el de Peterlingen, próximo a Avenches (Suiza)—, por lo que declaró a San Odilón su descontento. Fiado éste del talento y santidad de su joven colaborador, envióle a Germania para que tratase de calmar el enojo del príncipe.

En esta legación tan espinosa dió nuestro Santo pruebas palmarias de gran prudencia y, sin menoscabo de los derechos del emperador, defendió las prerrogativas del monasterio, reconcilió a Enrique III con el prior malquisto y restableció paz perfecta entre ambas partes. La corte entera, maravillada de las virtudes y nobleza de su carácter, le colmó de atenciones y le veneró como a un santo. El emperador mandó que le fueran tributados los mayores honores y le entregó ricas ofrendas para el monasterio de Cluny y para su superior, San Odilón.

Empero, mientras la corte imperial se mostraba tan satisfecha y la gestión de Hugo producía sus más sazonados y consoladores frutos, los monjes de Cluny se veían sumidos en dolor y llanto: San Odilón había fallecido en el priorato de Souvigny el día primero de enero de 1049. Ante noticia tan aterradora como inesperada y con el corazón partido de dolor, apresuró el prior de Cluny su viaje de regreso a la Abadía.

SAN HUGO ES ELEGIDO ABAD DE CLUNY

LLEGADO que hubo al monasterio, fuése a postrar ante el sepulcro de su venerado Padre y rogó a los monjes que le informaran por menudo de los últimos instantes y muerte edificante de San Odilón. Era preciso proceder a nueva elección. Una vez congregados los religiosos en capítulo, rogaron al más anciano que designase el que a su juicio le pareciera más digno de suceder a San Odilón. No titubeó un instante: «En presencia de Dios, que pronto me ha de juzgar —dijo—, y ante todos vosotros, Hermanos míos, declaro que para Abad debe ser elegido el prior Hugo». Todos los capitulantes acogieron sus palabras con entusiasmo y, sin dar al recién electo tiempo de poner reparos, fueron a echarse a sus pies y luego, a pesar de las protestas que hizo de obra y de palabra, le llevaron en triunfo al trono abacial. Entre los monjes presentes se hallaba el que más tarde debía gobernar a la Iglesia con el nombre de Gregorio VII.

El siglo XI pasó a la Historia eclesiástica con infausta celebridad y triste nombre. Fué el siglo de la «Contienda de las Investiduras», es decir, luchas de los Sumos Pontífices contra la simonía. Los príncipes habíanse arrogado el derecho abusivo y tiránico de imponer a los obispados y abadías titulares de su elección, sin que la autoridad eclesiástica ni siquiera el Padre Santo pudieran intervenir en los nombramientos. La ambición y la avaricia se daban la mano y, en vez de elevar a las dignidades eclesiásticas a los más capacitados y más dignos, ocurría con excesiva frecuencia que el príncipe vendía dichos cargos al mejor postor. Por tal causa veíase el santuario

invadido por hombres degradados y faltos de vocación, con gran escándalo de los fieles.

San Hugo fué el más enérgico auxiliar del papa San León IX para secundar sus proyectos de reforma.

Elegido Pontífice en Worms, en diciembre de 1048, León IX partió sin tardanza para Roma. En camino tuvo una entrevista en Besanzón con el abad de Cluny y con Hildebrando: tres santos auténticos que iban a restablecer el orden santo en la casa del Señor.

Por esta época se determinó celebrar un Concilio nacional en Reims, pero a ello se opuso tenazmente el joven rey de Francia, Enrique I.

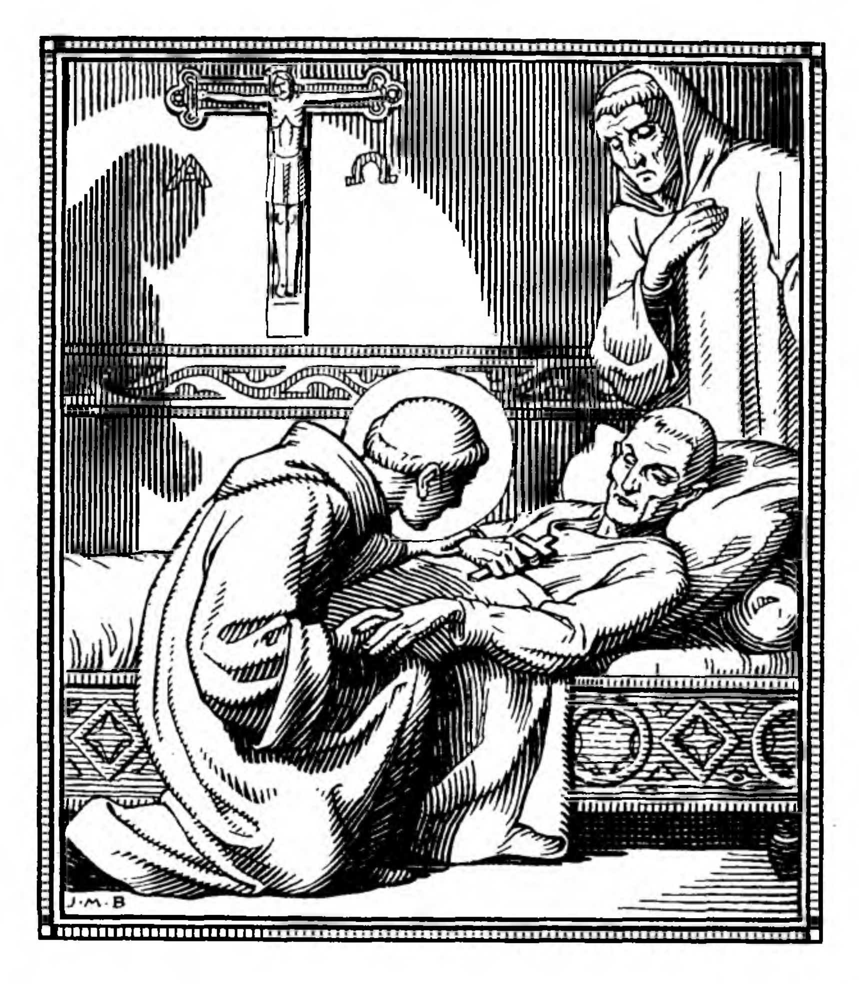
A despecho de toda suerte de obstáculos, el Papa acudió a dicha ciudad y abrió el Concilio el 3 de octubre de 1049, en presencia de unos veinte obispos y cincuenta abades mitrados. Convínose en que todos los prelados explicaran cómo fué llevada a cabo su respectiva elección y declararan si se hallaba o no incursa en simonía.

Por estar recién investido de la dignidad abacial, Hugo fué de los primeros que hubieron de hacer uso de la palabra, inaugurando con ello una lucha que había de prolongarse hasta su muerte. Cuando el Sumo Pontífice le interrogó solemnemente acerca de su elección, exclamó: «Dios Nuestro Señor me es testigo de que nada he dado y nada he prometido para conseguir el cargo de Abad. Tal vez la carne y la sangre lo hubieran ambicionado, pero ni el espíritu ni la razón lo han tolerado». A continuación el santo religioso levantó la voz, avalada por su virtud y su ciencia, contra los vergonzosos desórdenes de la simonía. El Concilio tuvo pleno éxito y llenó de consuelo el corazón del Sumo Pontífice.

Pronto volvemos a hallar a Hugo —abril de 1050— en el Concilio de Roma, con los treinta y dos Abades presentes; y en lo sucesivo, todos los Concilios y Sínodos que se celebren en Francia se honrarán con la asistencia del abad de Cluny. Por su parte él siempre y por doquier impugnará con entereza los abusos y reclamará la reforma del clero y la libertad de la Iglesia.

APADRINA AL EMPERADOR Y AMORTAJA AL PAPA

NO había olvidado el emperador Enrique III las brillantes cualidades de Hugo: alegróse de su elección a la dignidad abacial, y en 1051, le dió clara muestra de su gran aprecio. En efecto, acababa el Señor de colmar los deseos del soberano concediéndole un hijo, cuyo nacimiento fué saludado por el pueblo alemán como prenda de prosperidad y porvenir risueño. En el colmo de la alegría, Enrique III rogó al abad de Cluny que le administrase el santo Bautismo y él aceptó la invitación imperial, trasla-



ESTANDO *de viaje el papa Esteban X, cae enfermo en Florencia y entiende que va a morir. San Hugo, leal y obediente servidor, le asiste piadosamente y le cierra los ojos. Ya difunto, le amortaja con las insignias pontificales, y con suma reverencia le vela y acomoda en el ataúd.*

dándose inmediatamente a la corte. Impúsose al infantito el nombre de su padre con la esperanza de que imitaría sus virtudes y prudente gobierno. Por su parte la Iglesia y el imperio, tan estrechamente unidos, veían en esa cuna garantía de larga duración para su alianza. Pero, ¡ay!, el joven príncipe iba a dar un cruel desengaño y frustrar tan lisonjeras esperanzas, pues una vez que se vió emperador convirtióse en encarnizado perseguidor de la Iglesia y fué una verdadera plaga para el imperio.

Generoso atleta y apóstol infatigable, Hugo tomó parte en todos los acontecimientos de su época. Los Sumos Pontífices contaron con un poderoso auxiliar, en su persona, y como tal acompañó a Esteban X en un viaje a Toscana. El Papa cayó enfermo en Florencia y pronto entendió que se acercaba la hora de su muerte. «Pido al Señor —dijo al abad de Cluny— que me deje morir en vuestros brazos». El monje ya no se apartó un solo instante del lecho del jefe de la Iglesia; el 29 de marzo de 1058 recibió su postrer suspiro, le cerró los ojos, le amortajó con los ornamentos pontificios y, finalmente, lo colocó en el ataúd.

INTIMIDAD ENTRE GREGORIO VII Y SAN HUGO

EL cariño grande y la reverencia profunda que Hugo había sentido hacia la Santa Sede, debía acrecentarse aun más con la subida de Hildebrando al solio pontificio. Este ilustre Papa, que tomó el nombre de Gregorio VII, no olvidó al monasterio que fué cuna de su vida religiosa, y siguió honrando a Hugo con el dulce nombre de «venerado Padre». En las luchas que hubo de sostener contra Enrique IV, en las contrariedades de todo género que hubo de sufrir, cuando su alma se hallaba transida de dolor, gustaba San Gregorio VII de desahogar en el corazón de Hugo sus crueles amarguras y tomarle por confidente de sus elocuentes quejas sobre los males de la Iglesia. Repetidas veces acudió a su intervención para recordar al desventurado príncipe sus más sagrados deberes, pues que animado éste de encarnizado odio a la Santa Sede, suscitaba antipapas y los apoyaba con sus armas, a menudo victoriosas.

Herido con los anatemas de la Iglesia y apremiado por las exhortaciones de Hugo, aparentó en diversas ocasiones reconciliarse con Gregorio VII; pero faltaba a su palabra por fútiles pretextos. Sin embargo, cuando el emperador solicitó perdón de sus culpas, rogó a Hugo que intercediera por él. Consintió en ello el Abad, y obtuvo del Papa que le levantara la excomunión. Absuelto el príncipe (27-28 de enero de 1077) después de varios días de penitencia pública, Hugo refrendó la declaración imperial; pero la penitencia no era sincera y el penitente tornó muy pronto a perseguir a Gregorio VII.

Cansado ya de tanta traición, el abad de Cluny rompió valerosamente con su contumaz ahijado, declarando que en lo sucesivo no admitiría trato ni relación con él mientras estuviera bajo los anatemas de la Iglesia.

EL BEATO URBANO II Y SAN HUGO

LA poderosa Abadía de Cluny había llegado a ser como el noviciado del Sacro Colegio y de la Sede Apostólica. En efecto, después de San Gregorio VII, todavía vió Hugo ocupar, casi sucesivamente, el trono de San Pedro a dos discípulos e hijos espirituales suyos: el Beato Urbano II (1080) y Pascual II (1099). Desde el primer año de su pontificado, quejóse Urbano II a Hugo con palabras tiernas y delicadas de que no hubiera venido todavía a postrarse ante el sepulcro de los Santos Apóstoles.

—Os conjuro —escribía—, ¡oh padre, de todos el más llorado!, a que si no habéis perdido el recuerdo de vuestro hijo y discípulo y aun me miráis con entrañas de caridad, que accedáis al más ardiente de mis deseos y vengáis a consolarme con vuestra presencia y a traer a la santa Iglesia romana, vuestra Madre, la alegría tan deseada de vuestra visita.

Seis años más tarde, cuando el mismo Papa fué a Francia a presidir el Concilio de Clermont (1095) para exhortar a los caballeros cristianos que salían en auxilio de Tierra Santa y excitar el entusiasmo de las Cruzadas, sentóse Hugo a su lado y como el más decidido caballero lanzó el grito entusiasta de *¡Dios lo quiere!, ¡Dios lo quiere!*

Antes de partir de Francia, el Sumo Pontífice quiso ver otra vez la cuna de su juventud religiosa. Diez años hacía entonces que Hugo trabajaba con infatigable ardor para levantar la iglesia abacial de Cluny.

A pesar de las ofrendas recogidas en todas las comarcas de Europa y de las considerables sumas remitidas de España por Alfonso VI el Batallador, distaba mucho de terminarse la fábrica de aquel templo cuando Urbano II lo visitó. Pero Hugo había dispuesto lo necesario para que siquiera el altar mayor pudiera ser consagrado bajo la advocación del Príncipe de los Apóstoles, por un Papa legítimo sucesor de San Pedro e hijo espiritual de Cluny. Urbano II consagró, en efecto, el altar mayor y otro llamado «altar matutino». Para perpetuar el recuerdo de esta magnífica solemnidad decretó el Abad que en vida del Sumo Pontífice se cantasen en todas las misas conventuales las oraciones *pro Papa Urbano* y, después de su muerte, los monjes de Cluny celebrasen a perpetuidad un funeral aniversario por el eterno descanso de su alma. La iglesia se fué acabando poco a poco; pero da pena consignarlo: esa magnífica basílica, una de las más hermosas del mundo y la más capaz si se exceptúa la de San Pedro de Roma, fué es-

túpidamente derrumbada por los bárbaros revolucionarios al fin de la Revolución francesa.

Hasta su último suspiro mostró Urbano II el más tierno afecto a Hugo y siguió llamándole con particular complacencia «venerado Padre». El abab de Cluny era en verdad digno de tal afecto; y, en todo momento, se portó como humilde siervo de la Santa Sede, a la vez que su más ardiente defensor.

Quiso Guillermo el Conquistador llevárselo a Inglaterra y encargarle la dirección de todos los monasterios del reino; pero Hugo no aceptó para no aparentar que en algún modo compartía las violencias del rey contra el clero anglosajón. Hubo, empero, nobles que pusieron los monasterios que radicaban en sus dominios bajo la obediencia de Cluny y rogaron al Abad que restableciera por doquier la disciplina religiosa; éste aceptaba con agrado todos los ofrecimientos y donaciones siempre que eran conformes a los derechos de la Iglesia. Hubo otros que hicieron más que ofrecerle conventos, pues que le ofrecieron y le entregaron sus mismas personas. Y es que su santidad y sus virtudes le ganaban todos los corazones. El duque de Borgoña, el conde de Macón y treinta de sus caballeros renunciaron a la milicia del siglo para alistarse en la de Jesucristo y vivir bajo el gobierno de Hugo. Es de observar, además, que en aquella época bastante agitada, hubo así como un venturoso contagio de virtud que determinó a gran número de almas a llevar vida penitente.

SAN HUGO CONOCE SU PRÓXIMA MUERTE

UN pechero de los dominios de Cluny se presentó cierto día a la abadía y pidió con insistencia por el Abad. Cuando estuvo en su presencia, habló de esta manera.

—Padre: días atrás, hallándome en mi campo plantando una viña, vi comparecer varios personajes de gloria y majestad muy superior a toda condición mortal. Iba ante ellos una Señora cuyo rostro no pude alcanzar a ver, pero un venerable anciano se detuvo a mi lado y me dijo: «¿De quién es el campo que cultivas?».

—Señor —le respondí—, es de la hacienda del bienaventurado padre y señor Hugo, abad de Cluny.

—Si tal es —prosiguió el desconocido—, el campo y el propietario son míos. Soy el apóstol Pedro. La Señora que va ante mí es la siempre Virgen María, Madre de Dios, a la que acompaña un coro de almas santas. Ve deprisa al abad de Cluny y dile: «Pon orden en tu casa, porque vas a entrar por la senda de toda carne». Tal es la misión que recibí —añadió el pechero.

Hugo aceptó esta advertencia con humildad y redobló las mortificaciones y súplicas para prepararse a morir.

MUERTE DE SAN HUGO

A pesar de su avanzada edad y debilidad, Hugo llevó hasta el fin de la Cuaresma de 1109 el peso del gobierno y de las austeridades monásticas. El Jueves Santo asistió a Capítulo y ordenó que distribuyeran a los pobres las acostumbradas limosnas; luego dió la absolución ge- ge- **neral a la Comunidad y la bendijo con estas palabras:**

—El Señor que libra a los cautivos y fortalece los corazones abatidos se digne obrar en vuestras almas según su gracia y su misericordia.

Tomó parte en los divinos oficios del Viernes y Sábado Santo y aun se sintió con ánimo para celebrar los de la solemnidad de la Pascua; pero en la tarde de este santo día mandó que le llevaran a la capilla de la Santísima Virgen, donde quiso que sus monjes le tendieran en el suelo sobre ceniza; fortalecido con el santo Viático, expiró el venerable anciano al par de los últimos rayos del sol poniente. Era el 29 de abril de 1109.

San Hugo I fué canonizado por Calixto II el 6 de enero de 1120. Celebróse la ceremonia en el monasterio mismo de Cluny, donde dicho Papa había sido elegido el año anterior. La relación de la vida del santo Abad se debe al venerable Hildeberto, monje benedictino, que murió en 1133 siendo arzobispo de Tours.

SANTORAL

Santos **Hugo, abad de Cluny;** *Pedro de Verona, mártir;* Paulino, obispo de Brescia y confesor; *Emiliano, soldado mártir; Roberto, abad y fundador del Cister;* Tíquico, a quien San Pablo llama «ministro fiel y consiervo suyo en el Señor»; Agapio y Secundino, obispos y mártires en Argelia; Martín, monje; Ursión y Maurelio, confesores; Aulo, obispo de Viviers; Wilfrido II, arzobispo de York; Liberio I, obispo de Ravena; Senán, solitario y confesor; Padés, mártir; Siete Santos ladrones convertidos a la fe por San Jasón, mártires; Marcial, Sabato, Codomano, Basilio, Germán, Filocasto, Prudencio y Urbano, mártires en Bitinia. Santas Antonia y Tértula, mártires; Ava, virgen y abadesa; Cercira, virgen y mártir en Corfú.

SAN PEDRO DE VERONA, mártir. — Vino al mundo en Verona, ciudad célebre de Lombardía, en Italia. Sus padres eran herejes maniqueos, pero él tenía en el corazón el germen del verdadero amor de Dios, al que no fué traidor ni un solo instante de su vida. Estudió en Bolonia, y en aquella célebre Universidad captóse las simpatías de todos por su talento y bondad. Ingresó en la Orden de Predicadores, siendo en ella constante ejemplo de edificación; sus penitencias fueron tan extremas que los Superiores intervinieron para que las suavizara un tanto. Mas la fama de su santidad sufrió un rápido e inesperado eclipse, del

que fué causa una vil calumnia que malas lenguas, movidas por el demonio, le levantaron por haber oído en la habitación de Pedro voces femeninas, que no eran sino las de Santa Inés, Santa Catalina y Santa Cecilia, enviadas por Dios para conversar con él. Pedro soportó la difamación, el traslado de convento y todo lo que en semejantes casos trae consigo la creencia de una culpabilidad, sin queja ni defensa alguna. Pero la verdad se hizo luz, y el santo religioso quedó rehabilitado a los ojos del mundo entero. El 5 de abril de 1252, cuando se trasladaba del convento de Como a la ciudad de Milán, cayó mortalmente herido por los golpes de unos fanáticos herejes, apostados en el camino. Sus últimas palabras fueron las de toda su vida: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra...»

SAN EMILIANO, soldado y mártir. — Era soldado de la legión romana, de guarnición en Constantina, ciudad de Argelia. Y eran los tiempos de la novena persecución. Por entregarse a obras de caridad y prácticas cristianas, fué detenido y llevado al tribunal. Pero él, animado a conseguir la brillante corona de los mártires, sufrió valerosamente los suplicios a que le condenaron y que acabaron con su vida terrenal el día 29 de abril del año 259.

SAN ROBERTO, abad y fundador. — Hijo de una familia rica y poderosa de la región de Champaña, Roberto abandonó el mundo a los quince años y entró en la Orden de San Benito. Brillaron en él los esplendores de virtudes tan extraordinarias, que le encumbraron al cargo de abad del monasterio. Mas él se retiró a un lugar solitario llamado Colán, donde vivió en compañía de varios anacoretas. Por la insalubridad del sitio, se establecieron en la floresta de Molesme, donde edificaron celdas con ramas de árboles. Poco a poco se unieron a Roberto muchos religiosos, con los cuales empezó la reforma de la Regla benedictina. Roberto fué, además, fundador y primer abad del célebre monasterio del Cister, de donde tomó nombre la nueva rama de la Orden. Viendo los monjes de Molesme la santidad de Roberto y arrepentidos de una pasajera decadencia en el fervor, le suplicaron volviese a su monasterio y acudieron al papa Urbano II para que le obligase a ello. Obedeció el Santo, y dejó a Alberico por abad del Cister y a Esteban por prior. Marchó a Molesme, donde fué recibido con muestras de verdadero afecto. Este ilustre fundador vivió noventa y dos años y se durmió en la paz del Señor el 21 de marzo de 1108, pero su fiesta se celebra el 29 de abril.


Lirio y anillo de místicos desposorios — Paloma misteriosa

DÍA 30 DE ABRIL

SANTA CATALINA DE SENA

VIRGEN DE LA ORDEN TERCERA DE SANTO DOMINGO (1347 - 1380)

ESTA bienaventurada virgen vino al mundo por los años de 1347 en Sena, ciudad del bello reino de Italia. Sus padres Diego y Lapa eran personas piadosas y bastante acomodadas. Esmeróse mucho su madre en criarla a sus pechos, y así le cobró mayor amor; y la niña, por su parte, salió tan agradable y graciosa que se hacía amar de todos los que la trataban.

Pronto comenzó a resplandecer en ella la gracia del Señor, porque apenas tenía cinco años, cuando comenzó a rezar la salutación del ángel a Nuestra Señora, tan a menudo y con tanta devoción, que cuando subía o bajaba alguna escalera se arrodillaba en cada escalón y decía el *Avemaría.*

Siendo ya de seis años, vió sobre la iglesia de Santo Domingo un trono riquísimo y resplandeciente y en él sentado a Jesucristo en traje de pontífice máximo, y junto con él a San Pedro, a San Pablo y a San Juan Evangelista. Fijó la bendita niña sus blandos ojos en Cristo, y Cristo la miró con rostro alegre y le echó su bendición, de lo cual quedó ella tan transportada, que su hermano no pudo hacerla volver en sí a pesar de las voces que le dió, sino cuando la asió y tiró fuertemente.

Desde entonces pareció haberse mudado, de niña que era, en mujer de

seso y prudencia; y, como ella declaró después a su confesor, en este tiempo supo por divina revelación las vidas de los santos padres del yermo y de otros muchos santos, y especialmente la de Santo Domingo, y le vino gran voluntad de imitarlas todo lo que le fuese posible. Dábase mucho a la oración, era callada en extremo, dejaba parte de su comida ordinaria, y era visitada por otras niñas de su edad que se le juntaban con deseo de oír sus dulces palabras e imitar sus santas costumbres.

Crecía en ella el deseo de imitar a los padres del yermo, y para esto, un día, tomando solamente un pan consigo, se fué de la ciudad y se entró en una cueva que estaba en un despoblado. Púsose en oración, y fué muy consolada del divino Espíritu, que interiormente le mandó volver a casa de sus padres, y así lo hizo.

Siendo de siete años se encendió tanto en el amor de su esposo Jesucristo, y en el deseo de consagrarle su alma pura y limpia, que hizo voto de perpetua virginidad y suplicó humildemente a la sacratísima Virgen nuestra Señora, que se dignase darle a su Hijo por esposo, porque ella le prometía no admitir otro en todo el decurso de su vida. Hecho este voto, comenzó a inclinarse a ser religiosa y, si veía pasar por su casa a algún religioso, especialmente de la Orden de Santo Domingo, era grande la alegría que recibía su alma, creciendo en ella siempre el deseo de abrazar aquel Instituto, porque amaba con más ternura a los que se habían empleado más en ganar almas para Dios, como lo profesaba aquella santa religión.

Cuando Catalina fué ya de edad para casarse, trataron sus padres de darle marido, pues ignoraban el voto de virginidad que había hecho; mas la santa virgen mostró mucho sentimiento que se tratase de ello. Su hermana Buenaventura, que era casada y muy amada de Catalina, le aconsejó que aunque no se casase tomase vestido galano para mejor disimular y dar contento a sus padres. Hízolo ella con esta intención, pero llorólo después toda su vida, juzgando que era grave pecado.

Murió poco después su hermana Buenaventura y, entendiendo Catalina que había sido en castigo de haberle aconsejado que se engalanase, inspirada del Señor, se cortó el cabello, que le tenía lindo por extremo, para que por este hecho se entendiese cuán determinada estaba de no casarse. Sintieron esto mucho sus padres y comenzaron a perseguirla de palabra y de obra y, para traerla a su voluntad, le mandaron ser cocinera en lugar de la criada y servir en los más viles y bajos oficios de casa. Todo lo hacía la santa doncella con maravillosa paz y alegría de su alma, labrando en su corazón una celda y secreto retraimiento, en el cual moraba siempre y conversaba con su dulcísimo Esposo. Una paloma blanca que se posó sobre la cabeza de Catalina mientras rezaba, fué vista por su padre, quien interpretó el hecho como señal misteriosa acerca de su hija, y ordenó que se respetase la voluntad de la joven, que sólo seguía los designios de Dios.

TOMA EL HÁBITO DE SANTO DOMINGO

PERO mucho mayor consuelo sintió por habérsele aparecido Santo Domingo y haberle ofrecido el hábito de las Hermanas de Penitencia, prometiéndole que sin duda gozaría de él. Catalina le dió por ello las más rendidas gracias. Desde entonces se entregó totalmente a una vida de penitencia: dejó de comer carne, aunque pocas veces siendo niña la había comido: sólo bebía agua, apenas gustaba cosa cocida y únicamente comía un poco de pan y algunas hierbas crudas. Un día en que se hallaba algo debilitada, su confesor le mandó tomar un vaso de agua azucarada.

—Padre mío —le dijo la Santa—, bien se echa de ver con esto que queréis quitarme la poca vida que me queda; tanta costumbre tengo de tomar cosas insípidas, que todo lo dulce me pone enferma.

Traía a raíz de sus carnes una cadena de hierro, y apretábala tan fuertemente, que estaba abrazada con la misma carne; y con otra cadena de hierro se disciplinaba tres veces al día durante hora y media. Su cama eran unas tablas, sobre las cuales no dormía más de media hora, y dedicaba todo el resto de la noche a la oración. Estas penitencias extraordinarias fueron acrecentadas cuando tomó el hábito de Santo Domingo, por parecerle que el nuevo hábito la obligaba a nueva perfección y a mayor fervor.

Tres años estuvo sin hablar a nadie sino cuando se confesaba. Estábase en su celda sin salir de ella más que para ir a la iglesia.

Aparecióse le una vez Nuestro Señor y le enseñó todo lo que para el bien y dirección de su alma había menester, y ella misma confesó que Cristo había sido su maestro, ya inspirándole, ya apareciéndosele, o ya enseñándole lo que había de hacer.

TENTACIONES Y ADVERSIDADES

ENFURECIDO el demonio por verse vencido de una doncella tierna y delicada, comenzó a tentarla y afligirla sobremanera, pensando poder alcanzar victoria. Pero el Señor la previno con su gracia, y permitió que los demonios la tentasen para manifestar más su virtud, y así comenzaron a atormentarla con imaginaciones torpes, que para su purísima alma eran más horribles que la propia muerte.

Ella, para desecharlas, atormentaba su cuerpo, disciplinándose con una cadena de hierro. Estando en estas tentaciones y peleas, se le apareció Jesucristo, a quien interrogó así:

—¿Dónde habéis estado, Esposo mío, que así me dejasteis?

—Dentro de tu corazón estaba yo, Catalina — le dijo el Señor.

—Pues, ¿cómo estabais Vos conmigo, teniendo yo tan malos pensamientos y tan torpes imaginaciones?

—¿Acaso te deleitabas con ellos? — repuso Jesús.

—Muy al contrario, que padecía terrible pena —respondió la virgen.

—Pues en esto estaba tu merecimiento y el fruto de tus peleas, las cuales estaba yo mirando con gozo porque me eras fiel, y esforzando tu corazón para que no desfalleciera. Porque sentir no es consentir, y la pena que se experimenta al desechar los malos pensamientos es señal de que no hay culpa en el alma que padece tales tentaciones.

Viendo el demonio que no podía vencerla por este medio, tomó otros caminos. La santa virgen curaba a una mujer viuda y vieja que tenía cancerado el pecho, y la servía con admirable caridad y alegría; pero entró el diablo en el cuerpo de la enferma, la cual convirtió en odio y aborrecimiento la buena obra que de la santa virgen recibía. Y pasó tan adelante su desatino, que publicó que Santa Catalina era mujer liviana y deshonesta. Mas luego, con una visión que tuvo, reconoció su culpa y la santidad de Catalina, y murió habiéndose confesado y pedido perdón de su pecado.

Con haber sido tantas veces vencido, no dejó el demonio de volver a nuevas batallas, antes atormentó el cuerpo flaco de la virgen con tantas y tan crueles enfermedades y dolores, que apenas se pueden creer sino de los que las vieron. No tenía Catalina sino la piel y los huesos, y aparecían en su cuerpo los cardenales y las señales de los azotes y golpes que el demonio le daba. Echábala algunas veces en el fuego, y ella, sonriéndose, salía de él sin lesión alguna; de suerte que nunca la pudo rendir, antes con las penas crecía su fervor como con el viento la llama y, cobrando fuerzas de flaqueza, oraba y trabajaba más, con gran admiración de todos los que la veían.

AMOR A JESUCRISTO Y AL PRÓJIMO

ENTRE los amorosos y devotos afectos que el Señor comunicó a esta virgen, se encuentra una singular devoción al Santísimo Sacramento del altar, con un afecto tan encendido y abrasado, que el día que no comulgaba parecía que había de expirar y en comulgando era tan sobreabundante la consolación divina que recibía su alma, que se derramaba por el cuerpo, al que mantenía sin necesidad de comer manjar corporal. Esto engendró escándalo y murmuración entre la gente y aun en su mismo confesor, el cual la instó a que comiese. Catalina se sentaba con los demás a la mesa y procuraba pasar el jugo de alguna cosa; pero era siempre con



UN *día, estando Santa Catalina de Sena en oración, su padre ve asombrado cómo una paloma blanca viene sobre ella y luego desaparece. Desde entonces ordena que nadie en casa moleste a la joven y que la dejen, al contrario, seguir la vida piadosa y extraordinaria a que Dios la llama.*

tan grande pena y detrimento de su salud, que luego comenzaba a dar arcadas y no se sosegaba hasta que lanzaba aquella poca sustancia que había comido. Cuando iba a la mesa solía decir:

—Vamos a tomar el justo castigo de esta miserable pecadora.

Conocieron sus mismos confesores que la santa virgen era guiada por Dios y así le mandaron que no se hiciese aquella violencia en el comer.

Vino a estar la Santa tan cautiva y presa de la dulzura de su Amado que vivía siempre absorta en una altísima contemplación. Una vez, haciendo oración a su Esposo y suplicándole que quitase de ella su corazón y la propia voluntad, le pareció que venía Cristo y le abría el costado izquierdo y le sacaba el corazón y se iba con él; y de allí a algunos días le apareció el mismo Señor, que traía en la mano un corazón encarnado y muy hermoso y, llegándose a ella, se lo puso en el lado izquierdo y le dijo:

—Hija mía, ya tienes por tu corazón el mío.

De allí adelante solía decir la Santa en su oración:

—Esposo mío, yo os encomiendo «vuestro» corazón.

Una vez, en acabando de comulgar, quedó arrobada y suspensa un buen rato hasta que cayó al suelo como si hubiera sido herida de muerte; y, después que volvió en sí, declaró en secreto a su confesor que Cristo le había impreso en aquel rapto las cinco llagas de su sagrado cuerpo y con ellas sentía grandes dolores, y que eran interiores y no exteriores porque ella misma se lo suplicó el Señor. El dolor de la llaga del costado, especialmente, era tan fuerte que le parecía imposible vivir si no se mitigaba.

Los ejemplos de su caridad para con los prójimos no fueron menos admirables. Mirábalos como un vivo retrato de Cristo y los socorría y servía como al mismo Señor. Pidió a su padre licencia para dar limosna a los pobres; diósela el padre y ella repartía entre ellos todo cuanto podía. Había en su casa una cuba de vino, de la cual la santa virgen sacaba el que había menester para los pobres y, bebiendo de ella los de casa, duró el vino mucho más tiempo de lo que pudiera durar si no se diera a los pobres. Otra vez dió a un pobre una cruz de plata que traía consigo y a la noche siguiente se le apareció Cristo, mostróle aquella cruz rodeada de piedras preciosas y le prometió mostrarla en el día del juicio en presencia de los ángeles y de los hombres.

Solía besar con amor las llagas de los enfermos y aun llegó una vez a beber el agua con que había lavado una asquerosa úlcera, mereciendo con esta victoria, que Cristo le diera a beber de la llaga de su sagrado costado. Curando en Sena a una leprosa, se le pegó a la Santa la lepra en una mano; pero siguió curándola hasta que murió la enferma y entonces Catalina quedó sana y con las manos más lindas que antes.

DONES QUE RECIBIÓ DEL SEÑOR

TAREA larga y prolija sería referir aquí las gracias y prerrogativas que el Señor concedió a esta santa virgen. Descubrióle la hermosura de las almas y el amor con que las amó; dióle instinto maravilloso y luz divina para penetrar los corazones. Tuvo asimismo don de profecía y tantas revelaciones que parecen increíbles. Los milagros que Dios obró por ella son innumerables: sanó a muchos enfermos, libró a los que estaban heridos de pestilencia, revivió a los que estaban ya casi muertos, echó demonios de los cuerpos, con pocos panes dió de comer a muchos y aun sobraba de lo que les daba; de harina ya podrida amasó sabrosísimo pan, sacó riquísimo vino de una cuba vacía y obró tantos otros prodigios que el traerlos aquí todos sería cosa de no acabar.

Pero el mayor milagro de todos es la misma virgen y la sabiduría que Dios le infundió para hablar de cosas divinas, lo cual hacía con tanta suavidad y eficacia, que se estuviera cien días con sus noches sin comer ni dormir y sin cansarse, si hallara oyentes que la escucharan y entendieran. Sus admirables cartas y sus *Diálogos* muestran cuán llena estaba del Espíritu de Dios. Su doctrina se reduce a estas dos cosas: *Amar al Señor y padecer por él.*

Apareciósele una vez su amado Esposo y le dijo: «Hija, piensa tú en mí y yo pensaré y tendré cuidado de ti». De estas palabras tan breves dedujo la Santa la gran confianza que debemos tener en la divina Providencia, y cuán arraigado debe estar nuestro corazón en ella para dejarnos gobernar por Dios y aceptar como venidos de su mano los diversos acontecimientos de la vida, tanto particulares como generales.

INTERVIENE EN LA VUELTA DE GREGORIO XI DE AVIÑÓN A ROMA

SIRVIÓSE Nuestro Señor de esta santa virgen en cosas grandes y dificultosas de la pacificación y gobierno de la Iglesia; porque, habiéndose determinado los de Florencia a negociar paces con el Sumo Pontífice, enviaron a Catalina por embajadora suya cerca de Gregorio XI, que residía en Aviñón, y ella, después de haber cumplido este encargo, exhortó vivamente al Pontífice a que volviese la sede y centro de la cristiandad a la ciudad de Roma, de donde hacía setenta años que había salido.

Gregorio XI tenía ya hecho el voto secreto de volver a la Sede de San Pedro, pero no se atrevió a cumplirlo por no desagradar a su corte, y fué

Catalina quien le decidió a cumplir su promesa. Con eso el Papa dejó a Aviñón a los 13 de septiembre del año 1376 y entró en Roma a los 17 de enero del siguiente año.

Muerto Gregorio XI, fué elegido Papa el arzobispo de Bari, y se llamó Urbano VI; pero, pasadas unas semanas, los cardenales franceses descontentos de tener que vivir en Roma y no pudiendo aguantar la rigidez del nuevo Pontífice, anularon su elección y eligieron un antipapa, que fué Clemente VII, el cual residió en Aviñón, dando con ello principio al lastimoso cisma que duró tantos años. Urbano VI llamó a Catalina junto a sí y por mediación de la santa virgen le dió el Señor los avisos y consejos que más necesitaba en tan graves y difíciles trances. La Santa no se contentó con lamentarse por aquel desastroso cisma, sino que oraba, se mortificaba y escribía a los cardenales y a los reyes epístolas llenas de prudentes y acertados consejos, instándoles a reconocer al legítimo Papa. A los cardenales, obispos y prelados de la Iglesia escribió Catalina ciento cincuenta y cinco cartas, y a los reyes, príncipes, gobiernos y gente seglar, treinta y nueve.

En todas ellas se ve un espíritu divino y una ciencia más dada por Dios que adquirida con el estudio de muchos años, y unos consejos tan prudentes y tan acertados, que bien parecen manados de la sapientísima fuente y verdad increada. Escribió *La Providencia de Dios,* libro maravilloso en el que se leen cosas altísimas, de mucho provecho para las almas que se dan a la vida de recogimiento.

MUERTE DE SANTA CATALINA

HABIENDO vivido treinta y tres años, cayó mala en Roma y recibió los Santos Sacramentos con singular devoción y afecto. Tuvo entonces tentación del demonio que la acusó de vanagloria, mas ella respondió con alegría: «¿Vanagloria? Siempre he procurado la verdadera gloria y alabanza de Dios Todopoderoso».

Llamando luego a sus compañeras las exhortó a que entregasen de veras su corazón a Cristo, y que no juzgasen mal de sus prójimos. Pidió perdón y la indulgencia plenaria que los sumos pontífices Gregorio XI y Urbano VI le habían concedido. Entró luego en agonía, y diciendo aquellas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», voló al cielo a los 29 del mes de abril del año 1380. Al mismo tiempo se apareció a su padre espiritual fray Raimundo de Capua, que fué maestro general de la Orden y que a la sazón estaba en Génova, el cual escribió después, como testigo de vista, la vida de la Santa.

Urbano VIII trasladó la fiesta de esta virgen al 30 de abril.

El sagrado cuerpo de Catalina fué llevado a la iglesia que llaman de la Minerva, que es de los Padres de Santo Domingo, y fué tanto el concurso de todo el pueblo romano, y tantos los milagros que Dios obró por mediación de ella, que no se pudo enterrar su cuerpo hasta pasados tres días.

El día 23 de abril del año 1384, la cabeza de la Santa fué llevada triunfalmente a Sena y depositada en la iglesia de los Padres Dominicos, donde todavía se guarda y venera.

Santa Catalina de Sena fué canonizada por el sumo pontífice Pío II, ochenta y un años después de su glorioso tránsito. El papa Benedicto XII dió licencia para celebrar una fiesta en honor de las cinco llagas de la Santa, y Pío IX, a los 17 de abril del año 1866 la nombró segunda patrona de la ciudad de Roma.

Su cuerpo, casi entero, se conserva bajo el altar mayor de la iglesia de Santa María de la Minerva, en Roma, y uno de sus brazos, en el monasterio de las Madres Dominicas de la mencionada ciudad.

SANTORAL

Santos *Indalecio, obispo y mártir; Máximo, comerciante y mártir; Donato, obispo;* Pelegrín, servita y confesor; Jaime, Mariano y compañeros, mártires en Numidia; Erconvaldo, obispo de Londres; Eutropio, obispo y mártir; Amador, presbítero, Pedro, monje, y Luis, mártires en Córdoba; Lorenzo, presbítero, martirizado en Novara con muchos niños, discípulos suyos; Severo, obispo de Nápoles; Materniano, Juan, Desiderio, Flavio, Foranan, Policronio, Mercurial, Suiberto; Adjutor, monje y confesor; *José Benito Cottolengo, fundador de la Piccola Casa, en Turín;* Afrodisio, Doroteo, Rodaciano, Víctor, Terencio, Martín, Claudio, Silvano, Clemente y otros, mártires en Alejandría. Santas **Catalina de Sena, virgen;** Sofía, virgen y mártir; Majencia, viuda, natural de Coria; Beata Hildegarda, reina, esposa de Carlomagno y fundadora de un monasterio.

SAN INDALECIO, obispo y mártir. — Es uno de los siete varones apostólicos que vinieron a España para predicar la doctrina y religión de Jesucristo. Estuvo primero en Guadix, donde obtuvo mucho éxito en la predicación, lo cual le dió ánimos para extender sus conquistas espirituales a otras regiones. Así que pasó luego a tierras de Almería, donde se estableció definitivamente. El teatro de sus tareas apostólicas fué la ciudad de Urci, muy poblada a la sazón, pero entregada a la idolatría y a la satisfacción ilícita de las más vergonzosas pasiones. La caridad del varón apostólico unida a su bondad de carácter y a la solidez de sus enseñanzas, fueron el imán con que atrajo a la causa de la verdad a multitud de pobladores de la ciudad. Su radio de acción extendióse luego por Lorca, Cartagena y otras poblaciones, cuyos habitantes, en crecido número

estaban regenerados ya por las aguas de Bautismo. Pero también llegaron allí las salpicaduras de la sangre derramada por Nerón, monstruo de emperadores y vergüenza de la humanidad. Indalecio fué martirizado por aquellos gentiles a quienes trataba de engendrar para el cielo. Su cuerpo, arrojado al mar, fué recogido por los fieles, enterrado en las inmediaciones de Pechina y, mucho tiempo después, trasladado al monasterio de San Juan de la Peña, en el que fué recibido solemnemente por el rey de Aragón, Alfonso II.

SAN MÁXIMO, comerciante y mártir. — Máximo vivía pacíficamente en Asia Menor, cuando fué apresado en virtud de los decretos de persecución que en el año de 250 dió el emperador Decio. Vivía honradamente de su comercio y a nadie molestaba. Tanto en presencia del tribunal como en medio de los tormentos a que le sometieron, confesó su fe en Jesucristo, único Dios verdadero. Diéronle azotes, colocáronle en el caballete, y soportó un horrible martirio. «... Ni vuestros azotes —decía—, ni vuestros garfios de hierro, ni vuestra hoguera, me causan mal alguno, porque Dios me sostiene con su gracia». Arrastrado, por último, fuera de los muros de la ciudad de Éfeso, murió bárbaramente apedreado *el 14 de mayo del año 251.*

SAN DONATO, obispo. — Floreció a mediados del siglo IV en la región de Albania que se extiende por la parte oriental del Adriático. Entre las muchas conversiones llevadas a cabo por este santo obispo figuran la del emperador Teodosio y su hija, amén de las principales familias de Constantinopla. Fué apóstol muy distinguido por su ciencia y virtud. Ocupando la sede apostólica de Euriampe, en el Epiro, tuvo ocasión de sacar patente de santidad en el caso siguiente: Las aguas de un pozo causaban la muerte a cuantos las bebían. Aproximóse el obispo al pozo, oyóse un gran trueno y, al mismo tiempo, salió de las aguas un dragón enorme; tocóle Donato con su vara y quedó muerto al instante. Desde entonces, aquellas aguas, bendecidas por el prelado, se trocaron en remedio para muchos males. Donato murió santamente el año 387, llorado amargamente por todos sus diocesanos.

SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO, padre de los pobres. — En la pequeña ciudad de Bra, situada en la católica región italiana del Piamonte, vino al mundo, el 3 de mayo de 1786, el niño José Cottolengo, primogénito de los doce hijos de Antonio Cottolengo y Benita Caroti. Cual nuevo Vicente de Paúl, José Benito tuvo por programa de vida la caridad para con los desvalidos. En 1811 fué ordenado de sacerdote, siendo la predicación y la administración de Sacramentos su ocupación casi constante. Atraía las bendiciones de Dios sobre su ministerio mediante la oración, el ayuno y la mortificación. Nombrado canónigo del «Corpus Dómini» de Turín, pronto se señaló por su acendrado amor a los pobres y enfermos, de los que se constituyó padre y enfermero. Para atender a estos seres dolientes creó un hospital, en el que hoy día se albergan más de 10.000 enfermos asistidos por centenares de religiosos y religiosas, que alternan el cuidado de los pacientes con el ejercicio de la oración. Esta institución, llamada Pío Instituto de la Divina Providencia, es conocida vulgarmente con el nombre de «Píccola Casa» y constituye un milagro permanente de la bondad divina. El lema de esta casa es «caridad» y en ella tienen cabida toda clase de enfermos, siempre que no dispongan de medios ni tengan protección de otra parte, pues quiso su Fundador que esta casa viva sólo a expensas de la Providencia, cuya benéfica mano se muestra siempre pródiga con los suyos. Cottolengo murió el 30 de abril de 1842 y fué canonizado por Pío XI el 19 de marzo de 1934.

INDICE

MARZO

ABRIL

INDICE ALFABETICO

Los nombres escritos con **negrita**, corresponden al Santo de Cada Día, con vida completa.

Los impresos con letra redonda ordinaria, corresponden a Santos de los cuales se hace mención y se dan referencias más o menos extensas. Cada uno lleva la fecha de su fiesta.